

A romantic close-up photograph of a man and a woman about to kiss. The woman is on the left, looking towards the man on the right. Her hand is gently resting on the man's forehead. The background is a textured stone wall. The lighting is soft and intimate.

EL BIDÓN
DE *leche*

ALEX DIVARO

EL BIDÓN DE LECHE

ALEX DIVARO

SINOPSIS

La leche se usa para acompañar el café, el té y el cereal. Podría decirse que es uno de los alimentos más aburridos que existen, algo así como la vida de Bel, monótona e invariable. Sin embargo, algo tan simple como este producto lácteo, en un día de compra, termina siendo el hilo conductor entre ella y el señor Barba, un hombre atractivo que la ayuda a darle un vuelco a su existencia y a eso que le pasa en la cama...

Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgadas por el titular de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la obra, los actos de reproducción total o parcial de la misma en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la obra a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma, así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha obra. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

© Alex Divaro, 2019.

Primera edición: noviembre, 2019.

Diseño de cubierta: Fanny Ramírez.

Fotografía de la cubierta: © Roman Samborskyi/iStock.

Ilustración de interior: © Bel Arenas.

Maquetación: Alexa C. Pérez.

Corrección: Alexa C. Pérez.

Registro: 1703232362586.

Todos los derechos reservados.

Para Ger.

ÍNDICE

[INTRODUCCIÓN](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[UN AÑO DESPUÉS](#)

[NOTA DE AUTOR](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

INTRODUCCIÓN

La apatía la consumía. Bel, como muchas otras personas, se empeñaba en ignorarse a sí misma en el reflejo del espejo. Solía ser negligente al esquivar su mirada apagada que expresaba una verdad ineludible: no era feliz. La negación resultaba mucho más cómoda, a enfrentar el hecho de que no tenía ni idea de cómo salvarse de una monotonía asfixiante y una relación que la hacía sentir aislada. Sin embargo, esa noche, mientras se aplicaba hidratante en el rostro con pericia, se miró como nunca se había dado permiso para verse y se dio cuenta de que no le gustaba el reflejo que le devolvía el espejo. Segundos después, sacudió la cabeza y eliminó la idea de su mente como un mal pensamiento, enfocándose de nuevo en aplicar la crema. Inhaló aire e intentó ser optimista. Hizo ese ejercicio mental, socialmente aceptado, en el que recordó todas las cosas que poseía y que otros, en cambio, añoraban. Minimizó sus sentimientos, incluyendo esa angustia que se le alojaba en el pecho.

Por un momento, pensó en animarse colocándose un poco de perfume, luego recordó que Carlos era de nariz sensible, así que lo evitó y se fue a la cama, en donde este estaba escribiendo algo en el teléfono con una sonrisa en los labios, que se difuminó apenas la vio llegar. Bel no se percató de tal gesto de disimulo, porque el estado de desgano que la atenazaba, la hizo abstraerse de la realidad que la circundaba. Se acostó, tomó un libro de la mesa de noche e ignoró el sonido de las noticias de economía que sonaban de fondo, releyendo un párrafo para retomar la lectura sin mucho éxito.

Algunos minutos más tarde, observó cómo su novio apagaba la televisión y la luz de la lámpara de noche. Se giró hacia ella, colocándole el brazo sobre el vientre, deslizando la mano dentro de la sábana, acariciándole los muslos sobre la tela del pijama, besó su mejilla con dulzura, haciéndole notar su erección contra la cadera. Le quitó el libro de las manos y se irguió para depositarlo en la mesa. Bel alzó la vista, encontrándose con los ojos color miel de Carlos que se notaba excitado. La miró solo un segundo antes de darle un beso incontenible y tosco que la sorprendió. Él parecía demasiado ávido, mientras que ella seguía inmersa en sus cavilaciones. Aun así, se sintió incapaz de negarse a intimar, no quiso hacerle el desaire.

Como en otras ocasiones, cerró los ojos, anhelante de contagiarse del deseo y de las ganas que en ella parecían extinguirse. Lo besó, mordisqueándole los labios carnosos e hizo, mecánicamente, todas las cosas que sabía que a él le gustaban para complacerlo. Le recordó que debía usar lubricante y pidió que fuese delicado. Luego, escondió el rostro entre el hombro y el cuello de Carlos, para evitar que se percatara de cómo lo arrugaba incómoda. Inhaló con fuerza instándose a relajarse. Pronto se dilataría más y llegaría esa agradable sensación que la invadía cuando tenían sexo.

Al terminar, le sonrió a su guapo novio que cayó exhausto a un lado de la cama. Ella se dirigió al baño para asearse y evitó, una vez más, su propia mirada en el espejo, esa que le gritaba que hiciera algo, que la instaba a no seguir viviendo así, pero el miedo a perder todo lo bueno que tenía con Carlos, hizo eco de nuevo en su mente. Bel, no comprendía que tenía todo el derecho de cometer errores y vivir como le placiera.

CAPÍTULO 1

La rubia se relamió los labios. Sin percatarse, se inclinó, dejando ver el bonito escote que enmarcaba el par de pechos generosos, sobre la vitrina donde estaba el pan y aspiró el aroma de los rollos de canela recién horneados. Clemente aguzó el oído y observó la garganta de la mujer, que movió los labios hacia delante con sutileza, para finalmente entreabrirlos. Casi podía sentir cómo sus cuerdas vocales se ponían en funcionamiento para realizar tan particular hazaña: gemir. Le atraían mucho las vocalizaciones femeninas, por lo que permaneció expectante para escuchar los sonidos que emitiría la dama, sin embargo, tras hacerlo, arrugó la nariz y levantó el extremo izquierdo del labio, gesto que denotaba desaprobación.

Clemente, tenía una fascinación particular por los gemidos femeninos. De adolescente, cuando besaba a una chica, siempre prestaba especial atención a la velocidad de la respiración, a la intensidad de los jadeos e incluso, al tono que adquiriría la voz de esta al estar excitada. Aquel gusto tomó mayor trascendencia, cuando escuchó a la vecina de enfrente tener sexo. Su madre lo envió, al hogar de la susodicha, a entregarle una correspondencia que les había llegado por error a casa. Tras tocar un par de veces el timbre y no recibir respuesta alguna, miró hacia el estacionamiento en donde estaba el auto de la mujer, cuestión que le convenció de su presencia. Rodeó la casa, caminando en dirección al patio trasero, con el propósito de tratar de vislumbrarle en el interior para notificarle del paquete, demasiado grueso como para entrar por debajo de la puerta. Tal diligencia no se debía a cumplir con el mandato de su madre, sino a una motivación personal. Aquella mujer le parecía preciosa, por lo que nunca perdía oportunidad de verla.

La sorpresa, fue encontrarla contra la pared de la cocina, mientras el jardinero de turno la empostraba una y otra vez. Clemente se quedó petrificado ante la impresión que le generó aquella escena que, hasta ese momento, solo había conseguido observar un par de veces en alguna película pornográfica en compañía de sus primos. Las escasas imágenes de mujeres desnudas que conocía, provenían de unas viejas revistas que el tío de él guardaba celosamente en la caja de herramientas. Así que ser testigo de aquello, de una manera tan vivida, fue un suceso que marcó un antes y un después en su vida.

Todos los seres humanos experimentan momentos que los configuran para ser de una u otra manera, muchos de ellos incluso pasan desapercibidos, sin que esto disminuya su trascendencia. Instantes que se graban a fuego en la memoria y que llevaban al individuo a desarrollar su vida en torno a estos, aunque no se estuviese percatando de su vital importancia o de la gran incidencia que tendría en su existencia. Ese fue el caso de Clemente, cuya cosmovisión sexual quedó atada, irremediablemente, a ese instante.

La carga erótica del acontecimiento fue tan potente, que le causó una repentina erección que le templó la tela de los pantalones. Por más que intentó alejarse del lugar, no pudo. Parecía que tenía los pies soldados al suelo. Incluso, sin percatarse, arrugó el papel que envolvía el paquete en un reflejo automático de impotencia. Era como tener parálisis del sueño, solo que, en vez de tener visiones atemorizantes y horribles, estaba experimentando la belleza de un panorama sin precedentes. Ella, con el rostro contorsionado por el placer, sudada, con las piernas cruzadas en la cintura de aquel hombre que arremetía contra su cuerpo sin parar, a un ritmo vertiginoso y que la hacía gritar los más primorosos jadeos. Bellísimos gemidos que solo podían ser producto del

auténtico gozo.

Inclusive, siendo adulto, podía rememorar, sin esfuerzo alguno, la forma exacta de cómo lucían los labios entreabiertos de la mujer, así como también sus hermosos ojos que, poco a poco, consiguieron focalizar que afuera, en medio del patio, estaba el hijo adolescente de la vecina mirándola. La expresión del rostro de la mujer cambió, pasando de la excitación al horror en una fracción de segundo. No obstante, para sorpresa de Clemente, las facciones volvieron a mutarle, pasando a verse libidinosa al ser consciente de que él la observaba. Tener publicó la excitó y la hizo gemir más.

No fue hasta que ella «acabó», que él consiguió salir del trance en el que se encontraba, arrastrando sus extremidades endurecidas fuera de allí. Al llegar a casa, le mintió a su madre, explicando que la vecina no estaba. Subió las escaleras con rapidez hasta llegar a la habitación, echó el pestillo de la cerradura para evitar intromisiones de su hermanita y se bajó los pantalones con manos temblorosas, para luego proceder a darse alivio. Terminó tan rápido que le dolió el cuerpo, incluso le costó respirar por un par de segundos. Nunca en la vida había experimentado un orgasmo tan potente... Hasta el día siguiente.

Bajó las escaleras con el propósito de tomar una merienda de media tarde, paralizándose al encontrar a la vecina conversando con su madre de forma amistosa, con el paquete, que no fue entregado el día anterior, en el regazo. Se veía hermosa en un vestido verde oliva que dejaba entrever una buena porción de sus piernas cruzadas. Al verlo, la mujer le mostró una brillante sonrisa impostada y le dedicó, con disimulo, una mirada ladina, llevándose la taza de café a los labios.

—¡Qué grande está Clementito! —expresó afable, apoyando la taza en el plato.

Aquel comentario fue secundado por la madre de este, que comentó los problemas de guardarropa que presentaba su hijo. Había crecido tanto en ese último año, que debía renovarle todos los pantalones, la mayoría le quedaban cortísimos.

Clemente se sintió nervioso, pero tras analizar la situación, encontró sosiego al pensar que la vecina de ninguna manera le contaría a su madre sobre lo ocurrido, no le convenía. Ella era una mujer casada, mientras que él, era un simple chico que la encontró siendo infiel con el jardinero. Si alguien tenía algo que perder era ella. Por lo que terminó de bajar las escaleras, la saludó con amabilidad, para después recorrer el trayecto hasta la cocina con el corazón latiendo deprisa. Abrió el refrigerador, sacó una botella de coca cola bien fría, que bebió de un tirón. Necesitaba calmar los nervios y la agitación que lo embargaba. Tras hacerse un bocadillo, el cual devoró más por ansiedad que por hambre, tomó coraje para subir de regreso a su habitación, teniendo que volver a enfrentar a aquella mujer.

—¿Me prestas a Clementito un momento? —preguntó con naturalidad la vecina, al verlo entrar a la estancia—. Es que necesito bajar unas cosas del armario, presté la escalera a un familiar y no me la ha devuelto. Además, están pesadísimas, seguro él consigue alcanzármelas. Es que en verdad está altísimo.

La señora Fiorella, miró a su hijo que no hizo ningún tipo de gesto contrario —porque el pobre estaba en shock—, por lo que asumió no había ningún inconveniente y concedió el deseo de la mujer. En vista de que esta se marchaba, aprovechó para ir a buscar a Olivia, su hija menor, que estaba jugando en casa de una amiguita. A Clemente no le quedó más remedio que seguir a esa mujer a su casa, entretanto, maquinaba todos los posibles escenarios que podían devengarse: «Seguro me cruzará la cara con una bofetada por atrevido, me insultará o me rogará para que no diga nada».

Ninguna de esas presunciones se cumplió. Ella le invitó a tomar asiento y le ofreció un trago

que él rechazó adusto. La mujer le sonrió alzando el vaso, lo meció logrando cierta musicalidad con el tintineo de los cubitos de hielo, se lo acercó a los labios libando con actitud seductora y dejó una marca de pintalabios sobre el cristal de roca. Caminó haciendo gala de un contoneo insinuante, hasta rodear el sillón en donde él se encontraba sentado. Le acarició los hombros en un supuesto masaje y le susurró al oído con pericia femenina que lo notaba muy tenso. Luego, valerosa, exhaló su aliento tibio contra la piel del cuello masculino, produciéndole una reacción en cadena en el cuerpo, que lo obligó a cruzar la pierna y ocultar la entrepierna con un cojín.

—Ven, acompáñame, necesito ayuda en mi habitación —dijo antes de marcharse, dejándolo solo en la sala.

Tras conseguir reponerse, fue en búsqueda de la vecina. La encontró sentada en el borde de la cama de piernas cruzadas, completamente desnuda, calzando solo un par de zapatos de tacón de color marrón claro, que rato antes habían combinado con el vestido verde oliva y en ese momento, con sus pezones enhiestos. La cuestión era muy simple. Clemente era un adolescente bien parecido y según lo que ella podía entrever por el bulto en sus pantalones, bien dotado.

Era sin duda alguna, una situación atípica para ella, pues nunca pensó que terminaría llevándose a la cama al hijo de su amiga. Sabía que estaba mal, muy mal, solo que, al ver la apariencia de Clemente, un chico de dieciséis años que se veía como todo un hombre, apaciguó la voz de su conciencia que le advirtió que acostarse como un menor de edad estaba tipificado como delito. Se le hizo más práctico lidiar con un joven, probablemente virgen, que podría moldear a conveniencia y gusto, que tener que seducir a un hombre cualquiera y rogar porque fuese discreto. Le pareció más sensato pagar el silencio del chico con una buena mamada y, en el proceso, obtener lo que necesitaba: sexo, cuestión que su esposo demasiado mayor no le daba con frecuencia.

Ella le aseguró que todo iría bien, por supuesto que así fue. Era una amante paciente, con una gran disposición a enseñarle todo lo que un joven como él necesitaba aprender o eso pareció en el momento. En realidad, era una mujer egoísta e inmoral que se aprovechó de su inexperiencia e inocencia para satisfacerse. Clemente jamás olvidó la sensación de las suaves manos abriéndole el pantalón, así como tampoco, verla lamerlo de arriba abajo, hasta succionar con soltura el glande de su pene y gemir. Ese sonido le perseguiría por siempre, así como la sensación del coño de ella encajándose alrededor de su miembro, mostrándole lo que era el verdadero placer.

Mientras los amigos de Clemente se dedicaban a intentar relacionarse con sus compañeras de clases en busca de un beso, un abrazo, un roce o una dulce caricia, él ya había dejado ese camino muy atrás. Poco a poco, se convirtió en el juguete preferido de la vecina, uno siempre a la mano y con mucha energía. Sin proponérselo, ella tuvo una incidencia importante en su comportamiento. En el transcurso de casi un año, que duró el *affaire*, él pasó de ser un chico problemático en la escuela, a ser uno apacible e incluso, volverse taciturno. Solo existían dos cosas para él: sexo con aquella mujer y sacar buenas notas con el fin de que sus padres no tuvieran excusas para no dejarlo salir. Todo lo demás, le resultaba intrascendente.

Su vida dio un giro drástico debido a la desigualdad de aquella relación clandestina, en la que él fue sometido de la manera más sutil, a través del sexo. Como todo adolescente hormonado, no consiguió dilucidar el impacto negativo de aquella relación que lo hizo enfrentarse a situaciones para las que no estaba listo y a saltarse etapas. Para bien o para mal, aquella mujer significó una transformación sin precedentes en Clemente. No fue hasta que sus padres decidieron mudarse de la ciudad, acabando con el idílico arreglo, que él entendió lo mucho que le había cambiado la vida.

Con tan solo diecisiete años, era capaz de mantener conversaciones estimulantes con féminas

adultas en la universidad, sin cortarse, sin tartamudear nervioso, a diferencia de los chicos con los que compartía la misma edad, que le sudaban las palmas de las manos cuando tenían que invitar a salir a una chica. Para Clemente, el objetivo eran las mujeres adultas, entre los treinta y cuarenta años. No le importaba que le doblaran la edad. Había comprendido que el premio gordo, jugoso y jadeante, se encontraba entre las mujeres maduras, seguras de sí mismas, sin reservas para verbalizar lo que necesitaban en la cama, en especial, para gemir desprovistas de objeción o vergüenza, no chicas que no sabían nada de sexo y con las que resultaba más difícil entablar relaciones de sexo casual.

No todos los encuentros sexuales fueron óptimos. Clemente comprendió que no conseguía disfrutar del todo, si los gemidos de su pareja de turno no estaban enmarcados en los sonidos que lo enviciaban. No era que tuviera algún tipo de clasificación para los mismos, él, con simpleza, ya sabía lo que lo excitaba. Por lo que tuvo que aguzar el sentido de la audición, valerse de pistas para llegar antes al tan anhelado sonido, ya que estando en la cama con la dama, en el fragor del momento, nunca la dejaría a medias por falta de buena vocalización.

Fueron varias las ocasiones que se desconcertó al escuchar a mujeres que parecían estar en una visita con el dentista, en vez de en pleno acto carnal con él entre los muslos. Sus gemidos parecían aullidos de dolor, no de placer y sin importar cuánto ellas aseguraran que lo disfrutaban, no conseguía sentirse del todo a gusto. Algo parecido le sucedía con las voces demasiado agudas, cuyos gemidos se asemejaban más a los chillidos de algún chihuahua rabioso, que los de una mujer adulta y excitada. Incluso, una vez, estuvo con una mujer que no hacía ruido de ningún tipo, solo una ligera respiración acelerada, para luego gritar una cantidad de insultos sin sentido en el momento del clímax. Eran mujeres preciosas, capaces de volver loco a cualquier hombre, no a él.

En pro de evitar ese tipo de momentos y asegurarse de pasar una noche extraordinaria, se valía de trucos para hacerse una idea de los sonidos que emitiría la susodicha cuando él la tuviese entre sus brazos. La forma más fácil, era a través de la comida, un delicioso chocolate, un buen vino, entre otras muchas opciones. Tal como ocurrió con la rubia que, al oler los bollos de canela, emitió un jadeo que sonó más a chillido de juguete para perros, que a un sonido medianamente excitante. Por lo que, sin importar lo guapa que era, él con solo escuchar eso, comprendió que no podría disfrutar —al menos no del todo—, de un encuentro sexual con ella.

Entonces, decidió volver al trabajo, no obstante, su atención fue redirigida a la chica del bidón de leche que acababa de entrar a la tienda. Algo en ella lo turbaba y lo atraía a partes iguales. También le generaba desconcierto, no era el tipo de mujeres con las que solía relacionarse. Por alguna razón, le parecía fascinante. Los motivos eran varios y, curiosamente, cada vez que la veía, algo nuevo se agregaba a la lista de razones.

Ese viernes, fue como le caía un mechón de cabello oscuro sobre la frente mientras se paseaba por la tienda pensativa, al punto de no percatarse de la presencia del doctor Larry, un médico soltero que era el objeto de deseo de todas sus empleadas, a las cuales escuchó cuchicheando sobre lo guapo que les resultaba, incontables veces. El doctor tampoco pasaba desapercibido para las clientas de la tienda, que solían mirarle de arriba abajo y hasta tropezarse con él con fingida torpeza, excepto ella. La chica del bidón de leche ni siquiera le prestó atención cuando él se paró junto a ella a tomar un yogurt de la nevera de los lácteos. ¿Qué la llevaba a actuar diferente del resto de sus congéneres presentes en el lugar? No llevaba sortija, por lo que sabía que no estaba casada, aunque eso no era ningún impedimento para mirar a un hombre guapo. Tampoco le había dado la sensación de que fuese asexual o lesbiana. Era indudable que le generaba mucha curiosidad, al punto de preguntarse qué clase de introspecciones tendría ella, como para abstraerse de todo.

La siguió con la mirada hasta que se dirigió a la caja registradora como cada viernes o sábado, dependiendo del consumo lácteo de la semana. Observó cómo sostenía por el asa el bidón de leche de dos litros durante el periodo de tiempo que le tomaba avanzar en la fila, hasta finalmente apoyarlo en el mesón para pagar. Suponía que debía vivir en algún lugar circundante, porque solía ir a la tienda siempre en bicicleta o andando.

Se le estaba haciendo costumbre salir a verla pedalear, hasta que se perdía a lo lejos entre el tráfico. Nunca había interactuado con ella, pero cada vez que iba a la tienda, no podía evitar mirarla con atención, sin que le pasase por la mente analizar el hecho de que comenzaba a sentirse atraído por una mujer que era, a todas luces, la antítesis de todas las parejas que había tenido, tanto monógamas como de paso. El detalle más importante, para observar en la mencionada, era que lucía muy joven.

Clemente nunca había salido con una mujer menor que él. Las citas a las que se vio compelido a asistir con alguna de las hijas de las amigas de su madre para complacerla, no contaban. El asunto, era que él nunca había tenido sexo con una mujer que no le llevara, al menos, cinco años de diferencia y esa chica era, en efecto, menor que él por varios años. No podría precisar cuántos, él nunca se entrenó para ello. Aprendió desde joven que el tema de la edad era un detalle susceptible para las mujeres con las que salía, por lo que optó no hacerse bueno calculando años de nacimiento. Se atrevió a pensar que era al menos más de media década menor que él.

Cuestión paradójica, si analizaba que la última mujer con la que estuvo, le llevaba en cambio una década de diferencia. ¿Acaso estaba llegando el momento en que se cambiaran los papeles? ¿Le tocaría entonces a él, representar el papel de hombre maduro? Optó por no cavilar en ello. Se consideraba aún muy joven, apenas tenía treinta y tres años, aunque en efecto, era el único de sus amigos soltero —los pocos que tenía—, pues la vida clandestina de chico que salía con mujeres, que bien podrían haberlo traído al mundo, le llevó a no cultivar muchas amistades. El tener que lidiar desde joven con los conflictos femeninos de mujeres en la mediana edad, hicieron que cosas como los video juegos, beber hasta las tantas o salir a clubes nocturnos a intentar ligar con universitarias, carecieran de sentido.

Clemente era un tipo atípico, así como también lo era la chica del bidón de leche y él comenzaba a sentir el impulso de desvelar el misterio. Eran contadas las veces que había comprado algo más que el suministro lácteo, nunca hablaba con nadie o al menos parecía evitarlo. Sabía que no era muda y que incluso era muy amable. Recordaba que en una ocasión ayudó a una señora, bastante mayor, a alcanzar una bebida para diabéticos del último tramo del refrigerador, leyéndole con mesura la tabla nutricional y que solía dar las gracias cuando recibía el cambio. También negaba con dulzura, cuando uno de los chicos del área de charcutería le ofrecía probar algo.

Parecía siempre ir recién levantada, con la cara lavada, lo que dejaba ver un par de pecas sobre las mejillas de una piel muy pálida, así como unos labios exageradamente rosados al natural. Llevaba el cabello, por lo general, peinado de cualquier manera, la mayoría de las veces en una coleta, en otras, suelto con demasiado volumen, rozándole los hombros. Se notaba que no prestaba demasiada atención en arreglarse. Poseía ese tipo de belleza natural y encantadora. Lo curioso, era que se percibía lo mucho que se cuidaba: llevaba las uñas recortadas, con una capa de laca transparente, la piel siempre bonita, el cabello brillante y la ropa en exceso casual lucía limpia, aunque, en línea general, poseyera un look desaliñado.

Ella desenchajaba con las mujeres de porte elegante, que usaban tacones y lencería cara, con las que él solía estar. Inclusive, su expareja, que era un poco *hippie* y bohemía, se veía mucho más

chic, que esa chica que probablemente compraba la ropa en alguna tienda para niños o en el supermercado.

Siempre que entraba a la tienda, se entretenía mirando todo con semblante de curiosidad y casi nunca compraba algo más que no fuese un bidón de leche, luego pagaba y se marchaba. Esa era su rutina de siempre. Él solía mirarla desde alguna ubicación privilegiada, por lo general, detrás de las vitrinas. Clemente, se preguntó cómo sería la interacción entre ellos si decidiese hablarle. Ese tipo de cavilaciones eran infrecuentes en él, era de personalidad lanzada, no solía reparar demasiado en un plan de antemano o en un guion para una posible conversación.

Comprendió que siempre había coqueteado con mujeres mayores que, en muchísimos casos, se mostraban interesadas con prontitud. Existía la posibilidad que, con esa chica que se notaba tan tímida, las cosas no resultasen igual y por primera vez en mucho tiempo, Clemente se sintió nervioso por hablar con una mujer. Aun así, decidió que la próxima vez que visitase la tienda, le hablaría sin más dilaciones a la chica del bidón de leche.

CAPÍTULO 2

Bel se revolvió entre las sábanas, mientras un sudor frío le recorría la espalda. No estaba teniendo una pesadilla, al menos no *per se*, en realidad, estaba soñando con su exnovio. Cuando al fin abrió los ojos y abandonó aquella vorágine de pensamientos, miró a Carlos, durmiendo sereno a su lado. Revisó la hora, eran las seis y cuarenta de la mañana, el despertador en la mesa de noche sonaría en veinte minutos. Bel, siempre esperaba a que su novio se alistara y se fuera al trabajo para comenzar la mañana. Ese día, todo sería diferente.

Recorrió el suelo, descalza, las fibras de la mullida alfombra, cercana a la ventana, le hicieron cosquillas en los pies. Corrió la cortina y miró la calle despertar, sería un día ajetreado para todo el mundo, menos para ella. Su jefe había dejado de pasar consultas los viernes por la mañana, porque estaba tomando clases de maestría, dejándole ese periodo libre. Se cepilló los dientes y bajó las escaleras hasta la cocina. A Carlos no le gustaba desayunar, solo tomaba café con leche, así que Bel colocó a hacer una jarra. El aroma de la infusión, que hacía su novio cada día antes de irse a trabajar, era lo que en realidad la despertaba por las mañanas, así que no sería hasta que percibiese ese olor maravilloso, que su sistema se activaría.

Se sentó en el mullido sofá de la sala, descorrió un poco la cortina y miró el tiempo pasar, rememorando el sueño que había tenido. A ella siempre le había gustado tener sueños muy vividos, los experimentaba desde niña, juraba que era la forma en la que el inconsciente le hablaba, cuestión que era súper divertida a veces, como cuando le daba tórridas aventuras, otras, como ese día, la fastidiaba. Su mente parecía recrear todo de una forma, que la hacía evocar memorias que ni ella misma parecía entender o siquiera recordar. El sueño de esa mañana, la hizo rememorar situaciones para nada pertinentes. Supuestos momentos felices del pasado que, en realidad, le producían náuseas.

«Estúpido inconsciente, déjame dormir en paz, ¿no me puedes dar un sueño con un actor bello y precioso? No, tienes que dañarme la mañana con ese imbécil», pensó.

El sueño en sí, no había tenido nada de malo. Bel se miraba en un espejo, notándose varios años más joven y analizaba su atuendo, el cual le resultaba infrecuente a lo que solía vestir. Tras restarle importancia a ese detalle, salía a la calle y caminaba un par de metros hasta un jardín de una casa cercana, para depositar basura, que en realidad no era tal, más bien era una pila de cosas que ella no lograba comprender qué significaban.

Pasaron los días, hasta que Bel se fue a hacer recados y diligencias del día a día, entre esas, a comprar un bidón de leche. Cuando caminaba de regreso a su casa, se percató de que la basura seguía en el mismo lugar, así que se agachó a recogerla, hincándose en el bonito jardín de los vecinos, para hurgar entre lo que parecían ser muchos sobres.

Comenzó a romperlos y pequeños suvenires brotaron de ellos: una bolsa de *ketchup* de una cadena de comida rápida, unos tiquetes de cine de una película de acción, una flor marchita, un colgante en forma de mariposa, una servilleta con una mancha de vino. Bel, comprendió que esos sobres estaban repletos de pequeños recuerdos de la relación con su exnovio. Al tocar cada uno, pudo rememorar el instante exacto en que su memoria recolectó datos, guardando lo sucedido para la posteridad.

Como la vez que comía papas fritas en compañía de Minerva y aquel chico pasó a saludar, por

lo que su amiga se lo presentó; la primera cita que tuvieron en un cine con pocas funciones, por lo que vieron una terrible película de artes marciales que ella aborreció y soportó porque a él le gustaba; la celebración del primer mes juntos y la flor obsequiada esa noche antes de irse a cenar. Cada sobre estaba maldito, cada uno contenía una memoria de aquellos días vividos, en los que Bel ya no pensaba y que el inconsciente le instó a recordar.

Una turba de gente se acercó instándola a huir. Bel, que no comprendió qué sucedía, tomó el bidón de leche y salió corriendo, lejos de aquel desastre. Dejó atrás el jardín de los vecinos y los sobres llenos de lo que, estando despierta, comprendió, eran recuerdos. De repente una idea se plantó en su mente. ¿De qué estarían llenos esos sobres si terminara con Carlos? ¿Acaso de eso se trataba ese sueño? Desde hacía un tiempo había comenzado a analizar cómo sería la vida sin él, no porque no lo quisiera, simplemente, la atacaban las dudas. Se preguntaba si eso era todo, si lo amaba tanto como para vivir el resto de la vida con él. Estaban juntos desde que ella tenía un poco más de veintidós años y cinco años después, se preguntaba si ese era el final del camino.

¿Acaso la felicidad era jugar bolos una vez cada dos meses con un grupo de parejas en un viejo boliche? ¿Almorzar dos domingos al mes con los padres de él y dos sábados con los de ella? ¿Hacer el amor una o dos veces por semana y tomarse un trago juntos algún viernes? ¿Hacer las compras de la casa sola porque Carlos odiaba acompañarla a realizar ese tipo de tareas, por lo que en cambio acordaron que él recogería la ropa en la tintorería? Una vida, perfectamente ordenada, en la que Bel se había empequeñecido para no causarle molestia alguna a su novio, que parecía fastidiarse por todo. Las personalidades de ambos no eran a fines, aunque sí complementarias. El detalle, era que Bel no podía recordar cuándo fue la última vez que pelearon o cuándo hicieron algo nuevo en la cama.

Bel, disfrutaba imaginar cómo sería vivir de nuevo sola, dejar de hacer la colada hasta que el cesto de la ropa sucia alcanzase alturas que desafiaran la gravedad, emborracharse los viernes y amanecer con la máscara para pestañas corrida en la alfombra del apartamento de una amiga, —si tuviese alguna, luego de lo sucedido con Minerva, se volvió muy reservada—. Ir a esos festivales de cine que tanto le apetecían, a ver los partidos de fútbol en el estadio, a algún bar ruidoso o cualquier actividad que Carlos no hiciera ni siquiera el intento de realizar para complacerla. Era una fantasía, un placer privado y, sobre todo, culpable. No quería dejarlo, lo quería mucho, solo que le parecía divertido imaginarse libre, sin ataduras y haciendo lo que le diera la gana.

Carlos bajó las escaleras de la casa vistiendo un traje de color azul marino y una corbata a juego. Su piel oscura contrastaba con el blanco impecable de la camisa. Fue hasta la cocina, llenó el vaso térmico de café con leche y se acercó al sofá, para depositar un beso en la frente de Bel.

—Te has despertado antes esta mañana —dijo tomando su abrigo del perchero, sin apartar la mirada del teléfono.

—Sí, no sé por qué —contestó antes de percatarse que él en ningún momento le preguntó la razón de tan extraño suceso.

—Debo irme al trabajo, se ha acabado la leche, ¿puedes ir por más?

—Sí.

Sin más dilaciones, Carlos salió por la puerta, encendió el auto y condujo como cada mañana hasta el banco, donde trabajaba como subgerente. Bel se puso unos jeans, unos viejos Converse, una camiseta y una sudadera gris. Tomó una manzana del refrigerador y caminó hasta la tienda que tenía cerca. Allí revisó las vitrinas surtidas de pan fresco, bollos rellenos de mermelada de frutas o nueces, galletas, pasteles, entre otros. Curioseó las cestas llenas de peras, duraznos y manzanas. Se paseó por los pasillos en busca de algo nuevo que llamara su atención, sin conseguir nada, así que caminó hasta el área de los lácteos, tomó un bidón de leche y se dirigió a la caja.

Tras hacer la fila, saludó a la cajera que no le contestó y se limitó a decirle el monto a pagar a Bel, el cual le pareció elevado. Mientras rebuscaba dinero en el bolsillo, pensó que la semana pasada había pagado la leche mucho más barata. Sacó el billete y antes de entregárselo a la cajera, revisó la etiqueta del bidón, cuyo precio era igual al que recordaba, por lo que terminó preguntando el motivo del recargo.

—Es la leche, más la manzana.

Bel miró en su mano izquierda la manzana gala a medio comer y respondió:

—No, la manzana la he traído de casa. Entré comiéndola.

—No puede entrar al local con comida de otro lugar —respondió tajante la chica.

—¿Dónde lo dice? —preguntó Bel fastidiada, pero manteniendo un tono educado.

—En la puerta.

Ella leyó un cartel donde rezaba que se prohibía la entrada al local con víveres o consumiendo alimentos.

—Es absurdo, se puede comer cosas que se han comprado aquí, ¿pero no afuera?

—Seguro la ha tomado de la cesta de las manzanas —acusó la cajera.

—No, no lo he hecho —respondió un poco alterada, ante la presunción errónea de la mujer.

La cajera impaciente, volvió a repetir el monto, para obligar a Bel a finalizar la transacción comercial. Los demás clientes en la fila se impacientaron, presionándola para que pagara por la fruta sin que ella se dejase amedrentar. Segundos después, se presentó un hombre alto de barba y tatuajes en los brazos, que le ordenó a la cajera, con un tono de voz muy grave y autoritaria, cobrar solo el bidón de leche.

Bel pagó, rechazó la bolsa y tomó el bidón. Cuando se encaminaba a la puerta, el hombre se le acercó para hablarle.

—Disculpe la actitud de la cajera, en varias ocasiones personas han consumido alimentos dentro del local y han dicho que han entrado con ellos para no pagarlos.

—¿Y cómo sabe que yo no he sido una de ellas? —preguntó ávida Bel, con cierto tono altanero que él encontró muy interesante.

—No es la primera vez que viene por aquí, la he visto en reiteradas ocasiones. Le gusta pasear por los pasillos y muchas veces no compra nada más que un bidón de leche. Además, la manzana que trae es demasiado grande, las que vendo son orgánicas, por ende, son más pequeñas.

Bel lo miró perpleja tras escuchar aquel informe tan exhaustivo de sus costumbres de compra, expresado con tanta afabilidad. El hombre la invitó a acompañarlo hasta el cesto de las manzanas y esta lo siguió sin más, pues aún no salía de su estupor. Él le entregó una y comprobó que, en efecto, era mucho más pequeña que la que ella comía, a pesar de ser del mismo tipo.

—Debería consumir manzanas orgánicas. La manzana es una de las frutas más contaminadas de pesticidas y una de las que más beneficio aporta a la salud, son ricas en fibras, vitaminas, bajan el colesterol... Vale la pena pagar un poco más por ellas —explicó el hombre con un tono muy amable y una bonita sonrisa, que a Bel le resultó un poco extraña. Él tenía todo el porte de hombre serio. Le pareció que un gesto tan dulce no le encajaba.

—Tal vez la próxima vez que venga —dijo entregando la fruta al hombre.

—No, es un obsequio, disculpe de nuevo por el incidente en la caja.

—No, disculpe usted por traer comida de casa, gracias por la manzana.

Bel le sonrió de regreso a aquel hombre que le resultó intimidante, aunque no de manera negativa. Le pareció que emanaba una energía que no sabía cómo manejar. Al percatarse de que este tenía intenciones de seguir conversando, Bel se despidió con un movimiento de mano y se dio media vuelta para salir del establecimiento. Caminó hasta casa, con un ritmo cardíaco un poco

más acelerado de lo normal, mientras pensaba en aquel extraño. Él parecía haberse percatado de ella con anterioridad, mientras que Bel nunca lo había visto. Asumió que su trabajo tendría que ver con la seguridad del local, o algo por el estilo, no habría otro motivo para que estuviese al tanto de sus conductas de compra. No obstante, esa suposición no tenía cómo sustentarse, pues no vestía como el resto de los empleados. Encontró bastante linda la camisa azul marino, con las mangas dobladas hasta los codos, que llevaba, así como los jeans desgastados y su bonita barba. Le pareció un hombre muy guapo.

Se instó a sacar de su mente con rapidez al señor Barba, sobrenombre con el que lo bautizó casi de inmediato. Siguió caminando hasta casa, en donde, tras desayunar, se encargó de lavar la ropa, pasar la aspiradora y cocinar un poco. Al mediodía almorzó, se dio un breve baño, se vistió y pedaleó en su bicicleta hasta llegar a su trabajo, que quedaba a varias cuadras.

Al entrar al consultorio odontológico, saludó a Luisa, la secretaria, y a los pacientes que esperaban sentados. Su jefe tenía varios agendados para la tarde, por lo que Bel comenzó a organizar las cosas para tales consultas. Buscó los expedientes de las personas citadas, limpió y acomodó la instrumentaría en las bandejas. Se alisó el uniforme con los dedos mientras veía el reloj, pronto serían las dos de la tarde y comenzaría el trabajo.

Tras la llegada de su jefe, Bel, que se desempeñaba como asistente dental, lo ayudó con una infección bucal, un tratamiento de conducto, una remoción de cordales, limpiezas dentales y demás procedimientos. Hacia las seis y media de la tarde, el trabajo había terminado y por alguna razón desconocida, en vez de pedalear hasta casa, siguió un poco más hasta la tienda. Solo compraba ahí las cosas de último minuto, solía hacer una compra grande cada dos semanas en el supermercado. Era atípico que fuera a aquel lugar, ya había comprado la leche y, a decir verdad, no necesitaba nada más. No obstante, ahí estaba, así que al bajar de la bicicleta tomó el teléfono y llamó a Carlos.

—Hola, quería saber si te apetece comer algo en especial esta noche.

—Bel, te llamé con el pensamiento, estaba por llamarte para decirte que no me esperes a cenar.

—¿Por qué?

—Es el cumpleaños de la gerente, los muchachos acordaron ir a comer o beber algo, pero solo vamos los del trabajo. —Y con eso último, entendió que no estaba invitada.

—Mmm, ok. Entiendo, pásala bien.

—Ok cariño, un beso.

Bel estaba acostumbrada a que su novio saliese con sus amigos o fuese por una copa luego del trabajo, situación que era cada vez más frecuente. Tenía en claro que la confianza era el pilar de toda relación y que si Carlos decidiese serle infiel lo haría de cualquier modo, por lo que no gastaba demasiada energía en pensar en eso. Lo que sí le molestaba a veces, era que él no tuviese la amabilidad de preguntarle si ella tenía algún tipo de preparativo previo para ambos, como en esa ocasión, en la que pensaba decirle para que fueran a la última función del cine.

Empujó la puerta de vidrio y entró al local. En vista de que cenaría sola, no tenía que preocuparse por cocinar un menú que les apeteciera a ambos. Eran apenas las siete de la noche y sabía que estaría sola, al menos unas cuatro horas. Se dirigió hasta los refrigeradores del fondo en busca de un bote de helado, total, esa noche podría comerlo frente al televisor a sus anchas, mientras fingía que tenía una vida social aceptable y no una que giraba en torno a la de su novio.

Caminó hasta un estand de revistas y miró algunas. Bel odiaba los magazines de decoración, de chismes o de política amarillista. Se sorprendió gratamente al encontrar un ejemplar de arte e ilustración. No solía verse mucho esa revista y de por sí, era bastante difícil de conseguir, por lo

que sonrió al pensar que era su día de suerte. Se dirigió a caja rompiendo el plástico protector de esta, ojeándola mientras esperaba en la fila. Miró a los lados en busca del señor Barba, decepcionándose de no encontrarlo por ninguna parte, aunque no hubiese un motivo para sentirse así. Colocó el bote de helado y la revista en el mesón junto a la caja registradora, para rebuscar en el bolso la billetera para pagar.

—Lo siento. Esta revista no está a la venta —dijo la cajera adusta.

Bel levantó una ceja en señal de molestia. Pensó que la fulana chica la tenía tomada con ella y decidió que no toleraría su mala actitud.

—¿Pero por qué no? Estaba en el estand de las revistas.

—Porque no, señorita. Ha sido un error, esta revista no debió estar ahí, no está a la venta —remarcó con falsa amabilidad.

Bel insistió en preguntar el motivo y la cajera se mostró displicente.

—Quiero hablar con el gerente —solicitó e inhaló profundo, no quería perder la paciencia. No entendía el motivo para que la cajera la tratase tan mal.

—Señorita, de verdad ha sido un error, lo siento —enfaticó la chica, que, aunque expresaba una disculpa, el tono con el que hablaba era demasiado condescendiente.

—Por favor, llama al gerente.

Bel vio a la cajera hacer una seña a alguien y le dijo que en un momento la atenderían. Acto seguido, siguió facturándole a las personas que estaban detrás de ella, ignorándola. Molesta, se cruzó de brazos a esperar al gerente, una señora hizo ademán de acercarse a la caja, pero fue interceptada por aquel hombre, el señor Barba, que, al parecer, ejercía algún tipo de autoridad en el lugar.

A ella le faltó fluidez para hablar por un momento y, básicamente, tartamudeó un poco. Tras dos segundos, logró recomponerse con rapidez y explicó el asunto. El señor Barba asintió en señal de entendimiento.

—Factúrale a la señorita lo que guste —dijo dirigiéndose a la cajera.

—Pero...

—Que le factures —interrumpió impaciente, sin dejar de ser amable—. Busca algo con el mismo precio y hazlo.

La cajera facturó los dos artículos de mala gana, fue bulliciosa al remarcar con un chasquido de lengua las palabras «a la orden», cuando le entregó la bolsa de la compra a Bel, quien la tomó contestándole un «gracias» en igual tono. Se dirigió hacia la salida del lugar, pensando en que jamás volvería a comprar ahí de nuevo, pues no soportaba a esa chica.

—Señorita, ¿me permite un momento conversar con usted?

Bel se volvió ante el llamado de la voz grave del señor Barba y asintiendo con la cabeza, siguió la dirección de su mano, hacia una oficina al final del local. Al entrar, la invitó a tomar asiento, pedimento que ella aceptó un poco titubeante. Él, en vez de sentarse al otro lado, en la silla que precedía el espacioso escritorio, lo hizo a su lado, girando la silla en su dirección, a una distancia demasiado corta y con amabilidad expreso:

—¿Gusta un dátil? —Él estiró la mano, alcanzando un contenedor de plástico transparente lleno de dátiles marroquíes sin semilla y tras abrirlo, se llevó uno a la boca. Ella negó con la cabeza y él no tuvo más remedio que insistir—. Pruebe uno, están buenísimos.

—¿Qué son? —preguntó Bel arrugando la cara.

—¿En serio no los conoce? —Ella volvió a negar con la cabeza—. El dátil es una fruta que crece en las palmeras datileras, se consume mucho en los países del Magreb, es muy dulce...

—¿Magreb? —interrumpió curiosa.

—Sí, países del norte de África. —Bel asintió en señal de entendimiento, arrojó ligeramente su labio inferior con el superior, gesto que él encontró de lo más adorable—. Son de sabor dulce, muy buenos —dijo extendiendo de nuevo la pequeña bandeja.

Ella estudió las frutas con atención y no pudo evitar arrugar la cara de nuevo al pensar, que su forma los asemejaba a las cucarachas. Aun así, decidió intentarlo y tomó uno. La textura acaramelada fue una sorpresa, observó al señor Barba llevarse otro a la boca entero y masticar, por lo que imitó el gesto. Quedó fascinada con el aroma y el delicioso sabor.

Él la observó con avidez, esperando su reacción. Ella abrió los parpados de par en par, exhibiendo unos magníficos ojos azules muy expresivos y con rapidez, se llevó los dedos a los labios para evitar emitir sonido. A Clemente, Bel le resultó demasiado contenida y eso en el fondo le gustó.

—Mmm. —El sonido escapó de los labios femeninos. No era un gemido, al menos no uno gutural y natural, era más bien una simple vocalización, la cual él encontró muy agradable, ya que ella tenía un precioso tono de voz. No obstante, no era lo que estaba buscando—. Es delicioso. Nunca había probado una fruta así, gracias.

Le ofreció que tomará otro dátil y ella se negó cohibida. Él insistió cordial, convenciéndola de hacerlo, pero de nuevo, al probarlo, no le dio lo que quería. En cambio, recibió un premio de consolación. Le encantó la forma en que los labios de Bel se curvaron hacia arriba, regalándole una corta sonrisa.

—Quiero pedirle disculpas en nombre de mi empleada. Está cubriendo a un compañero en el turno de la tarde, supongo que está cansada y no supo explicarse. El incidente se debe a que mi exnovia es artista plástica, ella tenía una serie de suscripciones a revistas de arte que yo recibía aquí en el local. Después se las llevaba a casa, es probable que esa se haya mezclado con las revistas que están a la venta. Cuando Andrea le comentaba que no podía facturarla, es porque el producto no está en el sistema. —Bel tomó el tique de caja para leer los artículos facturados y en efecto, había pagado por un helado y un chocolate.

—Mil disculpas, puedo devolverla.

—No se disculpe, no es su culpa, solo quería explicarle para que esta desafortunada situación, o la de esta mañana, no haga que deje de preferirnos como lugar de compra.

Bel no sabía mucho de arte, solo tenía un par de ediciones de la revista, que compraba de vez en cuando simplemente para verla, sin ningún propósito especial de estudio o algo por el estilo. Por lo cual insistió en que, si necesitaban el artículo, no tendría problema en devolverlo.

—Mi exnovia me dejó hace más de un año, ya es hora de que cancele las suscripciones —dijo él con naturalidad.

«Lo dejó». El pensamiento hizo eco en la mente de Bel, que se compadeció por el señor Barba. Aquella aflicción se desvaneció con rapidez, dejando espacio libre para que tomara protagonismo la ineludible atracción que comenzaba a guarecerse en su interior muy a gusto, embargándola de manera inextricable. Le gustó lo honesto que parecía, su tono de voz masculino y que hablara despacio, pronunciando las palabras con sosiego. También la forma de los ojos almendrados de color oscuro, la barba espesa, los tatuajes en los brazos de piel tostada, la camisa planchada y arremangada a la perfección. La estatura, el tono muscular, de hecho, pensó que nunca en la vida había conocido a un tipo tan atractivo. Por lo que hizo lo que hacen algunas mujeres, cuando se sienten incapaces de manejar la ansiedad que le genera conversar con un hombre exageradamente apuesto: huir.

Se puso de pie, sintiéndose súbitamente acalorada. Él, que no daba por terminada la conversación, se sorprendió al verla levantarse. Bel se despidió con rapidez, como había hecho

por la mañana. Él, que también se puso de pie imitándola, le tendió la mano con el propósito de presentarse, saber su nombre y con suerte, generar un poco de complicidad entre ambos. Ella se la estrechó veloz por mera formalidad, encontrando su tacto deliciosamente cálido y rasposo, cuestión que la hizo suspirar al sentirse mesmerizada, sin entender muy bien por qué. Lejos estaba del tacto suave y delicado de su novio. Fue ese toque, en apariencia anodino, el que le generó una extraña necesidad de correr hacia los brazos de Carlos.

A él en cambio, ese efímero suspiro le encantó, así como lo suave que se sintió su mano entre la suya. La estudió mientras tomaba la bolsa del escritorio, notando cómo se llevaba un mechón de cabello detrás de la oreja, en lo que le pareció un reflejo de nerviosismo. Se sonrió con cierta insolencia, no pudo evitar pensar que aún tenía el toque con las mujeres.

—Mi nombre es Clemente —dijo llevándose las manos a los bolsillos de los jeans.

—Eh... yo soy Bel —contestó titubeante.

—Espero verte pronto de nuevo por aquí, Bel —expresó tuteándola.

Clemente le dedicó una mirada sugerente, coronada por una sonrisa magnética. Ella tragó hondo, se le erizó la piel de todo el cuerpo cuando lo escuchó decir su nombre. Asintió sintiéndose un poco extraviada, por completo fuera de lugar. Cuando notó la mano de él tomándola por el codo para detenerle el paso, se sintió temblar. Clemente le abrió la bolsa de compra y depositó en su interior los dátiles.

—Un obsequio. Espero que los disfrutes.

Ella quiso negarse, sin embargo, la necesidad de abandonar aquel lugar se le hizo más apremiante. Solo asintió y cohibida, musitó la palabra gracias, para luego dirigirse a la salida de la tienda. Cuando la brisa fría del principio de la noche la golpeó en la cara, fue que comprendió lo viciado que estaba el aire en esa oficina, todo olía a él. Respiró profundo en pro de librarse del efecto narcotizante del aroma de aquel hombre.

Clemente salió un par de segundos después, lamiéndose del pulgar el caramelo natural del dátil. La miró irse a través de una de las paredes acristaladas de la tienda. Notó que pedaleaba con rapidez, por lo que se preguntó si había sido demasiado osado durante la conversación. Descartó aquella posibilidad, solo le había ofrecido un dátil y se había disculpado por lo sucedido, además, le pareció que ella a pesar de su timidez inherente, había sido receptiva. Tal vez no podía aseverar aquello con precisión, de lo que sí estaba seguro, era que la curiosidad que sentía con respecto a esa mujer aumentaba. Tenía que anexar a la lista de las cosas que le cautivaban, el bonito nombre que tenía, así como lo introvertida que era. Eso sí que era novedoso y diferente para él, acostumbrado a establecer relaciones con mujeres más desenvueltas. Al recorrer la tienda, pasó junto al área de los lácteos y pensó que esperaba que a Bel el bidón de leche se le acabará esa semana mucho antes, para verla pronto.

CAPÍTULO 3

Bel dejó la bicicleta en el garaje de la casa, se quitó la chaqueta, guardó el helado en el refrigerador y subió las escaleras apurada. Se despojó del uniforme, de los zapatos de descanso y comenzó a vestirse. Llamó a su novio, pero este no contestó, de todas formas, sabía qué bares solía frecuentar, así que tomó un taxi hasta esa zona. Tras dar un par de vueltas, no observó en ninguna parte el auto de Carlos y le ordenó al taxista transitar un par de calles más arriba. Esa era la ventaja de vivir en una ciudad tan pequeña, tenía una modesta cuadra gastronómica, en donde los restaurantes parecían circundar el mismo perímetro, cuyo centro era una gran plaza en la que se erguía un bonito obelisco y estaba adornada por una variedad de árboles de distintos tamaños, que eran usualmente usados como refugio por adolescentes besucones.

No le costó demasiado divisar el auto en un pequeño restaurante italiano. Caminó alrededor del local, cuyos ventanales permitían ver a los comensales que devoraban los diferentes platillos. Vislumbró a su novio en una mesa —tal como este le había dicho—, comiendo con la gerente, su esposo y otros empleados del banco que también parecían acompañados.

Bel iba con intenciones de raptar por primera vez a su novio y con algo de suerte, hacer algo distinto, luego lo dejaría salir a sus anchas con sus amigos como siempre, así que verlo rodeado de otras personas la asombró, pensaba que era algo netamente laboral. De todas formas, siguió con su plan y tomó el teléfono para avisarle que estaba afuera, en vez de presentarse en la mesa sin previo aviso.

Observó con atención a Carlos, que miró la pantalla de su teléfono y con simpleza desvió la llamada con un gesto de fatiga en el rostro. Bel sintió una punzada cáustica en el pecho, él la había ignorado con tanta facilidad. Atónita, remarcó sintiéndose triste, apesadumbrada y también muy molesta. Él suspiró hastiado, se disculpó con los presentes y salió del local para tomar la llamada.

—¿Cariño, sucede algo? No escuché el teléfono. —Se excusó mintiendo.

—No, nada, todo está bien.

—¿Qué pasa, linda?, dime —dijo preocupado, al notar el tono entristecido de su novia.

—¿Tú me quieres?

Fue lo único que se le ocurrió preguntar en un momento así, en el que no comprendía la actitud de su novio.

—Claro que te quiero, te amo, eres la mujer de mis sueños, eso ya lo sabes. ¿Estás viendo una de esas películas románticas que te ponen a llorar y a pensar en tonterías? —El tono condescendiente de Carlos le produjo más rabia.

—No, estoy viendo una horrible, una feísima.

—Cambia el canal.

—No puedo.

—¿Volviste a desconfigurar el control remoto? —preguntó con desgano.

Bel caminó hasta la entrada del restaurante plantándole cara. Carlos se quedó estupefacto al verla y se preguntó qué hacía ahí. La miró desconcertado al notarla afligida, no era consciente de que ella había sido testigo del gesto de hastío e indiferencia que solía hacer de un tiempo para acá, cuando lo llamaba.

—Cariño, ¿qué sucede?

—Te vi, eso pasa y sabes qué, no te preocupes, no te llamo más.

Bel comenzó a caminar en dirección contraria, sin llegar demasiado lejos antes de que él la detuviese, exigiendo una explicación.

—¿De qué hablas?

Lo que ella no sabía, era que aquella pregunta era honesta. El gesto que había hecho Carlos fue una reacción tan visceral, que ni siquiera se percató de que lo había hecho. Bel lo miró indignada, pensando que intentaba zafarse de la situación haciéndose el desentendido.

—Te vi, te llamé y te vi la cara de obstinación que pusiste al ver mi nombre en la pantalla, ¿por qué?

—No sé de qué estás hablando. Hablemos en otra parte, todos nos miran —dijo refiriéndose a dos chicos del servicio de aparcar autos, tomándola con fuerza por el brazo, caminando con ella lejos del local.

—Suéltame. No seas imbécil.

La soltó y le rogó que lo acompañará al auto, para hablar con tranquilidad. La miró muy serio y le pidió que no lo hiciera pasar vergüenza. Bel, que ni siquiera subió el tono de voz, ni hizo ningún gesto que delatase que estaba furiosa, lo siguió resignada. Carlos podía llegar a ser bastante intransigente y manipulador cuando quería, sobre todo, cuando sentía esa imperante necesidad de mantener todo bajo control en cualquier situación, incluyendo una hipotética pelea con su novia, con la que no discutía por casi nada. Opinaba que las peleas en las relaciones amorosas eran algo indeseable y que debían ser evitadas a toda costa. Su forma de ser, perfeccionista, lo impulsaba a perseguir la armonía a como diera lugar.

Esa obsesión de Carlos por vivir dentro de los parámetros de lo que consideraba una relación sin problemas, lo condujo a obviar un detalle significativo: nada era perfecto. La realidad era que las parejas que aprendían a discutir, exponiendo opiniones opuestas de forma respetuosa, solían tener relaciones más longevas y satisfactorias. Él no la dejaba hablar nunca. Era como un bombero que entraba en pánico apagando cualquier fuego antes de que se propagara, extinguiéndolo todo a su paso, incluyendo a la que un día fue una mujer muy vivaz, una que se convirtió en una persona dócil, que se tragaba sus emociones con tal de complacerlo o al menos, en un principio fue así. Con el tiempo, esa circunstancia mutó, Bel se volvió muy apática. Había alcanzado un punto en la relación en donde todo era tan malditamente aburrido, que ni siquiera sentía ganas de llevarle la contraria. Era como uno de esos enfermos mentales a los que mantenían sedados a perpetuidad, al punto de que no conseguía recordar cómo era su personalidad antes de conocer a Carlos.

La relación anterior de Bel, había estado llena de desengaños y mentiras, por lo que, en un principio, se sintió atraída por la tranquilidad que Carlos le ofrecía. Era un hombre decente, de naturaleza sosegada que la trataba con profundo respeto. Era un novio atento, ejemplar, que la quería, la cuidaba y que, incluso, se esforzó en ganarse a su madre ligeramente racista. Su carácter afable y agradable, consiguió que esta comenzara a aceptar la idea de que, en algún punto, en el vientre níveo de su hija, se gestarían nietecitos morenos. Ella no tenía problemas con las diferentes razas o etnias, ni con los matrimonios interraciales, siempre y cuando les sucediera a los hijos de otros, en ningún momento esperó que ocurriese con su hija.

Carlos era un hombre estupendo en toda la extensión de la palabra, el problema radicaba en que esto era directamente proporcional a lo aburrido que era. Motivo por el que Bel se la pasaba fantaseando con dejarlo, idea que nunca se materializaba, porque vivía en un entorno asfixiante que la hacía creer que era imperativo tener una pareja para ser feliz. Sentía miedo de dejarlo y luego arrepentirse por perder al único hombre decente que había conocido.

Tras ese tipo de cavilaciones, Bel concluía lo mismo de siempre: era mejor malo conocido,

que malo por conocer y al final del día lo quería. ¿Cómo no quererlo? Carlos tenía de todo, menos algo malo. Era la estampa de la perfección y eso era precisamente lo que la aniquilaba. ¿Cómo se quejaba de un novio que nunca olvidaba un aniversario? Uno atento, que se había interesado tanto por ella, que muchas veces adivinaba las cosas que necesitaba antes de que esta siquiera las pidiera. Tal vez, tenía la culpa por ser tan predecible, por convertirse en una mujer aburrida.

Así que, cuando entró al auto, decidió que era justo transgredir un poco esas normas tácitas que se habían gestado entre ambos. Su relación necesitaba cambiar con urgencia. Carlos le había dado un motivo a Bel para discutir y esta decidió que aprovecharía al máximo la oportunidad para exigir respuestas. Aquello era un grito de desesperación, estaba harta de mantenerse impassible, necesitaba sentirse viva, aunque fuese por cinco minutos. Respiró y se preparó para no caer en las tácticas apaciguadoras que solía aplicarle para domeñarla, ni en las caricias en la espalda o en los susurros tranquilizadores que de seguro iba a darle. Ella quería llegar a la raíz. Necesitaba comprender qué había hecho para que él se sintiese fastidiado de responderle el teléfono, porque si él era el novio perfecto, ella era consonante, la mejor novia que pudiese desear, que siempre le daba su espacio.

—Bel, ¿explícame qué pasa?

—Pasa, que estoy en casa, te llamo y no contestas. Ok, perfecto, no tienes que contestarme de inmediato, pero vengo hasta aquí, te llamo y me desvías la llamada en mi cara. —Carlos levantó las cejas, en un gesto de entendimiento, cuando al fin se percató de lo que sucedía—. Entonces me pregunto: ¿por qué haces eso? ¿Por qué me ignoras así? ¿Y si me hubiese estado muriendo? ¿Qué tal que me hubiese caído en la ducha y te estuviese llamado para que me ayudaras?

—Discúlpame, cariño, tienes razón. —Y al decir esto, él dio las cosas por zanjadas, sin saber que Bel esa noche tenía ganas de ver todo arder.

—Esto no va de que te disculpes. Me explicas por qué me mientes diciéndome que no oíste el teléfono, además del gesto de: «¡Qué fastidio, esta mujer de nuevo!», cuando yo nunca te molesto por nada, casi ni te llamo, menos cuando estás con tus amigos.

—No lo haces. Es solo que... —Se quedó a medias, intentando inventar una excusa creíble—. Estaba ocupado, tú no me fastidias nunca. En serio —mintió.

Aunque Carlos fuese consciente de lo que alegaba su novia, eso no implicaba que dejase de importunarla que ella lo llamara cuando había decidido salir solo, porque, si bien, ella era una chica increíble, prefería atender esas reuniones sociales post laburo a solas. Bel no era, precisamente, la sociabilidad en pasta. La definía como una introvertida extrovertida. No podía pedirle peras al olmo, mientras que él si disfrutaba muchísimo ese tipo de reuniones.

—¿Eso es lo mejor que se te puede ocurrir? ¿Que estabas ocupado?

—Me niego a pelear por esta tontería.

—Ese eres tú, yo quiero saber: ¿por qué estás cansado de mí?

—No estoy cansado de ti, solo que era mi momento de estar con mis amigos, yo no te molesto cuando tú estás con los tuyos.

—O sea, ¿sí te molesto? —contestó malsonante.

—Sabes que eso no fue lo que quise decir, Bel. Perdóname y ya. Tú me conoces, sabes que te adoro.

—No, no te perdono y no te llamé más —dijo cruzándose de brazos, alterada al darse cuenta que él ni siquiera se tomaba la molestia de negar con vehemencia.

Carlos maldijo entre dientes, algo que Bel odió, solo le exacerbó ese sentimiento de que él estaba cansado de ella. Le envió un mensaje a un compañero avisándole que no volvería a la

mesa. Luego encendió el auto, moduló el volumen de la radio y comenzó a conducir. Sabía que no podía volver a la reunión del restaurante, no con ella en ese estado. Sin más remedio, se resignó a estar un viernes antes de las nueve de la noche en casa.

—Para el auto —dijo Bel.

—No cariño, por favor, no hagamos de esto una pelea.

—Detén el maldito auto.

Carlos terminó aparcando frente a la plaza, bajo la penumbra que proveía uno de los árboles que se erguía imponente, cubriendo con sus frondosas ramas la poca iluminación proveniente de las farolas del centro del lugar.

—¿Se puede saber qué pasa ahora? —cuestionó molesto.

—Ni siquiera me has preguntado por qué te vine a buscar...

Bel se llevó la mano a la frente, un gesto de obstinación.

—Tienes razón, lo siento, ¿para qué me viniste a buscar?

Bel, se levantó del asiento y se sentó a horcajadas sobre el regazo de Carlos, tomándolo por sorpresa.

—¿Qué haces? Alguien puede vernos —dijo al ver cómo le abría el cinturón y comenzaba a bajarle la cremallera de los pantalones.

Ella lo besó de golpe para no dejarle espacio a pensar. Él intentó seguirle el juego corriendo el asiento hacia atrás y apretándola por la cintura, luego enroscó la lengua con la suya, al tiempo que las manos temblorosas de Bel descendían por su abdomen, sacándole el miembro medio flácido de la ropa interior. La erección apareció rápido, tras una ligera masturbación. La tensión de estar en público y el poder ser vistos por un transeúnte o por un auto que pasará junto a ellos a poca velocidad, les resultó una situación muy excitante, por lo que sus besos podían describir la línea de sus pensamientos. Eran cortos, raudos, violentos. Él no dejaba de pensar en la policía, ella, en cambio, estaba en estado de fuga. Necesitaba hacer algo emocionante, aunque fuese una vez en la vida.

Bel se llenó los dedos de saliva y embadurnó el miembro de su novio. Se levantó el vestido, se corrió la ropa interior e intentó deslizarlo entre los pliegues de su sexo. Él la detuvo, le devolvió el favor humedeciéndose los dedos también para lubricarla y poder penetrarla con éxito. Ella lo recibió con un poco de dificultad, estaba excitada, aunque no del todo mojada. Eso no le impidió seguir, podía ser muy testaruda cuando quería.

Llevó las manos de Carlos a sus pechos indicándole que la tocara, este los apretó sobre la tela del vestido sintiendo los pezones duros, para después tomarla por las caderas, marcando el ritmo de la penetración. Se besaron, siendo capaces de sentirse a pesar de tener demasiadas prendas de ropa dificultando la maniobra.

Bel encontró atractiva aquella postura dominante que no solía practicar. Lo asió por la nuca, pasó los dedos sobre la cabeza, raspándoselos con el cabello recortado, para guiar el rostro de él a su cuello, indicándole que necesitaba que la besará ahí, en esa área tan sensible. Carlos siguió las indicaciones, besándola con pasión, mientras que ella subía y bajaba sobre su miembro con gusto. Comenzaba a sentirse muy excitada, cerró los ojos, intentando extender la sensación lo más que pudiese.

Hizo círculos con la cadera, rozando partes que, normalmente, él no tocaba. Se estaba dejando llevar, lo estaba disfrutando como no conseguía hacer desde hacía años. Solo necesitaba un poquito de ayuda. Empujó a su novio contra el respaldo del asiento, apoyó una mano en el pecho de este, se enrolló la corbata en el puño, obligándolo a mantenerse en esa posición. Se lamió los dedos para llevarlos a su clítoris hinchado, cuestión que tampoco solía hacer y que, ese día,

estaba dispuesta a probar. Se acarició con insistencia, permaneciendo con los ojos cerrados en un intento de encontrar el anhelado placer.

—Bel, me voy a venir.

—No, no te vengas, ¡ni se te ocurra! —dijo ella en tono obstinado y siguió acariciándose, buscando. Solo quería un orgasmo.

—Bel, mírame, abre los ojos. —Carlos tenía el rostro crispado por la excitación, estaba cerca de correrse—. Gime cariño, quiero oírte gemir, no te cortes —dijo con entusiasmo.

Por un momento, no comprendió a lo que se refería, Bel se había escuchado jadear. Le tomó un par de segundos entender que él quería los gemidos de siempre, esos que exageraba cuando le hacía el amor y quería que acabara rápido. Ella aumentó el volumen, queriendo volver a tocarse, a concentrarse en ese punto de su sexo tan placentero y en ese momento, él comenzó a hablarle.

—Dios, esto es increíble. —Ella asintió, cerró los ojos, intentando retomar lo que estaba haciendo—. No, no, cariño, abre los ojos, mírame.

Carlos se irguió tomándola por las caderas, adhiriéndose a ella, haciendo que su mano no pudiese seguir con la estimulación. Movi6 la pelvis de forma enérgica, resuelta, firme. La apretó por los glúteos y siguió acompasando los movimientos rítmicos de su novia. La penetró duro, hasta que eyaculó de golpe, sin poder dilatar más el momento. Segundos después, se dejó caer sobre el asiento eufórico y cansado. Bel ocultó el rostro en su cuello. No pudo evitar que las lágrimas le empaparan las mejillas, al tiempo que él perdía dureza, saliendo poco a poco de su interior.

—Cariño, no llores —dijo abrazándola, acunándola contra su pecho. Bel no le hizo caso, lloró desahogada, con un dolor punzante en el pecho que la hacía toser hipeando—. Ya cariño, tranquilízate, deja de llorar. —Carlos pasó las manos por su cabello, hasta que logró calmarla—. Había pasado mucho tiempo desde que te pasaba esto y aunque me siento mal por verte llorar, no puedo evitar sentirme un poco orgulloso. ¿Tanto te excitaste?

Bel se irguió para mirarlo anonadada de que él dijera semejante cosa. Ella no estaba llorando por «eso». Todo lo contrario, lloraba de impotencia, de frustración por no haber alcanzado un orgasmo. Comenzó a llorar de nuevo, esa vez de absoluta desilusión, pero sobre todo de rabia. Tenía cinco años con él y, ¿tan poco la conocía?

Se levantó del regazo de su novio, se acomodó la ropa interior, que se empapó enseguida cuando la gravedad comenzó a hacer efecto. Abrió la puerta del auto furiosa, caminando hacia la plaza. Necesitaba estar sola. Carlos se recompuso lo más rápido posible, cerrándose los pantalones para salir en su búsqueda. Le gritó que aguardara, ella lo ignoró. Siguió caminando, con él siguiéndola a pocos metros, cuando alcanzó un claro lleno de hierba entre los caminos de la plaza, se dejó caer sobre esta.

—Cariño, ¿se puede saber qué rayos haces? —preguntó sin entender nada de lo que estaba sucediendo.

A Bel le pareció que había pasado mucho tiempo desde la última vez que se dedicó a mirar el cielo nocturno. Lo encontró precioso, enmarcado por las hojitas de los árboles circundantes. La luna resplandecía a lo lejos, acompañada de algunas estrellas que luchaban por dejarse ver a través de la contaminación lumínica. Quería concentrarse en esa bonita imagen, no deseaba hablar, si lo hacía, diría cosas de las que, probablemente, se arrepentiría luego, así que hizo acopio de todas las fuerzas que poseía para permanecer enmudecida. Hazaña nada fácil de lograr, tomando en cuenta la molestia que le hacía hervir la sangre. Intentó hacer gala de la profunda contención que había adquirido durante esos cinco años.

Carlos refunfuñó por tener que acostarse en la hierba y arruinarse el traje. Buscó abrazar a su

novia y esta se resistió. En ese preciso instante ansiaba estar sola, por lo que su tacto le resultó irritante e hizo un gesto para que la soltase, que él no acató. No comprendía lo contrita que estaba y que aquel gesto en apariencia dulce, solo empeoraba la situación.

—Suéltame, Carlos.

—No, hasta que me digas qué te pasa.

Bel cerró los ojos y se lamió los labios. Abrió la boca, solo que fue incapaz de pronunciar palabra, alargando el mutismo. Había tanto que quería expresar, eran cinco años de soterrar sus sentimientos, dejando a Carlos evitar confrontaciones. Siendo, al parecer, feliz con un hombre que, aunque era la estampa de la perfección, la hacía sentir como una estatua de metal hueca y fría. Inhaló aire y se instó a sobreponerse, para lograr explicarse. Aun así, hasta ella misma se sorprendió, al escuchar la primera oración que su cerebro consiguió conjugar.

—Deberíamos terminar.

—Bel, ¿qué coño te pasa? —cuestionó él, alzando la voz tras haberse quedado, unos segundos, estupefacto—. ¿De qué estás hablando?

—Yo... yo...

—Vámonos a casa, hablaremos ahí con calma. —La tomó por el brazo, levantándola de la hierba, aunque esta se resistió.

—Suéltame.

—¡Vamos! —exclamó demandante.

—Ya no quiero seguir más contigo —dijo en un tono de voz tan bajo que pareció un susurro.

—¿Te estas oyendo? ¿Entiendes lo que dices? —Fruunció el ceño, golpeándose la sien con el dedo índice en ese gesto universal que instaba a pensar—. ¿Me acabas de coger en el auto y ahora quieres que terminemos? ¡Mujeres! ¡Están todas locas!

—Precisamente, por lo que pasó en el auto es que me doy cuenta que tú y yo ya no funcionamos. Tú no me entiendes, incluso me atrevo a decir que ni siquiera quieres hacerlo.

—¿Estás loca? Yo te amo.

—Gracias por llamarme loca.

Carlos maldijo entre dientes, haciendo ese gesto que ella odiaba tanto, dándole a entender que estaba cansado de aquella situación, cuando casi nunca se presentaba altercados de ese tipo. ¿De qué estaba cansado entonces? Para Bel, la respuesta era obvia e ineludible: de ella. Él se había criado en un hogar en donde los padres hablaban poco, cada uno realizaba las cosas a su manera, no conocía otra forma de conducirse. Había aprendido que las discusiones se tenían en casa, a puerta cerrada. De cara a la calle, era un ser formal y decente. Los espectáculos eran para la gente ordinaria y vulgar. Por lo que no entendía ese súbito deseo de ella de discutir en mitad de una plaza, que, aunque estaba bastante vacía, era pública a final de cuentas. Bel era la moderación hecha mujer, tal vez por eso Carlos estaba tan sorprendido por verla así de alterada.

Ella estaba saturada, harta de sentirse entumida y triste. Incluso, le resultaba vergonzoso que lo que la hubiese llevado a sincerarse, fuese la sensación que le había generado el toque de aquel hombre de la tienda, que le recordó lo que era sentirse viva. Con solo mirarla y sonreírle la perturbó. No supo cómo enfrentar la euforia y el insospechado placer que había experimentado por algo tan simple como estrecharle la mano. Luego la atacó una punzada de culpa, se recriminó sentirse así y su primer instinto fue el de resguardarse junto a su novio. Lo que no esperaba, era golpearse con la innegable verdad de que él también estaba aburrido de ella.

La diferencia radicaba en que Carlos se aferraba a la familiaridad, a la costumbre, por lo que en buena parte las cuestiones que afligían a su novia, eran culpa de él. Su conducta era producto de la mezcla de una crianza rígida y de una lógica machista a la se había adherido desde siempre.

Para él, existían dos tipos de mujeres: unas eran para pasarla bien, divertirse y tener sexo sin compromiso; las otras eran para conducirse con intachable caballerosidad. Ese tipo de mujer era la que se ganaba el derecho de ser la madre de sus hijos. A su juicio, Bel estaba, indiscutiblemente, en el último grupo. Fue esa idea retrograda de Carlos, la que convirtió, poco a poco, la relación de ambos en algo insípido e inexpresivo.

Bel, en cambio, quería sacudir las cosas. Por ello, esa noche, en plena plaza pública, tras hacer el último intento de reanimar la relación con una conversación en favor de ubicar los problemas que los afligían, más un coito enérgico en un lugar semipúblico y entender que él no tenía ni la más remota idea sobre lo que ella necesita sexualmente —realidad que ya conocía a la perfección, pero que, en el calor del momento, fue mucho peor—, la hizo tener el coraje de mandar todo al carajo.

—Carlos, ya esto no se trata de amor. Yo también te amo. Sin embargo, creo que es momento de que afrontemos que somos un par de compañeros de cuarto que se la llevan muy bien y eso es todo.

—Bel, esto es porque no te he pedido matrimonio, ¿cierto? Es una manera de presionarme, ¿no?

—No, Carlos. No es una forma de manipulación para que hagas algo que no quieres.

—Es que sí quiero, solo que ahora no es el momento, espera un poco. Ahora tengo mucho trabajo. Tal vez, el año que viene podamos organizar la boda.

—No me quiero casar contigo. No quiero ser tu esposa, ni tener tus hijos. Ya no quiero estar contigo. Te quiero, pero maldita sea, ¡nuestra vida es aburridísima!

Las palabras que salieron a borbotones sin parar de la boca de Bel, fueron como un cuchillo afilado que se enterró en el pecho de Carlos, haciendo que el alivio que sintió al decirlo, se disipara con rapidez. Ver el gesto de dolor en el rostro de su novio, consiguió que se arrepintiese de inmediato de haber hablado. Así era ella, prefería seguir en una perfecta mala relación amorosa, antes de hacerle daño a un hombre bueno como él, que nunca se merecería que lo tratase mal.

—Carlos, perdóname no quise...

—¿No quisiste qué? No digas que no quisiste decir eso, porque el tono en que hablas demuestra las ganas que tenías de decirlo. ¿Pero tú que te crees? Ah perdón, señorita soy muy divertida —expresó sarcástico—. Mírate, tienes veintisiete años y doblas las bolsas de la compra en pequeños cuadrados, organizas la ropa por colores en el armario y siempre que te pregunto qué quieres hacer me dices: ¡no sé! Si alguien aquí es aburrido eres tú. ¡Ni siquiera tienes amigos!

Bel abrió la boca estupefacta ante esa declaración.

—¡Qué desgraciado! ¿Se te olvida que todo lo que te propongo hacer no te parece o no te gusta porque eres demasiado esnob y que todos mis amigos te caían mal, por lo que tuve que dejarme de ver con ellos porque te ponías celoso?

—Ah claro, ¡solo tenías amigos hombres que te querían coger! —exclamó colérico—. ¿Por qué no puedes ser una mujer normal que tiene amigas? No, la única que tenías se cogió a tu novio, ese que seguro sí te quiso un montón.

—¡Eres un idiota! —dijo molesta.

—Sí, pues fíjate que soy el idiota que te quiere y te acepta tal cual eres.

—Déjame en paz. —Bel se cruzó de brazos comenzando a caminar en dirección al auto a buscar su bolso, en ese preciso instante, era ella quien quería irse a casa.

—No, ahora me escuchas —dijo Carlos, tomándola por el brazo con fuerza.

—Suéltame —masculló entre dientes, alterada.

Bel se deshizo del agarre de su novio caminando hasta el auto. Él suspiró, molesto, siguiéndola. Quito la alarma y se sentó en el asiento del conductor pensando que ella haría lo mismo en el del copiloto, no obstante, ella solo tomó su bolso y estampo la puerta con fuerza para cerrarla.

—¡Bien, lárgate! —gritó molesto a través de la ventana y golpeó el volante.

Arrancó tan molesto, que aceleró y no se percató de que en la esquina se encontraba una señal de pare. Segundos después, Bel escuchó un fuerte estruendo y se giró en esa dirección para ver qué había sucedido, encontrando que una camioneta había impactado el auto de Carlos, justo en la puerta del conductor. Miró la escena horrorizada, temblando de miedo con los ojos abnegados en lágrimas y la boca abierta producto del shock.

CAPÍTULO 4

«Esto no está pasando», pensó Bel en negación, incapaz de enfrentar lo que sucedía. Escuchó el silbido característico del camión de bomberos, la sirena de la ambulancia a lo lejos, pronta a llegar. Se mordisqueó las uñas demasiado cortas como para ser mordidas en serio, por lo que, sin darse cuenta, se masticó las yemas de los dedos. El chirrido de la sierra cortando el metal de la puerta del auto, le heló la sangre. Ver la cabeza de su novio reposando sobre la bolsa de aire desinflada, la hizo temblar. Las múltiples laceraciones bañaban todo en sangre, haciendo que sintiera una desesperanza asfixiante.

El recorrido en la ambulancia hasta el hospital, solo sirvió para que el sentimiento de culpa se hiciera un hueco en su mente, acomodándose a gusto, en lo que sería su nuevo lugar de alojamiento por una temporada. Sentía que había fallado, que era responsable de todo lo que estaba sucediendo. «Sí Carlos muere...», pensó llorando, para después cerrar los ojos con fuerza, instándose a ser optimista, él estaba consciente.

En urgencias, todo pareció suceder en cámara lenta, se le hizo eterno el tiempo en que los médicos tardaron en evaluar la situación del maltrecho cuerpo de Carlos, asimismo, los distintos exámenes a los que fue sometido. Se había fracturado la pierna izquierda, dos costillas y tenía varios cortes. Cuando le anunciaron que ingresaría a quirófano, la tribulación se hizo más palpable, al igual que el agobio experimentado por tener que llamar a la familia de su novio para contarles lo que había ocurrido. La noticia los asustó tanto, que ni siquiera repararon en preguntar demasiado antes de salir a su encuentro en emergencias. Bel, caviló por un momento en lo que podrían estar pensando sobre lo sucedido, para luego dejar ir esa preocupación, enfocándose en rogarle a Dios para que él se recuperara.

Era obvio que los padres y los hermanos de Carlos creían que ella estaba llegando al hospital igual que ellos. No tenían ni idea de que había presenciado la tragedia, o peor aún, que se sentía responsable de lo ocurrido. Bel, era un manojito de lágrimas y culpabilidad. Impaciente, recorrió el largo pasillo del hospital, una y otra vez. Contó las baldosas, las sillas del área de espera, miró las puertas del ascensor abrir y cerrar docenas de veces en un estado de completa agonía. Sentía que moriría en cualquier momento por el desconsuelo que le oprimía el pecho.

No fue hasta que el médico apareció con un semblante tranquilo en el rostro, que pudo respirar en paz. El cirujano ortopédico que lo operó, explicó con mesura todo el procedimiento. El paciente no podría caminar por varios meses, necesitaría rehabilitación y, sobre todo, la colaboración, apoyo y cariño de su familia. El incidente pudo haber sido mucho peor, pero debido a que los dos vehículos no llevaban tanta velocidad, el impacto no fue tan severo por lo que el asunto no pasó a mayores.

Todos se regocijaron al verlo despertar. Los ojos color miel del moreno se posaron sobre Bel. Se le notaba aturdido, por lo que ella se esperanzó al pensar en que tal vez no recordaría nada de lo que había ocurrido. Carlos no consiguió hablar demasiado. Los médicos aconsejaron dejarlo descansar, su cuerpo estaba pasando por mucho estrés, necesitaba dormir para recuperarse. Solo un familiar podía quedarse con él y tras la insistencia de su madre, Bel no tuvo más remedio que ceder ante su pedimento. Ellos no estaban casados y aunque, bajo la luz de los eventos recientes, pareciera de importancia, el asunto era que técnicamente habían terminado esa noche, por lo que,

en realidad, ella no tenía derechos de estar en la habitación.

Uno de los hermanos de Carlos la acercó hasta su casa, cuando eran más de las cinco de la madrugada. Al entrar, Bel sintió una arcada, se apresuró al baño de la planta baja en donde, doblándose sobre su cuerpo, vació el breve contenido estomacal. Un sudor frío le recorrió el cuerpo, se dejó caer contra las baldosas para descansar. Se quedó mirando el lavamanos de manera desenfocada, estaba tan pálida, que hasta los labios estaban blanquecinos. Tenía un semblante terrible, como si estuviese a punto de caer enferma, estaba agotada. Las lágrimas brotaron una vez más. La culpa, era uno de los peores sentimientos para sobrellevar.

Su parte racional le explicó que no era culpable de que él no respetase las señales de tránsito. Carlos era un hombre adulto, con el suficiente discernimiento como para comprender que el ser impulsivo no le traería nada bueno. Sin embargo, esa lógica irrefutable perdió fuerza ante el pensamiento de que ella debió irse con él en el auto para tranquilizarlo, o no haber discutido en plena plaza, que debió hacerle caso y mantener esa conversación en casa. Aunque, si se remontaba al origen de la situación, tampoco debió ir nunca a buscarlo al restaurante.

Bel, recordó lo que la impulsó a dirigirse a ese lugar —el señor Barba— y todo empeoró. Se llevó las manos a la cara sintiéndose como una adolescente tonta. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo pudo dejarse dominar por sus emociones de esa forma? Precisamente, ese era el problema, llevaba una existencia tan contenida al lado de Carlos, que el más mínimo desbarajuste, causaba estragos en su vida perfecta.

El resto de la madrugada pasó lento. Se sintió mal tanto a nivel físico como emocional. Al acercarse a la cocina por agua, vio los dátiles, tomó la bandeja decidida a tirarlos a la basura y justo cuando iba a hacerlo, pensó en lo absurda que resultaba aquella acción. En cambio, se sentó en el sofá junto a la ventana y tal como había hecho la mañana anterior, miró la calle despertar mientras degustaba aquella fruta extranjera. Con cada bocado de aquel nuevo sabor, se sentía mejor. El contenido de azúcar la reanimó y le devolvió el color de las mejillas.

Decidió irse a la cama, aunque, era obvio que pensaba que no lograría pegar un ojo, porque, si bien él estaba fuera de peligro, tenía años sin dormir sola. Estaba equivocada, el agotamiento terminó vencéndola y cuando abrió los ojos al mediodía del sábado, se sintió descansada. Desayunó, preparó una maleta con ropa, pijamas, así como productos de aseo de Carlos y se alistó para llegar cuanto antes al hospital, en donde lo encontró en compañía de sus padres tratando de comer. Saludó con un tono de voz bajo al percatarse de que su llegada no los entusiasmaba, e intentó ser optimista al pensar que aquel recibimiento frío era debido al cansancio.

Él tenía un par de cortes en la cara, que la noche anterior no pudo revisar como quería. Sin embargo, cuando quiso examinarlo, este echó el rostro a un lado, impidiendo el contacto. Bel se quedó atónita, notando como el nudo que sentía en el estómago se tensaba más, no esperaba un rechazo tan rotundo.

—Carlos...

—Mamá, papá, ¿podrían dejarnos un momento a solas?

La madre de Carlos alzó las cejas y frunció los labios. Tras mirar a Bel con desdén, salió de la habitación en compañía de su esposo.

—¿Qué haces aquí?

Bel lo miró incrédula. ¿En serio le estaba preguntando eso?

—He venido a saber cómo estás y a traerte tus cosas.

—Pero anoche no te importaba nada, anoche me dejaste. ¿Lo recuerdas? —dijo enfadado.

—Carlos, por favor, fue un impulso. Obvio, las cosas no salieron como pensé que...

—¿Cómo pensaste qué? ¡Casi me muero por tu culpa! —exclamó haciendo una mueca de dolor

al intentar incorporarse.

Esa acusación despertó algo en ella. Le pareció que estaba frente a un hombre irrazonable y estúpido. Uno con el que se planteaba que, tal vez, no podría seguir lidiando si no se comportaba.

—No tengo la culpa de que manejes como un lerdito desubicado. ¿O qué? ¿Cada vez que te den una mala noticia vas a chocar? Madura Carlos. Ni siquiera tuvimos una pelea en toda norma como para que reaccionaras así.

El moreno abrió los ojos sorprendido, estaba demasiado acostumbrado a lidiar con la Bel sumisa, con la chica siempre dulce y servicial. Esperaba hacerla sentir mal y regodearse cuando le pidiera perdón. Escucharla hablar en ese tono tajante lo hizo sentir desubicado, así que hizo lo único que podía hacer en esa situación. Ser dramático para que se sintiese culpable.

—Bel, nunca habíamos peleado así, claro que estaba trastocado. Disculpa si para ti fue cualquier cosa. Para mí, que termináramos sí fue motivo de alteración y ya vez, soy quien sufro las consecuencias, no podré caminar por semanas. Mientras que tú has salido ilesa de todo esto, espero estés muy contenta.

—Somos adultos, deja de victimizarte. Tuviste un accidente y gracias a Dios no pasó a mayores, porque tu estupidez te pudo haber dejado lisiado o peor aún, matarte. De verdad, te hacía un hombre más razonable, pero veo que me equivoqué.

—Eres una cínica, asume tu responsabilidad, eres la culpable de que esté aquí postrado.

—Admito que pudimos manejar mejor las cosas, pero aquí, el único culpable de tu desgracia eres tú. No tengo la culpa de que te pasaras una señal de pare. De haber estado en el auto contigo, estaría ahora en una habitación contigo. ¿Acaso no lo ves? Reacciona Carlos, por favor.

—¿Ver qué, que ya no me quieres? ¿Entonces te da igual si me muero? —insistió en victimizarse.

—Eso no es así. Te quiero y mucho. A mí no se me va a pasar el amor que siento por ti de un día para otro, pero nos entendemos tan poco, que una fútil discusión de escasos minutos casi te conduce a la muerte y el motivo es que estas mal acostumbrado a que no te lleve la contraria en nada. Estoy cansada de hacerlo. No tengo la culpa que no puedas manejar que hablemos como personas adultas y te vayas a conducir como loco. Además, ¿qué te crees? ¿Que no sufrí con todo el estrés de anoche, de no saber si ibas a estar bien? No me trates como si solo tú estuvieses sufriendo.

—O sea, ¿vas a comparar el hecho de que me operaron y me duele todo el cuerpo, a un par de horas de preocupación? ¿En serio? ¿Te parecen cosas equiparables?

—No dije que fuese lo mismo.

—¿Sabes qué? Ahora soy yo el que no quiere estar contigo. Vete de aquí, no te preocupes más por mí, te puedes largar a ser muy feliz sola.

—Por favor... hablemos.

—Buena suerte consiguiéndote alguien mejor que yo, porque escúchame bien, nunca, nunca, te vas a encontrar a alguien que te quiera más o mejor que yo. Tenlo por seguro. Ya verás, tú solita te vas a dar cuenta del gran error que cometiste anoche y ahora déjame solo.

—No voy a irme. Todo lo que dije ayer fue... precipitado. Hablemos.

—No. ¿Esto era lo que querías? Pues aquí lo tienes y no te preocupes, enviaré a alguien por mis cosas a tu casa.

—Carlos, deja de comportarte como un inmaduro.

—No te atrevas a decirme eso. De verdad, esperaba más de ti. Mira lo mal que me has tratado. No necesito eso a mi lado, ahora necesito tranquilidad para recuperarme y está claro que junto a ti no voy a conseguirla.

Bel se sintió desfallecer, las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas. Él la estaba rechazando de una manera sin precedentes. Entendía que estuviera resentido, al fin y al cabo, el accidente era en parte su culpa, sin embargo, nunca imaginó que encontraría tal oposición a hablar y arreglar las cosas.

—¿Sabes qué? Ambos tenemos parte de culpa en esto. Yo por hablar las cosas en un lugar inadecuado y tú por conducir irresponsablemente. Espero que con el tiempo consigas verlo. Te quiero mucho, también espero puedas ver eso y que de ninguna manera me merezco que me trates tan mal. —Se limpió las lágrimas de la cara y salió de la habitación de la forma más digna que pudo.

Lo que Bel no sabía, era que Carlos no solo estaba sobre actuando y exagerando las cosas por el accidente, sino que también estaba resentido. La situación entre ellos estaba más desbalanceada de lo que era capaz de admitir. Entretanto ella compartía su vida solo con él, para Carlos las cosas habían comenzado a ser diferentes desde hacía un par de meses atrás. Una nueva interna en el banco lo hacía reír demasiado. Irónicamente, le llamaba la atención porque se parecía a su novia. Sus interacciones fueron aumentando, hasta que se estableció una rutina agradable entre ambos. Él le enseñaba todo lo que sabía sobre la profesión y la chica le quitaba el hastío de la monotonía laboral. Conforme los días pasaron, las bromas se hicieron más personales, poco a poco se volvieron cercanos. Ella recordaba cómo le gustaba el café y él sabía que ella era de las pocas personas que le gustaban los pastelitos con pasas, así que cada vez que veía uno, se lo compraba.

Sin percatarse, Carlos comenzó a tener una relación emocional con la chica, que estaba al tanto de que el subgerente tenía novia y se sirvió de la excusa de que no estaban haciendo nada malo, para seguirle la corriente. Bel, que nunca había oído hablar de esta más que de pasada, no sabía que estaba sentada justo frente a su novio aquella noche en el restaurante y que, mientras ella lo llamaba, la chica contaba una anécdota graciosa de un examen que había tenido la semana pasada en la universidad. Él nunca admitiría que encontraba mucho más interesante escucharla hablar de cualquier tontería, que conversar con su novia por teléfono.

La chica era novedad, tenía una personalidad enérgica y encantadora. Guardaba cierta similitud física con Bel: las dos eran blanquísimas, tenían el mismo tipo de cabello y sonreían de forma adorable. Aunque Bel era mucho más bonita, la diferencia sustancial entre ambas radicaba en que Vicky, era varios años menor, muy desinhibida y vestía mejor. Esta solía rozarle el brazo a Carlos mientras trabajaban, seduciéndolo con miradas coquetas y dedicándole toda su atención, como si cada palabra que dijese fuese muy interesante, haciéndolo sentir muy importante e inteligente.

Si bien, Carlos amaba a Bel y nunca tuvo intenciones de serle infiel, era indudable que su atención se volcaba a Vicky, esta lo mantenía entusiasmado con constantes caricias a su ego. Él nunca admitiría que varias de las erecciones con las que tuvo sexo con Bel en las últimas semanas, eran producto de conversar por las noches con esa chica, quien tenía una foto bastante sugerente de perfil en la aplicación de mensajería instantánea.

Carlos no podía entender a Bel cuando le hablaba de aburrimiento, porque ese no era su caso. En realidad, tenía tiempo sin sentirse tan animado y estimulado. Estaba teniendo una especie de romance amistoso con la chica y cuando llegaba a casa, encontraba a su linda novia esperándolo con la cena lista. Tenía lo mejor de ambas y sin quejas de nada, aunque por un instante, se planteó tomar en serio los coqueteos de Vicky, la idea fue desechada con rapidez.

Por esa razón, estaba molesto. Bel no tenía ni idea lo fiel que era y las cosas que dejaba pasar por amarla como lo hacía. Según la lógica de Carlos, su novia debía sentirse agradecida de tal

situación. Para él, carecía de sentido que, precisamente, fuese ella —la aburrida de la relación—, quien decidiese terminar todo, cuando quien tenía razones para dejarla en cualquier caso era él. Bel había lastimado su ego. No la necesitaba, de cualquier manera, podía conseguirse alguien mejor y tenía una candidata justo en mente.



Cuando Bel volvió a casa, sintió sosiego, jamás imaginó que sería así. A pesar de la tristeza inherente a lo ocurrido, experimentó algo que no notaba desde hacía bastante tiempo: entusiasmo por el porvenir. La mañana anterior, soñaba con su ex, preguntándose cómo sería su vida de soltera y justo en ese instante, aquellas interrogantes habían desaparecido. Por supuesto, no se engañó. Si de algo tenía certeza, era de que el cambio sería difícil, aun así, se dio permiso para disfrutar de la sensación de alivio que le recorría el cuerpo.

Esta duró un poco menos de dos días. Se dispó el lunes por la mañana cuando el despertador sonó a las siete en punto y se encontró sola en la cama. No había aroma a café flotando en el aire para despertarla, por lo que se sintió extraviada en su propia casa. Bel, se pasó el fin de semana distraída viendo películas, anduvo a sus anchas, vagó por los rincones, lloró por ratos y comió helado. Enfrentarse a la rutina sin encontrarlo, la conmocionó y la arrancó del ensimismamiento en el que se había acomodado esos días, haciéndola asimilar lo que había ocurrido.

Se vio obligada a comenzar el día con su propia rutina, que incluía revisar el teléfono compulsivamente en busca de señales de vida de su exnovio. Razonó que lo más probable fuese que este perdiese el suyo durante el accidente, por lo que, obviamente, no tenía cómo comunicarse con ella. Al mismo tiempo, una voz insidiosa le recordó que, si este quisiese hablarle, bien podría hacerlo desde el teléfono celular de alguno de sus padres o hermanos.

Comprendió que su ruptura se había materializado sin dar vuelta atrás. Desdichada, se preguntó a dónde había ido el alivio, por qué le costaba respirar y le dolía tanto el pecho, por qué se habían desvanecido las ganas de estar soltera. Contrariada, asimiló que todo se había ido a la mierda y que estaba sola, no tenía a nadie. La relación con Carlos fue aislándola, haciéndola perder, progresivamente, a todos los amigos que solía tener, por lo que no tenía a nadie con quien conversar y desentrañar sus pensamientos post ruptura.

Con el paso de los días, el cerebro de Bel se tornó más hambriento, más deseoso de los acostumbrados estímulos cariñosos que le proveía Carlos. Extrañaba los abrazos mientras dormían; el beso en la frente de despedida por las mañanas; la manoseada cuando veían alguna película en el sofá; que la tomase de la mano al caminar por la acera; la manera en que él la miraba cuando le cocinaba las cosas que le gustaban. La carencia de todos esos afectos, comenzó a impactar de forma negativa en su vida.

Tenía demasiado tiempo configurada en modo de pareja. Todo estaba cambiando y como era obvio, todo cambio implicaba una revuelta emocional. El alivio de un principio se transformó en miedo. La zozobra y la incertidumbre se convirtieron en sus nuevas amigas con quien contar a toda hora del día. En el trabajo, consiguió desconectarse un rato de esos sentimientos, pero no por mucho tiempo. Su aflicción era palpable, al punto de que al final de la jornada laboral del miércoles, André, su jefe, le preguntó qué sucedía.

No le dio mayores detalles, no quiso parecer poco profesional. Sucinta, explicó que había terminado con Carlos. Hasta ese momento, Bel pensó que lo más difícil sería verbalizarlo, pero estaba equivocada. Descubrió que había algo peor: el semblante de horror en los demás cuando se

enteraban. Así la miró su jefe, la secretaria y otras de las asistentes dentales de los otros consultorios, que conocían a Carlos. Era esa expresión que parecía gritar, ¿Bel, en serio terminaron? ¿Estás bromeando? Enfrentó aquello lo mejor que pudo, intentando contener las lágrimas, aunque la mirada inquisidora de todo el mundo le hacía ardua la tarea. Tras un par de segundos, las personas comprendían que era cierto y para no parecer imbéciles insensibles, optaban por expresar ese discurso barato, sobre cómo el tiempo lo curaba todo, entre otras estupideces optimistas y patéticas.

El mensaje era fuerte y claro, lo decía cada una de esas expresiones de consternación: ¡Te equivocaste! Cuestión que solo sirvió para exacerbar el miedo y la ansiedad que la consumía. Los días continuaron pasando sin tener noticias de Carlos. Se lavaba los dientes a diario, viendo con melancolía su máquina de afeitar sobre el lavamanos, incluso, hacía café solo para aspirar el aroma familiar que la transportaban a aquellas mañanas cálidas que dio por sentadas. Bel parecía incapaz de recordar lo malo de su relación, en su mente, solo había espacio para añorar los buenos momentos. La única persona que no le dio el discurso sobre la vida sigue, fue su madre. Ella, en cambio, le dijo sin preámbulos que era una estúpida.

—¿Pero tú eres bruta o qué? ¿Cómo vas a terminar con Carlos? Cuando dijiste que tenías algo que contarme, pensé que venías a decirme que estabas embarazada o que iban a casarse.

—Ya ves que no —respondió con resignación, sin inmutarse por el maltrato verbal de su madre, pues lastimosamente, a esas alturas de la vida, ya lo había normalizado.

—Tienes que recuperarlo. ¿Has ido a la clínica a verlo? Yo lo llamé ayer y no me mencionó nada sobre el accidente o que habían terminado.

—¿Lo llamaste a su teléfono celular?

—Sí, ¿a dónde más? —preguntó Deborah con tono irónico.

Bel se sintió morir, su exnovio no estaba incomunicado como creía, no la llamaba porque no le apetecía. «¿Y para qué va a querer hablar contigo, si lo dejaste?», expresó una voz insidiosa en su mente.

—Estás perdiendo el tiempo. Ve a visitarlo, seguro te va a perdonar, él te quiere mucho. Haz lo necesario para recuperarlo.

Su madre procedió a leerle la cartilla de las cosas en las que muchas mujeres criadas en una sociedad patriarcal creen: «Necesitas un hombre, un hogar y unos hijos». Hizo especial hincapié en la cantidad de hombres buenos para nada que existían en el mundo. La sacudió a palabras y le recordó lo deseable que era su exnovio. Bien parecido, de buena familia, con un buen trabajo, honesto, educado, soltero, sin hijos y que no había hecho otra cosa más que tratarla bien.

A los ojos de la madre de Bel, Carlos era, básicamente, perfecto, a excepción de su color acanelado, pero en vista de que una de las hijas de sus amigas se había casado con un turco y otra estaba saliendo con un asiático, resultaba aceptable que su hija saliera con un moreno.

Bel salió de casa de sus padres más desesperanzada y entristecida de lo que entró. Aunque no era una mujer orgullosa, creía que, si iba al hospital a pedirle perdón a Carlos, estaría dándole razón sobre lo del accidente y eso era algo en lo que no estaba dispuesta a ceder. Sobre eso estaba por completo segura, no tuvo nada que ver con su conducta imprudente al volante. Aun así, una pregunta se repetía en bucle en su mente: ¿ahora qué hago?

Como había ido a ver a su madre, estaba más arreglada de lo normal. Esta solía criticarla por todo, incluyendo su vestimenta. Aprovechando su buen aspecto, decidió irse a beber a algún restaurante, no se animaba a ir a un bar sola. No quería volver a casa en donde todo le recordaba a Carlos, prefirió dejar parte del sueldo en una barra pulida con televisión en la cual trasmitiesen algún partido de fútbol de la selección nacional y beber un vino costoso.

En el entorno familiar paterno de Bel, abundaban más los chicos. Solo tenía dos primas con las que le encantaba jugar de niña, pero que, por ser un poco mayores, tendían a dejarla de lado. Entonces, optaba por irse con sus primos que siempre la aceptaban, sobre todo cuando necesitaban equipos con la misma cantidad de jugadores. Se acostumbró a jugar béisbol o fútbol, armar pistas de Hot Wheels, jugar videojuegos y correr por el jardín de sus tías armada con una pistola de agua, cuestión que su madre aborrecía y por la que constantemente la regañaba.

Su progenitora se pasó gran parte de su adolescencia fastidiándola para que fuese más delicada y femenina. Aun así, había cosas que nunca cambiarían. El maquillaje nunca sería su fuerte, tampoco desvivirse por tener un gran guardarropa. Había aprendido a arreglarse cuando la situación lo ameritaba, el resto del tiempo, era una mujer un poco desaliñada que prefería sentarse a jugar cartas con sus primos, ver fútbol e incluso entrar a alguna competencia. Carlos, al igual que su madre, repudiaba ese tipo de conductas, por lo que Bel, lentamente, dejó de frecuentar a sus primos, ya que se sentía juzgada.

Ese día no había nadie para fastidiarla y decidió darse un gusto. Se sentó en una de las sillas altas de la barra, pidió un servicio de alitas de pollo picante con una guarnición de palitos de zanahoria y apio con aderezo *ranch*, más una copa de vino blanco. De no odiar la cerveza, habría pedido una, era mejor combo. Conforme pasaban los minutos, ella perdía el decoro y hablaba más sueltamente con el chico de la barra, sobre si el árbitro tenía o no razón de sacarle al jugador esa tarjeta amarilla, cuando escuchó una risa familiar a su espalda.

—Hola, Bel —dijo una voz, en tono sugerente a su oído.

CAPÍTULO 5

La brisa hizo bailar la cortina de la sala, arrastrando el aroma del césped recién cortado del vecino. Algunos de los rayos del sol del mediodía se filtraron pintando haces de luz sobre la tela del sofá en donde Bel se encontraba acostada. Sus cavilaciones habían adquirido una tónica existencialista y pesimista. Días atrás, llevaba una vida monótona que la mantenía en una perenne zona de confort y tras abandonarla, se sentía perdida, su mente tenía demasiado tiempo para pensar en escenarios sombríos. Todo ello, proveyó las condiciones fundamentales para que las duras palabras de su madre, hicieran mella en su interior y la llevaran a la conclusión de que esta tenía razón, se había equivocado al dejar a Carlos.

Para Bel, el vínculo con su progenitora era como un cruce de frontera. Podía poner un pie a cada lado de la línea divisoria y estar en dos lugares al mismo tiempo. Era una analogía perfecta para la constante ambivalencia entre el desprecio y el cariño que sentía por ella. La relación entre ambas, era complicada y por más que Bel intentara mantener las distancias, esta, por ser su madre, seguía teniendo el poder de condicionarla, llenándola de ansiedad al creerse incapaz de satisfacer sus expectativas.

Deborah, siempre la criticaba por su falta de ambición. No encontraba en su única hija los ideales que perseguía, le molestaba que fuesen tan diferentes. Cuando la observaba, de pequeña la proyectaba siendo una gran doctora en leyes o en medicina, tal vez ingeniera. La visualizaba como una mujer poderosa, de carácter, casada con un hombre adinerado y de buena posición social. Le resultó un completo desperdicio de potencial e inteligencia, que Bel se dedicase a estudiar odontología. Tras graduarse, esta consiguió un trabajo como asistente dental de un renombrado odontólogo. Les explicó a sus padres que el propósito que perseguía era nutrirse, aprender y en un futuro, colocar un consultorio propio, por lo que Deborah llegó a tolerar que tomase esa profesión. Sin embargo, los años fueron pasando sin que llevase a cabo el proyecto. Muchas veces insistió para que su hija buscara un local comercial y colocara la clínica odontológica, instigándola para que fuera más proactiva, sin obtener resultados.

Bel era dichosa trabajando para André, que tenía horarios de consultas reducidos. Le gustaba tener tiempo libre para hornear pasteles, ejercitarse, leer, jugar videojuegos y ser ella misma. No tenía grandes pretensiones monetarias, solo quería ser feliz. Para Deborah, resultaba alarmante que su hija tuviese tan pocas aspiraciones en la vida y que dejase al único hombre decente con el que había salido, le parecía el colmo de la decepción. Por eso, la aconsejó para que hiciera todo lo necesario y arreglara su equivocación.

Como muchas personas, Bel, creció con la falsa creencia de que el amor era la felicidad, que no estaría completa hasta que el hombre de su vida llegara para bañar de dicha y satisfacción sus días. Debido a esta percepción, fue que se le pasó un detalle por alto. Era feliz antes de Carlos, incluso, luego de haber salido de una relación bastante mala y perder a la única amiga que apreciaba. Bel siempre había disfrutado de su propia compañía. La única razón para no asumirlo como tal, era esa imposición social que establecía que tener una pareja era lo ideal, lo apetecible, según los estándares heteronormativos.

Bajo esta premisa, Bel hizo concesiones en pro de construir una relación sólida con su novio,

sin percatarse de que él, en cambio, no era consonante. Estaba tan enamorada que no supo ver lo controlador y persuasivo que este podía llegar ser. Poco a poco fue perdiéndose a sí misma con tal de complacerlo. Cinco años después, estaba exhausta, harta de intentar satisfacer a su madre y terminó dejándolo.

Semejante claridad pareció abandonarla una semana después de la ruptura. Su química cerebral era un desastre. El rechazo de Carlos la había trastocado. No dormía del todo bien, se encontraba apática y depresiva. Debido a ese estado de vulnerabilidad, las palabras de su madre calaron hondo y comenzó a preguntarse si había hecho lo correcto en dejarlo. El miedo a estar equivocándose, le hizo pensar en que, si hubiese aceptado la disculpa de su novio en el auto, frente al restaurante de buena gana, estaría todo bien. El maldito sentimiento de culpa la iba a matar. Trató de ser racional, pensó que, aunque lo quería muchísimo, la verdad era que ya no se sentía feliz a su lado. Sus introspecciones se volvían densas y la llevaban a cuestionar qué era la felicidad. Cuando Bel se ponía en plan reflexivo, entendía que, si tuviera la oportunidad de hacer las cosas diferentes, para de esa manera tener una vida más emocionante, no sabría qué cambiar para lograr dicho propósito y fue justo eso, lo que la hizo permanecer con él por tantos años.

El futuro se vislumbraba oscuro y el miedo a la soledad la atacaba. No resultaba fácil romper con la costumbre, con el adoctrinamiento al que había sido sometida por tanto tiempo. No era sencillo abrirse camino hacia nuevos destinos, cuando había una carretera segura que insistía en señalar cuál era la dirección correcta. No pudo evitar flaquear ante la duda apelmazante. Se arrepintió y recordó a Carlos diciéndole en el hospital que tuviera buena suerte consiguiendo alguien mejor.

Cuando Bel realizaba la lista de los pros y los contras de su relación, encontraba que los beneficios era muchos y las pérdidas eran pocas, lo que la llevaba a preguntarse por qué se sentía como muerta en vida al lado de él. Llegaba a la conclusión que la del problema era ella, por ser una inconforme. Vivía en una constante vorágine de cavilaciones que la hacían permanecer sin saber qué hacer. Volver con Carlos, era retornar a su rutina llena de apatía, sin embargo, aquello pareció de lo más apetecible en comparación con la soledad, la melancolía y la tristeza que la atenazaba.

Decidió escuchar a su madre, bajo el pensamiento de que esta siempre querría lo mejor para ella. Se dio un baño y se arregló para verse especialmente bonita, como a él le gustaba verla. La belleza de Bel era del tipo adorable, se veía lindísima con muy poco esfuerzo. Tomó una rebanada del pastel de chocolate que había horneado la medianoche anterior —porque necesitaba algo en que distraerse—, para llevarle a Carlos.

Era sábado por la tarde, había un poco de tráfico. Durante el trayecto al hospital, se dio ánimo. Si ella lo extrañaba, él por lógica debía estar igual. Pensó que, de seguro, la semana sin hablarse le había hecho replantearse las cosas también. Se preguntó una vez más qué hacer sobre la culpabilidad del accidente. Decidió que podía admitir que el discutir donde lo hicieron no fue sensato y que estaba muy arrepentida de tal hecho, solo eso. Sabía que, si se culpaba por su conducta al volante, después no podría lidiar con él y sus ínfulas de siempre tener la razón. A veces, cuando pasaban esas cosas, Bel no podía evitar pensar que Carlos era demasiado difícil, delicado, fastidioso. Caviló que podían llegar a un arreglo para comenzar desde cero y con algo de suerte, llevar las cosas de manera distinta.

Al llegar a la habitación que él había ocupado, se percató de que no estaba, dudó que le hubiesen dado el alta tan rápido, así que, tras preguntar en el puesto de enfermeras, una de ellas le indicó que había sido trasladado a una habitación de hospitalización fuera de cuidados intermedios. Aceptó las indicaciones y se encaminó a buscarlo. Esperaba encontrarlo solo, sin

nadie de su familia para conversar a gusto.

Al llegar, se cohibió de entrar sin anunciarse. Tocó la puerta aguardando un minuto, por lo que, al no recibir respuesta, asumió que Carlos estaba dormido. Respiró profundo, estaba muy ansiosa. Empujó la puerta con cuidado, asomando la cabeza por el resquicio. Él no se encontraba con nadie de su familia, en cambio, lo acompañaba una chica de melena oscura que se encontraba inclinada sobre la cama, acariciándole el cabello con delicadeza. Cada uno tenía el extremo de unos auriculares y estaban tan absortos mirando una tableta, que no se percataron de la presencia de Bel a un par de metros. Este, conversaba animado y alternaba la mirada entre la tableta y el escote de la chica, que parecía colocarlo a la altura de su rostro a propósito. Esta soltó una risa ahogada cuando él hundió el rostro en su cuello para besarla y segundos después, focalizó que una mujer los observaba.

—Disculpe, ¿busca a alguien? —preguntó Vicky confundida, haciendo que Carlos girará el rostro ante esa declaración, quedándose perplejo al notar la presencia de su exnovia.

—¿Qué haces aquí? —Consiguió decir él, tras salir del shock.

Aquella pregunta logró que Bel se recompusiera, estaba petrificada. Pestañeó varias veces, se irguió y sacó la cabeza de la abertura de la puerta para quedar de pie afuera. Segundos después, el entumecimiento desapareció dándole paso a la ira, empujó la puerta con la mano y entró con ímpetu.

—¡Una semana, Carlos! ¿Nos pasamos cinco años juntos y en una semana ya estas saliendo con otra? —expresó molesta, aunque muy comedida, pues no levantó la voz.

—Bel...

—Eres un desgraciado. ¿Desde cuándo estás con ella?

—No, no, yo no estaba con él —respondió Vicky.

—No estoy hablando contigo —dijo Bel, sin dejar de mirar a Carlos.

Vicky dio un paso atrás y se cruzó de brazos con expresión de indignación.

—¡A mí no me vas a hablar así, estúpida! —gritó enfurecida.

A Bel le pareció el colmo, la forma en que aquella desconocida la insultaba y la gritaba, cuando su problema era con Carlos, no con ella.

—Además de metiche, malhablada —señaló dirigiéndose a su exnovio—. Te hacía con mejores gustos, sobre todo tú, que no alzas nunca la voz y detestas las groserías. Supongo que no estás con ella por su educación.

—Carlos, ¿vas a permitir que me hable así?

—Victoria, cálmate. Bel, ¿dime qué quieres? Pensé que habían quedado claras las cosas entre nosotros la última vez que hablamos.

—Vine a saber cómo estabas, a traerte pastel. Algo que haría cualquier persona con la que has dormido los últimos cinco años de tu vida. Está visto que tú has conseguido olvidarlos bastante rápido.

—No, no se me olvidaron, pero fuiste tú la que terminó conmigo, ¿o se te olvida eso? Soy libre de hacer o verme con quien quiera.

Bel asintió frunciendo los labios y dio un paso hacia atrás.

—Eres un imbécil, Carlos, te puedes ir al infierno.

Tras esas palabras pronunciadas con severidad, se dio la vuelta saliendo de la habitación. Nunca antes se sintió tan traicionada o le pareció que caminar fuese una actividad tan ardua como en ese momento. Le costaba respirar, un dolor lancinante se le instaló el pecho. Al menos, llorar en un hospital no era tan bochornoso, mucha gente lo hacía. Quien la viese asumiría que acababa de perder a un ser querido, cuestión que era cierta.

Las lágrimas negras rodaron libres por sus mejillas, sin que buscara limpiarlas, todo le daba igual. Caminó desorientada sin rumbo fijo, hasta llegar a un parque aledaño al hospital. Se dejó caer en la banca más lejana que encontró, para resguardarse de las miradas curiosas de las personas que trotaban o de los padres que conversaban en las inmediaciones de los juegos para niños. Desdichada, abrió el contenedor de plástico y comenzó a comerse la rebanada de pastel.

Llorar y comer, su nueva afición.

La tenía sin cuidado las opiniones de los transeúntes. La aflicción y la profunda miseria en la que se encontraba, la desinhibieron de cualquier sentimiento de decoro. Sacó el celular del bolso y llamó a Marcelo, porque no tenía con quien más hablar. Entre sollozos y aun con la boca llena de pastel, consiguió contarle lo ocurrido. Él le dijo que lo esperase, que pronto estaría ahí. Bel se sintió abatida, triste y desamparada. Miró los autos pasar a lo lejos, con los ojos abnegados en lágrimas. Seguía en shock. De solo recordar la escena, sentía un pinchazo en el estómago y el dolor cáustico que tenía alojado en el pecho, se le propagaba por el cuerpo. Carlos le había hecho añicos el corazón. Incredula, se preguntó cómo era posible.

Cinco años. ¡Cinco!

¿Cómo podía estar con otra mujer una semana después? ¿Cómo podía Carlos ser tan frío e indolente? No parecía el hombre que ella conocía. No podía ser a quien ella consideraba un amigo, un amante, un compañero. Era imposible.

Veinte minutos después, Marcelo llegó al parque, recorrió varios de los senderos de concreto, mientras la brisa levantaba las hojitas de los árboles. Se alegró cuando al fin la encontró, impresionándose de verla tan abatida. Habían coincidido dos días atrás en un restaurante y le pareció que el tiempo no pasaba por ella. Tenían la misma edad, pero Bel se veía juvenil, fresca, súper bonita. Pasaron la noche conversando y poniéndose al día de todo lo que había ocurrido en sus vidas.

Se habían conocido en cuarto grado, cuando él se mudó a la ciudad. Nadie del salón le hablaba, los niños lo miraban como un bicho raro y lo evitaban, ya que le tenían miedo debido a su altura y gran contextura. Probablemente, de no tener tales características físicas, habría sufrido de acoso escolar a razón de su apariencia.

Era trigueño de cabello liso, el cual le caía en la frente. Tenía un corte muy a los Beatles, que él insistía en echarse a los lados usando, únicamente, los meñiques de ambas manos. Poseía un lunar a lo Cindy Crawford, justo sobre el arco de cupido de los labios, el cual parecía siempre estar moviendo cuando los fruncía en una especie de piquito. El repetir este gesto, le confería una expresión que sus compañeros encontraban bastante rara. Sumado a eso, siempre tenía cara de estar constantemente estreñido y de mal humor.

Marcelo era discriminado por ser muy afeminado. En línea general, solía llevársela bien era con las niñas. El detalle radicaba en que, en ese colegio, todas era unas desgraciaditas en potencia y ninguna se animó a ser su amiga, excepto Bel, que desde pequeña tuvo la madurez de no dejarse llevar por lo que dijeran los demás. En aquella época, seguía siendo rebelde e indomable, su madre no había calado aun en su personalidad. Un buen día, decidió sentarse con él a la hora del receso, al finalizar, ya eran amigos. Ella hizo lo que no habían hecho otros niños, no le preguntó nada sobre él, ni su apariencia, en cambio, se dedicó hablar de los *Power rangers*, serie que ambos amaban y en donde compartían favoritismo por Tommy, les encantaba el actor que lo protagonizaba.

Los años pasaron y la amistad se afianzó. Bel nunca le preguntó lo obvio, él tampoco habló del tema. Se dedicaban a hablar de trivialidades o a criticar al grupito popular del salón. Aun así,

a diferencia de Marcelo, ella se la llevaba bien con todo el mundo. Destacaba por ser muy inteligente, así como por tener habilidades atléticas de las que hacía gala en la semana del deporte del colegio, siendo su amigo el mejor porrista. La idílica amistad terminó cuando la madre de Bel decidió cambiarla a un colegio solo para niñas. Intentaron mantenerse en contacto por teléfono, pero con el tiempo y las actividades extracurriculares de cada uno, se les hizo cada vez más difícil hacerlo.

La niña vivaz y rebelde fue perdiendo fuerza, poco a poco fue doblegada. Aprendió a compartir con otras chicas y después de un período, empatizó con ellas. Bel, solo volvía a la vida en las reuniones familiares, sintiendo que podía ser al fin ella misma en compañía de sus primos. La agotaba tener que mantener ciertas conductas o formas de hablar en el colegio, porque las monjas la obligaban. Para cuando alcanzó los trece años, era mucho más dócil, encausándose a lo que quería su madre para ella, que veía con aprobación que Bel pasara más tiempo con sus primas hablando de chicos, discutiendo libros de romance juvenil y que pasase menos tiempo con sus primos.

No obstante, cuando la amistad resultaba verdadera y sincera, no importaba cuántos años pasasen, esta se recuperaba con prontitud. Esa noche se abrazaron con fuerza. Marcelo se había convertido en un hombre muy guapo. Atrás había quedado la figura regordeta que le caracterizaba de niño. Las largas jornadas en el gimnasio eran apreciables a simple vista, había adquirido un porte y una elegancia para vestir excepcional. Llevaba un corte de cabello que le sacaba partido a su lustrosa cabellera negra, así como una sombra de barba que camuflaba el particular lunarcito. Bel lo miró alucinada. Al no tener amigos en común, nunca coincidieron en redes sociales, por lo que verlo fue una gratísima sorpresa, él se había convertido en una persona completamente diferente. Se le notaba feliz y contento. Cuando la invitó a comer a su mesa, en compañía de su novio Esteban, esta aceptó encantada.

Era tal la confianza que sentía en un pasado por Marcelo, que terminó contándole esa misma noche lo ocurrido. Les habló de Carlos, del accidente y hasta del señor Barba. Ellos la escucharon, aconsejándole que dejara pasar un poco de tiempo. Confiaban en que Carlos sabría ver el error en el que estaba incurriendo. Por eso Marcelo fue a su rescate apenas le escuchó al teléfono alterada, se conmovió al encontrarla llorando, con la mano y la boca llena de chocolate.

—¿Tienes toallitas húmedas? —preguntó colocándole su chaqueta sobre los hombros para arroparla.

Bel asintió, por lo que Marcelo abrió el bolso para buscarlas. Sacó una y comenzó a limpiarla hasta dejarla en un estado más decente, tomó otra y se dedicó a limpiarle la máscara para pestañas corrida. Bel lloraba con sonoros hipidos e intentaba contarle lo que había sucedido, dándole los detalles que no consiguió explicar al teléfono. Estaba destrozada.

—Te juro que, si no estuviese en cama con una pata rota, ahorita mismo le estuviese dando una golpiza —expresó furioso.

»Ya Bel deja de llorar. —Marcelo no soportaba verla tan contrita—. Lo peor de todo, es lo jodidamente culpable que te sentías por lo del fulano señor Barba —dijo molesto, abrazando a su amiga—. Esto es lo mejor Bel, así lo olvidas de una buena vez por todas. De camino aquí, lo estuve pensando mejor y no puedes seguir con un tipo así. Si algo he aprendido en esta vida nena, es que es mejor estar solo, que permanecer con alguien que te hace sentir solo. Y aunque tú no quieras admitirlo, eso era lo que te pasaba con él. —Le acarició el cabello, colocándose detrás de las orejas—. Entiende esto, tú no tienes nada de malo. Son cosas que pasan, Bel. El que alguien parezca ser bueno y te trate bien, no implica que tengas que ser feliz a su lado y mucho menos que le debas algo.

—Pero Marce, yo... —Bel siguió llorando y él la abrazó con más fuerza—. Nada de esto habría pasado si no hubiese seguido a ese hombre a su oficina —dijo haciendo un puchero—. Tenía que venir a hacerme sentir esas cosas. Me comporté como una tonta.

—No, no puedes ser como el resto del mundo, querida. No, te lo prohíbo. Nada de echarle la culpa a los demás de lo que te sucede. Toma acción en tu vida, Bel. Carlos no era el hombre que necesitabas. En dado caso, creo que le debes una al señor Barba, gracias a su mirada... intensa, sucedió todo esto y te diste cuenta de cómo es en realidad tu ex. O sea, está hospitalizado, no pretenderá que le creamos que la conoció hace dos días, es probable que ya tuviese algo con ella desde hace tiempo —explicó con pesar, mirándola a la cara—. Ven, vamos, te llevaré a casa. ¿Quieres que compre helado y nos pongamos a ver una peli?

—Sí —contestó aun compungida.

—¿Hay alguna tienda cerca de tu casa donde comprarlo?

—Pues sí, la del señor Barba.

—Ah... ¡Perfecto! —dijo Marcelo con socarronería, se sentía muy curioso de saber cómo era el susodicho.



La depresión de Bel no fue impedimento para que Marcelo la interrogase e hiciese que le diera un informe exhaustivo sobre la apariencia del señor Barba, para que este pudiera reconocerlo. Ella no quería acompañarlo a la tienda, se encontraba demasiado mal, así que acordaron que se quedaría en el auto. Durante los minutos que su amigo se ausentó, Bel volvió a evocar lo ocurrido en el hospital y lloró de nuevo, asombrada de que Carlos la hubiese olvidado tan rápido, aun así, en medio del dolor, comprendió que no podía seguir llevando una existencia tan lamentable. Al compararse con Marcelo, que lucía tan feliz y realizado, se percató de que tenía que adueñarse de sí misma y de las decisiones para su futuro. No podía seguir permitiendo que su felicidad dependiera de cumplir las expectativas que otros tenían sobre ella.

—No lo vi —dijo Marcelo apenas abordó el auto. Notó que su amiga seguía llorando, así que la abrazó y encendió el motor para llevarla a casa—. Deberíamos ordenar pizza... —agregó, retrocediendo para salir de la plaza de aparcamiento.

Marcelo avanzó para rodear la tienda y reconducirse a la calle. Al parecer, la suerte no lo había abandonado, divisó al señor Barba en la entrada del depósito. Llevaba una camiseta blanca, que se le adhería al cuerpo por la transpiración, una gorra azul con la visera hacia atrás y un par de jeans que enmarcaban un buen trasero. Parecía estudiar una carpeta, probablemente, con una orden de entrega, su vista viajaba de esta, a los bultos que iban bajando del camión.

—¡Ay joder! Ahora lo entiendo todo —exclamó Marcelo casi gritando—. ¡Nena, pero si te has fijado en el macho dominante progenitor y empotrador de la cuadra!

—¿Qué? —preguntó Bel, casi ahogándose con su propia saliva por escuchar semejante frase.

—Sí, sí, no te hagas, ¡está buenísimo! Tienes que salir con él.

—¿Pero te volviste loco o qué coño? —Lo miró confundida.

—Ufff, a mi ese tipo me pica el ojo y caigo redondo. ¡Qué bello! —Lo miró boquiabierto—. Bueno no es tanto lo bello, es que tiene ese *je ne sais quoi* —dijo exagerando el acento francés para explicar que tenía un no sé qué—. ¡Ay, Dios! Y qué barba...

—Es que te digo, a mí me habló y me puso idiota —admitió Bel, permitiéndose, a sí misma, abandonar por un momento su maltrecho estado emocional, para tener esa confianza con su

amigo.

—Tienes que salir con él.

Bel se rio pensando que era una broma, pero la seriedad de Marcelo la hizo entender que iba en serio.

—No, no, no. Yo no puedo salir con nadie. Estoy saliendo de una relación de cinco años. Lo que menos necesito ahora, es otro tipo con el que lidiar —dijo ella convencida de que necesitaba tiempo para poner sus asuntos en orden, cuestión bastante inteligente—. Míralo, no tiene pinta de ser precisamente mansito. Además, él solo fue amable, de ahí a que quiera algo conmigo, hay un trecho largo, Marce.

—Un tipo así te haría ganar la ruptura, piénsalo.

—¿Ganar la ruptura? —preguntó confundida, mirando a su amigo que seguía comiéndose con los ojos al señor Barba.

—Sí, cuando una pareja rompe, gana el que termina saliendo con una persona más atractiva y aunque, según las fotos que me mostraste el tal Carlos tenía lo suyo, te digo, este es el semental ganador. A este le tienes que apostar todo en el hipódromo.

—Estás demente. Yo necesito tiempo para mí, para pensar, no estoy para esas tonterías. No, no, no. Vámonos de una buena vez que el helado se está derritiendo.

—Te recuerdo que fuiste tú la que comento lo maravillosamente bien que olía su oficina. ¿Nunca has oído de las feromonas?

—Deja de hablar como adolescente hormonado. Vámonos que el helado se está derritiendo —insistió mortificada.

En su mente, no había cabida para algo tan superfluo como ganar la ruptura. Estaba demasiado destruida por todo lo sucedido con Carlos.

CAPÍTULO 6

Clemente esperó ansioso a que llegara el viernes. Con menos paciencia, aguardó que arribara el sábado. Llegado el lunes, estaba algo decepcionado de que Bel no apareciese en todo el fin de semana. Incluso, se preguntó si había hecho algo mal, aunque bien sabía que no. En su mente, se repetía aquel suspiro precioso que ella había exhalado en la oficina y que solo aumentaba sus ganas de verla. Cuando llegó el viernes siguiente, para darle paso a un mes entero sin que apareciera la chica del bidón de leche, se convenció de haberla incomodado de alguna manera y eso era una pena, nunca fue su intención.

Volvió a verla cuando menos se lo esperaba: un día cualquiera entre semana. Los labios de Clemente se estiraron en una gran sonrisa, llena de alivio al saber que ella estaba bien, ya que también se había preocupado por su larga ausencia. Bel iba saliendo de la tienda con una bolsa de compra, en lo que le pareció atisbar un bote de helado. De no ser por un hombre impaciente que le adelantó el paso, tropezándose con Clemente, habrían podido coincidir. Él la saludó con un movimiento de cabeza que ella secundó mirándolo a los ojos antes de marcharse con prisa. La notó más pálida de lo normal y eso volvió a preocuparlo. Semanas después, la vio justo cuando ella terminaba de pagar en la caja y él iba saliendo de la oficina. Alcanzó a saludarla con la mano, esbozando una sonrisa que ella le devolvió tímidamente. En ese gesto, encontró la respuesta a su pregunta: no la había incomodado. El problema era que esa certeza no disminuía el enigma que ella representaba para él.



Bel, siempre encontró relajante visitar aquel minimercado. Le gustaba deambular entre los estrechos pasillos muy bien ordenados, curioseando la gran variedad de productos. Una de las cosas que más le encantaba era el aroma del local. A pesar de la cantidad de personas que solían pulular en su interior, perduraba la fragancia a la bollería recién horneada y a las frutas frescas que vendían. Se vio en la obligación de no frecuentarlo tan seguido, porque desde que sabía de la existencia del señor Barba, dejó de encontrar sosiego en esa actividad. No sabía cómo lidiar con todas las emociones que él le despertaba.

Se encontró en la necesidad de volver una noche en la que moría de hambre. Desde su ruptura con Carlos, no había ido a hacer la compra al supermercado en el que acostumbraba, debido a que este le prestaba su auto para tal actividad. La pereza y el desgano de hacer aquella tarea en taxi, la obligaron a comerse todo el contenido de la despensa y el refrigerador, así como también comprar algunas cosas de pasada en otra tienda cercana al trabajo o decantarse por pedir comida a domicilio. Ese día, se quedó dormida tras llegar del trabajo y al despertar, entendió que su única opción era ir a comprar algo de comer a la tienda o quedarse sin cenar, a esa hora era difícil conseguir algún restaurante que despechara. Además, estaba bastante asqueada de la comida chatarra, se le antojaba algo con su sazón. Al llegar, se percató de que estaban por cerrar y se alegró de que la dejaran entrar.

Clemente, estaba verificando que la cajera hubiese cerrado todo el sistema de ventas y los

puntos bancarios, cuando la vio entrando con premura al local. Se llevó el dorso de la mano derecha para frotarse la nariz e inspirar profundo, un gesto que denotaba falta de concentración. Retomó su actividad decidido a completarla. Tras comprobar de nuevo que todo estuviese en orden, recogió el efectivo de la caja registradora. Solo le restaba cerrar la caja que estaba atendiendo a los dos últimos clientes para dar por terminada la jornada laboral del día.

La miró ensimismada en su compra, al parecer, no se había percatado de que él estaba cerca. Le llamó la atención de que hubiese tomado un carrito —algo atípico—, y que, además, comprase una variedad de productos —mucho más atípico—. Bel tomó algo de pavo rebanado, queso, pan, algunos vegetales, helado, entre otros víveres. Clemente se apresuró a llevar el efectivo a la caja fuerte de la oficina, pasando junto a ella, pretendiendo que no la había visto. Minutos después, los empleados comenzaron a salir y el chico de seguridad cerró la puerta con llave tras la salida de estos. Cuando el último cliente abandonó la tienda, Andrea, la cajera con la que Bel tuvo el altercado —quien una vez más había intercambiado turno laboral—, miró en dirección a esta molesta, porque le parecía muy distraída comprando y no quería tener que esperar más para poder irse.

—Cuadra la caja, pero no cierres el sistema —dijo Clemente a la empleada—. Yo le facturo. No tienes que esperar a que termine de comprar.

Andrea levantó una ceja perspicaz y torció los labios en señal de disgusto. Lanzó una mirada venenosa en dirección a Bel. No entendía qué podía encontrar su jefe de atractivo, en una chica tan simplona.

Clemente, caminó en dirección a Bel que estaba de espaldas, mirando los frascos de aceitunas, se sintió nervioso por hablarle, cuestión que lo alarmó. «De cuando acá tú con estos males», pensó. Aun así, si algo le sobraba al tipo era coraje, por lo que recorrió el par de pasos que los separaban e introdujo las manos en los bolsillos de sus pantalones. Un gesto que solía hacer inconsciente y que no hacía otra cosa que denotar para cualquiera que lo mirase, lo seguro de sí mismo que era.

—Buenas noches, señorita Bel.

Escuchar su nombre, en una voz tan grave, le produjo un cosquilleo en el cuello. Si él podía hacer eso con solo hablarle, no se quería imaginar que podría ocurrir si la tocase.

—Señor Barba —musitó nerviosa, aunque con naturalidad, girándose hacia él. Segundos después, cerró los párpados de golpe, al comprender el error en el que había incurrido al llamarlo así. Los abrió de vuelta, mirándolo con sus expresivos ojos azules y le sonrió avergonzada—. Digo, buenas noches... mmm... creo que olvidé tu nombre.

—¿Señor Barba? —preguntó divertido, encontrando adorable la manera en que se había sonrojado.

—Bueno, creo que sabes que es tu rasgo más característico. Así que, sí, eres el señor Barba —explicó valerosa, en tono simpático. Después, echó los hombros hacia atrás en pro de recomponerse y caminó a su derecha en busca de otras cosas.

A Clemente le pareció graciosa esa respuesta y le gustó que ella tuviese mejor semblante que las últimas veces que coincidieron. Parecía risueña, alegre, muy diferente a la primera vez que hablaron.

—Clemente, pero a ti te dejo decirme como quieras —dijo encogiéndose de hombros, sonriendo.

Bel, que lo había visto de reojo, mientras se agachaba a tomar una manzana del cesto, enderezó la espalda *ipso facto* cuando lo escuchó decir eso. No, no se lo estaba inventando, ella podría estar muy desactualizada, súper oxidada, pero sabía que eso había sido un coqueteo en

toda regla.

—¡Ay, Dios! Mil disculpas, sé que ya estaban por cerrar, déjame pago y me voy —dijo con apuro para cambiar el tema, fingiendo que no se había dado por aludida.

Bel no se sentía en condiciones para responder a su flirteo. Primero, porque le parecía incorrecto, apenas habían pasado dos meses desde que terminó con Carlos; segundo, porque no tenía ni idea de cómo hacerlo; tercero y más importante aún, porque no sabía si deseaba hacerlo... Resultaba difícil para ella saber qué quería en ese momento. De lo único que estaba segura, era de que le costaba demasiado no sentirse atraída, como polilla a la lumbre, por el señor Barba. Le parecía irrisorio incluso negárselo a sí misma. No solo estaba buenísimo, sino que siempre era amable, atento y educado con ella. ¿No podía tener algo malo?

«Eso es, algo malo debe tener», pensó con rapidez. «Este tipo, mínimo, torturaba animalitos de pequeño o algo por el estilo».

—Descuida, tómate tu tiempo, no hay problema. Te facturaré yo, la cajera ya terminó su turno.

Clemente, decidió darle un poco de espacio, no logró dilucidar si ella estaba nerviosa o de plano, era indiferente a su coqueteo. Se dirigió a la caja registradora. Andrea, que se estaba colocando el abrigo para irse, le preguntó si no la necesitaba para algo más, dirigiéndole de nuevo una mirada de displicencia a Bel, que estudiaba con atención los dátiles. Clemente la miró de la misma manera, señalándole de esa forma que le disgustaba su comportamiento para con los clientes y la chica intentó hacerse la desentendida. Para no entrar en diatribas, le indicó que podía irse y cerró la puerta del local con llave, despachándola en compañía del chico de seguridad. Quedándose a solas con Bel, que estaba caminando hacia la caja.

—¿Y la leche? —preguntó al estudiar el contenido del carrito que ella colocó junto a la mesada de la caja.

—Ah sí, es cierto, la había olvidado.

En ese momento, Bel se percató de que él debía ser el encargado de la tienda o el dueño, como para tener tal autoridad frente a los demás empleados. Se preguntó por qué nunca había reparado en su presencia. La verdad era, que Clemente siempre había estado ahí, solo que ella tendía a ensimismarse en sus cosas, ignorando muchas veces a las personas a su alrededor. Caminó hasta el refrigerador de los lácteos y tomó un bidón de leche, pero cuando iba llegando a la caja, cayó en cuenta de que no necesitaba tanta cantidad, porque Carlos ya no estaba. Volvió hasta el refrigerador y cambió el bidón de dos litros y medio por otro de un solo litro.

Al regresar a la caja, suspiró al ver a Clemente con los puños apoyados en el mesón, como si estuviese haciendo flexiones distraído. Era inevitable no mirarle la vena larga que le atravesaba el brazo, o como el bíceps hinchado le sobresalía sobre la manga de la camiseta tipo polo, color rojo, que le sentaba muy bien con su tono de piel ligeramente tostada.

—¿Listo? ¿Esto es todo? —Ella se limitó a asentir, mientras que él se concentró en facturar y ordenar la compra en las bolsas con medida, tomándose su tiempo

Bel se arropó el labio inferior con el superior y aprovechó de estudiarlo. Tenía un tatuaje de una especie de paisaje de bosque que le cubría el antebrazo izquierdo, aunque el que más le llamaba la atención, era el que tenía en el interior del brazo derecho, la camiseta le tapaba una parte, pero, aun así, entendió que era la cabeza de un tigre dividida en dos. La mitad era el pelaje regular del felino, tatuado de manera hiperrealista, la otra, era la estructura ósea del cráneo del que brotaban distintos tipos de flores de colores vibrantes. Absorta, intentó leer la frase que estaba escrita debajo, solo que estaba en otro idioma. Clemente movió la cabeza torciendo los labios en una sonrisita de medio lado, dándole a entender que se había percatado de la manera en que lo escrutaba y ella miró el suelo avergonzada.

—Veo que te han gustado los dátiles —dijo pasando por el lector la cajita, para después acomodarla en la bolsa, en un nuevo intento de conversación.

Clemente, sopesó que tal vez ella era demasiado tímida, pues la manera en que lo miraba lo inclinaba a pensar que él no le desagradaba.

—Sí, gracias por hacer que los probará —contestó con dulzura. Un segundo después, se reprendió al percatarse que le estaba sonriendo como una tonta.

Aquella sonrisa espontánea, le encantó a Clemente.

—Un placer, cuando gustes, podría enseñarte otras cosas.

Bel lo miró enmudecida. Le pareció que aquella frase tenía un tono sugerente implícito. Clemente se recordó que debía moderarse un poco. Le costaba demasiado, sobre todo, porque comenzaba a disfrutar de verla así, con las mejillas sonrojadas y pestañeando demasiado rápido a causa del nerviosismo.

—Me acaban de llegar unos higos que están para chuparse los dedos—agregó con rapidez, solo para disimular un poco el comentario anterior.

—Tal vez en otra ocasión.

Clemente asintió de buena manera. Bel estaba tan sonrojada, que él reprimió el deseo de sostenerle la mirada. Giró el cuello y leyó la pantalla de la caja dictándole el total de la compra. Ella le entregó un par de billetes y él esperó a que la máquina imprimiera la factura, para entregársela con el par de monedas de cambio.

—¿Trajiste auto?

—No, ¿por qué? Vivo cerca.

—Las bolsas están pesadas.

—Cierto, creo que se me ha pasado la mano, aunque creo que puedo apañármelas. De lo contrario, ¿puedo dejar un par de bolsas y venir por ellas mañana?

—Pues sí... Pero mejor déjame que te acompañe para ayudarte.

—No, qué pena señor Bar... Clemente, no, en serio, qué vergüenza.

—De verdad, no me cuesta nada acompañarte —dijo con tono afable.

—En serio, no te quiero molestar.

—Te juro que no me molestas para nada —expresó mirándola de una manera que le entibió el cuerpo.

Bel fue incapaz de negarse a su proposición, porque la atracción que sentía por él crecía sin remedio, aunque intentase no admitírselo con vehemencia.

—Ok, ya que insistes.

Clemente cerró el sistema de la caja. Bajó la persiana metálica de seguridad y colocó los cerrojos desde adentro. Cerró la puerta de vidrio de la tienda con llave y tomó gran parte de las bolsas llenas de víveres, dejando que ella solo tomara dos. Le hizo señas de que lo siguiera. Apagó las luces de la tienda, quedándose iluminados por el resplandor de una bombilla lejana, que procedía de un pasillo que llevaba al depósito.

—Ah perdona, es que me conozco el camino de memoria, lo recorro casi a oscuras todas las noches —dijo, reuniendo todas las bolsas en una mano y con la otra tomó la palma sudorosa de Bel, para conducirla hacia la parte de atrás del local.

La chica del bidón de leche se dejó guiar, sintiendo cómo el aire abandonaba sus pulmones. Secretamente, disfrutó muchísimo el contacto, porque este le aceleró el pulso haciéndola vibrar, al punto que le fastidió cuando él la soltó para abrir una puerta. Clemente encendió un interruptor que iluminó el muelle de descarga y el garaje, en el que estaba un auto tapado con un forro oscuro y una vieja camioneta *pickup* de color rojo deslavado, una Chevrolet de los ochenta. Colocó las

bolsas en el asiento, para luego ayudar a Bel a subir. Dio la vuelta, encendió el motor y abrió el portón eléctrico. En los altavoces comenzó a sonar una canción de los Arctic Monkeys demasiado alto, por lo que moderó el volumen.

«Obvio el tipo tenía que escuchar rock, ¿qué otra cosa más podría oír? Le pega, le pega muchísimo», pensó Bel mirándolo.

—En serio, me da mucha pena contigo.

—¿Qué se supone que haga? ¿Que deje a una mujer bonita irse a casa sin comida?

Bel, se mordió el labio. El señor Barba estaba de nuevo diciendo esas cosas. Vestía jeans, Converse y una simple camiseta negra. El cabello suelto al natural, un poco de polvo en el rostro y labial. Sabía que era una mujer atractiva, pero la forma en que él lo decía, la hacía sentir como si fuese realmente bonita. Lo que Clemente no sabía, era que la Bel de esas últimas semanas comenzaba a alejarse de la que había conocido hacía tiempo atrás. En efecto, estaba volviendo a ser ella misma, así que tras respirar profundo y lamerse los labios, decidió ser valerosa, atreviéndose a darle una respuesta afilada y no quedarse enmudecida como acostumbraba.

—¿Entonces es por qué soy bonita? ¿Tú eres así de zalamero con todas tus clientas?

Él alzo las cejas sorprendido ante el comentario, pero fingió que no se inmutaba más de la cuenta. Hizo el cambio en la palanca automática y movió el volante para salir del garaje.

—¿Izquierda o derecha? —preguntó hacia qué dirección cruzar.

Bel, lo miró de reojo preguntándose si esa era su manera de evadir la pregunta.

—Derecha.

—¿Te parezco zalamero entonces? —dijo retomando la conversación, mirándola brevemente, porque debía concentrarse en el camino.

—La verdad, sí.

—No creo que lo sea tanto. Un poco de coquetería no le hace daño a nadie. Porque si no te ha quedado claro, eso es lo que estoy haciendo contigo —señaló girando a verla, cuando se detuvo en el semáforo—. ¿Izquierda o derecha?

—Izquierda —respondió en un tono menos audible por los nervios, no esperaba una respuesta tan directa.

«¿Entonces sí está coqueteando conmigo?», se preguntó incrédula.

—Y no, no soy así con todas. Solo con las chicas que vienen a mi tienda una vez a la semana a comprar un bidón de leche.

A Bel el atrevimiento le duró poco, una vez más se quedó enmudecida y sonrojada. Inquieta, se mordió tanto el labio inferior que lo dejó blanquecino. Él sintió el impulso de extender el brazo y tocárselo con los dedos, para que dejará de maltratarlo. En vista de que era un gesto que no podría llevar a cabo, dejó reposar la muñeca sobre el volante con tranquilidad. Ella se atrevió a mirarlo, le molestaba que luciera tan impasible, muy diferente a sus circunstancias de ansiedad latente. Luego, sin darse cuenta, comenzó a detallar de nuevo partes de su anatomía, como el perfil de su nariz o ese cabello oscuro, un poco rebelde, que le provocaba acariciar. Respiró profundo para de mantener la compostura y luego comprendió que eso solo agravaba las cosas. Él parecía expeler un efluvio capaz de enviciarla. Se preguntó qué clase de influjo malvado surtía efecto en ella, cuando estaba en presencia del señor Barba.

Incapaz de responderle algo al respecto, se limitó a entrelazar los dedos nerviosa. Le sudaban las palmas, comenzaba a transpirarle todo el cuerpo. «¿Qué clase de hombre dice cosas así?», pensó. Llegó a la conclusión de que uno bastante creído y prepotente, características que no le gustaban. No obstante, al mismo tiempo se contradijo al analizar que, a fin de cuentas, no había nada de malo con ser así. Sobre todo, si a eso le sumaba que estaba llevándola a su casa, lo que

implicaba algo que ya sabía de sobra, era muy amable.

—¿Y ahora hacia dónde? —preguntó girando a verla, constatando su nivel de ansiedad. Le gustó mucho verla así. Era una nueva sensación para él. A pesar de haber salido con mujeres un poco tímidas antes, Bel era otro nivel, uno que le emocionaba explorar y descubrir.

—Hacia la derecha. Es aquel conjunto residencial de la esquina.

Bel vivía en una pequeña urbanización de casas con fachadas iguales, de color arena claro, de líneas simples y dos plantas. Las calles estaban rodeadas de árboles, lo que hacía que la brisa circulara por todo el conjunto. Había un parque para niños, así como bancas desperdigas por el lugar para sentarse a gusto a leer o jugar con alguna mascota. Ella le señaló su casa y él estacionó justo enfrente. La vivienda era propia, heredada tras la muerte de su abuela. Se mudó allí cuando tenía veintidós años y desde entonces, había sido su hogar.

De alguna manera, no le sorprendió que él apagase el motor, era obvio que quería acompañarla hasta la entrada. Se preguntó qué era lo correcto, ¿hacerlo pasar? ¿Ofrecerle un café por las molestias? La ambivalencia hizo acto de presencia. Una parte de Bel quería tomar las bolsas, despedirse con rapidez y esconderse en el interior de la casa. La otra, ansiaba conocerlo un poco y disfrutar de esa sensación burbujeante que sentía en las entrañas cuando lo tenía cerca.

Clemente tomó las bolsas y llegó justo a tiempo para ayudarla a bajar de la camioneta que era un poco alta. Ella le agradeció, cambiando de mano los paquetes que sostenía para recibir la que él le ofrecía. Tomó una gran bocanada de aire y caminó hasta el porche de la casa. Abrió la puerta de entrada y lo hizo pasar. El señor Barba observó con atención el espacio que se vislumbraba. Todo parecía colocado en su exacto lugar, muy bonito.

—¿Te estas mudando? —dijo curioso, al ver una buena cantidad de cajas en la entrada.

—No, son solo cosas que se van de aquí.

Clemente, analizó el recibidor. Tenía un par de sofás beige que no debía usar demasiado, ya que estaban immaculados. Un baúl a manera de mesa de café, sobre una alfombra peluda en compañía de una lámpara de piso. Lo más llamativo del lugar, era que había múltiples ilustraciones, así como cuadros de pinturas famosas en las paredes. Bel lo hizo pasar hacia la sala donde estaba la mesa de comedor, así como varios libreros, los cuales estaban atestados de libros. «Le gusta leer», pensó mientras caminaba hasta la cocina con las bolsas. Le llamo la atención la waflera y la tostadora con motivos de *Star wars*, así como un vaso de Hello Kitty en la mesada. El refrigerador estaba lleno de imanes decorativos, pegatinas, y le pareció reconocer un destapador con el logo de Fallout, un famoso videojuego. «Entonces le gusta la ciencia ficción y jugar», especuló.

—Ven te ayudo —dijo Bel intentando quitarle las bolsas, él no se lo permitió colocándolas en la mesada—. De verdad muchas gracias, en serio no tenías por qué...

—No tenía, pero quise hacerlo —dijo interrumpiéndola, mirándola de una forma, que la pobre no tuvo más remedio que sonrojarse otra vez.

—Gracias —musitó Bel y antes de que pudiera ofrecerle un café o algo, él siguió hablando.

—¿Has notado que la llave de tu fregadero está goteando? —Bel, giró la cabeza mirando en esa dirección, para después asentir.

—No he tenido tiempo de llamar al plomero.

—Espera. —Clemente la dejó a solas en la cocina, para volver segundos después con la caja de herramientas que tenía siempre por emergencia en la camioneta—. Déjame echarle un vistazo.

Bel, en ese momento sintió como sus cejas tocaban la línea del nacimiento de su cuero cabelludo. Quiso negarse, pero ya él estaba abriendo la caja de herramientas tomando una llave de tubo y una linterna. Clemente inspeccionó el grifo apretándolo un par de veces, para después abrir

las puertas del empotrado de la cocina. Se agachó y se acostó sobre el piso, comenzando a hacer cosas que escapaban de los conocimientos de ella, que se quedó absorta mirando la franja del abdomen masculino que se descubrió cuando la camiseta se le subió por el movimiento de los brazos. Le pareció que él tenía un tono de piel muy bonito. Era una piel blanca tostada por el sol. Además de esto, era un tipo velludo, cuestión de la que se percató al no conseguir apartar la mirada del vello oscuro que parecía colarse desde su abdomen bajo, hasta la cinturilla de su ropa interior.

—Aquí abajo está todo bien.

Bel se vio obligada a salir de su ensimismamiento, mirando hacia el lavaplatos, cuando Clemente se levantó con soltura y volvió a rectificar que estuviese arreglado todo.

—El grifo solo estaba un poco flojo aquí arriba —dijo, colocando la llave y la linterna en la caja, sacudiéndose las manos.

Bel, le agradeció de nuevo, preguntándose por qué de repente se sentía muy estimulada por verlo hacer algo como arreglar un grifo. Pensó que tal vez, era cierto eso de las fantasías sexuales de las mujeres con los plomeros. Desechó la idea, ella había contratado a varios para que le arreglara cosas en la casa y nunca le produjeron ese hormigueo que notaba con Clemente. No tuvo más remedio que apretar los muslos al notarse súbitamente excitada.

—Muchas gracias... Oye, ¿podrías ayudarme a cambiar la bombilla de mi baño? —Extrañamente, eso fue lo que se le ocurrió decir para intentar disimular lo que sentía.

—Sí, por supuesto —contestó él amable, sin esperarse aquel requerimiento.

Bel, tomó una pequeña escalera plegable de dos escalones y la colocó enfrente del refrigerador. Se subió a esta para buscar el bombillo en el armario que estaba encima. Intercambiando de esa forma los roles, pues Clemente no pudo, ni quiso, evitar mirar cómo se le subía la camiseta, mostrando la piel blanca de la espalda. Lucía tan suave, que sintió escozor en las manos: quería tocarla. Observó también la curva del trasero femenino que se ostentaba apetitoso en esos jeans, se le antojó colocar la mano ahí y apretar.

—Aquí está, sabía que lo había comprado. Tengo días sin poder maquillarme bien, es que no llevo hasta la lámpara ni con la escalera.

—Yo lo hago, tranquila.

Bel, subió las escaleras hacia la segunda planta, entretanto, Clemente se dedicó a estudiar con cuidado el movimiento de sus glúteos al escalar cada peldaño. Ella era delgada, con cada cosa en su lugar. Su cuerpo le pareció precioso, se le hacía cada vez más y más atractiva. Caminaron por el pasillo poco iluminado, hasta que lo dirigió a su habitación.

—Por favor, no te fijas en mi desorden —dijo con una risita.

A excepción de un brasier negro, que estaba sobre el edredón de la cama y que ella se apresuró a esconder, no había nada fuera de lugar. Toda la habitación era muy sencilla. Lo que más le gustó a Clemente, fue el aroma que flotaba en el ambiente, floral, de seguro jazmín. Analizó la estancia, solo había una cama matrimonial de cabezal de hierro forjado pintado de blanco, mesas de noche a juego, un televisor pantalla plana, una consola de videojuegos, una cómoda y un semanario. Poquitísimos objetos decorativos al igual que en planta baja. Había una pared llena de más ilustraciones y en otra, solo un cuadro. Una reproducción de la *Venus de Urbino*.

—¿Te gusta Tiziano!

—Sí —musitó ella con cierta emoción, muy complacida de que supiera quien era el pintor—. Es por aquí —señaló abriendo la puerta del baño, haciéndolo pasar. Encendió una lámpara de escritorio que había colocado sobre el largo mesón junto al lavamanos. Colocó la escalera y dijo —: adelante, haz tu magia.

Clemente, se rio de aquella ocurrencia y subió a la escalera, en un par de segundos ya había cambiado el bombillo. Ella comprobó que todo funcionaba, encendiendo el interruptor, dándole las gracias una vez más. Él observó las cosas de Bel, no porque fuese un entrometido, sino porque quería conocerla, hacerse una idea de su personalidad. Todo el mesón del baño estaba lleno de maquillaje, cremas, perfumes y demás productos femeninos.

«Es bastante ordenada», pensó al observar como todo estaba dispuesto.

—Listo, ¿necesitas algo más? —preguntó tras bajar de la escalera.

Bel se mordió el labio ante el pensamiento infrecuente que le cruzó la mente. Lo pondría a arreglar mil cosas hasta verlo sudado y sucio. Sin camiseta de preferencia...

—Mmm, no, muchas gracias. Disculpa el atrevimiento, pero es que ya no soportaba estar más a oscuras.

—No te preocupes.

—Por cierto, ¿ya cenaste? ¿Tienes hambre?

Clemente miró la hora en el reloj de su muñeca. Esa tarde, había tenido práctica y se tomó un batido de proteínas al terminar a las ocho y media de la noche. Así que sí, sí tenía hambre, de no haber acompañado a Bel, estaría comiendo en casa.

—No, aún no he tenido oportunidad... Y sí, tengo hambre.

—¿Quieres comer conmigo? Aunque te advierto, nada demasiado interesante, probablemente un simple sándwich.

—Eso estaría bien, pero no quiero que lo hagas por compromiso o algo por el estilo. No tienes que hacerlo en reciprocidad de nada, si no es tu gusto.

—¿Qué se supone? ¿Que deje ir a un hombre que cambia bombillas y arregla grifos con hambre? —dijo Bel imitando su sutil coqueteo con una sonrisa en los labios.

Clemente le sonrió de vuelta y asintió aceptando la invitación. Se llevó la mano al cabello para peinarlo de atrás hacia adelante, un gesto que solo hacía cuando estaba ansioso y que ella encontró de lo más atractivo.

CAPÍTULO 7

Bel, le pidió a Clemente que colocara música, seleccionando algo de su iPod en el equipo de sonido de la sala, entretanto, ella vaciaba las bolsas de la compra. Él estudió la lista de canciones con expresión dubitativa. No supo qué seleccionar, a excepción de los discos clásicos de rock o música clásica, no reconoció ningún otro.

—¿Qué coloco?

—Lo que tú quieras —contestó ella desde la cocina.

—No, en serio, no tengo ni idea.

Bel se acercó a la sala para indicarle.

—Ve a mis listas de reproducción, selecciona la lista que se llama: *chill*. —Clemente la colocó y la melodía de *Canadian Sunset* de Gene Ammons inundó la sala. Él meneó la cabeza sintiendo la música—. Lo siento, supongo que, para un roquero como tú, esto debe ser terrible. — La miró y se sonrió, cuestión que le suavizó los severos rasgos del rostro, logrando que Bel le sonriera de vuelta, un instante antes de volver a la cocina—. ¿No dirás nada de mi música?

—Es bonita —aseguró acercándose a ella—. ¿En qué te ayudo?

—Usted señor Barba, tome asiento en la barra, por favor y solo dedíquese a mirar.

—De acuerdo solo te miraré —acordó en tono sugerente.

Bel lo miró levantando una ceja con expresión circunspecta, en respuesta a ese obvio coqueteo.

—¿Quieres té helado?

Clemente asintió así que le sirvió un poco. Él se dedicó a beber, mientras Bel se paseaba de aquí para allá en la cocina. Dispuesto a conocerla más, le preguntó a qué se dedicaba y esta le comentó bastante al respecto, al mismo tiempo que preparaba una ensalada de lechuga, tomate y aceitunas negras picadas en pequeños cubitos, que aderezó con vinagre de manzana, sal, pimienta y aceite de oliva.

Con un cuchillo de sierra, rebanó la hogaza de pan, la untó con mantequilla irlandesa, para después ponerla a tostar en una sartén caliente. Armó unos sándwiches de queso suizo, pechuga de pavo horneada y la ensalada que previamente había preparado. Clemente admiró su capacidad para conversar con fluidez sobre implantes dentales, mientras disponía todo sobre los platos de forma minuciosa.

—¿Tú eres el encargado de la tienda? —preguntó Bel, entretanto colocaba la mesa con ayuda de Clemente.

—Encargado, gerente, dueño, hago de todo.

—Ah, ya veo, eres multitarea... Anda, siéntate. —Invitó ella con amabilidad.

Clemente presidió la mesa y ella se sentó a su lado. Era una posición cómoda en el que ambos estaban cerca, pero no frente a frente.

—Oye, esto está muy bueno —dijo tras dar el primer bocado.

—Bueno tampoco es para tanto, es solo un sándwich —expresó Bel, restándole importancia al elogio.

—No, en serio, mis sándwiches no quedan así, te lo aseguré, tienes talento. Esto está buenísimo —comentó de nuevo, dándole un gran mordisco.

—Me alegro de que te guste.

—También me gusta tu música. Es relajante. —Sonaba *Bewitched* de Ella Fitzgerald.

—Es que Ella es lo máximo. Yo la amo, aunque la mayoría de las personas no soporta mi música de ascensor después de un rato. —Bel arrugó la cara al recordar que Carlos la llamaba así.

—¿Música de ascensor?

—Sí, ya sabes, música lenta.

—Bueno, pero esto es una mezcla bastante ecléctica, relaja, sin provocar sueño.

—Me gusta para comer o lavar los platos —explicó Bel, tras encogerse de hombros.

—A mí me parece que es música para hacer el amor.

Bel levantó el rostro y sus miradas se cruzaron.

—Tal vez esta canción en específico, sí —dijo clavando los ojos de vuelta al plato, sintiéndose un poco intimidada por él, quien entendió que debía tomárselo con calma para no asustarla, por lo que decidió cambiar el tema.

—Explícame este combo tan extraño. Estoy comiendo en un plato de Darth Vader, mientras que tú estás comiendo en uno de un gato gordo.

—Gata, Pusheen es gata y no está gorda —dijo Bel en un fingido tono de indignación—, solo está rellena de amor. Por otro lado, respondiendo a tu pregunta, me van ambas cosas y no me preocupa el no tener una vajilla que combine.

—Podrías tener un gato negro y ponerle Darth Vader.

—Créeme que, si no fuera alérgica a los gatos, sería como la vieja loca de los *Simpsons* y mi casa parecería un albergue.

—Hay gatos sin pelo, podrías tener uno de esos.

—No, los gatos esfinges son muy feos.

—¡Son horribles! —concordó él.

—Sobre todo cuando están gordos, ¿los has visto? —Él negó con la cabeza mientras daba otro bocado—. Espera, ya te lo muestro.

Bel se chupó los dedos distraídamente, limpiándose los para tomar el celular y Clemente no pudo evitar prestar especial atención a ese movimiento.

—Mira —dijo segundos después, pasándole el dispositivo para que viera la imagen de un gato esfinge gordo.

Clemente rio sonoramente al ver al animalito que tenía cara de estar muy obstinado y a ella le encantó su risa.

—¡Está feísimo!

—Te lo dije, este gato necesita un brasier con urgencia —acotó riendo—. Tienes la barba llena de comida —dijo, alcanzándole una servilleta que él tomó rozándole los dedos a propósito. Bel fingió no haber sentido el roce y siguió hablando para disimular—. ¿Cuántos años tienes?

—No muchos, ¿y tú? —A Clemente le alegró que ella quisiera saber cosas sobre él.

—No tantos. ¿Cuántos me calculas?

—Yo no juego a eso, siempre es una trampa. —Bel se sonrió ampliamente ante la respuesta de él—. Dime tú si quieres, cuántos crees que tengo.

La miró buscando en sus ojos azules reciprocidad. Estaba casi seguro de que no le era indiferente, aunque no podía precisar del todo. Bel lo fascinaba e intrigaba a partes iguales. No tenía muy claro cómo actuar con ella. Quería creer que la forma en que le había hablado en el

cuarto de baño, había sido su forma de coquetearle y que si evadía las oportunidades que él le brindaba para ahondar en esto, era por timidez.

Clemente era un hombre maduro, atractivo y seguro de sí mismo. Una combinación ganadora que solía ser suficiente para conquistar. Con Bel, esto no parecía surtir efecto. En sus ojos, no encontró ese brillo de receptividad sexual que esperaba. No podría seducirla de manera directa como acostumbraba, comprendió que solo podría mirarla, mirarla mucho y esperar a que ella le brindara la oportunidad para cortejarla.

Sería su primera vez entonces. Sus relaciones sentimentales con mujeres siempre eran muy orgánicas, si ambos se gustaban seguían adelante. De hecho, las relaciones monógamas que tuvo en el pasado se habían dado tras el sexo. De tanto tenerlo con la misma mujer, terminaba por salir en exclusivo con esta. Todos sus noviazgos comenzaron así. Si algo tuvieron las relaciones pasadas de Clemente, eran fecha de caducidad, al menos cuando este era muy joven. Las mujeres que se divertían con él, tenían muy claro que era algo momentáneo. Un bocadito de placer para ambos. Si querían casarse, tenían que buscar hombres maduros para tal efecto. Con otras mujeres, ni siquiera tenía ese problema, pues ya compartían sus vidas con otro y él no era más que el amante joven. Con Bel, las cosas parecían que iban a ser muy distintas.

—No lo sé, Treinta y... —Clemente entrecerró los ojos y se llevó el puño al mentón, imitando la pose de una estatua grecorromana para que le estudiara el perfil, mientras intentaba contener la risa, cuestión que provocó carcajadas en ella—. ¿Cuarenta? —Él se llevó las manos al pecho, fingiendo que le acababa de clavar un puñal en el corazón, a la vez que Bel se reía briosamente—. ¿El buen vino mejora con los años? —continuó en tono gracioso.

—Sí, intenta arreglar las cosas, niñita.

—¿Niñita? Soy una mujer de veintisiete, bueno, casi veintiochos años.

—Yo tengo treinta y tres.

—Sí, asumí que rondabas esa edad.

«Ya casi es un madurito sexy», pensó Bel. Tragó hondo, porque él la estaba mirando de nuevo de esa manera que la perturbaba. Lo evadió volviendo a su comida, aun cuando había perdido el apetito. Sentía un nudo en el estómago, su presencia le producía una extraña mezcla entre ansiedad y entusiasmo, que no sabía gestionar. Clemente, en cambio, siguió comiendo con bastantes ganas hasta dejar el plato vacío. Él le preguntó sobre alguna de las ilustraciones que adornaban las paredes, logrando relajarla un poco, al punto de ser capaz de conversar animadamente un buen rato.

—No puedo más —dijo Bel, abandonando una cuarta parte de su sándwich—. ¿Quieres algo más? ¿Helado o café?

—¿Cuál de los dos me da más tiempo contigo?

Bel lo miró anonadada, sus coqueteos eran ineludibles. Hizo una mueca que consistió en cerrar los ojos y juntar los labios, para después abrir la boca en pro de decir algo, sin embargo, se quedó enmudecida. Clemente, en cambio, permaneció impassible, disfrutando de verla demudada. Torció los labios y luego sonrió siendo consciente de que su intento por no ser tan directo había fracasado, no podía negar su naturaleza. Se levantó y le extendió la mano, logrando que esta lo mirara confundida.

—¿Quieres bailar?

—No, no, no —contestó llevándose las manos al rostro, visiblemente apenada.

Clemente suspiró, sopesando que ella era más tímida de lo que imaginaba.

—Anda, Bel, no me dejes con la mano extendida. Por favor.

—Bailo muy mal —dijo soltando una risa producto de los nervios y algo en su mirada, lo hizo

creer en que debía insistir poco más.

—Yo te enseño. —Ofreció, tendiéndole la mano de nuevo.

Ella se relamió los labios, seguía muy nerviosa. Tras inhalar hondo, aceptó posando la mano sobre la de él, que la ayudó a ponerse de pie. Ese simple toque, le confirmó lo que ya intuía, solo le bastaba tocarlo para sentir esa rara electricidad que le recorría el cuerpo. No sabía cómo conducirse en una situación tan atípica, ninguna de sus parejas anteriores la trastornó de esa manera. El motivo era fácil de dilucidar, alzó la vista y lo comprendió, ninguno poseía la sensualidad hipnótica del señor Barba.

—Ah mira, Sinatra, qué perfecto —comentó Clemente con una sonrisa, arrancándola de sus pensamientos. Sonaba *Strangers in the night*.

Con delicadeza, la atrajo contra sí, aprovechando la cercanía para estudiar mejor los rasgos de su rostro. Bel tenía la nariz perfilada, unos pómulos bonitos, salpicados por poquitísimas pecas y unos labios llenos, sin ser demasiado voluptuosos, cuyo mayor atributo era su tono natural: rosa encendido. Posó la mano en la cintura femenina, notando cómo se le tensaban todos los músculos de la espalda. Ella levantó el rostro y luego lo echó a un lado, no con suficiente antelación, Clemente fue capaz de observar la sonrisa que intentaba disimular. Bel se dejó guiar, bailando aquel ritmo suave. Sin percatarse, comenzó a tararear la canción presa de la ansiedad, al ser capaz de sentir el calor que emanaba del cuerpo de Clemente, que también estaba bastante inquieto. Se preguntó el motivo para sentirse de esa manera y comprendió que era producto de enfrentarse a lo desconocido, a la novedad inexplorada que ella presentaba. Ambos eran consonantes.

La mano sudada de Bel, le rebelaba lo que ya sospechaba: la ponía irremediablemente nerviosa. Optó por colocarla sobre su hombro, al igual que la otra y tomarla por la cintura con ambas manos, acortando la distancia entre los cuerpos, disfrutando de la fragancia que se desprendía de su cabello. No estaban bailando como tal, era más un balanceo continuado. Bel movió las manos entrelazando los dedos y con un movimiento poco premeditado, le rozó el cabello a Clemente. Se sorprendió al admitirse que, en realidad, se le antojaba acariciárselo despacio. Así que, cuando notó que a él se le había erizado la piel de la nuca, no pudo evitar sonreír. Se sintió tan fascinada de ser capaz de generar eso en un hombre como él, que alzó el rostro para mirarlo.

—Mentirosa, sí sabes bailar —comentó bajito, con esa entonación dulce que ella comenzaba a identificar.

Clemente, le miró la boca con anhelo y Bel bajó la vista, no estaba segura de poder rechazarlo si él buscaba besarla. Dejó caer la frente sobre el amplio pecho e inspiró con fuerza aquel aroma masculino que parecía generarle un efecto embriagante. Mientras tanto, él se regocijó de que fuese ella la que buscara la cercanía. Bel, no se imaginaba lo que causaba en Clemente, ni él mismo estaba seguro de poder entenderlo. Solo sabía que le gustaba y mucho.

—Lo que sucede, es que yo con el baile tengo opiniones encontradas —dijo la chica del bidón de leche, encarándolo.

—¿Qué clase de opiniones encontradas? —preguntó él, mirándola sin recato alguno.

—Bueno, por una parte, se me hace absurdo, medio inútil, es solo estar ahí, dando vueltas sin importancia y, por otro lado, es algo que se siente bien hacer.

—Sobre todo, si tienes la pareja adecuada —agregó él.

—Sí, en especial con la pareja adecuada —concordó ella, justo cuando él se separaba para hacerla girar sobre sus pies, logrando que esta soltara otra risita nerviosa. Era innegable, la estaba pasando de maravilla con el señor Barba—. También depende de la situación, a veces es divertido solo saltar en una pista medio oscura con tus amigos.

—Yo creo que bailar tiene su encanto, sobre todo si es con una mujer bonita —dijo, mirándola con ojos chispeantes, flamígeros, aunque con una sonrisa amable, al tiempo que colocaba las manos femeninas alrededor de su nuca de nuevo, generándole arritmia con cada toque a Bel.

—¿O sea, que bailar con feas no es tan emocionante?

—Yo no dije eso. Solo puntualizo que, si te gusta tu pareja, bailar resulta más especial, porque cuando se encuentran los cuerpos, se enciende el deseo. El baile muchas veces es un indicativo fácil de si te llevarías con esa persona en la cama.

Bel lo miró comprendiendo aquella aseveración: ellos podrían llevársela muy bien. La canción terminó por lo que desenredó las manos del cuello de él, separándose con premura para dirigirse a la mesa y comenzar a recoger los platos.

—No bailaba desde hace mucho, gracias —dijo, cuando pasó al lado de Clemente para depositar los platos en la cocina.

«No bailaba desde hace mucho... Psss. ¿En serio le dijiste eso?», pensó Bel, mientras volvía a la mesa en busca del té y las otras cosas. De regreso a la cocina, lo encontró con las manos llenas de jabón, comenzando a lavar los platos.

—No, Clemente, no hace falta.

—Tú hiciste la cena, yo lavo los platos.

—No, insisto, no hace falta. Dame permiso —indicó empujándolo con la cadera, mas no consiguió moverlo ni un centímetro. Él siguió como si nada, enjabonando la tabla de picar vegetales—. En serio, Clemente dame permiso —añadió sintiéndose un poco irritada por no poder tener el control de la situación.

Bel, intentó cerrar el grifo del agua y él movió el cuerpo bloqueándola. Dio la vuelta intentando quitarlo del lugar, provocándole risa al señor Barba ante el nuevo gesto infructuoso. Por último, probó meter la mano por la franja que se formó entre el torso y el brazo de Clemente para alcanzar el grifo. No obstante, este la tomó de la mano, la jalo contra sí y la rodeó con los brazos, posicionándola frente al fregadero. Ella chilló de la impresión al notar el pecho de él contra su espalda.

—De acuerdo, lavémoslos juntos —expresó, llenándole las manos de jabón, pasándole un plato, pero ella se quedó inmóvil.

—No puedes hacer estas cosas.

—¿Lavar los platos?

—Abrazarme así —dijo ella en un hilo de voz, sintiéndose demasiado mesmerizada por su cercanía.

—No te estoy abrazando, estamos lavando los platos —explicó Clemente en tono divertido—. Si te molesta, puedo seguir solo.

Bel quería seguir justo en donde estaba. Sin embargo, por orgullo se enjabonó las manos y le pidió que la dejara ir. Clemente decidió guardar la calma, retrocediendo con tal de no asustarla.

—Lo siento, malinterpreté las cosas, pensé que estábamos... jugando. No era mi intención hacerte sentir incomoda, lo hice sin pensar.

—Ya, no pasa nada, tranquilo. Sigue lavando los platos —dijo con cierto tono demandante que lo dejó perplejo.

Bel se sirvió un vaso de té frío, el contacto con Clemente la había acalorado haciendo que no pensara con claridad. Aquella lucha por lavar los platos, no era más que una exteriorización de su necesidad de tomar el control, por sentirse tan trastocada por el tacto de un desconocido al que comenzaba a desear. Rodeó la barra y se sentó en una de las sillas altas para observarlo lavar los platos.

—Tú de seguro debes tener mucha suerte con las mujeres —soltó perspicaz.

Bel se recordó que, si algo sabía hacer a la perfección, era conversar con hombres. Se instó a no dejarse envolver por la presencia magnética del señor Barba. «Es un hombre, como cualquier otro. No dejes que vea que esos coqueteos te hacen efecto».

—No siempre —dijo Clemente, confundido ante la pregunta.

—Embustero, de seguro, ni siquiera coqueteas con una mujer a menos que creas que tienes probabilidades de conseguir algo. —Clemente la miró sorprendiéndose ante el descaro de aquella observación—. Recuerda que también tienes que lavar la sartén sobre la cocina y todos los vasos —continuó envalentonada.

—Según tú teoría, entonces estoy aquí porque creo que tengo posibilidades contigo —dijo él, fingiendo no inmutarse, al tiempo que tomaba la sartén para comenzar a enjabonarla—. Dime si es correcta tal presunción entonces.

«Ahí tienes, Bel», pensó jocoso.

Bel lo miró asombrada al escuchar esa respuesta afilada, había sido un golpe bajo. Decidida a no dejarse amilanar, mintió.

—No, no es correcta.

—Bueno, ahí lo tienes entonces, estas errada, no coqueteo con mujeres únicamente cuando creo que tengo posibilidades.

Bel se rio cruzándose de brazos. Teniéndolo lejos volvía a recuperar la audacia, le molestaba embelesarse cuando lo tenía cerca. Él acababa de darle la vuelta a lo que había dicho y eso la molestó, pero también la sedujo. Tenía que admitir que un hombre con esa clase de velocidad mental e inventiva, resultaba estimulante. Por desgracia, no supo qué responderle.

—¿Qué pasó, Bel? ¿Te comieron la lengua los ratones? —Repuso con sarcasmo.

—Odioso.

—Preciosa. —Bel se quedó de piedra al escucharlo decir eso—. ¿Qué? Pensé que estábamos diciendo adjetivos que nos describen.

Bel, rodó los ojos y negó con la cabeza. Le pareció irrisoria la cantidad de seguridad que tenía ese hombre en el cuerpo. Aquello le resultaba atractivo y sugerente, sobre todo, si lo comparaba con Carlos que nunca en su vida lavó los platos, la sacó a bailar en medio de la sala o le decía cosas de ese tipo. Aun así, le fastidió un poco sentirse en desventaja en ese juego de seducción que él dominaba. Era obvio que tenía mucho tiempo jugando, mientras que ella estaba bastante desfasada.

—Te pasas de adulator. No me gusta que hagas eso.

Clemente, terminó de enjuagar el último vaso. Todos los platos y demás utensilios de cocina estaban ordenados, prolijamente, en la rejilla escurridora del otro lado del fregadero. Tomó un paño y se secó las manos, mirándola con una media sonrisa en los labios. Le entraba la duda, se sentía en arena movediza. Ella era difícil, no se dejaba impresionar y la realidad era que no tenía experiencia en pretender mujeres que le dieran tantas evasivas. Inclusive, se atrevía a decir que su interés por Bel había crecido exponencialmente en los últimos minutos. Si antes quiso seducirla cuando solo se sentía atraído físicamente por ella, en ese momento, al ver que, a pesar de su timidez, conseguía decirle esas cosas, le gustó aún más. Le gustaba muchísimo. Caminó hacia ella, que permanecía sentada sobre una de las sillas de la barra y con afabilidad le dijo:

—Helado. Prefiero Helado. Si tomo café a esta hora no duermo.

—No, ni café, ni helado, ni nada —contestó ella, apoyando el codo en el mesón para dejar reposar la quijada sobre el puño—. ¿Qué haces aquí? ¿Para qué has venido? Y no digas que a ayudarme a traer la compra. Dime, ¿qué quieres?

—No, Bel, así no —dijo quejándose—. No, me hagas saltarme las partes divertidas.

—¿Y cuáles son esas?

—Conversar contigo, preguntarte por qué pasaste tanto tiempo sin ir a comprar leche...

—No necesitaba leche —respondió, interrumpiéndolo, levantándose de la silla justo cuando él tomaba asiento a su lado. Caminó hasta el refrigerador y sacó el helado.

—Siempre vas a comprar leche semanalmente, ¿por qué ahora es diferente? Por favor, no me digas que me estabas evitando, las últimas veces que te vi parecías apresurada por irte.

—No, no lo estaba haciendo —mintió—. No me apeteció salir a comprar leche por una temporada. ¿Acaso es un delito? —alegó mientras servía el helado en las copas de vidrio con motivos de gatitos negros.

—No, por supuesto que no, pero sí fue muy triste esperar que aparecieras por la tienda y no lo hicieras —expresó de lo más sincero.

—¿Y para que querías que apareciera por tu tienda? —dijo Bel, arrepintiéndose de inmediato de haber preguntado aquello. Le estaba dando cuerda y no se sentía lista para afrontar el coqueteo que él le ofrecía, aunque, al mismo tiempo, la curiosidad le podía.

—Para conocerte mejor —explicó Clemente en tono sugerente.

—Suenas como el lobo de la caperucita roja.

—Aúúú —dijo él, fingiendo un aullido lobezno y ella no tuvo más remedio que reírse. Comenzaba a darse cuenta de que él era bastante gracioso cuando se lo proponía—. Me gusta el sonido de tu risa —agregó haciendo que Bel frunciera el ceño.

—¿En serio te funciona decirles estas cosas a las mujeres? Pierdes tu tiempo conmigo, entonces.

A Clemente, no se le pasó por alto lo nerviosa que parecía mientras decía esas cosas, muy diferente a cuando le contaba sobre su trabajo y cocinaba. Era muy obvio que le costaba hablar y servir el helado.

—No creo que estar contigo diciéndote cosas honestas y sinceras, sea de alguna manera una pérdida de tiempo.

Bel guardó el bote de helado en el congelador y luego tomó las copas entregándole una a Clemente.

—Aquí tiene su helado, señor Barba adulator.

—Gracias señorita Bel, preciosa que hace los mejores sándwiches —dijo, llevándose una cucharada a la boca.

Ella negó con la cabeza de nuevo, sentándose a su lado en la barra de la cocina. Le estudió el perfil con atención, pero apartó la mirada cuando él se giró a mirarla, de todas formas, para Clemente no pasó desapercibido aquel comportamiento. Decidió no amilanarse, por lo que volvió a mirarlo, esta vez, mientras lamia la cuchara, como si no fuese un gesto a propósito que quería que él notase. Valerosa, decidió que también podría jugar un rato, por lo que estiró la mano y le tocó la barba que sobresalía un par de centímetros de la línea de la mandíbula. Él, que no esperaba el gesto, la dejó hacer. Fue un roce leve en la mejilla, en donde pareció estudiar la densidad del vello facial.

—Las barbas son para los hombres como el maquillaje para las mujeres —dijo ella, aquella frase que había leído varias veces en redes sociales—. ¿Cómo te ves afeitado?

Clemente, giró a mirarla, dándole una sonrisita de medio lado. Bel pensó que cuando hacía ese gesto, su atractivo se multiplicaba por tres. Bueno, por tres millones. Se levantó de la silla y se sacó el teléfono del bolsillo de los pantalones. Buscó en la galería de fotos hasta encontrar una de las pocas fotografías suyas que tenía guardada. No era muy de tomarse fotos.

—Ella es mi hermanita, Olivia —acotó al pasarle el dispositivo a Bel.

—¿Clemi? —Él se rio y asintió, al pie de la foto decía «Clemi y yo».

—Así me decía cuando era pequeña.

Bel, estudió la fotografía mirando la línea masculina de la mandíbula, las mejillas lozanas, la sonrisa perlada que se notaba amplia, afable, bonita. Así como también, toda la configuración varonil del rostro, las cejas gruesas, la nariz un poco grande, pero linda. «Por supuesto, tenía que ser súper atractivo, la barba es solo un añadido», pensó. Deslizó el dedo a la derecha y encontró una foto de, lo que asumió, eran los empleados haciendo pan. Volvió a la foto original con rapidez, ante el temor de ser descubierta. Colocó el dispositivo en la barra sin decir nada.

—No me molesta sí quieres ver las otras fotos.

«¡Mierda! se dio cuenta», pensó, Bel, llevándose una cucharada de helado a la boca, en un vano intento de disimular su delito.

—¿Entonces? ¿Te gusto más, con o sin barba?

—¿Qué si me gustas más? —Él sonrió al ver que había captado su indirecta—. No tienes tanta suerte, Clemi —dijo fingiendo un tono arrogante—. Ahora, si me pides una opinión objetiva, te diría que te ves mejor con barba. —«Psss qué digo mejor, estas para comerte entero, joder», se dijo internamente, llevándose la cuchara a la boca para evitar sonreír por los nervios.

—Mejor así, porque no me quería afeitar para nuestra segunda cita.

Bel, casi se ahogó con el helado cuando le escuchó decir eso.

—¿De qué estas hablado? —dijo para fingir que no tenía ni idea de lo que trataba de implicar.

—¿Qué? ¿No debería tomar esta como la primera? Ha estado bastante bien. Comimos, bailamos, hasta hemos discutido un poco. Creo que vamos bien. —Bel pasó la lengua por el borde de sus dientes delanteros, para después fruncir los labios en piquito.

—Te pasas...

—¿Quieres salir conmigo? —dijo Clemente serio, encarándola.

—¿Salir contigo para qué?

El señor Barba se rio ante su vano intento de fingir que no entendía. Bel estaba ante un tipo que no tenía problemas en decir las cosas tal como las pensaba.

—Sí, salir, en plan cita, pues tengo un interés en ti. Sí sabes qué es lo que hacemos los hombres cuando nos gusta una mujer, ¿cierto? La invitamos a salir.

—Pero nosotros no nos conocemos de nada. —Soltó de sopetón, nerviosa, sin saber qué otra cosa decir. Se levantó caminando en dirección al fregadero para depositar la copa vacía de Clemente, a diferencia de la suya casi llena.

—Precisamente, para eso es la cita, para seguir conociéndonos.

—¿Pero por qué? —preguntó ella tontamente, entendiendo que su pregunta era una redundancia, él ya lo había explicado. El detalle residía en que aún no conseguía procesarlo. Clemente, en cambio, disfrutó de esa obvia torpeza.

—¿Por qué? Bueno, por qué otra cosa te invitaría a salir ¿Acaso no es obvio mi interés romántico sexual por tí?

«¡¿Sexual?!», gritó horrorizada una voz en la mente de Bel, quien no pudo evitar bajar el rostro, sintió que le ardían las mejillas. Él se levantó de la silla y caminó en su encuentro. La tomó de la barbilla para obligarla a que lo mirara.

—Acepta. Sal conmigo, te prometo que voy a hacer que pases un rato muy agradable —dijo insinuante, haciendo que a ella se le erizará toda la piel, por lo que dio un paso hacia atrás, cortando el contacto.

—No puedo.

Clemente parpadeó y giró la cabeza, un gesto que mostraba lo confundido que estaba. «¿Qué hice mal?», pensó desconcertado. Asumió que aquel toque en la barba era señal de que correspondía a su coqueteo. Entonces, ¿por qué estaba recibiendo un resultado adverso a su proposición? Él no era un hombre de vivir con la duda, por lo que sin pensarlo mucho, se lo preguntó.

—¿Puedo saber por qué? —No, no podía estarse inventando el que ella se sintiese atraída hacia él.

Bel se relamió los labios, no esperaba que le preguntase nada. Por un momento pensó en mentir, en decir que él no le interesaba, en cambio, decidió ser honesta sobre la situación sentimental en la que se encontraba en ese momento.

—Terminé hace poco una relación de varios años. No creo que sea prudente para mí, comenzar a salir tan pronto.

«Eso y que me perturbas tanto que me das un poquito de miedo», pensó, por último.

—Entiendo. —Hizo una pausa de un par de segundos—. Creo que es tiempo de que me vaya, tengo que abrir la tienda temprano — dijo en un tono pausado, con la voz un poco apagada, recogiendo su caja de herramientas.

—Sí, deja te acompaño a la puerta. Muchas gracias por traerme, por lo del fregadero y por ayudarme con lo del cambio del bombillo —expresó afable, mientras caminaba hacia la salida.

Clemente asintió y la vio abrir la puerta.

—Fue un placer ayudarte, que pases buenas noches y gracias por alimentarme.

Ella asintió, mientras él se inclinaba a darle un beso de despedida en la mejilla. Cerró los ojos, tragando hondo ante el contacto de los labios y de la barba de Clemente contra su piel. Los abrió justo para encontrarse con su mirada oscura.

—Buenas noches, Clemi.

—No me digas así —respondió dándose la vuelta, caminando hacia su camioneta.

CAPÍTULO 8

Bel, se dejó caer contra la puerta, exhalando como si estuviese cansada. Lo estaba, mantener la cordura con Clemente la agotó. Después, inhaló profundo, llenando los pulmones de aire. Le temblaba el pulso. Se sentía acalorada, excitada y asustada al mismo tiempo. «Interés romántico sexual», pensó una vez más. Se rio nerviosa, negando con la cabeza. Se mordió el labio y entendió que los momentos compartidos con el señor Barba, constituían, básicamente, lo más emocionante que le había pasado en años. Salir con un tipo como Clemente, implicaba hacer cosas diferentes, arriesgadas, significaba dejarse seducir. Los motivos para dejarlo ir con una negativa eran difíciles de explicar, porque ni ella misma los comprendía. En realidad, respondían al miedo al rechazo intrínseco a ese sentimiento de inadecuación que moraba en ella y que le erosionaba la confianza. A pesar de que Bel no pensara activamente en eso, el temor permanecía arraigado en su subconsciente, ensombreciéndolo todo.

—¿Qué hiciste? ¿Cómo le dijiste que no? Bueno, bueno, tampoco le podías decir que sí. Además, se la tiene muy creída, seguro nadie le dice que no. Pues cómo la ve señor Barba, hoy se fue a su casa con un no —dijo hablando sola, al tiempo que se tiraba en el sofá.

Bel se abrazó a sí, misma acunándose con los brazos. Rememoró el aroma masculino que respiró mientras bailaba con él. «Joder, por qué tiene que estar tan bueno el pedazo de... Psss, ni para insultarlo sirvo», pensó. Tras darse un baño, se fue a la cama e intentó dormir y fue en vano, no hacía más que pensar en las conversaciones que tuvieron, en lo bien que se sintió estando a su lado. No importaba en qué forma lo pensase, el resultado era el mismo, se le aceleraba el corazón y su mente reproducía una imagen de él sonriendo.

—¡Dios! Qué cosa más linda es cuando se ríe —gritó a la nada—. Duérmete, Bel. Duérmete—. Se reprendió con firmeza.

Clemente, en cambio, se dio a la tarea de asimilar el rechazo. Sacó una cerveza del refrigerador, llevándosela a los labios con premura. Bajó las escaleras, en penumbra, que conectaban su apartamento con la tienda. Tras encender las luces, se quedó mirando la estancia que vibraba llena de vida por las mañanas, en ese momento en calma, arropada por el silencio. Dio otro trago a la botella y sacó el efectivo de la caja que había dejado a medio cerrar para llevar a Bel a casa. Luego se dirigió a la oficina y lo colocó en la máquina contadora de billetes. Mecánicamente, armó los fajos de dinero, haciendo las debidas anotaciones en el sistema.

Tras terminar, se dio un baño y se metió en la cama vistiendo solo un par de calzoncillos. Encendió la televisión sin ánimos de mirar nada realmente, su mente estaba demasiado llena de Bel como para distraerse de forma efectiva. La entendía, por supuesto que lo hacía. Él mismo tenía más de un año soltero por la misma razón. Estaba muy amañado a Sarah, cuando, esta, un buen día le dijo que le habían ofrecido trabajo en una galería de arte al otro lado del océano.

No hubo un: «Hablemos de la posibilidad de que me vaya». Nada, así de fácil como lo comunicó, así se marchó. Sarah siempre hizo lo que le dio la gana y con quien le dio la gana. En ese caso con Clemente, que, aunque no la amaba profundamente, sí la quería mucho y estaba bastante acostumbrado a su compañía. Al punto de que dejó que su madre la conociera, circunstancia a la que nunca había llegado con ninguna mujer, excepto con Olga, a quien se la

presentó por error, porque su progenitora llegó a visitarlo sin previo aviso, quedándose sin alternativa.

Sarah, nunca fue del agrado de la señora Fiorella. En un principio, porque no le causó buena impresión, luego porque sus presunciones fueron confirmadas. Sarah era poco simpática y sus comentarios siempre tenían una carga negativa. La madre de Clemente era un poco tradicional por lo que les costaba congeniar, aunque tampoco lo logró con Olivia, que era bastante progresista, lo que decía bastante sobre lo complicado que podía llegar a ser relacionarse con ella. Por otro lado, Clemente quería tener hijos y era algo destinado a no materializarse mientras continuara con Sarah, que tenía cero inclinaciones por la maternidad, además de tener más de cuarenta años. Por eso, cuando su hijo llegó solo a una cena familiar, anunciando que habían terminado, su madre disimuló su alegría, sin embargo, en silencio se tomó una copa de vino dándole gracias a los ángeles por lo sucedido.

Con la ausencia de Sarah, se encontró ante la situación de tener que volver a vivir solo de nuevo. El reencontrarse consigo mismo fue un proceso, por eso comprendía que Bel estuviese en la misma situación y que necesitase tiempo para digerir su ruptura. No obstante, eso no evitaba que se sintiese desilusionado, había disfrutado pasar la noche con ella y le habría encantado que aquellos encuentros se multiplicasen hasta que ella lo dejase probar aquellos labios rosas que le robaban más de una ensoñación. Cansado, decidió apagar la televisión y arrebujándose entre las sábanas, dio por finiquitado el día y todo lo relacionado con la chica del bidón de leche.

El despertador sonó a las ocho de la mañana. Sin Carlos, la jornada comenzaba más tarde. Bel debía levantarse, desayunar algo ligero, hacer yoga un rato y alistarse para entrar a trabajar a las diez. En cambio, estaba en la cama, pensativa, toqueteándose los labios con los dedos. Desde que abrió los ojos, notando la luz matinal colarse entre las cortinas, no hizo otra cosa que pensar en el señor Barba. No entendía muy bien que le estaba sucediendo, incluso, se sentía un poco culpable por permitir que este colonizara su mente. Hacía un poco más de dos meses, había terminado con su exnovio y si bien, comprendía que no le debía nada, encontraba asombroso lo fácil que estaba resultando olvidarlo, como si no lo hubiese querido tanto como recordaba, cuando sabía de sobra que sí. Poco a poco, el dolor se fue difuminando y se encontró disfrutando de amanecer sola en la cama como esa mañana.

Se giró boca abajo y hundió la cara en la almohada. Se reconfortó con el suave aroma del perfume que se colocaba antes de dormir y que yacía impregnado en las sábanas. Trató de pensar en otra cosa, que no fuese el señor Barba, sin mucho éxito. Su mente la instó a recordar la sensación paralizante que percibió cuando el pecho de él chocó con su espalda o cuando sus manos se apostaron en su cintura. A pesar de la ansiedad que le generaba, le fascinaba la forma en que se entornaban aquellos ojos almendrados tan oscuros cuando la miraba y en cómo se le había erizado la piel de la nuca cuando ella lo rozó con los dedos. Los mismos que rogaban por jugar con aquella barba, cuyo tacto rasposo la sacudió por completo, cuando él se despidió dándole un beso en la mejilla.

Bel sintió como se le endurecieron los pezones y una sensación eléctrica le recorrió el cuerpo de solo recordar ese toque. Se burló de sí misma, admitiendo que se estaba excitando con algo tan sutil. Comenzó a reírse girándose boca arriba en la cama, se llevó las manos al rostro, un gesto de vergüenza muy propio. Aun así, su mente divagó hacia la forma en que él le sonreía, en la franja al descubierto de su abdomen mientras reparaba el grifo, en el calor y el aroma adictivo que emanaba de su cuerpo temperamental.

Se preguntó qué se sentiría tener a un hombre así en la cama. Le costaba no echar mano de la imagen que había plantado Marcelo en su subconsciente, aquella tarde que lo vio afuera de la

tienda, cuando comentó que de seguro era uno de esos amantes enérgicos, empotradores. Caviló en que, si era capaz de decir frases sugerentes en una conversación cualquiera, probablemente, en la cama no sería distinto. Imaginarse a Clemente propinando caricias un poco adustas y diciendo cosas subidas de tono con aquella voz tan ronca, la calentó más. Antes de procesarlo, se estaba acariciando uno de los pechos sobre la camiseta. Era de pezones sensibles, así que comenzó a hacer círculos con la yema de los dedos estimulándose. Después, se acarició el vientre, bajando despacio hasta introducir la mano entre los pantalones de algodón del pijama, encontrándose caliente y húmeda.

Con los labios entreabiertos y las mejillas rubicundas, cerró los ojos, figurándose que Clemente estaba ahí, acompañándola entre las sábanas, encima de ella desnudo, tomándose su tiempo para descender por su cuerpo, repartiendo besos y roces de esa barba. Fantasé con que la miraba con ese gesto de hombre duro, sensual y fogoso... Lo imaginó abriéndole las piernas y... Bel abrió los parpados de par en par, al caer en cuenta de lo que estaba haciendo.

—No, no, no me puedo estar masturbando, pensando en él.

Abrió la colcha y se levantó de la cama. El frío de la mañana la aterió enfriándole la mente. Corrió al baño a lavarse los dientes para así obligarse a comenzar el día. Casi nunca se masturbaba sola, normalmente, lo hacía con Carlos después del coito. Jamás se tocaba pensando en nadie conocido y mucho menos teniéndose como estrella de aquellas imágenes. Así era Bel, nunca protagonizaba ni siquiera sus propias fantasías sexuales, siempre se imaginaba a una chica sensual, hermosa, con un tipo... Con un tipo como Clemente, diciéndole y haciéndole cosas que su exnovio no le hizo ni por asomo, o al menos, no con ese aplomo que imaginaba.

Carlos no era tan mal amante, no en líneas generales, su mayor problema era su enfoque sexual falocentrista y la falta de interés que demostraba. Nunca se esforzó por entenderla o por sus necesidades sexuales, no hacía nada sin pensar en la recompensa que recibiría a cambio. Bel lo conocía tanto, que el notar que le propinaba atenciones por esa razón, le aniquilaba la libido. Con el tiempo, comenzó a evitar recibir ciertas caricias, porque todo lo sentía mecánico, como un trámite. La naturaleza desatenta de Carlos, lo llevó aceptar mansamente que su novia no quisiera recibir sexo oral, a fin de cuentas, era algo que le fastidiaba hacer, sin cuestionar qué podría motivarla a tal actitud.

Para Bel, resultó muy perturbador encontrarse pensando en Clemente de esa manera. No era que fuese una puritana ni mucho menos, aquello tenía que ver más con la percepción que tenía de sí misma como ser sexual. Se había pasado los últimos años, llena de una ansiedad sexual destructiva y teniendo relaciones poco satisfactorias. Había olvidado como era sentir ese tipo de anhelos e impulsos eróticos, que en comparación con los que pudo experimentar en el pasado, resultaban mucho más sobrecogedores. Le estaba costando gestionar todas esas nuevas emociones, así como adaptarse a las recientes circunstancias de vida que se le presentaban. En realidad, lo que necesitaba era darse permiso para liberarse y le resultaba fácil luchar contra sus inseguridades. Se encontraba viviendo una extraña dualidad, en donde la Bel de su infancia, que hablaba las cosas como las pensaba, en compañía de esa adolescente desadaptada, no conseguían encajar verdaderamente con la mujer adulta que se había pasado cinco años siendo la novia perfecta. Toda ella era una vorágine de indecisión y contradicción.

Era el momento de conocerse, de presentarse consigo misma para admitirse las cosas que le gustaban y las que en cambio detestaba, siendo esas, producto de sus preferencias y no de cumplir con las expectativas sobre lo que le agradaría a su madre o a Carlos. Justo cuando comenzaba a gestarse esa idea sobre el autodescubrimiento y reconocer lo que quería, pensó que Clemente era una esas cosas nuevas que le gustaba muchísimo, al punto de dejarlo colocarse en algo tan

personal como sus pensamientos íntimos, de una manera que ningún hombre lo había hecho antes. El problema, radicaba en que se había vuelto un ser pausado, cauteloso. Ya no poseía esa energía pasada para hacer las cosas de manera intempestiva, sin sobre analizar todo. Sin sentir miedo...

El señor Barba le producía temor, aunque entendía que no era él como tal lo que la asustaba, era la ansiedad, la incertidumbre que le generaba un hombre como él, lo que la atemorizaba. Con Carlos siempre supo a qué atenerse o al menos, siempre fue así durante el tiempo que estuvieron juntos. Lo del hospital lo veía como una incidencia irregular e inesperada. En cambio, Clemente, le suponía un hombre que era una incógnita. No sabía si estaba lista para algo así.



Bel bajó las escaleras y abrió la puerta para recibir a Marcelo, en compañía de su novio Esteban. Como en ocasiones anteriores, estos se desvivieron en piropos asegurándole lo guapa que estaba, al verla arreglada para acompañarlos esa noche. Esteban estaba en una agrupación de rock y tocaba en Magenta, un bar temático todos los sábados, por lo que Bel le hacía compañía a Marcelo tomándose una copa, mientras él estaba en el escenario seduciendo sin querer, a mujeres, heterosexuales ilusas, que no se percataban de que no le iban los aros de cebolla, sino los palitos de mozzarella. La primera vez que se animó a ir, fue tras el día del amor y la amistad, quería celebrar el recuento con su amigo y desde entonces, no dudaba en acompañarlos.

Llevaba una falda corta con una abertura a un costado, que dejaba a la vista parte de uno de sus bonitos muslos. Una camiseta manga corta con una serigrafía de color rojo de la banda Queen y un par de botas de tacón de caña corta, a la altura de los tobillos. Iba toda de negro, cuestión que solo resaltaba su piel de alabastro y el tono rojo sangre que había escogido de labial. Fue justo después de las bonitas palabras que le habían regalados aquel par de hombres, que decidió contarles todo lo que le había ocurrido la noche del jueves con Clemente.

—¡Agárrame que la voy a matar! —dijo Marcelo dramatizando, colocándose las manos de su novio en los hombros—. En serio agárrame que la mato. ¿Pero tú estás loca?

—En serio, Bel, cómo le vas a decir que no —concordó, Esteban.

—Amorcito, abanícame que me muero, me muero, siento que me va a dar algo —expresó Marcelo más histriónico de la cuenta, logrando que Bel rodara los ojos.

—Deja la estupidez. Le dije que no y punto.

—¿A ti te parece que un tipo que te trae a tu casa, te arregla el fregadero y la luz del baño, te lava los platos y se te insinúa deliciosamente, no merece al menos que le den una mamada en condiciones? Dime si es que yo soy muy regalado y por eso no puedo entender a Bel —preguntó Marcelo a su novio, que no tuvo más remedio que reírse de sus ocurrencias.

—O sea, que como fue súper amable conmigo, ¿le debo algo o salir con él?

—Ay, yo no he dicho eso, por favor, no tergiverses mis palabras. Yo igual es que le daba la mamada sin que me hubiese hecho ningún favor —dijo Marcelo entre risas.

—Bueno, hay muchos otros hombres, si no es este, ya vendrán otros. Bel es increíble, no será el último tipo lindo que la invite a salir —aseguró Esteban.

—Tú dices eso, porque no lo conoces. Enfoquémonos en lo importante: a ella le encanta ese hombre y obvio ella a él. ¿Por qué dejar pasar la oportunidad? —preguntó haciendo una mueca con los labios—. No sé de cuando acá la actitud de monja descerebrada. ¿Dónde está la Bel intrépida que yo conocí? —agregó mirándola, fingiendo enfado.

Bel se tapó el rostro mortificada, por momentos, también llegó a pensar en que se había equivocado al no aceptar, luego dejó que el miedo la gobernara y se adjudicó el haberlo

rechazado como una buena decisión.

—Me pase demasiado tiempo en una relación insatisfactoria, no puedo salir, así como así, con otro, necesito tiempo para reencontrarme conmigo misma.

—Sí, tienes toda la razón, ya hablamos de eso y creo que estas en lo correcto. Tienes dos meses en eso y te felicito, sin embargo, nena, el día tiene veinticuatro horas. Puedes buscarte a ti misma en veintidós, las otras dos puedes salir con el señor Barba y de pasadita, tomarte veinte minuticos para olvidarte de todo, cuando te lo esté metiendo. Porque una cosa no tiene nada que ver con la otra, puedes salir con él y luego regresar a meditar.

Bel lo miró boquiabierta y Esteban también.

—Ay no, de ella acepto que me mire toda espantada, pero de ti no, que eres terrible, no te hagas el inocente que no te queda.

Esteban se rio.

—A ver, pero, ¿qué es lo que te hace decirle que no? —preguntó interesado, Esteban.

—Que él va demasiado rápido, coqueteo aquí, coqueteo allá, me mira de una manera... Yo estoy acostumbrada a cosas más pausadas.

Esteban soltó una risa y Bel lo miró interrogante.

—Y nosotros que cogimos la noche que nos conocimos... —Se encogió de hombros, mirando a su novio.

—Yo apoyo que te tomes las cosas con calma porque así te gustan —expresó Marcelo—, pero la verdad es que pasarse semanas coqueteando lentamente es solo eso, pasarse mucho tiempo en citas y coqueteando. Eso no hace una relación ni mejor, ni peor. Tal vez, él va muy rápido, pero así de rápido te la pasaste muy bien, no lo niegues... Y está bien hacer cosas diferentes. Incluso, solo salir con un tipo porque te gusta y ya, no tienen que llegar a más, pueden tener solo sexo.

—Ay no sé... Mejor vámonos al bar, no hablemos más de eso —dijo Bel, evadiendo todo lo que había dicho su amigo, retocándose el labial en un espejo cercano a la salida de la casa, no quería pensar más en el asunto.

Tras abordar el auto de Marcelo, Bel se percató que este estaba conduciendo en dirección equivocada, iba justo a la tienda de Clemente.

—¿Pero a dónde vas? ¿Te volviste loco?

—Voy a comprar cigarritos.

—¿Y no los puedes comprar en cualquier otra tienda que este de camino al bar?

—No, yo quiero los que vende el señor Barba.

Bel se cruzó de brazos y dejó caer la espalda contra el respaldo del asiento en protesta. Al llegar, se alegró de que ya estuvieran por cerrar y que tal vez no pudieran entrar.

—Se te hizo tarde —dijo con sorna a su amigo, Marcelo.

—No, bájate, aún podemos entrar.

—Ja, estás demente. No me bajaré del auto.

—Claro que te vas a bajar, así te tenga que arrastrar vienes conmigo y tú también amorcito, vamos —expresó con ímpetu Marcelo.

—¿Pero por qué, Marce? —refunfuñó ella con semblante de obstinación.

—Porque el tipo te encanta y tú a él, reacciona, yo no voy a permitir que pierdas la oportunidad de comerte un tipo que, en el fondo, te gusta demasiado. Tienes que crear una oportunidad para arreglar tu error, nena, todos los cometemos, recuerda que rectificar es de sabios.

—Pero...

A Bel no le dio chance de objetar nada más. Sus amigos la sacaron, como un corcho, del

asiento trasero y comenzaron a caminar en dirección a la tienda con ella a cuestas, sosteniéndola por cada brazo. Justo antes de llegar, la soltaron y la empujaron para que abriera la puerta, dedicándose a partir de ese momento, a actuar con una fingida naturalidad increíble. Eran magníficos actores. Entraron como si nada y se acercaron a Clemente, que estaba con la cabeza gacha cerrando una de las cajas.

—Buenas noches, una caja de Lucky Strike mentolados por favor —pidió Marcelo.

Clemente alzó la mirada para encontrarse con los dos hombres y segundos después, con aquellos ojos azules, que esa noche estaban enmarcados con unas pestañas larguísimas, muy oscuras a causa del maquillaje. «Está hermosísima», fue lo primero que pensó. Buscó el paquete de cigarrillos y con amabilidad contestó que tendrían que cancelar por la otra caja ya que esa se encontraba cerrada. Marcelo asintió de buena manera, moviéndose para hacer la fila de esta, en compañía de Esteban, dándole espacio a Bel para resarcirse, quien saludó con la mano y temiendo que el señor Barba no fuese a ser tan receptivo, acompañó el gesto con una bonita sonrisa.

Clemente, la miró mientras levantaba la comisura del labio izquierdo, para esbozar esa media sonrisa que acostumbraba. Marcelo le dio un codazo a Esteban para que no perdiera detalle de la escena. El señor Barba la saludó con un movimiento de cabeza, para después volver la mirada a la caja registradora. Colocó adentro el dinero que había sacado cerrándola con rapidez. Salió del área de pagos, caminando el par de pasos que lo separaban de Bel. La miró de arriba abajo sin mayor disimulo, se enamoró del par de piernas largas y del tono de los muslos blancos que parecían ser muy suaves. Toda ella le encantaba.

Le pareció que lucía sensual peinada así, con el cabello oscuro recogido en una coleta alta, que le permitía detallar el rostro de Bel a totalidad, así como parte del cuello y las bonitas orejas. El maquillaje acentuaba el color azul de aquellos ojos que lucían rasgados, muy definidos. Sin contar lo bien que se veía en tacones. Él introdujo una de sus manos en el bolsillo del pantalón, mientras que la otra viajó, para acariciarse el cabello de atrás hacia delante, el mismo gesto que hizo dos noches antes y que ella encontró encantador, pues no era más que una señal de nervios.

—Estas muy hermosa, Bel.

—Gracias —dijo soltando una risita nerviosa, sonrojándose.

—¿Noche de copas? —Se atrevió a preguntar.

—Sí, voy a salir con unos amigos —dijo, girándose a señalar a Marcelo y Esteban, solo para percatarse que ellos la estaban mirando con atención. Clemente asintió en entendimiento—. Oye, ¿te parece si vamos afuera a hablar un rato?

Él asintió otra vez y abrió la puerta para que ella saliera. Necesitaba alejarse de la mirada escrutadora de Marcelo, que no hacía más que abrir mucho los parpados, mirándola fijamente, como si con eso pudiera transmitirle información vía telepática.

—Entonces sí sales con hombres, es solo conmigo que no lo haces —señaló al tiempo que detallaba como se le veía el culo en esa faldita.

Ella giró a verlo para encontrarlo con esa mirada que tanto la asustaba y excitaba a partes iguales, con la que le costaba un montón lidiar.

—Puedes dejar de mirarme así.

—¿Así cómo?

—Así... como..., psss... así como si te imaginaras cómo me veo desnuda. —Clemente soltó una carcajada que la hizo sentir ridícula.

—Bel, ¿de qué hablas? Yo no hago eso, prefiero no adelantarme a los hechos... Aunque, cada ladrón juzga por su condición, tal vez tú sí lo haces conmigo. ¿Me has imaginado así?

—No —gritó nerviosa, tras estar tres segundos tratando de hablar sin poder conseguirlo. La

forma en que contestó, le dejo muy claro a Clemente que probablemente mentía.

—Lo dije en broma, pero tu respuesta me da mucho que pensar, ¿me estás mintiendo?

—Pues... ¡Claro que no! No te estoy mintiendo —mintió Bel—. ¿Para qué habría de imaginarte así?

—No sé —contesto encogiéndose de hombros—. Fuiste tú la que sacó el tema. Tal vez, es algo normal para ti irte imaginando a tipos decentes como yo desnudos.

—Ya te dije que no —dijo mortificada, llevándose la mano a la frente.

—Tranquila, Bel, igual no me molesta si lo haces. Es más, te doy mi consentimiento para que me imagines desnudo para lo que necesites. Y sí no te haces la idea, solo tienes que pedirme que me quite la ropa —añadió divertido.

Bel comenzó a reírse histérica de aquella ocurrencia, mientras negaba con la cabeza, y le daba la espalda. «Este tipo me va a matar, será mi perdición», pensó. Se giró de nuevo hacia él para encararlo.

—Sé serio, Clemente, por Dios.

—No has contestado mi pregunta, entonces sí sales con hombres, es a mí a quien rechazas —comentó en tono de broma para cambiar el tema, comenzaba a verla demasiado nerviosa y no quería que eso evitara la conversación entre ambos.

—Sí, pero es que ellos son gais.

—¿Entonces me discriminas porque soy heterosexual? Bel, nunca te imaginé como ese tipo de personas, mira las sorpresas que da la vida —expresó con burla, de lo más dramático.

—Muy gracioso señor Barba. Si quieres, puedes venir con nosotros, podríamos pasarla bien, digo... como amigos.

—Mmm, ¿cómo amigos? —dijo en tono dubitativo, al tiempo que alzaba las cejas en gesto pensativo y arrugaba la cara en una mueca de desagrado—. No, gracias. Paso. No estoy interesado en ser tu amigo. —Remató con firmeza.

—¿Por qué? Soy una amiga genial.

—No lo dudo, pero no es una de las cualidades que me interesen de ti, al menos, no primordialmente.

—¿Ah no? ¿Y qué te interesa? —Se animó a preguntar. Sin darse cuenta, comenzaba a coquetearle de regreso.

—Ya eso te lo dije hace dos noches, pero si tantas ganas tienes de escucharlo de nuevo, pues te lo repito: tengo un interés romántico sexual en ti.

—¿Romántico sexual? Mmm y... ¿en qué consiste exactamente eso? ¿Podrías ser más específico? —preguntó envalentonada por la adrenalina que le corría en las venas.

—Si sales conmigo, seré muy específico mostrándote a que me refiero. —Dio un paso hacia adelante, para acortar las distancias entre ambos.

—Veras, así no funcionan las cosas conmigo. Yo necesito saber a qué atenerme.

—¿Por qué? ¿A qué le temes? No te voy a comer, bueno, no si tú no quieres —dijo libidinoso, mirándola a los ojos y a ella se le contrajo el sexo, profundamente, tras escucharle decir esas palabras.

—¿Clemente! —exclamó negando con la cabeza—. ¿Quién en el mundo habla así? Las personas normales no sueltan las cosas de esa forma. Por Dios, juega un poco, disimula...

—¿Y para qué voy a disimular? ¿Qué tiene de malo ser honesto? Además, estoy muy seguro de que acabo de jugarle contigo al decirte en esa frase lo que quiero. Realmente no veo cuál es el inconveniente. ¿También vas a juzgarme por ser diferente? Por no encajar en tus formas preestablecidas de cómo debería ser un cortejo.

—¿Cortejo? —preguntó alzando las cejas.

—Por supuesto, ¿acaso no lo ves?

Bel se quedó sin saber qué decir. ¿Qué podría contestar a eso? Ambivalente, no supo qué hacer, si escuchar a esa parte que le decía que se le alejara corriendo o a la que la instaba a tirársele encima y besarlo. Así que cuando se percató de que Marcelo salía de la tienda, vio la luz al final del túnel, por lo que le hizo señas para que se acercara.

—Te presento a mis amigos, Marcelo y Esteban.

Los chicos se presentaron de forma amable, estrechándole la mano a Clemente, al tiempo que ella inhalaba profundo, llenando al fin los pulmones de aire, como si se hubiese estado ahogando por largo rato.

—Oye, deberías acompañarnos, así Bel tiene con quién bailar aparte de mí. Te juro que después de tres tragos se pone a tono y es divertidísima —dijo afable Marcelo.

—Muchas gracias por la invitación, me temo que la señorita ya me ha invitado como amigo y no tengo intenciones de adquirir esa cualidad con ella.

Marcelo la abofeteó mentalmente, mirándola de mala manera. Bel rodó los ojos en respuesta, gesto que no escapó de la atención de Clemente, quien presumió, con eso, que tal vez ya le había contado sobre él a sus amigos.

—Nosotros vamos a fumar un poco, te esperamos junto al auto, Bel —dijo Esteban, llevándose a Marcelo consigo.

—Supongo que cuando bailas con él te diviertes mucho —dijo Clemente, queriendo alargar la conversación.

—Oye, no tienes por qué ventilar nuestros asuntos delante de mis amigos. Ahora me van a dar la lata porque te dije eso.

—¿Y por qué?

—Porque... bueno... porque... Psss, ay ya no importa.

Clemente se sonrió, ella era un poco rara. Bien o mal, tenían en común eso de ser demasiado honestos, ya que Bel decía las cosas sin pensárselo demasiado.

—Lláname intuitivo, pero creo que tu amigo quiere que salgas conmigo.

—¿Te la tienes muy creída no? Seguro nadie te dice que no.

—Tú me dijiste que no y la verdad... —Movi6 la cabeza a un lado y decidió no seguir hablando.

—¿La verdad? —preguntó Bel ávida de saber qué pensaba.

—Olvidalo, no quiero insistir y ser pesado, entiendo tus razones.

Bel se mordió los labios...

—Igual dime, quiero saber qué pensaste.

—¿Segura? —Asintió—. Creo que deberías apiadarte de mí, salir conmigo por mi salud mental, porque la verdad no dejo de pensar en ti.

Bel se quedó boquiabierta. Pensó que tenía que darle puntos por no querer presionarla, por ser tan jodidamente atractivo y por excitarla de una forma que ningún hombre había logrado y ni siquiera le había puesto un dedo encima en plan sexual.

—Clemente es que no sé qué decirte... Una parte de mí quiere decirte que sí y no sé... —Bel no consiguió decir nada más, así que se alegró cuando él comenzó a hablar.

—Hagamos algo. Si quieres, guarda tu número telefónico en mi celular. Yo te invitaré a salir otra vez dentro de unos días. Tal vez, entonces tengas claro si quieres o no hacerlo. Si la respuesta resulta negativa, pues no te llamaré de nuevo y créeme que no habrá resentimientos. Cuando vengas por acá te trataré como a cualquier otro cliente. ¿Te parece?

—Dame tu teléfono —contestó ella de inmediato, mientras juntaba los labios para evitar sonreírse.

Clemente lo sacó del bolsillo para entregárselo. Bel tecleó y se llamó a sí misma, rectificando haber escrito su número correctamente. Luego guardó el contacto y le entregó el teléfono, siendo ella la que le rozó los dedos a propósito esa vez.

—Buenas noches, Clemi —dijo poniéndose de puntillas, apoyando las manos en sus hombros para alcanzarle la mejilla y darle un sonoro beso que emocionó a ambos. Luego se dio la media vuelta y se marchó.

—¡No me digas así! —exclamó a sus espaldas, observando la oscilación de la falda y apreciando la forma de su apetitoso trasero, mientras Bel se alejaba para entrar en el auto.

CAPÍTULO 9

Cuando la pantalla del celular se iluminó con el nombre: Clemente, Bel casi se atraganta. Estaba terminando de cenar justo en ese momento. Masticó con premura los alimentos que le quedaban en la boca, limpiándose con una servilleta. El muy insolente, la hizo esperar quince días. Lo que en un principio fue una dulce espera, con los días se convirtió en una ansiedad perpetua, hasta que perdió las esperanzas por completo de que la llamara dando por zanjado el asunto. Orgullosa, en todo ese tiempo no fue a comprar ni un solo bidón de leche. No obstante, a pesar de estar sumamente molesta con él por ese motivo, cuando vio la llamada decidió tomarla. Se tranquilizó, respiró profundo y esperó unos segundos, no iba a contestarle inmediatamente como una desesperada.

—Hola.

—Buenas noches, señorita Bel. ¿se encuentra disponible para conversar conmigo en este momento?

La voz ronca de Clemente, había adquirido un tono dulce que la hizo bajar la guardia.

—Sí, señor Barba, estoy disponible —contestó, tratando de parecer impasible.

—Qué bueno, me agrada mucho encontrarla dispuesta —dijo en tono sugerente, mientras que Bel se preguntaba por qué tenía que hablar con esa entonación. Sin duda alguna, era malvado—. ¿Cómo estás? ¿Qué tal tu día?

—Bien, un poco movido en el trabajo, con una emergencia dental de un sangrado persistente en una paciente, del resto, todo bastante normal. ¿Tú?

—Mucho trabajo, una de las tuberías de agua de la tienda se rompió hace días y el tener que lidiar con todo eso de las reparaciones, ha sido bastante estresante. La gente se quejó porque no se horneó pan por varios días. Fueron muchas pérdidas, pero ya solucioné.

—Suená fatal.

—Sí se inundó parte de uno de los depósitos. Al menos, como nunca se coloca mercancía en el suelo, no se perdió nada, aunque hubo que limpiar todo. Sacar toda el agua. Sí, fue terrible.

—Entiendo, debes estar muy cansado.

—Ahora que estoy de vuelta a mi apartamento, estoy bien.

—¿Y en dónde estabas antes? —preguntó curiosa.

—Mi apartamento está sobre la tienda, en el segundo piso y como no tenía agua, tuve que ir a quedarme en casa de mis padres.

—Ah entiendo, volviste al nido —dijo ella entre risas.

—Sí, eso también fue terrible.

—¿Por qué? ¿Te la llevas mal con tus padres? Ay perdona... no quiero ser entrometida.

—No, no lo eres. Yo me la llevo bien con mis padres, pero ya sabes, cuando tienes tiempo viviendo por tu cuenta, volver a casa es raro. Lo demás, fue normal, mi papá hace un café estupendo y mi mamá me consintió con las comidas.

—Ah, quisiera poder decir lo mismo. Mi papá no es especialmente bueno haciendo café y a mi mamá se le da pésimo la cocina.

—¿Y entonces de quién aprendiste a cocinar?

—Pues no es que cocine mucho... Supongo que de la madre de mi papá. Mi abuela era

increíble.

—Yo solo hablo por tus fabulosos sándwiches.

—Psss... fabulosos, por favor.

—En serio, te dejaría hacerme de esos sándwiches siempre.

—¡Zalamero! —exclamó sonriendo.

—¿Te gustaría salir conmigo?

—Sí —dijo Bel sin titubear y sin pensarlo.

—¿Segura? —insistió serio.

—Sí —dijo mordiéndose los labios para no gritar de la emoción.

—Perfecto. ¿Te viene bien mañana sábado? A eso de las cinco y media de la tarde.

—Mmm, sí, los sábados no trabajo.

—De acuerdo, te busco a esa hora en tu casa mañana.

—Ok —dijo ella que intentaba sonar calmada, en realidad, había comenzado a bailar por toda la cocina—. Oye, ¿cómo debo vestirme? Digo, dame el código de vestimenta.

—Lo que tú quieras... aunque bueno, no me molesta si repites la falda de la otra vez, me gusta cómo se te ven las piernas desnudas. —Bel tragó hondo, pensando en que era un atrevido—. Algo sencillo, la ropa es lo de menos, no te preocupes.

—Ok —consiguió decir modulando la voz, para que no escuchase su respiración agitada.

—Que duermas bien, Bel. Nos vemos mañana.

—Buenas noches.

Bel se aseguró de que la llamada hubiese finalizado antes de ponerse a chillar exaltada de la emoción, sentía la adrenalina corriéndole por las venas. Se paró en seco a mitad de la sala y se preguntó si eso era normal. Se rio de sí misma al comprender que eso la tenía sin cuidado, se sentía entusiasmada, como hacía años no experimentaba y eso, era lo único importante. Ahuyentó su propia ansiedad, haciendo uso del optimismo que Marcelo tanto la instaba a tener.

Iba a salir con Clemente porque le apetecía, porque quería, porque lo deseaba. No porque su madre no hiciera más que fastidiarla por su soltería, o porque pronto cumpliría treinta y la sociedad le exigía tener pareja. Saldría con él porque le producía una alteración que ningún otro hombre le había causado. Se vio tentada de llamar a Marcelo, pero desechó la idea, la noticia debía dársela en persona. Iría a buscarlo a la peluquería al día siguiente y aprovecharía de hacerse manicura y pedicura. Subió las escaleras meneando las caderas, mientras cantaba una vieja canción pop de los noventas. Parecía una niña que acababa de consumir una dosis alta de azúcar. Estaba pletórica, le dolían las mejillas de tanto sonreír.

—Ah, pero qué cabrón, me hizo esperar tanto tiempo —dijo en voz alta al recordar que tenía muchos días esperando por su llamada—. Bueno, estuvo muy ocupado —caviló llevándose el dedo a la boca, dejándose caer en la cama—. Pero dijo que lo de la tubería fue hace días, o sea, esta semana. Seguro lo hizo a propósito en venganza. —Aun así, analizar todas esas cosas no hicieron que el humor de Bel cambiara. Rodó sobre la cama emocionada—. Tienes que calmarte, es solo un tipo más...

No pudo evitar reírse de sí misma otra vez, admitiéndose que no era un tipo más, tenía claro que nunca había conocido un hombre que le despertara tantas emociones súbitas. Si a eso le anexaba que él parecía estar igual de atraído hacia ella, el sentimiento de plenitud se multiplicaba. Se dio permiso para emocionarse y anhelar la cita pautada, puesto que, en su presencia, se mantendría con actitud comedida.

Corrió hasta el baño desvestiéndose con el propósito de darse un baño. Quería lavarse el cabello, depilarse, exfoliarse, colocarse una buena mascarilla en el rostro, entre otras prácticas

que le gustaba realizar cuando tenía tiempo libre. Una hora después, estaba en la cama intentando leer un libro sin mucho éxito. Cada dos líneas, divagaba sobre qué tendría Clemente preparado para la cita. Tras asumir que la incertidumbre no la dejaría continuar con la lectura, se fue hasta el armario para sopesar sus opciones de vestuario.



—¿Y le dijiste que sí después de tantos días? —preguntó Marcelo con semblante de indignación, tomándose un descanso para prepararse una taza de café en la pequeña cocina de la peluquería.

—Sí.

—Ay, yo le habría dicho que no, ya sabes como soy, me pongo diva. Qué bueno que tú no eres como yo —agregó riendo.

—¿Quién te entiende, Marcelo? Supongo que tuvo alguna razón.

—¿Sabes qué? No importa, ven vamos a hacerte un despunte cariño. Te voy a dejar bellísima. Ese tipo no va a saber qué lo golpeó. ¿Ya sabes que te vas a poner?

—Me dijo que no le molestaba si volvía a verme en falda.

—Uuuu —dijo Marcelo juntando los labios en un gesto sensual que a Bel le hizo mucha gracia —, aunque no me refiero a eso, me refiero a lencería, nena.

—No voy a tener sexo con él en la primera cita.

—Ok, pero mujer precavida vale por dos. Usted póngase algo bonito y sobre todo que combine.

—Te recuerdo que aquí la que tiene un par de pechos soy yo, obvio, me voy a combinar.

Marcelo levantó las manos en señal de rendición, haciendo una mueca con la boca de mala gana y jaló la silla para que Bel tomara asiento, informándole que procedería a ejecutar su magia divina. Cortó un poco, retocando el flequillo que ella solía usar largo, haciéndolo lucir más prolijo. El resultado fue una Bel mucho más coqueta y bonita, pero, sobre todo, relajada. La conversación con Marcelo le hizo olvidar por un rato su ansiedad.



Clemente, se estudió en el espejo. Se peinó la barba que con cuidado había recortado hacía poco, dejándola sobresalir apenas un par de centímetros de la línea de la barbilla. Se abotonó la camisa blanca, se dobló las mangas hacia arriba, hasta los codos, se roció perfume y bajó las escaleras. Condujo hasta la casa de Bel, tarareando *Paint It, Black* de los The Rolling Stones, tratando de estar menos nervioso. Si jugaba bien sus cartas, esa tarde probaría esos labios rosas.

La tranquilidad le duró poco, se desvaneció apenas ella abrió la puerta. La miró arrobado, Bel lucía hermosa vistiendo un sencillo vestido color cerúleo muy pálido, que se ceñía a sus curvas. El escote, aunque recatado, lo dejó entrever un par de magníficos pechos. La falda era más larga que la anterior, pero, de todas formas, exponía unas pantorrillas que lucían fabulosas en un par de *stiletto*s. El cabello castaño oscuro le caía en suaves ondas alrededor del rostro, resaltándole los bonitos pómulos sonrosados y aquellos labios que tanto anhelaba probar, brillaban incitadores.

—Estás... hermosísima. —Consiguió decir, por primera vez los roles se habían intercambiado y el enmudecido era él.

Clemente, pensó que la mujer que observaba no tenía nada que ver con la que compraba un bidón de leche, una vez a la semana en ropa desaliñada. Bel lucía angelical, con esa vibra de chica buena que no parte un plato, que comenzaba a excitarlo cada vez más. Se acercó a ella,

permitiéndose posar la mano sobre su cintura para inclinarse y besarla sobre la suave piel de la mejilla. Olía de maravilla, a mujer delicada y sensual.

—Tú tampoco estás nada mal —dijo fingiendo indiferencia.

—Tú si sabes cómo hacerme sentir bien —contestó con ligero sarcasmo.

—Tienes la barba más corta.

—¿Te gusta así?

—Sí —respondió encogiéndose de hombros, como si le diera igual, cuando en realidad pensaba que estaba muy guapo.

—¿Vamos? —preguntó sintiéndose inquieto.

Bel cerró la puerta de la casa y aceptó la mano que Clemente le tendió, para ayudarla a entrar a la camioneta, percatándose de que este no perdió detalle de cómo se le subía la falda.

—Deja de mirarme las piernas, sinvergüenza —dijo juguetona, pretendiendo sentirse ofendida.

—Lo bonito se aprecia.

—Descarado.

Clemente le guiñó un ojo antes de cerrar la puerta. Dio la vuelta y tomó asiento. Bel estaba muy nerviosa también, intentó mantenerse impasible, sin embargo, todo el acto de verse indiferente le duró menos de cinco minutos. Poco a poco comenzaba a liberarse, a dejar de ser tan contenida. Estaba volviendo a ser ella misma.

—¿Quince días, Clemi! ¿Por qué esperaste tanto para llamarme? ¿Es alguna estrategia o te vengaste de esa forma, porque te dije que no en un principio?

Clemente que estaba encendiendo la camioneta, se giró a mirarla asombrado. No se esperaba de ninguna manera esa pregunta.

—Ninguna de las anteriores. Solo te di tiempo, quería que pensaras bien las cosas, que no tomaras decisiones aceleradas por sentirte presionada. No quería que tu respuesta estuviese viciada de ninguna manera.

—Mmm... De acuerdo.

—Aunque veo que contaste los días. —Bel rodó los ojos hacia arriba en respuesta.

—Engreído.

—Para mí también fue dura la espera, a diferencia de ti, no tenía ningún tipo de certeza. Tengo dos semanas pensándote con la incertidumbre de lo que fueses a decir.

—Pero si te di mi número, ¿qué otra señal inequívoca querías? —refutó anonadada.

—Las personas pueden cambiar de opinión, tú misma me dijiste que no y dos días después me diste tu número.

—Cierto, tienes la razón.

—Por eso te di tiempo, porque tú me gustas y quiero que, si sales conmigo, es porque así lo deseas. No por algún tipo de presión.

—Entonces te gusto —dijo intentando no parecer emocionada ante esas palabras.

—Sí, te conozco poco, pero me gustas mucho.

—A ver, dime: ¿a cuántos animalitos torturaste de pequeño? Exijo saberlo. —Se giró hacia él, tocándose el cabello con nerviosismo.

—¿De qué carajos estás hablando, Bel? —Arrugó el ceño.

—Sí, suéltalo, dime que tienes de malo, ¿torturabas animalitos de pequeño? ¿Te comes los mocos? ¿Te gusta la pizza con piña? Dime, o sea, dime que tienes de malo, porque algo debes tener jodido, no puedes ser tan perfecto.

Clemente se rio de las ocurrencias de Bel y con tranquilidad le respondió:

—Ninguna de las anteriores y disto mucho de ser perfecto.

—Apuesto que siempre te ha ido bien con las mujeres —continuó ella, ahondando en un tema que a él no le gustaba para nada y le cansaba bastante.

—¿Y eso que importa? Con la que quiero que me vaya bien ahora, no deja de buscarme defectos.

Bel se clavó los dientes en el labio inferior por la ansiedad, hasta dejarlo blanquecino. «Lo estoy jodiendo todo», pensó retrayéndose y justo en ese momento, sintió los dedos de Clemente rozándose con una caricia tenue.

—No te hagas daño así. Al menos déjame las mordidas de labios a mí —explicó mirándola a los ojos, con una sonrisa ladina que consiguió que a ella le temblaran las rodillas, por ese sutil roce.

«Cálmate Bel. Compórtate, finge un poco por el amor de Dios. Disimula que te gusta un montón. Deja de hacer el papel de idiota», caviló.

—¿A dónde vamos? —preguntó para cambiar el tema, cuando él regreso la mano al volante.

—Pues, íbamos a hacer un picnic en el parque, pero en vista de que el clima está cambiando y probablemente llueva en un rato, tendremos que cambiar de localización.

—Awww, un picnic. No hago uno desde niña —dijo animada.

—Yo tampoco, aunque como ves —dijo señalando el cielo a través del parabrisas—, nos tocará hacerlo en la terraza.

—No importa.

Algunos minutos después, Clemente estacionó la camioneta dentro del garaje de la tienda. Dio la vuelta y ella sonrió cuando la ayudó a bajar. Le encantaba eso, el mimo de la primera cita. La sorpresa fue que no le soltó la mano, la condujo por el interior del edificio, topándose con un par de empleados, para después subir las escaleras al segundo piso. Ahí había dos puertas, una hacia un segundo depósito y otra hacia el apartamento de él, que era una especie de *loft*.

Al entrar, había una pequeña consola en un breve pasillo que se abría en un espacio amplio sin paredes divisorias. La cocina tenía una larga mesada y predominaban los tonos grises con detalles de acero inoxidable. Seguido de esta, había una mesa de madera rústica de cuatros puestos. Un sofá de cuero y al fondo, una cama bastante grande, cubierta con una colcha azul marino unicolor, un par de mesas de noches, algunas repisas, una cómoda y el armario. El lugar era de aspecto sobrio y masculino. Todo estaba a la vista como si no tuviese nada que esconder. A Bel le gustó bastante, aunque, lo que más le fascinó del recinto fue que, al igual que su oficina, guardaba su aroma.

—Si quieres, puedes dejar tu bolso aquí —dijo Clemente, sacando un par de cosas del refrigerador para guardarlas en la cesta del picnic.

Bel, atendió la sugerencia y tomó la mano que él le ofrecía, disfrutando del contacto de aquella piel a cuyo tacto comenzaba a acostumbrarse. Subieron un tramo más de escaleras, hasta la terraza, en donde la brisa del final de la tarde los arropó. El lugar estaba lleno de macetas de distintos tamaños, algunas con plantas decorativas, otras con tomates, pimientos, hierbas como tomillo, albahaca, entre otras. Él la guio hasta una manta en el suelo, dispuesta con varios cojines, un par de copas, platos, así como una hielera con un vino enfriándose. Todo era sencillo y estaba colocado de una forma muy bonita. Él dejó la cesta y comenzó a enseñarle el lugar, incluyendo la vista de las casas circundantes, así como una importante universidad varias calles más adelante.

—Dime que todas estas plantas ya estaban aquí, porque si también se te da la jardinería me desmayo.

—También se me da la jardinería.

Bel fingió desvanecerse y Clemente la sostuvo entre sus brazos. Era un juego, sin embargo, a ella no le sorprendió que no la soltase. La envolvió con los brazos, nada demasiado invasivo, solo le rodeó el cuerpo apoyando las manos sobre la baranda de la terraza, quedando a sus espaldas. Bel se atrevió a coquetear, tocándole la mano derecha que reposaba junto a la suya, dibujando con la punta de los dedos una de las venas que se le marcaban en la piel, hablando de forma distraída.

—A mí se me mueren hasta los cactus y tú cultivas tus propios tomates, qué injusto.

—La familia de mi madre se dedica a la agricultura. Yo pasaba las vacaciones de la escuela sembrando con mis tíos. De todas formas, no entiendo qué le ves de asombroso —dijo disfrutando del contacto de la mano de Bel, ascendiendo por su brazo.

—Los hombres de ahora no saben hacer nada —explicó, pensando en Carlos, cuyas habilidades manuales eran nulas, aunque profesionalmente era excelente.

—Bueno, es relativo, porque si yo digo eso sobre las mujeres de ahora, que no saben hacer muchas tareas del hogar, quedo como un machista.

—Cierto, así que shhh —dijo Bel entre risas.

—Típico de las mujeres, pero sí quieren que nosotros sepamos de todo.

—Qué te puedo decir, las mujeres necesitamos hombres integrales. Aunque, no es que vamos a dejar de salir con alguno, porque no sepa reparar grifos o cambiar bombillos.

—Ah, qué bueno que eso a mí se me da súper bien —dijo, acercando la nariz detrás de la oreja de Bel para inspirar su dulce fragancia—. ¿Quieres vino? —susurró despacio y ella tuvo que cerrar los ojos y morderse los labios para no emitir algún sonido comprometedor, porque un escalofrío le reptó por la espalda.

—Sí.

Clemente la tomó de la mano para conducirla a la manta, donde tomaron asiento junto a los cojines. Ella se sentó de medio lado, juntando sus piernas largas, ofreciéndole una vista inmejorable, ya que tenía una anatomía armoniosa con un trasero respingón. Destapó el vino, sirviéndolo en un par de copas, ofreciéndole una. Bel bebió con premura el líquido espumoso, para refrescarse. Encontró delicioso el sabor del vino y permitió que le rellenara la copa otra vez. Necesitaba el coraje líquido. Él se percató de un ligero tono rosa en sus mejillas, le fascinaba verla de esa manera, se preguntaba si era a causa del vino o tal vez por estar en su compañía, le dio igual, le encantaba mirarla.

El menú para el picnic consistía en: mini sándwiches de salmón ahumado con queso crema con limón. Había tapas de *prosciutto* y queso. Ensalada *caprese*, brochetas de frutas dulces, que incluían dátiles, vino y un frasco de vidrio lleno de galletas de chispas de chocolate recién horneadas. Bel no tenía mucha hambre, sentía un nudo en el estómago a causa de los nervios. Decidió hacer de cuentas que no era así, para degustar los diferentes alimentos, era obvio que él le había dedicado mucho tiempo a organizar todo.

—Oye, dijiste que tus sándwiches no eran tan buenos como los míos, eres un embustero.

—Siendo completamente honesto, mi hermana, Olivia, vino a ayudarme a preparar esto y esos los hizo ella.

—¿Y tú qué hiciste?

—¿Pasarle las cosas? —dijo Clemente riéndose, cuestión que Bel imitó.

—Ok, digamos que te encargaste de la logística de todo esto. Tienes algo de mérito, no todo es para ella. Por cierto, ¿qué le dijiste? ¿Tengo una cita con una chica, ven a ayudarme a parecer un tipo que sabe hacer sándwiches?

—No, le dije ven a ayudarme o no le hago el cambio de aceite a tu auto.

—Oye... eso es chantaje —dijo Bel entre risas.

—No mentira. Le dije que tenía una cita con una chica preciosa, que hace los mejores sándwiches y no quería quedar mal, pero lo demás sí fue cosa mía. O sea, yo solito puse la manta en el piso, con los cojines.

—¡Wow! —respondió sarcástica Bel, mientras él levantaba las manos en un gesto de autosuficiencia de forma graciosa—. Sí, sí tienes todo el mérito y mira qué bonito te ha quedado todo.

—No seas sarcástica conmigo.

—Esa parte fue en serio, gracias por hacer todo esto, está muy lindo.

—No tienes que agradecer nada. Las brochetas las hice yo.

—¡Wow! ¡Pinchar frutas con palillos! —dijo Bel abriendo la boca, llevándose las manos a las mejillas y él se rio de su imitación de mi pobre angelito.

La cita transcurrió entre risas. Ambos comían sin ganas, preferían coquetearse mutuamente, intercambiando información de interés mutuo. Bel le pidió a Clemente que le contará de su trabajo y cómo había terminado con un minimercado. Así que este le habló sobre lo mal que le fue en el mundo corporativo, cuando estaba por graduarse de administración y finanzas, nunca supo lidiar con las jerarquías. También le comentó que por un tiempo pensó en dedicarse a la agricultura, como su familia materna, pero entendió que vivir fuera de la ciudad todo el tiempo, no era algo que lo haría feliz, por lo que comenzó a vender los productos de sus tíos hasta que decidió colocar un negocio, siguiendo el ejemplo de su madre que tenía una tienda y aplicar todos los conocimientos que poseía sobre administración, siendo así su propio jefe. Le habló sobre el préstamo que le dio su papá, cómo comenzó poco a poco en un local pequeño, hasta que pudo pagar el crédito y adquirir otro con el banco, creciendo cada vez más. Le habló sobre planes expansionistas y a ella le pareció que el tipo era demasiado organizado.

—O sea, ¿todo esto es tuyo?

—Casi, aún sigo pagando un préstamo al banco, ¿por qué? —preguntó, pensando en la necesidad de algunas mujeres de conocer el valor monetario de los hombres con los que se relacionaban, esperando que ella no fuese así.

—Porque si todo esto es tuyo, significa que tienes la vida bastante resuelta y eso me asusta.

—¿Te asusta? —preguntó confundido.

—Sí, disculpa que sea así, es que no dejo de pensar en que cuando nos conocimos, me dijiste que tu novia te dejó. Entonces, mírate, eres un tipo de muy buen ver, conmigo siempre has sido amable, así que no puedo imaginarte siendo malo. Si a eso le sumamos que tienes un trabajo, un apartamento, es decir, una vida que parece muy resuelta, sabes de jardinera, arreglas grifos, cambias bombillas, organizas picnics adorables... Entonces, ¿por qué te dejó? ¿Qué hiciste mal? Porque la verdad, no le veo sentido a dejar a un tipo con todas esas cualidades —dijo logrando que Clemente frunciera el ceño.

—Mmm, lo que sucede, es que estás analizándome como un buen prospecto, desde tu perspectiva. Eres joven, probablemente, quieras salir con un tipo para eventualmente casarte y tener hijos. Corrígeme si no es así.

—¿Tiene algo de malo todo eso? —preguntó ella, poniéndose un poquito a la defensiva.

—No, para nada, incluso es algo que yo también quiero. Me gustaría tener una familia en el futuro —dijo con tranquilidad mirándola a los ojos—. A lo que me refiero, es que desde tu perspectiva parece lógico que la única razón para que ella pudiera dejarme, es porque yo hiciera algo mal o porque tenga algo de malo, pero hay una variante en toda esta ecuación que no estas tomando en cuenta y es que mi exnovia no es como tú ni por asomo. Tienen perspectivas y prioridades diferentes. Ella era divorciada, no quería casarse otra vez, ni tener hijos. Nos

queríamos, pero cuando a ella se le presentaron mejores oportunidades laborales, no lo pensó ni un segundo para tomarlas, así que se fue, porque yo no podía ofrecerle algo más que cariño sincero y eso para ella no era tan importante o algo que no pudiese encontrar en otro.

Bel lo miró perpleja, sintiéndose muy mal. Era una entrometida y se le caía la cara de la vergüenza. Pensó que debió haberse callado la boca, no ser tan curiosa, dejar de perseguir esa estúpida idea de que algo malo debía tener Clemente.

—Disculpa yo...

—Habría preferido que mantuviéramos los tópicos de conversación más ligeros, pero en vista de que tú lo has traído a colación, también quiero saber qué sucedió con tu exnovio. ¿Tú lo dejaste o él te dejó a ti? —preguntó sin rodeos.

Aquella pregunta la tomó por sorpresa. Estupefacta y enmudecida, se llevó un dátil a la boca para mantenerla ocupada mientras conseguía conjugar alguna idea, sentía que había arruinado todo. Lo menos que quería, era hablar de Carlos y estaba en la obligación de hacerlo, porque había sido ella quien sacó el tema.

—Yo lo dejé —dijo haciendo una pausa, tomando un sorbo de vino para reunir coraje—. Es un buen tipo o al menos eso creía. Lo cierto es que mientras fuimos novios no tuve muchas quejas sobre él. —Se encogió de hombros—. No sé, no me llenaba de la forma en que necesitaba y eso me estaba matando, era una de esas situaciones de las que no sabes cómo salir. Quise hablarlo, nos peleamos. Terminé con él, quien se ofuscó, se montó en el auto, manejó y se pasó un pare... teniendo un accidente. Tuvieron que operarlo por la fractura de una pierna, en fin, tuvo que hacer fisioterapia, entre otras cosas para recuperarse. En el hospital me pidió que no lo buscara más. Por supuesto, yo me preocupaba por su salud, pero él no quiso verme. Dijo que el accidente fue mi culpa, que, si no hubiésemos discutido, él no habría perdido el control, pero te juro Clemente que fue una pelea boba. Te juro que yo no quise que...

—No es tu culpa —interrumpió él.

—Tal vez no, pero sí me sentí culpable en un principio. El problema es que nosotros jamás discutíamos y no sé... Estaba tan irritado que se pasó el pare. Lo cierto, es que una semana después fui a verlo en el hospital y tenía la cara en el escote de una chica... Y esa es mi historia. Después de cinco años de relación, él me olvidó en una semana y yo decidí hacer lo mismo.

—Cinco años es mucho tiempo, estabas con él desde muy joven —dijo pensativo.

—Sí, solo he tenido dos novios formales. ¿Tú cuantas novias has tenido?

—No muchas.

—No te creo.

—No muchas, al menos no formales. ¿Todavía lo quieres? —preguntó Clemente interesado, no tenía ganas de salir con alguien que pensara en otro.

—Me siento mal por decir esto, pero no. Ya no lo quiero y desde hace tiempo no pienso en él para nada.

—¿Y por qué te sientes mal?

—Porque siento que debería estar afligida, solo han pasado tres meses, no es normal que lo superara tan rápido —dijo ella honesta, aunque nerviosa, sentía que estaba dando demasiada información y temió empeorar más las cosas de lo que ya estaban.

—No hay un tabulador para esas cosas, Bel, no hay correcto o incorrecto.

—Mejor cambiemos de tema a algo más ligero —dijo dándose cuenta de que debía dejar de hablar de eso, porque solo estaba dañando el momento—. ¿Ahora de qué quieres hablar? ¿De religión, sexo o política? Ya sabes, temas fáciles. —Clemente se rio de la ocurrencia y ella lo imitó mientras se llevaba la copa a los labios.

—Te ves muy linda cuando te ríes.

—Tú también —dijo suspirando—, en un principio se me hizo raro. Tus facciones son muy serias, pero después me pareció muy lindo.

—Hasta que al fin te saco un cumplido. —Bel se rio al tiempo que negaba con la cabeza.

—Creo que sabes que eres bastante guapo.

—Eso no implica que no me guste que tú me lo digas.

—Ahg, ¡qué engreído! Entonces admites que sí lo sabes —expresó ella mirándolo a los ojos.

—Bueno, normal, ¿no? ¿O es que tú no sabes que eres preciosa?

—Eres guapísimo, Clemi —se animó a decir sin inhibiciones.

—Gracias Bel, pero no me digas como mi hermana, Olivia, por favor.

—Siento que necesito darte un mote, es que Clemente es un nombre así de tipo serio y duro —«sexy, jodidamente hermoso», pensó—, en cambio, tú eres hasta gracioso y cuando eres así, Clemente suena muy fuerte.

—Yo soy un tipo serio... Además, si nos vamos a la cama, ¿cómo me vas a decir? —preguntó solo por provocarla, logrando que Bel casi se ahogase con la uva que estaba llevándose a la boca.

—¿Ves? Vas a matarme, cómo vas a decirme semejante cosa, Clemente. ¿Tú no tienes filtro? —preguntó anonada.

—Perdóname —dijo al verle el semblante serio.

—Ves, eso es lo que me molesta. Asumes que no podría resistirme a tus encantos.

—Yo no dije eso —aclaró llevándose la mano al pecho—, solo coloqué una situación hipotética, como cuando la gente dice: nombra tres cosas que te llevarías a una isla desierta.

—Te llamaría por tu nombre completo —respondió Bel, sintiendo como de costumbre, se le aceleraba el corazón y una sensación eléctrica le recorría todo el cuerpo—. ¿O tienes alguna preferencia por otro nombre? —curioseó, chupándose los dedos de forma inconsciente, los tenía llenos del caramelo de los dátiles.

Clemente, no pudo evitar tener un pensamiento licencioso al respecto, con ella haciendo ese mismo movimiento.

—No, me gustaría cualquiera que me dijeras, excepto Clemi, porque me recuerda a mi hermanita —dijo él, pensando en lo bien que se vería ella en su cama.

Clemente tocó el tobillo de Bel con la punta de los dedos, haciendo círculos suaves. Un toque a simple vista inocente que, a ella, como el epicentro de un temblor, le repartió sensaciones agradables por todo el cuerpo.

—¿Y qué te llevarías a una isla desierta? Nombra solo tres cosas —dijo Bel, queriendo aligerar la conversación.

—Pues como es una isla, me llevaría una buena caña de pescar, un buen cuchillo y alguien que me haga compañía. Probablemente a ti, si quisieras, ¿tú que te llevarías?

—Una caña de pescar por supuesto. —Se rio—. No mentira, me llevaría protector solar, champú y jabón.

—¿Y de qué carajo te sirve todo eso en una isla desierta? Necesitas algo con que construir un refugio y alimentarte.

—Pero pensé que íbamos a la misma isla, ¿no? Tú ya llevas todo eso. Por lo que me dedicaría a beber agua de coco, recoger flores y frutos silvestres, a tomar el sol y a esperar por ti oliendo muy bien —dijo con coquetería.

—Me gusta la idea, aunque preferiría que no tomes tanto sol, me gusta el color de tu piel así.

Clemente subió los dedos un poco hacia las pantorrillas, mientras que ella trataba de permanecer impasible, pero comenzaba a fallar estrepitosamente.

—Estoy muy blanca, incluso pensaba tal vez broncearme un poquito pronto, aunque no soy de agarrar mucho color —dijo, intentando seguir la conversación como si el toque de los dedos de Clemente no la estuviese enloqueciendo.

—Si quieres, puedes venir a broncearte aquí en la terraza. —Señaló una tumbona a un par de metros.

—No, porque seguro vendrías a verme en traje de baño.

—Obvio, ¿qué otra razón habría de prestarte la terraza si no es para eso?

—Eres un sinvergüenza —dijo sonriéndose.

Clemente se lamió los labios mirando a Bel de una forma, que hizo que se le erizará toda la piel, se le endurecieran los pezones y comenzara a humedecerse. Se obligó a sostenerle la mirada, entendió que, si lo hacía, él la besaría. Así que lo miró anhelante con los ojos muy abiertos y cuando lo sintió acercarse, no pudo hacer otra cosa más que esperar el roce de sus labios con el corazón palpitando muy de prisa.

CAPÍTULO 10

Bel, deseaba el contacto, lo anhelaba con fervor. Se sintió temblar, incluso antes de que Clemente estuviese cerca. El primer toque, fue de su mano grande cuando la asió, posicionándole los dedos entre el cuello y la nuca, logrando con solo eso, que una rara energía le recorriera el cuerpo; el segundo, su aliento cálido rozándole los labios; el tercero, le correspondió a ella, cuando, con dedos trepidantes, se atrevió a tocarle la mano con la que la atraía, brindándole una caricia suave, elegantemente confirmadora de que estaba deseosa de que continuara, desencadenando así el movimiento que llevaría al primer beso.

Los labios de Clemente no eran como los suyos, no conseguían ser de ninguna manera tan aterciopelados o delicados. Eran más bien finos, sin nada especial, aun así, solo un roce de estos tuvo lo necesario para alterarla. Bel soltó una risita en respuesta, que lo hizo perder la concentración, justo antes de que la caricia de sus bocas pasara a mayores.

—¿Sucede algo? —dijo mirándola con deseo, acción que la perturbó en lo más profundo, entre los muslos.

—No... Bueno sí —contestó agitada—. Tu bigote es muy espeso, nunca había sentido algo así, me hizo cosquillas.

Él asintió de buena manera y sin inmutarse, repuso sus acciones. Volvió a rozar aquellos bordes carnosos de un excepcional color rosa, bañándolos con la humedad de los suyos. Se tomó el tiempo necesario, quiso disfrutar de las sensaciones que se despertaban en su cuerpo. Le acarició el cabello, dejando correr los dedos entre la abundante melena castaño oscuro, mientras ambos seguían con aquel toque delirante de labios, que los aceleraba. Desesperada ante las provocaciones que él le brindaba, se animó a abrir la boca y a sacar la lengua con timidez para lamerlo despacio.

Clemente sintió una punzada que le viajó por el cuerpo. Ya se sentía estimulado, pero ella estaba consiguiendo que se le hinchara en los pantalones antes de tiempo, al propinarle un sutil mordisqueo en el labio inferior. Se sorprendió gratamente, al entender que mientras él intentaba ser delicado, ella le daba señales de que necesitaba más. La atrajo hacia sí y aprovechándose de que tenía los labios entreabiertos, deslizó la lengua en su boca, moviéndola sinuosa para acariciar la suya, probando el gusto de su saliva y llenándose con los sonidos de la respiración demasiado acelerada de Bel.

Se separó, cortando el contacto entre ambos, quería analizar su semblante. Disfrutó de verla con las mejillas, como siempre, rubicundas, con los ojos muy abiertos, con las pupilas tan dilatadas que casi extinguía el azul nuboso de sus ojos y con los labios húmedos, ansiosos de reponer más besos. Clemente notó la expresión de excitación en aquel rostro angelical, en donde persistía un rictus de sujeción. Eso solo consiguió excitarlo más, sabía que estaba dispuesta, pero su personalidad contenida la hacía lucir así, como si aún estuviera lejos de dejarse llevar por completo. Le daba morbo ser quien la hiciera abandonar sus convencionalidades y conducirla a un punto de quiebre en donde gimiera desahogada. Quería escucharla gritar, quería que se corriera como nunca lo había hecho. Dejarla jadeante y satisfecha. Ella le generaba un hambre que nunca había sentido, que le tensaba el miembro en los pantalones y lo volvía más osado. Quería

morderla, lamerla, pero, sobre todo, cogérsela muy duro.

Respiró profundo, sabía que necesitaba calmarse, ya que era muy pronto para eso. Aun así, era imposible no besarla con ímpetu, producto de la excitación que le recorría el cuerpo. Juntó los labios de nuevo con los de Bel, que lo correspondió de inmediato, acariciándolo con su lengua dulce. Luego, la recostó sobre la manta con un movimiento contundente que la tomó por sorpresa y se fascinó con el jadeo entrecortado que ella lanzó en respuesta. Se sonrió, levantando solo el extremo izquierdo de los labios, se los lamió y se acostó sobre ella, alineando sus cuerpos, besándola con pasión. Con cuidado, se dejó caer un poco más, balanceándose sobre sus antebrazos y rodillas, para no rozarla del todo como en realidad quería, en pro de no abrumarla tan rápido.

El movimiento afectó a Bel poniéndola nerviosa, una cosa era besarlo, otra que tuviesen un contacto tan pronunciado. Apoyó con suavidad las manos en aquella espalda ancha, sintiéndose superada, nada la había preparado para tener a un hombre como él encima y, aunque lo deseaba, no podía evitar sentirse tonta y torpe, temía decepcionarlo al no estar a la altura de alguien tan sensual. Su ansiedad destructiva hizo aparición, invadiendo sus pensamientos, empujándola a una asfixiante dualidad entre el deseo que sentía y el notarse paralizada debido a sus conflictos internos, que impedían que pudiese disfrutar a totalidad de los besos que él le otorgaba. Fue la mirada intensa de Clemente, que se separó de sus labios un momento, la que consiguió arrancarla de aquel ensimismamiento que se gestaba en su mente. La distrajo notar cómo el vaho tibio de su respiración entrecortada le golpeaba los labios, logrando que se enfocara en la manera en que le acariciaba el cabello.

—Relájate —susurró demandante a su oído, con la voz muy ronca producto de la excitación.

Notó el calor que desprendía la mano de Clemente al deslizarse por su pantorrilla hasta encajarse bajo su corva, abriéndole las piernas sin dejar de mirarla en ningún momento con expresión seductora. Luego, extinguió los efímeros centímetros que los separaban, al dejarse caer sobre Bel, pensando que así era como tenía que estar para él, de piernas abiertas. Ella cerró los ojos, gimiendo ante el contacto de su erección sobre la fina y húmeda tela de su ropa interior, enloqueciéndolo, pues encontró el sonido demasiado excitante.

Se movió contra ella con una sutil oscilación de pelvis. La dura bragueta de los pantalones le estimuló el clitoris con la fricción, mesmerizando a Bel al punto de menguar sus defensas y disipar de momento sus pensamientos, permitiendo que se enfocase en el escalofrío que le trepaba por el cuerpo dándose la oportunidad de disfrutar de cómo Clemente la besaba con una pasión abruidora. La espalda se le curvó instintivamente, buscando alivio al rozar sus pezones enhiestos contra aquellos pectorales duros. Lo aferró con los muslos, envolviéndole las caderas con las piernas para prologar el contacto. Hundió los dedos en su cabello oscuro, tal como había fantaseado hacer, atrayéndolo más y gimió sin recato, al sentirse estimulada por la textura de aquella barba contra su piel, cuando él le lamió el cuello.

Escucharla jadear con la respiración alterada, lo provocó de una manera sin precedente. Verla con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, se la ponía muy dura. Lujurioso, se envició de inmediato, necesitaba más de ese sonido. Clemente le repartió besos húmedos por las clavículas, descendiendo de forma peligrosa hacia el escote.

El coño de Bel se retorció de gusto, al pensar en lo delicioso que se sentiría ese roce sobre sus pezones. Se avergonzó de su propia receptividad y el notarse tan excitada, al punto de dejar que sus pensamientos mutaran, volviéndose licenciosos. Si hubiese encontrado el coraje, le habría pedido que le quitara la ropa, no quería esperar más, ¡y apenas se estaban besando! Jadeó cuando él le mordió el inicio del escote, lamiéndola con insistencia. Quería más, necesita mucho más. Lo

aferró por el cabello, buscándole la boca con impaciencia, para después mordisquearle el labio inferior con beligerancia, tomando por sorpresa a Clemente que siseó ante el estímulo ligeramente doloroso y reaccionó apretándole un pecho.

Lo excitó percibir cómo Bel empezaba a dejar atrás la timidez y eso hizo que la besara enfervorecido, ignorando la incomodidad que crecía debido al confinamiento en el que mantenía su erección. Buscó alivio, pronunciando el roce de su sexo con el de ella que parecía encantada con eso. Anhelaba desnudarla, perderse en su interior hasta hacerla gritar de placer.

Una brisa gélida los envolvió, pero el calor que emanaban juntos, era más fuerte que cualquier corriente fría. Minutos después, los besos fueron bañados por las gotas de lluvia, que comenzó a precipitarse sobre sus cuerpos entrelazados. Eso los tuvo sin cuidado, siguieron enroscando las lenguas, arrastrando las manos, manoseándose mutuamente, rindiéndose al vaivén poderoso que producían las pelvis de ambos, acompasándose en un ritmo decadente. Si algo quedaba claro, era que los dos estaban anhelantes de más, pero parecía que ninguno se atrevía a dar el siguiente paso. Él, porque lo hacía a propósito, le excitaba torturarla de esa manera, haciéndole sentir todo lo que podía tener, sin dárselo en realidad, teniendo como único propósito instarla a desinhibirse. Ella, porque alguno de sus conflictos internos persistía en cohibirla e incluso, algunos prejuicios. Le daba miedo parecer demasiado necesitada. Era la primera cita.

La paciencia de Clemente se debilitaba a cada minuto que pasaba de besos fogosos, aun así, tenía mayores posibilidades de perdurar que las objeciones de Bel, que comenzaba a hincharle el labio inferior a mordidas, mientras le clavaba las uñas sobre la tela de la camisa. El roce enfilado y a propósito, que él parecía no cansarse de darle en la entrepierna, la hacía perder el control, gimiendo desahogada al notar que casi no había separación alguna entre ellos.

La lluvia arreció, empapándolos por completo. Los obligó a remitir, a entrar al edificio, Bel con ese vestido no duraría mucho bajo esas temperaturas sin enfermarse. Se mareó un poco cuando él la ayudó a ponerse de pie, como si estuviese embriagada. Hizo además de querer recolectar alguno de los platos y demás cosas dispuestas sobre la manta, él insistió que no hacía falta. Recogió la canasta llena de comida y la tomó de la mano, para conducirla abajo.

Clemente bajó las escaleras primero, sin soltarle la mano, guiándola para que no se fuese a resbalar con esos zapatos altos. Ella apreció el detalle, parecía ser de ese tipo de hombres proteccionistas y en el fondo, le gustó sentirse cuidada. Al bajar al segundo piso, lo abordó un empleado que lo vio pasar. Abrió la puerta de su apartamento para que Bel pasara y le respondió desde lo alto de la escalera, pues no tenía ninguna intención de bajar.

Ella caminó abrazándose a sí misma debido al frío que la atería, se sintió nerviosa, no sabía cómo retomar las cosas y en su mente, comenzaron a filtrarse pensamientos inoportunos. Temió que se hubiese roto el hechizo de minutos atrás. Ansiosa, se dedicó a peinarse un poco con los dedos frente a un espejo que estaba en la sala de borde metálico. Tenía el cabello húmedo y el vestido empapado se aferraba a sus curvas, dejando a la vista sus pezones duros. A esas alturas, no sabía si era por frío o por lo excitada que estaba, se inclinó a esa última opción, porque su ropa interior estaba muy mojada y no precisamente de agua de lluvia.

Clemente, entró al apartamento y depositó la canasta sobre la mesada de la cocina, caminando hacia Bel, que permaneció inmóvil esperándolo. Los músculos se le tensaron cuando el espejo lo reflejó a su espalda, mirándola con intensidad. Contuvo la respiración por unos segundos al sentir cómo él adhería su cuerpo al suyo impudicamente. Los dedos de Clemente recorrieron despacio el costado izquierdo de la figura de Bel, ascendiendo con movimientos lentos y estudiados, mientras que la otra mano reposaba sobre el hueso de la cadera del lado derecho, aferrándola contra él, incoándola a mantener el trasero contra su erección, que no había perdido ni un ápice de dureza.

La imagen en el espejo era sin dudas, erótica. Ella, mordiéndose los labios para no gemir ante un toque tan incitante. Él, con semblante libidinoso, pensaba en todas las cosas altamente perniciosas que estaba deseando hacerle en ese momento. La acarició con sosiego, arrastrando los dedos hasta su hombro, luego deslizó los tirantes del vestido y del brasier hacia abajo, para recorrer con dulzura la piel del apetecible escote que se erizó ante el mínimo contacto. Bel volvió a contener la respiración excitada, notando cómo los músculos del abdomen bajo se le apretaban y cómo el coño se le contraía desenfrenado.

Clemente encontró una piel fría a causa de la lluvia, muy diferente a la suya que parecía arder sin importar la temperatura atmosférica. Deslizó los dedos dentro del vestido, rozándole con premura las aureolas crispadas, para después apretar con delicada premeditación uno de los pezones enhiestos. La escuchó gemir de forma absolutamente deliciosa, sin reparos, haciendo que su miembro se endureciese más. Con la otra mano, le apartó el cabello húmedo del hombro, lamiendo el área despejada hasta alcanzarle el lóbulo de la oreja.

Ella estiró los brazos un poco hacia atrás, aferrándose a los muslos de él, apretando la tela de los pantalones en busca de algo de estabilidad, las piernas le temblaban. Excitada, buscó los ojos de Clemente en el reflejo del espejo. Tenían un brillo flamígero, que combinaba a la perfección con su expresión lúbrica. Se veía especialmente apetecible con el cabello y la barba empapada. Lo observó justo cuando hundía los dientes en la carne de su hombro, haciendo que de nuevo no pudiese, ni quisiese, evitar gemir desvergonzada. La estaba haciendo perder el control con aquellas caricias dentadas, que le marcarían la piel por varios días, al igual que, con el toque de sus dedos expertos que le calentaban los pechos sensibles, embebiéndola en un placer inmensurable.

Lo que desconocía, era que Clemente apenas estaba comenzando a provocarla. Su mano derecha descendió recorriéndole la cintura, paseándose por el hueso de la cadera, hasta posarse sin objeción sobre el monte de venus. Le apretó el coño con descaro y luego, comenzó a subirle la falda del vestido, logrando que ella dejara caer la cabeza hacia atrás sobre su hombro. Lo miró presa de las sensaciones que le estaba ocasionando. Llevó la mano hacia atrás, acariciándole el cabello húmedo, sin que eso lo desconcentrara de seguir succionándole la piel del hombro o de acariciarle los muslos subiendo despacio hacia lugares más apetecibles.

Bel rogó por un beso, ladeando el cuello para tal propósito. La mano de Clemente abandonó sus pechos para asirla por la mandíbula, buscándole la boca, besándola con ansias, demostrándole el deseo que sentía por tenerla. Ella giró el cuerpo por completo, atrayéndolo por el cuello, ahondando el roce de las lenguas. Él la apretó contra sí, envolviéndola en un apretado abrazo, enterrándole los dedos en el trasero, sintiendo la carne firme y deliciosa.

Segundos después, la alzó en peso, tomándola desprevenida. La depositó en el borde de la mesa de madera, escurriéndose entre sus piernas, sintiéndose mesmerizado al recorrerle la piel sedosa del costado de los muslos. Luego, juntaron los labios, arrebatándose besos rápidos, lamidas salvajes, mordisqueos estremecedores. Clemente bajó el otro tirante del vestido, dejando a la vista parte de los pechos femeninos que se le antojaron de inmediato. Cambió de opinión al verla tan expectante, iba a cogérsela, la deseaba demasiado.

Bel, no podía pensar en otra cosa que tenerlo entre las piernas. Lo necesitaba adentro, muy adentro, por lo que arrastró las manos por el cuerpo de Clemente, manoseándole el miembro a través de la tela de los pantalones, abriéndole la bragueta con una determinación desconocida. Él la dejó hacer encantado, entretanto, le subía la falda y le abría la cremallera del vestido para deshacerse de la prenda. Le gustó el brasier semitransparente, cuyos tirantes reposaban a los lados de los hombros, dejando casi todo el pecho al descubierto, seguido de una diminuta ropa interior a

juego.

Clemente, tomó los extremos de la prenda, haciéndola resbalar despacio por las piernas, hasta retirarla y guardarla en el bolsillo trasero de sus pantalones. Después, con ambas manos, recorrió la cara interior de las pantorrillas de Bel, ascendiendo sin pudor alguno por los muslos, abriéndolos a su paso ante la mirada escrutadora y anhelante de ella. Soltó una exhalación ruidosa, cuando deslizó los dedos por la piel sedosa de los labios de su sexo, le gustó encontrarla empapada y receptiva. La estudió de cerca, quería apreciar cada reacción de Bel ante su toque. Le rozó con astucia el clítoris que encontró firme e hinchado, escuchándola gemir a pesar de estar mordiéndose los labios. Se dedicó a presionarlo con insistencia, valorando como se le crispaba el rostro y se le entreabría la boca, emitiendo más sonidos deliciosos.

—Espera aquí, iré por un condón —explicó, porque no tenía ninguno encima debido a que no pensó en estar con ella tan pronto.

Bel se limitó a asentir ladina y mirar cómo este se dirigía a su mesa de noche por uno. Cuando regresó, lo atrajo con rotundidad por el cuello para besarlo. Con manos temblorosas comenzó a desabotonar su camisa húmeda. Tras abrir los primeros botones, él la ayudó sacándosela por el cuello de un tirón, dejándola pasmada ante la visión de su torso desnudo. Nunca tuvo preferencia por el vello corporal masculino, le daba igual, sin embargo, los tipos con los que había salido eran bastante lampiños. Clemente, en cambio, tenía un vello oscuro que le cubría parte de los pectorales y le descendía por el abdomen firme hacia lugares más apetecibles. Bel sintió como se le secó la boca, deseosa de sentir toda la textura de su cuerpo contra el suyo.

Se animó a tocarlo, escurriendo la mano por el pecho masculino, maravillándose con la sedosidad que sentía en los dedos. Se abrazó a él, besándole el cuello, recorriendo con la lengua el área donde se le notaba la yugular y aspiró su esencia intoxicante que, en esa oportunidad, se potenció al mezclarse con el aroma a humedad de la lluvia. Acarició su abdomen despacio, bajando hacia el interior de los pantalones semiabiertos. Introdujo la mano entre los calzoncillos, excitándose al empuñar su miembro erecto.

Clemente jadeó en reacción ante la caricia, despertando en Bel un sentimiento desconocido. Le fascinó sentirse poderosa y comprendió que anhelaba ser la causante de todo el placer que él experimentase. Ávida de más, le bajó los pantalones en compañía de la ropa interior, para reponer con apremio las atenciones a su miembro. Recorrió toda la longitud, descubriendo el glande, esparciendo toda su humedad con lentas caricias. Alzó la vista y se sintió de inmediato intimidada por sus ojos negros de mirada penetrante. Él le despertaba un poco de miedo, pero ese tipo de temor delicioso que le producía contracciones rítmicas en lo más profundo de su sexo, anhelante de lo que pudiese hacerle. Lo percibía como un tipo muy animal y estaba en lo cierto, solo que también podía ser muy delicado cuando lo requería.

Clemente abrió el clip del brasier, apartándole el cabello hacia atrás para ver bien como la prenda caía laxa, dejando al descubierto un par de pechos preciosos. Luego la empujó sobre la mesa sin sutilezas y se abalanzó sobre ella para devorarla. Se llevó a la boca los pezones endurecidos, lamiéndolos y succionando con insistencia al notar que Bel se retorció de gusto. El sonido de su respiración entrecortada y la forma en que luchó para lucir contenida, lo sedujo por completo. Mordisqueó con premeditación hasta llevarla al punto de quiebre donde jadeó desahogada, apretándolo contra sí. Satisfecho por el momento, se dedicó a besarla debajo de los pechos, esa área a la que nadie había prestado atención antes y que ella no esperaba fuese tan excitante, para después descender por el abdomen repartiendo lamidas.

Bel se sintió desequilibrada por el hormigueo que le producía el roce de la barba áspera por la piel. Tal como se imaginó, el contacto entre sus pechos había sido delirante, pero al notar como

bajaba hacia el vientre, le pareció que no podía haber nada más delicioso que sentirlo entre las piernas. Clemente le pasó la lengua justo encima de la ingle derecha, para después succionar enérgico, haciéndola arquear la espalda y gemir deseosa. Quería escucharla así, por lo que siguió lamiendo esa franja de piel, para continuar hasta el monte de venus. Bel se incorporó interrumpiéndolo hasta quedar sentada. La sensación había sido demasiado fuerte, extraña, placentera a más no poder. La hizo arder de deseo, por lo que enterró los dedos en el cabello oscuro del señor Barba, jalándolo sin miramientos y abrazándose a su cuello se dedicó a besarlo con prontitud. Acercó el torso al de él, balanceando los pechos sobre sus pectorales velludos. Clemente la tomó por las caderas, posicionándola en el borde de la mesa, acoplando su cuerpo con el suyo. Rosándole el sexo con la pelvis. Ella abrió las piernas dándole espacio, pero él, malvadamente, quería hacerla esperar. De hecho, planeaba darle sexo oral justo cuando lo interrumpió. Quiso retomar sus acciones y Bel lo abrazó con las piernas, besándolo deseosa.

—Déjame saborearte primero —dijo con voz seductora a su oído—, me encanta como huele tu coño.

—No, no quiero. —Clemente se separó de su cuello para mirarla, iba a preguntarle por qué, pero fue ahí cuando la sintió masturbándolo de nuevo, pero esa vez con ímpetu. Esa caricia, le hizo elevar el labio superior, mostrando los dientes como un animal salvaje—. Te quiero sentir adentro —dijo entregándole el paquete del preservativo.

Alzó las cejas en señal de entendimiento, no esperaba que le hablase en un tono tan autoritario, ni notarla tan deseosa por tenerlo. De todas formas, para qué seguir engañándose, anhelaba estar en su interior. Desenvolvió el condón con prontitud sobre su miembro y la dejó que lo condujera ahí, a su centro húmedo. Se hundió despacio, notando como ella abría la boca jadeando y se le enrojecían más las mejillas. Cerró los ojos cuando llegó al fondo de ese coñito precioso, húmedo y caliente, sintiéndola apretarse a su alrededor. Retrajo la pelvis, hasta casi salir de ella por completo, para luego penetrarla con dureza. Se deleitó con el grito de sorpresa, pero también de gozo que emanó de aquellos labios rosas.

Clemente pasó los antebrazos por debajo de sus corvas y tanteó las caderas femeninas para sujetarse, haciendo palanca, en búsqueda del ángulo correcto para embestirla. Bel ardía y él no podía estar más complacido de escucharla jadear por cada movimiento que hacía para que, precisamente, ella no parase. Amaba escucharla, era magnífica, un total afrodisiaco mejor de lo que había imaginado, sin embargo, no se quedaría tranquilo hasta verla resoplar con los ojos en blanco, corriéndose de placer.

Bel sintió alivio cuando él finalmente se deslizó en su interior, lo necesitaba, nunca había sentido algo parecido, era como tener un vacío que solo él podía llenar y que, en efecto, solo Clemente había llenado así. Se aferró a sus brazos fuertes, quería poder ser capaz de soportar las acometidas que reponía de forma contundente. Él pareció encontrar el ritmo perfecto, la armonía cadenciosa que el cuerpo de Bel necesitaba. Entrando y saliendo, penetró a profundidad, elevándole las caderas para rozar esa área rugosa y deliciosa que le estimulaba con el glande del pene, lo que consiguió que ella le clavara las uñas en la espalda, porque sentía que nunca había experimentado algo así. Se preguntó: ¿Quién era él y por qué parecía descifrarla tan fácil?

Clemente dejó caer la espalda de Bel sobre la superficie de madera. La jaló por las caderas haciéndola sobresalir del borde la mesa, cerniéndose sobre ella, lamiéndole de nuevo los pechos. Disminuyó la velocidad de su embate, penetrándola a un ritmo más pausado, más cuidadoso, produciéndole escalofríos con cada embestida, activándole zonas de placer del cuerpo que desconocía, con sus manoseos.

—Cambia de pecho —exigió, Bel.

A Clemente aquel tonito autoritario inesperado, se la puso más dura, tensándole más los testículos. Obedeció la orden bajo su atenta mirada, pasándole la lengua por toda la aureola, para finalmente succionar el pezón sin dejar de mirarla. Ella le jaló el cabello en respuesta a la fruición exacerbada que experimentaba y rodó los ojos cuando lo sintió mordisquear la piel endurecida. Le estaba haciendo lo que más le gustaba. Tal parecía que los ojos oscuros del señor Barba eran su perdición, le generaba un profundo arrobó al sentir aquella mirada intensa que transmitía, sin duda alguna, el deseo irrefrenable que sentía. Excitada por tener su atención, hizo surcos en su cabello, apretándolo contra sí, anhelante, robándole el aire.

A él, la vista también se le hacía particularmente deliciosa. Una mujer jadeante, que le demostraba el gozo que le provocaba y lo necesitada que estaba de que estuviera en su interior. Alzó el rostro para besarla, succionándole el labio inferior a placer, enrojeciéndolo más. La penetró con fuerza, con ímpetu, de forma rígida solo para oírle gritar, pues la temperatura de su coño ardiente lo estaba aniquilando. Le gustó sentirse embadurnado de su copiosa humedad, arrebuñado por aquellos muslos y pantorrillas de piel nívea.

—Sí, quiero que grites —dijo con voz ronca, reponiendo el movimiento brusco que hizo que los pechos de Bel se balancearan sin control—. ¿Te gusta cómo te cojo? ¿Así te lo habías imaginado?

Bel encontró los comentarios exageradamente insolentes, pero excitantes.

—¿Cómo sabes que me lo había imaginado? —respondió sagaz. Haciendo que él abriera los ojos de golpe. No imaginó que lo admitiría y solo consiguió darle una de sus sonrisas provocadoras de medio lado, acompañado de una acometida brutal.

Tras unos minutos, el sudor comenzó a perlarle la frente a Clemente, sentía todo el cuerpo traspirado por el esfuerzo. Ella estaba igual, pero en menor proporción, su piel de alabastro se bañaba en un brillo especial por la sudoración. A Bel le gustó verlo con el rostro enrojecido, con las venas del cuello brotadas, mordién dose el labio inferior ante el vigor de cada penetración. Se le contraían las entrañas, nunca se había sentido tan dilatada o mojada en su vida como en ese momento con él. No pudo evitar pensar que: Clemente era el hombre, así de simple.

Bel se incorporó sobre los codos, acariciándole el abdomen, dejando caer los dedos justo encima de la pelvis masculina, en donde se le marcaban un par de venas. Disfrutó de poder sentir el movimiento reiterado, del ritmo que las caderas de Clemente estaban llevando entre sus muslos sudorosos. Se incorporó por completo, tomándolo por el cuello, abrazándolo con brazos y piernas. Le gustaba el sexo así, íntimo, para poder sentir como aquel cuerpo sudado la mojaba, como el vello húmedo despertaba sensaciones contra sus pechos. Le fascinaba cómo aquellas manos grandes se clavaban en sus glúteos, haciendo la penetración más honda.

El corazón le latía de prisa, un delicioso estremecimiento le recorría toda la piel, haciéndola vibrar. Sentía su coño arder, contrayéndose sin parar ante la intrusión del miembro de Clemente, que le mordisqueaba el hombro, enloqueciéndola con el roce de aquella magnífica barba. Y fue ahí que notó esa sensación, una que comenzó a unificarse en su vientre bajo, por lo que se emocionó al notarse cerca del anhelado orgasmo. Se dejó llevar por el placer, lo dejó crecer confiada de que acabaría pronto gritando, gimiendo como nunca lo había hecho.

Entonces, las cosas se salieron de control, ella quiso resistirse, evitarlo a toda costa. Respiró profundo, enterrando la cara en el cuello de él, que estaba concentrado en cogérsela de la forma más deliciosa que un hombre había hecho antes. Bel apretó los dientes, contuvo la respiración, oprimió los párpados, cerrándolos hasta que no pudo más. El primer murmullo no fue percibido por él, lo dejó pasar, sin embargo, tras un par de segundos de lo que parecían jadeos ahogados, Clemente la tomó por el cuello, quería verle la cara, quería verla acabar. La miró conmocionado,

no esperaba encontrarla con el rostro enrojecido, brotado de una manera extraña. Bel rompió en llanto, un llanto desgarrador. Le tomó un par de segundos entender que no eran lágrimas de gozo, se detuvo apenas lo comprendió.

—¿Estás bien? ¿Te hice daño? —Ella negó con la cabeza. No consiguió hablar. Enterró la cara entre las manos ocultándose. Él hizo lo único que se le ocurrió en ese momento: abrazarla con fuerza—. Tranquila, Bel, tranquila.

Clemente la consoló acariciándole el cabello con el propósito de tranquilizarla. Aún la penetraba, aún seguía muy duro en su interior, no podía evitarlo. Le quitó las manos del rostro, alzándole la barbilla. Ella seguía llorando. Clemente no tenía ni idea sobre qué debía decir o hacer. Nunca había vivido algo así, pero al verla sollozando descontrolada, entendió que debía ser delicado. Se separó con cuidado y ella jadeó al sentirse vacía. Odiaba lo que le estaba sucediendo, lo odiaba con todo su ser. Odiaba que eso le estuviese pasando justamente con el señor Barba.

—Perdóname, Clemente, por favor, perdóname por esto —dijo entre sollozos.

—Shhh, no digas nada.

La tomó en peso, pasando una mano debajo de las corvas y otra debajo de los hombros, cargándola y caminando hasta el sofá, en donde tomó asiento. Tendió sobre ambos la manta con la que solía arroparse cuando veía televisión. Acunó a Bel contra su cuerpo, le besó la coronilla y se dedicó a acariciarle la espalda para asegurarle que todo estaba bien, aunque en realidad fuese todo lo contrario. Clemente quería comprender que había ocurrido, pero al mismo tiempo, entendió que no estaba en posición de pedir explicaciones, porque ella aún seguía llorando tan abruptamente, que le desgarraba el alma.

CAPÍTULO 11

Bel respiró profundo y recorrió cabizbaja el depósito de la tienda, ocultándose de los empleados. Escuchó a Clemente llamarla a lo lejos sin que esto la detuviese, pasó entre las vitrinas, abriéndose camino entre los clientes, hasta alcanzar la puerta de salida hacia la calle. Caminó lo más aprisa que le permitieron los zapatos de tacón alto que llevaba, porque las suelas resbalaban sobre el pavimento mojado. Algunas gotas de lluvia aún se precipitaban perezosas a su paso, como si solo estuvieran cayendo para acompañarla a casa y congelarle el cuerpo. Con dedos temblorosos, consiguió introducir la llave en la cerradura y se dejó caer contra la puerta al entrar, aliviada de al fin estar en casa. Segundos después, lloró inconsolable. Bel no era una persona propensa al llanto, pero dadas las circunstancias desastrosas de lo ocurrido en su cita, no encontró ánimo para instarse a no hacerlo.

Estaba demasiado abochornada. No sabía qué era peor, que le hubiese ocurrido aquello justo con Clemente, quien, básicamente, había sido el polvo perfecto, o que hubiese tenido que consolarla para que dejara de llorar, diez minutos seguidos. Era tanta la vergüenza, que terminó siendo grosera con él al repudiar su tacto, pidiéndole que la soltara cuando solo quería ayudarla. Cómo le explicaba, cuando ni ella misma comprendía del todo lo que le sucedía, cuando ni siquiera consiguió sincerarse con Carlos, con quien mantuvo un noviazgo por cinco años. ¿Cómo hacerlo con Clemente al que conocía tan poco?

Se tapó el rostro, mortificada con un nuevo ataque de llanto. Se sentía como esa gente que se ganaba la lotería y perdía el tique antes de reclamar el premio. El señor Barba había seducido cada uno de sus sentidos, a tal punto, que dejó su ansiedad a un lado y paró de pensar en prejuicios tontos. Se dejó llevar por todo lo que le ofrecía, se regodeó en las sensaciones que le despertó en el cuerpo. Aún podía sentirlo, lo notó en cada paso que dio hasta llegar a casa. Tenía el cuerpo impregnado en su perfume. Incluso, si cerraba los ojos, podía verlo con la frente perlada por el sudor y el entrecejo fruncido, mordiendo los labios con la respiración acelerada. Evocarlo así, desnudo, entre sus piernas, solo empeoró su sufrimiento.

Bel, se descalzó percibiendo como vibraba su bolso y se apresuró a abrirlo, era Clemente, llamándola por teléfono. No quiso contestar, se sentía incapaz de formular alguna excusa plausible sobre lo ocurrido. Afligida, vio como él insistía, llamándola en varias ocasiones hasta que desistió al fin y segundos después, la pantalla se iluminó con un mensaje de entrada:

«Al menos dime si estás bien, estoy preocupado. Perdóname si hice algo mal».

Bel leyó aquellas palabras a la par de sus sollozos, advirtiendo que las sienas le palpitaban lancinantes. «Por supuesto que está preocupado. Es un hombre increíble, obvio, iba a tomar esa actitud», pensó, tomando asiento en sofá para escribir una respuesta.

«Disculpa por no contestarte el teléfono. Estoy bien, no tengo que perdonarte nada, no hiciste nada mal. Por favor, discúlpame también por hacerte pasar un rato pésimo».

«No tienes que pedirme disculpas por nada, hablemos por favor, dime qué sucedió».

La angustia de Bel aumentó al leer su mensaje, pensó en que cualquier otro hombre se sentiría, sumamente, fastidiado y no dudaría en dejarla a un lado como hizo su primer novio, sobre todo, porque tenían poco tiempo conociéndose. Con Carlos, siempre se preocupó por mantener esos

incidentes al mínimo, al punto que habían transcurrido más de cuatro años sin que ocurriesen, no esperaba que se repitiesen después de tanto tiempo. Entendía, perfectamente, la curiosidad de Clemente sobre lo sucedido, comprendía que le debía una aclaratoria, el problema era que no sabía cómo explicarse.

«Gracias por una cita tan maravillosa, disculpa si no puedo darte explicaciones sobre lo que sucedió, espero puedas disculparme por eso también. Por favor, no insistas, ahora no puedo hablar, es un mal momento para mí. No te imaginas cuánto lo siento».

Bel se acostó, arrebujándose en el sofá. La frustración hizo acto de presencia, mientras intentaba crear en su mente, un discurso medianamente aceptable, para contarle a Clemente sobre lo que había ocurrido, pero en cada ensayo, entendía que no lo estaba logrando. Se sintió ahogada, desolada, lo imaginaba deduciendo cualquier tipo de conjeturas erradas y ni eso consiguió motivarla para superar la vergüenza que la embargaba, cuando se pensaba explicándole sobre su vida sexual. Necesitaba serenarse, no podría concretar una aclaratoria exitosa en esas condiciones.

Aceptó el destino inmediato que le asechaba, se sumergió en su propia lástima, compadeciéndose y entre sollozos, permaneció en la oscuridad. Cerró los ojos intentando calmarse, le resultaba bochornoso recordar cómo, horas antes, había tenido la osadía de preguntar qué tendría de malo Clemente, cuando la que estaba jodida era ella. En cierta forma, se dio por vencida al pensar que todas sus relaciones estaban destinadas al fracaso.

Clemente, no dudó en retroceder a penas Bel se deshizo de su abrazo y se mostró hostil ante cualquier acercamiento. La vio vestirse apresurada e irse, a pesar de que él insistió en que no lo hiciera y que se quedara para conversar. Desde entonces, había pasado más de veinticuatro horas, era domingo por la noche y él seguía dándole vueltas a lo sucedido sin saber de Bel, que no había respondido el mensaje que le había enviado un par de horas antes. Revisó el celular por enésima vez en la última media hora, seguía sin tener la notificación de que el mensaje había sido entregado. Se decidió a llamarla y fue entonces que se percató de que tenía el teléfono apagado.

Negó con la cabeza, la incertidumbre se lo estaba comiendo, minándole la mente de preguntas sin respuestas. No quería pensar en la razón más obvia, pero lo estaba haciendo. Caminó en círculos por el apartamento, estaba tan ensimismado y enfrascado en pensarle, que optó por no bajar a la tienda a trabajar, porque ahí parecía un zombi, no conseguía concentrarse en nada que no fuese en la piel nívea de Bel cubierta de sudor, de su sudor.

Todo lo vivido con ella parecía mentira, algo que nunca sucedió en realidad, que solo soñó por un momento y después se esfumó, como el humo de una colilla de cigarro en el suelo. Sin embargo, la reminiscencia dolorosa que se le conglomeraba en el abdomen bajo, debido al esfuerzo durante el vertiginoso acople, le recordaba que sí, que todo había sido real, que no fue parte de ningún sueño exageradamente lúcido, que él estuvo entre esos muslos, que el penetró ese lindo coño. Pensar en todo eso, lo estaba haciendo perder un poco la razón. Aun podía sentir la contraerse alrededor de su miembro, escucharla gemir desesperada, respirando acelerada en busca de aire. Por desgracia, también podía recordarla llorando desahogada.

«¿Qué diablos pasó?», pensó.

Esa había sido la única línea de pensamiento que le había recorrido la mente, una y otra vez, desde la tarde anterior. Parecía haber hecho absolutamente todo en piloto automático desde entonces, había ejecutado toda su rutina laboral como un proceso alterno en el que no reparó demasiado, porque la duda no lo dejaba en paz. Una voz en su cabeza le daba un informe crítico y por demás razonable sobre, por qué era mejor mantenerse alejado de una chica que enloquecía en

pleno coito, mientras que otra, esa que se conectaba visceralmente con su ser, le decía que la buscara, que le preguntara sobre lo sucedido.

«Es ilógico, ella parecía estarla pasando de maravilla, ¿por qué se puso así? Sino consigues saber lo que pasó, esto no te va a dejar en paz por mucho tiempo. Búscala, pregúntale, ¿qué es lo peor que pueda ocurrir? ¿Qué no vuelvas a verla? Pues eso ya parece estar sucediendo, no pierdes nada...».

Era así de práctico, no se mataba a pasiones con indecisiones, no batallaba demasiado con sus antojos o deseos, se liberaba así mismo cada vez que lo necesitaba. Si quería hacer algo, lo hacía sin darle demasiadas vueltas. Tomó las llaves de la camioneta, bajó los escalones de dos en dos apresurado y condujo hasta la casa de Bel. Al llegar, analizó la fachada, a diferencia de las demás viviendas de la cuadra, esta no tenía los faroles encendidos. Era notorio que no estaba. A pesar de ello, decidió cerciorarse y bajó de la camioneta para tocar su puerta.

Las ventanas estaban cerradas, al igual que las cortinas. La suposición de que Bel no estaba cobró fuerza al no escuchar sonido alguno. Miró el borde de la puerta, por el que se colaba una luz desde el interior. En vista de que no tenía nada que perder, decidió tocar el timbre, no obstante, no llegó a ejecutar tal acción, ya que escuchó el sonido de una sucesión de estornudos. Eso le emocionó y sin pensárselo dos veces, llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Quién? —Le escuchó decir con un tono de voz nasal muy bajo.

—Clemente.

Un silencio se hizo al otro lado de la puerta.

—Me encuentro fatal, ¿podemos hablar otro día?

—¿Qué tienes?

—Me enfermé, tengo un resfriado terri... —Bel no consiguió terminar la frase porque sufrió un ataque de estornudos espasmódicos—. Un resfriado terrible.

Eran bastante obvios los motivos de su enfermedad. Pasó de estar calentita entre los brazos de Clemente, a vestirse con prendas húmedas y caminar con desespero bajo la lluvia y la brisa fría.

—Abre la puerta por favor —pidió con dulzura.

—No, no quiero contagiarte —expresó compungida.

—No lo harás, abre, por favor.

—Me da vergüenza verte y me veo horrible.

—Por favor, ¡abre! —insistió, en serio quería verla.

Bel abrió la puerta, pero no quitó el pasador de seguridad. Asomó la carita pálida y ojerosa a través del resquicio, tapándosela en parte con un pañuelo desechable. Se veía muy demacrada. La pobre había llegado a la conclusión de que no podía irle peor en la vida, tras experimentar semejante bochorno con el señor Barba, sin saber que esta le demostraría lo contrario. Así fue como amaneció con un terrible malestar corporal, seguida de los primeros síntomas menstruales. La mala suerte se había enamorado de ella.

—Bel... ábreme, por favor —dijo mirándola a los ojos con amabilidad.

—¿Para qué, Clemi?

—Quiero que hablemos, quiero... —Se interrumpió suspirando con pesadez al sentirse frustrado—. Mira, lo último que quiero hacer es molestarte, pero, ¿en serio vas a hacerme hablar a través de la puerta como un perfecto imbécil?

Esas palabras hicieron reconsiderar a Bel sus acciones. No quería abrirle porque se moría de la vergüenza por lo ocurrido, sin embargo, pensó que él siempre había sido muy educado con ella, por lo que se merecía que fuese consonante, en especial, luego de dejarlo con la palabra en la

boca el día anterior. Quitó el pasador de la puerta y se apartó para que él pudiese pasar. Teniéndolo cerca, no podía evitar ponerse nerviosa e incluso, emocionarse, disolviendo un poco el abatimiento y la desolación en que se encontraba antes de su llegada.

Clemente entró y encontró la casa en penumbras, la única luz procedía de la cocina, en donde, por el aroma que se percibía en el ambiente, se estaba cocinando algo. Se acercó a Bel conmovido por lo mal que lucía.

—¿Estás bien? No debiste irte así ayer, mira no más, te has enfermado —señaló buscándole la mejilla con los dedos—. ¡Bel, estás hirviendo! —exclamó al sentirla afiebrada.

—Discúlpame por lo que pasó ayer.

—Hablaremos de eso cuando estés mejor, ahora tienes que descansar, ven, vamos arriba. Quítate eso —dijo, refiriéndose a una pesada frazada que ella llevaba consigo.

—No, tengo mucho frío —expresó caminando entre estornudos hasta la cocina, para apagar la estufa de la sopa, que ya estaba lista.

Clemente se situó detrás de Bel y posó la mano abierta sobre su frente sudorosa. Estaba exageradamente caliente y muy enferma. Ella cerró los ojos al sentir como él encajaba el pecho contra su anatomía. Parecía que su sola presencia le mejoraba el día.

—Necesitas un baño —indicó tomándola por los hombros para hacerla girar y encararla—. Vamos, te ayudaré.

—Clemi, no —lloriqueó—, tengo mucho frío, no me quiero bañar.

—No me digas así —dijo en tono dulce, desarmándola por completo.

La tomó de la mano, encaminándola hacia las escaleras, ayudándola a subir. La condujo hasta el baño, abrió el grifo del agua de la ducha, la temperó hasta que salió tibia y se giró hacia ella, para quitarle la frazada.

—Vamos, tienes que bañarte —pidió serio, regañándola.

—¿Qué haces aquí, Clemente? No deberías estar conmigo después de lo que pasó ayer —expuso bajando el rostro, el sentimiento de humillación persistía en acompañarla. Él ignoró el comentario, tomando el borde de la camiseta para subirlo—. Oye no, yo puedo hacerlo solita.

—Solo quiero ayudarte. Ya te vi desnuda —comentó, dulcificando el timbre de su voz con una sonrisita de lado.

Bel volvió a bajar el rostro muriéndose de vergüenza.

—Sí eso ya lo sé. Déjame ir por un pijama y me daré un baño.

—De acuerdo, pero prométeme que no abrirás más la llave del agua caliente.

Ella hizo un puchero que le causó gracia y la siguió a la habitación. La vio buscar todo lo que necesitaba para volver al baño. Pasados unos segundos, la escuchó gritar una maldición, seguramente, cuando entró al agua y la sintió helada. No pudo evitar reírse un poco, aunque sabía que la pobre la estaba pasando fatal. Diez minutos después, escuchó cómo salía de la ducha.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó a través de la puerta.

—No, yo puedo, gracias.

Bel se vistió con movimientos lentos, le dolía todo el cuerpo y estaba a punto de perder la razón, estornudaba tan seguido, que sentía que se le sacudía el cerebro cada vez que lo hacía. Era todo un espectáculo de ojeras y mucosidad. Lucía demasiado pálida y descompensada.

«¿Qué otra cosa debó agregar a la lista de bochornos con Clemente?», pensó mientras intentaba adecentarse un poco, cepillándose el cabello, para después desechar rápidamente esa idea. No debía atraer más a la mala suerte, estaba visto que se estaba encariñando con ella, era mejor no tentarla. Salió del cuarto de baño e intentó caminar lo más rápido que le permitió su resfriado, para dirigirse a la cama. Anhelaba meterse debajo del edredón, titiritaba de frío.

—Hey, la gata gorda —dijo Clemente refiriéndose al pijama de Pusheen que ella llevaba.

—No está gorda —rezongó, casi en un susurro.

—No, no señorita, no debe arrojarse tanto. —Le quitó el edredón con el que ella se había cubierto hasta la barbilla, dejándola taparse solo hasta la cintura. Bel lloriqueó, pero finalmente aceptó su imposición—. ¿Qué medicamento estás tomando?

—Paracetamol.

—¿Solo eso? —Bel asintió—. ¿Tienes un antialérgico por aquí? —Ella negó con la cabeza—. Necesitas uno para esos ataques de estornudos. Iré a la farmacia, ya vuelvo.

—No, Clemente, por favor, no es necesario, ya siento suficiente vergüenza contigo.

—¿Qué se supone que haga? ¿Qué deje a la chica que me gusta enferma y sola?

La miró dedicándole una de esas sonrisas de medio lado y le acarició el cabello con profusa dulzura.

—Ay Clemi, ¿por qué eres tan bello conmigo? —preguntó al sentir que no se merecía tantas atenciones.

Bel era muy presta para cuidar de otros, pero era pésima para recibir atenciones en condiciones normales, así que recibirlas estando enferma y de parte del señor Barba, le estaba costando el doble.

—Me llevaré tus llaves. Ya vuelvo, nada de arrojarte más.

—De acuerdo, gracias. En la entrada está guindado un juego de llaves extra. Toma ese.

Clemente volvió veinte minutos después. Había hablado con el farmaceuta para que le recomendara un buen antialérgico y uno de esos téis compuestos de antipiréticos y otros añadidos para ayudarla a dormir. Sirvió un bol de sopa de pollo, para finalmente subir a la habitación de Bel donde la ayudó a comer e hizo que tomase la medicación.

—¿Estás mejor? —dijo, acariciándole la mejilla con cariño, para luego retirar el plato vacío de sopa de su regazo.

—Mucho, gracias por salvarme.

—No tienes nada que agradecer —respondió con mucha sinceridad, escrutándola. No entendía por qué ella se desvivía en agradecimientos de esa manera.

—Perdóname por lo de ayer —murmuró con un timbre de voz que expresaba muchísima tristeza y que conmovió por completo a Clemente.

—No tengo ni idea de lo que pasó, pero deja de pedirme perdón. No mataste a nadie, solo te pusiste a llorar. No pasa nada. —Ella cerró los ojos, como si recordar lo sucedido le resultara doloroso—. No te mortifiques más por eso.

Bel negó con la cabeza.

—Todo se arruinó por mi culpa —dijo cabizbaja.

Clemente, frunció el ceño al oír la manera en que decía eso. No supo si su tono de derrota era a causa de la enfermedad o porque, en serio, veía las cosas de esa manera.

—A ver... Solo fue algo que ocurrió y ya... No quita el hecho de que la pasamos muy bien juntos en nuestra cita, ¿No crees? —preguntó alzándole la barbilla para que sus miradas se cruzaran. Ella asintió mordiéndose los labios, así que se los acarició con el pulgar para que dejara de hacerlo—. Hablaremos de eso cuando estés mejor. ¿Dónde está tu teléfono?

—Mmm, no sé —respondió buscándolo entre las sábanas.

—Llama a tu jefe, dudo mucho que estés bien para ir a trabajar mañana. —Clemente conectó el teléfono que se encontraba descargado, para que ella pudiera efectuar la llamada.

—Tienes razón, lo había olvidado.

Bel llamo a André para explicarle sobre su reciente cuadro de resfriado, que la convertía en

una incubadora de gérmenes, por lo que no podía estar cerca de las bocas abiertas de pacientes dentales. Este, con mucho pesar, le dijo que volviera al trabajo cuando estuviese recuperada. Odiaba trabajar sin ella.

—Gracias por todo —insistió Bel, colocando el teléfono en la mesa de noche.

—Deja de agradecerme. —Le tocó la frente—. Mierda, nada que se te baja la fiebre.

—Ya se me bajara.

Clemente le descubrió la otra mitad del cuerpo y puso mala cara al ver que se había puesto unos calcetines gruesos. Le levantó los pies y se los quitó sin importar los reproches de Bel.

—Qué rebelde es, señorita.

—Tengo frío —lloriqueó.

Él le acarició los pies, calentándoselos con las manos.

—Tienes unos pies muy bonitos.

Bel tenía un malestar corporal severo, aun así, no era inmune al tacto de Clemente, que le generaba un estremecimiento eléctrico que le recorría la dermis a placer. Le resultaba inevitable percibir cómo sus mejillas se calentaban, cada vez que él la miraba con sus insondables ojos negros. Se moría de ganas de besarlo de nuevo, pero no quería contagiarlo.

—¿Te puedo hacer compañía? —preguntó refiriéndose a acostarse en la cama, a lo que ella asintió sin duda alguna, apartando el edredón con una sonrisa que a él le encantó ver.

Clemente se sacó la camiseta, con un movimiento certero, despeinándose en el proceso. Ante aquel espectáculo inesperado, Bel lo miró sin demasiado recato, mesmerizada ante la imagen de su pecho desnudo. Después se bajó los pantalones, desvestiéndose hasta quedar vestido solo con unos calzoncillos a medio muslo, que ella opinó, le quedaban de maravilla, ya que le enmarcaban muy bien el trasero. Caminó hacia la cama, con ese porte sensual, natural en los hombres seguros de sí mismos que no son conscientes del todo del efecto que producen.

—¿Puedo encender la televisión?

La petición le fue concedida con un breve asentimiento. Clemente se dedicó a buscar algo que ver, cambiando los canales, hasta seleccionar el canal de historia que transmitía un documental sobre nazis. Luego subió el brazo y se palmeó el pectoral, expresándole, tácitamente, a Bel que deseaba que se acostará en su pecho. Ella aceptó encantada y apoyó la cabeza en el lugar señalado, para dejarse rodear por su abrazo.

—Mmm, que rico, estás calentito —dijo refregando la mejilla contra su pecho, metiendo los pies, que sentía exageradamente helados, entre las piernas de Clemente—. ¿No te quejaras de que te estoy pegando mis pies fríos?

—No están fríos, estás hirviendo —contestó dándole un besito cariñoso en la frente, percatándose de que ella no parecía una persona acostumbrada a recibir atenciones.

Bel posó los labios sobre el pectoral, tomándose su tiempo para depositarle un beso en la piel tibia. Luego echó la cabeza hacia atrás, pues la alergia la obligaba a remitir. El gesto le transmitió a Clemente un tipo de intimidad que no acostumbraba a experimentar y que le produjo un calorcito en el pecho muy agradable. A pesar de lo ocurrido, no se generó entre ellos ningún tipo de incomodidad, estaban bastante a gusto en los brazos del otro, aunque ella fuese masoquista y no parara de darle vueltas en su mente. Se recordó aferrada a su cuerpo, jadeando de placer. «¿Por qué se tenía que dañar todo? ¿Por qué?! No es justo, sólo quería un orgasmo, uno solo, pero con él adentro... muy adentro», pensó mientras apoyaba la mano con delicadeza sobre su pecho, acariciándole el vello oscuro que lo adornaba.

En algún punto, Bel se quedó profundamente dormida. Clemente bajó para prepararle el té antipirético dejándolo sobre la mesa de noche. La despertó para que se lo tomase, sin que ella le

prestase mucha atención. Le anunció que se marchaba, porque ya era hora de cerrar la tienda, avisándole de que se llevaría el juego de llaves con el propósito de volver y asegurarse de que estuviese bien.

Tras culminar la jornada laboral, subió a su apartamento para comer algo rápido y darse un baño. Al regresar a casa de Bel, la encontró sudando, muy afiebrada. El té seguía intacto. La ayudó a incorporarse para que pudiera tomarse la bebida que ya se había enfriado y a pesar de sus protestas, encendió el aire acondicionado de la habitación, explicándole que debía desvestirla. Ella lloriqueaba, mientras él le insistía que era por su bien. Le quitó el pijama en compañía de las medias gruesas que se había puesto de nuevo. Le colocó una compresa empapada de agua fría en la frente, para, finalmente, acostarse a su lado. Configuró la alarma en el teléfono para levantarse temprano, anunciándole que pasaría la noche a su lado, porque le preocupaba dejarla sola.

Horas después, la imperiosa necesidad de ir al baño despertó a Bel. La fiebre se le había pasado e inclusive, respiraba mejor gracias a que el antialérgico había hecho efecto. Al moverse para salir de la cama, se percató de un par de detalles. El primero, era que estaba desnuda, a excepción de sus pantys de algodón; el segundo y más importante de todos, era que sentía el pulgar de Clemente entre sus pechos, mientras que le rodeaba uno con la palma de la mano. La había abrazado dormido, así que lo notaba pegado a la espalda, al trasero y a las piernas.

Con cuidado de no hacer ruido, tanteó en la mesa de noche, encontrando su teléfono. Al encenderlo, hizo una mueca, la luz de la pantalla la cegó, pestañeó un par de veces hasta que se acostumbró, siendo capaz de mirar la hora. Eran pasadas las cuatro de la madrugada. Se levantó de la cama con movimientos muy lentos para no despertarlo, caminó en la penumbra hasta llegar al baño. Al encender la luz, se encontró con su reflejo en el espejo, sorprendiéndose de su aspecto. Bel no recordaba que alguna vez hubiese dormido así, casi desnuda, siempre lo hacía, mínimo, en camiseta. Se tapó el rostro con las manos como solía hacer cuando se sentía sobrepasada y luego de inhalar profundo, se dirigió a usar el baño. Tras cambiarse la compresa, se lavó el rostro y los dientes, volviendo a encontrarse con su reflejo. Se aplicó bálsamo en los labios para evitar que se le agrietaran, mientras se miraba las mejillas demasiado sonrosadas a causa de la fiebre o, tal vez, por cierto, hombre que dormía en su cama.

Retornó a la habitación, tomó su teléfono y alumbró la mesa de noche en busca del vaso de agua. Tomó pequeños sorbos, entretanto, con la ayuda de la luz de la pantalla, lo detalló entre las sábanas. Clemente había cambiado de posición en su ausencia, yaciendo boca arriba, con un brazo sobre la cabeza y el otro a un costado. Dormía tranquilo, con la respiración acompasada. Le pareció que, con el rostro relajado, su semblante adquiría nuevos matices que lo hacían lucir mucho más atractivo. Al dejar el vaso en su lugar, encontró el pijama doblado a un costado junto a la lámpara y por un momento pensó en vestirse, pero desechó la idea. Se metió a la cama, acostándose de medio lado, recostando parte de su torso sobre el pecho de él. Suspiró, ante la sensación de alivio que encontraron sus pezones endurecidos al entrar en contacto con la piel tibia de él que se movió abrazándola.

—¿Te sientes mejor? —preguntó adormilado.

—Sí, ya se me pasó la fiebre —contestó arrastrando el edredón sobre el cuerpo de ambos—. Gracias por cuidarme.

—Deja de agradecerme.

Bel cerró los ojos, disfrutando del contacto. Le encantó tenerlo consigo en la cama de esa forma y aunque sentía la nariz congestionada, consiguió dormirse de nuevo, algunos minutos después.



La alarma sonó despertando a Clemente, que se apresuró a desactivarla antes de que hiciera lo mismo con Bel. La tenue claridad del cielo se filtró por la ventana, permitiendo que sus ojos fuesen capaces de distinguir ciertos contornos a su alrededor, incluyéndola a ella, que dormía serena a su lado, apoyando el muslo encima de su pelvis. Posó la mano sobre este, acariciando la sedosa piel sin que ella se inmutase, no estaba caliente, así que se alegró de que se encontrase mejor de salud, luego lo echó a un lado con cuidado para poder levantarse. Encendió la luz de la lámpara de noche que tenía próxima para vestirse, mientras la miraba dormir absorta. El semblante de enferma comenzaba a disiparse y tomó una foto mental de lo adorable que lucía con los labios entreabiertos y el cabello oscuro cayéndole por un costado del rostro. Se acercó para arroparla mejor, los pechos sobresalían del edredón, mostrándole un par de pezones rosados muy bonitos que tapó con cuidado para no despertarla.

Bajó las escaleras y escribió una nota en la libreta del refrigerador, avisándole que volvería más tarde. No quiso despertarla para que cerrase la puerta, así que no tuvo más remedio que llevarse de nuevo un juego de llaves. Condujo hasta la tienda, cavilando lo ocurrido. La visita había resultado infructuosa en cuanto a disipar el misterio del llanto en pleno coito, pero, al menos, supo que la razón para que no le contestara el teléfono era de peso y no porque quisiera ignorarlo. Consideró que lo más apropiado sería tomarse las cosas con calma con Bel, por eso se reprimió toda la noche de besarla, aunque ganas no le faltaron en ningún momento. Solo le dio un beso en el hombro cuando estaba profundamente dormida.

Subió hasta su apartamento para lavarse los dientes y cambiar su ropa por una de trabajo. Se abotonó la camisa, admitiendo que le había encantado dormir con ella a pesar de que estuviese hirviendo por la fiebre. Sin importar lo ocurrido, la atracción que sentía por la chica del bidón de leche no se disipaba, al contrario, le gustaba lo fácil que le resultaba la intimidad con ella, incluso, aunque se estuviese gestando demasiado rápido.

A Clemente le costaba dejar entrar a las mujeres a su entorno. Sarah consiguió hacerlo un poco más cuando establecieron una relación de noviazgo y si lo analizaba con detenimiento, comprendía que todo había sido obra de la costumbre. En cambio, con Bel había dormido como si fuesen pareja desde hacía meses, algo por completo atípico, ya que era un hombre muy reservado con sus relaciones casuales. Si bien, era lanzado para conquistar y llevarse mujeres a la cama, el mostrarse tal como era o dormir juntos con aquel tipo de familiaridad, era otro asunto. Bel le representó un misterio desde un principio, no obstante, una parte de sí le decía que tuviese cuidado, se había prometido, en un pasado, no volver a lidiar con mujeres con demasiado equipaje sentimental, con ella sucedía que quería quedarse a descubrir lo que la aquejaba. Tener ese tipo de claridad, también le resultó infrecuente, pero no deseaba quedarse a pensar demasiado en ello, al final del día, prefería lidiar con las cosas sobre la marcha, así que inició su día laboral como siempre.

Al medio día, pasó por el pequeño comedor en donde los empleados se turnaban para almorzar. Le preguntó al cocinero sobre el menú del día y le pidió que le preparara dos porciones para llevar. Recogió algunos jugos de frutas del refrigerador de la tienda, para luego dirigirse a casa de Bel. Al llegar, se percató de una camioneta en el estacionamiento, así como a un hombre moreno en muletas, parado el umbral de la puerta de la entrada. Divisó a Bel de pie a su lado, cruzada de brazos, en pijama, con una bata gruesa encima y con muy mal semblante. «Seguro tiene fiebre de nuevo», pensó.

Se estacionó y caminó en su encuentro, cruzándose con un hombre que aguardaba dentro de la camioneta, que le dirigió una mirada displicente en toda norma y que también fue reproducida por el hombre que hablaba con Bel, que lo estudió, sin disimulo, de arriba abajo. Clemente saludó con un simple: «Buenas tardes» que solo Bel contestó con una sonrisa nerviosa y una mirada apagada.

—¿Cómo te sientes, preciosa? —preguntó con dulzura, tocándole la frente ante la atenta mirada de Carlos.

—Estoy un poco mejor, gracias.

—Te he traído el almuerzo. Deberías estar descansando.

—Sí, ahorita me acuesto.

Clemente se giró hacia Carlos, que lo miraba con desdén mientras se preguntaba: «¿Quién rayos era ese tipo? ¿Qué hacía llegando como perro por su casa y por qué Bel parecía tan idiotizada cuando le hablaba?».

—Carlos Montalbán. —Extendió la mano hacia el barbudo, cuando notó que Bel no pretendía presentarlos.

—Clemente Nicolau —respondió estrechándole la mano con fuerza.

—¿Y de dónde se conocen? —dijo Carlos, como si estuviese en condiciones de preguntar—. Debe ser un amigo nuevo —continuó con ironía mirando de mala manera a su exnovia.

—No, no somos amigos —contestó Clemente con cierto tono burlón, solo con el propósito de fastidiar a aquel hombre que se creía con el derecho de tratarla mal—. ¿Necesitas algo? Porque si no lo has notado, Bel está enferma y debe descansar.

Bel miró atónita a Clemente, la manera en que estaba manejando la situación era algo que no se esperaba. No sabía ni qué decir y aunque, el detalle de hablar por ella se le hizo una exageración, que rayaba en el machismo, le gustó sentirse respaldada de esa manera y, sobre todo, disfrutó de la expresión de estupefacción de Carlos.

—Vendré en otro momento cuando te sientas mejor, para que pongamos las cosas en orden —dijo el moreno visiblemente irritado.

—¿Cuándo te vas a llevar tus cosas? —preguntó Bel valerosa, apuntando hacia las cajas de la entrada.

—Qué te puedo decir, tal vez cuando termine la fisioterapia y vuelva a caminar como es debido. ¿Recuerdas que tuve un accidente? ¿O ya se te olvidó? —expresó altanero, recordándole de esa manera que la culpaba por aquella circunstancia.

—Yo puedo llevar las cajas a la camioneta y terminamos con todo esto en vista que tu amigo no puede ayudarte.

—No hace falta —contestó Carlos tajante—. Además, Bel y yo tenemos asuntos inconclusos.

Bel advirtió que, si cedía ante los requerimientos de su exnovio, perdería el terreno ganado tras su separación. Decidida, echó los hombros hacia atrás en pro de enfrentar la que ocurría, pero justo antes de hablar se quedó atónita al percatarse de la expresión seria de molestia de Clemente, que no parecía para nada interesado en disimular. Lo que no sabía, era que en realidad se estaba poniendo un poco celoso. Optó por hacerse la desentendida de momento y se dirigió a Carlos que la miraba expectante.

—Sabes muy bien que no tenemos nada más que hablar. Al menos, a mí me quedó muy claro después de verte en el hospital con... ¿cómo es que se llama? ¿Verónica?

Carlos la miró estupefacto, sintiéndose indignado y humillado, de que Bel ventilara sus intimidades delante de un completo extraño, que tenía la osadía de darle a entender que tenía que largarse del que él aún consideraba su hogar. El coraje lo hizo respirar agitado, mientras los celos lo envenenaban nublándole el entendimiento.

—Quiero los pendientes de mi abuela, ya sabes, tienen que permanecer en la familia —dijo orgulloso, entre dientes.

—Iré por ellos, ya te los entrego —explicó Bel, caminando hacia la escalera.

—¿Entonces? Llama a tu amigo y te llevas tus cosas de una buena vez —insistió Clemente.

—¿Y tú quién coño te crees que eres? No te metas en nuestros asuntos.

—Soy su novio —mintió Clemente, con el propósito de ayudarla, bien sabía que ella ya no lo quería.

Carlos soltó una risita sarcástica.

—¿Novio? Sí claro... Pues pobre de ti, no te estas llevando precisamente un premio. Mira que es problemática esa mujer.

—¿Si es tan problemática, por qué no terminas de llevarte tus cosas de una buena vez y la dejas en paz?

—¡Eso no es tu problema! —exclamó furioso.

Clemente tomó una de las cajas, pero Carlos le impidió el paso.

—No hace falta, déjalo —dijo despectivo y salió a llamar a su hermano, quien entró a la casa para tomar una caja, cuando Bel venía bajando las escaleras.

—Aquí tienes los pendientes. —Bel extendió la mano para entregárselos a Carlos que la miró de mala manera.

—Yo con Victoria no tenía nada, pero mira con qué moral me críticas cuando ya andas con otro tipo. —Alzó la voz, colérico.

—Vete por favor. La última vez que nos vimos, me dejaste bien en claro que preferías otras compañías. No entiendo para qué volver aquí.

Carlos se rio con indignación, justo cuando su hermano entraba de nuevo para seguir sacando sus pertenencias.

—Yo me esperaba esto de cualquiera menos de ti, Bel, pero ya ves, quien menos te imaginas termina dándote una puñalada por la espalda. ¿Cómo es posible que ya estés con otro hombre?

—Sera mejor que te vayas —dijo Clemente serio.

Carlos negó con la cabeza, pensando que Bel era una zorra estúpida. Se sacó la copia de las llaves de la casa y la tiró sobre el sofá. Salió por la puerta con ayuda de las muletas, mientras su hermano terminaba de sacar las últimas cajas. No obstante, su naturaleza histriónica y dramática no le dejó irse sin más, por lo que giró a mirar a Bel en el último momento.

—Siento lástima por ti —dijo dirigiéndose a Clemente—. No sabes en lo que te estás metiendo, es aburridísima. —Continuó insidioso, movido por el deseo de lastimarla.

Bel quiso caminar hacia Carlos e insultarlo, pero sintió la restricción de las manos de Clemente que la abrazó contra su pecho. Él cerró la puerta, mientras ella rabiosa no conseguía lidiar con el bochorno que experimentaba. Tenía que agregar a la lista de vergüenzas, el que su exnovio dijese estupideces justo delante de él. La carcomió el odio, el rencor y la impotencia. Respiró profundo cuando le escocieron los ojos, se negaba a llorar de nuevo en su presencia.

—Déjalo ir, no vale la pena —dijo a su oído, molesto por la actitud de Carlos al que calificó de inmediato como canalla—. Contestarle es solo darle material para que te responda y no te deje en paz. Ya se fue, tranquila.

Bel echó la cabeza hacia atrás apoyándola contra su pecho.

—Lo siento... No tenías por qué soportar todo esto... Yo... lamento que tuvieses que presenciarlo.

—No tienes que disculparte...

Bel cerró los ojos, dejándose abrazar por quien conseguía transmitirle una seguridad que nunca

había experimentado con ningún otro hombre. Reflexionó que, a pesar de todo lo que le había sucedido en los últimos días, seguía ahí sin abandonarla cuando no tenía motivos para actuar de esa forma. Percatarse de eso, solo consiguió que comenzara a sentirse mucho más atraída por él y para qué negarlo, un poquito ilusionada. Decidió que lo primero que haría cuando se mejorara, sería devolverle todas las atenciones que había tenido con ella como se merecía y como tanto anhelaba hacerlo.

CAPÍTULO 12

Miró a la nada, enfocando la vista en la ventana de la habitación que le mostraba las distintas tonalidades del crepúsculo, intentando mantener la mente en blanco para no escuchar a su madre parlotear sin cesar. Se arrepentía de haberle contado a su padre sobre su enfermedad, propiciando el encuentro, no se imaginó que su madre lo acompañaría. Casi nunca la visitaba y cuando lo hacía, parecía incapaz de no criticarle algo. En esa ocasión, se distrajo revisando las distintas prendas de su guardarropa, quejándose para variar de sus camisetas de unicornios, de gatitos o de cualquier cosa que pensase, no era apropiado para una mujer adulta. Su padre, en cambio, permanecía impasible viendo la televisión, ambos habían desarrollado la habilidad para desconectarse de la realidad en la que Deborah necesitaba acaparar todo, teniendo la voz cantante.

La presencia de su madre se volvía a cada minuto más insoportable, cuando pensaba en que había declinado la visita de Clemente para estar con sus progenitores. Lo que creyó que sería una tarde amena con su padre, se había convertido en una experiencia desagradable debido a que Deborah no paraba de hablar de Carlos y las medidas que debía tomar para recuperarlo, sin importarle que Bel le explicase que habían terminado definitivamente. Sin duda alguna, habría preferido los cuidados del señor Barba, que la acurrucaba, dejándola dormir sobre su pecho como la tarde anterior, luego de que su exnovio se marchara. Para qué negarlo, a pesar de la congestión nasal, de la fiebre, del dolor en el cuerpo, le encantaba sentirlo cerca. Verlo sin camiseta, le daba ánimos para recuperarse y salir adelante.

Se distrajo de aquella tortura, leyendo el mensaje que le había enviado Clemente preguntando por la gatita gorda de su pijama. Sonrió y tecleó una respuesta graciosa.

—¿Con quién hablas? —preguntó Deborah al verla así de ensimismada con el teléfono en las manos.

—Con nadie —respondió incómoda, levantándose con la excusa de ir al baño.

Cuando sus padres se marcharon, Bel se sentía un poco descompuesta. Si bien, su padre le había llevado comida y la había consentido con una buena infusión caliente, la compañía de su madre solía dejarla exhausta. Era demasiado controladora y asfixiante. A veces, le parecía increíble que compartieran material genético. Agotada se fue a la cama.

El miércoles por la mañana consiguió reincorporarse al trabajo. Por la tarde, al salir del consultorio, se dirigió a la peluquería de Marcelo, que se abstuvo de visitarla debido al resfriado descomunal que la invadía, por lo que no habían tenido oportunidad para diseccionar todos los detalles de la cita que había tenido con Clemente. Sabía que su amigo no dudaría en hacerle mil preguntas así que se desvivió contándole todos los detalles sobre la primera parte de la velada.

—¿Y después que pasó? ¡Cuéntame! —exigió Marcelo, indignado de que ella no continuara con el relato de lo sucedido, después de que bajaron las escaleras hacia el apartamento, a causa de la lluvia.

—Ya te dije, lo hicimos.

—Pero, cómo, o sea, yo necesito que tú me des los pormenores de la extensión y el grosor de todo el cariño que él te dio, ¿se entiende? —Bel se rio—. Nena, que tengo tres años con Esteban,

ya a estas alturas de mi vida, necesito que me des detalles jugosos sobre tu experiencia con ese hombre para emocionarme un poco. Para recordar cómo es eso de la taquicardia corporal de la primera vez.

—Ay sí, el que tiene cuarenta años con la misma persona, exagerado. Eres un metiche y ya —dijo mofándose de Marcelo.

—¿Ya? ¿Te sientes mejor por restregármelo en la cara? Obvio, soy un metiche, ahora, ¡dímelo todo!

—Me levantó y me sentó en la mesa del comedor y... lo hicimos.

—¡Madre mía! —gritó Marcelo como si le estuviese dando un infarto—. ¿Es un empotrador cierto? Dímelo —continuó tomándola por los hombros, sacudiéndola enloquecido, haciéndola reír—. ¡Dí-me-lo!

—Sí, sí, totalmente.

—¿Y qué más? Cuenta, cuenta, cuenta.

—¿Qué yo me puse a llorar?

—¿Ah? —respondió Marcelo desconcertado.

Bel se ahorró los detalles corporales que su amigo tanto quería saber de Clemente. A diferencia de muchas de sus amigas y clientas de la peluquería, ella prefería no compartir esos pormenores. En cambio, se concentró en contarle lo ocurrido con el llanto, su vida sexual con Carlos y su otro ex, dejando a Marcelo pasmado.

—Nena, pero... qué cosa más triste me estas contando. —Bel se encogió de hombros apesadumbrada, aunque al mismo tiempo se sentía aliviada por contárselo a alguien—. Y... ¿qué pasó después con el señor Barba?

Bel le narró el resto de las vicisitudes experimentadas en los últimos días. El resfriado monstruoso, los cuidados de Clemente, la inesperada visita de Carlos que apareció para decir tonterías y su madre fastidiándola en casa, sin dejarle oportunidad de estar a solas para llamarlo. Bel presentía que las cosas se habían enfriado entre ambos y de cierta manera, se sentía responsable de lograr que todo volviera a calentarse, así que le pidió consejos a Marcelo.

—Pues yo le daría una buena mamada, es que se la merece. —Marcelo tenía una fijación con el tema de las mamadas como muestra de agradecimiento, que hizo rodar los ojos a Bel.

—A ver, para llegar a eso que propones, primero debemos volver a hablar, ¿o qué pretendes? ¿Que vaya a su oficina y me ponga de rodillas?

—¿Y por qué no? —Se rió jocoso.

—En serio, Marce, ayúdame, nuestras últimas conversaciones por mensajes han sido extremadamente amistosas y si algo me ha quedado claro, es que yo no quiero ser amiga de Clemente.

—Aja... Qué bueno que te pasen estas cosas, porque ese día estabas invitándolo al bar como amigo. Ay, es que no sabes todo lo que tuve que contenerme para no abofetearte y gritarte: ¡Estúpida, reacciona que este hombre te encanta!

—Pero es que había terminado con Carlos hacía poco. Y no... —Lo miró de reojo cuando sintió que iba a interrumpirla—, no era porque le estuviese guardando luto a ese imbécil, era por mí. Necesitaba tiempo para procesar las cosas y fue lo correcto, porque luego Clemente me invitó a salir y yo no tuve ni ápice de duda de que me apetecía hacerlo. Cada uno hace las cosas a su ritmo.

—Yo sé nena, pero es que... ¡El tipo está muy bueno! —exclamó tomándola de nuevo por los hombros sacudiéndola.

—Bueno, bueno —se separó de su amigo—, sin violencia, por favor. En fin, tú, gurú del sexo

y del amor, dime, ¿qué hago?

—¿Cómo que qué vas a hacer? Llámalo, invítalo a tu casa y te lo coges.

—No sé por qué, por un momento pensé que ibas a darme algún tipo de dato o consejo importante, que eso ya me lo figuro yo solita —dijo haciendo una mueca de exasperación.

—Ay, no mi linda, a mí no me estés mirando así. Que, si no, la próxima vez que te corte el pelo te echo un trasquilón, que te dejo como Britney Spears cuando se rapó —bromeó.

—Creo que lo invitaré a cenar esta noche. Préstame tu auto, iré al supermercado —pidió entre risas ignorando aquellas amenazas.

—Vale, me vienes a buscar cuando termines.



Tras abastecerse de víveres, buscó a Marcelo que la acercó a casa un rato después. Ya no le daba tiempo de prepararle algo especial a Clemente, así que optó por dejarlo todo para la noche siguiente. Nerviosa, se sentó en el sofá y decidió escribirle un mensaje para extenderle la invitación a cenar y agradecerle por enésima vez haberla cuidado.

Estaba en el punto de no retorno. La atracción incendiaria que sentía por él, la conducía a concluir que no había deseado tanto a un hombre antes. Comprender aquello, logró que su ansiedad destructiva hiciera acto de presencia llenándola de dudas. «¿Y si Clemente no siente lo mismo por mí?», pensó mordiéndose el pulgar. Él había sido muy enfático en reconocer que ella le gustaba, aún lo recordaba diciéndolo en la primera cita: «Te conozco poco, pero me gustas mucho». No obstante, esa declaración ocurrió antes de verla llorando como desquiciada en pleno acto sexual, el sábado por la tarde, o presenciar sus ataques de estornudos asquerosos, el domingo por la noche, o tener que lidiar con un encuentro inoportuno con Carlos, el lunes. Bel se sintió en una posición muy precaria, era él quien se perfilaba como el partidazo, como el hombre apetecible, situación que en el fondo le molestaba, en un pasado, ostentó ese lugar con sus parejas anteriores. Bel no estaba acostumbrada a esa posición secundaria.

Quiso levantar el espíritu, recordándose a sí misma que si alguien tenía suerte era él, era una chica fenomenal. «Una chica fenomenal con una especie de disfunción sexual», pensó segundos después y todo se le vino abajo. La maldita inseguridad le mordía los tobillos como un perro rabioso. En ese momento, entendió que Clemente esperaba explicaciones. La forma en que la tocó y la besó el sábado pasado, le dejó claro que él era un hombre muy de piel, muy visceral. Al que, probablemente, no podría darle largas como a Carlos, que un buen día dejó de preguntar sobre lo que le pasaba. Bel estaba ante una encrucijada: o hablaba o lo perdía.

Tomar la decisión no fue difícil, perder el miedo era otro tema diferente. Tomó el teléfono y valerosa, comenzó a teclear un mensaje.

«Señor Barba, buenas noches, una vez más quería agradecerle por todos sus cuidados y atenciones. Me pregunto si me dejaría resarcirlo con una cena en mi casa, mañana por la noche».

Envío el mensaje y comenzó a dar vueltas por toda la sala impaciente por la respuesta. Miró las manecillas del reloj girar y girar, ansiosa de saber de él, que no le había escrito en todo el día.

«No tienes nada que agradecerme, fue un placer. Mañana no puedo cenar contigo, tengo entrenamiento, pero podría el sábado en la noche si te viene bien».

Inhaló hondo llenando de aire sus pulmones, aliviada de que la respuesta fuese positiva, aunque estuviese posponiendo la cita. Se rió un poco al percatarse como se transustanciaba su ansiedad cuando pensaba en Clemente, convirtiéndose en un anhelo delicioso y efervescente, que la llenaba de ilusiones.

«Entiendo, también me viene bien el sábado. Puedo preguntar: ¿entrenamiento de qué? Bueno, si no te molesta decirme».

Escribió con una sonrisa en los labios.

«Rugby, tengo juego el viernes».

—Joder, juega rugby, claro, claro, qué otra cosa podría practicar un tipo así. Obvio, que un deporte de contacto —dijo en voz alta.

«¿Y por qué no me invitas al juego? Te juro que hago unas porras espectaculares».

Bel se sintió nerviosa tras enviar ese mensaje. No quería presionarlo para que hiciera algo indeseado, por lo que se precipitó a escribir otro mensaje.

«Olvídalo, no tienes que invitarme si no quieres, disculpa lo entremetida».

«Yo encantado de que vayas, pero solo si quieres ir, no tienes que ir por compromiso».

Bel se rio mientras pensaba en eso de: «por compromiso». «No galán, que yo me muero por verte correr, placar a alguien y hacer las formaciones», pensó. Ella nunca había visto un partido de rugby, aunque algo sabía del asunto. Así que decidió ser honesta con él.

«No sabes las ganas que tengo de verte jugando».

—Bueno y de verte sucio en *shorts* también —admitió hablando sola de nuevo.

«De acuerdo, genial entonces, casualmente ni mis padres, ni mí hermana van a este juego, así que iba a estar solo. Tu compañía de seguro me da suerte».

«Entonces con más razón tengo que asistir, seré tu porrista».

«Eso suena muy bien, paso por ti a las seis».

Ah joder, a esa hora no puedo.

«No, yo iré por mi cuenta, a esa hora apenas estoy saliendo del trabajo. ¿A qué hora es el juego?».

«Es a las siete y media, pero yo tengo que estar antes para calentar y otras cosas».

Acordaron verse en club, él le dio una serie de especificaciones sobre cómo llegar al lugar y luego se despidieron. Pletórica, cenó con una sonrisa estirándole los labios. Se fue a la cama llena de alegría y se levantó de la misma manera. El jueves y el viernes le resultaron eternos, aunque llenos de ensoñación. Se sorprendió de que su jefe André expresase lo linda que se veía dirigiéndole una mirada escrutadora de auténtica curiosidad. No le pasó desapercibido el cambio que estaba viendo en su asistente estrella. Siempre le había parecido bonita, pero, en ese momento, le pareció que brillaba. El que la viese no se imaginaría que, había sobrevivido a un resfriado mortal hacía apenas unos días.

—No sé lo que estás haciendo, pero síguelo haciendo —dijo André mientras se quitaba los guantes, dando por finalizada la jornada tras el último paciente de la tarde.

—Estoy llenando la historia de la señora Marta.

—No, no me refiero a eso. Te noto cambiada, estas muy bonita.

—Ah, gracias —respondió sonrojándose—. Debe ser un nuevo hidratante facial que estoy usando. —El jefe de Bel entrecerró los ojos e hizo una expresión de incredulidad sin mencionar nada más al respecto.

—Nos vemos el lunes —dijo afable saliendo del consultorio.

Bel terminó de llenar la historia lo más rápido que pudo. Subió a la bicicleta y pedaleó hasta su casa para darse un buen baño. Aquella plenitud visible en su rostro, a la que se refería André, no era otra cosa que ilusión, la emoción por ver a Clemente de nuevo la hacía brillar. Se miró al espejo mientras se hacía una cola alta en el cabello y se reprendió a sí misma: «disimula, quita la cara de tonta». No podía, le dolían las mejillas de tanto sonreír. Estaba emocionada, no estaba nerviosa, incluso su ansiedad parecía bastante aniquilada, porque la excitación que la embargaba

era poderosa y la llenaba de euforia. Tenía una taquicardia reiterada y continuada que no parecía querer apaciguarse, aunque, a fin de cuentas, no quería que parara. Estaba disfrutando mucho de sentirse de esa forma: viva.

Pensó que, seguramente, así se debían sentir las adolescentes enamoradas. Intentó recordar cómo se había sentido al comienzo de sus relaciones amorosas anteriores y sin discusión, atinó a decir que ninguna había sido tan... intensa. Se detuvo a pensar que era increíble cómo se estremecía con solo pensar en besarlo, no quería imaginarse lo que podría experimentar cuando finalmente la tocara después de tantos días sin verse. Esperaba, anhelaba el encuentro, necesitaba narcotizarse con el tacto áspero de esas manos grandes y masculinas. Deseaba besarlo, abrazarlo y, con algo de suerte, arrancarle la ropa.

Se esmeró en el peinado, se maquilló tenuemente y escogió prendas de vestir cómodas, pero coquetas. Llevaba una camiseta manga larga color rosa, jeans ajustados y unas Converse. Se abrió el primer botón de la camiseta para hacer escote, se puso una chaqueta que le marcaba la cintura y llamó un taxi. Llegó al estadio a las siete y diez de la noche. Lo divisó a lo lejos, preparándose para el partido. Se rio de sí misma al sentir cómo se le tensionaban los músculos, cómo se le apretaba el estómago por solo mirarlo...

«Ay Bel y solo lo estás viendo de lejos...», pensó al tiempo que se mordía los labios intranquila. Respiró profundo, caminando de forma casual frente a él, si por fortuna la veía, de lo contrario se sentaría en las gradas, pero sí la vio, así que cuando lo escuchó llamarla, el corazón le dio un vuelco. Pensó en que, si seguía así, tendría un infarto pronto. Se giró en su dirección, enfrentándolo. Intentando, inútilmente, lucir contenida.

—Señor Barba, ¿cómo está? —preguntó recibiendo el beso que él le depositaba en la mejilla.

—Qué bien hueles —dijo poniéndola por completo arrítmica—. Estoy bien, no tanto como tú, pero bien.

—Qué culo se te ve en esos *shorts*. —Soltó de la nada y él abrió los ojos en señal de sorpresa, para después carcajearse vigorosamente.

—Señorita Bel, veo que se ha recuperado del todo de ese resfriado que la aquejaba, está de lo más osada.

—¿Te molesta? —preguntó coqueta toqueteándole la cinta de tela absorbente que él tenía en la frente, le llamo la atención que tuviera cinta adhesiva negra encima.

—No, encuentro su comportamiento bastante estimulante —respondió perspicaz, mirándola de esa forma que la trastornaba.

Uno de los jugadores llamó a Clemente, así que se apuró a señalarle a Bel donde podía sentarse. Le habló de Marian, la esposa de un compañero, que le estaba guardando un asiento y se marchó, el juego estaba por comenzar.

Clemente la miró subir las gradas y el capitán del equipo aplaudió frente a su cara pidiéndole atención. Debía estar atento, pero ese comentario inesperado de Bel le puso a funcionar la mente en todas direcciones. Que el culo de ella también se veía fantástico en esos jeans, no obstante, se recordó así mismo que debía guardar la calma, que sin importar lo atrevida que ella podía ser verbalmente, era la misma chica que se puso a llorar en pleno coito. Ese pensamiento lo sacudió, haciéndolo volver a la realidad, apaciguando la dureza que se presentaba tirante entre la ropa interior. Se obligó a prestar atención, repasó las jugadas una vez más con el resto de los jugadores, preparándose para el inicio del partido.

—¿Y esa chica? —preguntó Henry, el esposo de Marian.

—Alguien con quien estoy saliendo.

—¿En serio? Debe tener como veinticinco años. ¿Y eso que dejaste de planchar arrugas?

—Henry... —siseó Clemente, molesto—. No es tan joven, tiene casi veintiocho.

—Aun así, es la chica más joven con la que te he visto. Bien por ti, eh —dijo, dándole una palmada en el hombro, para después posicionarse e iniciar el partido.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Cómo que, bien por mí?

—Hermano, no lo dije por mal. La chica es bellísima y por como habla con mi esposa, hasta se nota simpática. No es que pueda decir lo mismo de Sarah.

Clemente miró hacia las gradas confirmando la situación: Bel hablaba animadamente con Marian. No tardó en advertir que la miraba, así que lo saludó con la mano, sonriendo. Él le devolvió el gesto, pensando que el comentario de su amigo era cierto, ella no era para nada como Sarah, aunque no era su intención establecer comparaciones, eran mujeres diferentes en momentos de su vida muy distintos. Con su exnovia, las cosas fueron dándose paulatinamente hasta llegar a una relación bastante cómoda. Con la chica del bidón de leche, algunas situaciones se habían precipitado, otras se le antojaron así de rápido y algunas seguían sin comprenderlas.

Segundos después, el partido comenzó obligándolo a concentrarse. Bel se impresionó de lo rápido que sucedía todo, dictaminando a la brevedad que el rugby era mil veces más emocionante que el fútbol americano, aunque, tal vez, tener especial interés en uno de los jugadores, la llevaba a parcializarse. No despegó la mirada de Clemente ni por un segundo. Lo vio correr, caerse, placar, ser placado, pasar la pelota y hacer las distintas formaciones. Con ayuda de Marian, supo diferenciar algunas y aprendió un poco sobre las reglas. Tras unos minutos, ya Bel cantaba las faltas cuando se hacía un placaje por encima de los hombros o cuando el pase había sido adelantado. Se adaptaba rápido. Cosa que no pasó desapercibida para Marian, con la cual tuvo una química inmediata.

El resto de las personas en las gradas resultaron bastante amables también, algunas estaban ahí por gusto, mirando el partido, otras en cambio se veían fastidiadas y estaban en pro de conversar entre ellas, criticando todo lo que se movía. La distracción del día era Bel, quien no pasó inadvertida para Jessica, una mujer de unos cuarenta años, con la que Clemente tuvo sexo casual una noche, después de alcoholizarse tras un partido. Ella detestó a Sarah, la única vez que vino a la cancha, así que no sería diferente con Bel.

Jessica tenía meses intentando reconectar con Clemente, este le gustó apenas lo conoció. Sabía que tenía novia y no le importaba, pero nunca le prestó demasiada atención hasta que una noche, tras romper con Sarah, sintiéndose solo y algo pasado de tragos, se la llevó a la cama. Era obvio, que a la mujer no le cayó para nada bien la presencia de una chica gritona, que le robaba la atención del hombre que le gustaba.

En cada oportunidad que se le presentó, Clemente desvió la mirada del partido hacia las gradas para mirar a Bel, percatándose de cómo gritaba porras de lo más alegre para animarlo. Era innegable que la situación le encantaba, siempre había querido tener una chica que fuese a verlo jugar, brindándole su apoyo por gusto, no por obligación y ella parecía genuinamente a gusto. En el medio tiempo, se dedicó a hidratarse mientras la miraba de nuevo. No tardaron en cruzar miradas, conectando a pesar de la distancia insalvable.

El juego estaba por reanudarse, cuando Clemente presenció cómo Jessica derramó cerveza en la espalda de Bel a propósito. Dio un paso hacia al frente, queriendo encaminarse hasta ahí, luego depuso con rapidez sus intenciones, no tenía tiempo, así que se dedicó a mirar con disimulo cómo se desarrollaba el incidente. Se llevó las manos a la cintura, aprovechando aquella oportunidad para ponderar el carácter de Bel, también su disposición para manejar la situación. La vio ponerse de pie con tranquilidad, enfrentando a Jessica, que hipócrita, fingió que lo ocurrido había sido un accidente. Bel no se amilanó y le habló de forma tajante, para después volver a sentarse, dando

por concluido lo acontecido. Por supuesto, ella desconocía aquella maniobra maliciosa había sido intencionada, aun así, Clemente admiró que se mantuviese calmada a pesar de las circunstancias, otra persona, probablemente, habría insultado a esa mujer, cuyo rostro solo podía reflejar desprecio.

A Clemente le gustaban las féminas con temple, que no se dejasen intimidar y que, al mismo tiempo, se condujesen con mucha propiedad y educación. Le gustaban las mujeres desenvueltas, prácticas, juguetonas, capaces de hacer diferentes actividades siempre con clase. Por lo que, impresionado por Bel, retornó al partido.

El segundo tiempo trascurrió de forma más pausada, o al menos, así lo percibió Bel que estaba impaciente por besarlo. Seguía molesta por estar llena de cerveza, aunque había logrado limpiar la chaqueta con una toalla húmeda, alegrándose de que esta la protegiese, dejándole al menos la camiseta seca. A pesar del enfado, nada la hacía despegar los ojos de Clemente, pues si se había pasado todo el día emocionada por el encuentro, luego de verlo jugar, sus ansias se habían multiplicado, haciéndola anhelar estar a solas con él para arrancarle la ropa y manosearlo impudicamente.

Pensó en que había algo exageradamente sensual en un hombre que jugaba Rugby. En Clemente, para ser específica, los demás la tenían sin cuidado, le encantaba cómo se le veían los muslos gruesos en esos pantaloncillos cortos, cómo gritaba, cómo corría enérgico... Le gustaba todo. Él era dueño de un atractivo inmensurable, que lo hacía ver sexy, aunque estuviese todo sucio, sudado, con el rostro enrojecido por el esfuerzo. Verlo así, la hizo recordar cómo se veía aquel día mientras ellos... Ni siquiera pudo terminar la frase mentalmente, la ambivalencia estaba muy presente. Se sentía sobre estimulada, al mismo tiempo que el desagradable sentimiento de vergüenza por lo ocurrido, permanecía en ella intoxicándola, arrancándole la paz por ratos. Era una dualidad intolerable, que en más ocasiones de las que le gustaba admitir, la avasallaba deprimiéndola. Inhaló aire instándose a no dejar que eso le ocurriese en esa oportunidad.

Cuando finalmente terminó el partido, Bel suspiró, trataba de mantenerse impassible. La palabra clave era intentar, porque realmente el corazón le latía desaforado. Caminó conversando con Marian hasta encontrarse con los chicos, ella le dio un dulce beso en los labios a su esposo, para después presentarle a Bel, quien le estrechó la mano de forma amable.

—¿Te ha gustado el partido? —preguntó Henry intentando hacer conversación.

—Sí, me encanto.

—Nunca había visto uno —agregó Marian—, pero le agarró el hilo bastante rápido.

—Bueno, tampoco es física cuántica —dijo Henry de forma graciosa—. Lo bueno fue que ganamos. Todo gracias a mi esfuerzo. —Continuó gracioso, dándole otro beso a su esposa.

Miró al señor Barba a lo lejos, caminando en su dirección, por lo que le sonrió afable, hasta que se vio interrumpida por la mujer rubia que la había mojado de cerveza en las gradas, que lo interceptó a medio camino. Él le sonrió cortés deteniendo su caminata para atenderla. Ante tal situación, Bel se instó a disimular para no mostrar la súbita desazón que aquello le causó, pretendiendo que no se había percatado de tal hecho y continuó conversando con la pareja de esposos, sin perder de vista a Clemente, mirándolo de reojo. Segundos después, él se despidió con apuro, señalando hacia Bel, explicando que lo esperaban. El intento desesperado de Jessica por recordarle lo bien que la habían pasado juntos aquella noche, fue infructuoso. Clemente, como siempre, fue amable y finiquitó el intercambio de palabras indicándole que ya tenía una cita para la noche.

El señor Barba se acercó a sus amigos, que conversaban de manera amena con Bel, la cual le sonrió apenas llegó a su encuentro, alegrándolo, ya que el sentimiento era mutuo. Se sentía muy

acalorado, por lo que se lavó la cara con el agua de una botella. Necesitaba darse un baño, estaba todo lleno de tierra, césped y sudor.

—¿Te aburriste mucho? —preguntó con esa media sonrisa que le caracterizaba. Bel negó con un movimiento de cabeza, ensanchando la sonrisa que ya pendía de sus hermosos labios.

—La pasé muy bien, gracias por invitarme —dijo graciosa inclinando el rostro, porque había sido ella la que pidió asistir.

Conversaron un rato los cuatro, hasta que Henry exclamó que tenía mucha hambre, así que se despidieron. Marian invitó a Bel al siguiente partido, demostrando una vez más lo bien que se la habían llevado. Clemente le señaló el camino hacia el estacionamiento que recorrieron hasta llegar a la vieja camioneta *pickup* roja.

—¿Quieres comer hamburguesas? —preguntó tras tomar asiento.

A Bel la tenía sin cuidado la comida, asintió por mera educación, solo quería quedarse sola con él de una buena vez. No obstante, el anhelado encuentro la puso nerviosa. Entrelazó los dedos de las manos preguntándose qué hacer o qué decir. Pensó en opinar sobre la música de AC/DC que sonaba en el estéreo y abandonó la idea de inmediato, no quería forzar una conversación entre ambos. Optó por permanecer en silencio, al otro lado del asiento, el gran bolso de Clemente se encontraba entre ambos, separándolos.

—¿Te parece si pedimos para llevar y comemos en mi apartamento?

—Sí. ¿Te pasa algo? —preguntó Bel al notar lo tan callado y distante.

La ansiedad la consumía, abstrayéndola en el pensamiento de que sin importar cuando él le gustase o desease estar a su lado, tal vez era el momento de enfrentar el hecho de que todo se había enfriado entre ellos sin remedio. Clemente la hizo abandonar ese estado de ensimismamiento, cuando le tocó el labio inferior para que dejase de lastimarlo, pues lo mordía con fuerza, como en su primera cita, alterándola de la misma manera que en esa ocasión.

—No, solo me preguntaba si de verdad te gustó ver el partido. —El que a Bel le gustase o no presenciar el juego lo tenía sin cuidado, simplemente no le gustaban las personas deshonestas.

—Claro ¿por qué lo dudas?

—Digamos que ya en un pasado las chicas han fingido pasarla bien, para después sincerarse diciendo que les resulta un fastidio estar ahí sentadas.

—¿Alguna de ellas jugaba béisbol con sus primos? Porque yo sí y normalmente me gusta ver fútbol. No me pierdo los partidos importantes.

—¿Juegas béisbol?

—Jugaba, me encantaba, pero mi mamá decía que no era para señoritas, pero joder, tenías que haberme visto bateando.

Clemente sonrió, le pareció que Bel era increíble. Estuvo a punto de decir algo con doble sentido referente a los bates y una vez más se detuvo, el recordarla llorando lo hizo guardar la compostura.

—Debiste revelarte a tu madre, el deporte es deporte y lo juega quien quiera.

Bel asintió sopesando en que sí, debió haberlo hecho, aunque las cosas entre su madre y ella siempre fueron tan problemáticas, que optó por no llevarle la contraria para que la dejase en paz.

—¿Dime qué quieres? —dijo al aproximarse a la ventanilla del autoservicio del restaurante para ordenar.

A Bel se le ocurrían muchas cosas que quería en ese momento, sin embargo, ninguna tenía que ver con hamburguesas o papas fritas. Todas lo tenían como menú principal a él y solo a él.

CAPÍTULO 13

Tras cenar sentados en la mesa del comedor, esa en donde hacía casi una semana él le había hecho sentir cosas que ningún hombre había logrado, conversaron un rato sobre el partido. Bel le preguntó sobre las jugadas y él se las explicó entusiasmado, para después interesarse por su pasado beisbolista. Bel explicó mediante anécdotas graciosas, cómo hacía rabiar a su madre por el simple hecho de preferir hacer cosas en compañía de sus primos. La conversación fue amena, aunque algo superficial.

—Necesito darme una ducha —dijo Clemente, levantándose para llevar a la cocina la basura de los empaques de las hamburguesas—. Siéntate aquí. —Señaló el sofá—. Busca algo que te guste —continuó, entregándole el control remoto de la televisión y Bel asintió recibéndolo, pero a él le pareció que algo no estaba bien en el semblante de su rostro—. ¿Pasa algo? —Ella negó con la cabeza—. ¿Seguro? —Ella asintió.

Bel intentaba mantener una actitud impostada de serenidad, aunque, en realidad, se encontraba bastante intranquila. Clemente recordó que a veces las mujeres solían hacer eso, insistir en que estaban bien, cuando distaban bastante de estarlo. Tomó asiento a su lado, en el sofá, y con tranquilidad le preguntó qué le sucedía. Bel se encogió de hombros, intentando darle veracidad a la negación que expresaba, entretanto, seguía pasando los canales para disimular, hasta que Clemente le apretó la rodilla para que le prestara atención.

—Solo dímelo —insistió otra vez.

Bel apagó el televisor y recostó la espalda en el sofá en señal de abatimiento. Abrió la boca para hablar sin ser capaz de conseguirlo. Él la miró impaciente, por lo que ella respiró profundo, instándose a tomar coraje para hacerlo.

—Me preguntaba si en algún momento vas a intentar besarme de nuevo —Clemente abrió los ojos sorprendido ante aquella declaración—, o si debería entender que ya no te gusto e irme.

—Estoy intentando tomarme las cosas con calma, por como quedaron la última vez que... nos besamos —Bel se mordió los labios nerviosa, hasta ponerlos blanquecinos—. Pero sí quiero hacerlo —dijo mirándola de esa manera que le cortaba la respiración, logrando que sintiese alivio, porque de solo pensar que él la evitaba, se desanimaba muchísimo—. Por eso te dije que iba a darme una ducha, no creo que me quieras en este estado, todo sucio y sudado.

Bel se levantó del asiento, para dejarse caer en las piernas de Clemente que no esperaba el gesto. Lo tomó por el rostro, hundiendo los dedos entre la barba, mirándolo muy de cerca.

—¿Crees que me importa que estés sudado?

—Entonces bésame —dijo mirándole la boca.

Bel acercó el rostro al de Clemente, rozándole despacio la nariz con la suya, jugueteando de a poco, advirtiéndole cómo comenzaba a clavarle los dedos en la cintura al sentirse estimulado. Ni siquiera lo había besado y ya su corazón martillaba desesperado contra su pecho. Se movió, colocándose a horcajadas sobre su regazo, enterrándole los dedos en el cabello, que seguía húmedo por el sudor. Cerró los ojos y le mordió el labio inferior, estirándolo, produciéndole dolor, para después aliviarlo con una rápida succión, disfrutando del leve quejido que emitió y del vaho tibio que se desprendía de su boca. Con sutileza, lo lamió, tentándolo de a poco, hasta enrollar la lengua con la suya en una densa espiral succulenta.

Clemente le apretó el trasero, quería hacerla sentir lo duro que lo ponía, las ganas que tenía de estar entre sus piernas, sin ropa alguna. La asió contra sí y aspiró el aroma dulzón que traspiraba, disfrutando de aquellos labios que lo enloquecían. Se separó para lamerle el cuello, escuchándola jadear, por lo que movió la pelvis hacia arriba instintivamente. Ese sonido lo excitaba de sobremanera, haciéndolo buscar el calor de su delicioso coño.

—¿Aún te gusto entonces? —preguntó Bel, cortando el beso.

A Clemente, aquella pregunta le resultaba de lo más absurda.

—¿Acaso no sientes lo duro que me tienes? —respondió con la respiración entrecortada.

—Eso no implica que no quiera oírte decirlo. —Lo miró con picardía, imitando las palabras que él le dijo en la primera cita.

—Me encantas, Bel, me excitas con solo mirarme. No te imaginas las cosas que pienso...

Clemente decidió guardar silencio, no quería asustarla dadas las circunstancias que se presentaron con anterioridad.

—¿Qué cosas? —Él intentó besarla para hacerla olvidar, sin resultados, pues ella insistió—. ¿Qué cosas piensas conmigo?

—Habla de eso otro día —contestó, intentando atraerla hacia sus labios para atiborrarla de besos.

—Quiero saber.

—Quiero estar contigo, pero tengo mis reservas por lo que pasó la última vez —dijo, con honestidad.

—«¿Estar conmigo?» ¿Y qué estamos haciendo ahora? ¿No estás conmigo ahora? —preguntó con sarcasmo.

—Ya sabes a lo que me refiero. —Curvó los labios de medio lado.

—Noup. Ni idea —reiteró, fingiendo no saber nada, solo para provocarlo y obligarlo a hablar.

—A ver, que te quiero coger, que te lo quiero clavar como ese día encima de la mesa hasta hacerte gritar, ¿te queda claro así? —Y con esas palabras, ella se humedeció aún más.

—Mmm, no del todo. —Se animó a decir, atrevida.

Clemente se asombró una vez más de su actitud y soltó una risa libidinosa.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Te gusta que te digan cosas subidas de tono?

—En realidad, nunca me las habían dicho, pero por lo mucho que me moje cuando dijiste eso, creo que sí.

—Si te mojaste significa que sí.

—¿Y qué te parece eso?

—Me parece fantástico —contestó mirándole de nuevo la boca con deseo.

—No sé por qué me pongo a llorar, Clemente. No tengo ni idea. —Soltó sin más, ante el miedo latente de perder el coraje y ser incapaz de explicarse. Se conocían tan poco y, aun así, ya tenía bien en claro que deseaba que todo funcionara entre ambos. Él asintió, sin imaginarse lo difícil que era para ella hablar sobre la situación.

—¿Podemos hablar del tema? ¿Puedo preguntarte algunas cosas? —Bel se llevó las manos a la cara abochornada, cavilando que todo sería más difícil de lo que había pensado—. No, no te tapes la cara, que yo te acabó de decir algo bien sucio y me miraste lujuriosa. Tienes que ser fuerte para esto también.

—Tú me pones así, en cambio hablar de eso otro es difícil para mí. No sé por dónde empezar.

—Déjame eso a mí, responde con tranquilidad a mis preguntas, las que puedas, las que no, las dejamos para otro momento. ¿De acuerdo? —Ella asintió nerviosa, intentando ser valiente—. Ok,

la primera es la más difícil de todas y es la que primordialmente necesito que me respondas, tomate todo el tiempo que necesites para hacerlo. —Bel asintió—. ¿Alguien... alguien te hizo daño, te tocó cuando eras pequeña o...

—Para, para, para, Clemente —dijo interrumpiéndolo—. Dios, ¿todo este tiempo estuviste pensando algo así? —Y Bel se sorprendió de lo buen tipo que era, muchos habrían salido corriendo al saber de una chica con problemas tan serios, no cualquiera se atrevería o querría lidiar con esa clase de traumas—. Nadie me tocó, ni de pequeña, ni de adulta, nadie me violó, nada. Mi papá es un tipo decente, así como todo el mundo en mi familia. Tal vez, mi primera vez fue... tú sabes, bajo un poco de presión por parte del que era mi novio en ese entonces, pero fue todo consensual, nadie nunca ha abusado de mí.

Él pareció respirar aliviado.

—¿Cómo presionada? ¿Qué edad tenías?

—Tenía veinte años, no era una niña y ya sabes, esa presión de: «tenemos tanto tiempo saliendo y es lo que hacen todas las parejas», eso es todo.

—Qué imbécil. No tenía que hacerte sentir de esa manera. —Clemente no conocía ese tipo de circunstancias, porque nunca presionó a ninguna mujer para tener sexo, ni estuvo con una virgen.

—Sí, pero no creo que eso tenga algo que ver con esto.

—¿Te pasa siempre que tienes sexo? —Ella negó con la cabeza—. De acuerdo, ¿dirías que hay algo o algún tipo de detonante para que ocurra, o no tienes idea?

—Sí, hay un detonante. —Bel hizo una pausa, generándole expectación—. Solo ocurre cuando estoy exageradamente excitada —dijo sonrojándose.

—Entonces, ¿lo que ocurrió fue porque estabas muy excitada? —En realidad, aquella no era una pregunta, solo estaba pensando en voz alta, intentando comprender lo que había pasado ese día, mientras ella asentía—. ¿Y acaso no te excitas mucho siempre que tienes sexo? —Bel se llevó las manos a la cara de nuevo y quiso levantarse del regazo de Clemente, pero este la sostuvo para que no lo abandonara—. Vale, vale, saltamos esa pregunta por ahora. Ven, mírame —dijo quitándole las manos del rostro—. ¿Te pasa también cuando haces otras cosas?

—¿Otras cosas? —Lo miró confundida.

—Sí, sexo oral, sexo anal, masturbación. —Ella miró a un lado para evadir la mirada intensa de Clemente, pensando en una respuesta—. Bel, mírame —dijo atrayéndola por la mejilla—. No tienes nada de qué avergonzarte. Solo quiero saber si te ocurre también cuando haces eso.

—Es complicado, porque... Durante la masturbación no me pasa, yo... yo me toco y...

—¿Todo bien? —interrumpió para ayudarla, al percibir que el rostro no se le podía poner un tono más intenso de rojo, cuestión que ella agradeció respondiendo con un breve asentimiento—. ¿Y cuándo te dan sexo oral te pasa? —Ella negó—. Ok, de acuerdo, ahí acabas normal.

—Bueno... yo nunca he acabado con sexo oral, así que técnicamente no sé.

—¿Qué? ¿Pero por qué? —Bel se volvió a tapar la cara avergonzada, no pensaba contarle que su ex era demasiado perezoso y que después de cinco minutos, decía que se le había dormido la lengua y pasaba a otras cosas—. ¿Pero te gusta?

Bel se encogió de hombros.

—Sí... Creo.

—De acuerdo, siguiente punto... —dijo entiendo su incomodidad.

—Y nunca he tenido sexo anal —interrumpió antes de que se lo preguntase.

—Oh, ok. Pero, ¿por qué? ¿No te gusta o nunca lo intentaste?

—No me llama la atención, así que nunca quise intentarlo.

—De acuerdo.

—¿A ti si te gusta? —Y después que lo preguntó, Bel se arrepintió de hablar, pensando en que era una pregunta absurda—. Olvídalo, no contestes. —Continuó, negando con la cabeza.

—Sí me gusta, aunque no es como que no pueda vivir sin eso. Normal —respondió con honestidad.

—Mmm, de acuerdo.

—¿Qué sientes cuando te sucede? —siguió preguntándole.

—Siento que... me voy a venir, pero no me vengo, me pongo a llorar... Y no, nunca he tenido un orgasmo durante la penetración —dijo imaginando lo que él pensaba.

—¿Has hablado de esto con alguien, digo, un médico o algo?

—Fui por un breve periodo de tiempo al psicólogo, aunque creo que eres la persona a la que le he dado más detalles.

Bel enterró la cara entre el cuello y el hombro de Clemente, que le acarició el cabello. Comenzaba a entender que esto era para ella más difícil de lo que pensaba. Era entendible, la mayoría de las mujeres no tenían orgasmos solo con penetración, eso no era ninguna sorpresa, sin embargo, ella era la primera que conocía que le decía que sentía que se iba a venir y no podía porque se ponía a llorar. Se puso en su lugar y se sintió frustrado.

—Entonces, ¿tú sabías que te iba a pasar ese día que estuvimos juntos? Ayúdame a entender, ¿por eso me abrazaste, para que no te viera la cara?

—No, no sabía que iba a pasar, es que no me pasaba desde hacía varios años... —dijo Bel, torciendo el labio al darse cuenta de que estaba brindando mucha información.

Él evitó preguntar también sobre el asunto. Tampoco quería saber sobre lo sucedido entre ella y el idiota de su exnovio. Entendía, perfectamente, que Bel tuviese una relación anterior, solo que se ahorra a sí mismo los detalles, porque de solo imaginársela con aquel hombre, sentía un poco de celos.

—No tenía planeado nada, Clemente, ni siquiera esperaba que entre nosotros fuesen a pasar las cosas tan rápido, ¿sabes qué? Después de todo —hizo una pausa—, no me pude resistir a tus encantos —dijo bromeando, encogiéndose de hombros y él pensó que era por completo adorable.

—Una última pregunta. —Bel lo miró expectante—. Yo estoy muy sano, no tengo ninguna enfermedad de transmisión sexual. ¿Tú?

—Tras terminar con... —No quiso decir su nombre—. Como no supe si me fue infiel, después de nuestra ruptura fui al médico y me examiné... También estoy sana.

Clemente asintió atrayéndola por el cuello, besándola despacio, de forma tierna y bonita, succionándole los labios. Una vez más buscó ser delicado, se controlaba así mismo para no asustarla, sin embargo, al igual que en la primera cita, fue ella la primera en subir las apuestas, moviendo la pelvis, refregándose contra su miembro endurecido, metiéndole la lengua con descaro en la boca. De nuevo, la atrajo, apretándole el trasero, buscando que el contacto fuese más prolongado. La fina tela de sus *shorts* no conseguía contener lo que le sucedía, estaba duro y listo para hundirse en ella. Depuso sus deseos, dirigiendo sus pensamientos a otro asunto más apremiante, tenía ciertas aspiraciones primero, por lo que dejó caer a Bel a un lado sobre el sofá, frustrando sus intentos de escurrir la mano entre sus calzoncillos.

La razón de este bloqueo se debía a que Clemente tenía como norma, nunca dejar que una mujer le diera un orgasmo primero. No era por una cuestión de caballerosidad, en su caso, era por dos motivos simples. El primero, porque una de las cosas que a él lo volvían loco era escuchar a su compañera de cama gemir cuando se corría. El segundo, porque las mujeres solían ser recíprocas con una buena felación o cogida, luego de tener un excelente orgasmo.

Por ello se incorporó. Tomó la cinturilla de los jeans de Bel, abrió la bragueta y jaló hacia

afuera con rapidez ante la atenta mirada de ella, que se mordía los labios por completo nerviosa. Retiró los zapatos y los calcetines para deshacerse de los pantalones. Le gustaban sus piernas, eran largas y torneadas, probablemente, producto de tanto andar en bicicleta. Pasó la lengua por el tobillo derecho, haciendo que la respiración de Bel se tornase estentórea, repartió besos húmedos hasta alcanzarle la pantorrilla que mordisqueó con alevosía.

Bel reaccionó al estímulo abriendo las piernas, inconsciente, retorciéndose entre la ansiedad paralizante y el deseo caliente que se le extendía por el cuerpo. Aquello le permitió a Clemente tener más espacio para colarse entre las suntuosas carnes de sus muslos mullidos. Lamió la extensión de piel nívea, encantado con su tersura y la forma en que los músculos se le contraían involuntarios ante sus atenciones. Alzó el rostro, dedicándole una mirada lasciva justo cuando posó la boca sobre su ropa interior blanca, soplando aire caliente sobre la tela. Se regodeó al escucharla gimotear, por lo que continuó mordisqueando con suavidad los labios bajo la prenda húmeda. El cuerpo de Bel se arqueó, para después jadear de una forma que él encontró fascinante. Inspiró con fuerza, le pareció que su coño siempre olía de maravilla.

—Clemente...—Lo interrumpió al entender sus intenciones—. Debo estar un poco sudada.

—¿Y?

Bel no supo qué contestar, sabía que tenía que olvidar las cosas que le pasaban con Carlos y su manía de solo darle sexo oral si estaba recién bañada. El problema, era que eso no era lo único que la detenía. No estaba acostumbrada a recibir placer, siempre era ella quien lo proveía, al punto de que no sabía cómo conducirse en una ocasión así. Su primer instinto fue insistir en que se detuviera, pero no consiguió verbalizar palabra, la imagen de Clemente despeinado, arrodillado entre sus muslos, acariciándola despacio, era tan obscena, que logró distraerla de sus pensamientos. De sus labios solo consiguieron desprenderse jadeos, producto de su excitante toque, que lo instaron a continuar.

Él levantó el borde de la ropa interior con los dedos, descubriéndole el sexo, que tenía unos labios igual de bonitos que los de su boca. Pasó la lengua cargada de saliva, dejando que se escurriera entre los pliegues, excitándose de escucharla gemir escandalosa ante el primer lengüetazo.

—Qué coñito más sensible tienes —dijo con la voz ronca por el deseo—. Creo que voy a disfrutar mucho comiéndotelo.

Bel continuó enmudecida, dejándolo tomar el control. Se dedicó a morderse los labios, intentando contenerse un poco, sin saber que eso solo despertaba aún más la lujuria de Clemente, quien retiró el pequeño *bikini*, mientras la miraba ladino. Con las manos le abrió más las piernas, adentrándose entre ellas. Separó con los dedos los labios del sexo, para pasar la lengua de arriba abajo, recogiendo con la lengua, el néctar que demostraba lo mucho que la excitaba. La encontró deliciosa, una mezcla entre dulce y salado. La miró a los ojos con el único propósito de transmitirle que no había otro lugar en el que quisiera estar, que justo ahí, dándole placer.

Ella se atrevió a tocarlo, le acarició el cabello y lo vio cerrar los ojos justo en ese momento, sorprendiéndola con un lengüeteo sobre el clítoris. Bel apartó las manos buscando apoyo, apretó tanto los cojines del sofá, que los nudillos se le pusieron blancos. Intentaba con todas sus fuerzas asimilar tanto deleite. Un solo beso de él, era motivo suficiente para estremecerla, por lo que sentirlo así la estaba haciendo perder el raciocinio. Le resultaba demasiado avasallante la sensación de la barba, de los dientes, la lengua y los labios de Clemente, justo ahí, en donde tanto los necesitaba.

Él se tomó su tiempo, mordisqueándole el monte de venus, para después acariciarlo con la parte inferior de la palma de su mano de forma brusca. Eran caricias a las que no estaba

acostumbrada y que la hacían estar atenta a cada sensación. Le pasó la lengua cargada de saliva en la ingle derecha, en ese pliegue entre el torso y el muslo, que el otro día la hizo jadear sin control, el roce de la barba le provocó una serie de cosquillas excitantes.

Cuando lo sintió succionar su clítoris de nuevo, al mismo tiempo que introducía uno de sus dedos en su sexo que latía caliente, no pudo contenerse más y gimió impudorosa, haciendo que el pene de Clemente temblara de deseo. Él le buscó las manos y se las condujo otra vez hasta su cabeza, indicándole, tácitamente, que le gustaba que lo tocará mientras se daba a la tarea de hacerla perder la cordura. Ella no se resistió demasiado, haciendo surcos en el cabello oscuro con los dedos, jalándolo con fuerza sin percatarse, cuando notó que la mordisqueaba. Bel gozó de esa increíble dualidad de caricias que él con pericia le otorgaba, al succionarle con avidez el clítoris, mientras que sus dedos largos se movían sinuosos, estimulando partes en su interior que no conocía.

Clemente, se entretuvo variando el ritmo de sus movimientos, otorgándole profundos lengüetazos e introdujo la lengua en la abertura del coño, mientras le acariciaba el clítoris con la punta de la nariz, para después ascender con premura e hinchárselo con algunas caricias dentadas. Sin percatarse, Bel comenzó a mover las caderas involuntariamente, acompasando los movimientos de la boca de Clemente, que era codicioso, quería más, anhelaba escucharla gritar, así que se concentró en acariciar ese punto sensible en su interior con los dedos, dándole un masaje sosegado, torturándola con alevosía, disfrutando de darle placer.

Excitado, se apretó el miembro endurecido con una mano, las ganas de penetrarla eran apremiantes, pero escucharla gemir resultaba más estimulante. Bel lo perturbaba con cada vocalización de satisfacción que le regalaba. El placer era para ella, pero, en realidad, era él quien gozaba escuchándola gemir. Se relamió, degustando el sabor de Bel que se le hizo exquisito. Observó con atención cómo se le hinchaban los labios del sexo, cómo el clítoris se erguía, cómo lubricaba excitada, cómo se enrojecían las carnes por el roce insistente de su barba.

—Clemente...

Alzó la mirada al escucharla nombrarlo con la respiración entrecortada. Supuso que estaba cerca, por la forma en la que le jalaba el cabello, obligándolo a no poder separarse de su coño. Notarla así de necesitada, lo encendió más. Miró su rostro enrojecido, su boca entreabierta y sus ojos cerrados, no quería perder detalle de cómo se veía. Se concentró en hacer círculos contiguos, sobre el clítoris de Bel, con la lengua, sin dejar de succionar, mientras sus dedos entraban y salían, con un movimiento prolongado de adelante hacía atrás, buscando estimular el primer tercio de su coño húmedo.

—Me voy... a venir...

Bel abrió la boca y se ahogó por un par de segundos, para después gritar gimiendo enfervorecida por el clímax superlativo que experimentaba. Él recogió el anhelado premio justo ahí. Escucharla jadear enloquecida lo estimulaba muchísimo. Ella se dejó envolver por ese orgasmo, que la golpeó de una manera que su cuerpo apenas pudo resistir. Gritó porque era la única manera de liberar presión, sentía que el corazón quería abandonarle el pecho, mientras el sexo se le contraía alrededor de los dedos de Clemente.

Cuando por fin consiguió abrir los ojos, después de lo que pareció una eternidad, no podía creer lo que había ocurrido: ¡se había corrido! Tras pestañear varias veces, logró enfocar, encontrándose con la mirada oscura y magnética de Clemente, cuya cabeza descansaba sobre su muslo, pues aún tenía las piernas abiertas. Verlo sin resuello con la barba mojada, hizo que se llevará las manos al rostro trastocada. Él se irguió apartándose las con rapidez, haciendo que el cuerpo de Bel cayera sobre el sofá, acostándose encima de ella, ubicando su erección justo sobre

su coño que aún no conseguía recuperarse de lo sucedido. Le aferró el rostro con ambas manos para obligarla a mirarlo, pero ella tenía los parpados cerrados.

—Abre los ojos, mírame —exigió firme, con tono autoritario.

Bel obedeció, los iris azules estaban cristalinos, preciosos. Él la miró hondamente para después proceder a besarla despacio. Ella le acarició la espalda, escurriendo la mano bajo su camiseta, arropándole las caderas con los muslos y disfrutando de saborearse a sí misma en aquellos labios que tanto placer le habían dado.

—Me encanta como sabe tu coño, me gusta que te corras en mi boca —susurró a su oído, logrando que el sexo de Bel se contrajera de golpe y cerrara los parpados, instintivamente, al escuchar esas palabras—. Abre los ojos, preciosa.

—Me da vergüenza.

—¿Qué te da vergüenza?

—No lo sé, solo... no sé cómo describirlo —respondió con voz temblorosa.

—Me iré a dar una ducha. —Le depositó un beso junto a la barbilla—. Si se te pasa la pena, ya sabes dónde estoy —dijo tras darle un beso en los labios.

Clemente se levantó de un salto, quitándose la camiseta del uniforme, con actitud orgullosa ante la atenta mirada de Bel, que no dejaba de seguir cada uno de sus movimientos. Estaba muy satisfecho por haber conseguido que se corriera de una manera que nunca había experimentado. Se movió con celeridad al baño, necesitado de enfriar su cuerpo acalorado. En su mente, estaba tatuada de forma permanente, la expresión del rostro de la chica del bidón de leche en el más profundo éxtasis, y aunque, eso lo tenía sobre estimulado al punto de no querer parar de besarla, decidió que lo mejor era darle un poco de espacio para que ella procesara a solas lo ocurrido de la manera que requiriese.

Bel quedó despatarrada y pensativa sobre el sofá, asimilando que acababa de tener el clímax de su vida. Cerró las piernas, apretando los muslos, acostumbrándose a esa sensación de plenitud que la embargaba, notando cómo el sexo se le contraía aún, porque una parte del orgasmo se seguía diluyendo en su cuerpo. Se incorporó, sentándose con la espalda pegada al respaldo, se abrazó a sí misma y entendió que no necesitaba pensar nada más, no dejaría que sus conflictos mentales la llenaran de dudas. Se animó, analizando que él no parecía juzgarla por nada, ni siquiera por su ataque de llanto de la vez pasada. Al contrario, se había interesado en lo que la aquejaba, escuchándola sin atosigarla y sin hacerla sentir como una anormal. Si algo deseaba, era darle, aunque fuese, una cuarta parte del placer que él acababa de concederle y fue todo un descubrimiento percatarse en que tenía un interés genuino para hacerlo, que no respondía a la gratitud, sino a la lujuria porque lo deseaba demasiado.

Se levantó deshaciéndose de la camiseta y el brasier. Caminó desnuda hasta el espejo que estaba a un par de metros, observándose al detalle. Se notó distinta, tenía los labios hinchados, mucho rubor en las mejillas, los pezones enhiestos y sentía cierto temblor al caminar. Se soltó el cabello, sonrió a su propia imagen para después encaminarse al baño. A excepción del día que tuvo fiebre, nunca solía andar desnuda, por lo que lo encontró tremendamente liberador.

La puerta del baño no estaba del todo cerrada, así que pudo abrirla con sigilo. La habitación estaba llena de vapor, que empañaba la mampara, ocultándolo de su vista. Escuchó el sonido del agua caer e imaginó cómo resbalaba por la piel de Clemente, notó que su interior se apretaba. La manera en que él la excitaba le resultaba incomprensible sin que le importase en lo más mínimo entender los motivos, por primera vez en la vida, se estaba dejando llevar, atendiendo a sus anhelos más puros. Decidida, ingresó al baño, dio el par de pasos que la separaban de la ducha y abrió la puerta con cuidado.

Lo encontró frotándose enérgicamente el champú. Se acercó abrazándose a su espalda, percatándose de cómo se movía sorprendido por su presencia, aunque segundos después siguió lavándose el cabello cómo si nada. Bel descansó la mejilla contra su omoplato derecho, recorriéndole el pecho con lentas caricias en dirección descendente, dedicándose a examinar los recovecos de su anatomía, rozándole el ombligo, palpando la piel tensa del abdomen bajo, hasta llegar al sexo semi erecto. Lo tomó entre las manos con firmeza y él encontró perfecta la forma en que lo hacía. Ella parecía entender cómo le gustaba ser tocado sin necesidad de que le explicase nada, poniéndolo duro por completo al instante.

Clemente terminó de aclararse el champú y tomó la barra de jabón neutro para comenzar a enjabonarse el pecho, cerrando los ojos ante los movimientos de aquellas manos suaves que lo empuñaban con determinación, en una masturbación que seguía un ritmo sosegado. Deslizó espuma entre las mismas, dándole a entender a Bel que quería que lo enjabonara. Ella obedeció, repartiendo el jabón por toda la superficie fálica muy despacio, para después bajar a los testículos, dándole una caricia espumosa con cuidado. Él se giró buscándola, besándola, atrayéndola consigo bajo la ducha, mojándola por completo.

Bel no dejó de acariciar toda la longitud con un mano, mientras que, con la otra, lo tomaba por el cabello, obligándolo a mantenerse agachado para acortar los trece centímetros de estatura que los separaban y alcanzarle el labio inferior que mordisqueó con insistencia. Anhelante de cumplir sus propósitos, repartió besos por los pectorales velludos, lamió uno de los pezones marrón claro y bajó por todo el torso, hasta que, finalmente, se arrodillo frente a él. Besó todo el abdomen bajo, recorriéndolo al punto de alcanzar la base del miembro que aún sostenía con la mano. Clemente le acarició el cabello, deslizando los dedos por el rostro, rosándole el pómulo con el dorso de la mano de forma tierna. A Bel la perturbó aquella caricia, siendo un hombre tan sensual, no le imaginó teniendo un gesto tan dulce justo antes de darle una felación.

Lo observó encantada de percibir que su mirada oscura cargada deseo, también tenía algo de ternura. Le dio un beso lento justo en la punta del glande, asemejándolo a un beso en los labios. Pestañeó mirándolo y le gustó la sonrisa incitadora de medio lado que obtuvo en respuesta, calentándose inexplicablemente por un gesto tan anodino. Decidió que no se inhibiría para nada, animándose a seguir, bajó el rostro y abrió la boca para pasar la lengua, en un movimiento oscilatorio, con soltura por toda la corona del glande, lo escuchó respirar alterado y eso solo la hizo querer seguir. Lamió todo el falo, al tiempo que lo miraba con expresión libidinosa, para finalmente metérselo a la boca, ayudándose con la mano para empuñarlo y succionarlo con fuerza al mismo tiempo.

—Joder, nunca me imaginé que me ibas a poner esa carita. ¿Te gusta tenerme en la boca?

—Me encanta —dijo volviendo a lamerlo.

—Así, sigue así.

Clemente cerró un poco la llave del agua, para que esta cayera como una lluvia tenue, bañándolos a ambos sin molestar. La vista era incomparable: ella desnuda de rodillas, con las mejillas sonrojadas por el vapor y el reciente orgasmo, con los labios muy abiertos succionándolo con entusiasmo, enviándolo al explicarle con los gestos de su rostro, que disfrutaba plenamente de lo que hacía. Extasiado, dejó caer la cabeza contra las baldosas del baño abriendo la boca, soltando un jadeo ronco cuando sintió que Bel lo chupaba con ansías, pegando su glande al paladar de la boca, para darle un masaje al frenillo con su lengua que se movía rauda.

—Métetelo más a la boca —ordenó incorporándose y ella hizo el intento, aunque no podía.

Succionó con esmero, encantada de darle placer, acariciándole los testículos con una mano, palpándolos con cuidado, apretándolos y estirándolos de a poco para estimularlo. Apenas habían

trascurrido un par de minutos y ya se encontraba adolorida por tener que mantener la boca tan abierta, aun así, estaba decidida a no quejarse ni por un segundo. Darle sexo oral la estaba encendiendo de una manera que nunca había experimentado y aunque, en el fondo, se moría por tenerlo entre las piernas, prefirió devolverle el favor íntegramente como él lo había hecho.

Clemente, se relamió los labios agitado, enterrando los dedos en el cabello mojado de Bel, jalándolo con la combinación justa entre firmeza y delicadeza para hacerla erguir la cabeza hacia arriba. Luego se apartó, sacándole el miembro.

—Abre más la boca.

Ella obedeció presta para seguir. Clemente dejó caer el glande sobre la lengua y le penetró la boca a placer, mirándola justo a los ojos. Moviendo la pelvis en un vaivén que respondía a la excitación que le generaba, la manera en que ella lo miraba entornando sus ojos azules.

—¿Te gusta que te coja la boca? —preguntó apartándose un momento de sus labios.

—Sí —respondió, aferrándose a los muslos de Clemente para mantener el equilibrio. Se sentía caliente y húmeda, le dolían los pezones de lo enhiestos que estaban—. Me encanta.

—Reúne saliva, me gusta espesa. —Bel atendió a su requerimiento acumulándola en la punta de la lengua—. Así, perfecto —dijo golpeando el glande justo ahí, para después volver a cogerle la boca—. Así joder, así —agregó con la respiración entrecortada, cuándo le sintió mover la cabeza acompasando sus movimientos.

Bel se tocó un pecho, para luego dejar resbalar la mano entre los muslos. Estaba tan excitada, que comenzó a tocarse desvergonzada. Ver a Clemente con sus ojos negros velados por el deseo, mordiéndose los labios, jadeando de forma ahogada, la estaba haciendo perder facultades, se estaba encendiendo de una manera que desconocía.

—Así tócate, preciosa, tócate y mírame así, con esa carita que pones.

Clemente no solía acabar con sexo oral, para él, era un preliminar o algo posterior al coito, no le resultaba definitivo como único acto sexual, pero la expresión de Bel, con el rostro contorsionado por el deseo mientras se la chupaba, lo enloquecía de una manera inexorable, le fascinaba verla tocándose, desinhibiéndose de esa forma para él, como tanto había anhelado.

Se dedicó a estudiar su mirada azul perdida, inconexa y el semblante lúbrico que tenía en el rostro, mientras lo mordisqueaba por ratos, para después succionarlo de nuevo con vigor, jugueteando con su pene de forma resuelta. Pensó que la boca de Bel era perfecta, tanto para besar como para ser cogida.

—Bel... me voy a correr —dijo alterado, avisándole por si no quería que le acabara adentro de la boca, pero ella siguió como si nada—. En serio... estoy muy cerca —advirtió al notar que no podía retrasar más el orgasmo. Sentía una presión unificándose en su pelvis que le hacía entender que el placer era irreversible.

Bel siguió succionando insaciable, moviendo la mano con soltura de arriba abajo sobre el pene, masturbándolo porque, si bien, odiaba el sabor a semen, no se planteó ni por un segundo el no dejarle acabar en su boca. Impetuosa, siguió propinándole una felación, mientras disfrutaba de verlo con la cara crispada por el placer, escuchando su respiración entrecortada. Continuó acariciándose el clítoris, ya que saberlo tan cerca del orgasmo, aumentó las contracciones rítmicas que experimentaba en su coño. No tardó en correrse, agitada sin dejar de succionarlo, siendo ese el detonante definitivo para él, que se paralizó al escuchar aquellos gemidos ahogados por su propio miembro.

Clemente, se deleitó por la vibración aniquilante que esos jadeos le otorgaron y soltó un gemido ronco, corriéndose a borbotones, espeso y caliente, golpeando la garganta de Bel, que se lo tragó todo producto del arrobó tan intenso que aún experimentaba a causa de su propio

orgasmo. Él le acarició las mejillas rubicundas, separándose de sus labios. Tenía mucho tiempo sin correrse tan estupendamente, con un clímax que le recorrió el cuerpo entero, sacudiéndolo. El orgasmo lo dejó con una sensación de vacío, de haber acabado hasta quedarse sin nada.

Cuando Bel consiguió salir del letargo, Clemente la estaba ayudando a ponerse de pie. Le costó levantarse, tenía los músculos entumidos por pasar tanto tiempo de rodillas y por el atontamiento producto del orgasmo. Él no la soltó, aferrándola contra su pecho, llevándola bajo la regadera que abrió de nuevo para que los bañara. Bel lo abrazó, recostando el oído sobre su pecho para escuchar cómo le latía el corazón desbocado. Paladeó el sabor de Clemente que tenía en la lengua, concluyendo que no le había resultado desagradable para nada, incluso, le pareció que él sabía muy diferente. Segundos después, notó cómo le enjabonaba la espalda. Estaban tan agotados, que se bañaron el uno al otro con rapidez. El vapor los tenía deshidratados. Al salir, él le secó el cabello con mimo, entretanto Bel le secaba el pecho bajando por el abdomen. Tras finalizar, Clemente le quitó la toalla y ella se quejó.

—¿Qué pretendes, hacerme estar desnuda por siempre?

—Si es posible sí —dijo caminando hasta la cómoda, extrayendo un par de calzoncillos largos a medio muslo, que se puso a la brevedad, entregándole a Bel, aquella prenda de ropa interior que había dejado olvidada tras su primer encuentro sexual y que él había lavado—. Vamos a la cama.

—¿No me piensas dar ni siquiera una camiseta? —preguntó con el cabello húmedo, pegado al rostro, agachándose para colocarse aquel *bikini* diminuto.

—No, tenemos que estar en igualdad de condiciones. Así que los dos sin camiseta.

—Muy gracioso, Clemente, tengo frío.

—Yo te caliento —dijo tomándola por los brazos, jalándola contra él.

—¿Por qué ya estás calentito? ¡Qué injusto! —Se quejó dejándolo conducirla a la cama—. ¿Y cómo sé que no me vas a estar toqueteando impudoroso?

—Obvio, ese es el punto de dejarte desnuda, tocarte impudoroso —respondió dándole un beso en los labios.

Clemente la arropó en la cama y fue por agua. Ella bebió con premura el vaso que le entregó, tenía mucha sed. Él la besó otra vez cuando se arrebujó a su lado, para después subir el brazo y ofrecerle descansar sobre su pecho. Encendió la televisión, colocando un programa sobre tiburones al que ella no prestó atención, ya que se durmió casi al instante.

En la madrugada, tras ir al baño, Bel caminó de regreso a la cama de puntillas, para no despertarlo. Vio la figura masculina dibujarse gracias a la luz tenue de alguna farola que atravesaba los cristales de un ventanal adyacente. Le pareció que se veía hermoso. Estudió el puente de la nariz prominente, los labios entreabiertos, los pectorales velludos, el abdomen plano, los muslos gruesos y las piernas largas, advirtiendo, además, lo increíble que le quedaban aquellos calzoncillos negros.

—¿Vas a meterte a la cama o vas a seguir mirándome como una acosadora demente en medio de la oscuridad? —dijo Clemente, bromeando.

—¡Ay, estás despierto! ¡Ya verás! —exclamó abalanzándose sobre él.

—Quieta —dijo inmovilizándole los brazos con rapidez.

Bel se dejó caer sobre su cuerpo rindiéndose con rapidez, el deseo de besarlo era más fuerte. Suspiró al sentir la piel tibia de los pectorales de Clemente contra sus pechos. Le encantaba esa sensación. Se estaba volviendo adicta al contacto, a olerlo, a besarlo, al roce de esa barba contra su cuello. Hundió la lengua en su boca, besándolo con vehemencia y mordisqueándole el labio inferior con mesura. Clemente le soltó los brazos para apoyar las manos en su trasero, disfrutando de cómo ella movía la pelvis, sinuosamente, sin decoro contra la suya. Bel quería estimularlo, le

gustaba ponerlo duro, deseoso. Él jadeó mientras le toqueteaba la superficie de los calzoncillos, solo tuvo que apretar un par de veces para que la erección se presentara en toda la extensión necesaria.

—Mañana tengo que abrir la tienda temprano —dijo con voz somnolienta, pero sin dejar de besarla—. Necesito dormir.

—Dormiremos cuando estemos muertos —expresó jocosa.

Clemente tiró a Bel a un lado de la cama, colocándola de medio lado junto a su cuerpo. Luego, incrustó su erección en su trasero haciéndola jadear, cubriéndola con brazos y piernas, inmovilizándola.

—Duérmete, Bel.

—Pensé que me llevarías a casa.

—Pensaste mal. Quiero que duermas conmigo —dijo besándole el hombro, ascendiendo hasta su cuello y haciéndola suspirar.

—¿Así? ¿Sin preguntarme si yo también quiero? Solo aprisionándome en contra de mi voluntad. —Se mordió los labios para no reír y fingir seriedad.

—Sí.

—¿En dónde quedan mis derechos para decidir?

—Aquí —dijo clavándole más la erección haciéndola gemir.

—Eres un abusador —continuó bromeando.

—¿Quieres dormir conmigo?

—Sí —respondió con coquetería.

—Perfecto.

Clemente insistió, restregándole el miembro endurecido contra el trasero.

—Me asombra lo rápido que me calientas. Contigo me mojo en un segundo.

—¡Ay, joder! Creo que es lo más bonito que me han dicho en la vida.

Bel rio.

—Sí, lo sé, soy una romántica.

—¡Me encantas! —exclamó serio, dándole otro beso en el hombro—. Buenas noches preciosa.

—Buenas noches, bello.

CAPÍTULO 14

La alarma sonó, arrancando a Clemente del profundo sueño en el que se encontraba. El sonido no pareció inmutar a Bel, que siguió durmiendo de lo más apacible, apoyando la cabeza contra su pecho y el muslo lánguido y carnosos sobre su pelvis, trasmitiéndole toda la calidez que emanaba su cuerpo suave. Salir de la cama le representó todo un reto esa mañana de abril, porque anhelaba quedarse entre las sábanas junto a ella. Le costó vestirse en penumbras, aun así, hizo lo necesario por no perturbarle el sueño.

Comió algo de fruta y bajó las escaleras, caminando por el depósito hasta llegar al local anexo en donde se encontraba instalada el área de panadería, que contaba con una entrada independiente para que el personal ingresase a hornear desde muy temprano, sin necesidad de entrar a la tienda que se mantenía cerrada hasta que él iniciase el día. Era raro que Clemente se ausentase para llevar a cabo su rutina diaria, las pocas veces que ocurrió, lo suplantó su hermana Olivia o Henry, su contador, era bastante celoso para sus asuntos y prefería manejarlo todo. Saludó al personal dándoles los buenos días como solía hacer siempre, luego revisó que estuviesen las ordenes completas, para que procedieran a llevarlas a la tienda y llenar las vitrinas.

Después abrió las cajas registradoras, contando el efectivo para cada una, entretanto hablaba con Carmen, su encargada, afinando detalles sobre los quehaceres de la jornada diaria, debían ingresar al sistema un pedido que había llegado el día anterior. Al culminar de ajustar todo lo necesario para el comienzo del día laboral, pasó por el área de charcutería, en donde picó un poquito de queso y de jamón de pavo, para después dirigirse a recoger pan recién horneado, así como pastel de manzana. Preparó café en la máquina de expreso, seleccionó una de las ensaladas de frutas que estaban recién cortadas y subió para prepararle el desayuno a Bel. Eran casi las nueve de la mañana, por lo que supuso ya estaría despierta.

La encontró serena, durmiendo boca bajo, con el cabello oscuro desperdigado sobre la almohada. Su cuerpo lechoso se veía precioso, contrastando con el edredón gris oscuro en el que estaba cómodamente arrebujada. Sus ansias carnales por ella permanecían intactas desde la noche anterior, a pesar del agotamiento producto del juego de rugby y de lo ocurrido en la ducha, el Clemente de siempre, habría aceptado los jugueteos nocturnos de Bel, sin importar que tuviese que hacer uso de sus reservas de energía para echarle un polvo rápido antes de dormir. En cambio, decidió sosegar sus impulsos, disfrutando del tacto delicado de su piel, mientras la abrazaba hasta que su respiración se acompasó con la suya, durmiéndose profundamente.

Pasó el dorso de la mano por uno de los pechos que se dejaba entre ver al costado, acariciándolo despacio, para luego recorrerle la espalda con la punta de los dedos. Suspiró al sentir como se le tensaba el miembro en los pantalones. Le estaba costando contenerse para no dejarse caer sobre ella de forma abrupta, despertándola para desayunársela entera y hundirse entre esos muslos carnosos, que lo tuvieron pensativo desde que abrió los ojos. No le quedó más remedio que dedicarse a besarla, considerando que debía apaciguar sus impulsos.

No quería verla como una mujer frágil, en realidad, la había encontrado mucho más atractiva en las ocasiones que le mostró su carácter impetuoso e incluso por ratos atrevido, aun así, estaba intentando ser delicado, porque no sabía cómo enfrentar lo del llanto. Clemente insistió en el

momento del incidente que no le importaba, pero la realidad era muy diferente. Siendo un hombre que sexualmente disfrutaba era de escuchar a su compañera jadear excitada, el llanto le hacia el efecto opuesto, quitándole las ganas. La forma en que ella lloró ese día lo perturbó de una manera indescriptible, porque fue un cambio demasiado abrupto. Notar cómo se encontraba al borde del orgasmo, para después verla con el rostro desencajado, sollozando como si algo terrible le hubiese ocurrido, lo abrumó.

El suceso le generó una especie de temor, aunque ese no era el término adecuado, él no tenía miedo a verla llorar, temía era no estar a la altura de la situación cuando volviese a ocurrir. De todas formas, estaba seguro de que tendría que afrontarlo tarde o temprano, porque ella le gustaba muchísimo. Siempre que analizaba cuál era la mejor manera de abordar un encuentro sexual con Bel, llegaba a la misma conclusión, tenía que tomarse las cosas con calma, porque debía considerar las diferencias palpables entre ambos. Él era un tipo experimentado, al menos en el plano sexual y ella daba señales inequívocas de estar insatisfecha sexualmente. Aquel era un detalle que en un pasado lo habría aburrido muchísimo, por lo que era toda una revelación percatarse de que con ella no le importaba, al contrario, seguía siendo un aliciente para él ser quien la hiciera gozar.

Bel despertó sintiendo toda la textura de la barba de Clemente contra su espalda, debido a los besos deliciosos que le repartía, arrastrando los labios en dirección ascendente hasta susurrarle al oído que era hora de despertar, erizándole la piel de todo el cuerpo. Giró el cuello para encararlo y se desilusionó de que este ya hubiese abandonado la cama. Se sentó, cubriéndose los pechos con el edredón y se quedó mirándolo sin poder hacer otra cosa a causa del entumecimiento corporal producto del sueño. Lo encontró muy atractivo, aunque vestía muy informal con una simple camiseta, jeans y una gorra con la visera hacia atrás, aparentando menos edad. Estaba buscando algo en la cómoda, una camiseta, que le entregó junto a un cepillo dental nuevo que había traído de la tienda, seguido de un beso corto en los labios.

—Te espero en la mesa, preciosa.

Asintió, estirándose perezosa en la cama. Se vistió y tomó su bolso. Tras usar el baño se miró en el espejo. «¡Mierda! Que horrible estoy» fue su primer pensamiento. Se había acostado con el cabello húmedo, así que le pareció que su volumen estaba por los cielos, al punto de parecer una versión adulta de Mafalda. «Joder, joder, Bel, has algo con tu vida», pensó. Tras lavarse el rostro y los dientes, buscó en el bolso un cepillo, peinándose hasta que logró dominar su melena, haciéndose una cola alta y dejando caer el flequillo de forma coqueta.

Se regocijó en que al menos no tenía ojeras, había dormido muy bien. Bel soltó una risita ante ese pensamiento. Descansó fabulosamente, porque tras acabar de forma deliciosa se le relajó el cuerpo por completo, sin contar que después en la madrugada se durmió de nuevo, calentita entre sus brazos. Respiró profundo intentando asimilar todo lo ocurrido. Se miró de nuevo en el espejo y se regañó: «a ver, disimula un poquito, que ya le contaste toda tu vida sexual, tampoco le hagas ver que te tiene babeando». Tras esa charla en donde estableció límites, se colocó un poquito de perfume y bálsamo labial, para finalmente dirigirse a la sala, luciendo presentable.

—Esa camiseta tiene el largo perfecto —dijo Clemente, con una de sus miradas sugerentes, refiriéndose a que el ruedo de la prenda, dejaba ver más de la mitad del trasero redondo de Bel, que se perfiló muy apetecible en aquella ropa interior diminuta, cuando se giró a colocar el bolso sobre el sofá.

Él caminó hacia ella, se agachó y depositó un beso en cada glúteo, dándole a cada uno los «buenos días». Luego la hizo girar sobre su propio eje y depositó un beso en el monte de venus, seguido de otro «buenos días». Le subió la camiseta, acariciándole el abdomen con los labios

hasta llegar a los pechos, en donde besó cada pezón para decirles también a cada uno: «buenos días». Finalmente, la beso en los labios, repitiendo la frase una vez más.

Bel le sonrió, anonada con la ilusión del enamoramiento reflejándosele en el rostro sin que pudiese disimularlo. El discurso que se había dado en el baño desapareció sin dejar rastro, como por arte de magia. El gesto, exageradamente dulce, no solo la había conmovido, sino que también la había complacido y para qué negarlo, la había excitado de manera instantánea. Clemente tenía ese efecto arrollador en ella que no conseguía comprender, aunque tampoco estaba demasiado preocupada por hacerlo. Solo sabía que no quería dejar de sentir el roce de esos labios y de esa barba que le repartían una sensación cálida por el cuerpo, que se le atrincheraba entre los muslos.

—Buenos días para ti también —dijo Bel, sonrojada—. Nunca me habían dado los buenos días de esa manera.

—Es muy importante despertarse bien —afirmó, hundiendo la nariz en el arco del cuello de Bel, respirando aquel aroma femenino que tanto le gustaba—. ¿Tienes hambre?

—Sí.

Le quitó la gorra, para hundir los dedos en el cabello de Clemente, atrayéndolo contra sí para besarlo de forma arrebatadora. Él le correspondió con la misma energía hasta que cortó el beso por un momento.

—Hambre de comida o...

—De ti —interrumpió Bel.

—¡Interesante!

La rodeó con los brazos, devolviéndole el beso, succionándole el labio inferior, hasta que de nuevo volvió a separarse de ella en pro de tomar distancia y serenarse.

—¿Ves las cosas que me haces decir?

—Créeme que no solo tú piensas en cosas de ese tipo, yo también pienso en muchas que quiero hacerte.

—Puedes hacerlas ahora —invitó Bel con expresión lúbrica, estaba anhelante de más.

—Sí me das permiso de hacerlas no me apetecen tanto —dijo bromeando.

—¡Hombres! Siempre queriendo dominar a las mujeres.

—Claro que no, aunque tal vez sí, para hacerte acabar —respondió incitador, apretándola contra su pecho para darle otro beso entre risas—. Ven, vamos a comer —continuó, dándole una palmada cariñosa en el trasero que ella no esperaba.

Bel se sentó comiendo algo de fruta, para luego estudiar el sándwich con ojo crítico, mientras él fingía beberse el café sin percatarse de sus juegos. Lo tomó con parsimonia dándole un mordisco, saboreando la combinación de ingredientes para finalmente objetar.

—¿Lo hiciste tú o alguien lo preparó abajo?

—Lo hice yo.

—Está bueno, aunque tenías razón, los míos son mejores —agregó con cara de autosuficiencia.

—No puedo ser bueno en todo, preciosa —respondió con audacia, haciendo que Bel abriera la boca asombrada.

—¡Qué creído!

Clemente se rio y le dio un beso en el hombro, para luego seguir comiendo. Ella le imitó, consumiendo casi todo el contenido de su plato, mientras pensaba que, en realidad, el tipo era bueno en muchas cosas. Se preguntó en qué más lo sería. Había muchas cuestiones que deducía por cómo hablaba, se comportaba o la trataba, una de ellas, era que de seguro su madre era una reina, porque solo una era capaz de criar un príncipe. Él era educado, amable, cariñoso, gracioso y ocurrente. Estaba ansiosa de conocerlo más, porque sospechaba que eso solo podría aumentar su

gusto por él.

—Te agregué a Instagram, pero no me aceptaste. ¿No tienes Facebook? —dijo amable, para restarle peso a la declaración, llevándose la taza de café a los labios.

—No me había dado cuenta. No suelo estar pendiente de las notificaciones, después te acepto y no, no tengo Facebook.

—¿Por qué? —preguntó curiosa.

—No se me dan mucho las redes sociales, de hecho, en Instagram sigo es a mi familia. Uso más Twitter, en su mayoría para leer noticias. ¿Por qué?

—Pues para averiguarte la vida, para conocerte —confesó con una sonrisa inocente.

—Preferiría que lo hagas a la vieja usanza, preguntándome directamente, porque en realidad no vas a conocer mucho de mí visitando esos perfiles. ¿Dime qué quieres saber?

—Todo —respondió honesta.

—Eso te va a tomar tiempo Bel, ¿estás segura de querer invertirlo en mí?

Bel, arrugó el ceño confundida ante esa pregunta. Tragó lo que comía y bebió un poco de agua, mientras intentaba ordenar un poco las ideas. No comprendía a qué se refería con eso de estar segura de querer invertir su tiempo en él, sobre todo, porque el timbre de voz que había empleado le resultó muy serio.

—¿Por qué dices eso? ¿A qué te refieres?

—Eres más joven que yo, bonita, divertida... Y yo soy... yo. —Con esa respuesta, la curiosidad de Bel aumentó. Él entendió que no se estaba dando a explicar, así que prosiguió a intentarlo—. Me refiero a que no tengo mucho que contar, el que puedas conocerme solo se daría a través de lo que compartas conmigo y eso te tomaría tiempo.

A Bel le pareció que la conversación se estaba tornando violentamente seria y no era la intención que perseguía. Por lo que optó por sonreírle afable con tal de restarle tensión al momento.

—Yo solo quiero saber qué haces para divertirte o qué cosas detestas, cuestiones por el estilo.

—Lo sé Bel, pero tienes que entender algo sobre mí. Ya pasé esa etapa de la vida en donde los hombres se hacen ver mejor de lo que son delante de las mujeres. Esto —dijo señalándose con la mano, haciendo un movimiento de arriba abajo—, es lo que tengo para ofrecerte. Dije que no perdería mi tiempo tratando de mostrar una versión de mí edulcorada, porque al final las mujeres descubren la verdad y... —Clemente se interrumpió, se le estaba yendo la mano, estaba diciendo demasiado. Se molestó consigo mismo por darle a una conversación tan simple, un giro tan dramático, cuando él no era así—. Olvídalo, estoy hablando tonterías.

Bel se puso de pie. Dio el par de pasos que la separaban de Clemente, que confundido, miró hacia arriba cuando la tuvo a un lado. Le estaba acariciando el cabello con dulzura.

—¿Puedo sentarme en tus piernas? —preguntó con coquetería.

—Por favor. —Echó el asiento un poco hacia atrás, dándole espacio para la maniobra—. Creo que no hace falta que me preguntes eso.

Bel colocó una pierna de lado a lado de las caderas de Clemente y se sentó despacio sobre su regazo, quedando a horcajadas. Él le acarició los tobillos, subiendo despacio por las pantorrillas, mesmerizado por la deliciosa textura de la piel de las piernas y el tono muscular de los muslos firmes.

—Avísame cuando termines de meterme mano, para conversar contigo —dijo provocadora.

—Bueno, yo siempre te quiero manosear, así que creo que tendrás que ser *multitasking* —admitió apretándole el trasero—, y hablar mientras te toqueteo.

—¡Sinvergüenza! —Volvió a acariciarle el cabello con movimientos pausados—. Explícame

mejor, sobre qué verdad hablas, ¿qué te da miedo que descubra?

—No es miedo, es que sencillamente sé cómo son las cosas.

—Ok, perfecto, ahora dime cómo son, elabórame esa idea —respondió Bel seria, usando un tono de voz idéntico al suyo.

Aunque Clemente era un tipo práctico, centralizado, muy focalizado en lo que quería y en cómo lo quería, puesto que no era muy de irse por las ramas, no pudo evitar ser como cualquier hombre, la mayoría de las veces, que procuró conquistar a una mujer. Resultaba natural inflar ciertas cualidades y disminuir algunos defectos para atraer la atención femenina. Sin embargo, tal vez por la madurez alcanzada al haberse expuesto al lidiar con múltiples problemas de mujeres adultas a corta edad, ya, a los treinta y tres años, sentía que no estaba para todo ese teatro. Después de Sarah, se prometió a sí mismo que con la próxima mujer con la que saliera, se mostraría tal cual era.

Miró a Bel, reconociendo que la forma en que planteó lo que sentía no había sido la mejor manera. Se proyectó hosco, cuando él no era para nada de esa manera. Por suerte, esta permaneció curiosa sin dejarse llevar por su reacción inicial y se sentó en sus piernas para crear una atmósfera de intimidad, entendiendo que, así como ella tenía sus problemas existenciales, él también podía tenerlos y era momento de que lo escuchara.

—Me levanto temprano, me gusta mi rutina, me gusta mi trabajo... Lo que trato de explicarte es que no soy muy divertido, ni interesante —dijo con cierta derrota en la voz que la inquietó.

—Déjame a mí ponderar qué es divertido y qué es interesante, porque la verdad, es que me la he pasado mejor contigo en estos últimos días, que en los últimos años.

—¿Sí? ¿Te la has pasado bien? —Su voz adquirió un leve matiz de entusiasmo. La apretó contra su entrepierna en donde, a causa del roce, comenzaba a endurecerse el miembro.

—Mucho —dijo rodeándole la nuca con los brazos, para besarla despacio—. También me gusta cómo me besas —agregó acariciándole la nariz con la suya, dándole otro beso corto—. Creo que te estas poniendo demasiado tenso con el tema, no quiero que sientas que no puedes hablar. Quiero que entiendas que siempre puedes conversar conmigo de lo que sea, Clemente.

—Perdóname, no era mi intención, no sé de dónde ha salido todo eso.

—¿Sabes? Yo tampoco soy muy divertida, ya ves, te lo dijo mi exnovio, soy aburrida.

Sarah, más de una vez lo hizo sentir mal por ser demasiado rutinario, así que entendía a Bel más de lo que se imaginaba.

—¡Tu ex es un imbécil! —exclamó molesto.

La única razón por la que no le dijo un par de palabras a Carlos aquel día, después de su comentario fanfarrón, fue porque Bel estaba enferma y no necesitaba esa clase de drama. Además, resultaba políticamente incorrecto porque el tipo estaba en muletas.

—Cierto, pero lo que trato de explicarte es que, así como tú me dijiste en nuestra primera cita que te estaba juzgando desde mi perspectiva, creo que ahora lo estás haciendo tú. Déjame decidir a mí cómo eres.

—*Touché* —admitió Clemente, haciéndola sonreír.

—Ahora, una pregunta sería. —Bel hizo una pausa dramática para después continuar hablando—. ¿Cada vez que me sienta en tus piernas vas a tener una erección? —Clemente se rio y la atrajo para besarla.

—Sí, probablemente siempre.

—¿O sea que, si necesito una erección de ti, solo tengo que sentarme en tus piernas? Mira qué fácil y práctico. —Se rio encantada.

Clemente deslizó las manos por las caderas de Bel, entrelazando los dedos lado a lado de su

ropa interior, jalándola hasta tensar la tela entre sus pulgares. Obligándola a estar más cerca, empujando así la dureza de su miembro contra su coño. Comenzó a besarle el cuello y esos jadeos que lo enloquecían no tardaron en aparecer. Bel le enterró otra vez los dedos en el cabello, dejándose llevar por las sensaciones que le despertaba en el cuerpo, calentándola, humedeciéndola, poniéndole los pezones en punta.

—Se te ha erizado toda la piel —dijo al sentir cómo los poros de las piernas se presentaban rígidos.

—Eso es porque le haces sentir cosas divertidas a mi cuerpo —explicó efusiva, con una sonrisa de fingida inocencia que a él le encantó.

—Eres muy bonita, Bel. Muy bonita... Preciosa.

—Tú también eres muy guapo.

—Y no eres para nada aburrida, no quiero que le hagas caso a ese idiota.

—Shhh no hablemos de él, al menos no cuando te tengo duro entre las piernas —agregó moviéndose encima de Clemente, buscándole la boca para besarle de forma arrolladora, tenía muchas ganas de sentirlo.

Clemente le correspondió con una intensidad consonante, besándola con apremio, con ganas de mucho más y fue precisamente, el ser consciente de ese perturbador anhelo, lo que lo hizo retroceder. Sí seguían besándose así, terminaría arrastrándola a la cama, para arrancarle la escasa ropa que la cubría.

—Deja de provocarme así, que tengo que bajar a trabajar. —Clemente esperaba que la excusa funcionase, porque su fuerza de voluntad se debilitaba con cada beso de Bel.

—¿En serio? —preguntó incrédula, haciendo un puchero.

—Sí, tengo responsabilidades —insistió serio.

—De acuerdo. —Bajó los hombros resignada—. Oye, pero antes necesito que me permitas ponerme intensa un minuto. —La miró intrigado.

—Ok... Tú dirás.

—Solo me preguntaba si mientras nos veamos, tienes intensiones de ver a otras... chicas... Porque esa mujer ayer en el juego estaba coqueteando contigo y sé que nosotros apenas nos estamos conociendo, pero para mí no funcionaría que te acostaras con otras... O sea, quiero decir que...

—Ella no me interesa —interrumpió—. Ni ella, ni ninguna otra. Mientras salga contigo, no voy a salir con nadie más. Obvio, me gustaría que tú tampoco salgas con ningún otro tipo y si tienes intención de lo contrario, por favor dímelo.

—Yo tampoco tengo interés en nadie más... —confesó sincera, volviendo a buscarle la boca.

Clemente comenzaba a perder facultades, sus manos se revelaban contra su raciocino, manoseándola con impunidad, atrayéndola contra su erección. El anhelo de sentarla sobre la mesa, como aquella primera vez, crecía desmedido, por lo que ser interrumpido por un sonido lejano fue un alivio.

—Bel, tu bolso está sonando.

—Déjalo sonar.

—Estaba sonando cuando llegué, olvidé decírtelo. Puede ser importante, anda.

Bel, hizo una mueca de hastío por tener que ir a ver quién llamaba. Estaba muy contenta en donde estaba, mordisqueándole el labio. Se levantó y corrió hasta el sofá en busca de su teléfono. Al notar que era su madre, se arrepintió mucho más de haber abandonado el regazo de Clemente. Se alejó un par de pasos en dirección al baño y tomó la llamada.

—Al fin contestas, deja de dormir tanto, te espero esta noche para cenar, tu papá quiere que

hagas un pastel.

—¿Esta noche? —Hizo una pausa—. No, no puedo, mamá.

—¿Cómo qué no? Si siempre vienes a cenar con nosotros al menos dos veces por mes. Últimamente, no has venido, tienes que venir, ¿o es que acaso no te hacemos falta tus padres?

—Cómo vas a decir eso, mamá, es que...

—Hija, por favor, tienes que venir, nunca te pido nada, ven.

Aquella afirmación era una de las tantas mentiras que podía decir Deborah sin inmutarse. Siempre le pedía a su hija que se sometiera a sus exigencias y constantemente, se excusaba en la distancia de esta, para aplicarle un burdo trabajo de culpa con la intención de hacerla sentir mal y doblegarla a sus deseos. Cansada del carácter demandante de su madre, se marchó a vivir a la casa de su difunta abuela apenas tuvo oportunidad, colocando distancia entre ambas, aunque al final, esta maniobra no sirvió del todo, cuando su madre se lo proponía, volvía a ejercer cierto control sobre ella.

—Es que ya tenía pensado hacer otras cosas.

—He planeado una sorpresa para ti, no quería decirte nada, pero me estas obligando con todo esto. Ven, por favor. —Bel suspiró, fastidiada al entender que una vez más tendría que ceder.

—De acuerdo, ahí estaré.

—Recuerda el pastel.

—Ok —convino de mala gana.

Molesta, dejó su teléfono en el bolso y volvió a la mesa.

—¿Pasó algo? ¿Por qué traes esa cara? —preguntó, al verla abatida.

—La cena que iba a hacerte esta noche, tendré que posponerla, mi madre me ha pedido que vaya a comer a casa y no he podido negarme.

—Ah... bueno, eso está muy bien, así compartes con tus padres. Cenamos mañana domingo, ¿te parece? —propuso poniéndose de pie para recoger los platos.

—Que más remedio. —Suspiró desalentada—. Déjame, yo lavo los platos.

—No hace falta.

—Tú hiciste el desayuno, yo lavo los platos —argumentó, plantándose frente al fregadero, determinada a llevar a cabo la labor.

—De acuerdo, como gustes —dijo pasándole los poquitísimos platos sucios.

Clemente, observó a Bel enjabonar los cubiertos ensimismada, como si no existiera otra cosa más importante que la espuma y el jabón, recordando su actitud metódica en la oportunidad que la vio cocinar. Le gustó que fuera tan eficiente hasta para una actividad tan anodina. Luego, instintivamente, desvió la atención hacia sus piernas torneadas. Le gustaban mucho, sobre todo cuando estaban alrededor de sus caderas aprisionándolo con fuerza. Detalló aquellos pies de deditos gordos, con las uñas pintadas de barniz rosa pálido, pensando en que ella era toda una contradicción, podía lucir tan fresca y delicada y al mismo tiempo ser impredecible, presta para muchas cosas que no necesariamente encajaban con la forma en la que lucía.

Se movió hasta quedar a espaldas de Bel y dejó caer las manos a los costados de su figura, acariciando en dirección ascendente los muslos. Ella dio un respingo, sorprendida por aquel toque, pero siguió lavando los platos. Comenzaba a entender que a él le gustaba tocarla de esa manera. Cerró los ojos cuando notó cómo el pecho ancho de Clemente se encajaba contra su espalda, seguida de la erección que ella misma había provocado minutos antes, en sus glúteos. Jadeó cuando el echó a un lado el cuello de su camiseta, para dejar a la vista el hombro desnudo, que aún conservaba un ligero rastro del moretón que le realizó una semana antes, cuando la mordió frente al espejo y que ella miró innumerables veces pensándolo.

—Sigue lavando los platos —susurró posesivo a su oído, con un tono tan sugerente, que se le contrajeron las entrañas.

Mordió de forma delicada el hombro, haciendo gemir a Bel, de manera instantánea, por el roce delicioso que ejercía la barba hirsuta contra su piel. Clemente se dedicó a mordisquear, lamer y besar el área, ascendiendo con una lentitud torturante hacia el cuello, al mismo tiempo que escurría las manos debajo de la camiseta, arrastrando los dedos con pausa por el vientre bajo, el abdomen, hasta alcanzar los pechos impacientes por ser tocados.

—Sigue lavando los platos —repuso al darse cuenta de que ella se mantenía inmóvil ante las caricias—. Si dejas de lavarlos, dejaré de tocarte, así que... no pares.

Bel jadeó ante aquel tono de voz autoritario y luego se mordió los labios instándose a concentrarse. Tomó un vaso y comenzó a enjabonarlo con manos temblorosas, producto del toque eléctrico de los dedos de Clemente que se aventuraban por su cuerpo. Le acarició los pechos de forma lenta, sosegada, sopesando el peso de cada uno, para después rodearlos con los dedos, sintiendo la piel crispada de las aureolas, apretando con premeditación los pezones enhiestos, porque había aprendido que era una parte muy sensible para ella.

El pulso de Bel temblaba, cuestión que a él le complacía.

Le encantó notarla tan agitada, por lo que siguió con su jugueteo, mordiéndole el lóbulo de la oreja, estremeciéndola con su aliento tibio, hablándole despacio, indicándole que siguiera lavando los platos. Aquella tarea comenzó a complicarse conforme él avanzaba con sus caricias, era tal el delirio que le provocaba, que la hacía perder la coordinación de las manos, dejando que otras partes de su anatomía se movieran involuntarias. Poco a poco, sus caderas seacompararon con los movimientos de él, que movía la pelvis sinuosamente contra ella.

Clemente quería ponderar qué tan sumisa podía llegar a ser. Descubrió que era dócil, porque seguía lavando los platos con lentitud, entre jadeos, aunque por el contoneo de su trasero, era obvio que tenía una parte rebelde que le encantaba. Luego le apretó los pechos, pellizcando los pezones para sacudirla, exaltándose por el jadeo gutural que ella le dio en respuesta, dejando caer la cabeza hacia delante, absorta en el placer tan exorbitante que sentía. Aquel gesto era poderoso, le encantaba verla y escucharla así, como si no pudiese más, cuando en realidad él apenas estaba comenzando. Segundos después, deslizó la mano derecha por el abdomen de piel aterciopelada, hasta que los dedos se escurrieron en la ropa interior y gruñó al sentirla tan húmeda.

—Me encanta, me encanta que te mojes tanto.

La excitación no la dejó hablar, solo pudo jadear en respuesta, percatándose de cómo aquellos dedos largos se deslizaban entre los pliegues de su sexo y él deslizaba un pie entre los suyos, abriéndole las piernas en busca de espacio.

—Sigue lavando los platos, solo te falta un vaso —ordenó con firmeza.

Para Bel, era toda una tarea, no le importaban los malditos platos. Solo lo quería a él de inmediato, duro, adentro, pero Clemente iba a su ritmo, a pesar de la excitación desequilibrante y de la pulsión reiterada que sentía en el glande hinchado de su miembro o del deseo inexorable de cogérsela en la mesada de la cocina. Para él, era una cuestión de dominación, de fascinación por verla así, obediente, dejándole hacer lo que quisiera, exacerbándole la lujuria.

Bel colocó el último vaso sobre el escurridor, cerrando la llave del agua, por lo que se apresuró a hablarle antes de que ella hiciera algo.

—Mantén las manos en el mesón, no las muevas de ahí, si lo haces, pararé de tocarte.

Bel jadeó entrecortadamente, al sentir cómo un dedo se deslizaba en su interior. Él se dedicó a lamerle la nuca, a morderla con algo de bestialidad, apretando uno de sus pechos preciosos con una mano, mientras que, con la otra, se dedicaba acariciarle el clítoris con el pulgar,

introduciendo otro dedo en aquel interior mullido y ardiente. En parte, todo aquello también era una tortura para él, que luchaba para no perder la compostura, ansiaba penetrarla. Respiró profundo, obligándose a no hacerlo. Prefirió disfrutar de la respiración acelerada de Bel y de cómo se mordía los labios para no hacer ruido.

—No te contengas, gime, Bel, gime. Si supieras todo lo que me excita escucharte, no harías silencio.

Ella despegó los labios dejando salir los jadeos, le abochornaba un poco excitarse de esa manera, tan rápido. Era inevitable, Clemente tenía ese efecto sobre su cuerpo, parecía ejercer algún tipo de influjo que la atraía, dejándolo hacer con ella lo que le placiera. Aunque sus caricias eran por demás acertadas, lo que más la encendía, era, precisamente, sentirlo duro contra el trasero, porque era la prueba inequívoca de que sentían la misma atracción incontenible.

Clemente la lamó enfervorecido, excitado, al borde del colapso por escucharla gemir impudorosa. Hizo círculos con insistencia sobre ese montículo carnoso, queriendo encender hasta la última terminación nerviosa, buscó despertar sensaciones que la hicieran gritar, mientras tanto, sus dedos se daban a la tarea de deslizarse adentro y afuera, embadurnados de la deliciosa humedad de ese glorioso coño que moría por penetrar.

—Así por favor, así, no pares —rogó excitada, asombrándose de su actitud.

Para Bel, todo era apabullante. Él parecía entender su cuerpo de una manera que ni ella misma lo hacía, sus conflictos internos la habían hecho sepultar sus anhelos, censurando incluso su propia autoexploración, haciéndola olvidar que era un ser capaz de sentir placer. El tacto de Clemente se le hacía eléctrico, demandante, delicioso e imparable. Un escalofrío le recorrió la espalda, bajando por toda la columna, conglomerándose en su vientre bajo, ahí, en su sexo. Sintió que el orgasmo se le venía encima como una ola que iba a golpearla duro y segundos después, explotó en un clímax vertiginoso que se le extendió por las extremidades como una onda expansiva.

Clemente la escuchó tomar aire con desesperación. Se ahogaba, esa era la señal inequívoca de que se estaba corriendo, así como las contracciones de su acogedor coño alrededor de sus dedos. La escuchó gemir en un largo y desaforado grito que lo encendió por completo. Su miembro se movió instintivamente, queriendo hundirse en ella, por lo que se frotó con impaciencia contra aquel prieto culo, mientras la escuchaba acabar satisfecha.

—Yo te voy a dar todos los orgasmos que nadie te ha dado. Todos, porque adoro escucharte acabar.

Bel dejó caer la cabeza sobre el hombro de Clemente, deleitándose en el sonido de su voz ronca a causa de la lujuria. Gimió de nuevo al notar cómo sus dedos la abandonaban, dejando un rastro húmedo por su vientre. Se giró hacia él para besarlos y se sobresaltó por encontrarlos con la mirada turbia, lasciva, salvaje... Eso la complació demasiado, por lo que una vez más buscó ser recíproca. Se puso de puntillas para besarlos y lo acarició, deslizando las manos por los pectorales, bajando por el abdomen hasta alcanzar la cinturilla de los jeans. Palpó el miembro endurecido, haciéndolo gruñir entre besos e intentó abrir el cinturón.

—Hoy es sobre ti, solo para ti —dijo visiblemente alterado, tomándole las manos para que no continuara.

Clemente quería enseñarle a Bel que estaba bien solo recibir. La percibía como una mujer muy complaciente y aunque eso le gustaba, también sabía que ese tipo de personas solían olvidarse de sus necesidades. No quería eso para ella, al contrario, quería hacerla sentir lo suficientemente segura como para pedir lo que necesitara siempre, no solo cuando estaba excitada, que era cuando de verdad se desinhibía.

—¿Por qué?

—Porque te lo mereces. Tengo que irme a trabajar, puedes quedarte aquí el tiempo que necesites, yo estaré abajo en mi oficina —dijo despidiéndose con un beso—. Gracias por lavar los platos —agregó con una de sus sonrisas de medio lado, antes de salir por la puerta.

CAPÍTULO 15

«¿Se puede echar de menos a alguien que apenas conoces? ¿Qué tan normal es extrañar a una persona a quien no ves desde hace apenas algunas horas?». Clemente se planteó esas incógnitas mientras esparcía queso pecorino sobre las berenjenas rellenas, para después llevarse un trozo a la boca. Su madre le ofreció una copa de vino que este recibió dándole las gracias.

—¿Qué te pasa, Vincenzo?

—Nada, *mamma*.

—¿No te gusta la comida?

Clemente hizo una mueca de desconcierto.

—Está buenísima como siempre, eres la mejor cocinera del mundo —dijo, dándole un beso en la mejilla.

La madre de Clemente solía llamarlo por su segundo nombre, para diferenciarlo de su esposo que se llamaba igual y por sus dos nombres, cuando estaba molesta con él, aunque eso se convirtió en algo muy inusual desde que su hijo superó la adolescencia. Tenían una relación excelente que los llevaba a entenderse, incluso, sin necesidad de expresar verbalmente lo que pensaban. A Fiorella le bastaba con echarle una mirada para darse cuenta de si le pasaba algo. Le pareció que su hijo estaba algo abstraído y sabía, perfectamente, que no le contaría nada. Aun así, insistió en preguntarle qué le sucedía por mera costumbre y cuando este negó con la cabeza, retomó la conversación con su hermana Constanza, que había venido de visita, con su esposo e hijos, para almorzar con la familia.

Clemente se sacó el teléfono del bolsillo, con el deseo de escribirle algo Bel y al percatarse de que no sabía muy bien qué decirle, depuso la idea. Miró alrededor distraído, estudió la cara de todos, sus padres sentados uno al lado del otro, tomándose de la mano por ratos, conversando de forma animada con el resto de las parejas en la mesa, conformadas por sus familiares en compañía de sus respectivos cónyuges. Dos semanas atrás, había estado en una comida similar en casa de su tía y no se sintió aislado cómo en esa ocasión, tal vez porque estaba su hermana que al igual que él, seguía soltera.

No era una situación atípica, solía asistir a ese tipo de reuniones solo porque a su exnovia no le gustaba acompañarlo, al punto, que prácticamente nadie la conocía y después de la ruptura, no supuso ningún cambio relevante con respecto a sus interacciones familiares. Lo que sí le resultó bastante extraño, fue encontrarse anhelando la compañía de Bel junto a él en la mesa. Se preguntó si sería capaz de adaptarse al ruido producto de las conversaciones entrelazadas, a las carcajadas de sus tías, a las constantes preguntas a la que le someterían para conocerla o si podría disfrutar de ese ambiente del típico almuerzo de sábado o domingo con una familia habladora, mucha comida, música vieja y vino, que para él era tan natural. Era consciente de que para algunas personas no resultaba fácil adaptarse a los escándalos de los niños, a que las conversaciones siempre girasen en torno a lo mismo o a lo entrometidos que podían llegar a ser los miembros de su familia. Sarah nunca lo soportó y aunque él siempre fue comprensivo al respecto, en el fondo, anhelaba tener una pareja que quisiera acompañarlo a hacer algo tan simple como comer con sus padres.

Clemente se dio cuenta que estaba yendo demasiado rápido, apenas la conocía y estaba

analizando ese tipo de cosas innecesariamente. Caviló que tal vez todo era producto de la conversación que sostuvo con Bel esa mañana, cuando estuvo sentada en su regazo. Era innegable lo agradable que le había resultado que ella le confesase con todas las letras, que no estaba interesada en salir con nadie más, también que era muy pronto para ponderar si lo de ambos se formalizaría. Se instó a guardar la compostura y a marcar un poco de distancia, no quería ilusionarse de más o pecar de iluso al creer que ambos estaban en la misma página. Siguió comiendo, uniéndose a la conversación en la mesa para no continuar pensando en ella o tener que llegar al punto en donde se admitiese que, en realidad, no sabía cómo manejar sus expectativas, nunca había salido con una mujer con la que pudiese plantearse un futuro y eso lo inquietaba mucho.



Tras secarse el cabello, Bel lo cepilló hasta arreglarlo como quería. Se maquilló un poco y se vistió con un bonito vestido vaporoso de mangas largas, color azul marino, cuyo ruedo tenía un bonito brocado, se puso un par de zapatillas verdes esmeralda muy coquetas, terminándose de arreglar. Bajó las escaleras, tomó uno de los pasteles de chocolate con los que se había esmerado bastante esa tarde, al hacer bonitas formas con el betún en una manga pastelera y abordó el taxi que aguardaba afuera, encaminándose a casa de sus padres.

Al llegar a la puerta de entrada, se exhortó a cambiar el semblante, para que sus padres no percibiesen que estaba un poco amargada por no poder pasar la noche con el señor Barba, de preferencia sin ropa. «¡Ya, Bel!», se reprendió mentalmente por no parar de pensar en él. Se obligó a guardar decoro y como en ocasiones anteriores, tocó el timbre como acostumbraba. Nunca usaba la copia de llaves que tenía en el bolso, prefería anunciarse siempre. Su madre la recibió segundos después con una infrecuente sonrisa afable, demasiado grande, tanto, que parecía que ocultaba algo más, algo malvado. Le recordó al gato de Cheshire.

—Hija, estás bellísima. —Bel alzó una ceja incrédula al escuchar a su madre darle un cumplido. ¿Qué seguía? ¿Qué se congelará el infierno?—. Pasa, no te quedes ahí parada.

Demudada, entró en la casa, esa a la que sus padres se habían mudado por insistencia de su madre cuando Bel estaba al final de su adolescencia. A pesar de que era una vivienda por completo diferente, seguía encontrando en esta, la misma atmósfera rancia de la anterior. Con solo dar un par de pasos por el parqué, la invadió una fuerte sensación de control, de represión, de muerte cerebral, de asentir sin preguntar. El ambiente del lugar le resultaba asfixiante, había demasiados muebles, floreros, cuadros, alfombras, todo colocado de forma minuciosa por su madre, quien vivía solo por tres motivos: trabajar hasta rayar en la adicción, encajar en la sociedad y comprar costosas piezas decorativas.

La casa se le hacía un desperdicio de espacio, era demasiado grande para solo dos personas. Bel no discutió la compra de esta, porque en un principio, se sintió aliviada de salir de la casa anterior llena de recuerdos incómodos, aunque bien podrían haber optado por una vivienda menos costosa, para que no tuviesen que matarse tanto trabajando para mantenerla, respondiendo a los caprichos de su madre de vivir en aquella zona adinerada de la ciudad. Con el tiempo, había optado por no meterse en la vida de sus progenitores, a fin de cuentas, no quería que se metieran en la suya. Además, tenía que agradecerle a su querido padre, el haberle cedido la casa de la abuela para vivir por su cuenta y no venderla como anhelaba su madre, para que ayudase a pagar la nueva residencia.

—¡Belita! —dijo Fernando, su padre, feliz de verla, dándole un beso y un abrazo—. ¡Qué

linda estas hoy!

—Gracias, papi —contestó entusiasmada—. Te hice el pastel que tanto querías.

—Ay, gracias —expresó frotándose las manos emocionado, quitándole la bandeja para llevarlo a la cocina.

Fernando era un padre amoroso, con el que ella disfrutaba compartir. Tenían un parecido importante, había heredado de él mucho de sus rasgos físicos, tales como el cabello oscuro y los ojos azules. También ciertas características de su personalidad, como lo cortés o afectuoso. Su padre era un hombre formidable que la hacía cuestionarse las razones para que este terminara casado con una mujer tan opuesta a él.

Conforme Bel crecía, se le fue haciendo más evidente que sus padres eran muy distintos, no parecían una pareja perfecta ni por asomo. Supuso que algo tenía que ver con que, su padre fuese demasiado bueno y tranquilo. Con el tiempo, concluyó que de seguro su madre debió moldear su comportamiento y hacer lo necesario para conquistarlo, al punto de que su padre seguía engañado sobre muchas cosas acerca de su esposa y eso siempre la había molestado. A veces sentía ganas de preguntarle si su madre le gustaba en verdad o si seguían casados por otros motivos. Otras, pensaba en que su padre quería tanto a su madre que se había acostumbrado a sus actitudes. Recordó a Marcelo comentar que a muchos hombres les excitaban las mujeres crueles. «¿Podría ser ese el caso de su padre?», pensó mirándolo caminar hacia la cocina, para después analizar qué, tal vez, le podría haber sucedido como a ella con Carlos y simplemente, había caído en una cómoda costumbre, que no tenía mucho sentido dejar porque funcionaba. Al final, no tenía ningún tipo de certeza sobre qué los mantenía unidos, de lo que sí estaba segura, era que su madre era de una forma cuando estaba con su padre y otra muy distinta, cuando estaba sin su compañía.

En ese momento, el cerebro de Bel pareció conectar los puntos, recordando la conversación que había mantenido con Clemente esa mañana, sobre mostrarse tal y cómo era. Confirmó que él estaba equivocado al pensar que expresar tal cosa la decepcionaría, tras analizar el matrimonio de sus padres, esa actitud le causaba todo lo opuesto. Ella quería conocerlo, no quería funciones teatrales de actitudes enriquecidas en pro del cortejo. Quería que le mostrase tanto sus virtudes, como sus defectos, porque de galanteos pomposos tuvo suficiente con Carlos.

Bel escuchó cómo su madre la llamaba desde la sala, arrancándola de sus cavilaciones, así que se quitó el abrigo y lo dejó junto al bolso en el sofá de la entrada. Encontrándose luego a su exnovio a un par de metros.

—Bel, ¡mira quién ha venido a verte! —exclamó Deborah—. Fernando, acompáñame a la cocina a buscar las cosas para la cena —ordenó a su esposo, haciendo una seña de conspiración, que Bel captó de inmediato.

Deborah trataba de juntar a la ex pareja de la manera más tosca y absurda. Estaba convencida de que su hija carecía de las herramientas necesarias para conquistar al sexo opuesto, así que cuando Carlos la llamó para pedirle ayuda para acercarse a Bel, no dudó en prestarle asistencia. Estaba muy interesada en que se reconciliaran, pues dudaba mucho que su hija lograra conseguirse a otro hombre con tan buenas cualidades, ignorando por completo que está ya poseía otro ejemplar masculino dispuesto a llenar la plaza vacante.

—Estás hermosa, cariño.

A Bel le repugnó escuchar cómo le hablaba de forma amorosa. Negó con la cabeza molesta, ¿esa era la sorpresa? ¿Por eso había dejado de cenar con Clemente? Se sintió timada y al mismo tiempo se reprochó el ser tan ilusa. Era obvio que su madre no podría tenerle preparada una sorpresa agradable.

—¿Qué haces aquí? —preguntó cortante.

—Ay cariño, que preguntas tontas haces, obvio he venido a verte. Tu madre me invitó y ya sabes que siempre me han gustado estas cenas.

A Carlos le caía muy bien Deborah. Le encantaba ir a comer a su casa, conversar con ella por mucho rato. Incluso, fueron muchísimas las ocasiones en las que Bel deseó reducir el tiempo de la velada e irse corriendo a su hogar, sin poder conseguirlo porque él insistía en quedarse más tiempo charlando.

—Qué desfachatez la tuya, ¿me tratas pésimo y luego vienes a casa de mis padres? ¿No se supone que soy aburridísima?

—Tú también me trataste mal...

Bel lo miró atónita por su pésima excusa.

—Terminamos, no sé si estas al tanto, pero cuando una pareja se separa, dejan de ir a casa de los padres del otro. ¿No deberías estar con tu nueva novia, la gritona del hospital?

—¿No debería estar el tipo barbado aquí entonces? Digo, ya que es tu novio. —Bel lo miró confundida ante esa declaración, pero no le llevó la contraria—. ¿Qué? ¿No viene a cenar?

—Pues gracias a Dios que no pudo venir hoy. De lo contrario, qué incómodo habría sido todo esto, porque resulta evidente que sobras por aquí —respondió, intentado lucir fría e impasible.

—Ya me imaginó qué diría tu madre si lo viese, con esa pinta de motociclista inservible. Por cierto, ¿cuántos años tiene? Te debe llevar al menos casi una década —dijo, ignorando todo lo que Bel había dicho.

—Eso no es tu problema. Carlos de verdad, mejor vete. De seguro aquella chica estará muy contesta de verte.

—Sabes qué es lo gracioso, Bel. Siempre pensé que eras tú la que amaba más en nuestra relación, que era yo el que tenía que estar a tu altura... y mira, me equivoqué, apenas han pasado unos cuantos meses y ya estas saliendo con otro tipo de dudosa procedencia —dijo manipulador.

—Carlos, la falsa moral te sienta fatal. Tú, estando en una cama de hospital estabas con otra, ¡a una semana de que nos peleáramos!

—Yo no sé qué crees que viste ese día en la habitación. Es una amiga, no tenemos nada. Tal vez, ese día no lo negué porque estaba molesto contigo, pero yo te amo, Bel, te amo mucho —señaló, acercándosele con dificultad a causa de las muletas—. No tenemos que dejar que esto arruine nuestras vidas, podemos hacer de cuentas que no pasó nada. No puedes echar por la borda cinco años conmigo, por un tipo como ese.

—¿Un tipo como ese? —Subió las cejas, perpleja—. No lo conoces de nada. Además, yo salgo con quien se me venga en gana, así como tú lo haces con esa mujer. Lo que haga con mi vida es mi problema y te agradezco que no intentes...

—Vengan, vamos a comer —dijo interrumpiendo Deborah, a la que Carlos siguió a la mesa de inmediato, dejando a Bel con la palabra en la boca—. Ven hija, vamos a comer antes de que se enfríe.

—No, no voy a comer aquí —Bel caminó en dirección opuesta hasta que su madre interrumpió su marcha, tomándola por el codo, arrastrándola consigo a un pasillo cercano, lejos de Carlos—. Suéltame, mamá —dijo molesta.

—Hija, deja lo estúpida, Carlos quiere que hagan las pases, acéptalo.

—No, mamá, no.

—Escúchame bien, no voy a dejar que arruines tu vida así. Carlos es un buen muchacho, te quiere y siempre te ha tratado bien. ¿Acaso no lo ves? ¿Quién es ese tipo con el que estás saliendo? ¿De dónde ha salido? Tú no eres así, estar con otro hombre tan pronto te hace ver como

una cualquiera.

Bel se rio sarcástica al escuchar eso.

—¿Yo una cualquiera? Lo que me faltaba —dijo furiosa, mordiéndose la lengua, para no soltar algún impropio en respuesta—. Dime mamá, ¿cómo soy en realidad? Digo, ya que afirmas conocerme tanto. —Deborah la miró seria sin contestarle—. No te preocupes, yo tampoco te conozco, si algo tengo claro, es que tú no eres como aparentas y yo no soy ni por coincidencia, lo que tú quieres que sea.

—Soy tu madre, solo quiero lo mejor para ti y este no es momento para que peleemos —sostuvo en voz baja, intentando mantener la calma.

—No mamá, tú quieres lo que crees que es mejor para mí, pero no tienes ni idea qué es lo que necesito. ¿Te has tomado alguna vez la molestia de preguntármelo? ¡Ah, perdona! Olvidaba que todo tiene que girar en torno a ti y tus deseos.

—¿Vamos a comer o qué? —dijo el padre de Bel a un par de metros—. Pueden dejar de pelear, ven Belita, ven a comer.

—Papá, no quiero...

—Belita, por favor —dijo en tono conciliador, como siempre.

Deborah les dio la espalda, caminando en dirección a la mesa muy molesta, por lo que Fernando se acercó hasta Bel y tomándola por los brazos, la atrajo hacia su pecho abrazándola.

—¿Qué sucede? ¿Por qué estas siendo tan grosera con tu mamá? ¿No ves que solo se preocupa por ti?

Bel se dejó envolver en aquel abrazo, sintiendo un poco de lástima por su padre, era tan bueno, que no se percataba de que su madre distaba mucho de tener un interés real en su bienestar y cómo en otras ocasiones, se preguntó si aquello no era su culpa por no abrirle los ojos. Aquella pesada carga logró que se rindiera, dejándose conducir hasta la mesa, en donde como era usual, su lugar estaba dispuesto junto a Carlos, quien la recibió con una sonrisa amable que le revolvió el estómago.

Antes de comenzar a comer se tomaron de las manos, para realizar una oración de agradecimiento. Notar como la tocaba su exnovio le sentó fatal. Era increíble que aquellas manos que tantas veces le hicieron el amor en el pasado, le resultasen en ese momento tan diferentes, extrañas, al punto de que su toque le generó cierta repulsión.

—Carlos, ¿qué nos cuentas? ¿Cómo va la fisioterapia? Aún no estás trabajando, ¿cierto? —preguntó Deborah, cordial, como si todo estuviese a la perfección, actitud que Bel aborreció.

Él respondió a las preguntas, contando todo el progreso que estaba logrando con los tratamientos, asegurando que pronto podría volver a caminar con normalidad, que las marcas de las cicatrices eran horribles, pero que le recordaban todo lo que había vivido y superado. A Bel aquel discurso se le hizo en exceso melodramático y no pudo evitar hacer una mueca de disgusto, que él ignoró y siguió comentando todos los pormenores de su salud, haciendo hincapié que la inactividad lo estaba volviendo loco, por no poder asistir al trabajo.

—Bueno, esperemos que «todo» vuelva pronto a la normalidad —dijo Deborah insidiosa, lanzándole la indirecta a su hija.

—Sí, eso espero —dijo Carlos, que después se dedicó a sacarle conversación a Fernando.

Bel odió cada minuto de aquella cena en la cual su exnovio dominó la charla, siendo afable con sus padres que se reían de todos sus comentarios. Era tal el rechazo que sentía por toda aquella pantomima, que abrió su bolso con disimulo, en busca de su teléfono para distraerse. Toqueteó la pantalla que se iluminó, mostrándole un mensaje de Clemente que la hizo sonreír de inmediato.

«Mañana te voy a dejar lavar todos los platos de la cena».

Solo eso bastó para desconcentrarla, abstrayéndola de aquella situación indeseable. Su sexo se contrajo de forma deliciosa al recordarlo esa mañana pegado a su espalda, duro contra su trasero, con aquellas manos tan grandes y varoniles, tocándola entre los muslos. De solo pensar en cómo le hablaba al oído excitado, se humedeció.

—¡Bel! Estamos cenando hija y tu madre tiene rato hablándote, deja el celular por favor.

—Perdona, papá, ¿qué decías, mamá?

—Estaba diciendo que ya va siendo hora de que ustedes dos se arreglen. —Deborah le dedicó una sonrisa que Bel encontró insoportable.

—Mamá, Carlos empezó a salir con otra chica una semana después del accidente y de que termináramos, lo nuestro no tiene remedio —dijo poniéndose de pie, envalentonada tras leer aquel mensaje—. Te quiero, papá. —Bel le dio un beso en la cabeza a Fernando, que en ese momento miraba de mala manera a Carlos, y luego se despidió con la mano de su madre, diciéndole que también la quería por mera formalidad—. Nos vemos otro día, ya tengo que irme.

—Hija, no te puedes ir así —protestó Deborah, molesta de su actitud. Ya Carlos le había comentado de lo sucedido en el hospital, convenciéndola de que Bel había pensado mal sobre una situación inocente.

—No te preocupes, Debi —dijo Carlos poniéndose de pie para ir detrás de ella.

—Belita, hija, no te vayas —escuchó decir a su padre preocupado, que deseaba que le explicase más sobre lo ocurrido, pero Bel sentía que no podía estar ni un segundo más a lado de su ex, por lo que siguió caminando en dirección a la puerta de salida.

—Cariño, escúchame por favor, cinco minutos, después de cinco buenos años creo que al menos puedes escucharme cinco minutos —apeló Carlos, hablándole a la espalda de Bel, que tecleó en la aplicación de su teléfono para solicitar un taxi.

—Sí, Carlos, pero evita decirme cariño —respondió encarándolo, poniéndose el abrigo junto a la puerta de salida.

—No te puedo llamar de otra manera, tú eres mi vida, mi todo. No sabes cuánto extraño levantarme por las mañanas y ver esos ojitos azules abrirse.

Bel tragó saliva, le costaba oír aquello. Él era, después de todo, el hombre que hacía tres meses atrás creyó, sería la persona con la que compartiría el resto de la vida. Aun así, decidió ser directa.

—No quieras verme la cara de idiota, tú y esa chica tenían algo, e independientemente de lo que en realidad tengan, me dejaste bien en claro que yo era agua pasada. Ahora es tarde para esta charla, estoy con otra persona.

Carlos la miró atónito.

—¡Por Dios! ¿Desde hace cuándo conoces a ese tipo? Tú y yo tenemos una historia, un hogar juntos, somos una familia, no tires todo eso a la basura por orgullo. Yo estoy dispuesto a que empecemos las cosas otra vez desde cero, todo lo que necesites lo haré, perdóname, fui un imbécil contigo con lo del accidente. —Carlos dio un paso hacia delante para acortar la distancia entre ambos con dificultad—. Cariño, yo te amo, ya no puedo estar sin ti. Por favor, escúchame — insistió tocándole la mejilla con dulzura.

La realidad de Carlos era bastante simple, había aprendido de manera muy violenta que nadie sabe lo que tiene, hasta que lo pierde. No pasó mucho para que una joven como Vicky se cansara de un tipo que no podía caminar, aburriéndose de todos los problemas logísticos que representaban sus muletas. Pronto entendió que había dejado al ganso de los huevos de oro, por una gallina descerebrada. Le desesperaba tener que estar en casa de sus padres, pues no podía

vivir aún por cuenta propia, debido a que había muchas cosas que no podía hacer por sí mismo a causa del accidente. Tuvo que acostumbrarse a la falta de privacidad, entre muchos otros percances que lo hicieron recordar el bienestar que experimentaba en la casa que compartió con Bel.

Carlos extrañaba la comida, las sábanas suaves, la tranquilidad de aquel recinto, que no encontraba en la bulliciosa casa de sus padres en la que siempre estaba su madre cuidando a sus sobrinos. Odiaba no poder abrazarla en las noches, necesitaba los besos tibios y delicados que Bel solía darle antes de dormir. Ansiaba tener de regreso aquella vida que dio por sentada, comprendió que ninguna chica se comparaba con ella.

La miró encontrando que estaba más bonita que nunca, como si se hubiese hecho algo en la cara. Tenía el cabello precioso, la piel luminosa y tersa. Incluso, la encontraba atípicamente sensual, al punto de que se sentía más atraído por ella que nunca. Toda ella se le antojó, solo quería irse a casa y hacerle el amor.

—Yo también sentía que no podía estar sin ti. —Se apartó para que dejara de tocarla—. Por eso fui a verte al hospital, pero tú estabas en mejores compañías.

—Te digo que no es lo que crees.

—Estoy con otro —insistió tajante.

—¿Ese tipo? Por favor... —Carlos lanzó un bufido como si eso le resultara imposible—. De acuerdo, estas con él, ¿por cuánto tiempo va a ser eso? En serio vas a dejar de estar conmigo por pasar un rato con un tipo que sabrá Dios, qué quiere contigo. En cambio, sabes que de mí obtendrás todo el amor que te mereces, el que te he dado por cinco años, ¡cinco, Bel! —dijo abriendo la mano, separando los dedos, señalando así una vez más la cantidad de tiempo.

—Esto no tiene nada que ver con él. Somos nosotros que no tenemos arreglo. No quiero volver a ser la extensión de nadie, no quiero hacer simbiosis contigo y que seas tú el que domine todo. Estoy bien por mi cuenta, feliz, me cansé de tener una vida predecible.

—Yo nunca te pedí que fueses así, la aburrida eres tú, admítelo.

—Carlos... —Negó con la cabeza—, no quiero discutir sobre eso. Ya no quiero estar contigo. Ya... ya... no te amo.

Carlos se enderezó con ayuda de las muletas, apretó los dientes, molesto ante esas palabras. Le parecían absurdas, imposibles, no obstante, lo que él pensase no tenía incidencia en la situación. Ya Bel no sentía lo mismo por él, incluso, si alguien le hubiese dicho meses atrás que lo dejaría de querer tan rápido, nunca lo habría creído.

—¡Eso es mentira! No me mientas —dijo alzando la voz en negación—. Además, ese tipo no te conviene, créeme, apenas lo vi lo supe.

—Ay, por favor, ni siquiera lo conoces.

—Te vas a acordar de mí... ese tipo no te conviene, te va a hacer sufrir... Haz lo que tengas que hacer. Solo te recuerdo que cuando todo te salga mal, no me vengas rogando para que vuelva contigo. Ahora podrás decir que no me quieres, pero tú misma me lo dijiste en el hospital, no puedes dejar de quererme de un día para otro. En el fondo, todavía sientes algo por mí, lo sé, pero no te preocupes... sé darme mi puesto. Lástima que tú te conformes con cualquier tipo de aspecto dudoso.

Carlos se marchó caminando de regreso hacia la mesa, dejando a Bel enmudecida. Aunque no lo quisiera, esas palabras habían calado en su mente, porque él seguía siendo alguien relevante en su vida. En un pasado, fue su opinión la que tuvo más peso que la de cualquier otro para ella y algunos hábitos resultaban difíciles de romper. Pensativa, caminó en dirección al jardín, cerrando la puerta principal de la casa, que se abrió segundos después, dejando ver la figura de su madre

que la miraba con desaprobación. La ignoró dándole la espalda, recorriendo el sendero que conducía a la entrada y rogó que el taxi llegase con prontitud.

—No entiendo qué te pasa, Isabella.

—Bel, me llamo, Bel —dijo de mala gana, recordándole que no le gustaba que la llamase por su nombre completo.

Deborah suspiró hastiada, ignorando ese detalle.

—Dime quién es ese hombre y por qué hace que te comportes así de grosera.

—Ese hombre no hace que me comporte de forma grosera, de hecho, es súper educado y amable. Mi actitud no tiene nada que ver con él, o mejor dicho sí. Porque yo estaba muy feliz antes de venir para acá, incluso dejé de cenar con él para complacerte. Porque de ilusa, pensé que mi mamá quería verme, quería darme algo bonito, no sé por qué fui tan tonta, tenía media tarde dándole vueltas pensando qué podría ser «mi sorpresa», pero como siempre, no se te ocurrió darme algo que yo quisiera, sino «algo» que tú crees que necesito. Es lo mismo que cuando era adolescente, te pedía de regalo un libro y tú me comprabas maquillaje porque eso era lo que creías que necesitaba.

—Es que eras medio marimacho, mírate ahora, mira lo hermosa que te ves.

—¿Y? ¿Qué importa que fuese medio marimacho? No iba a dejar de ser tu hija por eso. ¿Cuándo vas a entender que tienes que quererme por lo que soy y no por lo que tú quieras que sea?

—Yo solo quiero lo mejor para ti, hija.

—¿Sí? ¿Y qué es eso exactamente? Y más importante aún, ¿quién dice que tú sabes qué es lo mejor para mí? ¿Quién te da la potestad para eso?

—Soy tu madre.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? Que te empeñas en querer que sea como tú, ¿y para qué? Mamá tú no eres feliz, no lo eres, ¿por qué coño quieres que sea como tú? Si fueses feliz no... —Bel cerró los ojos y dejó de hablar para no decir lo que estaba pensando—. Olvídalo, solo déjame vivir, deja de meterte en mi vida, déjame en paz —pidió llena de rencor.

Deborah no comprendía el comportamiento súbitamente altanero de su hija y antes de poder procesarlo, la abofeteó con fuerza para obligarla a recapacitar.

—A mí no me vas a hablar en ese tono, te estas confundiendo, respeta.

—¿Respetarte? —preguntó estupefacta—. El respeto se gana, mamá —dijo entre dientes, sosteniéndose la mejilla que le ardía, mientras una lágrima de rabia corría por ella.

—Eres una malagradecida. Soy tú madre, nadie va a querer lo mejor para ti, como lo hago yo y mira cómo me tratas —dijo manipuladora como siempre.

—Mamá... —Bel se quedó a medias sin saber qué decir, porque en el fondo, sentía todo lo que le había dicho. Aun así, como siempre, dejó a un lado el maltrato de su madre y se recordó que ella seguía siendo la mujer que la trajo al mundo, a la que, a pesar de todo, quería—. Perdóname, no quise levantarte la voz, yo...

—Si tú me contaras más de tu vida, yo no tendría que depender de Carlos para conocerte. —Bel negó con la cabeza, sí habían llegado a ese punto era porque Deborah se lo había ganado—. Ahora vas a entrar a la casa, te vas a sentar en la mesa y vas a comportarte como la señorita que yo crie.

—¿Qué? Mamá, te dije que Carlos anda con otra mujer.

—Él dice que las cosas no son así... Entra y hablamos esto en privado.

El taxi llegó, estacionándose junto a la puerta.

—Si no quieres que esto se repita, no recibas más a Carlos. Nosotros terminamos y no vamos a volver, no importa lo que él diga o tú quieras.

Bel, abordó el taxi con un terrible sentimiento de culpa, no le gustaba perder el control de esa manera con su madre. Tenía años intentando darle paso a una situación que no iba a cambiar, sin importar cuánto lo intentase nunca podía, nunca, por lo que llegar a ese tipo de altercados resultaba inútil. Decidió hacer lo de siempre, abstraerse dejando de lado lo ocurrido, ignorándolo hasta que se perdiera entre las densas capaz de sus otros pensamientos, pretendiendo que la relación que sostenía con su progenitora era diferente. Fue entonces, que su mente siguió al siguiente asunto que la molestaba, cavilando en lo que había dicho Carlos. Bel cuestionó si su atracción inequívoca por Clemente le estaba nublando el juicio, conduciéndola a la imprudencia. Le resultaba inexplicable el motivo por el cual se había abierto de esa manera con él, contándole cosas que nunca pudo compartir del todo, ni siquiera con Carlos. Simplemente, algo la llevaba a confiar en él.

Cerró los ojos instándose a ordenar sus ideas, escuchando la voz en su interior, que desechaba la opinión de su exnovio, recordándole que su intuición femenina no podía estar equivocada. Cada célula de su cuerpo, respondía favorablemente al señor Barba. Le parecía que todo con él estaba perfecto y hasta ese momento, no le había levantado ni una sola bandera roja por absolutamente nada. Aunque eso, por otro lado, también la inquietaba.

Clemente le parecía un misterio. ¿Y si resultaba que todo lo bueno era solo un espejismo? Bel negó al darse cuenta de que estaba dejando que Carlos jugara con su mente. Le gustaba el señor Barba, la forma en que se le erizaba el cuerpo cuando lo veía y lo bien que se sentía cuando estaba a su lado. Decidió que, por una vez en la vida, si las cosas resultaban mal, no le importaría, porque Clemente era ese tipo de persona que le hacían ver el mundo de una manera diferente. Prefería correr el riesgo a quedarse con las ganas de conocerlo.

Por un momento, anheló llegar rápido a casa para descargar tanta rabia jugando algún videojuego bélico toda la madrugada —era lo que solía hacer cuando necesitaba desahogarse—, pero poco después, cambió de opinión y llamó a Marcelo para contarle lo sucedido. Necesitaba desahogarse con alguien, contarle todo lo que Carlos había dicho, para de sacudirse esas palabras malsanas de encima que no soportaba. Sin darse cuenta, evolucionaba emocionalmente, no se estaba guardando las cosas, las estaba hablando, instándose a tomar en cuenta su propia opinión. Tras la ruptura, estaba creciendo, reencontrándose consigo misma.

Marcelo le contó que se estaba alistando para ir al bar, por lo que aprovechó de pedirle que lo acompañara, exhortándola a no quedarse en casa un sábado en la noche. Luego, con una graciosa musicalidad en la voz que la hizo reír, le sugirió que invitara al señor Barba para que la acompañase.

Bel llegó a casa sobre las once de la noche. Seguía molesta y no quería de ninguna manera que la noche acabará así, no después de la fabulosa mañana que había experimentado, por lo que subió al cuarto a cambiarse. Se quitó el vestido y miró el nuevo moretón que se le presentaba en el hombro, ese que le recordaba todo el vigor de aquella boca que tanto anhelaba besar. Quería llamarlo, aunque le preocupaba pasar por intensa, aun así, las ganas le podían, por lo que decidió enviarle un mensaje no muy invasivo.

«Hola, ¿cómo estás? No me fue muy bien en la cena con mis padres, por lo que me voy al bar en donde toca Esteban, el novio de Marcelo. Quiero tomarme una copa y escuchar un poquito de música para relajarme, la banda toca rock, no sé si estas libre, pero si te apetece acompañarme un rato, estaré en el bar Magenta, si no, pues nos vemos mañana, un beso».



—¡Ay, pero que idiota tu ex! —exclamó Marcelo mientras exhalaba el humo del cigarrillo a las afueras del bar—. Aunque ni modo que te hable bien del tipo, ¿no? No le prestes atención a ese morenito, que lo que tiene de bonito, lo tiene de cabrón. Tú quédate con el señor Barba, que te lo digo yo, que tengo un radar para los tipos decentes, ese es el tuyo, nena. Confía en mi intuición de *Sailor Moon*.

—¿En serio?

—Bel, por Dios, o sea, si yo cuando recuerdo tu escueta historia sobre cómo te alzo encima de la mesa siento calor, tú ni siquiera deberías estártelo pensando. Aterrizo mi vida, no te dejes llevar por tu ex, por favor —dijo abriendo muchos los ojos, un gesto muy suyo que lo hacía lucir como una lechuza—. Gózate al señor Barba.

—Tienes razón, supongo que estoy teniendo los cinco minutos de estupidez del día.

—Sera de *apendejamiento*, nena.

—Es que no es solo Carlos, es mi madre que no deja de insistir en que vuelva con él. Quiere que me case y tenga hijos para que al fin sea «feliz» —dijo con tono despectivo.

—Mira, Bel, yo con tu mamá siempre he tenido mis reservas, por eso siempre insistía en que fueses a mi casa, porque pisaba la tuya y esa señora siempre me miraba mal. Tiene un aura súper pesada, es la negatividad en pasta.

—Es que mi mamá es producto de una crianza medio machista, medio histérica, medio no sé, ¿qué quieres que te diga?

—Sí y ella te crio a ti, por eso es que dudas tanto, porque te guste o no, todas las mierdas que te dijo viven en tu subconsciente. El punto es que, ella a mí nunca me dio la sensación de ser una persona alegre, no sé si me sigues.

—Pues sí, es que ella no es feliz, pero, ¿qué tiene que ver eso con lo que te estoy contando?

—Mucho, Bel, mucho, tiene todo que ver. Déjame te pongo un ejemplo, supongamos que quieres ser millonaria, de quien vas a tomar consejos: ¿de un empresario con mucho dinero o de uno quebrado?

—Obvio, del millonario.

—Y si es tan obvio, nena, entonces, ¿dime por qué coño dejas que una persona que no sabe ni cómo ser feliz ella misma, te imponga cosas para que supuestamente llegues a serlo? —agregó Marcelo con tono de autosuficiencia, chasqueando los dedos—. No seas tonta, amiga. La única que sabe lo que necesita para ser feliz eres tú y eso ya lo sabes, así que no dejes que te haga dudar.

—¡Mierda!

Bel se quedó boquiabierta, analizando el motivo por el cual ignoraba una revelación tan obvia. Se preguntó por qué era tan fácil para Marcelo ver las cosas de esa manera tan práctica y para ella no. Tal vez estaba en lo cierto y quisiera o no, en su subconsciente, siempre estarían las enseñanzas de su madre para hacerla dudar hasta de su propio criterio. En realidad, era una actitud bastante común. Bel, como muchas otras personas, respondía a la necesidad de validación materna. Lo que la llevaba a reparar en cualquier comentario que esta le diera, por el simple hecho de ser quien le dio la vida, además de presumir que, por ser su madre, jamás podría desearle mal.

Bel y su madre sufrían de falta de intimidad, producto de las primeras interacciones entre ellas. Deborah, como muchas mujeres profesionales, se sintió presionada por volver rápido al trabajo, para que su maternidad no fuese percibida como un defecto ante sus compañeros masculinos. No deseaba ausentarse de la empresa por temor a perder lo que con tanto esfuerzo había logrado, luchando en un mundo laboral lleno de hombres, ganándose el respeto de cada uno,

gracias a lo tenaz que era, al punto de conquistar, eventualmente, una posición en la alta gerencia. Eso la llevó a despegarse demasiado pronto de la bebé, a dejar de amamantarla, relegando sus cuidados a su esposo y a su suegra, con la que la niña fue desarrollando un vínculo afectivo muy fuerte.

La abuela de Bel se ocupó de llenar sus carencias afectivas maternas. Cuando Deborah vio dicha preferencia, quiso hacer ajustes, retomando la crianza de su hija, dándole más atención, por lo que intentó de, forma inútil, apegarse más a ella, pero ya era demasiado tarde, el lazo entre ambas era débil. Bel encontraba en su abuela la bondad de un tazón caliente de sopa, el amor por los libros, las tardes de juegos en el parque, las palabras dulces que la instaban a ser ella misma, mientras que en su madre siempre encontraba las críticas, la disciplina, la severidad, la exigencia para que fuese independiente, fuerte, decidida y en última instancia, el reproche cuando no llenaba sus expectativas. Esto solo consiguió que el desapego se acrecentara, su hija no la necesitaba, prefería estar con su abuela.

Ver cómo Bel crecía rebelde, sin ninguna intención de atender a sus criterios, alteró a Deborah. Se percibía a sí misma cómo una mujer demasiado capaz, por lo que no permitiría que su autoridad fuese socavada por una mocosa insolente. Fue así como se impuso sobre su hija de manera apabullante. La hizo cambiar de colegio y aunque la joven Bel luchó para mantenerse firme en sus anhelos, la muerte de su abuela la trastocó de tal manera, que, con el tiempo, terminó cediendo a las pretensiones de su madre. A partir de ese momento, Deborah se aprovechó de lo deprimida que se sentía su hija para doblegarla, e inclusive, manipularla para su beneficio y la continuidad de su matrimonio con Fernando.

Mientras miraba cómo Marcelo expulsaba el humo del cigarrillo, Bel caviló que su amigo tenía razón. Tenía que desasociarse de lo que le hacía daño, de las estructuras que su madre le impuso sobre cómo debía actuar o llevar su vida. Debía dedicarse a ser feliz bajo sus propios preceptos, porque era una mujer adulta que ya no tenía razones para obedecerla. Comprendió que uno de los motivos que la llenaba de alegría en ese momento, era el señor Barba, por lo que no dejaría de verlo sin importar lo que dijeran los demás. Decidió que era momento de cambiar, pero para su satisfacción.

—Explícame cómo eres tan sabio, Marcelo.

—Creo que los químicos de los tintes me drogan y me llevan a la iluminación —dijo gracioso, haciéndola a reír—. Ven, vamos a bebernos un trago y a bailar mi reina, que esta noche nos irá de maravilla.

CAPÍTULO 16

Como en la mayoría de sus noches, Clemente se fue a la ducha tras el día de trabajo y se acostó en la cama a ver televisión. Levantó las cejas cuando su teléfono sonó, indicando la llegada de un mensaje. Leyó el texto solo una vez, no había mucho qué pensar, moría por verla. Los bares que solía frecuentar eran más para beber cerveza y ver algún partido de rugby o fútbol, nada que ver con el lugar a donde Bel lo había invitado. «Al menos es un bar en donde tocan rock, podría ser peor», pensó, sacando una camisa negra del armario. Clemente sentía que no estaba para ir a discotecas o sitios nocturnos en donde se le exigiera divertirse, era un tipo acostumbrado a tomarse algo en un local tranquilo, porque después de todo, las mujeres mayores con las que solía salir eran de asistir a lugares más conservadores y elegantes, por lo que terminó habituándose a ese tipo de atmósferas.

Se dobló las mangas de la camisa hasta los codos, se enfundó en unos jeans azul marino, que combinó con un reloj, cinturón y zapatos oscuros. Lucía sencillo, pero elegante. Se peinó un poco el cabello y la barba para después rociarse un perfume de notas amaderadas. Buscó en internet la ubicación del bar, que no quedaba tan lejos. Bajó las escaleras, retiró el forro que cubría el sedán negro al que le daba muy poco uso, para finalmente encenderlo y partir. Tras estacionar en el bar, notó que había fila para entrar, no divisó a Bel en esta, así que asumió que, por su amistad con uno de los chicos de la banda, estaría adentro. Sacó un billete de alta denominación de la billetera, lo dobló y se lo entregó con un apretón de manos al portero quien le abrió la puerta enseguida.

—Oye, barbudo, llévame contigo. —Escuchó decir a una chica en la fila, antes de terminar de cruzar el umbral.

Clemente encontró a Esteban sobre el escenario tocando la guitarra, entonando el coro de la canción *Ella usó mi cabeza como un revólver* de Soda Stereo y después divisó a Marcelo sentado en una de las mesas circundantes. No había rastro de Bel, así que se acercó a saludar. Este lo recibió con mucho ánimo, un apretón de manos y una palmada en la espalda.

—Bel está en la barra, hoy las mesoneras están tardando mucho en servir, andan cortos de personal, así que fue directamente a comprar los tragos ahí.

Clemente asintió mientras se encaminaba hacia allí, estudiando el ambiente del lugar. Las paredes tenían fotos de cantantes de rock, había frases de canciones populares, guitarras y bajos encerrados en estanterías de cristal, incrustadas en un muro largo que recorría todo el local, la iluminación era tenue, oscura, muy *rock and roll*. Los sofás eran de cuero, los reservados estaban en el piso de arriba, pero el mejor lugar seguía siendo las mesas alrededor de la pista de baile. Las mesoneras, todas chicas, iban vestidas de negro con camisetas con logotipos del bar y de bandas famosas en la espalda. La gente vestía informal, relajada, otros con *look* roquero.

Divisó a Bel, intentando hacerse oír entre las personas que atestaban la barra, la detalló sin que se percatara de su presencia. Llevaba una minifalda de cuero a medio muslo que, opinó, le sentaba estupendo. Se acercó dejando caer pesadamente la mano abierta sobre uno de los glúteos, apretándolo con fuerza. Bel se giró con rapidez a estamparle una cachetada al abusador que la había tocado y él le sostuvo la mano, saludándola con una breve sonrisa, seguida de un beso que la sacudió por completo.

—Serás... Aghghgh —siseó con falsa molestia.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó sereno, muy cerca de su rostro para que pudiera escucharlo.

—Emmm... —Bel sonrió intentando hacer memoria de lo que quería, aquella nalgada la había trastocado. Además, encontrarlo tan guapo, hizo que sus pensamientos se tornaran libidinosos de inmediato. Se le antojó arrastrarlo al baño más cercano para hacerle cosas de los más indecentes —. Dos Caipiroskas.

Clemente le rodeó la cintura con el brazo desde atrás, apoyando una mano al descuido sobre la barra y alzando la otra, hizo una seña al barman, quien le prestó atención con prontitud, dedicándole una sonrisa amable muy diferente a la que había dado con anterioridad a otros clientes. Bel lo miró anonadada por la desfachatez de su coqueteo, sobre todo porque a ella la había ignorado bastante rato sin tomar su orden. El chico comenzó a preparar los tragos mirando de soslayo a Clemente, por lo que maliciosa, le acarició la mano a este, dándole a entender que no perdiera su tiempo dedicándole miraditas, porque se quedaría con las ganas.

Segundos después, se distrajo con el roce de la barba de Clemente contra su cuello, notando cómo su entrepierna se acomodaba en su espalda baja. Cerró los ojos un par de segundos ante la sensación invasiva, disfrutando del beso que él le depositó cerca del lóbulo de la oreja. Miró a su alrededor y sin pensárselo demasiado, llevó la mano hacia atrás, escurriéndola entre ambos, apretándole el miembro disimuladamente. Había demasiada gente conglomerada alrededor, dudaba que alguien fuese a darse cuenta de lo que hacía.

—Te estás portando mal —dijo a su oído, intentando hacerse oír sobre la música, muy sorprendido por su atrevimiento.

Bel no era exhibicionista, sin embargo, Clemente le hacía hervir la sangre en las venas, llevándola a hacer cosas de ese tipo.

—Para, preciosa, para —rogó al percibir cómo la manoseada hacia efecto, convirtiendo su ligero endurecimiento inicial en una erección en toda regla.

Bel se giró y poniéndose de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos para atraerlo contra su cuerpo. Lo besó con inmensurables ganas, devorando con apetito sus labios, restregando los pechos contra sus pectorales duros. A Clemente le asombró un poco el suceso, después de todo, no dejaban de estar en un lugar público, aun así, se dejó llevar, deleitándose al notarla tan espontánea, aunque agravase el problema de ponérsela muy dura. No pudo evitar sentirse un poco adolescente y soltó una risa por tal motivo.

—¿Pasa algo? —pregunto Bel sin entender la situación.

—Tienes que taparme, se me marca en los pantalones —le dijo apenado al oído.

A Bel le generó una morbosa satisfacción, ser capaz de causarle ese efecto. Se sonrió osada y se dedicó a tapar con orgullo el problema que había provocado. Por norma, no era para nada así de lanzada, en el fondo, era muy de hacer el amor con la luz apagada o con velitas con olor a lavanda. Carlos era muy correcto en público, solo se limitaba a tomarle de la mano o darle algún beso corto, porque odiaba dar demostraciones de afecto exageradas enfrente de otras personas y aunque por lo general, Bel coincidía con esa opinión, a Clemente le provocaba besarlos delante de todo el mundo. De todas formas, era un local nocturno, no un parque a las cuatro de la tarde, rodeado de niños jugando y solo había sido un beso.

Caminó frente a Clemente cargando con el par de tragos en dirección a la mesa, en donde este al fin pudo sentarse para disimular la penosa situación en la que se encontraba. No podía creerlo, se había empalmado en toda regla, excitarse era algo normal, pero no de forma tan abrupta y significativa por un beso. Lo peor, era que la condición se negaba a remitir, su miembro seguía

duro, en toda su longitud, por lo que no lo ayudaba para nada que ella le colocara la mano en el muslo, acariciándolo despacio y dedicándole una impostada sonrisa inocente. Le apretó los dedos para que se detuviera, intentando prestarle atención a Marcelo que trataba de hacerse oír sobre la música para contarle sobre las fans enamoradas de Esteban, que casualmente, se acercó a la mesa con otros miembros de la banda, estaban en el descanso.

—Hola, Bel —saludó Oscar, el bajista de la agrupación—. Estás muy bonita.

—Gracias, hoy han tocado muy bien —respondió de lo más casual, cuando Esteban se acercaba a darle la mano a Clemente para saludarlo.

—¿Por qué no viniste la semana pasada? Te extrañé —continuó Oscar.

—Estaba en una cita con él —dijo señalando al señor Barba.

Clemente no escuchó la conversación que sostenía Bel con aquel extraño, aun así, era bastante notable por su lenguaje corporal que este le coqueteaba con obviedad, sonriéndole de forma abierta. Optó por seguir conversando con Esteban, pretendiendo que no se percataba del asunto. En realidad, estaba muy pendiente de todo. Le sucedía casi de manera idéntica que a Bel y no podía evitar sentirse un poco de celoso, a pesar de que su mente enfatizase en lo innecesario que era aquella actividad, recordándose que nadie podía gobernar las maneras de actuar de nadie. No le quedaba más que confiar en que, si ella estaba interesada en él, no atendería al flirteo. Segundos después, cuando ella lo tomó del brazo, debió disimular la alegría que aquel gesto le generaba, si ella hubiese correspondido las intenciones de aquel hombre, le habría resultado de lo más decepcionante.

—Él es Clemente —dijo de forma afectuosa, presentándolo entre los miembros de la banda.

Oscar le dio la mano y rápidamente enfocó la atención en hablar con una de las meseras, que tomaba las órdenes de bebida de sus compañeros, para disimular su desilusión.

—¿Ya se te paso la erección? —preguntó Bel al oído de Clemente, rosándole el lóbulo con los labios, fingiendo que aquel toque no era para nada estudiado.

—Sí. ¿Me crees si te digo que es algo que no suele pasarme? O sea, en público...

—Mientras te pase solo por mí, no me importa —expresó coqueta, al verlo mortificado—. Me gusta, ¿sabes? Que te pase eso, porque me hace sentir que te gusto mucho.

—Me vuelves loco —admitió y ella se sonrojó, aunque él no lo notó por la luz del lugar.

—¿Quieres bailar?

—Creo que necesito otro trago para eso —dijo Clemente apurando el último sorbo de whisky del vaso corto que sostenía con la mano derecha.

—Ay, ven —pidió jalándolo a la pista.

—¿Cómo se supone que baile esto?

—No sé, solo muévete. —Bel brincó por el lugar mientras el dj hacía sonar *Gold on the ceiling* de The Black Keys a todo volumen. Clemente sintió que estaba fuera de forma y fue tal su incomodidad, que Bel la percibió de inmediato. Se acercó y lo tomó de las manos para ayudarlo a tomar el ritmo—. La pista está llena, lindo, nadie va a prestar atención a nuestros pasos de baile —señaló inclinándose para besarlo.

—Ya te dije que no soy muy divertido.

—Me niego a creer eso, sé que lo eres.

Precisamente, a eso se refería Clemente esa mañana. Estaban en la parte donde ella quería hacer cosas que a él no le apetecían, así que le tocaba decidir si cedía en pro de hacerla feliz o le explicaba que no era de frecuentar sitios como ese. Optó por la primera opción, la sonrisa que le regalaban esos labios rojos lo instaban a complacerla. Así de rápido comenzó a hacer concesiones, a comprometerse, porque Bel le gustaba mucho. Haciendo lo que en primer lugar

dijo que no haría, sin embargo, conforme avanzó la noche, se sorprendió al descubrir lo bien que la estaba pasando. Tras algunos tragos y bailar con Bel canciones viejas de rock que le encantaban, se sintió de maravilla.

Le gustó que la chica del bidón de leche fuese amistosa con todo el mundo, sin dejar de prestarle atención, como si no tuviese ojos para nadie más, haciéndolo sentir especial. Le encantó experimentar esa sensación a la que no acostumbraba. Clemente recordó lo que había analizado ese medio día en casa de sus padres, lo suyo con ella no tenía que ser una diversión temporal, no había motivos para tuviese fecha de caducidad. Comprendió que lo que estaba viviendo era diferente, que tenía años sin divertirse tanto, que las canciones pasaban y pasaban, sintiendo que la noche era bonita, como Bel.

—Esta canción va dedicada la lindura de ojos azules, ella sabe quién es —dijo Esteban por el micrófono antes de empezar a tocar *Voy a pasármela bien* de Hombres G, con mucho entusiasmo.

Bel, comenzó a entonar la canción en compañía de Marcelo, haciendo pausas cortas para gritarle piropos a Esteban. «Oye, rubio, ¿no te duele la cara de ser tan guapo?» y cosas por el estilo que a Clemente le hicieron mucha gracia. Segundos después, ella volvió a centrar toda su atención en él, bailando con movimiento sinuosos contra su cuerpo, que propiciaban una cercanía atípica para el momento, rodeándole la nuca con los brazos.

—¿Lo estás haciendo a propósito? —preguntó junto al oído de Bel para hacerse oír.

—¿Qué?

—Mirarme, así como si me imaginaras desnudo —dijo, imitando el comentario que ella expresó semanas atrás afuera de la tienda.

—No lo estoy imaginando, lo estoy recordando, y sí, es a propósito —admitió, guiñándole un ojo.

—Sinvergüenza —replicó él de forma graciosa, entretanto la estrechaba más fuerte contra sus brazos.

—¡Vámonos! —dijo Bel al finalizar la canción.

—Pensé que ibas a querer quedarte más rato.

—Ya fue suficiente, sé que no te va mucho esto.

—No tienes que dejar de pasarla bien por mí, además, ya me acostumbre.

—Es que yo tampoco soy muy de esto, un ratito y ya. Aparte de que me duelen los pies.

Bel se despidió de Marcelo, que le abrió los ojos estilo lechuza, mientras subía y bajaba las cejas como un loco. El alcohol estaba haciendo que perdiera sus pocas habilidades para disimular sus nada sutiles señas.

—Para ya, loco.

—¡Cógetelo!

—Marce, cállate que te va a oír —dijo Bel, llevándoselo a un lado, lejos de Clemente.

—No me importa, ¡cógetelo! Y luego me entregas un informe escrito de cinco mil palabras contándomelo todo —insistió Marcelo muy serio.

—¡Estás demente! —Se rio, dándole un beso y un abrazo de despedida.

Tras despedirse de todos, Bel y Clemente caminaron tomados de la mano hasta salir del bar, en donde la brisa fría nocturna les golpeó la cara, refrescándolos al instante. Aun había fila para entrar, indicándoles que, para la mayoría, la noche del sábado apenas comenzaba.

—¿Estás bien para manejar? Si quieres manejo yo. —Clemente se rio espontaneo ante la pregunta—. ¿Por qué te ríes?

—Ah, ¿es que era en serio? Bel tú estás un poquito feliz. Yo no, yo estoy perfecto.

—Yo estoy perfectamente bien, mira —dijo caminando, colocando un pie enfrente del otro, en

línea recta hasta el estacionamiento.

—Aja, ahora haz la figura del cuatro. —Bel alzó la mano derecha con el pulgar derecho abajo, mostrando así cuatro dedos—. Muy graciosa —dijo Clemente, subiéndose la pernera del pantalón, para doblar la rodilla derecha sobre la izquierda, enderezarse y formar un número cuatro, mientras alzaba las manos al mismo tiempo, para demostrar su sobriedad—. ¿Ves? Estoy perfecto.

—Sí, sí que lo estás —agregó besándolo con alevosía—. ¿Dónde está la camioneta?

—En mi casa —explicó Clemente pulsando la alarma de su auto.

—*Oh, so fancy!* —exclamó ella, diciéndole en inglés que su auto se le hacía de lo más elegante.

Clemente abrió la puerta, ayudándola a subir, colocándole el cinturón de seguridad, asegurándose que estuviera bien.

—Ay, ay, ay —exclamó Bel, contrayendo el rostro en un gesto de dolor, antes de que él cerrara la puerta del copiloto.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado, acercándose a ella de nuevo.

Bel lo tomó por las mejillas estampándole un beso sorpresivo y le metió la lengua de forma violenta en la boca, haciéndolo jadear ahogadamente por el gesto intempestivo. Segundos después lo soltó, sonriéndole con falsa inocencia. Clemente negó con la cabeza, incrédulo ante aquella locura, analizando que, tras beber algunos tragos, se volvía muy impredecible y graciosa. Por completo despeinado, tomó asiento, encendiendo el auto, para después modular el volumen de la música. En los altavoces sonó la canción *All day and all of the night* de The Kinks que ella no tardó en entonar de lo más alegre.

—Te la dedico, señor Barba —dijo mientras cantaba—: *Boy I want to be with you all of the time, all day and all of the night.* —Cuestión que él encontró adorable.

Clemente, condujo tomando el volante con la mano izquierda y colocó la derecha en la rodilla de Bel, haciéndola callar de golpe con ese gesto tan anodino. La deslizó por el muslo hacia arriba, buscándole los dedos, entrelazándolos con los suyos, para luego llevarse el dorso de la mano de ella a los labios. Entonces quitó la vista un par de segundos de la calle para mirarla y se percató de que tenía una expresión en el rostro que no sabía cómo interpretar.

—¿Pasa algo?

Bel negó con la cabeza y le apretó los dedos trezándolos más con los suyos, que descansaban de nuevo sobre su muslo.

—Me gustas mucho...

Bel se mordió los labios ansiosa, tras atreverse a expresar semejante declaración, analizando que, de seguro, él no tenía ni idea el peso que tenían sus palabras. «No te apendejes, al menos no tan rápido», pensó, al sentir que todo estaba pasando demasiado rápido, a una velocidad vertiginosa. Era una situación extraña, estaba acostumbrada a ser la primera en recibir las palabras de afecto, de cariño, las declaraciones de: «me gustas mucho, quiero que estés conmigo», no a ser ella la que las expresaba con el corazón latiendo de prisa. Si bien, Clemente le había dicho lo mismo mucho antes, en su caso, hablaba más allá de la apariencia física. Sentía que se estaba enamorando demasiado rápido y que tal vez, lo más prudente sería calmarse, no quería sufrir si resultase que él no la correspondiese.

—Tú también me gustas mucho, preciosa. No te haces una idea... —dijo cariñoso, besándole de nuevo el dorso de la mano, consiguiendo que algo en el interior de Bel se apretara, que sus preocupaciones se disolvieran y disfrutase del resto del recorrido.

Clemente estacionó frente a la casa, girándose para mirarla. Ella lo miró confundida cuando se percató de que no tenía intenciones de apagar el motor del auto para acompañarla adentro. Quiso

preguntarle el motivo y analizó que tal vez lo mejor era acortar las distancias antes de formular dicha pregunta. Se abrió el cinturón de seguridad y gateó hasta llegar a él, sentándosele en las piernas a horcajadas. Le rodeó el cuello con ambas manos, acercando su rostro a el de Clemente, que estaba muy quieto, con esa sonrisita de medio lado que tanto la excitaba. El gesto, inicialmente lo había tomado desprevenido, luego, tal como había ocurrido por la mañana, lo aceptó encantado, apretándola contra sí.

Bel, se lamió los labios de forma sensual para provocarlo, se acercó despacio y cuando notó que no lo esperaba, lo besó con ansias, mordisqueándolo, provocando que un gruñido gutural se le escapara de la garganta, haciéndola sentir poderosa.

—Ya me senté en tus piernas —dijo moviéndose sinuosa—. Ah, aquí está —continuó cuando él movió la pelvis haciéndola sentir su erección.

—Bel... no tenemos que ir tan rápido, tomémonos las cosas con calma, podemos esperar... a cuando estemos del todo sobrios —explicó con dificultad, debido al roce insinuante que ella no paraba de propinarle.

—Yo estoy sobria... Tú también, al menos eso me dejaste claro hace rato.

—Bel, uno no sólo se emborracha con alcohol —dijo inhalando profundo, haciendo una pausa para retomar un poco de cordura—. Yo me embriago de ti, de las ganas de tenerte. No es buena idea que sigamos.

—Pero, ¿por qué? —preguntó desilusionada y confundida, ya que, durante toda la noche, no hizo más que darle señales de que su deseo era correspondido.

—Tú necesitas un hombre delicado y yo... no puedo serlo. No en este momento.

—Yo no necesito que seas delicado. Solo te necesito a ti, no quiero que cambies tu forma de ser por mi problema. Te quiero sentir... tal y como eres.

Bel comenzó a desabotonarle la camisa con apremio, quería lamerle el cuello, como hizo ese día en su apartamento la primera vez que estuvieron juntos. Quería recorrerle con la lengua la vena que se le marcaba cuando la excitación lo invadía y sentir su pulso acelerado contra los labios. Así que apenas consiguió espacio suficiente, se lanzó a hacerlo, deleitándose una vez más de escuchar sus gruñidos ahogados que tanto la ponían y que lograban que su sexo se retorciera de gusto.

A Clemente, cerrar los ojos no lo ayudaba a mantener la calma, solo conseguía que la sensación de la saliva cubriéndole el cuello fuese más intensa. Abrirlos tampoco parecía una alternativa, porque entonces, era testigo de cómo el semblante angelical de Bel se tornaba perverso y excitante. Se dejó torturar, sin hacer el más mínimo intento de liberarse del insistente roce que ella marcaba, moviéndose ondulada sobre su erección, tensándole el miembro, cuyo glándulo no dejaba de pulsar. Se sintió jodido, muy jodido.

—Si entro a tu casa... te voy a pegar la cogida de la semana, te voy a dar tan duro, que seguramente te voy a hacer llorar —admitió sin remedio, con la voz ronca por la excitación.

Bel se detuvo, escucharlo decir todo eso la perturbó. Su corazón pareció coger impulso, pasó de latir en un trote acelerado, a correr sin miramientos con desespero. Optó por mirarlo a los ojos, como para que no le quedaran dudas de lo que iba a decirle.

—Así, precisamente, tengo ganas de que lo hagas. Quisiera que no me tuvieras miedo.

—No te tengo miedo —negó con la cabeza—, es respeto.

—Clemente, no me prives de estar contigo por lo que me pasa... Por favor —Él la miró enmudecido incapaz de explicar que esa no era su intención. Bel se levantó de su regazo, moviéndose hasta su asiento. Se reacomodó la falda que se le había subido por el movimiento y tras respirar profundo, giró el rostro para encararlo—. Sí a mí no me pasara lo que me pasa, ni si

quiera estuviéramos teniendo esta conversación. Está bien, no tienes que hacer nada si no quieres, no voy a obligarte. —dijo, intentando que su voz no temblara.

Bel abrió la puerta del auto, salió y se despidió desganada, con un ligero movimiento de mano, para el que no espero respuesta. Caminó despacio por el senderito entre el césped a la entrada de su casa, escuchando el motor del auto que le indicaba que él seguía ahí, de seguro esperando que ella entrara. Se preguntó si se iría sin más y de ser así, qué clase de connotación tendría eso en aquella relación que comenzaban a tener. Dudó, cuando lo escuchó decir que debían tomarse las cosas con calma, significaba que él también creía que todo estaba pasando demasiado rápido y aunque ella compartía su opinión, también le sucedía que no deseaba poner el freno, quería ir más rápido sin importarle nada. Quería más, con Clemente siempre quería más.

Lo que no predijo fue sentirse rechazada. A pesar de que entendía a la perfección sus razones, le era inevitable notar cómo la desilusión la abrazaba. Sabía que no podía reprocharle nada, sobre todo, porque su convicción para que estuviesen juntos en una situación más calmada, solo demostraba que no era egoísta, que la priorizaba pensando en su bienestar. No tuvo más remedio que dejar de insistir, no quería ser pesada o intensa. Se apresuró a sacar las llaves del diminuto bolsito que llevaba cruzado por el torso. Necesitaba entrar pronto a casa, pues solo en la seguridad de su hogar podría llorar. Justo cuando colocaba la llave en la cerradura, escuchó que el motor del auto se apagaba y tomó aire, aliviada de que él no pretendiese irse sin más.

Oír a Bel rogarle con tanto sentimiento que no le tuviera miedo, conmovió a Clemente, haciéndolo comprender que tal vez estaba empeorando la situación al hacerla sentir, erróneamente, que no quería estar con ella, cuando en el fondo, no había otra cosa que desease más, que quedarse a su lado. Verla tan vulnerable, solo consiguió que quisiera llenarla de besos, de cariño, como tanto creía que merecía. Se figuró que no era quien para decidir qué era lo mejor para Bel, esa era una decisión que solo le correspondía a ella, que explícitamente había verbalizado que quería estar con él, por lo que siendo ese el caso, solo tenía sentido satisfacer los deseos de ambos. Se apresuró a alcanzarla, moría por besarla de nuevo, por tenerla desnuda bajo su cuerpo.

Bel escuchó la puerta del auto cerrarse y los pasos apresurados de Clemente que se acercaba, mientras abría la puerta. Dio un respingo, soltando un jadeo, cuando sintió el azote en la nalga, igual al que le había propinado en el bar hacía rato. Se quedó inmóvil notando cómo la caricia descendía hacia su muslo. Él le recorrió la piel de esa forma que ya entendía le gustaba, escurriendo los dedos bajo la falda, apretando la carne del glúteo derecho. Lo vio apoyar el antebrazo en el marco de la puerta sobre su cabeza y percibió cómo se adhería a su espalda, recorriéndole el cuello despacio con su aliento caliente.

—¿Estás segura de que quieres que entre? —preguntó solo por formalidad, sabía que la respuesta sería afirmativa.

—Sí —contestó en un hilo de voz.

Cruzaron el umbral de la casa y apenas Bel cerró la puerta, Clemente la besó empotrándola contra la pared más cercana, mordiéndole los labios. Ella se aferró a él de una manera, que lo hizo olvidar la problemática a la que le había estado dando vueltas, minutos atrás, logrando que las ganas aflorarán más y se impusieran por encima de toda lógica. La apretó, hundiendo las manos en la mullida carne de los glúteos, para atraerla hacia él, fundiéndose cuerpo a cuerpo. Jadeó al sentirla recorrer con la mano la erección que se le templaba en los pantalones.

—Yo quiero quitarte algo más que la ropa, Bel, quiero quitarte los miedos —dijo contra aquellos divinos labios rosados, en el último vestigio de cordura que le quedaba.

—Ya lo haces, Clemente —dijo con dulzura, mirándolo a los ojos—. Me quitas los miedos, la

angustia y me das ganas de vivir...

CAPÍTULO 17

Bel comenzó a desvestirse, se sintió como antes, cuando era virgen y no había experimentado ningún tipo de relación afectiva con un hombre, cuando solo sentía curiosidad ante lo inexplorado y tenía todas esas expectativas sobre cómo en el sexo encontraría el éxtasis más puro. Obvió su realidad, esa en donde el orgasmo nunca llegaba, donde el placer era soso, relegado, en donde se iba a la cama por costumbre, no por pasión. En ese momento, mientras se desvestía para quedar en ropa interior, solo estaba esa sensación de deseo ensordecedor, incluso clarificativo. Le gustaba que él la viese con poca ropa, se sentía sexy, bonita, dispuesta para sentir. Se sentó en el borde de la cama, cruzó las piernas dedicándole una mirada incitadora que le decía con todas las letras que estaba lista, excitadísima y presta para que estuviesen juntos sin necesidad de esperar más tiempo.

Clemente la observó expectante, apoyado en el marco de la puerta de la habitación, encantado por la dualidad de sentimientos que Bel proyectaba, demostrándole que, aunque estaba nerviosa, podía desvestirse de manera resuelta y sensual frente a él. Dio un paso al frente, comenzando a desabotonarse la camisa, mientras sus ojos adquirían esa intensidad que le caracterizaba.

A Bel le ocurría lo mismo, no podía parar de seguir su estela, observando cómo se liberaba de cada prenda con ese aplomo masculino que la humedecía en lo más profundo de su ser. Ansiosa, contuvo el aliento al verlo caminar hacia ella solo en ropa interior. Él arrojó un par de preservativos sobre la cama, así que ella le explicó con voz temblorosa que tomaba la píldora, por lo que, si quería, esos no serían necesarios. Clemente asintió sacándose el miembro endurecido de los calzoncillos, empuñándolo a pocos centímetros de su rostro. Bel se atrevió a mirar hacia arriba, encontrando que la miraba con expresión lúbrica y excitada, mientras se masturba como si nada.

—Abre la boca —ordenó con un tono de voz ronco y sugerente, que estremeció a Bel. Obediente, se relamió los labios con premura, acumuló saliva en la punta de la lengua, tal como sabía que le gustaba, e hizo lo que le pedía—. Mírame, quiero que me mires mientras te lo meto en la boca.

Bel volvió a mirarlo con fascinación, haciendo acopio de su imagen. Le pareció que el rostro de Clemente era la descripción gráfica de una sensualidad muy viril. Sus pensamientos no tardaron en volverse inconexos, al percatarse de cómo su sexo latía, contrayéndose veloz por la excitación. Él le jaló el cabello tomándolo por la coleta, obligándola a alzar más la cara y ella casi rogó porque no fuera delicado. Lo notó húmedo, salado, contra la lengua, lo lamió con ahínco, recorriendo todo su miembro. Clemente entró con firmeza en su boca, pero sin hacerle daño, moviendo la pelvis, concentrado en el placer que ella le brindaba.

—¡Agrr! —gruñó excitado—. Amo tus labios, tu boca. Chúpate toda, Bel. Hazlo como sabes.

El comentario la encendió, «hazlo como sabes». Ella movió la cabeza de adelante hacia atrás, engulléndolo de forma brusca, deleitándose al verlo cerrar los ojos, abstraído en el placer, gruñendo agitado. Saberse proveedora de su satisfacción, la estimulaba de una manera que nunca había sentido con nadie, por lo que se dedicó a lamerlo con mesura, embadurnándolo con profusa saliva, succionándolo con energía resuelta, mientras lo empuñaba con la mano, haciendo movimientos que acompañaban a los de su boca.

Notó cómo los dedos de Clemente resbalaban entre las copas de su brasier, buscándole los pechos, apretándolos al compás de los movimientos de la felación. Luego le pellizó los pezones, volviéndolos más rígidos, haciéndola gemir impudorosa. Escucharla jadear era un afrodisiaco para él, pero también el no hacerlo, porque su miembro lo impedía. Podía sentir la vibración de los gemidos ahí, en el glande que palpitaba desaforado.

Clemente se detuvo retrayendo la pelvis. Le acarició la mejilla con dulzura y la tomó por la barbilla para alzarle el rostro. La dedicó una mirada lasciva junto antes de agacharse para besarla, succionándole el labio inferior. Bel reaccionó alargando aquel beso, enroscando la lengua con la suya, mientras él le quitaba el brasier. Luego la aferró por las caderas, levantándola con suavidad para posicionarla en medio de la cama. Con calma, deslizó por los muslos la ropa interior negra, para después acariciar la piel húmeda de la vulva ardiente. Le abrió bien las piernas, dejándose caer entre ambas.

Rodeó el rostro de Bel con los diez dedos, inmovilizándola, besándola con vehemencia, con una súbita intensidad que a ella le encantó. Se dedicó a succionarle el cuello, los hombros, en tanto las pieles de ambos comenzaban a entenderse, a embadurnarse de la esencia del otro, compartiendo texturas, olores, sensaciones. Se dejó llevar, la besó sin objeciones, sin miramientos, sin pensar en nada. Se dedicó a satisfacerse a sí mismo, haciéndole todas las cosas que había querido y se había contenido ante el fantasma de ese llanto que lo paralizaba.

Le sucedía que se encontraba con apetito de esa piel de alabastro, de enrojecerla con el roce reiterado de su barba, de hincarle los dientes, de llenarla de saliva con violentos lametones, recorriéndola entera para estremecerla con besos y caricias. Clemente apretó los pechos, se los llevó a la boca como aquella primera vez, succionando con arrebató, haciéndola gemir de esa manera que comenzaba a reconocer. Poco a poco empezaba a conocerla, a entender cuáles eran esos lugares en los que requería más atención, siendo los pechos uno de ellos, aunque sin dejar de explorar el resto de aquel cuerpo primoroso.

Entre sus explosiones de desenfreno, Clemente instintivamente se volvía comedido en momentos precisos, enfocando su atención en brindarle a Bel caricias suntuosas e inesperadas, sin dejar el principal motivo de sus acciones a un lado, el cual era hundirse entre sus muslos con desespero. Ella en cambio, era presurosa, cuando se excitaba se descomprimía, afloraba ese instinto carnal, uno que la empujaba a ser demandante, aunque no de una forma dominante, pero sí desinhibida. Al menos, eso le estaba comenzando a suceder cuando estaba con Clemente. Era algo de lo que ella misma se sorprendía, como le pasó aquella noche en la ducha, en donde se encontró tocándose sin recato frente a él.

Fue así como comenzó a tirar de la cinturilla de los calzoncillos de Clemente, que aún descansaban en la parte baja de sus caderas, sin que él parase de besarla, haciéndola sentir que su piel flagraba al estimularse con el roce de aquellos pectorales velludos. En vista de que ella insistía, él se irguió sonriéndose malicioso al saberla tan deseosa y terminó de desvestirse con un movimiento resuelto, para luego volver a besarla. Bel lo apretó con ansias contra sí, arrastrando las manos por todo el cuerpo, recorriéndole la nuca, la espalda, haciendo surcos con las uñas, rasguñándole la piel de forma sutil porque su miembro resbalaba, rozándose con insistencia, entre los labios de su sexo que se contraía de manera deliciosa, provocando que jadeara sin control.

Clemente bajó el rostro hasta su abdomen, acariciándole la piel con la mejilla barbada. Luego le recorrió el ombligo con la lengua, arrastrándola hasta su vientre bajo, mordisqueando todo a su paso, hasta llegar al hueso de la cadera que succionó con alevosía. Disfrutando de que le jalase el cabello en acto reflejo de lo excitada que estaba.

—Enciende la luz, quiero ver una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó, confundida.

Estiró el brazo para encender la lámpara de la mesa de noche. La luz descubrió a Clemente como una bestia que se ve de repente iluminada en medio del bosque. Le pareció que se veía sexy con el pelo revuelto y con esa mirada oscura, arrolladoramente obscena.

—Tu peca.

Quería probarla así, sudada por bailar tanto, así que le dio un profundo lametón de arriba abajo en el coño, que la hizo cerrar los ojos ante el éxtasis. Repitió el mismo movimiento, pero con la punta de la lengua haciendo el recorrido en forma de zigzag hasta llegar ahí, al clítoris que le esperaba deseoso de ser estimulado, lo succionó con ganas haciéndola gritar.

—Aquí está, qué bonita que es. ¿No sabías que tenías una pequita en el clítoris? —dijo ante la cara de confusión de Bel, que negó con un movimiento de cabeza, demostrando lo desconectada que estaba de su propia sexualidad, nunca se había percatado de tal detalle—. Sí, es un puntito diminuto, parece como una señal de *stop*, como si dijera aquí, succiona aquí. —Él volvió a chupar con fuerza, mirándola con lascivia y ella le jaló el cabello en respuesta con desespero—. ¿Te gusta cómo te como el coño? Sé sincera —preguntó de pronto, volviendo a la faena sin esperar que contestase.

Aquella pregunta la desconcertó por varios motivos: el primero, porque le resultó bastante absurda, por supuesto que le gustaba; el segundo, porque no acostumbrada a hablar durante el sexo, a diferencia de él, que parecía muy cómodo. En realidad, Clemente tampoco solía hablar demasiado, en línea general, era más de expresarse con gestos que con palabras, solo que, en ese momento, quería escucharla verbalizar una respuesta.

—Sí... sí me gusta... —A Bel le entró la risa—. ¡Joder, me encanta! Nadie me lo había comido como tú —dijo con la voz entrecortada, porque él no paraba de lamerla.

Clemente dio una última succión, para luego erguirse poniéndose de rodillas, con una expresión en el rostro de autosuficiencia. Bel quiso decirle que era un engreído, pero se abstuvo, a fin de cuentas, era su engreído. Además, el pensamiento se difuminó con rapidez al sentir los dedos de él paseándose por todo su coño húmedo, haciéndola jadear de nuevo. A él le pareció que ella tenía un sexo precioso, uno que no se cansaba de tentar con roces, acariciando de manera pausada los labios de la vulva hinchada, mientras observaba minuciosamente cada una de las reacciones de su rostro.

Bel estiró los brazos, tomándolo por el cuello, logrando que él se cerniese sobre su cuerpo, dejando caer la pelvis sobre la suya. Se buscaron la boca mutuamente con ansias, al mismo tiempo que él encajaba su glande en su entrada caliente, hundiéndose con firmeza, solo para escucharla intentar ahogar un jadeo. Clemente tomó aire y retrocedió, para después penetrarla de nuevo muy despacio, notando cómo lo arropaba centímetro a centímetro. Se sentía diferente a la primera vez que estuvieron juntos, estaba más atento a las sensaciones, podía percibir las profundas contracciones de su coño y el profuso néctar con el que lo embadurnaba. Apoyó la corva de Bel sobre su hombro, mordisqueándole la pantorrilla para después dedicarse a buscar el ángulo perfecto y penetrarla a profundidad, disfrutando de ver cómo le cambiaba la expresión del rostro, cómo resoplaba jadeando excitada.

—Amo tus gemidos.

Su reacción fue gemir más, solo que esa vez no estaba exagerando como había hecho en su relación anterior. Cada jadeo era producto de disfrutar de ver cómo se le contraía el abdomen a Clemente con cada movimiento de cadera, o cómo se le comenzaba a humedecer la frente de sudor por el esfuerzo. Él adquiría un rictus muy particular, la miraba como si estuviese muy concentrado, mordiéndose los labios.

—Ven, abrázame.

Bel no necesitaba polvos grandilocuentes, solo lo necesitaba a él, encima, adentro, muy adentro. Le arropó las caderas con las piernas, obligándolo a estar muy cerca, a hacer la penetración más limitada, íntima, besándolo con desespero. Aun así, él procuró mover la pelvis en círculos, cuestión que la hizo resoplar una vez más, extasiada.

—Más duro, por favor... lo necesito.

Él también lo necesitaba, solo que se estaba conteniendo, pero escucharla pedirlo hizo que enfilaras las ganas, dejándose llevar. Le tomó las manos y juntándolas con las suyas, las acomodó junto a su cabeza. Luego, comenzó una secuencia de movimientos de pelvis violentos, haciendo que la cama se sacudiera por completo, mientras que ella decía palabras inentendibles que le daban más cuerda. La besó excitado, sintiéndose demasiado estimulado, por lo que cerró los ojos un momento en busca de cordura, si seguía mirando su rostro angelical jadear de esa manera, no podría aguantar demasiado. El problema fue que segundos después, la escuchó hipar. Ella había comenzado a llorar. Abrió los ojos, encontrándola con la cara enrojecida, ahogada en sus propios sollozos.

—Perdóname, Clemente, perdóname —dijo apenada, hundiendo el rostro en el cuello de él que cesó de moverse. Había intentado controlar las lágrimas, pero a pesar de sus esfuerzos, no lo consiguió.

—Mírame. —Cuando Bel alzó el rostro, Clemente se percató de que aguantaba la respiración en un vano intento de dejar de sollozar—. Lloro, amor, Lloro. —El apelativo cariñoso se le desprendió de los labios, como si estuviese llamándola de esa manera desde hacía mucho tiempo. Le soltó las muñecas, atrapándole el rostro con ambas manos—. No te contengas, déjalo salir, llora, por favor —insistió animándola. Bel lo miró confundida, por lo que reiteró su petición—. Lloro, preciosa, si tienes que llorar, llora.

Bel no supo cómo reaccionar al principio, sus exnovios siempre le instaron a calmarse, a dejar de llorar, mientras que él le pedía lo contrario, que siguiera llorando. Clemente siguió animándola, al punto de que finalmente lo hizo. Lloró desafortadamente mientras él seguía en su interior inmóvil, abrazándola, llenándole el rostro de besos, diciéndole que era hermosa, que dejara salir todas las lágrimas, que no le importaba que llorara...

Tras un par de minutos, ella se sintió mucho mejor. Aliviada, como desinflada, livianita y se fue calmando poco a poco. Él le secó el rostro con los dedos, apartándole las lágrimas, soplándole aire sobre la piel para refrescarla. Bel lo abrazó con piernas y brazos, como si no quisiera dejarlo ir nunca, besándolo despacio, inhalando aire para recobrar el perdido entre sollozos ahogados.

—Perdóname —dijo, cuando se calmó finalmente.

—Nunca me pidas perdón por esto, nunca. Ahora bésame.

Ella lo besó con renovada pasión, reanimándole la erección que había perdido un poco de dureza ante la situación. Clemente comenzó a moverse con soltura, como si nada hubiese pasado y pronto Bel volvió a gemir de esa forma que lo estimulaba tanto, incluso de manera más sonora.

—Eres preciosa. —Le aseguró besándola.

Clemente desconocía que Bel tenía mucho tiempo sin sentirse con ganas, con verdaderas ansias de que un hombre se la llevase a la cama. Ardía de deseo. No era una situación que pasaba porque era viernes y no había trabajo al día siguiente, o porque la copa de vino le había hecho efecto, o porque su pareja quería y al buscarla, esta no se resistía. Ocurría porque lo anhelaba, porque tenía la necesidad emocional y física de tenerlo entre las piernas.

Bel pensó en que había algo especial en tener al hombre que le gustaba, que deseaba y que...

comenzaba a querer, penetrándola. Le pareció que todo se sentía intenso, único, apabullante. Era como tomarse un sedante y una bebida energizante al mismo tiempo. Relajante, aunque eufórico. Lo apretó de nuevo contra sí, aferrándose a él, sintiendo cómo se impregnaba del aroma masculino, de todo el sudor que desprendía su piel y que los hacía resbalar uno sobre el otro. Clemente pasó los brazos tras la espalda de ella, apoyando una mano en cada hombro, atrayéndola hacia sí con cada embestida reiterada, haciendo que la pelvis de Bel se estrellara contra la suya.

—Joder...

Clemente sintió curiosidad por tal expresión.

—¿Pasa algo?

—No... Es que... todo lo haces bien... —admitió al notar que hasta en una posición tan simple, él lograba tanto.

—Veamos qué tal los haces tú —dijo rondando sobre la cama, sosteniéndola sobre su pecho para arrastrarla consigo.

Bel se quejó, porque estaba muy contenta en donde estaba. A Clemente le causó gracia su descontento, aun así, no la complació retornando a la posición anterior, porque en realidad se moría de ganas de sentirla encima. Fue en lo primero que pensó cuando entró al bar y la vio de espaldas con esa faldita negra y también, en un par de ocasiones la semana pasada, cuando no pudo evitar evocarla de esa manera mientras se masturbaba. Quería verla justo así, clavándose sobre su miembro una y otra vez. Ella se acercó besándolo de forma tierna, acariciándole el pecho, comenzando a moverse despacio.

—No tienes por qué estar nerviosa —dijo alcanzándole los labios con los dedos, para que dejara de mordérselos.

Bel resopló, mirando hacia arriba, claro que estaba nerviosa, él era él y ella... pensaba que en comparación no tenía tantas actitudes para el sexo. Aun así, decidió no amilanarse. Se movió sinuosa, percibiendo cómo el placer le recorría el cuerpo. En esa posición lo sentía muy adentro, siendo ella quien controlaba la penetración. Pronto volvió a morderse los labios, solo que esa vez no fue por nerviosismo, si no, por excitación.

—Muévete como quieras, preciosa, busca tu propio placer.

Clemente empleó la frase que todo hombre decente debe decirle a una mujer en la cama. Una que denotaba que no era un amante egoísta, que entendía la importancia de hacerla sentir bien, segura de sí misma. Bel tomó la sugerencia y cerró los ojos, dejándose llevar por la sensación de notarse muy llena, colmada, percibiendo cómo cada roce la extasiaba sin importar lo mínimo que fuera. Apoyó las manos en los muslos de él, arqueando la espalda hacia atrás y movió la pelvis para hacer la penetración más pronunciada, frotándose de adelante hacia atrás sobre el hueso púbico de él, jadeando ante el placer electrizante, porque con ese movimiento se estimulaba el clítoris.

—Así... —escuchó decir a Clemente con la respiración agitada, que no dejaba de apreciar cómo se hundía en ella una y otra vez.

Luego se agachó a besarle y él movió la pelvis hacia arriba, controlando la penetración desde abajo. Le mordió los labios excitado, sintiéndola muy mojada, demasiado caliente. Se llevó uno de los pechos a la boca, solo para hacerla gemir más, volviéndose loco. Segundos después, la soltó para que se irguiera, volviendo a tomar el control y poder serenarse. Se chupó el pulgar, buscando ese punto álgido entre sus pliegues, acariciándole el clítoris con movimientos apresurados, porque sentía el placer asechándolo.

—Dale, clavátele todo —dijo para provocarla y Bel le respondió con un gemido, comenzando a dejarse caer repetidamente sobre él, logrando una penetración dura y profunda.

Él se complació con la vista de los jugosos pechos balanceándose sudorosos. Los manoseó con brusquedad, pasando el pulgar áspero por los pezones endurecidos para después pellizcarlos. Ella gimió más fuerte, apartándole la mano, se sentía sobre estimulada, pero aun así notaba que no iba a poder acabar, por lo que decidió tocarse. Llevó los dedos hasta la boca de él, quien entendió que quería que se los lamiera. Con una mano se apretó los pechos, mientras que con la otra se tocó sin recato, montándolo con los ojos cerrados. Su único soporte, eran las manos de Clemente que la sostenía por las caderas mirándola ensimismado, por completo fascinado ante la visión excitante que se mecía sobre su cuerpo.

Él comprendió en ese momento que Bel era perfecta en la cama. Era lo suficientemente sumisa como para dejarlo tomar el control cuando lo necesitaba, para dejarse llevar, para ser obediente, para dejarse coger y así satisfacer su instinto dominante, de naturaleza animal que deseaba avasallarle los sentidos. Al mismo tiempo, era lo suficientemente osada como para decirle que el culo se le veía genial en esos *shorts*, toquetearlo en el bar o como en ese momento que la tenía encima, tocándose los pechos excitada, moviéndose de forma resuelta sobre su miembro, haciéndolo sentir superado, estimulado, dejándola hacer lo que le diese la gana, siendo ella la que marcaba el ritmo de los acontecimientos, la que mandaba.

—¡Ahh! —gritó excitada, antes de quedarse sin voz.

Bel parecía quedarse muda por un par de segundos, para después tomar aire y gemir ruidosamente ante el orgasmo. Él se irguió succionándole los pechos para alargarle el clímax, logrando que en respuesta se moviese apresurada ante la explosión de placer que le recorrió el cuerpo de forma abrupta y controladora. Cuando terminó de correrse, abrió los ojos y lo besó con avidez, enroscando la lengua con la suya de forma desmesurada, quería explicarle con un beso la intensidad del momento que acababa de vivir. Incluso le estaba agradeciendo con ese gesto, el que fuese tan perceptivo con sus necesidades. Por ello lo empujó contra la cama, clavándole las manos en el pecho y se movió onduladamente sobre él, apretando los músculos del coño, haciéndolo jadear, aumentando el ritmo con el único propósito de incitarlo.

—¿Ya quieres que me corra?

—Sí

—Aún no decido donde quiero hacerlo, si en tus pechos o en tu coño, ¿qué me recomiendas? ¿Alguna preferencia? —dijo, subiendo la pelvis para clavárselo a profundidad.

—Adentro, córrete adentro.

—¿Por qué? —preguntó con los dientes apretados porque sentía el placer acercarse.

—Por... porque quiero... —Bel intentaba hablar entre jadeos, tras el orgasmo cada movimiento le resultaba demasiado intenso—, Sentir cómo... me llenas. —Él gruñó sintiendo que no iba aguantar más—. Dámela toda Clemente... Dámela...

Y cuando la escuchó decir eso, se corrió, atrayéndola contra sí para hundir la cara entre el resquicio de sus pechos, liberando toda su esencia caliente en el interior de Bel, que aún jadeaba por lo que parecía haber sido un orgasmo muy largo. Agotado la abrazó, notando cómo ella se acomodaba sobre su pecho. Le costaba respirar, se sentía acalorado, todo mojado, pero increíblemente satisfecho, no solo por el orgasmo poderoso que había tenido, si no por saber que ella estaba igual de complacida.



La mezcla de sus esencias fundidas y el sudor los inundaba de tal manera, que se sentían demasiado acalorados, por lo que entre besos se dieron un baño rápido. Ella se puso un camisón

de unicornios que él estudió con curiosidad, mientras se enfundaba en sus bóxeres negros.

—Bel, tengo hambre. Aliméntame, por favor.

—¿Qué te provoca?

—No sé, solo dame algo que masticar.

—¿Pastel de chocolate?

—¿Tienes?

—Sí, lo hice para la cena de mañana, bueno de hoy domingo.

—Sí, sí quiero —dijo con entusiasmo.

Bajaron hasta la cocina entre risas, él la persiguió todo el camino. Ella sacó el pastel del refrigerador, colocándolo sobre la mesada.

—¿En serio lo hiciste tú? —preguntó incrédulo—. Parece de revista.

—Sí. —Bel cortó un gran pedazo y le sirvió un vaso de leche fría—. Espero que te guste —dijo entregándole el plato.

—¡Joder! —exclamó Clemente cerrando los ojos, tras masticar el primer bocado.

Bel se rio encantada de su reacción. Sabía que ese pastel tenía ese efecto en la gente, pero escucharlo a él decirlo, la hizo sonreír dichosa.

—Esto... Dios, es perfecto... ¡está increíble! Tú eres perfecta —dijo abrazándola y besándola.

Clemente la alzó en peso, sentándola sobre la mesada, haciéndola jadear. A Bel le seguía pareciendo sorprendente que él hiciera esas cosas. Recibió el beso achocolatado muy contenta, no se cansaba de sus besos y de aquellos labios finos que adoraba. No se cansaba del roce de esa barba, del toque de aquellas manos, de la sensación de plenitud que le brindaba su abrazo.

Después de varios besos, él la dejó bajar. Bel, sirvió el resto de la leche que quedaba en un vaso, para después sentarse al lado de Clemente a comer un trozo pequeño de pastel, mientras él parecía engullir con desespero su parte.

—¿Dormirás conmigo?

—Sí —contestó llevándose el vaso de leche a los labios.

—Perfecto —dijo pletórica.

Clemente llegó el domingo por la noche a casa de Bel, con un bidón de leche y una bandeja de galletas de chispas de chocolate, que ella recibió agradeciéndole con un beso. Cenaron conversando, descubriéndose a sí mismos. Eran muy afines en sus gustos, por lo que conseguían hablar sobre cualquier tema. Ella afirmó de nuevo que él era muy divertido, y que, aunque le llevaba un poco más de cinco años de diferencia en edad, no eran tan distintos el uno del otro.

Mientras lo escuchaba hablar sobre la siembra de tomates, llegó a la conclusión de que tal vez todo pasaba por una razón. Entendió que de haberlo conocido cinco años atrás, no habría estado preparada para un hombre como Clemente. En cambio, tras todo lo ocurrido con Carlos, se permitió ser menos analítica, dándose permiso de fijarse en el tipo con pinta de chico malo que le pareció sumamente atractivo. No obstante, en realidad se trataba de un caso de apariencias engañosas, porque había descubierto que él era demasiado dulce.

Se planteó la idea de que, tal vez, todo tenía que ocurrir de esa manera, el bidón de leche, la manzana, la pelea con Carlos, el accidente... Se rio de sí misma al percatarse de que estaba pensando como una de esas protagonistas de películas románticas que creen en el destino, en el amor, en que lo bueno existe. Bel se estaba enamorando y aunque estaba muerta de miedo, decidió que estaba bien sentir temor, porque era una sensación que la hacía sentir viva y prefería mil veces estar así de asustada ante lo desconocido, con una mezcla constante de excitación y miles de dudas, a estar muerta en vida como le sucedía cuando era la novia perfecta de Carlos.

Cuando Clemente la sacó a bailar en medio de la sala, aceptó encantada. Lo dejó deslizar la mano por su espalda en lentas y para nada inocentes caricias, hasta que la aferró contra su pecho, mientras la besaba robándole el aliento. También lo dejó abrazarla mientras lavaban los platos juntos, en realidad los estaba lavando ella, o al menos hacia el intento, porque él no hacía más que besarle con insistencia el cuello, acariciándole las manos llenas de jabón.

Terminó abandonando todo a medio lavar, dejándose conducir a la habitación, donde ella solita se quitó el vestido en lentos y provocativos movimientos para incitarlo. Asimismo, lo desvistió, advirtiéndole que debía quedarse quieto hasta que terminara. Se dio permiso de jugar con la paciencia del señor Barba, que respiraba ansioso, expectante por cualquier avance, cuestión que disfrutó muchísimo y que le expresó entre besos. Le gustaba sentirlo de esa manera, como el verdadero Clemente, ese que la subió a una mesa en la primera cita con arrebatos. Ese era el tipo que le gustaba, no el que la trataba como si fuese a romperse.

Bel no sentía su usual ansiedad, estaba relajada, tranquila. Segura de que todo estaría bien, no tenía miedo, lo aceptaba, sabía que lloraría, pero también sabía que no tenía que preocuparse por nada. Podía llorar delante de él con confianza, porque Clemente no se iría. Así que, por primera vez en su vida, Bel hizo el amor sin miedos.

CAPÍTULO 18

Los días pasaron, arrastrando un par de semanas del mes de mayo, en donde Bel experimentó una energía positiva que le resultó adictiva. Su vida comenzó a cambiar volviéndose más placentera. Se despertaba por las mañanas llena de vitalidad, con un ímpetu renovado para afrontar sus obligaciones laborales y replantearse prioridades. Al mismo tiempo, notaba una serenidad inusitada, que se diferenciaba con creces del estado de letargo en el solía estar sumida meses atrás, cuando se miraba al espejo sintiéndose miserable. Era una dualidad atípica que le generaba curiosidad y que le entusiasmaba vivir a totalidad.

El comentario de que estaba más bonita que nunca, no paró de salir de la boca de sus tías paternas. Estaba cumpliendo veintiocho años y lucía radiante. Su padre también se desvivió en halagos a su única hija que parecía irradiar alegría. Durante la fiesta, cruzó solo un par de palabras con su madre, que se limitó a felicitarla, entregándole el mismo regalo de todos los años, que consistía en una tarjeta de regalo para el tratamiento facial de moda. Su padre, en cambio, siempre le regalaba libros. Bel se marchó temprano con la excusa de tener que trabajar muy temprano, para verse con Clemente que la esperaba con un pastel en la azotea de su casa. No lo invitó a la fiesta que siempre le daban sus tías, le pareció que era muy pronto para presentarlo a su familia. Además, prefería esa celebración privada para terminar sobre la manta de picnic, lo que habían empezado en aquella primera cita antes de que la lluvia los interrumpiera.

Días después, coincidió con alguno de los amigos de Carlos en un restaurante. Estos saludaron animados y curiosos de conocer a su acompañante, por lo que ella no tuvo más remedio que presentarles a Clemente. Esto trajo como consecuencia un par de mensajes por parte de su exnovio, que Bel se dedicó a contestar de lo más estoica y lacónica, pidiéndole que, por favor, no continuase escribiéndole. No le apetecía para nada permitir que le amargase la existencia.

La realidad, era que Bel anhelaba seguir reorganizando su vida sin dejar espacio para lo negativo, sobre todo, porque había recibido una nueva propuesta de trabajo. André había decidido expandir la clínica dental meses atrás, cuando el local de al lado quedó vacante. Los dos nuevos espacios serían para una odontóloga pediátrica y para un cirujano maxilofacial. Lo que Bel desconocía, era que este último ya tenía su consulta propia al otro lado de la ciudad, por lo que solo laboraría por las mañanas en el consultorio, dejando todo el turno de la tarde libre.

André le estaba ofreciendo asociarse a la clínica, para que ejerciera en ese espacio, porque él no daba abasto con los pacientes. Era consciente de que no encontraría una asistente más eficiente, Bel estaba sobre calificada para el trabajo, al punto de que, en varias ocasiones, esta atendió sus pacientes cuando él debió ausentarse por alguna emergencia. Consideraba que era tiempo de que ella trabajase por su cuenta, para que no desperdiciara sus habilidades.

—No sé si estoy preparada para trabajar sola. —Pensó en voz alta, dudando en primera instancia ante la propuesta.

—Es un desperdicio mantenerte como mi asistente. Ya no tengo nada más que enseñarte. Has asistido a todos los odontólogos que ejercen a tiempo completo o parcial en el otro consultorio, yo mismo te entrené y te he visto trabajar. Eres muy eficiente, ¿cuál es tu miedo? Cuando he tenido que ausentarme has hecho todo tu sola, ¿qué sería diferente ahora?

—Es que yo sé que puedo hacerlo bien, mi preocupación es la responsabilidad. Si me equivoco, todo recae sobre ti, mientras que por mi cuenta toda será mi culpa.

—Tú no cometes errores y si llegase a pasar algo, lo resolveremos juntos. Siendo franco, últimamente me enseñas más tú a mí, que yo a ti. «Leí esto en tal revista odontológica de la universidad de yo no sé dónde» me dices a cada rato, vas a jornadas, congresos, estás al día. Además, así seremos un equipo completo. Tú y yo de odontólogos, Andy solo con la ortodoncia, Jenny con los niños y Marcos viniendo algunas mañanas para cirugía. Así podremos atender más pacientes, es decir, más dinero tanto para la clínica, como para ti. Bel, no tendría por qué estarte convenciendo de esto, deberías aceptar y ya.

—Sí, sí, tienes razón.

Bel aceptó el abrazo de su jefe, que con el tiempo se había convertido en una segunda figura paterna. La propuesta era un atajo, ya no tenía que abrir su propio consultorio y llenarse de estrés al tener que preocuparse por alquiler, empleados, amueblar o comprar equipos. La situación era perfecta, haría más dinero y trabajaría menos, porque solo tendría que cubrir un turno.

Llamó a Clemente, que emocionado le dijo que debían celebrar con una cena. Le envió un mensaje a Marcelo que no dudó en felicitarla y analizó que lo mejor era decirles a sus tías luego de contarle a sus padres. Optó por dejar la bicicleta en el consultorio y tomar el autobús hasta su casa, para contarles en persona. Pensó que sería muy impersonal hacerlo por teléfono, aparte de que deseaba usar la buena noticia como puente para arreglar un poco las cosas con su madre, de la que se había distanciado bastante.

La odontología era una profesión que le gustaba mucho a Bel, aunque sus motivaciones para estudiarla tuvieron que ver con complacer a su madre, que anhelaba que su hija estudiase medicina o leyes. Se mostró decepcionada ante su elección e incluso, en un principio quiso negarse a que su padre le pagara la carrera. Por esas razones, Bel se ahorró el explicar que en realidad quería estudiar para ser chef pastelera, sabía que su madre nunca lo aprobaría, conformándose con otra carrera que también le llamaba la atención.

Si bien, le gustaba ejercer y era muy eficiente en su trabajo, la odontología no era su pasión. Razón que la llevaba a no tomar el paso definitivo de colocar un consultorio propio, eso significaría dedicarse de lleno al manejo de una clínica dental, limitando su tiempo para otras actividades. Reiteró en su mente que la oportunidad que le brindaba André era insuperable. Con el entusiasmo de saber que saldría de la banca y que sería su turno al bate, tocó el timbre de la casa, en donde Fernando la recibió con mucha alegría.

—Tu mamá ya debe estar por llegar —dijo tras saludarla.

—No importa, te cuento a ti primero.

Su padre la felicitó con un gran abrazo, en el que le recordó lo orgulloso que estaba de ella. Luego le ofreció algo de comer, pero esta declinó la invitación, comentándole que ya tenía planes para cenar con un hombre. Fernando insistió en abrir una botella de vino para celebrar y comenzó a preguntarle a su hija sobre su nuevo interés amoroso. Estaba comentándole un poco al respecto, cuando escuchó la voz de su madre desde la sala, quejándose de lo agotada que estaba de la ineficiencia de la gente que trabajaba en la empresa y que debería despedir a otra asistente, pues la nueva resultó más estúpida que la anterior.

—Isabella, ¿qué haces aquí? —dijo tajante, al llegar al umbral de la cocina.

—Belita, tiene una cosa importante que contarte.

—¿Al fin entró en razón y volvió con Carlos? —preguntó con una mueca irónica, tomando la copa de su esposo para beberse el contenido de golpe.

—No, Debi, por favor corta ese tema. —Fernando intentaba suavizar las cosas entre ambas—. Nuestra hija tuvo un ascenso en el trabajo.

—¿Qué? ¿Pasó de lavarle los utensilios a André, a gerente de reposición de enjuague bucal? —preguntó con desdén, rellenándose la copa.

—Deborah, no le hables así.

—Olvidalo, papá, me voy, que pases buenas noches.

—No te vayas, espera. —Fernando tomó a Bel por los hombros, esperando poder retenerla—. Tú vas a escuchar lo que tú hija tenga que decir —expresó a su esposa, alterado.

—No, papá, olvidalo, de verdad, mejor me voy.

—No, no, no, cuéntale Belita, dile.

Hizo un resumen puntual para dar el asunto por zanjado y marcharse.

—¿Eso es todo? —preguntó Deborah, irónica.

Bel asintió.

—Sabes perfectamente que desde hace rato habrías podido abrir tu propia práctica. Podrías estar haciendo lo mismo que André, empleado a otros para que te reporten mayores ganancias. — Se llevó la copa a los labios tomando un buen sorbo—. Pero felicidades, hija, por superarte — Bel la miró confundida sin saber si estaba siendo sarcástica—. Tu reiterada falta de ambición nunca deja de sorprenderme. Siempre consigues decepcionarme más.

Bel bajó los hombros ante esas palabras demolidoras. Su madre tenía la capacidad de hacerla sentir siempre inservible. Detestaba que fuese incapaz de comprender que el dinero no era su prioridad, que no deseaba ser adicta al trabajo para abstraerse de su vida, sobre todo, desde que había decidido reorganizarla en función a lo que le brindara felicidad.

—Adiós, papi, —Se puso de puntillas para darle un besito a Fernando en la mejilla—. Hablamos otro día, me voy a cenar con mi novio. —Bel se dirigía a la puerta cuando escuchó a su padre hablar.

—¿Por qué siempre tienes que ser así? ¿No podrías ser más solidaria con tu propia hija? Ve a pedirle disculpas, estoy harto de que se peleen por tu mal carácter, hay otras maneras de decir las cosas, ¿hasta cuándo te lo digo?

Bel pretendió no haber escuchado nada y siguió caminando por el largo pasillo. Salió por la puerta ignorando el llamado de su madre que se acercaba en su dirección.

—No finjas que no me oyes —dijo Deborah, cuando consiguió alcanzarla, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué hice para que me odies tanto, mamá? —Bel se giró encarándola.

—Yo no te odio. —Negó con tono de incredulidad—. Solo detesto ver como desaprovechas todo tu potencial. ¿Acaso no lo ves? Desperdicias tu vida. —Hizo una mueca de exasperación—. Tienes casi treinta años, no tienes ni marido, ni hijos. Si al menos tuvieras una carrera importante que te mantuviese escalando posiciones, podría entenderlo, pero es que incluso eres incapaz de retener a un hombre decente como Carlos. Soy yo la que me preguntó: ¿Qué hice mal? ¿Por qué mi propia hija es tan estúpida?

Bel la miró enfurecida.

—Me va muy bien en mi trabajo y seguiré alcanzando logros cuando lo crea pertinente. Tratarme de fracasada porque no tengo un marido o unos hijos, no solo es sumamente retrogrado, es machista. Tener una familia no es sinónimo de éxito. ¿Puedes ya dejar de juzgarme porque no cumplo con tus estándares? Tengo los míos propios y a diferencia de ti, ¡yo sí soy feliz!

—¿Ah sí? Claro, es que yo no sé nada de la vida, ahora soy una vieja desfasada y la señorita lo tiene todo resuelto. Mira Bel, si yo le hubiese hecho un poquito de caso a mi mamá, no habría

sufrido tanto en la vida, pero está bien, sigue así, que vas por buen camino, cuando vengas llorando, diciendo: «mami, no sé qué hacer» cómo cuando Carlos te dejó, te recordaré este momento. Recapacita muchacha tonta, que aún estás a tiempo, ¿qué tengo que hacer para que entiendas? ¿Abrirte la cabeza en dos? Yo no soy como tu padre, no te voy a celebrar las mediocridades.

—Eres mi madre y por eso te voy a querer siempre, pero estoy harta de esto. No te permito que te metas, ni opines en mi vida nunca más. Perdiste el derecho a eso cuando... —Bel no consiguió seguir hablando.

—¿Cuándo qué? —preguntó Deborah, alterada.

Bel negó con la cabeza.

—Ya sabes qué...

—¿Otra vez con eso? —preguntó incrédula de que su hija no dejase ir el tema—. Eso no es tu problema, ni tiene nada que ver contigo.

—¿No? Porque desde que ocurrió yo nunca pude volver a verte de la misma manera.

—Y te dije que fue un error del que me arrepiento. —Bel la miró intentando buscar honestidad en el rostro de su madre y como siempre, no la encontró—. Han pasado demasiados años, madura. Por eso estás como estás, porque solo piensas en estupideces. Centrémonos en el presente, en cómo estas tirando tu futuro a la basura al seguir en un trabajo mediocre y saliendo con quién sabe Dios. Al menos tráelo aquí si quieres que me tranquilice.

—No gracias, van a ser semanas de tus desplantes como con Carlos, hasta que dejes la ridiculez y quieras conocerlo de verdad. Para ser sincera, me da fatiga de solo imaginar hacerlo pasar por todo eso. Él es tan increíble, que ni siquiera me interesa que tú lo aceptes —dijo Bel con seguridad, recibiendo una risa sardónica de parte de su madre.

—Estás enamorada... Es que esto siempre pasa. Yo no me esforcé tanto criándote para que te vengas a dejar joder de un don nadie. Ya Carlos me dijo que es mayor que tú y que tiene mala pinta. ¿Se puede saber en qué trabaja? Asumiendo que trabaje.

—Ay, por supuesto, es que Carlos va a ser súper honesto contigo —dijo ignorando la última pregunta—. Me impresiona tu claridad mental, mamá —continuó imitando el tono condescendiente de Deborah—. La verdad es que él es maravilloso, con una presencia impecable. Sí, me lleva cinco años, pero ambos somos adultos.

—Tráelo a casa y así me quedaré tranquila, entonces.

—No, porque para ti nunca es suficiente. Yo no soy lo suficientemente inteligente, ni bonita, ni ambiciosa para ti. Si estuviese casada con dos hijos y un imperio monetario, de todas formas, me criticarías por algo. Probablemente, porque tengo la raza de perro incorrecta o porque la niñera no habla siete idiomas, qué sé yo.

—¿Así crees que soy? ¿Hasta cuándo te lo digo? Solo quiero que seas la mejor versión de ti misma.

—¡Ya lo soy mamá! Eres tú la que se niega a verlo. Soy como soy y vas a tener que aceptarlo, te guste o no.

—No, no lo eres, ¿por qué eres tan conformista? ¿Tan mediocre? Yo no me esforcé tanto para criarte para que termines siendo una odontóloga sin ambiciones, que se conforma con salir con un impresentable con pinta de delincuente.

Bel la miró anonadada, producto de aquella afirmación estereotipada y clasista.

—¿Mamá, por qué eres así? ¿Por qué no puedes comprender que no queremos las mismas cosas? —Miró al cielo exasperada y tras inhalar continuó hablando—. Te gusta tu profesión, te

has superado y logrado tus metas, te felicito y te admiro por eso, pero eres adicta al trabajo y este no lo es todo en la vida. Tienes el mejor marido del mundo, una casa a tu gusto, todo lo que deseas y, aun así, eres infeliz. ¿No te das cuenta que tu inconformismo te está amargando la existencia?

—¡Claro que no! ¡Yo me siento muy realizada! Eres tú la que no entiende que esto no tiene nada que ver conmigo, sino contigo. Deja de buscar excusas para no admitir que te has convertido en una mediocre. No entiendo por qué de unos meses para acá te estás comportando de esta manera tan obtusa. Creo que ese tipo con el que estás saliendo te está metiendo cosas raras en la cabeza...

—¡No! Él no tiene nada que ver... —interrumpió molesta.

—...Al menos de Carlos algo bueno se te pegaba —continuó hablando con su característico tono condescendiente.

—¡Ya! —Volvió a interrumpirla—. Mamá, me tienes harta. ¡Déjame en paz! —gritó con fuerza, como nunca hizo ni siquiera de adolescente.

Deborah puso cara de indignación.

—¡Cállate! Los vecinos no se tienen que enterar de tus estupideces de niña malcriada. —Negó con la cabeza, mirándola con desdén—. Tienes razón, tener hijos no es sinónimo de éxito, pueden resultar tu mayor decepción. —Soltó venenosa, dándose la vuelta, entrando a la casa.

Bel se quedó estupefacta una vez más, tras escuchar las palabras destructivas de su madre. Inhaló aire con tal de tranquilizarse. La puerta volvió a abrirse, era su padre que se acercó con cautela queriendo consolarla. Se dejó abrazar por él y cuando le vio intenciones de hablar, se despidió. No estaba de humor para escucharlo intentar mediar entre ambas, buscando un punto intermedio como siempre. No lo había. Caminó lo más rápido que le permitieron sus piernas. Apretó los dientes y se limpió el par de lágrimas gordas que se precipitaron por sus mejillas. Recorrió la calle abrazándose a sí misma, instándose a pensar en lo que le había dicho Marcelo semanas atrás. No podía tomar consejos sobre cómo ser feliz de alguien que no lo era, aun así, no podía evitar sentirse lastimada. Sabía que tenía que distanciarse de las ideas retrogradadas de madre y olvidarse de sus opiniones. Sin embargo, muy en el fondo, no conseguía escapar de esa necesidad tan primaria, como lo era anhelar el cariño y la validación materna.

Subió al autobús, se sentó en uno de los primeros puestos y se dedicó a mirar por la ventana en busca de sosiego, sin encontrarlo. Minutos después, llegó a la parada, que se encontraba frente a una universidad cercana a la tienda. En vez de dirigirse a casa, optó por encaminarse a ver a Clemente. Se sentía tristísima, ya no le apetecía arreglarse para ir a comer afuera y prefería comunicárselo en persona. Al entrar al local, le preguntó a Carmen, la encargada, por el paradero de su jefe. Bel siguió las indicaciones, por lo que subió al segundo piso donde lo encontró haciendo inventario en el depósito.

—¿Qué haces aquí, amor? —dijo saludándola con un beso corto, estaba al pendiente de lo que le diría un empleado que revisaba la cantidad de frascos de aceitunas negras—. Pensé que nos veríamos en una hora para ir a cenar.

—Sí de eso venía a hablarte, ¿te importa si lo dejamos para otra ocasión?

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupado al notarla contrita.

—Solo quedan cuarenta y tres frascos, jefe —dijo interrumpiendo el empleado.

—Ok, seguimos mañana con esto, Pablo.

Clemente cerró el depósito y caminó con Bel hasta el apartamento. Soltó la carpeta, la *tablet* y las demás cosas que tenía encima para abrazarla, ella le rodeó el cuerpo con fuerza, hundiendo la cara en el hueco entre el cuello y el hombro.

—¿Qué pasó? Dime —preguntó de nuevo preocupado.

—Fui a hablar con mis papás para contarle lo del trabajo —murmuró ella pegándole los labios a la piel del cuello.

—¿Y entonces? —Volvió a preguntar, paciente, acariciándole el cabello.

—Mi papá muy contento, mi mamá... dice que soy una decepción y una mediocre.

Ella continuó explicando los motivos de su madre para opinar de esa manera. Clemente la escuchó sin dejar de abrazarla e hizo una mueca, lleno de rabia, modulando con los labios, sin emitir sonido, las palabras: «maldita mujer», aprovechando que Bel no podía verlo. No conocía a su madre, pero ya le guardaba un profundo rencor. Cada vez que su novia recibía una llamada de esta, se ponía de mal humor o se entristecía. Verla afligida, llorando, le generaba impotencia y lo hacía pensar en el fatídico día que tuviese que conocerla. Dudaba que pudiese disimular la aversión que le generaba esa mujer, que insistía en maltratar a su única hija. Lleno de resentimiento, continuó acariciándole el cabello a Bel despacio, porque sabía que eso conseguía calmarla.

—Preciosa... tú no eres mediocre y mucho menos una decepción.

—Ya lo sé, pero ponte en mi lugar. Es mi mamá, imagina a la tuya diciéndote esas cosas.

—Entiendo... —Hizo una pausa—. No, de verdad que no entiendo. —Se corrigió a sí mismo segundos después. No podía comprenderla, su mamá fue exigente en muchas ocasiones, pero nunca desmereció sus logros, ni le habló de esa manera—. No puedo entender por qué tu madre es incapaz de ver que crio a una mujer inteligente, trabajadora, amable, dulce, dedicada, cariñosa, eficiente, metódica, bondadosa, hermosísima. Súmale a eso que haces el mejor pastel de chocolate del mundo y coges rico. —Bel se carcajeó ante eso último—. Sí, preciosa, tienes más de un talento.

—Entonces, ¿cojo rico?

—De todo lo que dije, ¿eso fue lo que te quedó? —preguntó Clemente entre risas. Lo había dicho a propósito para animarla, tenían ese tipo de humor. Bel se rio de nuevo, para después acercarse a besarlo.

—Gracias por hacerme sentir mejor, normalmente habría comprado un bote de helado y visto un maratón de *Grey's Anatomy*. Me ahorras las calorías.

—Bel, en serio, eres una mujer muy especial. Ve a cambiarte, no vas a dejar que esto te amargue la noche. Te busco en cuarenta minutos, vamos a cenar para celebrar tu logro y no acepto un no por respuesta.

Ella asintió y lo besó de nuevo antes de marcharse. Las palabras de Clemente la ayudaron a no dejarse amedrentar por la mala actitud de su madre como siempre. Eran demasiados años aguantando sus vejaciones, por lo que había desarrollado la costumbre de encerrarse en sí misma, alejándose de lo que la lastimaba. Comprendía que debía modificar su conducta e insistir hasta que lo lograra, aunque en el calor del momento sintiese que lo mejor era encerrarse en casa.

El antojo de arreglarse más, estaba muy presente en Bel. Ya no era algo que hacía para adaptarse a los estándares de su madre o complacer a su exnovio. El embellecerse respondía a su propia satisfacción y gustos. Había comenzado a probar nuevos tonos de maquillaje e incluso, comprado prendas que antes se inhibía de lucir para evitar las críticas de su progenitora. Disfrutaba de vestir delicados conjuntos de lencería, sobre todo en noches como esas, en donde sabía que vería a Clemente. Descubrió que le gustaba desvestirse delante de él a la espera de sus reacciones. Sus ojos oscuros anhelantes le producían un calor delicioso que le retumbaba entre los muslos.

El problema, era la logística de la situación. Él la mantenía estimulada todo el tiempo, al punto que solo le bastaba pensarlo un poco para humedecerse. Con el tiempo optó por ponerse la ropa interior justo antes de salir de casa, aunque tampoco resultase una solución óptima. Bastaba

que la besara, la manoseara un poco o le dijera una de esas frasecitas subidas de tono que la hacían sonrojarse, para que su ropa interior se arruinase.

Clemente apareció a la hora pautada, era un hombre muy puntual, a diferencia de Bel que usualmente lo hacía esperar. Ella intentó apresurarse lo más posible, porque había tardado más de lo usual. Encontrarlo esperando paciente le resultaba algo por completo atípico en un hombre.

—¿Por qué nunca te quejas porque te hago esperar? —preguntó entrecerrando los ojos cuando salió de la casa.

—Hola para ti también, preciosa —dijo dándole un beso corto—. Hace tiempo atrás decidí no molestarte más por cosas que no puedo controlar, entre esas están: el tráfico, que me hagan esperar en el banco, lidiar con clientes groseros o tener que esperar a que estés lista. Con los años, he optado por ser práctico.

—Mmm, ok. —Lo miró seria caminando hasta el auto—. ¿A qué restaurante vamos? —preguntó tras tomar asiento.

Clemente dio la vuelta y entró al auto.

—Al de mi amigo Juan otra vez, ¿por qué? —Giró a mirarla, al tiempo que se colocaba el cinturón de seguridad—. Fue de último momento, lo llamé y me consiguió una mesa.

—Últimamente, no me preguntas a donde quiero ir. Siempre decides tú, ¿no te parece eso un poco autoritario?

—No, eso también es parte de ser práctico. Te pregunto qué quieres comer y me dices «no sé, escoge tú» y lo que escojo nunca te provoca... Por lo que he optado por rotar los tres sitios que te gustan. Sé que, eventualmente, vas a sugerirme ir a algún lado y te voy a complacer.

—Estas siendo condescendiente, Clemente.

—No. Te juro que es practicidad.

—Me molesta que seas así tan... tengo todo bajo control.

—¿Eso te molesta?

—Sí.

Después de pasarse los últimos años con un hombre que anulaba todas sus decisiones, Bel no quería caer en lo mismo. Quería creer que, en serio, Clemente era solo eso, práctico. No le gustaba ser manipulada y a esas alturas sabía que siempre se empezaba por los pequeños detalles.

—De acuerdo —dijo mientras seguía conduciendo, pero un par de segundos después la miro de soslayo—. Si te das cuenta de que te estas quejando por algo que la mayoría de las personas no haría, ¿cierto?

—Pues sí, yo me quejo de lo que quiera —dijo cruzándose de brazos, hablando en un impostado tono de molestia.

—Ven acá —dijo cuando llegaron al semáforo, tomándola por el cuello—. Dame un beso.

Bel se dejó besar, mordisqueándole los labios y luego lo dejó conducir buena parte del camino en silencio.

—La próxima vez escojo yo a donde vamos, esta vez te lo paso porque quería comer ahí, ¿ok? —agregó fingiendo autoridad, cuando ya estaban a pocas calles del restaurante.

—Bueno, sí yo quiero —dijo Clemente en broma—, te la tienes muy creída, como sabes que me gustas piensas que puedes hacer conmigo lo que quieras.

—¡Eso te digo yo a ti!

—Es diferente, Bel.

—¿Por qué?

—Porque a ti te gusta que yo sea así —dijo de nuevo en broma, haciéndose ver como un cretino—. Niégalo. —Bel rodó los ojos al tiempo que negaba con la cabeza—. Dame la mano —

agregó al notar que ella se la había soltado—. No seas peleona, estoy jugando.

—¿Ves? Eres tú quien se la tienes muy creída, eso me pasa por acostarme contigo en la primera cita, ahora crees que no puedo resistirme a ti.

—No digas tonterías, era yo quien no se podía resistir a ti y esperaba a que aparecieras por la tienda... En todo caso, es mutuo.

—¿En serio? Dime que te masturbabas pensando en mí y me quedo tranquila —bromeó.

—La noche que fuiste a la tienda con Marcelo, que me diste tu número, ¿recuerdas?

—Claro, cómo olvidar ese momento bochornoso en el que me preguntaste si te imaginaba desnudo, ¡loco del coño!

—Esa noche me masturbé pensando en ti. —Bel abrió la boca de par en par.

—¿En serio?

—Sí

—¿Y lo dices así tan tranquilo?

—Sí —respondió encogiéndose de hombros.

—Tienes que contarme que pensaste.

—Nada elaborado, te llevaba al depósito, te levantaba esa faldita que llevabas y te cogía desde atrás.

—Eres un sinvergüenza.

—Me decías que te diera más duro, gemías mucho y yo te preguntaba: cómo me llamo y tú decías mi nombre completo.

»Fue así un polvo violento para enseñarte una lección por decirme, Clemi e irte bamboleando las caderas provocativamente como si nada. Coño, me acordé y se me puso dura —dijo acomodándose la erección.

—Qué desfachatez...

—¿Por qué? Tú admitiste que me habías imaginado desnudo. Lo que es igual no es trampa —agregó con tranquilidad estacionándose.

—Yo no te imagine desnudo. Al menos no tu pene, solo tú sin camiseta, pero bloqueé la imagen porque sabía que estaba mal, en cambio tú no. Lo que te convierte en un depravado.

—Amor, ¿esto me lo estás diciendo en serio o es uno de tus jueguitos en donde finges que te ofendes, pero en realidad te calienta el saber que me masturbé pensando en ti? —preguntó bajando del auto tras estacionarse, dando la vuelta para abrirle la puerta.

Tras dejarlo ayudarla a salir, Bel recorrió con los dedos la solapa del saco de Clemente, relamiéndose los labios para contestarle. Aún se pensaba qué responderle, la verdad era algo complicada.

—Es una situación ambigua. Por una parte, estuvo mal que te masturbaras pensando en mí sin conocerme.

—Ya te conocía.

—Ok... sí me calienta saberlo y ya, cállate. No hablemos del tema, que te me pones engreído.

Clemente le bloqueó el paso, recostando el cuerpo de Bel contra el auto, la puerta abierta los ocultaba de miradas indiscretas. Le metió la mano debajo de la falda del vestido y ascendiendo entre los muslos, le palpó el sexo húmedo a través de la tela de la ropa interior. La corrió un poco y le buscó el clítoris, manoseándolo con violencia, haciéndola jadear de forma tempestuosa. Ella tuvo que aferrarse a los hombros de él para no venirse abajo. Lo dejó besarla, mordiéndole los labios con brusquedad, ciñéndose al fulgor del momento.

—Clemente... alguien nos puede ver —dijo con la respiración entrecortada.

—No me importa demasiado —respondió entre dientes.

Bel decidió no amilanarse.

—¿Seguro? —dijo ella, comenzando a abrirle los pantalones, valerosa.

—Para, Bel, no es lo mismo.

No se detuvo e introdujo la mano entre los calzoncillos, rodeándolo con los dedos, sintiéndolo húmedo y duro, empalmado por completo.

—Mira cómo estás, todo mojado, ¿tanto te pongo?

Bel había decidido que no cedería el control.

—Para, preciosa, para...

—Saca tú primero la mano —dijo Bel entre jadeos, Clemente no paraba de mover los dedos en círculos.

—No, tú primero —respondió con una sonrisa maliciosa.

—Ya dije que tú primero.

—Al mismo tiempo —propuso Clemente con la respiración entrecortada.

—De acuerdo: Uno... Dos... Tres —contó, Bel.

Él paró, ella no.

—Joder, Bel —dijo asombrado, cuando ella se agachó metiéndoselo a la boca. Clemente cerró los ojos, mientras pensaba que era un maldito con suerte—. ¡Así coño!

Clemente miró a todos lados nervioso, por suerte no había nadie tan cerca. La inminencia del peligro, hizo que no tardara en correrse ahogando un gruñido. Cuando ella se puso de pie limpiándose la comisura de la boca y dedicándole una sonrisita malévol, la miró anonadado.

—Esto no se va a quedar así.

CAPÍTULO 19

Debido a que tenía las mañanas libres, Bel comenzó a frecuentar a Horacio, un hombre que rondaba los cincuenta años y era el panadero repostero de la tienda. Ese día de agosto, preparaban crema pastelera, explicándose entre sí sus recetas. La de él era una preparación más densa, pesada, con un sabor más sobrio y mucho menos percedera que la de ella, que era más líquida, ligera, con un color blanco amarillento producto del uso de yemas de huevo frescas. El color también se oscurecía por el uso de una vainilla que Bel elaboraba artesanalmente.

Horacio estudió el frasco que ella le tendió, le encantó el aroma de las vainas de vainillas remojadas en ron. Cada uno relleno los profiteroles que habían horneado y se los intercambiaron para probar la receta del otro. Él aceptó que el sabor de la crema de ella era mucho más delicada y perfumada, ella que la de él en cambio tenía una textura mucho más espesa, muy agradable en el paladar.

—Si sigue así señorita, me va a quitar el trabajo —bromeó Horacio—. Está muy sabrosa, ¿me ayudaría a preparar vainilla así para la tienda?

—Claro, señor Horacio, hablaré con Clemente para sacar del sistema varias botellas de licor. Le traeré un poco de la que tengo en casa, porque hay que dejarla macerar por varios meses antes de usarla.

Clemente observaba a Bel, sin que esta se percatara, conversar con el hombre que desde hacía semanas atrás le enseñaba todo lo que sabía. Desde entonces, solía llegar agotada después del trabajo. Se suponía que pasando consulta solo de tarde iba a trabajar menos y sucedió todo lo contrario. Estaba mucho más activa y nunca había estado más feliz.

—Le dices a Carmen que saque del sistema las botellas que necesites, no hace falta que me consultes nada, haz lo que creas pertinente, amor —dijo Clemente caminando hacia ellos.

—Llegas justo a tiempo para probar lo que hice.

Clemente recibió el profiterol que ella le acercó a los labios, lo masticó y subió las cejas en señal de sorpresa, subiéndolo al pulgar, afirmando lo bueno que estaba.

—¿Sabes que te va a encantar? Los *zeppole* de mi mamá. Dile que te enseñe a hacerlos. —Bel asintió con una sonrisa y él la jaló por el brazo a un lado para que solo ella pudiera escucharlo—. Oye, mejor subes, deberías descansar.

—¿Por qué? Quiero seguir trabajando un rato más.

—Continuas otro día, después estás muy cansada en la noche y no me conviene —dijo con semblante libidinoso y Bel se sonrió con picardía.

—Está bien, aprovecharé que no he estado cerca de los hornos y me daré un baño.

La noche anterior, cuando Clemente la visitó en su casa, se quedó profundamente dormida después de comer. Por estar horneando en las últimas semanas no había hecho casi yoga, lo que la hacía sentir un poco desbalanceada, así que decidió hacerle caso e irse a descansar. Supuso que si le estaba pidiendo eso era porque quería salir por la noche, además de hacer otras cosas.

Clemente intentó seguir con sus quehaceres diarios, sin poder concentrarse. Su mente se movilizaba a la segunda planta, en donde estaba Bel desnuda bañándose. Antes de darse cuenta, estaba por completo abstraído imaginándola, enjabonándose y dejando correr el agua tibia,

libremente, por cada recoveco de esa preciosa anatomía.

Se le secó la boca al recordar cómo se veía cuando estaba en la ducha, con las mejillas sonrosadas y los labios jugosos, muy rosados, producto del contacto con el vapor. Le gustaba sentirla relajada, lista para dejarse despertar por el tacto de sus manos que ansiaban recorrerla palmo a palmo, profesando caricias suntuosas. Quería lamer y succionar despacio su vientre bajo, hasta marcar la piel para que se tiñera de tonalidades rojizas. Se le antojaba hundir los dientes en el pliegue glúteo, esa delicada franja entre el muslo y el bonito trasero de Bel que tanto lo enloquecía.

Se empalmó y tuvo que disimular tapándose la entrepierna con la *tablet* que tenía en la mano. Un empleado lo llamó para preguntarle algo que respondió sin procesar, sintiendo la apremiante necesidad de llegar hasta ella. Tenía ganas de manosear cada una de las superficies de la immaculada piel de su novia. Subió los escalones de dos en dos, entró de golpe al apartamento haciéndola sobresaltarse, había llegado tarde, ya salía de la ducha... O tal vez lo había hecho justo a tiempo.

A Bel le sorprendió verlo sacarse el suéter de un tirón arrojándolo en una silla cercana, seguido de los zapatos, los calcetines y los pantalones. Con rapidez entendió lo que sucedía, el bulto en sus calzoncillos no dejaba lugar a dudas. Le dio la espalda y simuló no percatarse de lo obvio, metiéndose a la cama.

—¿Vienes a descansar conmigo? —preguntó fingiendo inocencia, dándole la espalda.

—No, ¿por qué te metes mojada a la cama? Sécate primero, amor.

—No me gusta, prefiero que se me seque el cuerpo así... al aire —respondió riéndose.

—Pero mojas las sabanas.

—Las sabanas se mojan de otra cosa y no veo que te quejes. —Bel lo miró sobre su hombro, simulando obstinación, logrando que él soltara una risa espontánea, negando con la cabeza.

—Olvídalo, tienes razón.

Lo notó entrar a la cama y acercarse, depositándole un beso en la espalda. Bel, fingió una vez más no percatarse de lo que sucedía y de las ansias que él le demostraba con un efusivo mordisco en el hombro. Algo tenía esa zona que siempre le provocaba hincar los dientes justo ahí. Intentó mantenerse tranquila ante las sensaciones que esa barba comenzaba a despertarle en la piel.

— ¿No tienes ganas? —preguntó con sosiego, Clemente.

—Mmm no sé —pretendió indiferencia—, convénceme —continuó apartándose el cabello de la coleta que le caía sobre el cuello, explicándole con ese gesto que deseaba que la besara ahí.

—Entiendo. Ya te voy a convencer.

Clemente enrolló el cabello en su puño, tirando de este con soltura, hasta despejar todo el espacio de la nuca para depositar un beso simple y certero que se repitió en una sucesión lineal por el cuello, alternándolo con ligeras mordidas. Le quitó la toalla, la acostó boca abajo y dejó correr la saliva descendentemente con lengüetazos raudos, por toda la espalda, siguiendo la línea de la columna vertebral como un mapa. Le gustaba mucho sentir la textura de la piel erizada contra los labios, así como también, percibir los temblores que tenía lugar bajo esta.

Bel jadeaba sin reparo dejándose acariciar por él, que disfrutaba de notarla entregada para su deleite. No paraba de pensar en alimentarse de esa piel suave, apetitosa y dejar a su lengua recorrerla entera, resbalando por la exquisita superficie nívea. Le abrió las piernas con las rodillas, dejándose caer por completo sobre su cuerpo. Pasó los brazos entre la abertura de los muslos, acariciando a su paso el vientre bajo, el abdomen, hasta alcanzar los pechos, obligándola con ese movimiento a separar el cuerpo del colchón, a clavar las rodillas sobre este, levantando la pelvis. Al mismo tiempo, acarició la espalda baja con la mejilla barbada, descendiendo hasta

el pliegue entre los muslos y los glúteos, que mordió a gusto, gozando de escuchar los profundos gemidos que esa acción despertaba. Luego ascendió despacio, hundiendo la cara entre las nalgas.

Bel abrió los ojos de golpe ante aquel movimiento sorpresivo. Clemente se movió con rapidez, jugueteando con sus pezones en punta, apretándolos con alevosía para escucharla jadear excitada. Luego arrastró las manos hacia abajo, sosteniéndola por la cintura, atrayéndola de esa manera hacia atrás, otorgándole una sucesión de lengüetazos ahí, en el abismo tibio.

—Cielo, ¿qué haces? —preguntó confundida y profundamente alterada.

Él no le contestó, siguió concentrado en hacer lo que le apetecía, que era pasarle la lengua cargada de saliva, untándola de humedad. Apoyó los codos en la cama, haciendo palanca para apoyarse mejor y la sostuvo con firmeza contra su cara, obligándola a recibir una caricia que nunca había experimentado y ante la cual no supo cómo reaccionar. Sin embargo, los gemidos que se desprendían sin cesar de su boca explicaban muy bien cómo se sentía.

El recóndito roce siguió avanzando sin pudor alguno. La lengua de él se hundió, tentando el apretado esfínter, haciéndola gemir sin objeciones. Bel empuñó las sabanas con fuerza, presa de la mezcla de sensaciones que percibía entre el placer y la confusión que le producía aquella caricia.

La lengua de Clemente siguió descendiendo con soltura. Le gustó sentirse ahogado entre aquellas paredes carnosas, degustando todo a su paso. El sabor a jabón comenzó a desaparecer, para dejar paso al de Bel, gusto a mujer excitada. De su coño brotaba el más puro elixir el cual no dudó en probar. Les comió los labios a mordidas, a besos, entretanto su lengua se movía autónoma, dándose un banquete al resbalar sinuosa por la vulva hinchada, repetidas veces, hasta hundirse en el apretado resquicio y deleitarse con la textura de aquellas paredes mullidas que eran el cielo cuando la penetraba despacio.

No era fácil instarse a guardar la calma cuando se sentía tan caliente, tan húmedo, presto para hundirse en ella, aun así, siguió acariciando aquellos labios, estimulando el clítoris con los dedos, pellizcándolo con malicia. Aplicando la firmeza necesaria para estimularla sin lastimarla, porque le encantaba oírle gritar. Algo había en el tono de queja de Bel que parecía pedirle que no se detuviera, que le endurecía más la erección, llevándolo al punto de dolor, provocando que le pulsara el miembro enloquecido. Se torturaba a sí mismo, no se tocaba, esperaba, como cumpliendo penitencia. Si ella no se corría primero, él no podía tener alivio.

Bel se sentía atiborrada por tantas sensaciones combinadas. Se preguntó si era posible permanecer tanto tiempo al borde del orgasmo sin enloquecer. Cerró los ojos, mientras el roce reiterado de la barba de Clemente contra los pliegues de su coño y su lengua recorriéndola entera, la hacían padecer el suplicio de un placer incendiario que se dilataba sin cesar. Permitió que le abriera más las piernas para darle mayor espacio y que sus dedos siguiesen escurriéndose entre sus pliegues, pulsando ese botón que la enardecía con cada roce que él ejecutaba deliberadamente, porque estaba desesperada por acabar. Estaba tan concentrada en encontrar desahogo, que la tomó por sorpresa la intrusión de otro dedo hundiéndose en esa zona inexplorada. Gimió escandalosa ante aquel estímulo confuso, que terminó siendo justo lo que necesitaba para correrse de forma violenta, gritando con el rostro contra el colchón.

Exhausta, se dejó caer sobre la cama, notando cómo los brazos de él aún la sostenían. Segundos después, abrió los ojos de golpe cuando él le jaló el cabello, obligándola a erguirse y a girar la cabeza para besarlo. Lo recibió gustosa, saboreándose a sí misma en aquellos labios finos que tanto le gustaban.

Con el paso de los meses, Clemente entendió que a Bel le resultaba relajante que fuese sexualmente dominante. Esta le había explicado que, en un pasado, el sexo en muchos casos fue sinónimo de estrés, sus exnovios no soportaban verla llorar, por lo que constantemente retraía sus

emociones para no hacerlo. Clemente consideraba aquella palabra incompatible con el sexo, para él, era pura satisfacción, así que se esforzaba para que ella sintiese lo mismo. Bel disfrutaba de dejarse llevar cediendo el control por ratos y se excitaba tanto, que lloraba con rapidez. Él entendió que entre más pronto llegaran las lágrimas, mejor, las superaba de la misma manera, para después seguir abriéndose a todo lo placentero. Incluso, aprendió a disfrutar de ese llanto que antes lo paralizaba tanto, sabía que solo sucedía cuando estaba muy excitada. Luego con mesura, se encargaba de extinguir esas lágrimas con las caricias adecuadas, ya que descubrió que, pasado ese punto, ella se liberaba y le gustaba verla feliz.

—Arriba, Bel, te quiero de rodillas —dijo con un tono de voz áspero y autoritario.

Con las manos la posicionó a su antojo, colocándola en pompa hacia él, hundiendo las manos en la cintura femenina. Luego, friccionó el miembro entre los glúteos, para después repetir la acción entre los labios de la vulva hinchada, repartiendo todo el líquido pre seminal que le escurría abundante, formando una mixtura de humedades tibias y resbalosas. Se dedicó a jugar con placidez, sin apuros, tentándola en cada roce. Bel comenzó a buscarlo deseosa y eso lo excitó muchísimo. Colocó el glande en la entrada solo para provocarla, sosteniéndola por las caderas con firmeza con ambas manos, con los dedos bien abiertos. Tras penetrarla un par de centímetros se detuvo en seco, retirándose, haciéndola gimotear desesperada. Volvió a jugar, a escurrirse entre sus pliegues. Planeaba hacerlo hasta que ella rogara por más. Le soltó las caderas y casi de inmediato, la sintió buscando el acople. Volvió a incitarla de a poco, penetrándola solo con el glande, para después abandonarla.

—¿Qué haces? Deja de torturarme así —dijo molesta.

—Yo hago lo que me da la gana —contestó licencioso.

Bel quiso darse la vuelta, pero Clemente la sujetó por las caderas con solidez, hundiendo los dedos en la carne de alabastro, enrojeciéndola al instante. Volvió a empuñar el cabello de su coleta impetuoso, haciéndola echar la cabeza hacia atrás, para morderle el hombro. Ella chilló por la sensación de sujeción, sin embargo, no le pidió que parara, porque en realidad le gustaba la postergación del placer. Él volvió a buscarla, a tentarla, haciendo que se le erizara toda la piel con ese roce pernicioso.

—Sí lo quieres, vas a tener que tomarlo —dijo soltándole las caderas, transmitiéndole un sentimiento de abandono.

Se sostuvo el miembro masturbándose despacio, mirándola con una intolerable lujuria que la encendió de inmediato. Quiso erguirse y él le ordenó que no lo hiciera, explicándole que debía seguir en la misma posición, de rodillas, dándole la espalda. Entonces, entendió sus deseos, volvió a mirar sobre su hombro mordiéndose los labios ingenua, o tal vez, fingiéndose serlo. Corrió las rodillas hacia atrás, desplazándose en esa dirección en pro de colisionar con él. Estiró el brazo con dificultad, él no la ayudó para nada. Clemente la miró deseoso cuando lo tomó con firmeza conduciéndolo a ese coño que lo volvía loco. Bel retrocedió más, dirigiéndolo con la mano y dando un empujón, se clavó contra su pene despacio.

Se concentró en mirar cómo lo buscaba deseosa. Se le secó la boca al verla sometida y entregada. Gruñó al sentirse envuelto por las paredes tibias, que se contraían ante los vestigios de un reciente orgasmo. Apretó los puños por la excitación, para después abrir la mano y con los dedos bien abiertos, dejarla caer con fuerza contra el glúteo derecho.

—Más duro —pidió Clemente, demandante—. Clávatelo más duro.

Ella lo hizo, no con el suficiente ímpetu, ganándose otra nalgada que, en realidad, solo la hizo jadear más, excitada. No aumentó el ritmo a propósito, anhelaba otra y cuando la recibió, el coño se le contrajo de golpe. Gimió impudorosa queriéndolo sentir tomar el control.

—Clemente... —para él, escucharla llamarlo durante el sexo era algo altamente excitante—, por favor.

—Por favor ¿qué? —contestó altanero y provocador.

—Sigue tú, por favor —dijo en tono de súplica, como si no tuviera fuerzas ni siquiera para ser desafiante verbalmente.

Le fascinó escucharla así. Se la puso más dura, así que, tomándola por las caderas se impulsó con fuerzas contra ella. Jalándole el cabello, hundiéndole la cintura hacia abajo, buscando el ángulo en donde se le estimulaba todo el miembro, bañándose con el preciado elixir que lo hacía resbalar adentro y afuera insistentemente, dejándose llevar, buscando su propio placer.

La sostuvo con ambas manos, queriendo dejar huella del vigor del embiste. La atrajo hacia él una y otra vez, penetrándola con solidez, disfrutando del acople tan perfecto de sus anatomías. Excitándose con los sonidos que desprendían por el golpeteo reiterado de su pelvis contra el trasero de ella, su propia respiración trabajosa y los más sublimes gemidos que Bel le entregaba jadeante. Enterró los dedos en el cabello haciendo un puño, para obligarla a erguirse, para morderle el hombro de nuevo.

—Aghs —se quejó—. No seas bruto.

—¿No? —dijo penetrándola con más fuerza.

—Para, voy a llorar...

—No, yo quiero que llores —dijo excitado—. Lloro, Bel, llora.

Al escucharla sollozar paró de moverse, dejándola caer sobre el colchón. Le besó la espalda con mimo y la abrazó pidiéndole que llorara, que lo dejara salir todo como siempre le decía. La sintió moverse incomoda debajo de él, salió de su interior y tomándola por los hombros la hizo girar para encararla. Le encontró con el rostro contraído, parecía rabiosa. Le secó las lágrimas con los dedos con cuidado. Quiso ser cariñoso, pero Bel no se lo permitió. En cambio, lo jaló contra sí, besándolo con desesperación buscando su miembro a tientas con la mano, conduciéndolo de nuevo a su interior mullido.

—Estoy harta de llorar —dijo entre dientes, mientras le clavaba las uñas en la espalda.

Se movió ondulante en pro de ayudarlo a retomar el ritmo. Él, como siempre, la complació correspondiendo con igual intensidad los besos, enterrándose en ella con apremio, dejándose envolver por esas piernas y brazos que le imposibilitaban una mayor fluidez de movimiento. Sabía que le gustaba la penetración íntima, cercana, sudorosa. Ella dejó de llorar unos cuantos segundos después, enterrando los dedos en el cabello de Clemente, jalándolo al compás de las acometidas que sentía contra su sexo. Lo miró a los ojos, como queriendo devorarle el alma, le gustaba cómo la miraba, deseoso, aunque con mucho cariño.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí... No sé... —Ella se encontraba intranquila, no sabía qué le sucedía, sentía una rara energía en el cuerpo, bajo la piel—. Solo sigue, cielo, no pares, por favor.

Clemente se irguió poniéndose de rodillas, sosteniéndole los tobillos con ambas manos, levantándole las piernas, haciendo que su cuerpo formara un ángulo de noventa grados. Moviéndose en ella, enterrándose en ella, cuyo coño, en esa posición, se notaba más estrecho, más caliente.

—Tócate, Bel. Seguramente, necesitas correrte otra vez —dijo penetrándola de golpe de nuevo, haciéndola gemir.

Le hizo caso, se acarició los pechos de forma incitadora para él, quien correspondió embistiéndola excitado. Dejó caer la mano descendiendo hasta su coño, mientras él le abría las piernas dejándolas caer sobre sus hombros, para ver cómo los dedos bailaban sobre el clítoris inflamado, recorriéndolo con caricias trepidantes y deseosas. Se recreó en la vista perfecta de la

mujer que tanto le gustaba, luciendo excitada, tocándose para su propia satisfacción, pero también para la suya. No perdió detalle en el movimiento oscilante de los bonitos pechos o cómo su pene se hundía una y otra vez en ese precioso coñito palpitante. Tras un par de toques, Bel convulsionó ante un nuevo orgasmo, que le recorrió el cuerpo entero, uno muy fuerte que iba acompañado de sentirse colmada por Clemente, cuyos movimientos la hicieron vibrar en un estado de éxtasis latente que la envolvió de manera abrumadora.

Clemente le abrió las piernas por completo, dejándose caer sobre ella, sintiendo como la vibración de su reciente orgasmo lo incitaba al punto de no retorno, haciendo que poco después se corriera de forma intempestiva. Ella pareció succionarlo por un par de segundos, exprimiéndolo, dejándolo seco. Exhausto, jadeó colocando la frente sobre la suya, dejándose sujetar por Bel que aún intentaba lentificar su ritmo respiratorio. Se abrazaron hasta que su miembro perdió dureza y la abandonó, arrastrando consigo toda su esencia, mojando las sábanas.

—¡Joder! Esto estuvo... muy bien.

—Muy bien se queda corto —dijo Bel, mirando cómo se acostaba a su lado—. Me tiemblan los muslos —señaló y él se los acarició despacio, sintiendo el espasmo involuntario—. ¿Qué se supone que acaba de pasar? —Clemente la miró confundido, sin entender de que hablaba.

—Cogimos.

—Ay, tonto —dijo golpeándolo con el codo—. Se suponía que iba a descansar para no irme cansada a trabajar y vienes tú a toquetearme impudicamente, que, por cierto. ¿Qué intentas? ¿Interesarme por el sexo anal?

—¿Te interesó? —preguntó con una sonrisa descarada.

Bel se rio espontánea, tirándosele encima. Él la miró con adoración, haciendo acopio de su belleza, encantado de tenerla encima. Le quitó la coleta del cabello, soltándose, disfrutando de como este le caía a ambos lados del rostro. Se dedicó a hacer surcos con los dedos, recorriéndolo con cariño, para atraerla hacia sí y besarla. Le lamió los labios, ponderando la textura de su lengua, notando cómo le acariciaba los pectorales y dejaba resbalar las manos por todo su torso sudoroso.

—Para, cielo, ahora tengo que darme otra ducha por tu culpa...

—¿Te pasó algo? Parecías molesta —preguntó preocupado, cuando ella se irguió.

—Claro que estaba molesta. No quiero tener que llorar, quiero correrme y ya, pero el cuerpo se equivoca de botón y en vez de darme un orgasmo, me da llanto.

—No creo que sea tu cuerpo, creo que es tu cerebro.

—Mmm, tal vez.

—Podríamos ir a terapia, hablar con alguien profesional... —insistió por segunda vez en un asunto discutido con anterioridad, días atrás.

—Me voy a preparar, se me va a hacer tarde para ir al consultorio —dijo cortando el tema de esa manera, levantándose de la cama, caminando en dirección al baño.

—Bel... —Clemente se quedó a medias sin saber que decir cuando ella giró a mirarlo.

—Ya vuelvo, es una ducha rápida —expresó, fingiendo que no le sucedía nada.

Cuando Bel salió del baño, ya estaba vestida, cuestión atípica que hizo creer a Clemente que lo estaba evitando. Él en cambio, seguía casi desnudo, solo en ropa interior, acostado en la cama. La miró mientras se calzaba y se hacía una cola alta en el cabello llevándose unos mechones sueltos detrás de las orejas. Sacó los lentes de sol del bolso y se colocó bálsamo en los labios, iba con la cara lavada, le pareció que se veía preciosa, aunque también muy ansiosa por marcharse.

—Bel... —De nuevo no supo qué decir, se incorporó en la cama y ella se acercó para

despedirse—. No te vayas —consiguió decir.

—Tengo que hacerlo, me queda el tiempo justo para ir a casa a cambiarme, comer algo e irme a trabajar. Tengo pacientes citados.

Bel le dio un besito rápido en los labios que a él le sentó muy mal, por lo que la jaló del brazo para evitar su marcha. Se levantó y le rodeó el rostro con ambas manos, besándola con dulzura, abriéndole los labios para acariciarle la lengua con la suya con placidez. Al separarse la miró hondamente, los besos de despedida ya no le bastaban. Le pareció que le faltaba decir palabras, de eso estaba seguro. Las tenía entre pecho y espalda, ahogándolo. Prefirió permanecer en silencio, las dejó bien adentro en un lugar seguro para después.

—Ven cuando salgas del trabajo y comemos juntos, ¿sí? Ven apenas salgas —dijo para asegurarse de contar con su presencia más tarde.

—De acuerdo.

La miró alejarse hasta salir del apartamento y no le sentó bien esa imagen. Sintió que Bel se le escurría entre los dedos, el miedo a perderla lo apelmazaba, no quería que todo lo bueno que tenían pereciera por no tratar la situación con suficiente tacto. No tenía precedente para algo así, solo quería estar con ella, verla feliz, tranquila, jadeante, satisfecha. No quería generarle ningún tipo de angustia y ese día no lo había logrado.

Ella, por su parte, apenas salió de la tienda, soltó una lagrima que limpió con celeridad con la manga del suéter. Estaba furiosa consigo misma, odiaba sentirse tan impotente. Le frustraba no poder dominar ese maldito impulso de ponerse a llorar cada vez que él se la llevaba a la cama. Se preguntó por qué con Carlos desapareció, mientras que con Clemente persistía. Una voz irónica en su mente le recordó que con el señor Barba se excitaba de maneras incomprensibles, mientras que con su ex nunca fue así.

Maldijo para sus adentros y se instó a calmarse cuando llegó a casa, de lo contrario, el almuerzo le caería mal, pero sin importar cuánto lo intentase, no consiguió aclarar su mente. La preocupación persistió, ya le había explicado a Clemente que no deseaba ir a terapia. No tenía ni idea de cómo manejar la situación si este seguía insistiendo. Lo que él desconocía, era que Bel asociaba la terapia con malos ratos. Deborah la había obligado a ir de niña, creía que su hija tenía graves problemas que debían ser modificados con urgencia. Era demasiado masculina, desordenada y poco dedicada para los estudios. Su padre, en cambio, la percibía como una chiquilla demasiado tranquila e incluso práctica.

Para Deborah, resultaba insoportable el no poder disciplinar a su hija para que hiciera algo tan básico como tender la cama antes de irse a la escuela, esta refutaba la necesidad de tal acto, porque cuando volviera, iba a deshacerla de nuevo. Cuestionaba abiertamente que no le parecía tan importante sacar siempre A en alguna materia o que béisbol era una actividad física como el ballet, por lo que debía dejarla practicarlos. Deborah la encontraba demasiado insolente y rebelde, sabía que, si no modificaba su actitud, su hija siempre haría lo que le diera la gana. Su necesidad de control era más importante que lo que pudiese desear Bel, así que la obligó a asistir a terapia.

La psicóloga que la atendió, explicó que era una niña bastante promedio, que necesitaba mejorar sus hábitos, por lo que elaboró un plan para tal propósito. Pronto Bel estaría al borde de la desesperación por estar obligada a llenar una lista de quehaceres, en donde su madre le premiaba cuando hacía algo bien. Así que un buen día, le dijo a su padre que estaba cansada de sentirse como un perro en entrenamiento, tenía diez años y en aquella época, Deborah aún no la había cambiado de colegio, por lo que se sentía apoyada por Marcelo.

—Si mi mamá vuelve a llevarme a esa estúpida señora, me voy a escapar de la casa y no me vas a ver nunca más, papá.

Su ingenuo plan de escape era irse a vivir con su abuela paterna, el único adulto que sentía le entendía de verdad y a quien amaba muchísimo. Fernando tuvo que interceder, logrando que su hija pudiese abandonar la terapia, tras una fuerte discusión con Deborah, que no se dio por vencida y sin consultarlo, la cambió de colegio, logrando que Bel se refugiara más en su abuela, era la única constante en su vida. Por eso su muerte la afectó tanto, sumiéndola en una profunda depresión a la edad de catorce años, convirtiéndola en una adolescente mucho más maleable para Deborah.

A pesar de su previa mala experiencia con la terapia, decidió intentarlo de nuevo luego de la ruptura con su primer novio. Ese que se acostó con la que consideraba su mejor amiga de la universidad, Minerva, y que le rompió el corazón de forma contundente al decirle que: aunque ella le gustaba, era un hombre que deseaba satisfacer sus necesidades sexuales y a su lado no podía lograrlo. Excusó su infidelidad al señalar que, si se había acostado con otra, era por culpa de lo que le sucedía, pues, ¿qué hombre querría estar con una mujer que lloraba durante el sexo? Aquellas palabras la hirieron, haciéndola sentir inadecuada sexualmente. Vulnerable y desesperada por contarle a alguien lo sucedido, concertó una cita con un nuevo terapeuta con el que tampoco consiguió sentirse cómoda al hablar.

Para Bel, era muy difícil comunicar su situación sexual, en parte porque a sus veinte años pensaba que tal vez se había precipitado a tener relaciones sexuales. Aunque no lo quisiera, las palabras de todas aquellas monjas, que le dieron clases por años, que condenaban el sexo prematrimonial, habían calado hondo en su mente. Además de que, en primera instancia, sus conversaciones estuvieron demasiado enfocadas en el trauma emocional de verse traicionada por las dos personas en las que más confiaba, relegando ese tema a un segundo plano.

Hablar sobre una traición la hizo hablar de otra, así que, sin percatarse, sus sesiones comenzaron a enfocarse en su madre y remover todo eso, le resultó demasiado doloroso, inclusive, asfixiante. Cuando quiso redirigir su atención de nuevo a lo ocurrido con su novio, el terapeuta le explicó que creía que de momento era prioridad conversar sobre sus inconvenientes maternos, pero Bel odiaba hablar de Deborah. Sentía que cada vez que iba a consulta salía peor de lo que entraba y que incluso, le daba poder a su madre al reconocerla como causante de alguno de sus problemas, sobre todo cuando el terapeuta insinuó, que tal vez sus dificultades sexuales tenían origen en una mala asociación de conceptos, que correspondían a un trauma causado por su madre.

Bel aborrecía el tema y cada vez que el psicólogo insistía en retomarlo, ella se encerraba en sí misma. Con el tiempo, dejó de ir bajo la creencia de que la terapia no era lo suyo, odiaba hablar de lo sucedido o de su madre. Odiaba todo lo que le pasaba. Relacionarse con Carlos fue algo muy difícil que le tomó mucho tiempo. Tal vez, por eso no conseguía detestarlo por completo luego de lo acontecido con la chica en el hospital. Bel lo quiso muchísimo y nunca iba a poder dejar de reconocer que él, fue el precursor de que ella saliera en buena parte del cascarón en el que se encerró tras la ruptura con su primer novio.

Carlos fue paciente, romántico, dulce, la trató con delicadeza tanto en esos primeros meses, como en los subsiguientes años de noviazgo. Fue precisamente ese sentimiento de gratitud, el motivo por el que permaneció devota a esa relación por tanto tiempo, aunque era evidente que la misma dejó de funcionar. Él la vio llorar en varias oportunidades, cuando estaban comenzando a relacionarse sexualmente, pues todo era nuevo y excitante. Su reacción siempre fue la misma, pedirle que se calmara y dejara de llorar.

Bel optó por beberse un par de copas de vino para relajarse o acelerar el sexo, para que todo terminará mucho más rápido de lo acostumbrado y así Carlos se corriera antes de que a ella le

entrara el llanto. Con el tiempo, sencillamente este dejó de ocurrir. Se acostumbró a las relaciones sexuales en las que se limitaba a disfrutar de los besos, de las caricias, de sentirlo encima, nada más. Los años pasaron y llegó un punto en que comenzó a parecerle una actividad un poco insulsa, al grado de esforzarse por estimularlo y que todo acabase rápido para poder dedicarse a algo más ameno, como jugar videojuegos o leer un libro.

Entonces apareció Clemente con su energía sexual, que la hizo recordar lo que era sentirse atraída por un hombre, que la ilusionaba con cada sonrisa, que la estremecía con solo un roce y que la hacía mojarse ante la sutil reminiscencia del aroma de su cuerpo entre las sábanas de la cama. Lo llevaba impreso en la piel, aunque no quisiera, era una especie de presencia que no la dejaba, que la envolvía, que le hacía sentir de una manera que nunca pensó experimentar, se había convencido de que los hombres como él, eran parte del fantasioso imaginario femenino. Excepto que él y esos ojos oscuros que la miraban con intensidad, mientras la penetraba, eran ciertos.

Clemente quería que fueran a un sexólogo juntos y a ella le daba terror de solo imaginar que tendría que hablar de su vida sexual anterior frente a él. Por lógica, suponía que cada uno tendría una sesión primero con el terapeuta, recordaba lo que le había dicho su psicólogo anterior y se asustaba de tener que explicarle sobre eso a Clemente. Inclusive, trataba de no contarle demasiado sobre su propia madre, ya que él parecía estarle tomando aversión. Bel deseaba poder presentárselo en alguna oportunidad del futuro, aunque en ese momento estuviesen peleadas, la realidad era que, tontamente, soñaba con verle la cara de asombro a su progenitora, cuando esta conociera al hombre que le quitaba el sueño y tuviese que morderse la lengua, para reconocer que se había equivocado, porque en realidad, él era todo lo que una madre querría para una hija.

Bel pedaleó hacia el consultorio con brío, intentando liberar la tensión antes de llegar a trabajar. Necesitaba de poner sus asuntos en orden, el problema era que no tenía ni idea de cómo, de lo que sí estaba muy segura, era que no quería perder a Clemente por nada del mundo.

CAPÍTULO 20

Cuando Clemente llegó a ver a Bel esa mañana, esta le abrió la puerta saludándolo con un beso rápido, antes de volver a su rutina de yoga. Tras verla contorsionar el cuerpo en una complicada postura, que dejaba su trasero en una posición de lo más apetitosa, no tardó en acercarse. Acarició impudoroso su sexo sobre la tela de las mallas deportivas, logrando que Bel soltase una risa afectada, sorprendida de aquel toque. Segundos después, estaban inmersos en un ardiente encuentro sexual.

Bel, no sabía lo mucho que deseaba que Clemente se la cogiera de esa manera, hasta que él le bajó las malla hasta las rodillas, procediendo a tomarla desde atrás, de manera vigorosa. No tardó en llorar, tampoco en pedirle que continuara luego de que se calmó. Rogó por más, por mucho más, entretanto, desesperada, se acarició el clítoris hasta correrse con un formidable orgasmo que la hizo caer desmadejada sobre la esterilla de yoga, entumida por el clímax que se le alargaba con cada embestida que recibía. Clemente la sostuvo con firmeza por las caderas, moviéndose con un ritmo frenético, en busca de su propio placer. Ensimismado, se olvidó de todo, concentrándose en mirar cómo se hundía en el precioso coño húmedo de su novia, que no paraba de gemir con la boca entreabierta y las mejillas rubicundas.

—Esto es lo que querías, ¿no? Que te cogiera duro —dijo exaltado, corriéndose dos segundos después de manera violenta.

Bel abrió los ojos de inmediato cuando lo escuchó decir eso. Una extraña energía le recorrió el cuerpo, haciéndola sentir incomoda. Clemente se dejó caer sobre su espalda, exhausto por el esfuerzo, respirando agitado contra su oído. Ella se movió, despegando el rostro de la esterilla e intentó arrastrarse fuera de ahí, sin conseguirlo.

—Clemente, levántate, por favor —dijo cortante.

—¿Qué pasa mi amor? —preguntó cariñoso, echándose a un lado.

—Nada —dijo negando con la cabeza, en un intento de convencerse a sí misma de que no había experimentado esa sensación de rechazo—. Necesito ir al baño —mintió.

Se levantó del suelo, se subió las mallas y corrió escaleras arriba, encerrándose en el baño, necesitada de espacio. Cerró los ojos y la frase volvió a su mente «Esto es lo que querías, ¿no? Que te cogiera duro». La piel se le erizó y sintió asco, mucho asco. Abrumada, miró el suelo, dejando que su mente construyera pensamientos inconexos hasta que se sobresaltó al escuchar cómo Clemente tocaba la puerta.

—Preciosa, ¿todo bien?

—Sí, sí, ya salgo —mintió de nuevo.

Bel usó el baño, se lavó las manos y se refrescó el rostro con agua fría, respirando profundo para tranquilizarse. Abrió la puerta, encontrándose con la imagen de Clemente, que la esperaba de pie junto a la ventana solo en calzoncillos, tomando aire. Se obligó a no pensar en lo sucedido, después de todo, era una simple frase que él había dicho en el calor del momento y que, de verdad, reflejaba lo que ella anhelaba durante el encuentro. Le encantaba sentirlo fogoso, apasionado y demandante.

—¿Todo bien, preciosa? —preguntó de nuevo, mirando por encima de su hombro, cuando notó que Bel se abrazaba a su espalda, besándolo entre los omoplatos.

—Sí, cielo, en serio.

—¿Seguro? Si hice algo mal, solo tienes que decirlo.

—Todo está bien, créeme, solo necesitaba usar el baño.

Enterró la cara contra la piel de su espalda, abrazándolo con fuerza. Odiaba mentirle. Lo ideal habría sido sincerarse y explicarle que escuchar esas palabras no le gustaba para nada. Ya las había oído una vez y le habían resultado repulsivas. El problema, era que no estaba lista para contarle sobre lo ocurrido durante su adolescencia.

—Podrías dejar el exhibicionismo de estar parado en la ventana casi desnudo, te van a ver mis vecinas y una es bastante mayor, ¿quieres que se infarte? —continuó Bel para cambiar el tema.

—Si está mayorcita, seguro ha visto a un par de tipos con menos ropa que yo —respondió jocoso.

—¿No se supone que no deberías tener sexo antes de un juego?

—Se supone —Se rio—. Son estupideces, está demostrado que la actividad sexual no tiene incidencia en el rendimiento físico durante el juego.

—Pero en otras ocasiones me has dicho que no puedes tener sexo el mismo día de un partido.

—Es que, por costumbre, está el evitarlo ese mismo día, antes del juego. Pero pasó... y, además, por tu culpa. Ya sabías sobre eso y me hiciste venir con la tentativa de sexo.

—¿Qué? ¿Estás loco? Solo te envié un mensaje pidiéndote que me trajeras almendras fileteadas, ¿en dónde rayos está la tentativa de sexo? —preguntó confundida.

—Bueno, bueno —Se giró para encararla—. ¿Qué quieres que te diga? A mí eso de las almendras fileteadas me pareció algún tipo de mensaje subliminal, como ven a meterte con... mi almendra —aclaró en tono juguetón.

—Por supuesto, es que ahora las almendras fileteadas tienen connotaciones sexuales. Me imagino que lo leíste y tu cerebro dijo: traducción, Bel quiere mi pene... en su almendra.

—No, no, obvio pensé: Bel quiere mi pene en su coño húmedo y delicioso —dijo en un falso tono seductor entre risas—. Me abriste la puerta y te fuiste a hacer esa posición extraña, poniéndome el culo en pompa, ¿qué querías?

—Almendras fileteadas, eso nada más.

—¿Entonces no querías mi pene? —dijo Clemente en un falso tono de aflicción.

—No —respondió riendo.

—Pero yo no te vi negarte, pudiste decirme que solo querías almendras fileteadas y yo me habría ido con mi erección a otro lado. Nadie te dijo que te lo metieras en la boca.

—¿Tú me dijiste que me lo metiera en la boca!

—Mmm, cierto...

—Ahora, cada vez que haga algo con almendras fileteadas voy a pensar en sexo —señaló Bel llevándose las manos a la cara en un gesto de vergüenza.

—Me parece bien, es más, voto porque de ahora en adelante ese sea nuestro código sexual, si me pides almendras, en realidad me estas pidiendo sexo.

—¿Y el día que necesite almendras de verdad?

—No sé, lo lógico sería usar las palabras al inverso, tendrás que pedirme sexo.

—¿Y cómo vas a diferenciarlo?

—No lo haré, te cogeré igual —dijo Clemente besándole el cuello, haciéndole cosquillas.

—¡Cielo!

—Insisto en que todo es tu culpa, para qué me haces verte toda sexy haciendo yoga —insistió con un falso rictus de inocencia—. Si pierdo esta noche, tendrás que animarme en recompensa. —Le buscó la boca una vez más para darle un beso dulce.

—No, qué va, asume tus errores. De todas formas, falta mucho rato para el juego, descansa por la tarde y ya.

—Mmm no sé, deberías darme un largo baño de esponja para revitalizarme. —La abrazó, apretándola contra sí, enterrando los dedos en los glúteos femeninos, restregándole una incipiente erección. La besó con reanimada pasión, colocándole la mano sobre su miembro, gruñendo excitado cuando ella lo apretó—. Deberíamos ir a tener almendras fileteadas al baño —agregó, mirándola con una sonrisa en los labios.

Con ese simple jugueteo, Clemente reconfortó a Bel, aun cuando no sabía qué le ocurría. No le pasó desapercibido su comportamiento esquivo, así como sus intentos de hacerle creer que todo estaba bien. La incertidumbre de no saber si estaba haciendo algo mal lo ponía ansioso, intentaba no tomárselo como algo personal, se recordaba, constantemente, que a veces ella podía hablarle de todo sin complejos, mientras que, para algunos temas, era muy reservada.

La atracción por conocer a la chica del bidón de leche, se había diluido en el enigma que representaba Bel. No le gustaba elaborar, mentalmente, miles de conjeturas sobre ella, habría preferido que le contase todo lo que la aquejaba, porque no soportaba verla indispuesta. Se la pasaba juntando pedacitos aquí y allá, intentando recolectar suficientes indicios para entenderla. Clemente tenía una intuición bastante aguda, por lo que percatarse de que algo andaba mal sin poder hacer nada al respecto, lo frustraba. Solo le quedaba disimular, sabía que presionándola no conseguiría nada.

Bel tenía bastante tiempo subestimando a Clemente, asumiendo que le creía cuando le decía que estaba bien. No se imaginaba lo perspicaz y empático que este podía llegar a ser, siendo esta la razón principal para que la relación que tenían funcionase. Desde aquella noche después del partido del rugby, cuando de alguna manera logró transmitirle la suficiente confianza para que ella le contara lo que le sucedía, se creó un cambio, porque a Bel le hacía bien hablar. Luego todo adquirió mayor relevancia, cuando de manera instintiva le pidió que no dejara de llorar, al contrario, que, si necesitaba llorar, lo hiciera. Clemente sabía que, para entender un fenómeno desconocido, había que observarlo y analizarlo.

Verla llorar, lo hizo comprender parte de sus frustraciones, de lo aislada que se sentía cuando sucedía. Detestaba verla disculparse por algo involuntario, avergonzada por ese llanto que consideraba un problema y que la hacía entrar en conflicto consigo misma. Por eso, insistía en hacerle saber que, para él, aquello solo eran lágrimas, nada más, quitándole la carga negativa que por tanto tiempo tuvo en su vida. Le restaba importancia para evitar hacerla sentir inadecuada sexualmente, como habían hecho sus novios en el pasado y sin siquiera caer en cuenta de ello, llevó a cabo la acción más importante para ayudarla, cuando dejó de individualizar la situación. Se esforzó por hacerla comprender que ese llanto no era algo que le ocurría solo a ella, sino que les sucedía a ambos, porque solo pasaba cuando estaban juntos.

El trauma ocasionado por el primer novio de Bel, la llevó a callarse por muchos años su problemática sexual, no creía que ningún hombre podría estar sexualmente satisfecho a su lado. Clemente derribó esa concepción, al explicarle que no le importaba que llorara, que podía hacerlo, eso no evitaría que quisiera estar a su lado, demostrándosele cada vez que tenían sexo.

Clemente, decidió no tocar más el tema de la terapia, porque se dio cuenta que ella tenía muchos años lidiando con ese llanto, lo que lo llevaba a suponer que había miedos muy arraigados que la hacían ser cautelosa. Prefirió aceptar la situación y dedicarse a hacer lo que estaba a su alcance: no dejar que las lágrimas les arruinaran el sexo. Tendría que seguir estando muy atento para analizar lo que le sucedía. Se figuró que había ocurrido algo que la llevó a encerrarse en el baño. Con prontitud, sopesó que debía estar relacionado con lo que dijo durante el coito antes de

correrse. Confundido, recordó que en varias ocasiones le había dicho frases subidas de tono y ella siempre había respondido positivamente, por lo que pensó que, sin duda alguna, su reacción era producto de que algo la había perturbado en esas palabras en particular. Su primera hipótesis, fue pensar en que tal vez, era una frase que le decía su exnovio, por lo que lo anexó a su carpeta mental de pistas, para después abstraerse con la visión del cuerpo semidesnudo de Bel que se desprendía de su ropa para entrar a la ducha.



La desnudez de Clemente le resultaba muy llamativa a Bel. Lo observó secarse el cabello y la barba con esmero, hasta que sonó el teléfono en sus pantalones, que reposaban sobre una silla cercana a la cama. Lo siguió con la mirada, fascinada por la manera en la que él se desplazaba por la habitación sin taparse, cómodo en su propio cuerpo. Percibió el momento exacto en que arrugó el ceño mientras miraba la pantalla del teléfono. Tuvo la impresión de que dudaba en tomar la llamada, aunque segundos después, decidió hacerlo, sin muy buen ánimo.

—Hola... Sí, ya te transferí el dinero esta mañana.

»Ah cierto.

»Se llama, Bel... sí, gracias.

»No, no creo —dijo haciendo una pausa—. ¿Honestamente? Porque no quiero.... —agregó adusto—. No, no estoy siendo odioso.

»Sarah, ahora estoy ocupado, estoy con ella. Espero te sirva el dinero.

»Está bien, saludos para tu mamá también —dijo colgando la llamada.

Clemente colocó el celular en la cama y siguió secándose el cabello como si nada, ante la atenta y disimulada mirada de Bel, que durante los minutos que transcurrió la llamada, fingió no percatarse de lo que él hablaba. Desde que estaban juntos, disfrutaba muchísimo de la sensación de tranquilidad que él le transmitía, que nunca experimentó junto a otro hombre. Clemente la hacía sentir que no tenía ojos para nadie más y en los últimos meses, no había experimentado ningún tipo de inseguridad o desconfianza. Aun así, aquella llamada la había inquietado.

—¿Quieres saber quién me llamó? —preguntó con tranquilidad, en tanto ella seguía fingiendo estar muy ocupada secándose el cabello también.

—No —mintió—, no tienes que contarme nada que no quieras —dijo haciendo una pausa—. Ok... sí quiero saber —admitió segundos después, en tono exasperado, refunfuñando para sí misma, por no tener el carácter suficiente para negarse.

Aquella actitud le causó gracia a Clemente, que se acercó rodeándola con los brazos, recordando que así era Bel, solía decir todo lo que pensaba, a excepción de cuando se trataba de sus problemas sexuales. Bajó la cabeza y le buscó la boca, deseoso de besarla. Ella recogió el beso simple que él pretendía darle y lo convirtió en uno largo, posesivo, lleno de pasión que finalizó con un breve mordisco en el labio inferior y un empujón, que hizo chocar la espalda de Clemente contra el armario, trastocándolo. Le gustó mucho que lo besara así, como si estuviese reclamándolo de esa manera sutil, con un beso celoso.

—Era mi exnovia, Sarah. —Una alarma se encendió en la mente de Bel, había olvidado su nombre—. Ha venido al país porque su madre está de cumpleaños. Tuvo problemas con sus viejas cuentas bancarias, necesitaba dinero y no quería pedirselo a su familia. Así que yo le he prestado un poco. Eso es todo.

—¿Y qué ha sido todo lo demás? Eso de mencionar mi nombre o decir que no eres odioso —preguntó con el tono de voz más sosegado que pudo fingir.

—Sabes que Marian nos tomó una foto el otro día en el juego, ¿no? —Bel asintió—. Bueno, parece ser que la subió a Instagram y mi ex aún tiene a la esposa de Henry entre sus contactos, así que me preguntó si la de la foto era mi novia y cómo te llamabas.

—¿Y eso es su problema por?

—Dijo que quería conocerte y yo con mucha sinceridad le dije que no quería, fue ahí que me dijo odioso. No me interesa que ustedes socialicen, ni nada que se le parezca, ella y yo no somos amigos, desde que terminamos hace más de año y medio no hemos hablado, así que no le veo sentido. Le estoy prestando dinero como un favor, eso es todo.

—¿Seguro? —preguntó Bel, notando como se le retorcía el estómago por unos celos que, se suponía, no tenía necesidad de sentir.

—Sí, seguro. Estás celosa ¿verdad?

—Ay claro que no —dijo con un ademán de mano que intentó restarle seriedad al momento.

—Estás celosa —afirmó, al escucharla responder en un tono de voz más agudo de lo normal. Se sonrió ansioso cuando la vio alzar la ceja de forma perspicaz.

Bel le recorrió los pectorales con los dedos, fingiendo tranquilidad. Le gustaba la sensación del vello húmedo, así como la textura de la piel masculina, sin embargo, en ese momento, su mente no podía concentrarse en el agradable contacto. Solo podía pensar en esa mujer que intentaba llamar la atención de su novio. Encontró muy obvias sus intenciones, no había otra razón para que quisiera conocerla, más que para evaluarla y acercarse a él al mismo tiempo.

—Quisiera no sentir celos, pero es tu exnovia, que de la nada quiere verte, porque dudo mucho que te diga que quiere conocerme a solas...

—No tienes necesidad de sentir celos, solo me interesas tú —dijo mirándola con dulzura.

—No confundas celos con inseguridad o desconfianza, no lo tomes por ahí.

—Lo sé, de todas formas, tenía pensado contártelo. Iba a aprovechar el traerte las almendras para hacerlo, pero cuando vi tu culo en mallas, se me olvidó todo. —Bel se rio y le pasó los dedos por la cara, peinándole la barba de forma sosegada.

—Sí llegases a verla, por cualquier circunstancia, que ella te busque o qué se yo —se encogió de hombros—, quiero que por favor me lo cuentes. ¿Te parece?

Clemente asintió, dejando que le rodeara el cuello con ambas manos para atraerlo en dirección a sus labios rosas, afirmando que sus besos posesivos eran divinos.

Luego bajaron a la cocina donde Bel hizo una ganache de consistencia espesa, de chocolate semi amargo. Lo dejó enfriar un poco y agregó las almendras fileteadas, así como cerezas rojas, picadas para cubrir los brownies que había horneado antes de hacer yoga. Su intención era llevarlos al juego del final de la tarde. Clemente arrastró sigilosamente la mano por el mesón, hasta robarle un trozo y llevárselo a la boca con rapidez, escuchándola regañarlo porque aún no estaban fríos para que los comiera, sin que a él le importase en lo más mínimo.

Almorzaron juntos, conversando, tenían la tendencia de hablar sobre tópicos aleatorios. Esa era una de las cosas que más le gustaba a Clemente sobre Bel, sentir que al fin tenía con quien conversar de todo.

Luego se despidieron, ella iba tarde al trabajo, quedaron en verse en el partido. Él le comentó que tal vez sus padres irían, aunque aún no era seguro. Bel sonrió ansiosa, ya los conocía de un juego anterior, cuando Clemente la presentó en una conversación brevísima, porque ellos ya se retiraban a casa. De todas formas, las primeras impresiones estaban hechas. Encontró que el padre de Clemente era un señor bastante apuesto y su madre era preciosa, ambos muy agradables, por lo que anhelaba replicar esa opinión sobre sí misma en ellos.

Al llegar a la cancha, Bel caminó a tomar asiento junto a Marian, que estaba en una grada

bastante alta. Desde ahí, se dedicó a mirar a Clemente jugar, que como siempre, lucía guapísimo. Conversó animadamente con su amiga y con otras de las personas presentes, que degustaron sus brownies encantados.

—Mira, llegaron tus suegros —anunció Marian con un codazo.

Los padres de Clemente iban llegando tarde, en compañía de un par de chicos de unos siete años que eran mellizos. Tomaron asiento en una de las gradas de abajo, así que Bel comenzó a descender para saludarlos, le pareció de mala educación permanecer arriba. Ellos la recibieron de forma afable, intercambiando besos afectuosos en la mejilla. Clemente padre, le presentó a los hijos de una de sus sobrinas, una especie de nietos postizos, a los que les ofreció brownies, ganándose los de inmediato.

La conversación con la madre de su novio fluyó bastante bien. Era una mujer encantadora, educada, que no paró en encausar la charla hacia tópicos personales de Bel, haciendo una serie de preguntas en tono dulce, pero certero, en pro de conocerla. «Ah, entonces, nunca te has casado», «No tienes hijos», «¡Eres odontóloga! una profesión bellísima» y así, poco a poco, comenzó a analizarla. Bel no tenía ni idea a la clase de escrutinio que estaba siendo sometida de la forma más inocente y cordial posible. Por ratos, hablaba sobre el juego con el padre de Clemente, así como con los dos niños que pedían más brownies. Tendrían unos escasos veinte minutos de animada tertulia, cuando el padre de Clemente susurró algo al oído de su esposa que se sobresaltó de mala manera.

—¿Qué hace esa mujer aquí? —preguntó sin disimular su semblante de irritación.

Entonces, Bel se percató de una mujer que iba subiendo las gradas en dirección a Marian. Era altísima, espigada, de cabellera larga, rubia, aunque bien sabía que ese tono en particular no existía en la naturaleza. Lucía como una modelo salida de alguna portada de revista de alta costura, de estilo hippie chic, vestía un *jumpsuit* enterizo, color verde manzana que en cualquier persona luciría como un chiste y que en ella se exhibía de lo más sofisticado. Toda ella traspiraba un aire cosmopolita.

Saludó a Marian con dos besos, quien buscó con la mirada a Bel, explicándole con un sutil gesto, que no tenía ni idea qué hacía ella ahí. Al desconocer la identidad de la recién llegada, Bel, fue incapaz de descifrar la seña. Miró al frente, buscando con la mirada a Clemente, que jugaba sin percatarse de la presencia de aquella señora rubia muy guapa.

—¿Quién es? —Se atrevió a preguntarle a la madre de Clemente, que a simple vista se notaba muy tensa.

—Es una mujer con la que Vincenzo solía salir.

—¿Su exnovia, Sarah?

—Sí.

Bel pestañeó un par de veces, asimilando la información. Encontró bastante atrevido por parte de aquella mujer, que se presentara por sorpresa. Era tan antagónicamente diferente a ella, que le costó imaginarla al lado de Clemente. Recordó las palabras de su novio de esa mañana, explicándole que no tenía necesidad de estar celosa, aun así, no pudo evitarlo. Se mordió los labios hasta ponerlos blanquecinos, para después masticar con desespero un pedazo de brownie, con tal de disminuir la ansiedad que la atacaba. Entonces, pensó en su madre, que era la mujer más difícil que conocía: dura, fuerte, despiadada. Recordó que ella siempre le aconsejó que cuando tuviese que lidiar con un adversario, la mejor estrategia era pretender ignorarlo, anulándolo al restarle importancia. Bel decidió que no le daría el gusto a la rubia de verla inquieta por su presencia. Se fingiría impasible todo el juego.

—¿Cómo era Clemente de pequeño? —preguntó, sacando del ensimismamiento en el que se

encontraba la señora Fiorella, desde que había visto a Sarah—. ¿Era buen o mal estudiante?

—Era bueno, muy inteligente, los profesores siempre me lo decían.

Bel se dedicó a preguntarle cosas, tomando el control de aquella conversación, buscando parecer de lo más entretenida en compañía de la familia de Clemente, porque la incomodidad que sentía en la espalda, le indicaba que esa mujer, de seguro, no dejaba de estudiarla. No cedió en ningún momento, nunca se giró a mirarla, no permitió que nada la intimidara.

Cuando el juego terminó, se instó de nuevo a guardar la calma. Se puso de pie, consciente de que cada paso que diera sería visualizado por esa mujer. Se agachó a atarle los zapatos a uno de los niños y aprovechó para mirar a través del resquicio que se formó entre los cuerpos de los padres de Clemente, confirmando sus sospechas, Sarah la miraba. Se levantó con gracia, tomando a cada niño por la mano. Las personas bajaban de las gradas por lo que siguió caminando como si no supiese que Sarah le seguía la pista. Pronto vio a Clemente acercarse, que saludó a los niños, para después rodearla con los brazos a pesar de estar sudado, dándole un beso dulce que la complació secretamente, porque sabía quién la observaba con atención.

—Perdimos, todo es culpa de las almendras, te lo dije —comentó gracioso, pero decaído.

—Yo te ánimo, más tarde, no te preocupes —dijo Bel en un fingido tono coqueto, porque en realidad, su mente estaba en otro lugar.

—Estás muy bonita.

—Gracias. —Bel sonrió, peinándolo con los dedos, con cariño.

—¿Todo bien con mis papás? —preguntó, percatándose de que algo no andaba bien.

—Sí, tu mamá me contó algunas cositas de ti cuando eras bebé.

En ese momento, se acercaron a saludar los padres de Clemente. Bel se quedó un par de pasos atrás y aunque no escuchó lo que la señora Fiorella susurró al oído de su hijo, al verlo subir la cabeza, mirando en todas direcciones, supo lo que acababa de decirle. Clemente pestañeó rápidamente y frunció el ceño cuando se percató de la presencia de su exnovia a lo lejos. Esta al verlo, lo saludó con un efusivo movimiento de mano que él respondió desganado, apenas alzando la suya. Se giró hacia su novia que lo esperaba con actitud pacífica.

—Sorpresa, ¡mi ex está aquí! —exclamó irritado.

—Sí, ya tu madre me dijo.

—No sé qué hace aquí.

Antes de que Bel pudiese responderle con su impostado tono de sosiego, se vio interrumpida por la presencia de Sarah.

—Señor Clemente, señora Fiorella, ¿cómo están? —Escuchó a su exnovia hablar a su espalda. Tomó de la mano a Bel y se giró para encararla.

—Ay, Sarah, no me digas señora, que ya no soy tu suegra. Además, que no nos llevamos tanta edad —dijo jocosa la señora Fiorella y Bel abrió los ojos asombrada, no esperaba semejante golpe bajo—. Qué delgada estás, ¿estás enferma? —agregó, haciendo que Bel contara un segundo strike.

—No, para nada, mucha dieta y ejercicio, su hijo engorda a cualquiera, ya sabe cómo es de comelón.

—Bueno sí, Sarita, es importante que te cuides mucho, ya sabes que las mujeres después de cierta edad no tenemos el mismo metabolismo. —Bel que no esperaba semejante respuesta, contó el tercer strike y fuera, pensando que la mamá de Clemente era de cuidado.

—Claro, claro, sabrá usted de eso —dijo Sarah intentando disimular su obvia molestia, su exsuegra parecía estarse desquitando por viejos rencores.

—Sí, porque lo sé es que te lo digo, estamos en una edad en la que tenemos que cuidarnos

mucho.

La señora Fiorella era, usualmente, de carácter sensato, pero quiso dejarle en claro a esa mujer que siempre se condujo de manera desagradable con su familia y con ella, que no era bienvenida.

—Sí por supuesto —agregó, Sarah cortante.

—Hijo, nosotros nos vamos —dijo el padre de Clemente, que no quería seguir ahí.

Tras una despedida cariñosa entre Bel y los padres de su novio, Sarah miró afectuosa a Clemente, deseosa de conversar con él. Se acercó y lo abrazó, dándole un sonoro beso en la mejilla que él no esperaba de ninguna manera.

—Sarah, ¿qué haces por aquí? —preguntó adusto, aunque educado.

—Vine a verte, quería saber de ti. Pase por la tienda y Andrea me dijo que estabas aquí, además, quiero conocer a tu linda novia —dijo mirando a Bel de arriba abajo con simpatía y con algo más que ella no supo reconocer—. Mucho gusto, soy Sarah —agregó extendiéndole la mano.

—Mucho gusto —dijo respondiendo el saludo brevemente—. Yo soy Bel.

—¿Bel? ¿Cómo Tinker Bell de *Peter Pan*? —dijo soltando una risa que nadie secundó—. Es una monada, Clemente —añadió, focalizando solo la atención en él—. ¿Y este repentino cambio? No sé si sabías —dijo mirando de reojo a Bel con una sonrisa falsa—, pero él solo sale con mujeres mayores, tiene afición por las chicas experimentadas. Por lo que, querida, eres toda una novedad, no eres para nada su tipo.

—¿Qué quieres, Sarah? —preguntó Clemente, cortante, rodeándole la cintura a Bel.

—Ay Clemente, pero cuánta agresividad, que tengo mucho tiempo sin verte, ya te dije que quería saber de ti.

—Tú nunca venias a verme jugar y menos me abrazabas cuando estaba sudado, así que imagina mi sorpresa de que ahora lo hagas.

—Bel, me prestarías un minuto a Clemente, te juro que te lo devuelvo entero y sin rasguños.

Él la miró irritado, conocía muy bien su falso tono de dulzura que en realidad era bastante condescendiente.

—Claro, por supuesto —contestó Bel con rapidez, sorprendiendo a su novio, que en realidad no quería hablar con su exnovia—. Cielo, dame las llaves de la camioneta, te espero en el estacionamiento.

—No, Bel, no tengo nada que hablar con ella.

Clemente quería terminar con esa situación incómoda, lo menos que quería, era ponerla celosa.

—Cielo, escúchala un minuto, ha venido hasta aquí solo para hablarte. Te espero en la camioneta —agregó recibiendo las llaves.

Bel le sonrió a la mujer, seguía convencida en que lo mejor era no mostrar debilidad y se alejó del lugar con prontitud, sintiendo un nudo irresoluble en la garganta que le imposibilitaba la respiración. «Camina, Bel, camina», se dijo a sí misma instándose a respirar profundo. Apenas estuvo lo suficientemente lejos, se giró a mirarlos, consiguiendo espiarlos sin que la notaran, oculta entre otros autos y árboles circundantes.

Miró a Clemente apoyar el puño sobre el muslo, gesto que hacía cuando estaba molesto, para después mover la mano en el aire como para darle énfasis a algo que decía. Sarah reaccionó hablándole seria y él no tardó en contestarle para luego hacer ademán de irse. Ella lo detuvo jalándolo por el brazo y por la expresión de su rostro, a Bel no le costó deducir que le rogaba para que se quedara. Furiosa, apretó los dientes y se instó a permanecer calmada para poder seguir mirando la escena. Él continuó hablando, gesticuló con las manos, haciendo énfasis en algo

que no consiguió dilucidar. Segundos después, Sarah, que permanecía enmudecida, rompió en llanto. Clemente hizo un movimiento con la cabeza, luego se acercó y la consoló abrazándola, ante la atenta mirada de Bel, a la que se le retorció el estómago. Anonada aún por lo que sucedía, lo vio asentir un par de veces, para después limpiarle las lágrimas de las mejillas con los dedos a su exnovia, como tantas veces había hecho con ella. Aquello le generó una desazón en el cuerpo que nunca había experimentado. Clemente, finalmente se separó de Sarah diciéndole algo más que la hizo asentir bajando la cabeza. Después, se giró en dirección al estacionamiento.

Bel tuvo que recomponerse con rapidez, para dirigirse a la camioneta. Al llegar, abrió la parte trasera de la cabina y se sentó, esperando poder calmar su respiración antes de que Clemente llegase. Segundos después, lo vio acercarse con expresión de disgusto, plantándosele enfrente. Ella alzó el rostro, encontrando que él la miraba de una manera que no supo descifrar. En realidad, él estaba buscando la mejor manera para abordar la situación, sin que pudiese encontrarla.

—¿Todo bien? —preguntó, Bel.

—Sí —contesto a secas—. Vámonos, por favor, ya me quiero largar de aquí.

Bel asintió, caminando hasta entrar a la camioneta. Clemente se sentó y encendió el motor, notando que ella estaba lejísimos, sentada pegada a la puerta, como si precisase estar apartada de él.

—Amor —dijo tocándole el hombro—. Ven, siéntate aquí conmigo, no estés lejos de mí.

Ella rechazó su tacto echando el hombro a un lado, aún estaba procesando todo lo ocurrido. Eludió el contacto porque sentía ganas de llorar, pero no de tristeza, si no de rabia y no quería que él la viera así. Nunca había experimentado ese tipo de celos que lograban hacerle hervir la sangre en las venas, aquello era algo completamente diferente. Clemente arrancó y manejó hasta su casa en absoluto silencio, mientras su novia cavilaba en cada una de las palabras que había dicho Sarah, con el único propósito de generar tensión entre ambos. Bel consiguió controlarse para no romper en llanto hasta que llegaron al estacionamiento del apartamento de Clemente. Él bajó con prontitud y caminó hasta su puerta para encararla.

—¿Qué quería? —preguntó, Bel, finalmente.

—Volver.

Bel se bajó de la camioneta molesta, sin saber cómo lidiar con el hecho de que otra mujer deseara tanto a su novio, que no le importase ir en su búsqueda, delante de ella. Clemente la alcanzó, cerrándole el paso. La abrazó sin importar que esta se resistiese, pidiéndole que se calmara, explicándole que le había dejado en claro a su exnovia que estaba con otra persona, por lo que ya no tenía cabida en su vida.

—Me puedes explicar qué fue eso de decirme que no soy para nada tu tipo y que solo sales con mujeres experimentadas... —dijo haciendo énfasis en esa última palabra—, experimentadas en la cama, supongo, corrígeme si me equivoco.

—Antes solía salir con mujeres mayores que yo, es verdad, Sarah me lleva diez años.

—Entonces es cierto, ¿no soy tu tipo?

—Bel, por favor, deja la tontería.

—No, no, explícame cómo pasas de querer estar con mujeres mayores, sexualmente muy experimentadas, a estar conmigo, que soy un problema en la cama —dijo Bel, con un ligero temblor en el labio, dejando que saliera a flote esa percepción de insuficiencia, por sentirse sexualmente inadecuada, debido a su problema de llanto.

—Tú no eres un problema en la cama, amor —dijo intentando tomarla de los brazos y ella lo manoteó con fuerza, rechazándolo—. Bel, si no querías que hablara con Sarah, entonces, ¿para qué me dejaste ahí?

—Porque no le iba a dar el gusto de verme molesta, Clemente. Además, lo hice porque confío en ti.

—Pues no parece.

—Es que no tenía ni idea, de que resulta, que solo sales con cierto tipo de mujeres y que yo no entro en el grupo. En serio dime, cómo prefieres estar conmigo, que lloro cómo una estúpida cuando... —No pudo seguir hablando, porque el nudo que tenía en la garganta y el escozor que sentía en los ojos, no lo permitió.

—Bel, ¿no lo entiendes? Yo dejé de tener un tipo de mujer cuando te conocí a ti —dijo tomándola de los hombros—. Nada más tengo ojos para ti, mi amor. Me pasé meses mirando a la chica que solo venía los viernes o los sábados a comprar únicamente un bidón de leche. Llamaste poderosamente mi atención aquella vez que entraste a la tienda con un suéter azul marino y shorts color beige. Tus piernas largas, blanquísimas me idiotizaron. De ahí siempre te miraba, con tu cara lavada, con tu cabello peinado de cualquier manera, tan natural y con una mirada tan triste. Siempre me gustaste.

Bel se mordió los labios mirando hacia arriba, permitiendo que él la abrazara, porque no esperaba que fuese a decirle algo tan bello.

—Créeme que no quiero ser una celosa irracional —dijo desasiéndose de su agarre, tomando un poco de distancia, con ojos llorosos—. Pero ponte en mi lugar, a ella no le importa que estés conmigo, va a seguir buscándote... No sabes cuándo odio tener este tipo de inseguridades.

—Se va del país en unos días. Quería hablar conmigo, para saber si quería darle otra oportunidad, de lo contrario, volvería al extranjero como tenía planeado y yo le dejé muy en claro que soy muy feliz contigo, pero, aunque no fuese así, tampoco tendrías nada de qué preocuparte.

—¿Por qué mujeres mayores?

Clemente inhaló aire, le parecía un tema innecesario de tocar.

—No sé, siempre pensé que eran menos problemáticas, más resueltas.

Aquella respuesta honesta hizo que Bel arrugara el rostro, adolorida.

—Entonces, ¿cambias todo eso, por una chica con problemas sexuales?

—Amor, lo que nos pasa en la cama no es nada que a mí me quite las ganas de estar contigo. Tú eres perfecta para mí de tantas maneras, que eso ni si quiera podría comenzar a ser un problema, al menos no para mí. Por favor, créeme, no tengo ojos para otra que no seas tú.

Bel lo abrazó con fuerzas, hundiendo el rostro en su cuello.

—Necesito almendras fileteadas —susurró en un hilo de voz, al oído de su novio.

CAPÍTULO 21

Aunque el día a día de Clemente se caracterizaba por ser rutinario, su personalidad dinámica siempre estaba presente. Las mujeres mayores, de vidas sofisticadas, con las que solía salir, se sentían atraídas por la energía que él aportaba al romance y por el vigor sexual que exudaba. Se servían de esa vitalidad para contrarrestar la abulia resultante de la monotonía, del estrés del trabajo o de existencias insatisfactorias, pero sin darle un verdadero espacio en sus vidas, relegándolo al papel de amante.

En cambio, con Bel, se encontraba gozando de una relación de iguales, sin roles de poder, ni fecha de caducidad, en donde experimentaban una perfecta complicidad que los mantenía en un estado constante de estremecimiento. Entre ellos, todo parecía transfigurarse en pro del éxtasis y la felicidad. Incluso, comenzaron a desarrollar costumbres o hábitos propios de personas que tienen años en pareja, cuando en realidad tenían unos cuantos meses juntos. Chistes internos, lenguaje y referencias cuyo entendimiento era solo de ambos, eran alguno de los síntomas de la conexión maravillosa que compartían.

Se acoplaban de maneras insospechadas, deleitándose de las particularidades del otro y hasta de sus rarezas. Él disfrutaba de cada momento a su lado, encontrando fascinante todo en Bel, la forma en que el cabello oscuro le caía sobre los hombros, la curva esplendorosa y deliciosa de su bien formado trasero, esa peca a la que solo él tenía acceso. Su voz de chica malcriada, sus gemidos de mujer excitada, sus calcetines de dedos individuales con motivos de unicornio. El escándalo que hacía en las escenas de terror de las películas, la manera en que lo animaba durante los juegos de rugby, la forma en la que solía leer por completo abstraída, su naturaleza detallista para explicar temas de odontología o cómo ordenaba meticulosamente las cosas en el apartamento. Le parecía que todo lo que ella tocaba florecía, mejoraba, era más bonito.

Poco a poco se ajustó a lo que conlleva la presencia de Bel en su vida. Como despertarse a media noche muriéndose de frío, porque ella se enrollaba con las cobijas, dejándolo sin nada; a que le robara comida del plato, cuando había dicho que ese platillo no se le antojaba, cambiando de opinión al ver cómo lo disfrutaba de él; a los ganchitos negros para cabello en cada puto rincón del apartamento; a bañarse y encontrarse siempre, un largo cabello de Bel enrollado entre los testículos. Se preguntaba cómo rayos llegaba ahí, era como si lo marcara de esa manera.

Su refrigerador también había mutado, pasando de ser un dispensador de agua y frutas, a tener contenedores con comida casera. En la mesa de noche había cremas, velas aromáticas y libros. El mesón del baño dejó de estar casi vacío al llenarse de cosméticos. Lo hacía feliz ver el cepillo dental morado en el vasito junto al suyo y ese cuerpo lechoso durmiendo profundamente entre sus sábanas los fines de semana. La extrañaba muchísimo de lunes a viernes, porque se estaba acostumbrando a dormir con sus piernas entrelazadas a las de ella. Algo que también le encantaba, era que Bel lo abrazaba mientras dormía. Le gustaba ser la cucharita pequeña a veces y despertarse con sus brazos rodeándole el torso, sintiendo sus deliciosos pechos pegados a la espalda.

Con Bel se sentía libre, por eso estaban tan bien juntos, era algo recíproco.

Clemente la llevaba a practicar senderismo, paintball y a los juegos de rugby. Le hablaba sobre su familia ruidosa, tradiciones, anécdotas, el trabajo, sus sueños y metas por alcanzar.

Mientras que Bel le hablaba de repostería, del consultorio odontológico, de ilustraciones de arte, de libros. Se lo llevaba a bailar, a parrilladas en casa de Marcelo y... lloraba.

Conforme avanzaba su relación, también lo hacia la cosmovisión sexual de ambos. Se la pasaban en un estado de juego constante, estimulándose e incitándose sin reparos. Se toqueteaban de forma impúdica, porque se entendían mejor cuando estaban desnudos. A Bel, sentir que podía llorar frente a Clemente le había cambiado la sexualidad. Pasó de ser costumbrista, complaciente, a ser ligeramente insolente y provocadora, cualidades que él encontraba muy excitantes. Él, por su parte, no permitió que las lágrimas de ella fuesen nunca un problema, eran como un gato mal educado que lo despertaba en mitad de la noche cuando estaba más cómodo y acurrucado. Aunque le resultaba fastidioso, igual quería a su bola de pelos, así que lo abrazaba para hacerlo callar, volviendo a dormir. Las lágrimas aparecían en el pico de placer, en el momento del clímax femenino. Eso la frustraba y él la distraía, haciéndole saber que estaba bien, que no le importaba verse interrumpido.

Clemente quería conocer cada detalle que Bel quisiera compartirle y decidió que todo eso pasaría cuando ella lo dispusiese. Mientras, se conformaría con tenerla, desde que llegó a su vida no había sido más afortunado. Ella era todo lo que siempre había deseado... y más. Su sola presencia le transmitía felicidad. También lo excitaba de una manera sin precedentes. La carnalidad sin límites de un principio se transformó a la brevedad, en un tipo de intimidad que nunca había experimentado. Estaba viviendo a su lado nuevas sensaciones, explorando facetas del amor que no creyó que llegaría a comprender.

Le gustaba lo impredecible que ella podía llegar a ser. En ocasiones, Bel, era osada, salvaje y sensual, como en esa oportunidad que le ganó en paintball, tenía una excelente puntería y reclamó su premio bajándole los pantalones en la camioneta, afuera en el estacionamiento del lugar, sentándose sobre él, cogiéndoselo en el asiento del conductor, tomando el control. En otros momentos, era tranquila, tímida e incluso, sumisa, como aquella vez que lo dejó amarrarle las agujetas de las botas de senderismo para inmovilizarla y atarle las muñecas, dejándose manosear en la montaña, sobre la manta del picnic.

Estaba muy seguro de que había dado con una mujer increíble, un poco peleona, pero hasta eso le gustaba. A veces, pensaba que todo entre ellos se suscitaba demasiado rápido, que estaba muy presto para sentir, para quererla, no obstante, notar que el cariño era correspondido lo hacía seguir. Bel le había hecho comprender que antes de su llegada, no estaba tan bien. Creía que lo estaba, se había acostumbrado a un falso bienestar, producto de hacer buenos ingresos en la tienda, de ganar algún juego de rugby o del sexo ocasional con alguna mujer con buenas dotes vocales. La verdad, era que había noches en que anhelaba el tipo dicha que experimentaba solo a su lado. Así que tenerla al fin, lo hacía querer avanzar con Bel en todo.



La señora Fiorella era bastante curiosa, aunque más que eso, era simplemente una madre que quería estar al tanto de la vida de sus hijos. La primera vez que vio a Bel, fue en un brevísimo encuentro al finalizar un juego de rugby. Aun así, en ese efímero periodo de tiempo, tuvo una agradable impresión sobre ella. La encontró muy dulce, educada, con ese tipo de sencillez cálida que reconforta y entendió de inmediato por qué su hijo la miraba con adoración. Le analizó el maquillaje, el largo de las uñas, cómo iba vestida y hasta la forma en que se enganchaba del brazo de Clemente. Así eran las mamás italianas, con solo mirar a alguien le hacían un perfil de su personalidad, acertando casi siempre en todo.

En su segundo encuentro quiso conversar más, conocerla, situación de la que se olvidó tan pronto notó la llegada de Sarah, por lo que perdió la oportunidad de saber más de Bel. En favor de remediar la situación, intentó sacarle más información a su hijo mientras se tomaba un café sentado en la mesa del comedor, sin que este soltase mucha prenda.

—¿Vendrá mañana?

—No sé.

—¿Cómo qué no sabes, Vincenzo?

—Aún no la he invitado —dijo Clemente encogiéndose de hombros.

—¿Y eso por qué?

—Lo haré, hoy le diré. Hablando de eso mejor me voy, gracias por la comida *mamma* —dijo despidiéndose.

—¿Te vas tan pronto?

—Sí, es que voy a verla.

— Recuerda traerme todos los contenedores de regreso, ¡con las tapas!

—Sí, yo te traigo todo después —respondió Clemente, afirmando con la cabeza, ante aquel requerimiento que su progenitora reiteraba cada vez que le daba comida para llevar.

Fiorella se levantó de la mesa para acompañar a su hijo a la entrada de la casa. Él sabía que le tomaría al menos unos veinte minutos más despedirse. Era la vieja rutina, se despedían adentro, pero duraban un buen rato conversando en el jardín, ella siempre le preguntaba cosas antes de irse, por eso se iba despidiendo con anticipación.

—Es linda tu novia. ¿Cuántos años tiene?

—Veintiocho —contestó con seriedad.

—Ahhhh, buena edad... Los dos están en buena edad...

Fiorella no instó a Clemente o a Olivia a tener pareja o a casarse, como el resto de sus amigas a sus hijos, al contrario, ella los exhortó a estudiar, a prepararse, ya habría tiempo para todo lo demás. El detalle era que Clemente estaba próximo a cumplir treinta y cuatro años y no daba señales de querer casarse, si a eso le sumaba esa fase suya de salir con mujeres que le llevaban mucha edad, comenzaba a preguntarse si en algún punto tendría nietos, porque ninguno de sus hijos estaba demasiado interesado.

Inclusive, fueron muchas las veces que alertó a su marido sobre esa faceta. Clemente siempre pensó que ella no tenía idea de esa tendencia suya, pero claro que lo sabía, las madres siempre saben. Durante sus veinte, fueron muchos años de preocupación, porque temía que fuese a embarazar a alguna mujer mayor, teniendo que vivir así situaciones para las que aún no estaba listo. Constantemente, insistía para que su esposo le hablara de hombre a hombre sin que este hiciera demasiado. Se limitaba a decirle: «Hey cuídate mucho, ya sabes cómo es todo», Clemente asentía, dando por terminada la charla.

Bel era un cambio de radical, por lo que conocerla la entusiasmó mucho e incluso, la esperanzó, tal vez si pudiese tener algún nieto, eventualmente. Fiorella era una mujer tradicional a la que le hacía ilusión ese tipo de cosas.

—¿Quiénes vienen mañana? —preguntó Clemente queriendo cambiar el tema.

—¿Y quiere tener hijos? ¿O es de esas chicas que no quiere nada de eso?

—Sí quiere, aunque te agradezco evites el tema mamá. Tenemos pocos meses juntos, por favor no vayas a espantarla.

—¿Espantarla yo? ¿Por quién me tomas?

—Mamá, que te pones intensa, los esposos de alguna de mis primas pueden dar testimonio de eso. Incluso Olivia.

—Claro que no —dijo ella de lo más ofendida—. ¿Y tu hermana por qué? Si no tiene novio.

—Exacto, le dices que tiene que buscarse un buen esposo.

—Pero eso es una forma de hablar, por si en algún punto decide tener uno, tiene que ser bueno, por favor, no me hagas quedar como esas madres fastidiosas, que no lo soy. Además, como si yo fuese capaz de influenciar en algo las decisiones de tu hermana.

Clemente la abrazó cariñoso para que no se molestará más y le preguntó por un limonero que tenía en el jardín para distraerla, zanjando el tema de Bel de momento. Conocía a su madre y sabía que no se quedaría tranquila, aunque en esa ocasión no le importaba que esta quisiera saber más de su novia, porque sabía que esta le agradaba genuinamente, no había amabilidad forzada como ocurría con Sarah.

Cuando consiguió marcharse, se figuró que Bel estaría de camino a la tienda. Los viernes solía pasar del trabajo hasta ahí directamente, sin escala en su casa, hacia la cena y comían juntos. Al llegar, la vio conversando con Carmen, que tomaba nota de todas las cosas que estaba recolectando para la cena, para después sacarlas del sistema. Él la saludó afectuoso con un beso, entretanto, su novia le preguntaba qué se le antojaba cenar. Clemente amaba los viernes porque ella se quedaba a dormir.

—Hoy cocino yo.

—Ok —dijo, aceptando la mano de Clemente que la guiaba hacia el apartamento.

Cenaron pollo y vegetales grillados que la mamá de Clemente había preparado. Bel se quejó de la falsedad de sus palabras, no había cocinado nada, pero él insistió que abrir el vino, servir y calentar la comida, contaba cómo hacer la cena entre risas. Se quedaron un rato conversando tras comer, hasta que se hizo tarde. Él se despidió, avisándole que volvería pronto, tenía que bajar a cerrar la tienda.

Cuando Clemente regresó al apartamento, se encontró con Bel recién bañada, vestida solo con una camiseta ancha de gatitos. Le sonrió acercándose a darle un beso lento en los labios. Le pareció que se veía preciosa con el cabello en un moño alto y sin una gota de maquillaje.

—¿Me prestas tu *tablet* un minuto? Olvidé la mía en el consultorio y necesito revisar mi correo, por favor. Me da flojera hacerlo en el celular, la pantalla es muy pequeña.

—Está en el primer cajón de la mesa de noche —respondió, deshaciendo el doblez de la manga de la camisa.

Bel no quiso entrar a la aplicación del correo, teniendo que cerrar la sesión de su novio para después abrir la suya, por lo que abrió el navegador de la *tablet* para ingresar a su correo desde ahí, de forma independiente. Se quedó perpleja al ver el contenido de la última página visitada que seguía abierta. Intentó conjugar qué decir antes de fuese notable su molestia, pero no lo logró. Intempestiva, salió de la cama y le habló en tono mal sonante.

—¿En serio? ¿Por qué estás viendo esto?

—Bel... —De momento no supo qué decir, la miró vacilante después de observar la pantalla, percatándose de que había olvidado cerrar la pestaña—. ¿Qué tiene de malo? —preguntó con naturalidad.

Clemente se había estado documentado, leyendo sobre disfunciones sexuales femeninas en un intento de entender qué sucedía con su novia.

—Ya hablamos de esto.

—No, tú hablaste. Yo tuve que resignarme a oírte, porque aparentemente no tengo voz ni voto sobre la situación —contestó molesto, mientras se terminaba de quitar los pantalones.

—No quiero que me veas como un problema, como algo que tienes que solucionar.

—Y no lo hago —dijo acercándose a ella que dejó la *tablet* en la mesa de noche—, no te veo de esa manera, pero no puedes pretender que no trate de entender lo que te pasa. No quieres ir a terapia y eso puedo entenderlo, aunque sería más fácil si al menos me dijeras el motivo.

Bel bajó la cabeza, no quería hablar de ese tema, todo aquello le generaba una ansiedad descomunal que la desolaba de una manera que Clemente no podía comprender, porque no había experimentado algo así en la vida. Con él, había compartido más información al respecto, que, con ninguna otra persona, sin que eso la hiciera sentir menos incomoda. No quería joderlo con todo el drama que sabía, involucraría hablar de lo que le sucedía.

—No quiero hablar de eso —señaló derrotada.

—En algún punto vamos a tener que hablarlo.

—Esto no se va a solucionar —expresó subiendo súbitamente el tono de voz—, vengo en combo, yo y mis lágrimas durante el sexo. Si no puedes aceptarlo, dímelo y me largo —continuó gritando, como mecanismo de defensa, al sentirse acorralada.

—Hey —La miró severo—, ¿qué carajo te pasa? ¿Por qué me hablas así? —preguntó para darle a entender que no había motivos para que lo gritara.

Bel miró el suelo sintiéndose desarmada. No sabía cómo hablar de lo que sucedía sin mortificarse, ni cómo llevar una discusión sana de pareja. Después de cinco años con Carlos, que evitaba a toda costa cualquier conflicto, era algo nuevo con lo que debía aprender a lidiar.

—Disculpa no quise hablarte así, es que... —Lo miró sin saber muy bien qué decir—. No quiero que hagas cosas a mis espaldas. Estas ahí, leyendo sabrá Dios qué, haciéndote ideas, hipótesis sobre mi vida, mi maldita vida sexual y eso me hace sentir como un bicho raro.

—No... La situación no es así...

—¿Y cómo es? —Se apresuró a interrumpirlo—. ¿Qué pusiste en el buscador? —Lo miró expectante un par de segundos—. ¿La loca de mi novia llora durante el sexo y no sé qué coño hacer? Tiene jodido el cableado cerebral, resulta que en vez de venirse llora como tonta.

Clemente se llevó la mano a la cintura.

—En realidad solo coloqué disfunciones sexuales —explicó con tono pausado, porque sabía que era un tema delicado.

—Ves, eso es lo que soy para ti, ¡una disfunción!

Para Bel era inevitable que los sentimientos negativos, producto de sentirse inadecuada sexualmente, le nublaran el entendimiento y la llenaran de inseguridad.

—¡Claro que no! ¿Por qué te estas comportando de esta manera, mi amor? Estas haciendo de esto un problema sin necesidad.

—No, Clemente, no trates de minimizar la situación. ¿Tú crees que no sé qué te corta un montón la libido que me ponga a llorar como una estúpida? Sin contar que me jode que saliste con sabrá Dios cuanta mujer mayor sexualmente resuelta, mientras que yo no puedo tener sexo normal.

—Amor... —Se acercó a Bel despacio—. Por favor, no hables de eso. Esas mujeres forman parte de mi pasado. Yo solo me preocupo por ti... De verdad, no me importa que llores en lo absoluto. Mira, si quieres, durante el sexo lloramos, reímos, cantamos a dueto una canción de Queen, te baño en Nutella o nos comemos un sándwich de pastrami como George Constanza —dijo, enumerando las opciones con los dedos y Bel no pudo evitar soltar una ligera risa por aquella referencia televisiva—, lo que tú quieras, a mí me da igual, mientras sea contigo. —La tomó por los hombros—. ¿No te das cuenta de lo mucho que te quiero?

A Bel le tomó un par de segundos asimilar todo lo que él había dicho. Se sintió morir de amor al escucharlo decir que la quería y bajó la cabeza sintiéndose terriblemente mal por haberlo tratado mal. Siempre lo supo, desde el día que lo conoció, a un nivel inconsciente, que él era muy

especial. No entendía por qué aún se sorprendía de ese tipo de comportamientos.

—Yo también te quiero... Perdóname ¿sí? Discúlpame por hablarte así, soy una tonta — expresó a punto de romper en llanto.

—No eres tonta.

Clemente la abrazó, le besó la coronilla, para después sostenerle el rostro con ambas manos. Le buscó la boca, depositando un beso sencillo, de esos que, aunque simples, eran capaces de transmitir un ardiente deseo que les recorrió todo el cuerpo, expandiéndose por sus extremidades, acelerando sus corazones y logrando que un hormigueo recorriese sus dermis, evocando sensaciones, pero, sobre todo, sentimientos.

—Estoy enamorado de ti, Bel, te amo —dijo contra sus labios, esas palabras que deseaba decirle desde hacía tanto.

Ella lo abrazó con fuerza comenzando a llorar, solo que esa vez eran lágrimas de felicidad, de esas que no le importaba derramar, porque él le había dicho lo que tanto anhelaba escuchar. Aun así, odiaba verse tan vulnerable, por lo que intentó contenerse y fue ahí que comprendió que no le había respondido nada.

—Yo también estoy enamorada de ti —contestó, sonriendo emocionada.

Clemente soltó el aire que retenía en un suspiro. Eran muchas las ganas de decirle que la amaba, nunca se había sentido así. No sabía si estaba yendo demasiado rápido, no tenía tabulador para saberlo, nunca le había dicho algo así a una mujer. Había querido a algunas, pero solo a Bel la amaba, tanto, que odiaba pensar en que las cosas se echaran a perder por alguna imprudencia de su parte.

—Hablabamos cuando estés lista. Solo quiero que entiendas que te amo mucho y que no me importa esperar. Así como tampoco me importa que llores, en serio, mi amor, tienes que entender que para mí es más importante estar contigo que cualquier problema. Siento que... Va a sonar un poco trillado, pero de verdad creo que, si estamos juntos, todo lo podemos solucionar y si no se puede —se encogió de hombros—, pues no importa, viviremos con eso. A decir verdad, ya ni me importa, disfruto tanto a tu lado que esas lágrimas no representan ningún impedimento para mí, porque eres la mujer que amo.

Bel lo besó estrechándolo con fuerza, sintiendo como los besos eran diferentes, cargados de un raro influjo. Encontró los labios de Clemente más deliciosos y notó una imperiosa necesidad de tenerlo. Él la arrastró consigo a la cama, bajo el mismo apremiante instinto de querer fundirse con ella, de hacerse uno. Le quitó la camiseta y se besaron con absoluta devoción, con profunda hambre, ávidos de la carne del otro. Los dominaba el deseo insaciable de lamerse, morderse y besarse hasta desgastarse los labios. Se manosearon recorriendo palmo a palmo sus anatomías, encontrando saciedad solo en el cuerpo del otro.

Se quitaron la ropa interior despacio, procurando no perder el contacto visual, sintiendo que se deshacían ante las atenciones del otro. Él, por el tacto dulce de Bel, quien temblaba ante el suyo, áspero. Ella, por sentir como su piel se calentaba al entrar en contacto con la de Clemente siempre tibia. La desesperación flotaba en el aire. Enroscaron las lenguas de forma apremiante, buscando el acople de los cuerpos entre jadeos y escalofríos. Él la penetró con premura, ella lo recibió húmeda, sintiendo un poco de molestia ante el gesto de deseo incontenible, sin embargo, también un placer intenso que le trepó por la columna vertebral.

Rodaron por la cama buscando acomodo en cada roce, cruce de pierna, levantamiento de brazo, sintiendo que nada podía ser mejor, que cada posición era perfecta, que todo resultaba exultante y delicioso. La saliva era el elemento conductor de sus pasiones, sus lenguas habían nacido para estar en la boca del otro. Ella buscó estar arriba, moviendo las caderas en una

tracción oscilante, en búsqueda del placer que se enraizaba en lo más profundo de sus cuerpos y que necesitaban explorar hasta atiborrarse. Ansiosa, le colocó los pechos en la boca, para satisfacer el anhelo de sentir sus labios enamorándolos, mientras que él la recibió deseoso, hundiendo los dedos en sus caderas, saciando las insondables ganas de estar muy adentro.

Siguieron haciendo el amor, sentados uno frente al otro, mirándose largamente, mientras compartían el mismo aire enrarecido, entre gemidos, sonrisas y las lágrimas de Bel que él secó amoroso como siempre, hasta que extasiados, gozaron de un clímax superlativo que los llenó de felicidad. Terminaron agotados, sudorosos, mojando una vez más las sabanas, tal como ella siempre exponía. Clemente buscó acomodo, reposando la cabeza sobre el hombro de ella, quien le acarició el cabello con mimo, besándole la frente.

Sentirse tan dichosa, la llevó a cavilar en su situación. Nunca se había sentido tan conectada con un hombre, en verdad, enamorada como estaba. En ese momento comprendió, de nuevo, que nunca habría podido ser feliz con Carlos, lo que ella pensó que era amor por él, no era más que cariño. No quería hacer comparaciones porque le parecía que ni siquiera podía intentarlo, lo que vivía con Clemente era superior e intentar cotejarlo con sus dos relaciones anteriores le pareció absurdo. En ese momento, decidió que tendría que dar el paso, tendría que buscar ayuda, aunque Clemente le dijese que no le importaba, él se merecía la mejor versión de ella. Aun no estaba lista, se sentía temerosa de explicar tantas cosas, sin embargo, al menos comenzaba a plantearse ir a terapia como algo que en definitivo haría, eventualmente.

—Preciosa, ¿me puedes hacer un pastel de chocolate mañana? —preguntó sacándola de su ensimismamiento, con la voz pastosa, las caricias que Bel le propinaba en la espalda, lo hacían sentir anestesiado.

—Sí, mi cielo —respondió muy tranquila—. Mañana te hago uno pequeñito solo para ti.

—Mmm no, mejor hazlo grande, por favor.

—Ok, glotón.

—No es eso —dijo riéndose—. Es que... mañana cumplo años.

—¿Qué?! ¿En serio? —preguntó alterada, echándolo a un lado para poderse incorporar—. ¿Mañana cumples años y no me habías dicho nada?

—No es gran cosa, pero quiero que me acompañes a casa de mis padres, bueno, si quieres, tampoco pretendo obligarte —agregó con la mirada brumosa, ya que el sueño comenzaba a atacarle.

Bel entró en crisis, él estaba cumpliendo años y no le había comprado nada, ni tenía nada significativo para regalarle. ¿Cómo le avisaba con tan poca antelación? Molesta, comenzó a pegarle manotones en el pecho.

—¡Me tenías que haber dicho antes! —exclamó gruñona—. No te he comprado nada, ¿cómo me haces esto?

—Auch —se quejó entre risas.

Clemente la sostuvo por las muñecas para evitar sus golpecitos tirándola contra el colchón, sujetándole las manos por encima de la cabeza y comenzó a besarle el cuello. A pesar del gesto cariñoso, Bel no se distrajo y siguió quejándose de que él era un inconsciente. Segundos después, cayó en cuenta que nunca le había preguntado cuando cumplía años, por lo que murmuró que era la peor novia y que tendría que salir corriendo a buscar el regalo perfecto.

Clemente se irguió un poco para mirarla.

—No hace falta, ya no me gustan los cumpleaños, en serio. Me gusta celebrárselo a las demás personas, pero francamente, cuando es mi turno, se me hace innecesario tanto alarde. Si esperé a decírtelo hasta ahora, es porque te juro que no necesito que te molestes comprándome nada, tú

eres mi regalo, tu presencia en mi vida. Desde que estamos juntos soy muy feliz, lo único que te pido es que me acompañes a casa de mis padres. —Bel sonrió sonrojada, le pareció que escucharle decir eso era de lo más bonito.

—Claro que voy a ir cielo, ¿pero por qué no te gusta tu cumpleaños?

Clemente se echó a un lado en la cama.

—No sé, ya no me gustan. Hace tiempo alguien me explicó que son un día cualquiera y de la inutilidad de estos...

—¿Quién?

—Es una estupidez, Bel —dijo negando con la cabeza, mientras se le tensaba el cuerpo—, fue cuando estaba empezando mi carrera, ya te dije que el ambiente corporativo no resultó ser lo mío. Hablar de eso me pone de mal humor.

—De acuerdo, no se hable más de eso, cumpleaños —dijo complaciente—. Ya son las doce, ¡feliz cumpleaños! ¡Feliz cumpleaños! ¡Feliz cumpleaños! —gritó echándose encima para llenarlo de besos.

—Te amo mucho, Bel —exclamó acariciándole las mejillas, sosteniéndola para besarla. Ella no comenzaba a comprender la devoción con la que eran dichas esas palabras, él realmente la adoraba.

—Yo también te amo, cielo, mucho, muchísimo. Si te digo lo que estoy pensando, capaz te asusto, así que mejor no.

—Dime.

—No.

—Asústame, dime, por favor —insistió, sincero.

—Siento que eres el hombre de mi vida.

Clemente alzó las cejas en sorpresa, entendiendo entonces que ambos estaban en la misma página, porque se sentía idénticamente.

—¿Crees que decirme eso va a asustarme? En realidad, me emociona, porque yo también siento desde hace rato que eres la mujer de la mía —dijo besándola, notando como una sensación de plenitud se le expandía en el pecho—. Pero te entiendo, es normal que sientas eso por mí, soy increíble —agregó jugando y ella le pellizco el costado de una nalga en venganza.

—Qué creído —expuso con un falso tono de irritación, porque en realidad, se sentía dichosa de haberlo escuchado decir que se sentía igual.

Clemente nunca durmió tan bien, como esa noche con Bel entre los brazos. Después de decirle que la amaba, fue como si todas las piezas encajaran. Escucharla decir que el sentimiento era recíproco, solo consiguió que la sensación de bienestar se magnificara en una onda expansiva que le recorrió el cuerpo, permitiéndole descansar muy a gusto.

A la mañana siguiente, le sorprendió despertar y que ella no estuviese en la cama. Situación bastante atípica, él siempre despertaba primero. El olor a café lo instó a ponerse en pie, la vio muy contenta cocinando el desayuno.

—¿Y este milagro, tú despierta tan temprano? —preguntó, rodeándola desde atrás, escurriendo las manos dentro de la camiseta, abrazándose al abdomen tibio de Bel, para depositarle un beso en la nuca, percatándose de cómo se estremecía ante el contacto.

—Por qué es un momento especial, un día como hoy el hombre que amo llegó a este mundo, así que quiero consentirlo. Aunque es solo por su cumpleaños, que no se mal acostumbre.

El comentario le causó gracia, bien sabía que ella era de naturaleza dormilona.

—De acuerdo, voy a lavarme los dientes y vuelvo.

Lo observó caminar distraído. Iba solo en calzoncillos, descalzo, con el cabello por completo despeinado. Le pareció que nunca había estado más guapo que en ese momento que se veía cansado y desarreglado a causa suya, porque lo despertó en mitad de la noche con viles manoseos, buscándolo de nuevo, deseosa de volver a sentirlo adentro. Le gustaba esa espalda ancha, el bonito trasero, así como el tono muscular de las piernas, que se flexionaban al caminar. Se mordió los labios al pensar que tenía mucha suerte, porque él le gustaba de todas las maneras habidas y por haber.

Tras desayunar, él bajó a abrir la tienda, mientras que ella se quedó durmiendo un rato más. A media mañana fue en busca de un par de tabletas de chocolate oscuro y se encaminó a su casa a preparar el pastel o al menos eso le dijo a Clemente. Apenas se alejó lo suficiente, tomó un taxi hacia un gran centro comercial y llamó a Marcelo durante el trayecto para sopesar opciones de regalo.

Marcelo le habló de marcas de perfumes, de tiendas de camisas, entre otras cosas, pero tras escucharlo hablar, ella ya tenía algo en mente. Caminó hacia una joyería en busca de un reloj, quería envolver esa muñeca en algo que él pudiese usar a diario.

Bel escogió un modelo bastante masculino, que, por un momento, al ponérselo sobre su propia muñeca, pensó que era excesivo. Después recordó que para las dimensiones físicas de Clemente era bastante acertado. Él era de muñecas gruesas, por lo que la pieza iba acorde. El reloj era marrón, casual, muy bonito y, sobre todo, costoso, sin embargo, no dudo en poner la tarjeta de crédito hasta arriba. Tras la compra, se sintió aliviada, ya había resuelto el problema, miró la hora, aún era temprano, por lo que decidió ir a su tienda favorita y apenas llegó a la exhibición, encontró otro regalo perfecto de cumpleaños para su novio, que compró entre risas, imaginando su expresión cuando lo viera.

CAPÍTULO 22

Algo tenía Clemente que la mesmerizaba. Bel no sabía cómo describirlo y por más que intentaba no sentirse eclipsada por él, no lo conseguía, parecía ejercer un raro magnetismo, sobre su cuerpo, que le erizaba la piel con un simple toque o con un breve beso. Tenía meses preguntándose si tal circunstancia era normal, sus cavilaciones la llevaban a pensar que la respuesta no era, en realidad, importante. El develar tal interrogante no iba a conseguir que dejara de estremecerse ante su cercanía o por el simple acto de pensarle, como le ocurría en ese momento, en el que estaba excitada. Se recriminó tal circunstancia, el coño se le contraía sin cesar de imaginarse lo que sucedería cuando se desvistiera para él esa noche.

Pasó la brocha por el rubor y al llevarla al rostro, se dio cuenta que era innecesario usarlo, tenía las mejillas encendidas. Se miró en el espejo, solo llevaba el brasier puesto y los zapatos de tacón. Se relamió los labios, instándose a mantener la cordura. «Ya has estado con ese hombre muchas veces, deja la ansiedad», se dijo a sí misma. Miró la hora, sabía que su siempre puntual novio debía estar por llegar, así que decidió apresurarse, colocándose la ropa interior y el vestido, para completar el atuendo de la noche.

El tema de la intranquilidad de Bel, era producto de una conversación que había sostenido con Clemente días atrás. Era noviembre, por lo que muchas personas revestían todo de decoraciones navideñas, preparándose para la época decembrina. Él le había comentado que su familia materna tenía la tradición de usar ropa interior roja, para recibir el año nuevo para atraer la suerte. Luego le lanzó una mirada sugerente y le dijo que a ella seguramente se le vería precioso ese color. Así que después de comprar el segundo regalo de Clemente esa mañana, decidió comprarle un tercero.

De solo imaginarlo mirándola libidinoso, se humedecía profusamente, se le erizaban las aureolas, se le endurecían los pezones y la sangre parecía arderle en las venas. Se sobresaltó al escuchar el timbre, su novio había llegado. Se apresuró a cerrar la cinta del vestido que anudó a la cintura con manos temblorosas. Bel tenía todo planificado, había escogido aquel vestido que se abría como si se tratase de un albornoz, para que, al regresar de la fiesta, él pudiese desenvolver con facilidad el último regalo.

Clemente tragó saliva al verla, se veía hermosísima con el cabello brillante en una cola alta y el flequillo colocado de medio lado. Sus labios lucían carnosos como siempre y sus ojos brillaban, resaltando por el color azul añil de su vestido. Ella poseía ese tipo de belleza dulce, angelical, que se veía potenciada por la reciente mutación de su personalidad, con nuevas tendencias seductoras. Para Clemente, abrirle las piernas a Bel era una actividad que lo enviaba, a la que se entregaba sin objeciones.

—Estás preciosa —dijo atrayéndola hacia él, aferrándose a sus caderas con ambas manos, besándola en los labios con firmeza.

—Vamos a la cocina, debo buscar el pastel —explicó sonriente, mientras pensaba que cada vez que lo veía, estaba más guapo y que con ese simple beso, casi la puso a temblar.

Clemente, la siguió hipnotizado por la contracción de las bien formadas pantorrillas al caminar, así como la oscilación de ese culo prieto que le despertaba pensamientos perniciosos. La alcanzó, aferrándose a ella, besándole el hombro, aspirando el delicioso efluvio que siempre

emanaba.

—Hoy vas a recibir tres regalos, en tres momentos diferentes de la noche —dijo con la respiración un poco entrecortada, producto de los manoseos impudorosos de Clemente—. El primero justo ahora, el segundo en casa de tus padres y el tercero cuando volvamos de la fiesta.

—Amor, te dije que no necesitabas comprarme nada —respondió al ver que ella le acercaba una de las dos cajas minuciosamente envueltas—. Gracias, en serio, no tenías que molestarme tanto.

Clemente comenzó a abrir el primer regalo bajo la atenta mirada de Bel, que se mordía los labios para no emitir ningún sonido, de solo imaginar lo que él exclamaría, estaba a punto de estallar en una sonora carcajada.

—¡Joder! —La miró reírse—. ¿Cómo sabías que esto era justo lo que quería? ¿Lees mentes? Me lo voy a poner y te lo voy a desfilar.

—¡Sí por favor, eso es justo lo que quiero!

—En serio, me los voy a poner —dijo con una seriedad impostada.

—Ya están lavados, esta misma noche si quieres.

Clemente se rio y la besó agradeciéndole el regalo.

—De acuerdo, si te excita verme en bóxeres de estampado de unicornios, ¿quién soy yo para negarte ese placer?

—¡Síiiiiii! —Histriónica, Bel reprodujo uno de esos gestos de villano de dibujo animado, pretendiéndose malvada.

—¿Y este qué es?

—No, este lo abres en casa de tus padres con el resto de tus regalos.

—Prefiero abrirlo ahora.

Bel tomó el regalo, escondiéndolo tras su espalda, pero él la sujetó y se lo arrebató con facilidad.

—¡No lo abras! Te dije que los regalos iban a ser en momentos diferentes.

—Es mi cumpleaños, yo decido cuando los abro —dijo en un fingido tono petulante.

Bel comprendió que Clemente no tenía paciencia para las sorpresas. Suspiró fastidiada e hizo una seña con la mano que le expresaba: adelante, puedes abrirlo. Sin embargo, su buen humor se restauró de inmediato, al verlo tan entusiasmado abrir su segundo obsequio, que, por su expresión de anonadamiento, no esperaba. La miró titubeante, sin saber qué decir.

—Esto es demasiado... ¡Gracias! —exclamó al percatarse del costoso regalo—. Está increíble, muy bonito, amor, en serio, muchas gracias. —Se acercó a besarla y la abrazó con fuerza—. No tenías que comprarme algo tan caro.

Clemente se quitó el reloj que traía puesto y se puso el nuevo. Ella lo ayudó a colocárselo, notando que le quedaba perfecto. Había sido una buena elección, muy acorde a su estilo.

—¿El tercer regalo dónde está?

—No te diré. —Sonrió sonrojándose.

—Yo sé dónde está. —La miró con semblante lúbrico.

—Ese sí tienes que respetarlo, solo puedes abrirlo al regresar.

—Mmm, ya sabes que tengo problemas con la autoridad, eso de que me digan qué hacer, no va conmigo —dijo en tono de juego, entrecerrando los ojos—. Quiero verlo.

—No, no se hace lo que tú dices —fingió seriedad.

—¿Segura?

—¡Vámonos a la fiesta! —Abrió los ojos e intentó no sonreír.

—No —puntualizó cerrándole el paso.

—Cielo, deja —dijo Bel, entre risitas nerviosas.

—Solo quiero verlo. ¿Qué tiene de malo? Muéstramelo —exigió abrazándola, arrastrándola contra la pared—. Lo traes puesto, ¿verdad? —Le rozó la nariz con la suya, logrando que el espacio entre ambos fuese inexistente, haciéndola anhelar un beso.

Bel asintió, sintiendo que el cuerpo le temblaba. No quería darse por vencida, no quería ser tan sumisa, aunque al mismo tiempo, no quería esperar para ver su reacción. La excitaba ver ese brillo resplandeciente en sus ojos, cuando veía algo de ella que deseaba, además que, sabía que le encantaba domeñarla.

—Ya te dije que no puedes verlo aún y punto —dijo en un falso tono autoritario para provocarlo.

—Sí claro —contestó seguro de que fingía, ya la conocía. La tomó por las muñecas y en un certero movimiento, le estiró los brazos, colocándoselos sobre la cabeza—. Necesitas ser más convincente, preciosa —continuó, abriendo el lazo que ataba al vestido con la otra mano.

—Suéltame, Clemente. Me voy a molestar contigo.

Él no le hizo caso, verla intentando aparentar seriedad cuando ni siquiera pretendía soltarse, solo consiguió estimularlo más, convenciéndolo de seguir. Jaló el lazo hasta que este cedió, no estaba del todo bien atado, así que pronto dejó caer las partes del vestido a cada lado, mostrándole el cuerpo de su novia, envuelto en un conjunto de lencería de encaje rojo que consiguió darle una súbita erección. La sangre fluyó con rapidez hacia abajo, hinchándose en los pantalones de forma abrupta.

—¡Joder!

—Ahora suéltame, ya lo viste —expresó Bel, con su fingido tono de autoridad—. Vámonos a la fiesta que nos están esperando.

Él la ignoró, besándole el cuello enloquecido, haciéndola jadear exaltada. Lamió todo a su paso, depositando besos en dirección descendente, hasta el escote en donde hundió la cara, para después pasar la lengua cargada de saliva, mordiéndole los pechos que se notaban hermosos y generosos al estar delineados por aquella pieza color rubí.

Le soltó las manos, para poder apretarle la carne de los glúteos, satisfaciendo así su tacto con aquella deliciosa piel. Clemente la hizo girar, agachándose detrás de ella, le levantó el vestido, para sorprenderse gratamente por la diminuta pieza que envolvía el bonito culo de su novia. Lo amasó y luego lo mordió, haciéndola gemir más alto. Cuando estuvo satisfecho, se levantó de golpe, colocándole la erección justo ahí, en donde acababa de propinar tantas atenciones, para después acariciar con las manos bien abiertas el abdomen, deslizándolas hacia arriba, hasta acunar los pechos, apretándolos con desespero indelicado.

—Estás bellísima —susurró a su oído—. Me encanta como te ves de rojo, muy sexy, rica, rica.

—Cielo, no deberíamos... nos esperan —dijo Bel siendo poco convincente, dejando caer la cabeza sobre su hombro, buscándole la boca.

—El sexo no deberíamos... ¿Acaso no es el mejor? —Volvió a besarla—. A ver, hagamos algo, decide tú, lo que digan tus labios.

—Entonces no —dijo excitada, intentando mantener el personaje de mujer contenida.

—No, estos no, estos pueden mentir. —Le delineó la forma de la boca con los dedos, de forma pausada y sensual, para después hacerle girar la cabeza y darle un beso—, me refiero a estos —continuó introduciendo la mano entre la breve ropa interior, recorriéndole el monte de venus despacio—, estos nunca mienten.

Bel jadeó al sentir los dedos de su novio recorriéndole los labios del sexo.

—Cielo, no seas malo...

Clemente suspiró encantando.

—¡Estás empapada!

Bel no volvió a negarse, estaba demasiado turbada, se dejó acariciar el coño de forma apremiante. Lo escuchó gruñir excitado y decidió que después de todo, era su cumpleaños, qué sentido tenía el negarle algo cuando ella lo deseaba también. Se giró hacia él, abriéndole el cinturón de los pantalones, pronto lo tuvo entre las manos, duro, húmedo, caliente. Lo recorrió empuñándolo con ambas manos, una encima de la otra con movimientos ascendentes y descendentes, repartiendo toda su humedad, sintiendo la textura de la vena dorsal de su miembro. Le encantaba tocarlo, mientras miraba cómo su rostro iba crispándose, enrojeciéndose.

Se puso de rodillas sin pensarlo demasiado, le gustaba metérselo a la boca, saborear el gusto de su excitación. Extendió las manos bajo la camisa y le acarició el pecho velludo, arrastrándolas por toda la superficie del abdomen masculino, para luego volver a empuñarlo con fuerza y lamerlo mientras lo miraba en un acto reflejo de provocación. Pasó la lengua por el glande llenándolo de saliva, mordisqueándolo de forma pausada, para hacerlo sentir una variedad de sensaciones. Nunca le entraría por completo en la boca y eso era algo que a él le calentaba ver, de todas formas, ella hacía el intento.

—Joder, me quieres matar, malvada mujer —dijo sintiendo que perdía todo raciocinio, por lo que la obligo a parar, haciéndola levantarse del suelo.

Clemente la alzó en peso, colocándola contra la pared. Apartando la delicada tela de encaje, la penetró despacio en venganza, hundiéndose poco a poco, sintiendo la suavidad de las paredes húmedas y prietas que lo recibían. Le gustó sentirla tan caliente, hervía por dentro, explicándole así que lo deseaba tanto como él la deseaba a ella. Bel le buscó la boca y aferrándose a su rostro, le despeinó la barba. Se abrazó a su nuca en pro de un mayor contacto, le fascinaba sentirlo muy cerca, entrando en su coño con destreza.

—Así, Clemente, así... cógeme más duro —rogó anhelante de que él acelerada sus movimientos.

Los cuerpos colisionaron repetidamente, hasta que él la apoyó en la mesada y deslizó la prenda de ropa interior entre los muslos. Se relamió los labios y abriéndole las piernas, le erizó la piel soplando aire caliente sobre el clitoris hinchado, para después tentarlo con la punta de la lengua. Ella lo sujetó por el cabello, forzándolo a no separarse, él la dedicó una mirada obscena justo cuando deslizaba la lengua adentro, en su coño, penetrándola con movimientos presurosos que seguían el compás de sus jadeos, para después recorrerle toda la vulva con un movimiento diestro, con el que recogió toda su deliciosa humedad.

—Así... así... —dijo ensimismada por el placer.

La jaló por las caderas hasta el borde de la mesada. Adentrándose entre sus muslos, le acarició la vulva con la punta del glande, embadurnándola con su rebosante humedad. El roce la desesperaba, por lo que, tomándolo por el cuello, lo besó con urgencia, aferrándolo contra sí, empujándolo entre sus divinas piernas que se enroscaron, con celeridad, alrededor de las caderas de Clemente, mientras este comenzaba a hundirse con más fuerza, acelerando el ritmo poco a poco.

Los dedos de Bel comenzaron a abrir los botones de la camisa, necesitaba sentirlo por completo, sin obstáculos de ningún tipo, mientras que él a su vez le sacaba el vestido y dejaba caer los tirantes del brasier a los lados, jalando las copas hacia abajo. Se agachó y lamió los pechos despacio, pasándole la lengua de arriba abajo, para finalmente succionar los pezones. Ella jadeó, abrazándose a él, jalándole el cabello producto del frenesí que la embargaba, el placer le recorría el cuerpo de una manera que la hacía arquear la espalda y jadear desesperada como si se

le fuese el aire. Tras la caricia húmeda, los pezones buscaron alivio de nuevo contra el vello del pecho masculino. Bel lo abrazaba con ahínco, necesitada de todo el contacto que esa piel pudiera brindarle.

—Dame más, más duro —rogó, se sentía al borde del llanto.

Este resultó bastante breve, a veces era muy efímero. Él le secó las lágrimas, le buscó la boca y le dijo que la amaba muchísimo, por lo que ella no tardó en rogarle que retomará sus acciones. Clemente la bajó del mesón, dejándola sobre sus inestables piernas, no se había corrido, pero podía sentir que el cuerpo le vibraba por la energía residual de las embestidas. Le dio la vuelta y la hizo doblarse sobre la mesada, Bel, jadeó al sentir el mármol frío contra los pechos, que se deslizaron sobre la superficie lisa reiteradamente, al compás de las fuertes estocadas de su novio.

—Más —rogó absorta por el gozo.

Él aumentó el ritmo, sosteniéndola por las caderas, penetrándola sonoramente repetidas veces. Ella se quejó por la dureza de sus movimientos, pero al mismo tiempo, le pidió que continuara, estaba muy dilatada, podía sentir como se le mojaban los muslos, pensó en que solo Clemente podía hacerla vibrar así. Las embestidas se volvieron frenéticas y ella tuvo que apartarle los dedos que intentaban tocarle el clítoris, pues sentía que necesitaba los suyos. Se acarició en búsqueda del tal anhelado orgasmo. Entonces, sintió las uñas de su novio recorrerle los muslos, arrastrándose sobre la extensión de piel desde sus corvas, hasta el comienzo de su trasero, siendo ese el estímulo final que necesitaba para correrse.

Bel gritó quedándose sin aire, su sexo convulsionó y una energía fulminante se le extendió por las extremidades del cuerpo. Fue un orgasmo de esos largos, superlativo, que se prolongó aún más, al sentir que él se corría también, jadeando junto a su oído.

Clemente se vio lleno de esa humedad, a punto de nieve, que tanto le gustaba de Bel, que se incorporó tambaleante, para tomar una toalla de papel de la cocina y colocárselo entre las piernas.

—Me encanta el regalo —dijo Clemente besándole el hombro, mirando cómo ella intentaba respirar profundo.

—Ahora tenemos que arreglarnos otra vez...

—Todo por tu culpa... —Bel lo miró sobre su hombro incrédula—. ¿Qué quieres que haga si me vuelves loco? —agregó sonriendo, abrazándose a su espalda blanca, llenándola de besos.



Clemente se lavaba la barba en el lavado del baño entre risas, mientras ella se limpiaba la máscara para pestaña corrida por las lágrimas, tras haber pasado un buen rato en el bidé. Cada uno hacia lo necesario para verse presentable lo más rápido posible, porque esperaban al cumpleaños en la fiesta.

—Ven, te secaré la barba con el secador —dijo, haciendo que su novio se recostará en el borde del mesón del baño, apoyando las manos en su cintura.

Bel le secó y peinó el vello facial, llenándolo de mimos. Clemente se veía incluso mejor que cuando llegó. También le peinó el cabello con mucho estilo, para después ayudarlo a ponerse la camisa y cerrarle los botones. A él le gusto sentirse así de consentido, adorado, por lo que, atrayéndola contra sí, la besó con inmensurable pasión.

—Te amo, Bel.

—Yo te amo más.

—Te compraré muchos conjuntos de este color, te ves preciosa.

—Cómo tú quieras —respondió complaciente, recibiendo otro beso.

Clemente condujo hasta casa de sus padres. Vivían en una zona muy bonita, de construcciones espaciosas, en donde se respiraba mucha paz, debido a que todo el complejo estaba rodeado por frondosos árboles y exquisitos jardines, que hacían sentir orgullosos a sus propietarios. Él le contó que vivió allí hasta los diez años, para después residir en la capital hasta los diecisiete, mientras su padre ocupaba un puesto en el congreso del país. Después, se mudaron de regreso a la ciudad, a su antigua casa, para que su madre pudiese estar cerca de su familia, que vivía en un poblado hacia la montaña, a una hora de allí.

Clemente le señaló alguno de sus lugares favoritos de la urbanización. Un árbol que solía escalar, el parque en donde jugaba fútbol o procrastinaba hasta la hora de la cena, mientras leía algo o escuchaba música. Finalmente, llegaron a la casa y Bel se sorprendió de ver tantos autos estacionados frente a la misma.

—Te espera mucha gente.

—Ha venido parte de la familia de mi madre a la ciudad, así como la de mi papá.

—*Wow*, en mi casa somos mis padres y yo, ninguno de mis abuelos está vivo. Están las hermanas de mi papá, ellas son geniales, igual que él... Me gustaría presentártelo, a ellas y a mis primos también.

—Cuando quieras.

—Sí, es que estaría bueno que se fuesen conociendo, sabes que mi mamá y yo no estamos del todo bien, así que al menos conoce a mi papá. Aunque no sé, llegada las fiestas, supongo que tendré que dar mi brazo a torcer e ir a casa para navidad. —Clemente observó a su novia decir todo eso llena de tristeza, se notaba que el tema materno la afectaba profundamente—. Perdón cielo, no debería estar hablando de esto ahora, es tu fiesta.

—Tranquila, no debes pedirme disculpas, habla de lo que necesites —dijo atrayéndola por las mejillas para darle un beso corto—. Déjame doy la vuelta y te ayudó a bajar —agregó al separarse de ella.

—Espera... hay algo más. Quiero que me ayudes a buscar un terapeuta, soy mala escogiéndolos, tal vez tú lo hagas mejor.

—Por supuesto, lo que necesites. —Se apresuró a decir, asombrado de que ella cambiase de opinión.

—Gracias, sé que tal vez no es el mejor momento para decir esto, pero gracias por quererme tal como soy, por no querer cambiarme.

—No te quiero, te amo y no tienes nada que agradecerme —insistió, mirándola con dulzura—, ahora vamos, todos quieren conocerte. —Clemente bajó de la camioneta y la ayudó a sostener el pastel, mientras ella se arreglaba el vestido—. ¡Estás preciosa!

Bel contestó sonriendo, se estaba poniendo ansiosa por tener que conocer a toda su familia.

—Déjame, lo llevo yo —dijo, quitándole el pastel.

Caminaron hasta la entrada. Él la guió posando la mano en su espalda baja, cuidando de que no fuera a tropezar con esos tacones en el asfalto, hasta que subió a la acera. Al llegar frente a la casa, se giró a mirarla justo antes de colocar la llave en la cerradura. Bel escuchaba atenta todas las voces que se colaban a través de las paredes, parecían reír y pasarla de maravilla adentro.

—Sabes —dijo acercándose al oído de su novia, que permanecía inmóvil esperando que él abriera—. Cuando lleguemos a mi apartamento, te voy a quitar ese vestido otra vez y te voy a echar una cogida... —Ella giró a mirarlo anonadada, encontrándose con su mirada incitadora—. Te voy a coger durísimo, Bel. —Ella parpadeó sin salir de su asombro—. Listo, sonrosada te ves más bonita —agregó con una sonrisa maliciosa, antes de abrir la puerta.



Tras saludar a todos y presentar a Bel entre sus familiares, Clemente decidió dejarla en la sala, en compañía de su madre, su hermana Olivia, sus tías y primas, para que estas saciaran su curiosidad con respecto a su novia, entretanto, él iba a tomarse una cerveza con sus primos. Tenía curiosidad de saber si podría apañársela con ellas y sobrevivir a la artillería de preguntas a la que sería sometida. Media hora más tarde, Bel estaba con uno de los primitos de él, sentado en la mesada de la cocina, el pequeño no dejaba de llorar por un diente de leche que le guindaba de la encía, así que ella se encargó de retirarlo de forma indolora. De ahí en adelante, todo el mundo desfiló a preguntarle cosas de índole odontológico, en especial las mamás. De tanto en tanto, Clemente volvía a ver si estaba bien, pero ella ni siquiera notaba su presencia, estaba demasiado ensimismada conversando.

Después la vio ayudar en la cocina, se había dispuesto una gran mesa en el patio donde cenarían todos. La comida, como en cualquier celebración de su familia, fluyó de forma indiscriminada. Bel escuchó con atención las conversaciones que se desarrollaban en la mesa, en donde el padre de su novio aseguraba que existían dos estómagos, uno para la comida salada y otro para los postres. Escuchó el consejo del *nonno* de Clemente, un hombre bastante fuerte para tener casi noventa años, quien le dijo: «No bebas casi vino, así tienes más espacio para la comida». Aceptó que las tías le sirvieran porciones demasiado grandes, por lo que Clemente le dejó poner cosas en su plato, sabía que la pobre no podía más.

Terminada la cena, el cumpleaños solicitó esperar un rato antes de cortar los cinco pasteles que estaban dispuestos para la celebración, con el propósito de darle tiempo a Bel para que se recupera, porque sabía que sus tías querían que los probaran todos. Era usual que discutieran entre ellas, adjudicándose quién había hecho el mejor de todos. La condujo a la segunda planta de la casa, a su antiguo cuarto, para dejarla recostarse un rato. A ella le gustó la atmosfera del lugar, la cama pegada a una esquina, los estantes con libros de la universidad, el balón de rugby, las medallas y los trofeos. Se sintió muy a gusto en aquel lugar que rebosaba del calor de hogar del que carecía la casa de sus padres. Estaba tan llena, que comenzó a sentir sueño, se hizo un ovillo sobre el colchón y él la abrazó quedándose ambos dormidos.

Cuarenta minutos después, la madre de Clemente los despertaba con una voz cálida y cariñosa que a Bel se le hizo de lo más dulce. Al abrir los ojos, se sintió embobada, le costó retomar el control del cuerpo, él la ayudó a bajar las escaleras, instándola a tomarse un vaso de agua para que se rehidratara. La gran comida le produjo una sensación de aletargamiento. La señora Fiorella, en cambio, le tendió su mejor remedio para esos casos. Disolvió en el agua un poco de Effervescente Crastan, una sal de fruta italiana con sabor a limón, que le sentó muy bien. Luego de un par de minutos, Bel se sintió ligera de nuevo, por lo que retomó la conversación con la madre de su novio, que parecía genuinamente interesada en su vida.

Bel observó a lo lejos a Clemente que estaba muy animado por su lado, conversando con sus primos mientras jugaban cartas y se bebía con premura una cerveza llenándose los bigotes de espuma, la cual se limpió con el dorso de la mano de forma brusca, mientras se reía de manera copiosa, muy alegre.

—Esos inician siempre muy bien, en un rato se empiezan a matar cuando empiecen unos a ganar y otros a perder —dijo una de las primas de Clemente que la notó mirándolo.

—Ah sí, nosotras no le prestamos atención —dijo la señora Fiorella.

—¿Ustedes no juegan con ellos? —preguntó Bel curiosa.

—A veces —respondió la tía Constanza—, pero preferimos no hacerlo, así ellos no se enteran de lo que hablamos —explicó con cierta picardía que despertó la risa de las demás.

Para Bel fue toda una sorpresa, encontrarse a sí misma tan a gusto de nuevo con todas ellas. La hermana de su novio, Olivia, tenía una personalidad encantadora y hablaba con tanta elocuencia, que le era inevitable escucharla con atención. Otra cosa que no le pasó desapercibida, era la relación de complicidad que esta tenía con su madre y que despertó en Bel cierta tristeza, en el fondo, era algo que añoraba tener con la suya. Al verla un poco cabizbaja, la tía Constanza le preguntó qué le sucedía, por lo que ella se apresuró a restarle importancia, adjudicando su semblante al cansancio, uniéndose de nuevo a la conversación, encantada de compartir con aquella tribu de mujeres inteligentes que discutían diversos temas, desde política, economía, feminismo, trabajo, vida familiar, pareja, sexo y cualquier curiosidad del momento, de forma ingeniosa y divertida.

Tras un rato, la familia entera entonó la canción de cumpleaños. Todo el mundo felicitó de manera afectuosa a Clemente, los regalos fueron entregados, así como las palabras de cariño de todos los presentes. Él se sentía muy dichoso, puesto que en ese cumpleaños número treinta y cuatro, además de estar en compañía de sus seres queridos, también estaba la mujer que amaba. Por eso le tomó por sorpresa las palabras de su *nonno*, que le habló en un susurro, colocándole la mano en el hombro para que solo su nieto pudiera escucharlo.

—Tu novia es muy bonita, de verdad bonita y agradable... Además, le gusta a Fiorella —Clemente se limitó a asentir, él parecía tener más por decir—. Se nota que es una buena mujer, seguro te va a dar buenos hijos. Por eso debes tener cuidado, Vincenzo.

—No entiendo... —dijo confundido ante semejante declaración, girando a mirar a su abuelo de quien había heredado sus ojos oscuros.

—Hijo, la vida no te da una mujer así sin quitarte algo a cambio —explicó apretando el ceño, gesto que le acentuó las arrugas alrededor de los ojos—. ¿Cómo está el negocio?

—Todo bien, *nonno*.

—¿Y tú?, ¿tú estás bien de salud?

—Sí, bueno, eso creo.

—Bueno hijo, tal vez no tenga que pasar nada, pero en mi experiencia, no todo puede ser bueno en esta vida, la felicidad no es absoluta, ten mucho cuidado —dijo palmeándole el hombro, logrando que una sensación de malestar le recorriera el cuerpo—. Sea lo que sea, sabrás salir adelante, somos hombres fuertes, siempre salimos a flote —puntualizó, recibiendo el plato con pastel que en ese momento le tendía Bel con una sonrisa.

—¿Pasa algo, cielo? —preguntó al verlo un poco pálido.

—No, todo perfecto —respondió, dándole un breve beso en la mejilla a su novia, mientras pensaba que todo era tan perfecto, que comenzaba a asustarlo.

CAPÍTULO 23

No eran muchas las opciones, solo encontró en internet, información a cerca de dos sexólogos en la ciudad que parecían competentes. Una mujer de unos cincuenta y cinco años de semblante rígido, el otro, un hombre con cara de idiota petulante que no superaba los treinta y pocos. Clemente, decidió que no se dejaría llevar por sus rostros, pasó a leer sus certificaciones en sus correspondientes páginas web. La primera, era psicóloga especialista en sexología y en terapia de pareja. Mientras que el segundo, era médico psiquiatra con varios postgrados, perteneciente a un par de organizaciones de psicoterapia y sexología internacionales. Era la mejor opción.

Llamó para pedir una cita y se encontró con que el doctor no estaba aceptando nuevos pacientes hasta próximo aviso. Tenía demasiado trabajo, pasaba consulta de martes a jueves en la ciudad, los viernes en la capital, los sábados por la mañana daba clases de maestría y por las noches, participaba en un programa de radio. Finalmente, regresaba a la ciudad los domingos. Además de eso, era una especie de personalidad de las redes sociales, con miles de seguidores.

Clemente se paseó por sus perfiles, miró alguno de sus videos explicativos con diferentes temáticas actuales de sexualidad y le pareció que el tipo solo tenía cara de creído, en realidad se notaba bastante profesional. Daba la sensación de tener un profundo manejo de lo que hablaba, transformando toda la complicada información en conceptos que cualquiera podría entender. Decido por obtener su ayuda, lo abordó a la salida de su consultorio, en el estacionamiento, pegándole un susto que casi le causa un infarto al pobre doctor.

—Perdóneme, no era mi intención asustarlo.

—¿Qué quiere? —preguntó el hombre que lo miraba con desconfianza, como preparándose para esquivar un golpe.

—He llamado para pedir una cita a su consultorio, pero me han dicho que no está aceptando nuevos pacientes.

—Sí, no tengo espacios disponibles, tengo demasiados pacientes entre mis consultas y las del hospital.

—Lo sé doctor, pero necesito que haga una excepción.

—Señor...

—Nicolau, Clemente Nicolau.

—Señor Nicolau, ¿sabe cuántas personas me piden que haga excepciones a diario? ¿No le parecería injusto que la haga con usted y no con los demás? —dijo mirándolo circunspecto.

—No es para mí, es para mi novia.

—Le puedo recomendar algún colega...

—Le va a interesar doctor, ella tiene una disfunción sexual atípica, llora durante el coito.

El doctor hizo un esfuerzo para no lucir exasperado.

—Muchas mujeres lloran durante el coito, le recomiendo...

—No, no es durante o después del orgasmo —dijo Clemente interrumpiéndolo—. El llanto reemplaza el orgasmo. Ella siente como si fuese a tenerlo, pero en vez de alcanzar el clímax, llora.

El doctor lo miró pensativo. Se le hizo interesante el caso.

—¿Pero siente dolor durante la penetración?

—No, todo es normal, placentero, solo que cuando siente que va a tener un orgasmo, llora.

—Puede que usted crea que ella siente placer, habría que ver si en realidad es así —dijo incrédulo, en su profesión estaba acostumbrado a tratar con pacientes que no tenían ni idea sobre las necesidades de sus parejas.

Clemente se tomó el comentario a mal, aun así, guardó la compostura para no responderle de mala manera.

—Le estoy contando lo que ella me ha dicho, siente mucho placer y en el momento en que nota que va a tener un orgasmo, este se convierte en llanto.

—¿Entonces, nunca alcanza el clímax?

—No, al menos no orgasmos solo por penetración, si no por estimulación del clítoris.

—Bueno, la mayoría de las mujeres alcanzan el orgasmo de esa forma. —El doctor estaba cansado, lo que lo llevaba a ser más adusto de lo normal—. ¿Desde cuándo le ocurre?

—Siempre ha sido así.

El doctor pensó en que, si el caso era lo bastante atractivo, tal vez, después, podría escribir un artículo al respecto para alguna revista médica, lo que le daría más puntos como investigador.

—De acuerdo, haré una excepción, señor Nicolau, pero le agradezco que quede entre nosotros. —Tomó su teléfono y llamó a su secretaria, con la cual conversó un par de segundos, para después hablarle de nuevo a Clemente—. La semana que viene, el martes a las nueve y media de la mañana. Si no viene, no hay segundas oportunidades.

—Muchas gracias, doctor —dijo Clemente extendiéndole la mano, la cual el médico acepto de buena manera, para después abordar su automóvil y marcharse.

Clemente la tomó de la mano y caminó hacia la clínica guiándola, porque sabía que era una situación que le generaba ansiedad. Bel podía valerse por sí misma, sin embargo, había encontrado reconfortante dejarse cuidar por su novio, quien parecía tener un instinto de preservación y protección bastante desarrollado. Él no la veía como débil, al contrario, lo hacía porque ella era su tesoro más preciado.

Cuando entraron al ascensor la abrazó y aprovechando que estaban a solas, le dio un beso intenso que la tomó por sorpresa, alterándola. Ella lo miró sonriente, apartándose de él al notar que se abrían las puertas. Al unísono, dieron un par de pasos atrás para que las personas tuvieran espacio. Deseosa de sorprenderlo también, Bel deslizó la mano en el bolsillo trasero de sus jeans, apretando un poco, manoseándolo sin que pudiera evitarlo. Él frunció el ceño en reflejo ante el estímulo, para después sonreírse. Se giró a mirarla y modulo las palabras «te amo» para que ella le leyera los labios.

Apenas bajaron del ascensor, Bel, sin ser del todo consciente, se detuvo en medio del pasillo, intentando calmar el ritmo de su respiración. Todo se hacía real, era una situación ineludible, tendría que enfrentarse a ese problema con el que había lidiado por tantos años sola, de una buena vez por todas.

—Preciosa, dale una oportunidad, si no te gusta, nos vamos, te lo prometo.

—Sí, sí, no tienes que convencerme, quiero hacerlo, solo necesitaba un momento... Vamos.

—Si quieres, me agarras la nalga otra vez para agarrar coraje —dijo en tono gracioso.

—Di la verdad, lo que quieres es que te meta mano, sinvergüenza —contestó tratando de imitar el tono gracioso de su novio, aceptando la mano que este le tendía.

—Siempre —confesó, girando a mirarla, dándole un beso rápido—. Me encanta que me manosees.

—¡Después te voy a manosear bastante!

—Hey, es una promesa, te lo recordaré —dijo guiñándole un ojo, justo antes de llegar al

consultorio del doctor.

Después de aguardar unos cuantos minutos, la secretaria los hizo pasar a uno de los consultorios. Clemente se levantó y le sonrió a Bel para reconfortarla, esta lucía bastante ansiosa. Caminaron tomados de la mano hasta entrar a la habitación. Los recibió una doctora con una bata blanca, que se presentó como Flavia, era de estatura media, cabello negro y sonrisa franca. Los hizo tomar asiento dándoles una breve charla introductoria sobre terapia sexual. El trabajo de Flavia consistía en atender a los nuevos pacientes, realizándoles un examen médico de rutina. Los hizo pasar a cada uno al área de revisión para examinarlos y procedió a anotar todo lo pertinente en su historial clínico. Luego los entrevistó sobre condiciones o enfermedades preexistentes, así como las medicaciones que pudiesen tomar cada uno. En muchos casos, problemas médicos como la diabetes, trastornos endocrinos o psicológicos como la depresión, podían ser los principales factores de una disfunción sexual, lo mismo ocurría con ciertos fármacos. No podía presumirse que tuviesen un problema psicogénico hasta no descartar etiologías físicas. Les firmó ordenes médicas para exámenes de sangre en donde se comprobaba valores hormonales, entre otros. Ambos declararon no consumir ningún tipo de droga recreacional, Clemente era un hombre muy sano que, a excepción de algún suplemento vitamínico, no consumía ningún tipo de medicamento. Lo mismo ocurría con Bel, que solo tomaba pastillas anticonceptivas, que, al parecer, no tenían efectos secundarios en ella.

Flavia le entregó a cada uno un cuestionario de varias páginas, explicándoles que era de vital importancia que respondieran cada una de las preguntas.

—Yo sé que contestar todo en el cuestionario puede llegar a resultar un poco invasivo, pero créanme que eso solo lo va a leer el doctor y yo. Necesitamos la mayor cantidad de datos para diagnosticarlos. Deben llenar cada uno de los cuadros con muchísima honestidad, sin vergüenza alguna, somos expertos en sexualidad humana, así que nada de lo que nos cuenten va a impresionarnos. Estamos para ayudarlos, por lo que insisto, necesitamos todas las herramientas, por favor, no escatimen en detalles, si tienen alguna duda, me avisan —dijo dirigiéndolos a la salida del consultorio, a una mesa en donde estarían cómodos para tal propósito.

Ambos comenzaron a leer, las preguntas eran variadas y muy personales. Clemente no dudó en comenzar a responder, ella leyó todo el cuestionario primero. Él escribía rápido, sin reparar demasiado en sus respuestas, ella, en cambio, se pensaba cada palabra que contestaba. Tras terminar, esperaron un rato hasta que les indicaron que el doctor los atendería. Bel estaba mucho menos ansiosa después de la charla con Flavia, por lo que caminó de buena gana hasta el otro consultorio.

La habitación era de líneas simples con colores cálidos, en donde todo lucía muy ordenado y prolijo. Poseía un escritorio con una mesa auxiliar, una alfombra que albergaba un espacioso sofá y un sillón confortable para el doctor. La luz del sol se colaba de a poco entre las cortinas a medio cerrar del amplio ventanal. Bel parpadeó, anonada por la presencia de aquel hombre que la miraba con una sonrisa afable. Aun así, consiguió disimular perfectamente, que no esperaba de ninguna manera, que su nuevo médico fuese a ser tan guapo.

Una de las problemáticas que enfrentó el doctor Juan Pablo Artiaga a lo largo de su carrera, fue precisamente su gran atractivo. Era alto, de complexión atlética, con ese tipo de cabello envidiable, de color castaño claro con tendencia a verse rojizo. Tenía uno de esos rostros impactantes e inolvidables, gracias a sus agraciadas facciones perfectamente conjugadas, además de unos ojos verdes muy expresivos. Era de porte elegante, sobrio, con una sonrisa capaz de hacer tranquilizar a cualquier paciente cuando lo requería, pero también de emocionar a más de una mujer cuando este lo creía pertinente.

Cuando estudiaba psiquiatría, uno de sus mentores le hizo hincapié en que especializarse en sexología tal vez no era lo más adecuado. Su atractivo podía llegar a suponerle un problema en la práctica, porque en ocasiones, inferiría con la manera en que sus pacientes lo percibirían, dificultándoles hablar sobre sus emociones o sentirse cómodos en su presencia. Juan Pablo, que en realidad no se creía tan guapo, ignoró tal recomendación, la encontraba exagerada.

Decidió que haría las cosas a sus maneras, usando a su favor, eso que tanto le habían criticado los profesores cuando estaba en la universidad: ser demasiado relajado y coloquial para expresarse. Él era muy elocuente, siempre buscaba explicar o exponer sus ideas de forma sencilla, cosas que sus docentes veían mal, con ellos debía hacer uso de lenguaje y vocabulario profesional, caso contrario con los pacientes, con quienes podía saltarse esa regla. Entablar una comunicación menos rígida para ayudarlos a expresarse, era de gran ayuda en las consultas.

No era escrupuloso para nada, desde niño le gustó llamar las cosas por su nombre, saber de todo, tenía una curiosidad insaciable, que lo llevó a sentirse atraído por el estudio del cuerpo humano y el sexo. Era probable que todo el ambiente en el que se crio tuviese mucho que ver, su padre era un importante terrateniente de la región y él, como a todo niño de hacienda, se le enseñó múltiples oficios desde pequeño. Para él era muy natural ordeñar vacas, asistir a su padre en los partos de estas, así como de otros animales. Ver a las yeguas llegar en los remolques para que el semental las preñara, así como la copula de las vacas con el toro o entender por qué de algunos huevos salían polluelos y de otros no.

Creció compartiendo con los obreros, hablando de las mujeres que visitaban los fines de semanas. Los escuchó hablar de amantes, de esposas, de novias, de manera abierta y simple, a diferencia de su padre, que era un hombre casado, muy reservado, que prefería la monogamia. Notar estas diferencias, lo hizo plantearse desde temprana edad muchas incógnitas sobre la conducta humana y animal. Le resultaba llamativo que el toro semental de la hacienda fuese venerado por su capacidad sexual reproductiva para preñar, mientras que a los gatos los castraban para que no se reprodujeran o por qué el capataz era tan popular entre las chicas del servicio y los otros obreros le tenían envidia.

Al principio de la adolescencia, se preguntó por qué algunas de sus compañeras de clases se empeñaban en suspirar por patanes y no por chicos con mejores cualidades, por qué alguno de sus amigos insistía en comportarse de manera machista sin necesidad o por qué su maestro de química parecía mirarlo siempre de forma libidinosa. Solía quedarse en las fiestas observando las interacciones de los adultos, en especial cómo bailaban, cómo se conducían ante el coqueteo, le gustaba analizar su lenguaje corporal, hasta que creció y dejó de observar para comenzar a participar, saliendo con chicas, estudiando sus propios impulsos sexuales. Nada parecía ser suficiente, eran muchas las preguntas y no encontraba las respuestas en aquel pueblo, por lo que asumió que, si no quería quedarse con las dudas, debía emigrar.

Cuando estaba próximo a terminar la secundaria, le comunicó a su familia su deseo de estudiar medicina. La noticia no fue tomada bien por su padre, él era su único hijo varón y deseaba que se ocupase de los negocios familiares, por lo que, en un principio, manejó la situación como un contratiempo e intentó convencerlo para que estudiara veterinaria, porque era eso lo que le sería de utilidad. No obstante, Juan Pablo estaba decidido y no se dejó amedrentar por las negativas de su padre.

Su madre no lo defraudó, presentándole su apoyo incondicional, ayudándolo para que se marchara a estudiar medicina en la ciudad, asumiendo que en unos años su hijo estaría de vuelta en el pueblo para trabajar allí. Juan Pablo tenía otros planes, tras graduarse se marchó a la capital a estudiar psiquiatría y ahí se ganó una beca para seguir estudiando en el extranjero, sexología. No

había vuelta atrás, no tenía intenciones de dedicarse al negocio familiar, él era un hombre académico.

Para sus padres, era muy extraño tener un hijo dedicándose a eso, por suerte para él, los tiempos estaban cambiando y no tendría que enfrentar el escrutinio que tuvieron que soportar otros que quisieron estudiar la sexualidad humana años antes que él, siendo tildados de pervertidos. Al retornar al país, pasó de colocar su consulta en la capital, sabía que en la ciudad en donde había estudiado medicina escaseaban profesionales como él.

Fue esa curiosidad insaciable lo que lo llevó a aceptar el caso del que le habló el señor Nicolau. Sin embargo, al ver a la mujer que padecía de tan particular disfunción sexual, se quedó perplejo, ella no encajaba de ninguna manera con sus expectativas. La mayoría de las pacientes que entraban a su consultorio tenían un mal semblante que él detectaba de inmediato, aunque lucieran extraordinarios maquillajes, ostentaran los mejores atuendos, se rociarán con los perfumes más embriagantes o se escondieran detrás de las sonrisas fingidas más tirantes. Los años de experticia, llevaron al doctor Juan Pablo a reconocer a simple vista una mujer infeliz, insatisfecha o inapetente. Bel, se diferenciaba de estas al lucir una piel radiante, unos ojos vivos y una sonrisa tímida, encantadora. No se veía como una mujer con problemas sexuales y eso solo aumentó su curiosidad.

—Hola, mi nombre es Juan Pablo Artiaga, ¿con quién tengo el gusto? —dijo dirigiéndose a ella, extendiéndole la mano.

—Bel Olivero, mucho gusto. demás

—Señor Nicolau, dígame su nombre de pila de nuevo.

—Clemente.

El médico se colocó unos lentes de pasta negra, tomó una carpeta de su escritorio y los invitó a tomar asiento en el cómodo sofá. Se sentó frente a ellos, tenía un par de preguntas anotadas que había formulado tras leer los cuestionarios que quería hacerles. Juan Pablo tenía sus propios métodos para llevar sus consultas, no era tan protocolar como el resto de sus colegas. Aun así, eso no tenía incidencia en su profesionalismo. Tenía una tasa bastante alta de éxito ayudando a sus pacientes.

—Entonces cuéntame, Bel, por qué están aquí —dijo tuteándola, dirigiendo toda su atención a ella, que se puso nerviosísima.

—Ehhh... —Bel se sonrió ampliamente, en reflejo a la vergüenza que experimentó al sentirse tan expuesta, aunque ni siquiera había comenzado a hablar. El doctor observó el rubor en sus mejillas y evaluó cómo Clemente la tomaba de la mano infundiéndole valor—. Sucede que cuando estamos teniendo relaciones... yo, no consigo llegar al orgasmo... porque... —Bel se tapó la cara, gesto que denotaba ansiedad—. Bueno... es que me pongo a llorar...

—De acuerdo, ¿es tu primera vez buscando ayuda por tal motivo?

—Mmm sí y no... hace tiempo atrás hablé con un terapeuta, pero fueron pocas sesiones, en realidad, no llegamos a nada.

—Entiendo, empezaremos de cero. ¿Desde cuándo te ocurre esto?

Bel se removió incomoda en su asiento.

—Desde que empecé a tener relaciones.

Juan Pablo ojeó con rapidez el cuestionario, revisando esa casilla que le indicaba que Bel se hizo sexualmente activa a los veinte años. Tenía varias preguntas al respecto, que haría cuando estuviesen en la entrevista a solas.

—Me gustaría que me contaran qué sucede con exactitud cuando tienen relaciones sexuales. —

Bel miró de reojo a Clemente y Juan Pablo analizó como ella le apretaba la mano—. Sé que esto puede resultar incómodo, pero necesito todos los detalles para poder ayudarlos.

Bel se mordió los labios y volvió a mirar a su novio, indicándole que debía ser él quien respondiera.

—Todo se desarrolla con bastante normalidad entre nosotros, nos besamos, nos acariciamos —dijo Clemente con seguridad—. Hacemos todo lo que nos excite en el momento —giró a mirar a su novia que asintió dándole veracidad a sus palabras—. Nos gusta darnos sexo oral —Juan Pablo tomó nota—, nos gusta el juego previo... Luego solemos pasar a la penetración... y pasado un rato, ella siente ganas de llorar. Yo la dejo y luego, seguimos.

Juan Pablo hizo una serie de preguntas, estaba interesado en saber si Bel alcanzaba el orgasmo con la estimulación manual y oral que recibía de su pareja. A lo que ella respondió afirmativamente, entre otras interrogantes.

—¿Cuándo pasan a la penetración, es algo que desea que ocurra? O preferiría que él fuese menos impaciente.

—Por lo general, la impaciente soy yo —contestó Bel, lo más firme que pudo, pues sentía que le ardían las mejillas.

—Entonces el estímulo de la penetración es algo placentero...

—Sí, totalmente, a veces él me hace esperar y me desespera.

Juan Pablo hizo una nota al respecto.

—¿Esa desesperación a qué se debe? ¿Siente que debe pasar a eso? ¿O por qué...

—Porque estoy excitada... —Bel lo interrumpió mirándolo.

—¿Qué tan lubricada está en ese momento?

Bel hizo un gesto casi imperceptible que denotaba estupefacción, que el psiquiatra captó de inmediato.

—Mucho... —dijo con tono titubeante y luego negó con la cabeza—. Todo marcha bien entre nosotros, todo es placentero y agradable —giró a mirar a Clemente que asintió—. Hasta que yo siento como si fuese a tener un orgasmo y lloro.

—¿Podría describirme qué siente en ese preciso momento en el que llora?

Juan Pablo quería que la paciente le precisara cada una de las características del suceso, mientras anotaba cada detalle. Bel le habló sobre la intensa sensación de placer que sentía, profusa y agradable que se convertía en llanto. Le habló de su imposibilidad para correrse, cosa que la alteraba y la frustraba muchísimo.

—Es... algo incontrolable, es una sensación increíble, hasta que, en vez de alcanzar el orgasmo, siento que me ahogo, que... Y respiro, agitada, y lloro...

—No siempre el llanto es igual —acotó Clemente capturando la atención del médico—. A veces es corto, a veces es más largo. Varía y no sabemos el motivo.

—¿Qué hace usted cuando la ve llorar?

—Me detengo, dejo de moverme y la consuelo hasta que se le pasa. —El médico tomó nota y lo miró incoándolo a continuar con su relato—. Luego retomamos hasta que terminamos.

—¿Cómo suelen alcanzar el orgasmo en ese caso?

—Yo, por penetración —dijo Clemente—, ella suele tocarse o yo lo hago, depende del momento —El médico asintió—, hasta que se corre también.

Juan Pablo siguió haciendo preguntas hasta que pudo hacerse una idea general sobre la experiencia sexual de la pareja, para analizar su problemática y comenzar a formular un diagnóstico.

—Me gustaría ahora tener un tiempo a solas con Bel, para seguir entrevistándola.

—¿Te parece bien? —dijo Clemente mirándola y ella asintió.

Abandonó la sala sintiéndose inquieto por Bel, por lo que se instó a calmarse, recordándose que estaba haciendo lo correcto. Su novia necesitaba hablar sobre lo que le sucedía.

La entrevista entre Bel y Juan Pablo continuó, se sentía bastante intimidada, la forma penetrante en que la miraba no se le pasaba por alto. Se instó a tranquilizarse, parecía, ante todo, un profesional, así que siguió contándole y respondiendo a sus variadas preguntas acerca de su vida sexual, sobre las que pareció tomar notas ensimismado, hasta retomar el tema del susodicho llanto.

—Quiero que me cuentes sobre esa primera experiencia sexual en la que se presentó el llanto, era igual a sus experiencias con Clemente. —Bel negó con la cabeza de inmediato—. ¿En qué era diferente?

—Mi ex, él era diferente... Mis primeras relaciones sexuales no fueron las mejores.

—¿Por el llanto?

—No, el llanto sucedió luego. En un principio, yo no estaba segura de querer tener relaciones, pero él insistió apelando a que éramos novios, teníamos mucho tiempo saliendo y era lo normal. Yo terminé cediendo y... aunque todo fue consensual, yo no me sentía del todo cómoda. El llanto ocurrió después de varias semanas, para ese momento, él estaba algo frustrado porque a mí me molestaba la penetración, tardó mucho en que se tornara algo agradable y ahí fue que ocurrió el llanto, cuando estaba excitada y ocurría lo que ya le conté.

—Si las relaciones con tu exnovio no te parecían placenteras, ¿por qué continuabas teniéndolas? —Bel lo miró confundida—. Si no sentías placer, ¿para qué tener sexo? —insistió.

—No lo sé —negó mirándose las manos, entretanto sopesaba eso—. Es lo normal, el sexo en un principio duele, se supone que pasa luego.

—No, el sexo no tiene por qué ser doloroso... Incluso en la primera vez, a veces el dolor de la primera penetración se debe más al nerviosismo, a la tensión de los músculos... Sí, puede haber molestia, en algunas mujeres puede resultar doloroso, pero no debería ser algo que continúe por demasiado tiempo, a menos que necesite algún tipo de intervención médica, o sufra de vaginismo, pero de no darse ese tipo de problemáticas, no debería ser doloroso, ni costar demasiado. ¿Sentías que tenías que hacerlo? ¿Complacer al que fue tu novio?

Bel asintió y Juan Pablo tomó nota. Era usual ese tipo de comportamientos en muchas de sus pacientes con inhibiciones sexuales, debido a la cultura machista, en donde, desde la infancia, se enseñaba que el placer sexual era privilegio de los hombres y la mujer tendía a sacrificarse en pro de la satisfacción de la pareja. El placer, en esos casos, era aceptable solo si el hombre lo obtenía primariamente.

El médico continuó haciéndole preguntas, así que Bel le contó sobre la primera vez que lloró, de cómo su exnovio le pidió que parara de hacerlo y lo mucho que le frustraba verla así. Le habló de la infidelidad de este con su amiga y su ruptura. Luego le contó acerca de su relación con Carlos y la manera en que se desarrollaron las relaciones sexuales con él y sobre cómo el llanto desapareció eventualmente, mientras que con Clemente no.

A Juan Pablo le pareció admirable que, a pesar del miedo a la intimidad, que había surgido luego de su primera relación, ella lograra relacionarse de nuevo con otro hombre. El problema fue que, en consecuencia, se disminuyó a sí misma, debido a esa necesidad de agradar y satisfacer a su pareja.

Juan Pablo determinó que la ruptura de Bel con su primer novio era un episodio para estudiar con calma. Él la había hecho sentir mal por su llanto, haciendo que esta levantara defensas alienantes que la llevaron, posteriormente, a evitar excitarse para no llegar al reflejo orgásmico

cuando tenía relaciones con Carlos, temía ser rechazada por él de la misma manera cuando la viera llorar. Bel prefirió sufrir en silencio a sentirse inadecuada. Lo interesante, era que parecía haber superado esas defensas con Clemente, lo que lo llevaba a pensar que no eran tan severas o simplemente sus primeras parejas habían sido demasiado desconsideradas. También estaba el hecho de que su conexión sexual gratificante con él, le había devuelto el interés en el sexo, que había perdido durante su noviazgo con Carlos, producto de no encontrar satisfacción sexual.

Los cuarenta y cinco minutos de sesión pasaron volando, sin embargo, Juan Pablo le explicó a Bel que podían tomar la siguiente hora, había tenido la cancelación de uno de los pacientes, ella aceptó y continuaron hablando. El médico condujo la conversación hacia su vida sexual actual, sobre la frecuencia de las relaciones sexuales, así como el grado de satisfacción obtenido. Concluyó que Clemente había hecho varias cosas bien para disminuir la ansiedad de Bel y para reducir esa necesidad que tenía de complacer a expensas de su propio placer sexual. Era una situación atípica, no estaba lidiando con una pareja sexualmente frustrada, con falta de calidad de vida, ni con una mujer con autoestima mermada o deprimida. Aunque Bel tenía una disfunción, su pareja se había esforzado para que esto no afectara la calidad del sexo, cuestión que ya de por sí le pareció magnífica, digna de escribir un artículo al respecto o al menos comentarlo con sus colegas de forma anecdótica.

El que quisieran que el mencionado llanto desapareciera era algo normal, la búsqueda del placer sin obstáculos era inevitable. Los problemas sexuales no se circunscribían únicamente a los órganos sexuales, una persona con una disfunción sexual suele estar mal en otras áreas de su vida, estas problemáticas parecen consumirlos, situación que la paciente padeció en el pasado. El doctor entendió que la falta de comunicación de Bel con su expareja la llevó a ocultar el problema, mientras que con Clemente consiguió comunicarse, lo que fue determinante para cambiar su sexualidad, teniendo un impacto positivo en su existencia.

Estaba seguro de que, si ella hubiese ido a la consulta en compañía de su expareja, la situación habría sido por completo distinta. En cambio, en compañía del señor Nicolau, Bel estaba teniendo una vida sexual activa, pero, sobre todo, muy placentera. El médico siguió planteando diferentes escenarios en donde le preguntaba cosas, llegando a conclusiones sobre la manera en que esta alcanzaba el clímax y las cualidades del llanto que la aquejaba.

A Bel le costaba abrirse, por lo que hizo un esfuerzo y consiguió contestar cada una de las interrogantes planteadas de forma sincera, aunque eso no hacía que la incomodidad cesara, sin importar lo elocuente, o amable que su médico quisiera ser. No pudo evitar sentir algo raro en él, se sintió demasiado escrutada, estudiada, no obstante, supuso que tal vez era algo normal, que era probable que solo fuese cuestión de acostumbrarse a eso de hacer terapia. El problema, era que le costaba percibir a Juan Pablo como su terapeuta, la forma en que la miraba la turbaba demasiado. Se dijo que con el tiempo se acostumbraría, que debía simplemente seguir contestando sus preguntas.

Hacia el final de la segunda sesión, Juan Pablo manejaba un cúmulo de información importante que lo llevaba a suponer que Bel no tenía ningún tipo de problema físico, aun así, se trasladó hasta su escritorio para redactarle una orden médica para un examen vaginal, remitiéndola con una colega suya, ginecóloga. Su presunción principal era que el trastorno sexual de Bel tenía un origen psicológico aún por determinar.

—Doctor... ¿qué tengo? —preguntó ella al pie del escritorio, entrelazando los dedos en un gesto nervioso.

Juan Pablo se quitó las gafas y se dio un par de golpecitos con la pata de estas en la barbilla.

—Aún es muy pronto para determinarlo. Es un trastorno sexual que debo analizar, pero

tranquila, trabajemos para encontrar una solución. Por los momentos, me gustaría que Clemente y tú intentaran un ejercicio y me cuenten sobre cómo les fue la semana que viene, ¿de acuerdo?

Bel asintió y él le pidió que hiciera entrar a Clemente, mientras buscaba una hoja en donde se explicaba el ejercicio con una figura ilustrada de una pareja. El médico les explicó con mesura, la manera en que debían realizarlo. Aunque Bel no era puritana, escuchar a ese hombre hablar en un tono ronco sobre cómo quería que se masturbara, hizo que se le erizará todo el cuerpo sin poder evitarlo. Clemente no se inmutó demasiado, prestando atención a lo que decía el médico. Al percatarse de esto, Bel lo miró con dulzura, pensando en que adoraba a su novio por ser tan atento para ayudarla.

Juan Pablo se despidió de forma amable, extendiéndole la mano a Clemente y luego a Bel, que pareció resistirse un poco al toque, por lo que respondió con un apretón rápido. Pensó en todas esas mujeres que, aunque casadas, nunca dudaron en sonreírle de más, inclusive, frente a sus esposos, mientras que ella, aun cuando estuvieron por completo a solas, no cambió su conducta. Eso decía mucho de su persona y del afecto que sentía por Clemente. Si antes había atrapado su atención, en ese momento, todo lo relacionado con su caso le suponía mayor interés.

Llamó a su secretaria y le indicó que debía agendar un espacio doble para la siguiente cita, porque debía entrevistar a Clemente. Por suerte, uno de sus pacientes había cancelado sus últimas citas del año, por un viaje de trabajo de imprevisto, de esa forma, ellos podrían tomar su lugar.

El médico tomó sus notas y salió del consultorio, caminó hasta el siguiente, quería intercambiar opiniones sobre el caso con Flavia, pero no la encontró. Desconcertado, se dirigió hacia el escritorio de su secretaria, que estaba facturándole a Bel y a Clemente, para preguntarle por su colega y esta le indicó que la doctora se había marchado más temprano. Aprovechando que estaba ahí, le preguntó si le había conseguido cita con su odontólogo y esta con pesar le comunicó que la más próxima que había encontrado era para dentro de una semana.

—¡Una semana! No, él quiere que yo me muera, esta muela no me deja vivir, tengo ya dos días comiendo mal. —Clemente le hizo señas a Bel que estaba enfrascada respondiendo unos mensajes en su teléfono—. Llámalo de nuevo, por favor dile que me dé cita esta semana o que te recomiende un colega.

—¿Qué tiene doctor? —preguntó Clemente queriendo ser amable.

—No, nada, un problemita en una muela que me está molestando mucho.

—Bel, amor... —dijo llamándola.

—Dime —contestó absorta, sin levantar la vista del teléfono, estaba hablando con su asistente.

—El doctor tiene un problema con una muela... —dijo, intentando hacerla entender que sería amable de su parte ayudarlo. Bel no tenía ni idea que el doctor había hecho una excepción para atenderla, pero Clemente sí y quiso retribuirle—. No consigue cita con su odontólogo sino hasta la próxima semana.

—Si quiere, podría echarle un vistazo. Puede ir a mi consultorio.

—Ah eres odontóloga, creo que se me pasó leer eso en tu cuestionario. Bueno, si no es molestia, la verdad te lo agradecería. —Bel sacó una tarjeta de su bolso en donde estaba su número y la dirección de su consultorio, que él recibió agradecido—. No sé, dime cuándo podría ir, cuando antes mejor —agregó sonriendo.

—Podría atenderlo hoy mismo a las dos de la tarde, si está dispuesto.

—Sí, sí puedo, perfecto —agradeció Juan Pablo, que le indicó a su secretaria que reajustara sus citas de la tarde.

El doctor se despidió amable y los vio marcharse, volvió a entrar al consultorio, Bel había sido su última consulta de la mañana, por lo que se sentó a revisar sus notas. Debía organizarlas y

pasarlas al archivo digital que manejaba para cada caso, aunque en vez de comenzar por el primero de esa mañana, lo hizo por Bel. Se le hizo interesantísima y para qué negarlo, bellísima. Eso último no era una novedad, a lo largo de los años, había sido el médico de mujeres hermosísimas, incluyendo actrices, reinas de belleza, cantantes y modelos, sin que esto incidiera en su trato hacia ellas, ante todo, era un profesional que no se relacionaba con sus pacientes. Sobre todo, porque luego de conocer sus trastornos sexuales, como ninfomanía, vaginismo, necesidad de ser maltratadas, o saber acerca de sus violaciones, abusos, entornos pedófilos, entre otros, no conseguía verlas de otra manera, ni siquiera luego de terminado el tratamiento. Por esa razón, le pareció tan atípico que, tras conocer tanto de Bel, en vez de sentirse de la manera habitual, se encontrase queriendo conocerla más.



Juan Pablo condujo hasta un restaurante cercano, en donde se había citado para almorzar con Patricia, la chica con la que había estado saliendo y a la que percibió más cariñosa de lo habitual cuando la saludó al sentarse. Mientras ella pensaba que quería que Juan Pablo se diese cuenta lo perfecta que era para él y que era momento de ser pareja, el médico estaba distraído, analizando la información del cuestionario de Bel, en el que había indicado que solo se masturba en pareja. «¿Acaso no tiene fantasías? Seguro ha sentido vergüenza de admitir sus hábitos masturbatorios, debo preguntarle sobre eso», pensó abriendo la carta del menú.

Tras comer, se despidió de la linda rubia, que lo besó con ansias, movida por un inequívoco deseo de conectar con él, sentía que la entendía de maneras que ningún otro hombre lograba. La atracción de Juan Pablo hacia ella era producto de que era una mujer bastante descomplicada, aunque comenzaba a notar que algo estaba mutando en Patricia. De repente, le parecía que sí quería cierta estabilidad de pareja, aunque antes había expresado lo contrario. No tenía tiempo para sentarse a psicoanalizarla, eso podría hacerlo luego, debía apresurarse a llegar a la cita con la dentista, tenía una ligera sensación de molestia en una muela, cuando comía cosas frías, que lo tenía muy fastidiado.

Llegó con buen tiempo a la consulta, diez minutos antes de las dos de la tarde. Al ver a Bel en el pasillo fuera del consultorio, la estudió de cerca, siempre era interesante ver cómo se desenvolvía un paciente en su cotidianidad. Luego se acercó y la saludó con amabilidad, notando como esta daba un respingo al verlo.

—Ah doctor, cómo está, menos mal que ya llegó —dijo en un tono de voz que a él se le hizo demasiado alto—, pase al consultorio. —Al entrar y cerrar la puerta tras de sí, ella le habló en un susurro, las paredes eran bastante delgadas—. Las consultas son en orden de llegada, no quería que todos los pacientes lo miraran mal por colarse.

—No te preocupes, estoy acostumbrado a que me miren mal. —Bel lo miró confundida ante aquella afirmación, por lo que se explicó mejor—, soy sexólogo y hablo de sexo sin tapujos, más de una persona me mira con reproche. De todas formas, el que me dejaras colarme puede ser nuestro secreto. —El médico se sonrió, ostentando un profuso brillo en sus ojos verdes.

—De acuerdo, sígame. Mi asistente debe estar por llegar, es que aún no son las dos.

Bel se puso la bata y se recogió mejor el cabello en un moño alto, dejando a la vista la primorosa curva de su cuello. Él observó en silencio sus movimientos, analizando la forma en que se lavó las manos y en que dispuso los implementos en la mesa, todo de forma sistemática, con medida, muy profesional. Bel no sabría nunca el grado de escrutinio al que estaba siendo sometida.

—Toma asiento y recuéstate.

La observó ponerse los lentes de seguridad, así como los guantes, colocarle el babero y disponer todo, hasta que finalmente encendió la lámpara y tomó asiento junto a él. Le sonrió de manera simple, casi fingida, poco natural, para luego colocarse el tapaboca y decir:

—Abre la boca, por favor.

Bel no se percató de sus miradas discretísimas, pero algo percibió, era una extraña carga energética que él emanaba que la hacía tensarse. No sabría explicarlo, era la misma sensación que experimentó esa mañana en su consultorio.

—Abre más.

Bel se instó a enfocarse en la dentadura del doctor y no en su mirada atrayente. Juan Pablo por su parte, intentó verse casual, relajado, para disimular que, precisamente, se le antojaba mirarla de manera osada y seductora. Se recordó que no podía, ella era su paciente por lo que estaba fuera de su alcance. La realidad era que, aunque su juramento hipocrático no le permitía acercarse a Bel, la forma en que pensaba no compaginaba para nada con la atracción que experimentaba. Solo le quedaba disfrutar de la vista de sus bonitos ojos azules y del aroma de su perfume cautivador. Todo fue maravilloso, hasta que sintió molestia cuando la odontóloga lo raspó con el explorador dental.

—Tienes una carie, se te filtró un empaste. ¿Tienes alguna contraindicación por la anestesia, eres diabético o hipertenso? —dijo con semblante serio y él negó.

—¡Jefa, le traje un café! —comentó alegre, Alice. —Le juro que... Ah no sabía que ya estaba con un paciente, son las dos apenas...

La asistente de Bel quedó a medias de contarle sobre su encuentro con la barista de la cafetería de la esquina, de la cual tenía hablando todo el mes. Bel le agradeció el gesto, para después indicarle que se sumara al trabajo con prontitud, por lo que comenzó a dictarle las características del problema de Juan Pablo, describiendo en qué molar estaba ubicado, para que la asistente tomara nota y elaborar la historia dental.

Tras preparar la anestesia, le indicó a Juan Pablo que abriera de nuevo la boca, cuestión que él hizo obediente para que ella la aplicara. Por un momento, sus ojos se encontraron y Bel percibió de nuevo esa vibra que él le transmitía, con la que no sabía lidiar.

—Mejor cierras los ojos, así vas a estar más cómodo —indicó con seriedad, sintiéndose aliviada cuando Juan Pablo al fin dejó de mirarla de esa maldita manera.

Bel aguardó, mientras la anestesia le hacía efecto y miró al médico que reposaba tranquilo. Inhaló con fuerza, decidida a seguir con su trabajo. Le indicó a su asistente que le pusiera unos lentes de seguridad al paciente, mientras ella colocaba la fresa en la turbina para taladrar y eliminar el empaste desgastado.

CAPÍTULO 24

Estaba deseoso, sabía que ella jadeaba de forma inconexa cuando le abría las piernas y se perdía ahí, en ese paraíso con sabor a ambrosía. Le fascinaba constatar la suavidad de aquella piel siempre perfectamente depilada, le gustaba besar esos labios primorosos, justo como besaba los de su boca, para luego lamerlos con profusa saliva y succionar con ímpetu de hacerla gritar de placer.

Contaba las horas para que llegara de trabajar. Le había escrito un mensaje preguntándole si ya había dejado de menstruar y esta le respondió que sí, que se lo había preguntado el día anterior por la mañana y le había respondido afirmativamente. Hizo memoria confirmando la información, esa noche estaba tan cansado que, a pesar de las ganas, no fue a verla, había llegado mercancía nueva por la época decembrina, por lo que encargarse de todo eso lo agotó.

Al verla llegar a su oficina, se sonrió de inmediato, ella venía sudada de tanto pedalear, mientras que él estaba muy fresco gracias al aire acondicionado. La miró mientras se abanicaba y se servía un vaso de agua, del dispensador, que bebió con celeridad. Prestó especial atención a cómo la tela empapada de su uniforme se le adhería al cuerpo, así como el sudor abundante le bajaba por el cuello.

—Ven dame un beso —dijo llamándola, Bel le sonrió y obediente, acudió al regazo que le ofrecía—. Dame un beso sudado —reiteró.

Bel deslizó la lengua por los labios de Clemente, abriéndoselos poco a poco, para después lamerlo, morderlo y respirar su aliento. Le pareció que no había cosa más deliciosa que el sabor de su novio, cuya lengua sabía a dátiles. Él le tomó la mano, conduciéndosela al bulto firme en sus pantalones.

—Así me pones con un besito...—Ella lo miró deseosa—. Te recuerdo que me debes múltiples manoseadas desde el martes.

—Mmm, cierto, pero es que ya ves, desde el lunes estaba en esos días en donde me pongo insoportable

—No digas eso.

—Oye, no me quejo, al menos me haces té de manzanilla, me haces cariñitos y me llevas helado a casa. No pretendo que también me soportes.

—Amor, en serio no digas eso.

—Es broma. Mira, déjame descansar un rato, estoy muy cansada, más tarde te prometo que te manoseo y luego pedimos a domicilio algo de comer.

—Sí, sube, date un baño, relájate y yo subo en un rato. «Comemos» y después pedimos comida. —Bel se rio y asintió.

Una hora después, él subió muy dispuesto. La encontró enrollada en una toalla, acostada en la cama con un libro. Comenzó a deshacerse de la ropa, sin que ella siquiera se girara a mirarlo, estaba concentrada en la lectura. Se metió a la cama desnudo y comenzó a besarle el hombro.

—Bel... suelta el libro —dijo en tono dulce.

—En un ratito, cielo, esto está interesante —respondió con dulzura.

—Te aseguro que lo que tengo para darte está más interesante.

—Déjame leer, desde que estoy contigo no leo casi, me estoy convirtiendo en una ignorante — dijo con tono gracioso, colocándose de medio lado, dándole la espalda.

Clemente aprovechó aquel movimiento para colocarse detrás de ella.

—Yo te estoy enseñando otras cosas en compensación. —El tono sugerente de su novio, la hizo reír un poco.

Clemente proyectó su aliento caliente hacia el cuello de ella, para estremecerla. Pegándole el pecho a la espalda y encajándole la incipiente erección entre las nalgas, deslizándole la toalla fuera del cuerpo femenino.

—Mmm —jadeó en respuesta—, ¿no te puedes esperar un ratito?

—No

Le dedicó una mirada libidinosa y se movió tomándola por los tobillos para abrirla las piernas, situándose entre ellas. Bel fingió quejarse por la intromisión y él con tono sosegado, la instó a seguir leyendo. Cada uno podía hacer lo que más le apeteciera.

—Cielo, no te estoy diciendo que no, solo déjame acabar este capítulo —dijo, jadeando al sentir el roce de los labios de Clemente subiéndole por el muslo.

—Tengo medio día pensando en comerte el coño, sigue leyendo si quieres...

—No me dejas concentrarme en...

Las caricias expertas de Clemente la enmudecieron y aunque quería dejar en claro que no siempre se hacía lo que él deseaba, no pudo continuar pretendiendo indiferencia cuando se excitaba con solo tenerlo cerca. Soltó el libro y cerró los ojos, experimentando el estremecimiento que invadía sus fibras, al notar la lengua de su novio que ascendía por su muslo, dejando todo lleno de saliva a su paso. Se recreó en la sensación de aquella barba rozándole la piel y jadeó sin reparos, al sentir el lengüetazo húmedo que le recorrió todo el coño.

Enterró los dedos en el cabello de Clemente, instándolo a permanecer en tan laboriosa tarea. Quería sus labios más cerca, su aliento tibio, sus dientes, todo ahí, entre sus muslos. Bel se percató de cómo se aceleraba su respiración, producto de aquellas sinuosas caricias, le fascinaba sentirse así, asediada por él, eso le generaba tal excitación, que la hacía perder todo raciocinio. Le mesmerizaba la forma en que la miraba con la cabeza enterrada justo ahí, sus ojos oscuros adquirirían un brillo perverso, libidinoso, a la par de su actitud segura de hombre sabedor del poder que tenía su lengua en esas circunstancias.

—Me encanta... me encanta cómo me comes el coño...

Clemente deslizó las manos por las pantorrillas, las apoyó en las corvas y abrió más las piernas de Bel, obligándola así a permanecer bien expuesta, entregada. Mordisqueó los labios, para repartir caricias dentadas por toda la piel sensible, subiendo por el monte de venus, lamió su abdomen, encontrando la tersura de los pechos. Hundió la cara entre ellos, raspándolos con la barba, llevándoselos a la boca como una fruta madura, succionándolos salvaje, lujurioso, para luego recorrer con la lengua, la forma de las aureolas y de los pezones, adorándolos.

—Te amo —dijo antes de besarla.

Bel lo miró con los ojos velados por las ansias que sentía de tenerlo, de sentirlo, le recorrió la piel de la espalda con las manos ávidamente, apretándolo contra sí, mientras él buscaba el camino de regreso a ese punto ardiente, a su coño delicioso. Lo recorrió con los dedos, buscándole la carnosidad del clítoris para acariciarlo despacio, sin apuros, tocándolo con movimientos estudiados, que se sincronizaban con los de su lengua dentro de la boca de ella.

—Avísame cuando estés por correrte.

Ella asintió levemente bajo la incesante necesidad de juntar los labios de nuevo con los de su novio, tenía apetito de mordérselos, de succionarlos con ansias, porque notaba que estaba

enloqueciendo ante el toque de sus impúdicos dedos. Se sentía al borde del orgasmo, sin embargo, no quiso esperar más, arrastró la mano y unió sus dedos a los de él, acelerando los movimientos, haciéndolos más vigorosos para correrse.

—Me voy a correr cielo, me voy a correr... —dijo Bel sintiendo que no podía más.

Él se apresuró al encuentro, el médico les había dejado como ejercicio la masturbación hasta el punto de no retorno y proceder a la penetración de inmediato. Clemente le abrió las piernas y se deslizó en su interior con firmeza, procurando seguir el mismo ritmo con el que segundos antes la tocaba. La encontró suave, ardiente, muy acogedora. Sus cuerpos se entendieron de inmediato como siempre. Le gustó sentir los pezones duros contra el pecho y las manos de su novia jalándole el cabello, en consonancia al placer que recibía.

Bel palpité, se contrajo, crepitando como un fuego que se propagaba al sentir las acometidas de su novio, que la condujeron a un orgasmo de dimensiones insospechadas. Le clavó las uñas en la espalda, ensordecida por el clímax invasivo, que la sumió en una sensación de gozo increíble, gritando desesperada que se venía. Él respondió consonante a la sensación placentera de fundirse con ella y no tardó en seguirla, algo lo atrajo a caer sin remedio, a acabar gruñendo con un grito ronco, seco, derramándose en su interior, llenándola por completo.

Aún con el orgasmo corriéndole por las extremidades del cuerpo, Bel comenzó a llorar, pero esa vez era diferente. Se había corrido, lo había hecho y el llanto era algo secundario. Clemente la abrazó con fuerza, besándola, luego se separó de ella con premura al escucharla ahogar unos sollozos que sonaban muy extraños. Se estaba riendo.

—Ay cielo, perdóname... no sé qué me pasa —dijo aun con lágrimas en los ojos.

Todo ocurrió demasiado rápido, como un súbito sacudón que dejó a su cerebro sin poder procesar todo lo que le ocurría. Se había corrido... con él adentro, por él adentro. Le pareció una sensación increíble, el poder compartir, precisamente, eso con el hombre del que estaba tan enamorada. Clemente la acunó entre sus brazos con cariño y ella solo pudo decirle que lo amaba demasiado.



Los cuerpos reposaron lánguidos, la cabeza de Clemente ocupaba el pecho de Bel, que le profesaba dulces caricias, solo con las puntas de los dedos, en un magnífico tintineo que le electrizaba la piel. Los minutos transcurrían mientras saboreaban una suave sangría llena de frutos rojos, con mucho hielo, con la que celebraron ese maravilloso orgasmo.

Bel lo instó a echarse a un lado sobre la almohada, se incorporó llevando las copas a la mesa noche y se recostó sobre el pecho velludo de su novio. Estiró la mano acariciándole el bíceps, para después dibujar con los dedos la forma de los tatuajes, leyendo esa frase en italiano, cuyo significado ya conocía de memoria: «Lo que no te mata, te fortalece». Luego le acarició los pectorales, rozando los pequeños pezones marrón claro, hasta que sus dedos chocaron con la cadena que él llevaba.

—¿Por qué un cuerno? —Siempre le había llamado la atención el dije, pero nunca había preguntado.

—Es un *cornicello*, un amuleto que usan los italianos en contra del mal de ojo, me lo dio mi mamá. ¿Te gusta? —Bel asintió—. Luego te compro uno.

Ella retomó sus acciones, recorriéndole el torso, deslizando la mano por todo el abdomen. Siguió la curvatura natural del mismo, hasta llegar a la pelvis, en donde las caricias se volvieron más suntuosas, palpando la media erección. Acunó los testículos de forma suave y pausada, para

después empuñarlo, sintiendo cómo se endurecía por completo, llenándole un poco más del diámetro de la mano. Recorrió toda la longitud del miembro erecto un par de veces, tentándolo, excitándolo. Él no tardó en echarse encima, besándola con arrebato, por lo que se quejó... débilmente. Bel tenía pensado ser la que dominara la situación, sin embargo, no le molestó para nada el cambio de planes.

Lo siguió con la vista, al percatarse de que se alejaba rebuscando en el cajón de la mesa de noche. Al regresar, Clemente le preguntó si podían jugar un rato, mostrándole una cinta. Ella asintió y él le ató las manos a la cama, para después ponerle un pañuelo sobre los ojos. Bel sintió el cuerpo laxo, relajado, le apeteció complacerlo. Entonces, notó algo frío recorriéndole el monte de venus, él había sacado un hielo de la copa con sangría, para recorrerle la piel de manera pausada, sosegada, torturándola con el toque helado. Ella arqueó la espalda en acto reflejo, jadeando al sentir el escozor frío en sus pechos, sobre los pezones que se endurecían más ante la caricia.

Clemente deslizó la lengua cargada de saliva y ella jadeó de placer al sentir el cambio de temperatura, del frío, al cálido aliento de su novio, que mordisqueó de manera ávida la carnosidad de esos maravillosos pezones duros, en punta, perfectos. Se metió el hielo a la boca, enfriándose así el aliento para besarla, ofreciéndole el delicioso masaje de su lengua sinuosa. Luego bajó a su abdomen, provocándola con el roce helado, pasó el hielo por los labios del sexo, por los muslos níveos... Le dio la vuelta y siguió la guía de la columna vertebral, para dejar deslizar el, ya casi inexistente, cubito de hielo por la bella espalda.

Entonces, una nueva sensación se unió al cúmulo que ya la hacía jadear en demasía. Lubricante, justo entre sus glúteos, Bel gimió, comprendiendo hacia donde iban sus atenciones, seguía siendo para ella algo demasiado nuevo, solo lo habían hecho dos veces con anterioridad. En esa ocasión, no estaba nerviosa como la primera vez, cuando regresaron de la fiesta de cumpleaños de Clemente, al contrario, se encontraba muy dispuesta y relajada.

—¿Qué es eso? —preguntó tras jadear, al notar la punta de algo cónico presionando, entendiendo que no eran los dedos de su novio.

—Compré un dilatador...

Bel quiso hablar, pero no pudo, se vio interrumpida por su propio jadeo. La sensación, en un principio invasiva y rara, se fue convirtiendo en placentera, conforme trascurrían los minutos. Él era paciente, cuidadoso, siempre prestaba especial atención a hacerla sentir bien. Tras dilatarla, se colocó un preservativo, se embadurnó de lubricante y la acomodó de medio lado por ser esa la posición más fácil para empezar. Le besó el cuello, los hombros, el comienzo de la espalda, mientras deslizaba las manos por la cintura, las caderas... Bel se movió sinuosa contra la pelvis de Clemente, quien deslizó el miembro entre sus nalgas, entrando en su interior despacio, maravillándose una vez más de la manera en que los jadeos de su novia subían de decibeles.

Le tomó la pantorrilla derecha, la levantó y la colocó hacia adelante, buscando espacio. Impulsó la pelvis contra ella, con una lentitud que, para Bel, incluso resultaba torturante, pero debía ser así, ella necesitaba acostumbrarse, abrirse para darle paso, mientras que él se mordía los labios conteniendo las ganas de aumentar el ritmo, dejando escapar gruñidos ocasionales.

Se deleitó con el sublime perfume del cuerpo femenino, cuyo aroma era una mezcla de sudor y excitación. Observó la preciosa curva de sus brazos tensados al estar atados, los pechos expuestos, divinos. El abdomen claro, puro, los muslos mullidos y carnosos, el trasero en pompa, de manera exquisita. Se aferró a las caderas, desplazando el muslo de Bel hacia atrás, sobre el suyo, exponiendo el sexo a sus dedos anhelantes de tocarla y dispensar caricias que hicieran que sus ya sonoros jadeos, se multiplicaran.

Le apartó el cabello del rostro, encontrándola con una expresión desencajada por el gozo, se veía preciosa, con los labios rosas bien abiertos, reaccionando a sus movimientos de pelvis, entrando y saliendo de ella. Le metió dos dedos a la boca y sonrió al ver como los lamia efusivamente excitada, los llevó a su clítoris hinchado, tocándola con infinita alevosía.

—Más, quiero más... y quiero verte.

Él le quitó el pañuelo, ella giró la cara hacia atrás, logrando capturar parte de la imagen del rostro de Clemente, encontrando muy atrayente su semblante siempre lúbrico. Le buscó la boca, la cual lamió con arrebató, mordiéndole el mentón barbado, en reflejo a lo alterada que se sentía.

—¡Suéltame... suéltame! Necesito poder tocarte.

Clemente jaló el lazo y sus manos cayeron, le quitó el amarre de las muñecas y se las acarició para ayudarla a que le circulará de nuevo la sangre. Ella llevó una mano hacia atrás, jalándole el cabello con fuerza, turbada ante todas las sensaciones que él la obligaba a sentir. Bel era un conjunto de gemidos, parecía temblar intranquila, no conseguía quedarse quieta, sentía la piel arder, le costaba respirar de lo rápido que jadeaba, entonces... rompió a llorar.

Estaba tan excitada, tan desesperada que le fue imposible no hacerlo, hundió la cara en la almohada obstinada, frustrada... cansada.

—Cuando termines de llorar te voy a seguir cogiendo, así que apúrate.

Bel encontró la frase trasgresora. Le supuso una distracción que, en todo caso, era lo que su novio perseguía. Levantó el rostro y lo miró anonadada, mientras él la miró lujurioso, con una media sonrisa perversa, dándole a entender una vez más, que ese llanto no le suponía ningún problema, que no dejaba de desearla ni siquiera en esos momentos.

—Ya... ya dejé de llorar —dijo segundos después, evitando sonreírle de vuelta.

—Qué bien —dijo nalgueándola como sabía que le gustaba. Acostándola boca abajo sobre la cama, penetrándola con ímpetu—. Dime a qué ritmo quieres que te coja.

—Así...

—¿Así qué? —dijo Clemente acelerando sus movimientos.

—Así, cógeme así, cógeme duro, coño —respondió apretando los dientes.

Clemente la embistió con fuerza y tiró de su cabello de forma firme, para estimularla como sabía que le gustaba. Bel gimió agitada, descolocada por completo, ante la violencia del encuentro, le gustaba así, presuroso y osado.

Él la tomó por las caderas, obligándola a estar de rodillas para empotrarla con ahínco. Sentía el cuerpo traspirado por el esfuerzo, pero quería más, le encantaba escucharla así, rogando porque siguiera. La vio tocarse con insistencia, buscando la satisfacción del orgasmo. Escucharla gritar producto del clímax, solo le provocó que se le tensara más el miembro. Bel jadeó cansada, su cuerpo comenzó a dejar de responder, por lo que se recostó sobre la cama extasiada.

—No, no, no, levántate —dijo él nalgueándola y Bel giró a mirarlo molesta—. A mí no me mires así. —La nalgueó de nuevo con más fuerza, salió de ella y se arrancó el condón, recostándose en la cama. Se sentía todo sudado y en cierta forma, el frío de la sabana supuso un alivio—. Ven, ahora quiero que me cojas tú, tengo ganas de sentir ese coñito palpitante, ven.

Bel lo miró con fingido odio, se irguió de rodillas sobre el colchón, colocándose a horcajadas sobre su novio, jalándole el cabello con fuerza, haciéndolo gruñir. Se le acercó y le mordió el labio inferior, para después meterle la lengua en la boca con premura, mientras deslizaba su coño caliente sobre toda la longitud del miembro, provocándolo con premeditación.

—Te voy a coger porque yo quiero, no porque tú dices —respondió en un tonito soez que excitó a su novio—. Y cuida la manera en que me hablas, te recuerdo que si quiero me voy y te dejo con las ganas.

Bel no contaba con él estaba especialmente lujurioso. Sin problemas, se irguió, sentándose, con una mano le tomó las muñecas reteniéndola y con la otra la obligó a levantar la pelvis, dirigiendo su erección a su entrada, empujó con la mano la cadera de ella hacia abajo, logrando que se lo clavara todo, de manera demandante, haciéndola gritar jadeante.

—Mentirosa —expuso, empujando la pelvis hacia arriba.

Se metió uno de los pechos a la boca y lo mordisqueó salvaje. La escuchó quejarse, sin que pudiese que parara, al contrario, gimió excitada pidiendo más. La soltó, dejando caer la espalda contra el colchón, seguro de que ella seguiría con los movimientos ondulantes que pronto lo llevarían al cielo.

—Idiota —siseó, Bel, con tonito soez de nuevo.

—Tócate —ordenó—. Apuesto que tienes ganas de correrte otra vez, preciosa.

—Tócame tú —exigió.

Clemente se lamió el pulgar y comenzó a deslizarlo con rapidez sobre el clítoris hinchando. Bel se dejó caer hacia atrás, apoyando las manos en los muslos de él para levantar la pelvis, subiendo y bajando sobre su miembro.

—Así, muéstrame, muéstrame cómo te lo clavas —dijo mientras seguía tocándola con vigor.

Bel se movió en busca de su propio placer, pero también con premeditación, contrayendo los músculos, apretándose a su alrededor con el fin de hacerle enloquecer.

—Cuando te corras, quiero que digas mi nombre —dijo Bel, justo antes de perder el control, dejándose llevar, corriéndose de nuevo.

Tuvo un electrificante orgasmo, que la hizo jadear de forma sonora, friccionando su pelvis en movimientos vibratorios que arrastraron, segundos después, a Clemente, quien, clavando los dedos en sus caderas, dijo su nombre con un tono altisonante, complaciéndola.



Bel encendió una vela con aroma a vainilla para despejar el olor a sexo, que parecía inundar el apartamento. Ya vestidos, se sentaron en el sofá a ver televisión, mientras escogían qué ordenar para comer. Ella para variar, no se decidía por nada, por lo que su novio le sugirió ordenar comida de fusión asiática. Llamó al restaurante y le aseguraron que en veinte minutos llegaría el pedido.

Clemente se tendió boca abajo mientras Bel le daba un masaje en la espalda. En los últimos días, había tenido más trabajo de lo usual, era siempre así en esa época navideña, por lo que ella se dedicó a hacerlo sentir bien, hasta que el sonido de su teléfono interrumpió el idílico momento. Ella se levantó y tomó la llamada, saludando a su padre.

—Belita, ¿dónde andas? Vine a visitarte y no estás.

—Estoy con mi novio, ¿por qué? ¿Pasa algo?

—No, no, es que tu madre está con sus amigas en la casa y me mandó de paseo para estar a sus anchas. Ya sabes que eso casi nunca pasa y con tal que se relaje, la complazco. Iré a casa de alguna de mis hermanas entonces.

—Ok papá, te quiero mucho. Cuídate, me avisas cualquier cosa.

Clemente, al ver el rostro consternado de su novia, le preguntó qué ocurría, esta le contó sobre su padre, por lo que él resolvió decirle que lo llamara y lo invitara a comer con ellos.

—Anda llámalo, así aprovecho y lo conozco de una buena vez.

—¿Seguro?

—Voy a terminar pensando que no quieres que lo conozca. Tú ya conoces a toda mi familia.

—¿Qué? ¿Estás loco? Claro que no. Ya voy a llamarlo.

El padre de Bel se lo pensó dos veces y tras la insistencia de su hija, decidió aceptar la invitación. Llegó cinco minutos después, lo que le tomó dar la vuelta a la manzana. Clemente vio llegar a un hombre alto y delgado, de sonrisa honesta, entendiéndolo a la brevedad que mucho de los rasgos de su novia, eran herencia de su padre.

—Belita —dijo con entusiasmo Fernando al ver a su hija, que lo abrazó de inmediato, para luego presentarle a su novio quien lo recibió con un buen apretón de manos—. Entonces tú eres el novio misterioso.

—Sí, pero no por causa mía, es su hija quien me ha mantenido en secreto.

—Ni misterioso, ni secreto, dejen de hablar tonterías.

—¿Y qué hacemos en un supermercado? ¿Están comprando cosas para la cena? —preguntó Fernando sin comprender nada.

Bel le explicó que el minimercado era de su novio, que su apartamento estaba arriba y que lo habían invitado a cenar. Clemente, le enseñó el lugar y conversaron, animadamente, sobre el negocio, mientras ella cruzaba los dedos, esperando que su padre encontrara agradable a ese hombre que la volvía loca.

Clemente tenía el don de gente, algo que adquirió tras años de trato con el público en general, por lo que no le costó hacerle conversación al padre de Bel. Este resultó un hombre bastante tranquilo, afable al igual que ella, que le contó también sobre su trabajo como ingeniero.

La comida llegó y los tres subieron al apartamento. Bel puso la mesa, sirviendo la sopa de pollo picante con champiñones y tomates *cherry*, entre otros platos del menú. Clemente destapó una botella de vino para la cena, mientras mantenía una conversación de lo más animada con Fernando, que logró que ella se sintiera muy feliz, al notar que los dos hombres más importantes en su vida se entendían muy bien.

Comieron helado de postre, escuchando al padre de Bel, que contaba animado anécdotas de la niñez de su hija, unas graciosas, otras un tanto bochornosas que los hizo recordar con nostalgia los momentos vividos en compañía de la abuela. Fernando notó lo feliz que se veía su hija, nunca le vio de esa forma con Carlos. Le gustó mucho esa situación, como buen padre, quería que su Belita fuese inmensamente dichosa y le pareció que Clemente era un hombre sensato.

—Les voy a tomar una foto —anunció tomando su teléfono.

—Ah sí, cielo —dijo Bel—. Mi papá es de esos que le toman fotos a todo.

El hombre sacó un par de anteojos del bolsillo y tras colocárselos, apuntó con el teléfono en dirección a la pareja, pidiéndole que se juntaran para inmortalizarlos. Clemente colocó con suavidad la mano sobre el hombro de su novia abrazándola y ella se recostó contra él en un gesto coqueto. Ambos sonrieron para la foto, de forma bonita, exudando la felicidad de una pareja que rato antes, había gozado de hacer el amor intensamente. Y así, con un gesto tan simple e inocente, Fernando le cambiaría la vida a su hija para siempre.

CAPÍTULO 25

Bel, como muchas mujeres, se preocupaba demasiado por la gratificación sexual de su pareja y no por la suya, en su caso particular, la movía la ansiedad de gustar y el miedo al rechazo que surgió tras sus primeras experiencias sexuales. Era obvio que Clemente había hecho algo para ayudarla con este problema, por lo que Juan Pablo lo hizo pasar a consulta primero, para hablar sobre sus respuestas en el cuestionario y conocer su desarrollo sexual. Luego, pasó a hacerle una serie de preguntas directas sobre su relación actual, ya que con él no debía tener tanto tacto como con ella. Comprendió que Clemente había priorizado el placer sexual de su novia, siendo paciente, hasta llevarla a un punto en que fue ella la que deseó llegar al coito, él nunca lo exigió. Cuando ocurrió el llanto, se mostró comprensivo y la instó a no reprimirse, lo que la ayudó a ganar confianza. Además, la impulsó a tomar un rol protagónico en su sexualidad, insistiendo en que probase estar encima durante el coito, exhortándola a priorizar su placer y lo más importante, no individualizó la problemática, colocando el peso del éxito de la relación sexual en ella, como había hecho su primer novio. El médico entendió que estaba ante un hombre sexualmente intuitivo y muy comprensivo, que no exhibía ninguna psicopatología significativa que pudiese tener incidencia en el desarrollo de la terapia sexual.

Tras la entrevista, hizo pasar a Bel, revisó su examen ginecológico en donde todo estaba perfecto. Lo mismo sucedió con los exámenes de sangre de ambos, que confirmaban que no tenían problemas de salud que pudiese afectar su desempeño sexual, por lo que abrió su libreta para tomar notas, leyendo las múltiples preguntas que tenía preparadas.

—Cuéntenme, qué tal les fue con el ejercicio.

Bel miró a su novio muerta de vergüenza, mientras le apretaba la mano y Juan Pablo entendió que con ese gesto le pedía que respondiese él. Encontraba muy interesante la intimidad que compartían.

—Bueno, creo que avanzamos algo. Resultó que con la masturbación antes del coito, Bel no lloró y consiguió tener un orgasmo. Sin embargo, lloró poco después de este.

El médico tomó nota, aquella respuesta confirmaba su sospecha. Era probable que la problemática de Bel se debiera a algún conflicto inconsciente.

—¿Cómo fue la calidad del orgasmo? —preguntó mirando a Bel, ajustándose los anteojos en el puente de la nariz.

—Buena, muy buena —respondió mirándolo, notando que, en presencia de Clemente, no la miraba tan fijamente como cuando estaban a solas.

—¿Y el llanto? Cómo fue la intensidad de este, en comparación de cuando te sucede imposibilitando el orgasmo.

—Fue menos intenso, mucho menos... —respondió Bel quedándose a medias.

—¿Realizaron el ejercicio varias veces?

—Una sola vez, yo estuve menstruando y luego tuvimos mucho trabajo.

—Entiendo, lo reanudan esta semana. Por otro lado, estuve revisando mis notas y noté que me dijiste que cuando comenzabas a llorar, ustedes cesaban la actividad sexual mientras esto ocurría, ¿estoy en lo correcto? —Ambos asintieron—. ¿Nunca han intentado seguir teniendo relaciones a

pesar del llanto?

—No —dijo Bel, mientras que Clemente le secundaba negando con la cabeza.

—¿Por qué?

—Bueno...

Bel no supo qué decir.

—Es difícil, ella se altera y siento que es mejor dejar que se tranquilice un poco y después seguir —contestó Clemente.

—Entiendo, pero me gustaría que traten, o sea, que hagan el intento y me cuenten qué sucede —dijo mirándolos a ambos, para después centrar su atención en ella—. Si sientes que no puedes seguir, Bel, pues se detienen, ¿les parece? —La pareja asintió—. Y no te aflijas si lloras, lo importante es que intenten llevar sus relaciones sexuales como lo vienen haciendo hasta ahora, que ha sido muy bien. Por otro lado, me gustaría quedarme un rato a solas con Bel. —Clemente asintió y dándole un beso en la mano a su novia salió del consultorio.

Juan Pablo tomó el cuestionario de Bel y fingió estudiarlo para hacer ver que las siguientes preguntas que le haría eran de tipo improvisado, y no por completo estudiadas desde la semana pasada. Necesitaba completar su entrevista para conocer a profundidad su desarrollo sexual, en pro de obtener una imagen completa sobre lo que le sucedía. Observó la letra femenina muy bonita y prolija, entonces se percató de algo que no vio la primera vez que leyó aquellas páginas: su nombre.

—Isabella Olivero —pronunció en voz alta y de inmediato notó como ella se tensó.

—Solo Bel —contestó fingiendo amabilidad, cuestión que no pasó desapercibida por el médico, cuya intuición le sugirió indagar en el asunto.

—¿Por qué? Isabella es un nombre precioso, además de ser muy elegante.

—Sí, pero no me gusta.

—¿Quieres contarme por qué?

Bel se removió incomoda en el sillón, haciendo que Juan Pablo se interesará aún más por el tema.

—Bueno, de querer... pues no, no quiero. Pero supongo que sí, que sí puedo contarle. —Hizo una pausa, mientras miraba de forma desenfocada la ventana—. Isabella era el nombre de mi abuela materna. Ella era una mujer con una personalidad difícil. Mi abuela paterna creía que los nombres tienen poder, que guardan la esencia de antiguos portadores. Desde pequeña, me apodo Bel, ya siendo mayor, entendí que quiso regalarme la distinción de no parecerme a mi abuela Isabella. A mi madre siempre le chocó este apodo, pero desde niña lo acogí acostumbrándome. Siempre me presento como Bel, solo firmo documentaciones legales, facturas o cosas por el estilo con ese nombre, para todo lo demás, soy solo Bel, así me gusta y prefiero que me llame así siempre.

—No es que me lo estés preguntado, pero a mí también me gusta más Bel, se asemeja más a ti. Confieso que es primera vez que conozco a una Bel a secas y se me hizo precioso. —La miró a los ojos de esa manera que a ella le parecía incorrecta. Él se percató de ese detalle por lo que suavizó las cosas con una sonrisa—. Volviendo al tema, ¿cómo es tu relación con tu madre?

—Tensa... difícil... problemática.

—¿Siempre fue así?

—Sí, bueno... no. Durante mi infancia ella trabajaba mucho, entonces, cuando estábamos juntas todo eran mimos, hasta que empecé a crecer más y dejé de gustarle.

—¿Dejaste de gustarle? ¿A qué te refieres con eso? —preguntó él, llevándose la mano a la

barbilla, un gesto que denotaba interés.

—Decía que era demasiado ordinaria, masculina. Le molestaba eso, intentaba hacerme cambiar, una vez, incluso la escuché hablando con sus amigas despectivamente, diciendo que era probable que terminara teniendo una hija lesbiana, como si eso fuese algo malo.

—¿Qué edad tenías cuando le escuchaste decir eso?

—Tendría unos doce años. Es curioso sabe, porque yo estudiaba en un colegio mixto y me cambió a uno de solo señoritas. Ella quería que dejara de juntarme con niños, porque siempre tuve la tendencia a estar más con ellos. Quería que tuviera ademanes más femeninos, entonces me cambió a este colegio, pero ahora que lo pienso —dijo Bel riéndose un poco—, qué absurdo ¿no? Si pensaba que tenía posibilidades de ser lesbiana, enviarme a un colegio de solo niñas.

—¿Cómo te hizo sentir esa actitud de tu madre hacia ti?

—Ofendida, poco adecuada. Yo me sentía una niña muy normal, excepto cuando ella mencionaba lo contrario. Sabe, es raro, en la infancia me iba todo lo masculino y ahora que soy una mujer adulta me encantan los unicornios, los gatitos, lo rosa, ¿es eso normal?

—Sí —dijo el médico con simpleza—. No tienes por qué ser como eras años atrás, ni siquiera como eras ayer. Los seres humanos tenemos derecho a evolucionar, a cambiar de gustos.

Bel lo miró y asintió.

—Pero ahora eres adulta, eres una mujer... que encajaría en lo que esta sociedad denomina como muy femenina, te noto muy bella y delicada, ¿está tu madre conforme ahora?

—Por supuesto que no. Los motivos para llevarnos mal han variado con el tiempo, pero siguen ahí.

—¿Quisieras contarme cuáles son?

Bel hizo una pausa, se lamió los labios inconscientemente. Gesto que él estudió muy de cerca, mientras ella parecía mirar a la nada, como buscando un punto de foco en donde apoyarse y comenzó a hablar.

—Ahora es que soy poco ambiciosa, no pienso en mi futuro... —Negó con la cabeza, frustrada—. Créame, ella siempre encontrará algo qué criticarme o con lo que estar inconforme sobre mí... Pero al mismo tiempo, a ella no parece importarle lo que pueda molestarme a mí sobre ella, ni sus actitudes...

—Exploremos eso, ¿cuáles son las actitudes qué te molestan de tu madre?

—¿No deberíamos hablar de mis problemas sexuales? —A Bel, hablar de su madre la fastidiaba.

—Sí, pero por los momentos quiero conocerte, llevar un enfoque mixto, psicoanálisis y terapia sexual, hasta poder entender a totalidad lo que te ocurre.

—Entre ella y yo está todo jodido desde mi adolescencia, aunque... mi terapeuta anterior creía que algunos de mis problemas tenían que ver con eso. —Recordó y bajó los hombros derrotada—. No sé... Nunca volví para hablar más del tema.

—Convérsalo conmigo, descubrámoslo juntos. —Asintió desganada—. ¿Por qué sientes que todo empeoró entre ustedes en tu adolescencia? —Bel giró la cabeza para clavar sus portentosos ojos sobre los de Juan Pablo, haciéndolo removerse en su asiento. Descubrió que ella podía llegar a ser intimidante, sobre todo cuando el azul de sus iris se volvía tan ártico, tan duro—. Claro, tomate todo el tiempo que necesites —agregó al notar cómo su humor cambiaba—. Mira... No es obligado, si no quieres hablar sobre tu madre ahora, lo haremos después, cuando te sientas más preparada. Sin presiones.

—Es que, no me gusta hablar de eso, pero al mismo tiempo, siento que ya tengo que dejarlo salir, quiero dejarlo ir de una buena vez por todas. Aunque no es a usted la persona a la que

debería decírselo, es a mi papá.

—¿A tu padre?

—Sí, a él le he ocultado esto por años. —Se levantó del sofá, caminando por la estancia como buscando fuerzas.

Bel llevaba jeans ajustados y Juan Pablo no pudo evitar, por un segundo, dejar caer la vista hacia abajo, analizando el contorno del trasero y de las magníficas piernas.

—Tal vez yo pueda ayudarte a buscar la manera adecuada de decírselo, pero tendría que saber primero a qué te refieres —dijo con un fingido tono de calma, instándose a ser profesional.

Bel caminó de regreso al sofá, tomando asiento. Se soltó el cabello que llevaba en una coleta alta y mordiéndose los labios, enterró los dedos en su melena oscura, apoyando los codos en las rodillas, mirando hacia abajo. Juan Pablo la escuchó respirar de forma pesada, hasta que levantó el rostro en su dirección. Se veía iracunda, violenta, con un semblante de odio que lo alteró. No era la Bel dulce que le había sacado una carie la semana pasada, aquella era otra mujer, una que se veía agresiva y por extraño que fuese, verla así, le aceleró el pulso.

—Mi mamá... —Hizo una pausa—. No —continuó negando con la cabeza, exhaló de forma ruidosa, explicando de esa forma que no conseguía relatar lo que le sucedía.

—¿Quieres agua? —preguntó el médico afable.

—Por favor.

Juan Pablo caminó hasta un dispensador de agua, llenó un vaso que le entregó a la brevedad y volvió a sentarse tomando la libreta entre las manos. Era la primera vez que la veía con el cabello suelto, le pareció que se veía salvaje y que su belleza a un nivel primitivo eclipsaba. Caer en cuenta de ese pensamiento lo desconcertó, sintiéndose de nuevo poco profesional, por lo que miró la libreta en un intento de retomar el control.

—¿Quieres seguir hablando del tema?

—Sí, pero no sé ni por dónde empezar.

—Por donde quieras, ¿qué edad tenías?

—Quince.

—¿Y qué estabas haciendo ese día?

Bel caviló un par de segundos, para después hablar.

—Todo empezó el fin de semana. Una de las niñas populares de clases me invitó a una pijamada, yo no quería ir, sin embargo, mi mamá insistió en que fuese, que me haría bien tener amigas. Mi abuela había muerto y yo aún la pasaba muy mal. Aun así, acepté ir y en realidad, resultó ser un fin de semana muy divertido, sucedió que esas chicas lindas, en realidad, querían ser más como yo, más desenvueltas. Les llamaba la atención mi manera natural de poder conversar con chicos, mientras que ellas no podían. Todo esto se evidenció, porque varios de los amigos del hermano mayor, de dieciséis, estaban en casa y fui yo la que más conversó con ellos. De repente, yo era la gurú sobre cómo hablar con chicos —dijo ella soltando una risa graciosa y Juan Pablo respondió, sonriéndose empático.

»El sábado en la noche, el hermano mayor salió con sus amigos y nosotras atacamos el bar de la casa, sin que sus padres se dieran cuenta. Mezclamos cosas, bebimos, nos emborrachamos riendo, comimos pizza, nos bañamos en la piscina. Despertamos todas, después del mediodía del domingo, con una resaca terrible. Mi padre se dio cuenta y para que mi madre no me montara el regaño del siglo, me envió a mi habitación y se la llevó a ella a cenar, pues sabía que me castigaría si se daba cuenta.

Juan Pablo siguió atendiendo a cada detalle, su intuición le decía que había algo importante detrás de todo ese relato, al mismo tiempo, iba haciendo acopio de cada uno de los rasgos de su

personalidad, no paraba de analizarla.

—El lunes en la mañana, yo aún me encontraba fatal, no sé si por la misma resaca o qué, pero era como si no hubiese digerido lo que cené ese domingo en la noche. No sé de verdad, pero fue por eso que llamé a mi padre para que me buscará en el colegio a media mañana, porque no podía más. Necesitaba acostarme, tenía muchas nauseas.

»Mi padre me llevó a casa, insistió en bajar del auto para quedarse conmigo a cuidarme... Debí dejar que lo hiciera... Tal vez todo habría sido distinto..., debí..., sabe, eso es lo peor, no saber si fue mejor así, si hice lo correcto... Aun no lo sé —expresó, negando con la cabeza, llevándose la mano a la cara, abatida.

—¿Lo correcto sobre qué? —preguntó Juan Pablo, ávido.

—Sobre si decirle o no lo que vi cuando entré a casa. —Bel hizo una pausa, el doctor entendió que le costaba hablar, que iba a contarle que era eso tan nefasto que había sucedido, aunque ya él se hacía una idea—. Mi antigua casa era de dos plantas, al entrar, estaba el recibidor, después el comedor, al costado izquierdo estaba una gran sala de estar, seguida del estudio de mi madre y a mano derecha estaba la cocina.

»Yo tenía puesto los audífonos... Estuve media mañana escuchando Linkin Park para evitar concentrarme en las náuseas, intenté vomitar en el colegio y no pude. Por lo que al llegar a casa caminé a la cocina, recordé que mi abuela siempre decía que había que beber agua a temperatura ambiente, porque eso ayudaba a provocar el vómito, así que me serví un vaso, comencé a beberlo, iba por la mitad cuando me pareció escuchar algo —dijo, haciendo una pausa, de nuevo le costaba hablar—, caminé en dirección al estudio de mi madre, me saqué los audífonos justo antes de llegar a la puerta que no estaba cerrada del todo, para oír mejor...

Bel alzó el rostro que hasta ese momento había mantenido parcialmente agachado, los ojos se veían húmedos, estaba a punto de romper en llanto, tenía la cara enrojecida, le temblaba el labio, se veía por completo vulnerable.

—Los gemidos sabe... —Bel negó con la cabeza—. Y esas palabras... «Esto es lo que querías, ¿no? Que te cogiera duro» de una voz masculina que se escuchaba agitada. Mi mamá estaba ahí, con la cara pegada al escritorio mientras algún mal nacido la empotraba continuamente y ella no paraba de decir que estaba por acabar... —Bel bajó la cabeza, tenía un semblante de auténtico asco—. El vaso se hizo añicos contra el piso y eso la alertó de mi presencia, que miraba estremecida la escena repugnante desde el resquicio de la puerta. Ella levantó la cabeza, separándose de quien sabe qué hombre. Tenía la blusa abierta, los pechos al aire, la falda enrollada hasta la cintura... Caminó hacia mí, que llorando corrí hasta el baño para vomitar, porque, ¿sabe? Fue tanto el asco que me produjo la escena, que no pude hacer otra cosa. Creo que vomité las entrañas ese día mientras lloraba sin parar... Para cuando terminé, mi madre estaba muy alterada y el extraño ya no estaba.

»Me rogó que no le dijera nada a mi padre. «Él no podrá soportarlo» me dijo. «Fue un error, ¿quieres que nos divorciemos?», «Si le dices me dejará y todo será por tu culpa». —Bel negó con la cabeza—. Debí decirle...

Bel comenzó a llorar, a dejar fluir tanta rabia en esa forma líquida que le rodaba por las mejillas sonrojadas. Sus ojos centelleaban fuego, odio puro, pero al mismo tiempo, mucha tristeza. Se sentía culpable por algo que ni siquiera era su culpa. Bel lloró como una niña pequeña, con cierto abandono, como rindiéndose, como dejando que todo ese dolor la colmara.

Juan Pablo la dejó llorar un rato, no sintió lástima, de hecho, se alegró mucho de verla llorar, sabía que el llanto tenía propiedades curativas. El dolor cambiaba a la gente, la hacía mutar para

bien o para mal. Luego sintió un fuerte deseo de confortarla, de abrazarla. Le pasó la caja de pañuelos desechables y la vio hacer un vano intento de secarse las mejillas mojadas. Sabía que no debía, lo sabía, aun así, algo lo hizo continuar, no fue capaz de frenar sus impulsos. Se levantó de su silla, para sentarse al lado de Bel. Le acarició la espalda, la tomó por los brazos y la instó a recibir el abrazo que le ofrecía. La estaba abrazando como hombre, no como terapeuta.

Le levantó el rostro con ambas manos, hizo acopio de la pureza de ambos iris azules cristalinos, de una belleza innegable, de los labios rosas entreabiertos, de la cara enrojecida, contraída. Le pareció más bella que nunca, por la simple razón de que estaba frente a una mujer liberada, al fin había dicho el secreto que tanto la atormentaba. Volvió abrazarla y ella se refugió en su pecho, algo había en él que la tranquilizaba, tal vez, era su perfume masculino de notas simples o su voz monocorde, hablándole al oído, diciéndole que todo iba a estar bien. Sin embargo, se alejó por instinto al escucharle el latido del corazón demasiado rápido, demasiado alterado, así como notar el profuso calor que emanaba de su cuerpo y de la mano que le descansaba sobre la espalda, que parecía capaz de atravesarle la ropa.

Lo miró confundida y encontró algo en ese par de ojos verdes que no supo cómo interpretar, era innegable que su médico la miraba de una manera que no era del todo profesional. Él carraspeó y volvió a su silla, dejando a Bel preguntándose si lo que había sentido sería cierto o solo algo que se había imaginado...

—¿Cómo fue tu relación con tu madre después de eso?

—Mala, como siempre, solo que luego de eso tuve una razón para no querer relacionarme con ella.

—¿Pensabas mucho en lo sucedido o lo evitabas?

—Aunque no quisiera pensar en eso, simplemente lo recordaba... todo el tiempo. —El médico puso atención en cómo sus expresiones pasaban de mostrar rabia a tristeza—. La manera en que se veía su rostro, cómo parecía... gozar... Sus jadeos. ¿Cómo podía hacerle eso a mi papá?

Juan Pablo siguió haciendo preguntas, que ella respondió de manera concisa. Tras hablar mucho sobre lo ocurrido, llegó a la conclusión de que Bel sufría de estrés post traumático. Aquella escena, cambió la visión que tenía de su progenitora, al sexualizarla en un entorno que ella percibía negativo e ilícito, como la infidelidad. Todo indicaba que ese era el origen de un conflicto inconsciente que no le permitía alcanzar el orgasmo durante el coito. Bel había relacionado alcanzar el clímax de esa forma, con todo el dolor y la tristeza que sintió en ese momento, en el que vio a su madre hacerlo con otro hombre. Sumado a eso, aunque comprendía que esta la había manipulado, no podía evitar sentir un profundo sentimiento de culpa por no haberle contado la verdad a su padre.

Su diagnóstico inicial lo llevó a pensar en aplicar un enfoque mixto, primeramente, psicoterapéutico, porque era necesario corregir el sentimiento de dolor asociado al placer sexual. También debía corregir ese pensamiento en donde el peso de que la pareja funcionase recayese sobre ella. Idea que, sin duda, era resultado de la crianza machista a la que había sido expuesta.

El médico concatenó la información que se le presentó en ese momento, con la de la sesión anterior. En donde hablaron de su primer novio, el cual le fue infiel acostándose con su mejor amiga, situación que probablemente la hizo revivir de alguna manera el trauma, al sentirse traicionada por dos personas en las que confiaba. Que su ex alegase que tal suceso se debió, a que precisaba satisfacer sus necesidades sexuales de alguna manera, porque no conseguía lidiar con el llanto de Bel durante el sexo, trajo como resultado que, con Carlos, dejara de lado su propio bienestar, por mantenerlo a él contento, para retenerlo, evitando sentirse inadecuada, al no poder cumplir con un rol sexual de lo que creía normal y los parámetros bajo los que fue criada por su

madre. Le preguntó de nuevo a Bel sobre este hecho, confirmando su teoría, al oírla hablar sobre cómo su mamá siempre le dictó como norma, la necesidad de estar con un hombre, de casarse, de tener un hogar, para apegarse a lo que imponía la sociedad.

También decidió seguir con la terapia sexual, el resultado de los ejercicios que habían practicado con anterioridad, señalaba que los ayudaba, por lo que podían concurrir con la psicoterapia de Bel. El suave y breve pitido de la alarma, que señalaba que los cuarenta y cinco minutos de sesión habían pasado, sonó. Indicándole que solo les restaba otros cinco minutos más para finiquitar cualquier punto.

—¿Tenía mi antiguo terapeuta algo de razón? —preguntó Bel secándose el rostro de nuevo.

—Aún nos quedan muchos puntos por discutir —explicó, mirando sus notas en donde estaban todas las preguntas que aún no había hecho. Bel movió la cabeza en señal de abatimiento ante esa respuesta, estaba harta de no comprender que le sucedía—. Todo parece señalar que lo sucedido con tu madre tiene alguna conexión con tus problemas sexuales. Sin embargo, quiero que en la próxima sesión hablemos más, para después finiquitar los lineamientos de lo que será tu terapia. Pienso que esa experiencia te afectó profundamente al ser tan joven, traumatizándote. Por lo que pude apreciar en tu cuestionario, tú a esa edad no pensabas mucho en el sexo, lo que me lleva a analizar que lo ocurrido, te hizo verlo de una manera negativa. Me parece que, a un nivel inconsciente, relacionas el coito con la emoción que sentiste en ese momento, que fue dolor, tristeza, llanto. Ahora tenemos que desasociar esa experiencia de tu vida sexual.

»Por ahora, quiero que sigan realizando el ejercicio que acordamos y la próxima semana me cuentas. ¿De acuerdo? —Ella asintió y él se le acercó, posando su mano en su hombro y con voz dulce le dijo—. Tranquila, vamos a hacer terapia, todo va a mejorar.

Bel asintió, volviendo a llorar, solo que esa vez se sintió diferente. Se sintió ligera, mucho más tranquila, como si se hubiese quitado un gran peso de encima.

Clemente se puso de pie apenas la vio salir del consultorio, notando su rostro enrojecido, preocupándose de inmediato.

—¿Estás bien, amor?

—Sí... Solo quiero irme a casa.



Clemente condujo y cuando Bel lo vio con ánimos de dirigirse hasta la tienda, le informó de sus ansias de estar sola en casa. Él le preguntó si estaba segura y esta asintió. Al dejarla en la puerta, le preguntó si necesitaba algo y la reacción de Bel, fue mostrarse atípicamente hostil. Lo sintió demasiado intenso, encimoso por primera vez. Solo quería estar sola.

—Cielo, te amo, pero por favor, necesito estar un rato sola.

Clemente asintió y se marchó. Bel por su parte, llamó a su asistente pidiéndole que cancelará todas sus citas. Se inventó una excusa sobre un dolor de cabeza lancinante, por lo que sería una negligencia de su parte trabajar así. Calentó sobras de pasta en el microondas y puso *Grey's Anatomy* en Netflix, tras comer, se sirvió helado e hizo todo su ritual para sentirse mejor hasta quedarse profundamente dormida. Al despertar, eran casi las cuatro de la tarde. Se dio una ducha, se colocó un par de jeans limpios, una camiseta y sus converse.

Salió con paso decidido a la tienda. Se le antojaba ponerse de rodillas junto al escritorio de su novio y darle una buena mamada por soportarle todas las locuras y rollos existenciales — síntoma inequívoco de su sentimiento de inadecuación sexual, que la llevaba a priorizar la gratificación sexual de su pareja—, para después sentarse ahorrajadas sobre él y montarlo hasta

correrse como era debido —señal de que estaba mejorando poco a poco al pensar en su placer—. Al llegar a la tienda, se encontró con Carmen, la encargada, quien le dijo que no sabía en dónde estaba Clemente. Mientras que Andrea, la cajera, respondió siseando que le había visto subir hacía rato. A Bel le pareció ver una mueca en la cara de Carmen, pero ignoró tal hecho.

Subió las escaleras y al llegar a la segunda planta, se dirigió al depósito, encontrándolo cerrado, por lo que era probable que su novio estuviese en su apartamento. Al acercarse, lo escuchó hablar, sonaba alterado, tal parecía que discutía briosamente con alguien, supuso que al teléfono. Como no estaba segura de esto, abrió con cuidado la puerta, para escuchar de qué se trataba todo y determinar si podía entrar. Se asomó sigilosa, llevándose la sorpresa de que Clemente no estaba en una llamada.

Lo vio de pie, con el semblante colérico, el entrecejo fruncido, movía las manos, gesticulando molesto. Bel no consiguió divisar al interlocutor de su novio, este parecía estar al otro lado de la sala, cerca de la cocina y desde esa posición, no pudo verle. El corazón comenzó a latirle con fuerza por la adrenalina de estar haciendo algo incorrecto, sin que eso la hiciera alejarse del resquicio de la puerta que le permitía observarlo. Una sensación extraña la embargó por completo, porque su primera suposición fue pensar que hablaba con su exnovia, Sarah.

—¿Y qué propones entonces? —escuchó a Clemente decir contrariado—. Dame soluciones.

—¿Soluciones? Dime la verdad ¿Te la estas tirando porque te recuerda a mí? ¿Es eso? — escuchó decir a una voz femenina al otro lado de la habitación, una voz... que creyó reconocer.

—¿Estás loca?! Ella no se parece en nada a ti. En nada, ella es buena, dulce, cariñosa y ni siquiera se parece a ti físicamente.

—Quiero que la dejes. Mi hija se merece algo mejor que tú.

A Bel le temblaron las piernas al escuchar esa frase, el desconcierto se apoderó de todo su cuerpo. Sus pies parecían soldados al suelo, sentía que no podía moverse.

—No, no le diré nada nunca y tú tampoco, morirás callada Deborah o te juro que...

—¿Qué? —respondió ella en tono burlón—. Obvio, no quisiera tener que decirle nada, es mi hija por Dios, lo menos que quiero es verla sufrir, pero...

—No parece, ¡bastante mal que la tratas! —exclamó Clemente interrumpiéndola.

—Soy su madre y la trato como se me da la gana, en cambio tú, no eres nadie. Ubícate.

—Soy su novio, vete acostumbrando.

—No, te lo prohíbo, tienes que terminar lo que sea que tengas con ella.

—La amo, Deborah, la amo.

—Ay, por Dios, olvidaba que eres un débil mentecato. Por eso terminaste teniendo una tiendita de comida, no tienes agallas, ni carácter.

—No te permito... —gritó Clemente iracundo.

—Ay, por favor, guárdate el papelito de machito ofendido. Te quiero lejos de mi hija. —Lo miró con desdén—. Esa niña es incapaz de hacer algo bien... —miró al techo con una expresión de cansancio—, al menos Carlos era banquero... Pero tú, o sea tú. —Negó con la cabeza soltando una risa maliciosa—. No, me niego. No me obligues a decirle lo que pasó entre nosotros.

—¡No lo harías! Ya lo dijiste, no quieres hacerle daño.

—Tengo más de trece años aguantándome las pataletas de esa mocosa porque nos vio en el estudio, ya lo sabe... A mí aún me odia, ¿qué crees que va a pasar cuando se entere que eras tú? Mejor invéntate algo, déjala para que no sufra tanto, porque de enterarse de lo que pasó entre nosotros te va a odiar, de eso que no te quede la menor duda, porque a mí, que soy su propia madre, no me lo perdona. Pasan los años y esa niña me lo sigue echando en cara. Tú veras —dijo

caminando hacia la puerta—. Tienes dos opciones: o la dejas por las buenas o ella se enterará y te odiará... —continuó con su habitual tono condescendiente, sintiéndose ganadora, aunque en realidad, no quería tener que ser la que tuviese que develar aquello, prefería que él la dejara.

Cuando Deborah llegó a la puerta, se encontró con su hija con los ojos llorosos, con el rostro trasfigurado, mientras que ella no pudo hacer otra cosa que quedarse estupefacta. Se suponía que Bel debía estar trabajando, ¿qué rayos hacía ahí?

El fuerte bofetón hizo que saliera de su ensimismamiento momentáneo. Bel la había golpeado con todas sus fuerzas, para después mirar a Clemente sin una brizna de amor por él, en sus ojos azules solo brillaba la ira, el odio y en especial, el asco. Se dio la vuelta y comenzó a bajar las escaleras de prisa, escuchando varios segundos después como él le pisaba los talones. Logró salir de la tienda, se secó los ojos con los dedos, necesitaba ver para poder cruzar la calle. Consiguió hacerlo antes de que el turno del paso peatonal se extinguiera, dejó a Clemente al otro lado, teniendo que esperar. No fue a su casa, sabía que él la iría a buscar ahí, en cambio, tomó un taxi con destino a casa de sus padres. La ira le dio el coraje para hacer lo que no pudo trece años atrás.

CAPÍTULO 26

A Clemente le pareció que los pechos de Bel eran abundantes y deliciosos. Precisos. No eran ni pequeños, ni demasiado grandes, eran perfectos. Le fascinaba que tuviesen unos pezones tan delicados, que se erguían endurecidos ante sus caricias. Le encantaba enroscar la lengua a su alrededor una y otra vez, llenándolos de saliva, para después intentar que le entrara el pecho lo más posible en la boca. Se deleitaba al hundir el rostro en su escote, en ese abismo donde el olor era sublime.

Los gemidos de Bel eran música. Sonidos placenteros que lo mantenían en un estado perpetuo de lujuria. Solo quería estar ahí, entre sus piernas, dedicándose a ver los cambios, en el cuerpo femenino, producto de la excitación. Lo maravillaba notar cómo se abrían sus labios turgentes, respirando acelerada y cómo la piel se le erizaba cambiando de tonalidad, enrojeciéndose. Le gustaba sentirse preso entre las paredes húmedas, apretadas y suaves de su sexo aterciopelado, dejándose llevar por sus contracciones, cerrar los ojos y percibir cómo la profusa humedad que lo embadurnaba, corría entre sus muslos. Ella lo marcaba con su dulce néctar.

Sucedió entonces que, por primera vez en su vida, quería más.

Clemente no supo cuando sucedió, solo pasó. Simplemente, se enamoró de Bel. No quería irse por las noches de su casa, no quería despertar sin ella en la cama, ni desayunar nunca más sin su compañía. La amaba tanto, que le dolía el pecho de pensar en no tenerla. Entonces, hizo lo que hace todo hombre que siente que no puede respirar, si no tiene a la mujer de su vida consigo. Esa noche, mientras ella dormía, fue hasta su joyero y con cuidado, sustrajo lo que necesitaba. Tan solo habían pasado siete meses juntos, pero estaba seguro de que dentro de unos pocos más, le pediría matrimonio. Nunca había sentido algo así, de eso estaba seguro.



A Clemente le parecía que las dudas existenciales se le pasaban poco a poco. No era el mismo hombre que solía quedarse abstraído entre las vitrinas de la tienda pensando, analizándose, como si no hubiese actividad más importante que saber qué hacer con su vida. Desde que conoció a Bel, sus prioridades se habían reconfigurado, ya no pensaba solo en sí mismo, sino en un futuro para ambos. Se preguntó si podía ser tan feliz, si era posible sentirse de esa manera tan exultante y prolongar la sensación indefinidamente. Decidió no perder el tiempo en eso y concentrarse en el presente, y siguió mirando estilos de anillos de compromiso en su *tablet*. La imaginaba diciendo: sí, entre gritos, abrazándolo, besándolo, desvistiéndolo con dedos temblorosos, mientras él lo haría con mesura, para después hundirse en ella.

La boda no lo emocionaba, pero sí lo que proseguía, una vida juntos. Bel, desnuda en su cama día y noche, dejando su esencia dulce por doquier. Abrir los ojos y que ella fuese lo primero que viera por las mañanas. La felicidad que le produjo imaginar eso, lo hizo sentir miedo, porque recordó las palabras de su *nonno*, pero una vez más, decidió concentrarse en el presente y volvió a mirar los tipos de cortes de piedras preciosas. No sabía cuál comprar, podía darse el lujo de escoger algo en verdad bonito y caro, tendría que pedirle ayuda a su hermana, Olivia. No se decidía entre darle un anillo tradicional con algún diamante o si comprar algo diferente como ella,

tal vez un zafiro para que combinase con sus ojos.

Pensó también en que, conociéndola, no querría algo demasiado ostentoso, Bel solía lucir siempre joyas pequeñas y delicadas. Era muy elegante, de detalles diminutos, sabía que un gran anillo llamaba la atención, pero que, a la larga, no le sentaría cómodo. Era probable que solo lo usara de vez en cuando, porque con su profesión y los guantes, sería más normal que usara solo la alianza. De repente se quedó pensando en sí mismo, estiró la mano percatándose de que él también llevaría una, la idea, en vez de asustarlo, le gustó bastante.

Alguien tocó la puerta de su oficina, sobresaltándolo. Los empleados solían tocar y hablarle, informándole de su presencia, sin embargo, nadie se anunció. Se puso de pie y caminó hasta la puerta, al abrirla, se quedó atónito un par de segundos, no esperaba encontrarse con el mismísimo diablo en persona: Deborah.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en mal tono.

—Tenemos que hablar —respondió ella, también en mal tono.

—¿De qué?

Clemente seguía por completo desconcertado por la presencia de esa mujer en su tienda. Deborah, lo miró con desdén y pasó a su oficina sin ser invitada.

—De Isabella.

—¿De quién? —preguntó aún más confundido.

—De mi hija, de Bel.

Ante aquella afirmación, Clemente la miró anonadado, por completo aturdido. Le tomó varios segundos procesar lo que esa mujer le decía, hasta que pudo volver en sí.

—¡¿Qué?!

—Sí, no te hagas el imbécil, me oíste hablar mil veces de mi hija, Isabella.

—Espera, no entiendo nada.

En ese momento, tocó la puerta Carmen, la encargada, para preguntar algo sobre un pedido y él no supo que responderle, por lo que se marchó.

—¿Podemos hablar en un lugar donde no nos interrumpen? —preguntó Deborah.

Clemente estaba en shock, era tanta su estupefacción, que no conseguía asimilar la situación. Se preguntó de qué estaba hablando esa mujer. Su cerebro trataba de procesar la información sin conseguirlo, o tal vez no quería, se negaba a creer que algo tan magnífico como su novia, pudiese provenir de las entrañas llenas de alquitrán de Deborah. Debía haber algún error, no podía ser, no podían estar hablando de la misma persona. Quiso hablar, pero una nueva intromisión de Carmen lo evitó, había vuelto para entregarle una factura y al notar la tensión en el ambiente, se retiró.

—¿Te piensas quedar parado como un perfecto imbécil todo el día o vamos a hablar? —expresó Deborah, alejándolo por un momento de sus cavilaciones.

—No me hables en ese tono. Arriba... podemos hablar arriba —consiguió decir, mirándola con odio.

Al entrar al apartamento, Deborah miró todo a su alrededor, sintiéndose atraída por el agradable aroma que desprendía el lugar, tal como le pasaba a su hija cuando aspiraba la esencia masculina que lo invadía. Le pareció que Clemente se veía mucho más atractivo que hacía trece años atrás. La barba lo hacía lucir diferente, también la ropa, lejos estaba del muchacho excesivamente guapo que siempre iba de punta en blanco, en un traje de corte italiano con camisas planchadas a la perfección. Opinó que lucía desenfadado, casual, aunque con una barba demasiado larga para su gusto, no obstante, perfecta para el de su hija, que le fascinaba.

Él no solo se veía diferente, era un hombre muy distinto que no se iba a dejar amedrentar por ella. Apenas cruzó el umbral del apartamento, le pidió explicaciones y más importante aún,

pruebas. Le perturbaba la idea de que su amada Bel pudiese ser hija de un ser como Deborah. Por desgracia, las descripciones que daba de su novia eran precisas. La miró descolocado, el shock lo superaba. Deborah volvió a mirarlo con desdén, fastidiada por su actitud, le mostró una foto de su hija en compañía de su marido y ella, en su teléfono.

Comenzaron a discutir, las cosas se tornaron verbalmente agresivas con rapidez. Se reclamaron cosas del pasado y ella le exigió que se alejara de su hija, mientras que él por completo en pánico, pidió lo contrario, rogándole para que no dijera nada. Se moría de la rabia al sentir que su felicidad estaba en manos de un ser maligno como Deborah. Se negó a decirle la verdad a Bel, porque el miedo a perderla lo apelmazó. Pensó en que no le podía estar pasando todo eso, la amaba demasiado.

Ver a su novia minutos después abofetear a su propia madre, para después mirarlo con displicencia, lo derrumbó. Quien lo miró no era la mujer de la que estaba enamorado, parecía otra. Le tomó un par de segundos comprender la situación, tras salir del shock inicial, consiguió entender que debía ir detrás de ella. Al pasar junto a la puerta, Deborah le habló, pero ni siquiera consiguió oírla o tal vez no quiso hacerlo, corrió detrás de Bel, necesitaba explicarle, aunque no tenía ni la más mínima idea de qué iba a decirle. Solo necesitaba que ella recordara cuánto la amaba.

Corrió con fuerza, todo lo que le dieron las piernas, casi alcanzándola... La divisó a lo lejos, tomando un taxi y si bien, corrió hasta casi rozar el auto con los dedos mientras gritaba su nombre, no consiguió llegar a ella. En el proceso, casi lo atropellan, estaba tan descontrolado, confundido, por completo desubicado, que no sabía ni lo que hacía. Volvió caminando a la tienda, al entrar, los empleados lo vieron pasar abatido, por lo que guardaron silencio, pretendiendo seguir en sus oficios. Subió hasta el apartamento, había dejado su teléfono ahí, necesitaba llamarla, explicarle. Entonces vio a Deborah, en el calor del momento, se había olvidado de su presencia. Estaba en el sofá, llorando inconsolable, con un rictus de aflicción y el rostro contraído por el llanto. Justo ahí, encontró una semejanza con su novia. Bel lloraba exactamente igual.

—¿Dónde está? ¿Qué te ha dicho?

—No sé a dónde fue, no pude alcanzarla.

—¿Cómo que no sabes? Eres un inútil, no sirves para nada —dijo irritada.

—¿Pero tú quien coño te crees? Eres una maldita desgracia, un ser despreciable. Déjala en paz, deja de joderle la vida, aléjate de una buena vez de Bel, aquí la única que no la mereces eres tú. Lárgate de mi casa y nunca en tu miserable existencia vuelvas a acercarte a mí —dijo Clemente enfurecido, tomando el teléfono para llamar a Bel.

—Nunca te va a perdonar. Al menos algo bueno salió de esta conversación —soltó con malicia.

—¡Maldita seas, Deborah! ¡Maldita seas mujer del infierno! ¡Lárgate de una puta vez, todo lo que tocas lo conviertes en una desgracia! —gritó desesperado lleno de rabia.

Clemente le dio la espalda, no quería verla ni un minuto más. El portazo, segundos después, le avisó que se había ido. Siguió llamando hasta que Bel apagó el teléfono. Caminó por el recinto dando vueltas como un león enjaulado, no sabía qué hacer, rechinaba los dientes de la rabia, le costaba respirar. Llamó y llamó, pero siempre le salía la contestadora. Tomó las llaves de la camioneta y condujo hasta la peluquería de Marcelo, ella no estaba ahí y por la cara de sorpresa de él, se dio cuenta que no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Le preguntó por la dirección de la casa de los padres de Bel y este le dijo que no conocía la actual, solo la anterior, esa que Clemente también conocía, porque fue en donde ocurrió todo.

Golpeó el volante histérico. La llamó y gritó enfurecido al escuchar la contestadora de nuevo.

Aquello no le podía estar pasando. Podía escuchar la voz burlona de Deborah en su cabeza, repitiendo en bucle: «no te va a perdonar» y eso lo hacía perder las esperanzas de todo. Iba en caída libre hacia la miseria, se sintió fenecer de solo recordar la mirada en el rostro de Bel, le transmitió toda la decepción que sentía, pero, sobre todo, un odio aniquilador. Negó con la cabeza, eso no podía estar pasando, ella no podía dejar de amarlo, no podía, no era posible, lo que sentían era demasiado grande. La rabia, la desesperación, lo carcomieron. Los latidos de su corazón le retumbaban en los oídos, su cuerpo parecía temblar por la ira.



Fernando no tenía ni idea de lo que había causado, tras llegar de la cena aquella noche, le comentó con entusiasmo a su esposa, que podía dejar de preocuparse acerca del nuevo novio de Belita. Le contó sobre la velada, así como sus apreciaciones sobre el muchacho que había percibido muy centrado, agradable y bastante educado. Una descripción muy distinta a la que Carlos había dado. Clemente, no tenía para nada el mal aspecto que este había asegurado. Al escuchar ese nombre, Deborah no pudo evitar alterarse. Disimuló lo mejor que pudo, rogando para sus adentros que se tratase de otro Clemente. Movida por la preocupación, comenzó a preguntarle a su esposo sobre el aspecto en concreto del novio de su hija. Fernando, resolvió ser práctico y mostrarle la fotografía que les había tomado.

Deborah, lo reconoció de inmediato a pesar de la barba. Habían pasado muchos años, él se veía más adulto, sin embargo, esos ojos negros de mirada sagaz, permanecían intactos. Estupefacta, fingió estar muy cansada y se fue a dar un baño, comentándole a su esposo que seguirían conversando en breve. Aquella era una excusa para poder refugiarse y entrar en crisis en paz. La rabia la invadió, insultó a Clemente de todas las maneras posibles, asqueada de que hubiese decidido meterse, precisamente, con su hija.

Tras la ducha, se instó a calmarse, su esposo no debía sospechar nada. Al entrar a la cama, siguió perpetuando su acto de madre curiosa, preguntando sobre la cena, porque necesitaba saber cómo localizar a Clemente. Inocente de sus intenciones, Fernando, le proporcionó todos los datos necesarios. Esa noche se quedó dormido muy tranquilo, pensando en que las cosas volverían a la normalidad y que pronto podría tener de nuevo a su hija cenando con ellos en compañía de su novio.

Por eso, de ninguna manera se figuró que podía estar sucediéndole a Bel, cuando al abrir la puerta de su casa, la encontró llorando desconsolada. La lógica lo llevó a pensar que esta había tenido algún problema en el trabajo o algo por el estilo, jamás sospecho la información que su hija iba a proporcionarle. Por un momento, no supo cómo sentirse y la primera reacción que tuvo fue contra ella, gritándole.

—¿Por qué no me lo dijiste?!

Bel bajó la cabeza llorando, su complejo de culpa se magnificó.

—Perdóname papá... es que... ella me dijo que si te lo decía se iban a divorciar... Que iba a hacerte daño saberlo y ahora después de tanto tiempo, está pasando, perdóname por favor —dijo echándose a llorar en el sofá.

—No, Bel, no llores. —Su padre tuvo que dejar la ira a un lado, al percatarse del sufrimiento que vivía su hija.

—Es mi culpa, no tuve la madurez...

—¿La madurez? ¡Eras una niña! —La interrumpió agitado—. Solo hiciste lo que tu madre te pidió, no llores, no es tu culpa. De ahora en adelante, no vuelvas a ocultarme nada, hija. Yo soy tu

papá, siempre te voy a creer a ti, ¿me entiendes? —señaló, lleno de rabia, mirándola con seriedad.

Bel asintió.

—Papá... era Clemente, papá... te juro que no lo sabía... —balbuceó, hipeando del llanto entre sus brazos.

—¿Clemente?

—El tipo con el que mamá estuvo ese día, era Clemente —reiteró, sorbiéndose la mucosidad que le descendía de la nariz con el dorso de la mano.

—¿Qué? ¿Él te lo dijo? —gritó Fernando encolerizado.

—No, encontré a mamá esta tarde hablando con él sobre eso. Papá, lo supo siempre, me vio la cara de idiota...

—¡Lo mato! ¡Te juro que voy a matarlo! —exclamó furioso, queriendo levantarse.

—No papá, no, por favor —dijo abrazándolo, convenciéndolo de que no fuese a hacer una locura.

Bel lloró desconsolada, no podía creer que tenía meses saliendo con el examante de su madre. En un principio, lo que fue una sensación visceral de repulsión hacia él, que la hizo salir corriendo de su apartamento, se convirtió en ira al recordar a su madre decir: «¿Te la estas tirando porque te recuerda a mí?». Su actitud se volvió transgresora, quería confrontarlo sin más dilaciones.

—Papá, me tengo que ir... ¿Qué le dirás a ella?

—Tu madre va a oírme, créeme.

Fernando estaba furibundo, no solo por la infidelidad de su esposa, sino por lo que le había hecho a su hija, sometiéndola al peso de tener que ocultarle todo lo ocurrido. Sintió rabia al recordar a su esposa tranquilizándolo, asegurándole que el estado cabizbajo de su hija por esa época se debía a la pérdida de su abuela, cuando, en realidad, era todo aquello.

Un par de minutos después, Deborah entró a la casa con su típica actitud altiva. Apenas se percató de la presencia de su hija, se quedó pasmada y al mirar a su esposo, comprendió que esta le había revelado todo. Fernando la miró con el mismo semblante de repugnancia, con el que lo había hecho Bel en el apartamento de Clemente. Lo miró enmudecida, llena de miedo, intentando pensar en alguna alternativa para sortear la situación y lograr que su esposo la perdonara.

—Hija, déjanos solos, necesito hablar con tu madre.

Bel asintió y caminó hacia la salida, dedicándole una mirada de rencor en toda norma. Aquel gesto no amilanó a Deborah, así era ella, por muy destruida que estuviese, jamás bajaba la cabeza ante la adversidad, ni siquiera cuando su derrota era evidente. Fernando, inhaló aire en busca de calma, harto de su teatro, conocía a su esposa y sabía que esa no era más que una fachada. Tendría que oír todo lo que tenía para decir.



Bel, encendió el teléfono mientras iba en un taxi camino a su casa, recibiendo todas las notificaciones de las llamadas perdidas de Clemente y sus mensajes. «Déjame explicarte», leyó y se rio sarcástica, ¿qué podía explicar? «Te cogías a mi mamá», pensó. Decidió devolverle la llamada, percatándose, segundos después, de que no era necesario, él la estaba esperando sentado en la entrada de la casa, viéndose abatido. Bajó del taxi para enfrentarlo, no obstante, cuando puso un pie en la acera, el coraje pareció diluirse.

Pasó a su lado y abrió la puerta de la entrada, notando como él se levantaba, situándose a su

espalda. Entró a la casa permitiéndole pasar también y Clemente la siguió como un cachorro abandonado, como un pobre infeliz que no sabía ni qué decir o qué hacer para que el amor de su vida no lo dejara.

—Entonces —dijo Bel— ¿Me cogías por qué te recuerdo a ella?

—No —respondió Clemente, saliendo de su entumecimiento—. ¿Estás loca? —Tras decir eso cerró los ojos al darse cuenta de su error, no debió llamarla de esa manera—. Escúchame, amor.

—No me llames loca, ni tampoco se te ocurra decirme amor.

—Bel... por favor —Le tocó el hombro, queriendo atraerla hacia él, pero ella reaccionó mal a su tacto.

—¡No me toques! —exclamó colérica—. No vuelvas a tocarme en tu puta vida, Clemente. ¿Cómo pudiste? ¿Cómo te acostaste con ella y después conmigo? ¿Por qué? ¿Qué clase de enfermo eres?

—Bel...

—Eres un desgraciado —expresó ella, interrumpiéndolo—. Un cerdo asqueroso... Dime algo, ¿Quién te gustó más? ¿Ella o yo? —continuó con tono sardónico.

—Bel...

—¿Me hacías las mismas cosas que a ella o nos gustan cosas diferentes?

—Bel...

—¿Quién te lo hizo mejor? ¿Acaso heredé las habilidades orales de mi madre? ¡Vamos, dime! ¡Dime! —Lo empujó con fuerza llena de rabia—. Apuesto que seguro te gusta más como lo hacía esa mujer, obvio, ¿no? Ella no llora como una estúpida...

—¡Bel, maldita sea, ya no sigas hablando! —gritó, fúrico al escucharla decir todas esas cosas—. ¡No lo sabía! Te juro que no lo sabía, no sabía que ella era tu madre —expresó desesperado—. Te lo juro por lo más sagrado... Y gracias a Dios que no lo sabía, porque de haberlo sabido, nunca me habría acercado a ti, nunca te habría conocido. Bel, yo te amo... yo te juro que...

—¡No digas eso, no digas eso ahora! —vociferó Bel, interrumpiéndolo, llevándose las manos a la cara, frotándose en un gesto de desesperación—. No me hables, no me hables —dijo sentándose en el sofá abatida—. No te creo nada.

—Bel, por favor, tienes que creerme, te lo juro que no sabía —agregó arrodillándose a sus pies.

Clemente quiso tocarla, pero ella rechazó su tacto de nuevo y eso lo enloqueció. Se puso de pie, dándole la espalda, gritó enfurecido una serie de maldiciones a la nada, necesitaba desahogarse de alguna manera. Segundos después, se giró hacia Bel, dispuesto a pedir perdón por algo que había desconocido hasta ese día, no le importaba.

—¿Sabes qué es lo que más me molesta? —Bel se levantó del sofá encarándolo—. Bueno, qué carajos estoy diciendo, todo me molesta, pero lo que más me jode, lo que más me duele, es que no pretendías decirme nada. Te oí confabulando con ella, diciendo: «no le diré nada nunca y tú tampoco». ¿Por qué, Clemente?

—Entré en pánico. —Se encogió de hombros—. Fue mi reacción de momento. No quiero perderte, por favor, amor, tienes que entender que yo...

—No me interesa —dijo, interrumpiéndolo—. No me interesa, hace rato quería insultarte y... abofetearte y ahora... No me interesa nada de lo que tengas que decir, porque nada, absolutamente nada de lo que digas va a conseguir que yo pueda besarte o tocarte de nuevo. Me das asco, Clemente, mucho asco y esa sensación que tengo en las tripas no se va a ir.

—Bel, amor...

—¡Qué no me llames así! No me llames así. ¿Cómo pretendes decirme que no sabías de mí?

¡Por Dios!

La lógica de Bel, le indicaba que Clemente le mentía de la manera más vil. Él sabía de su existencia, porque fue ella quien los interrumpió ese fatídico día, cuando tenían sexo en el estudio de su madre.

—No voy a dejar que me veas la cara de idiota, ya eso lo has hecho por más de seis meses... Y yo como una estúpida diciéndote cosas como que eras el hombre de mi vida —Se le quebró la voz en ese momento y le golpeó el pecho con toda la fuerza que pudo reunir—. ¡Maldito! ¡Maldito enfermo! ¿Qué? ¿El modelo anterior te dejó de gustar y me buscaste a mí que soy la versión nueva?

—Ya te dije que no lo sabía —aclaró una vez más, tomándola de las muñecas para evitar los golpes reiterados que ella le procuraba en el pecho—. Te vi por primera vez en la tienda, te juro que no tenía ni idea de que eras su hija.

—¡Mi nombre por Dios! ¿Vas a decirme que nunca le oíste hablar de mí?

—Sí, de Isabella, tú me dijiste que te llamabas, Bel.

—El apellido...

—Tu madre nunca uso el de tu padre, ya eso deberías saberlo.

—Excusas... Clemente, ¡soy su hija! —Se señaló a sí misma—. ¿Cómo pretendes que te crea lo que me dices?

—Tu madre y tú ni siquiera se parecen.

El que Clemente respondiera a esas preguntas solo consiguió enfurecerla más, al punto de perder la razón, golpeándolo reiteradamente mientras comenzaba a llorar desesperada y afligida. Cada respuesta que le daba, hacía más palpable la realidad, una en donde él si había tenido sexo con su madre.

—¡Te odio! —gritó histérica.

Clemente la tomó de las muñecas, rogándole que parara de golpearlo, suplicándole que lo escuchará, que le dejara explicarle, pero ella estaba fuera de sí por completo.

—Bel, amor, ahora las cosas parecen que no tienen solución, pero créeme que en unos días...

—¡Lárgate! Maldita sea, ¡lárgate! —exclamó furiosa.

Clemente intentó abrazarla, sin que ella lo permitiera.

—¿No entiendes? ¿Acaso no lo ves? Que te veo y en lo único que consigo pensar es en mi madre con la falda hasta la cintura, con los pechos al aire gimiendo, maldita sea, ¡gimiendo! mientras tú le decías: «Esto es lo que querías, ¿no? Que te cogiera duro», ¡tal como me dijiste a mí semanas atrás! No, Clemente, no puedo estar contigo, no puedo —gritó encolerizada mientras le temblaba el labio—, porque en lo único que pienso es en cómo la empostrabas contra el escritorio.

—Amor... por favor —pidió él, poniéndose de rodillas, abrazándose a las piernas de Bel—. Por favor, amor, te lo pido, escúchame, créeme que con tu madre...

—No, maldita sea, no. No me toques. —Se lo quitó de encima, separándose de él—. Vete por favor. Sal de mi puta vida, lárgate. Me das asco, ¡Asco! No puedo pensar en otra cosa que en tu maldito pene dentro de mi mamá diciéndole esas cosas.

—Bel...

—Me jodiste la adolescencia —expresó, tajante—. ¡Me jodiste la vida sexual!

»El doctor Juan Pablo cree que lloro porque ver a mi mamá ese día me traumatizó. Se lo conté esta mañana, por eso estaba mal, por eso no fui trabajar, porque de solo recordar ese maldito día me descompongo de una manera que no sé manejar, ¿no lo entiendes? Me destruiste no una, sino dos putas veces la vida. —Bel rompió en llanto—. Entonces voy a verte y me encuentro con que

estás con mi mamá planeando seguir manipulándome...

»Dos putas veces me maldices con tu presencia en mi vida. —Bel se secó las lágrimas con rabia del rostro—. No me la jodas más, lárgate... Déjame en paz, no me busques, déjame en paz. Entiéndelo, me repugnas.

El pecho de Clemente se comprimió al escuchar a Bel hablarle así, al punto de notar que le faltaba el aire. Le siguió de una sensación de encogimiento en el estómago, su corazón pareció saltarse un latido, desacelerándose, haciéndole sentir un vacío tan hondo, un dolor tan profuso, que comenzó a llorar.

—Perdóname... —dijo con un hilo de voz poniéndose de pie—. No quise... Te lo juro, no quise hacerte daño, ni antes y mucho menos ahora... Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Bel, lo mejor. Te juro que no sabía que Deborah era tu mamá.

Escucharlo decir el nombre de su madre, solo consiguió que todo fuera más tangible, más cierto y volvió a llenarla de rabia. Lo jaló por el brazo llevándolo hasta la salida de su casa para que se fuera. Clemente se resistió, consiguiendo abrazarla. Con agilidad, la acunó contra su pecho y contra todo pronóstico, ella lo permitió porque no sabía cómo procesar lo que le estaba ocurriendo. Simplemente, hundió la cara en su cuello mientras lloraba desesperada.

El dolor de Bel era profuso, inmensurable. No se diluía.

—Perdóname... —susurró Clemente a su oído, repetidas veces.

—No puedo —contestó alzando el rostro, encontrándolo con los ojos llorosos y el labio tembloroso—. Te juro que no puedo, vete por favor... no me hagas más daño —rogó entre lágrimas.

Clemente la soltó atendiendo a su pedimento. Se marchó llorando, odió su suerte, pensó en que era injusto todo lo que le estaba ocurriendo, al fin, había conseguido a la mujer de sus sueños y resultó que era hija de ese ser al que ni siquiera quería dirigirle la palabra. Se sintió destruido, apenas consiguió caminar hasta la tienda. Al llegar, ignoró todo, subiendo a su apartamento, en donde empezó a beber todo el contenido de las botellas de alcohol que tenía. Al cabo de un rato, estaba borracho y llorando, al punto de que Carmen tuvo que llamar a Olivia, no había quien cerrara la tienda.

—Clemi, ¿qué ha pasado? —preguntó su hermana, preocupada al verlo en ese estado, sin que él pudiese explicarse demasiado, debido a su estado de ebriedad.

CAPÍTULO 27

Bel tomó una pastilla de ibuprofeno, le dolía la cabeza por tanto llorar, eran pulsaciones lacerantes que la inmovilizaban. Bajó las escaleras despacio, con un ligero mareo, tenía muchas horas sin comer. Sentía un hambre ardorosa, producto del ácido estomacal, necesitaba alimentarse con urgencia. Irónicamente, lo primero que vio fue una bandeja de dátiles. Se sentó en la barra de la cocina llevándose uno a la boca, comenzando a llorar de nuevo mientras masticaba.

Por un momento, deseó que Clemente estuviera lejos, muy lejos, pero él no estaba ausente, él estaba ahí... a pocos metros de su casa. Explicándole de esa manera que, a veces, la distancia más difícil de recorrer, era la más corta.

Bel guardó los dátiles, se sirvió algo de cereal y lo último que quedaba de leche del bidón, arrojándolo a la basura. Comió como una autómatas, todo le resultó insípido. Luego se echó boca abajo sobre el sofá, sabía que tenía que ir a trabajar, sabía que debía seguir con su vida, pero una cosa era entenderlo y otra muy distinta hacerlo.

Estaba en un momento en que le costaba encontrarle sentido a la vida, le pareció todo tan fútil, tan... inútil. Levantarse para ir a trabajar, para ganar dinero y pagar las cuentas, ¿y después qué? Sentía que no le quedaba nada. Clemente se estaba llevando todo con él, incluso, sus ganas de vivir y eso le disgustaba, siempre estuvo satisfecha con su existencia apacible. No quería sentir que su felicidad se reducía a estar a su lado, aun así, no consiguió evitarlo.

Siempre pensó que podría reconocer esa voz masculina de volverla a oír, inclusive, tal vez reconocer a aquel hombre al que apenas miró, porque su vista estuvo puesta en su madre. Aunque si lo pensaba bien, su cuerpo sí le dio señales, apenas lo conoció, notó una necesidad de huir, de separarse de él. Se reprochó no haberle hecho caso a su instinto y caer tan fácil en la tentativa de lo nuevo, de lo emocionante, al punto de sentirse muy cómoda a su lado.



El llanto se convirtió en parte de la rutina diaria de Bel. A excepción del sexo, casi nunca lloraba, por lo que sintió que estaba llorando lo que no había llorado en toda una vida. Lloraba bajo la ducha, mientras comía, mientras vegetaba frente a la televisión, en la cama antes de dormir, mientras lavaba los platos. Lloraba todo el tiempo. Se obligaba a sí misma a ir a trabajar, porque era su única escapatoria. Al enfocarse en las cavidades bucales ajenas, conseguía que la presencia de Clemente se desdibujara por esas horas de su mente, el problema, era que esta volvía apenas salía del consultorio. Se le presentaba de las formas más dolorosas y torturantes. Lo imaginaba con ella, su madre, haciendo las cosas que ellos hacían en la cama. Masoquista, se asqueaba al pensar en eso recurrentemente. También le ocurría que las imágenes de lo ocurrido, aquella fatídica mañana comenzaron a ser más nítidas o tal vez se las inventaba. Aunque no le vio el rostro por completo en aquella oportunidad, su cerebro realizaba un empate, fusionando el presente con el pasado, mostrándole imágenes de su Clemente fogoso y excitado en compañía de Deborah.

Bel, lloraba hasta quedarse dormida. En sueños volvía a encontrarlo, besándolo con impaciencia, luego lo desnudaba uniendo su piel a la suya con desespero, necesitada de tocarlo.

Se sentía famélica, con un hambre por él que no conseguía satisfacer. Lo apretaba contra sí, como si con eso lograra que todo pudiese ser como antes. En sueños convergían, manoseándose, encontrando saciedad en el cuerpo de otro. Le parecía tan real, que podía notar como él la colmaba, abandonándose a un éxtasis que se reducía a tenerlo adentro, haciéndola sentir amada y cuidada. Al despertar húmeda, la invadía la ambivalencia por el bienestar que le brindaban esas ensoñaciones, en contraposición a su realidad depresiva, al mirar la otra mitad de la cama vacía.

Clemente, por su parte, padecía de intensas jaquecas y resaca por las borracheras. Un dolor cáustico se le anidaba en el pecho, dificultándole respirar por ratos, lo sentía como un nudo indisoluble que le oprimía sin cesar la cavidad torácica, además de unas constantes ganas de vomitar que no se iban, sin importar las veces que vaciara el contenido de su estómago.

Se sentía muerto en vida, sin Bel, la felicidad se le extinguió.

Las palabras acusadoras lo perseguían, lo atormentaban, no tenía cara para mirarla después de saber que era el causante de sus problemas sexuales y de toda esa frustración que la aquejaba. Se sentía culpable, un maldito en toda regla. Si ya por instinto se arrepentía de haber estado con el diablo, como solía referirse a Deborah, en ese momento, solo podía desear no haberla conocido.

En su mente, comenzó a darse un proceso irracional, en donde volvía trece años atrás, haciendo todo muy diferente y no iba a casa de Deborah, ni tenía sexo con ella. Se dedicó a semejante actividad inútil, cuyo único resultado era hacerlo sentir mil veces peor. Sus ojos se anegaban en lágrimas de rabia, repetidas veces, al entender que no había nada que pudiera hacer para echar atrás semejante error cometido. Clemente sufría, le ardía el pecho, tenía el corazón roto.

Al cerrar los ojos, recordaba los de Bel llenos de rencor, de odio, gritándole que le había jodido la vida, que le repugnaba. No sabía qué hacer, una parte de sí le decía que ella necesitaba tiempo para procesar las cosas y otra le rogaba que se postrara pidiendo perdón. Optó por darle espacio, haciendo todo peor para él, que en la espera solo encontraba desasosiego.

Pasaron algunos días y temió estarse volviendo intrascendente en la vida de Bel. Revisaba constantemente sus redes sociales en busca de alguna pista de sus estados de ánimo, sin encontrar nada, porque ella no aparecía. Tampoco le veía en línea en la aplicación de mensajería instantánea, era como si no existiese. Le resultaba desgarrador revisar la galería de fotos de su teléfono y mirar la infinidad de imágenes que poseía de ella durmiendo de espaldas o alguna de ambos sonriendo.

«Dios, éramos tan felices», pensó entristecido.

Se negaba a aceptar que todo eso formase parte del pasado, por lo que incapaz de permanecer por más tiempo alejado, cómo en un principio hizo, le escribió pidiéndole hablar. Al percatarse de que sus mensajes no eran entregados, comprendió el motivo por la que no la veía online nunca, lo había bloqueado. Maldijo entre dientes, herido ante la posibilidad de que ella lo estuviese dejando de lado tan fácilmente. Se vistió con lo primero que encontró y fue a buscarla a su casa. Tocó la puerta varias veces, sin que le respondiera, concluyendo que no se encontraba. El proceso se repitió al día siguiente, hasta que una vecina lo interrumpió contándole que vio salir a Bel días atrás con una maleta.

Clemente se detuvo a mirar el estado del césped en el breve jardín, este se veía opaco, sin brillo. Hundió los dedos en la tierra, encontrándola demasiado seca, no lo regaban desde hacía días. Tomó la manguera, lo roció y luego se marchó. Al llegar a su apartamento, llamó a Marcelo que declaró desconocer el paradero de su amiga, alegando que lo más probable fuese que se estuviese quedando en casa de alguna de sus tías.

—Por favor, dile a Bel que necesito que me deje explicarle muchas cosas, que la amo

demasiado, que no puedo vivir sin ella.

Clemente comprendió que Marcelo no le daría información de ningún tipo sobre Bel, pero se conformaba con que al menos le dijera eso.

—Cuando hable con ella, le daré tu mensaje —mintió Marcelo, que estaba con Bel y había tomado la llamada en altavoz.

Al ver tan mal a su amiga, Marcelo decidió que lo mejor era que pasara varios días con Esteban y él en su casa, para evitar que estuviese sola. Era viernes por la noche y la pareja había decidido que lo que necesitaban era beber tequila para quemarse las neuronas. Así empezó la misión: «ayudar a Bel a superar al ex», que consistía en comer comidas confortables, de esas que, por el alto contenido calórico, hacen feliz a cualquiera, ver películas de romance en donde el protagonista masculino se muere y cantar canciones de despecho en el karaoke. El lema de la noche era simple, dejar que el desamor la matara ya que el amor no pudo.

Marcelo estaba convencido de que la única manera para que su amiga superara a semejante hombre, era llorándolo hasta que en algún punto no pudiese llorar más. No sería de los que le diría: no llores, no pienses en él, al contrario, creía que ella debía quemar el cartucho del dolor, de la rabia, del resentimiento e incluso, le aconsejó hablar con él, pedirle explicaciones sobre la relación que sostuvo con Deborah, para conseguir un cierre. Insistió en que, aunque en ese momento no quisiera saber nada al respecto, tal vez después, esas dudas se instalarían en su mente sin remedio.

A pesar de que Bel comprendía el argumento de su amigo, el problema era que sufría de una reacción visceral, emocional, que no le permitía mantener esa conversación. Su ansiedad, su tristeza, el dolor insondable que sentía, no se lo permitía, por lo que decidió que prefería vivir en la ignorancia. Se figuraba que Clemente había salido con varias mujeres mayores, tal como había expuesto Sarah y que, probablemente, algunas habrían sido casadas como su madre. Lo que menos necesitaba, era saber sobre la vida sexual de su exnovio o de esta.

No podía evitar sufrir cada vez que pensaba en esa palabra: exnovio, porque, aunque no le gustase, en su mente, él seguía ostentando el título de amor de su vida, siendo esto también un motivo de rabia. Sentía que tenía que exorcizarlo, no podía permitirle seguir eclipsando sus pensamientos para bien o para mal.



Clemente, fue al juego de rugby instado por Henry, que le aseguró que la actividad le aclararía la mente, cosa que no sucedió. Era obvia su falta de concentración, porque no consiguió llevar a cabo ninguna jugada y el entrenador lo mandó a la banca. Mientras lo invadía el sentimiento de ser un completo fracaso, miró las gradas con melancolía, comprendiendo que su novia no estaba esperándolo ahí para darle un beso tras el partido. Con los ojos húmedos y la barbilla temblorosa, asimiló que ella ya no estaría en su vida. Se preguntó si a partir de ese momento su existencia sería solo eso, un perpetuo estado de dolor ante su ausencia. No tardó en marcharse, no soportaba estar ahí, escuchando la algarabía de sus compañeros de equipo. Condujo sin remedio hasta la casa de Bel, descubriendo que seguía sin regresar. Al llegar a su apartamento, no pudo evitar beber de nuevo, apuñalándose el cerebro con whisky. Necesitaba dejar de sentir y ese era el único remedio que conocía.

Olivia insistió en que le contara lo que estaba sucediendo. No era normal encontrarlo borracho al punto de que Carmen, ya la había llamado varias veces para que asistiera a cerrar la tienda. Clemente se sentía tan asqueado consigo mismo, que no podía ni siquiera sincerarse con su

hermana. Logró hacerlo con Henry el viernes, porque ya conocía parte de la historia, pero cuando este quiso visitarlo para ahondar en la situación, tuvo que pedirle que se fuera. Hablar del tema, lo empeoraba todo.

Era difícil explicar que hacía trece años atrás, se había tirado a la madre de Bel y que ella al enterarse, lo trató como la basura que estaba seguro de que era. Ni una puñalada en el costado, podría doler tanto como su mirada ártica diciéndole que le daba asco. Lo peor, era escuchar a su hermana, animándolo a hablar con su novia, insistiendo en que de seguro podrían resolverlo. La miró desganado, incapaz de explicarle que no era el tipo de pelea de novios que se figuraba. Clemente no hacía más que pensar en la manera de explicarle a Bel lo ocurrido, sin lograrlo.

Olivia interrumpió sus pensamientos, dándole un ultimátum:

—Sea lo que sea que esté sucediendo, tienes que actuar como un adulto. Si no arreglas tus asuntos y recuerdas tus responsabilidades con esta tienda, me veras en la obligación de contarle a mamá para que venga a verte.

Miró a su hermana de mala manera, prohibiéndole hacerlo. Su madre no necesitaba ese tipo de preocupaciones. Por eso, el lunes estaba de pie muy temprano, con unas ojeras oscurísimas que denotaban las pocas horas de sueño que había tenido. Carmen mostró su valía como encargada, porque Clemente además de abrir y cerrar la tienda o dar una vuelta rápida como un zombi por los pasillos, estaba por completo ausente.

Por la tarde, el teléfono de Clemente sonó, era la secretaria de Juan Pablo llamando para confirmar la cita del día siguiente para la pareja, cuestión que lo descolocó. ¿Cómo explicar que hacía una semana eran felices, mientras que, en ese momento, ni siquiera se hablaban? Le indicó a la señorita que le devolvería la llamada avisándole en un par de minutos.

Bajó las escaleras hasta la tienda y le pidió el teléfono prestado a uno de los empleados para llamar a Bel. Sabía que mientras estaba en consulta nunca contestaba llamadas, siempre lo hacía Alice, así que llamó a su otro número telefónico, que era exclusivo para pacientes. La asistente contestó tras un par de tonos. Clemente enronqueció la voz para que no lo reconociera y explicó que le urgía hablar con la odontóloga, inventándose un cuento de un sangrado dental. Escuchó a la asistente comentarle a Bel lo que sucedía, quien apagó la turbina para prestarle atención un par de segundos. No tardó en tomar la llamada ante la supuesta emergencia.

—Buenas tardes, dígame —contestó de lo más profesional Bel y a Clemente le dolió el pecho al escuchar su voz—. Buenas tardes. —Repuso al ver que nadie contestaba.

—Me han llamado del consultorio del doctor Juan Pablo, dime si vas a ir a consulta para confirmar la cita. Perdóname esta treta, pero es la única forma de poder hablar contigo. —Bel se paralizó también al escuchar la voz de Clemente. Sonrió nerviosa al paciente y le dijo que ya volvía, alejándose a una sala contigua en busca de privacidad—. ¿Bel? ¿Estás ahí?

—Sí, aquí estoy —dijo haciendo una pausa—. Diles que no, no voy a ir.

—Deberías ir, te hará bien hablar con alguien de... todo lo que ha sucedido.

—Me da vergüenza. Es difícil explicar que mis traumas de la adolescencia ya no son solo culpa de mi madre, sino que ahora tú entras en la ecuación.

—La vergüenza es para mí, tú no tienes culpa de nada. Por favor, no dejes de ir a terapia.

—No quiero, Clemente, respeta mis decisiones, por favor.

—Te extraño mucho —dijo con un nudo en la garganta.

—Yo también te extraño, sueño contigo todas las noches... —admitió con voz temblorosa—. Pero ya sabes que lo nuestro no es posible —agregó comenzando a llorar—. Tengo que seguir trabajando, no vuelvas a llamarme así, este es el único momento del día en que no pienso en ti, necesito ser profesional.

—Perdóname, es que necesitaba hablar contigo. Te amo, Bel, déjame verte por favor, déjame...

—Adiós —dijo, interrumpiéndolo, colgando la llamada.

Hacia las seis de la tarde, condujo hasta el consultorio odontológico, necesitaba verla. Estacionó lejos, se bajó de la camioneta y esperó a que saliese. La observó colocarse el casco y subir a la bicicleta para pedalear lejos, lejos de él, dejándolo atrás... Y aunque la desolación se instaló en su pecho, al verla alejarse, no pudo evitar repetir semejante acto acosador varios días, porque no verla le resultaba más doloroso.



Cuando la secretaria de Juan Pablo le notificó sus citas para el día y le comentó que el señor Nicolau había cancelado las sesiones de terapia, se sintió confundido y muy decepcionado porque apenas estaban comenzando a hacer progresos. Supuso que tal vez Bel se sentía incomoda tras contarle lo sucedido con su madre, aunque la lógica le decía lo contrario, recordó que en esa oportunidad se mostró comunicativa. Preocupado de que Bel dejase la terapia por otro motivo, decidió que le preguntaría al respecto, en su cita odontológica que tenía dentro de dos días.

El jueves por la tarde, Bel se sorprendió al ver entrar al médico a su consultorio. Su asistente tenía la costumbre de llamar a sus pacientes por el apellido, así que cuando le leyó la lista del día no lo asoció con Juan Pablo, al que, de momento, no recordaba que le había dado una cita de seguimiento. Él le dirigió una mirada perspicaz, con la que parecía le acusaba de algo que no supo cómo procesar.

—Hola, Bel, ¿cómo estás? —Le dedicó una sonrisa afable.

—Bien, doctor y usted, ¿qué tal?

—Aquí dándole cumplimiento responsable a la cita, para proseguir con el tratamiento odontológico —dijo insinuante—. Y bueno... me puedes tutear, ya no soy tu médico.

Bel hizo una mueca, entendiendo la indirecta.

—Toma asiento y recuéstate, Juan Pablo —dijo con voz firme su nombre, detalle que a él le agrado mucho—. Ya te atiendo —agregó, haciéndose la desentendida.

Alice le entregó la historia del paciente. El martes pasado le faltó pulirle el empaste dental y hacerle una limpieza, puesto que el doctor no tenía más tiempo disponible, tenía consultas que atender. Esa era la razón por la que se planificó que fuese la última cita de la tarde, para que este pudiese asistir después de cumplir con su jornada en el hospital.

A Bel le ponía nerviosa que Juan Pablo sacara a colación el tema de la cancelación de la terapia frente a su asistente, por lo que, al estar próxima a terminar la limpieza bucal, le pidió a Alice que le buscara un vaso de agua como excusa para aprovechar y explicarle al médico que necesitaba su discreción. Él asintió levemente, no tenía intenciones de molestarla, mientras estuviese trabajando en su boca.

Minutos después, se despedían o al menos eso creyó ella. Él la esperó afuera, junto a la bicicleta, cosa que fue percibida por Clemente a varios metros, que no pudo evitar preguntarse por qué el médico estaba haciendo eso. Al verlo entrar a la consulta, supuso bien, al pensar que este estaba ahí por motivos dentales, mientras que, en ese momento, no pudo evitar ponerse celoso. Vio a Bel acercarse al médico, que le sonreía amable.

Juan Pablo se planteó ver como una ventaja el que ella cancelara las citas, porque si ya no era su paciente, no tendría que regirse por el código ético de su profesión. Aun así, no perdía el interés por su condición, le resultaba obvio que algo le sucedía a Bel. Apenas entró al consultorio,

la notó distinta, opinión que ratificó al poder ver bien su rostro sin los lentes de seguridad y la mascarilla, observando su mal semblante. Estaba seguro de que, bajo la capa de maquillaje, había ojeras, porque tenía los ojos apagados y no poseía ese brillo que tanto le impresionó cuando la conoció.

—Hola —saludó de nuevo.

—Hola —contestó ella algo ansiosa.

Juan Pablo la intimidaba un poco. Bel pensó que después de Clemente, podría lidiar con hombres demasiado guapos e imponentes, pero el médico tenía una presencia a la que no se acostumbraba.

—¿En qué te puedo ayudar? —preguntó seria, queriendo hacer la conversación lo más breve posible, no quería estar con él.

—Eres libre de hacer lo que quieras, Bel, pero no puedo evitar preocuparme al ver que has decidido no seguir con la terapia. Sí es por algo que hice mal y has decidido buscar la ayuda de alguien más para seguir tratándote, entonces me quedo más tranquilo.

—No. —negó rotunda—. No ha hecho nada malo, es por otro motivo —Juan Pablo la miró, insistiéndole con la mirada que le dijera cual era—. No puedo hablar mucho aquí —continuó mirando hacia adentro, dándole entender que la secretaria y los otros asistentes dentales estaban cerca.

—En la esquina hay una café, tomate uno conmigo y me cuentas —sugirió con firmeza.

—No sé...

—Vamos, Bel, tu caso me tiene fascinado. No pienso mentirte, me interesas mucho... —dijo en un tono sutilmente provocador—, científicamente hablando por supuesto —aclaró segundos después, manipulando la situación para hacerle creer que no había coqueteo de su parte—. Por favor, te lo ruego, no me dejes con tantas incógnitas.

—Me está haciendo sentir como un bicho raro, doctor.

—Al contrario, eres única —dijo con ese tono de voz que la incomodaba y se apresuró a salvar la situación explicándose mejor—. Tu caso podría ser de ayuda para muchas personas en situaciones parecidas que no se atreven a ir a terapia, o para psicólogos que nunca han estudiado el tema y que se animarían a saber más, para tratar mejor a sus pacientes. Si seguimos con el tratamiento, yo escribiré un artículo médico al respecto para que se difunda la información. —Bel arrugó el ceño sopesando lo que el médico exponía—. ¿Acaso no te gustaría hacer una diferencia en el mundo? —Y con ese último argumento, la convenció.

Bel asintió, pensando en que él era uno de los mejores psiquiatras especialistas en sexología del país y que no todos los días alguien con esas calificaciones le ofrecía ayuda. Aceptó el café, por lo que caminó junto a Juan Pablo al local de la esquina, ese que tenía una barista muy sexy con un look andrógino, que hacía babear a su asistente.

Consiguieron una mesa junto al ventanal, Juan Pablo se aproximó a Bel, para sostenerle la silla, ayudándola a tomar asiento de manera caballerosa. Ella se sonrió dándole las gracias, a pesar de que su cercanía la hacía sentir un poco incomoda. Ambos pasaron del café, él pidió un chocolate caliente y ella un té de manzanilla.

Al otro lado de la calle, oculto entre un par de autos, estaba de pie Clemente, quien estudiaba cada movimiento de su novia —para él seguía siéndolo—, al otro lado del cristal de aquel café. Le pareció que se veía nerviosa, suposición que confirmó al verla llevarse un mechón de cabello detrás de la oreja, gesto que hacía cuando se sentía de esa manera. Respiró hondo, profundísimo, estaba tan celoso, que tenía ganas de recorrer los metros que los separaban, echársela sobre el hombro como un cavernícola y secuestrarla. Quería darle el beneficio de la duda a Juan Pablo,

que de repente, ya no le pareció tan buen doctor.

—Entonces cuéntame —dijo Juan Pablo, dándole un sorbo a la taza humeante que le empañó los anteojos, por lo que se los quitó dejándolos sobre la mesa, logrando que su mirada verde estuviese más presente—. ¿Por qué decidiste dejar la terapia?

—Mmm —murmuró bajando el rostro, mirando su taza de té de forma distraída—. Clemente y yo... lo nuestro se acabó —agregó alzando los ojos, dándole una mirada azul apagada.

Juan Pablo la miró atónito ante ese nuevo giro de las circunstancias. No solo ya no era su paciente, sino que, además, también estaba soltera. Alzó la taza dándole un sorbo de nuevo para así poder disimular su asombro.

CAPÍTULO 28

Historias poco comunes había oído el médico de treinta y cinco años desde siempre. Juan Pablo estaba dando consejos sexuales y amorosos desde que era virgen. Estaba tan acostumbrado a oír a los demás hablar, que, a veces, hasta le restaba un poco de importancia a sus propios problemas, porque se ensimismaba en los asuntos ajenos dedicándoles su devota atención.

Era difícil sorprenderlo, porque a lo largo de su carrera había oído de todo. Antes como estudiante, nutriéndose de las anécdotas profesionales de profesores, así como de los casos registrados en los libros de texto. Luego, cuando empezó con su propia consulta. La sexualidad humana era diversa y aunque la mayoría de las veces trabajaba en casos bastante usuales, cuyo tratamiento se sabía de memoria, otras conformaban situaciones que se le hacían bastante infrecuentes.

Nada de lo que le contó Bel se le hizo difícil de asimilar. Casos sobre personas acostándose con las madres, padres o hermanos de sus parejas, había discutido en su consulta en algunas ocasiones. Lo que sí lo sorprendió, fueron las circunstancias. La diferencia radicaba en que Clemente aseguró que no tenía ni idea sobre la filiación que tenía Deborah con Bel. El médico se percató de que ya no la llamaba mamá, sino que usaba su nombre, demostrando la profunda ruptura en el ya maltrecho vínculo madre-hija.

Era una coincidencia bastante rara, que justamente el hombre co-causante de su trauma de la adolescencia, fuese el responsable, en buena parte, de ayudarla a sobrellevarlo, e instarla a buscar ayuda psicológica. Aunque el llanto de Bel estuviese lejos de ser superado, la realidad, era que su vida sexual cambió de forma exponencial cuando se relacionó con Clemente.

Durante la charla, que no fue una consulta propiamente dicho, ni mucho menos, Juan Pablo no pudo evitar hacer muchas preguntas, analizando la información. Por lo que había juzgado del carácter de Clemente, le pareció que este debía estar diciéndole la verdad a Bel sobre ignorar quién era su madre. Continuó preguntándole si conocía el tipo de relación que habían sostenido ambos en un pasado y ella no consiguió seguir reprimiendo las lágrimas. El médico le extendió una servilleta de papel y esperó que se calmara. Bel intentó no seguir llorando, el local comenzaba a llenarse por ser viernes en la noche y le generaba vergüenza que extraños comensales notaran la bochornosa escena.

Explicó que desconocía bajo qué circunstancias se había suscitado la relación entre su exnovio y Deborah, afirmando que no tenía ganas de conocerlas. El médico le aconsejó que hablará con Clemente, hizo hincapié en que la comunicación entre los dos, era fundamental para resolver la situación. También le subrayó que lo sucedido había ocurrido hacía trece años atrás, mientras que en el presente y por lo que el mismo Juan Pablo había constatado, eran muy felices. Por último, le aconsejó sobre hacer terapia de pareja.

—No me interesa —dijo Bel, tajante—. No quiero saber nada de ninguno de los dos.

—¿Entonces dirías que la relación con Clemente no tiene salvación?

Bel lo miró estupefacta, le parecía absurda y por completo estúpida semejante pregunta. Evitó ser sarcástica, aunque no lo logró del todo, porque lo que no explicaron sus labios, lo dijo la expresión con la que miró al médico que, tras analizarla, permaneció calmado. Tenía como

objetivo ayudarla, le interesaba muchísimo investigar su caso y aunque no estuviesen técnicamente en una sesión, sino conversando más bien como amigos, no dejaría de darle su opinión profesional.

—Necesitas terapia, Bel, me parece ilógico que dejaras de ir a consulta cuando es obvio que es lo que más necesitas.

—¿Qué sentido tiene? No tengo ganas de nada y ya no estoy con él como para que me importe si lloro o no.

—Esto va mucho más allá de eso, va de tu salud mental, así como hace trece años atrás lo sucedido te causó un trauma, ahora mismo se puede estar repitiendo la misma situación. Reprogramemos las citas.

Bel lo miró de una manera que por primera vez Juan Pablo no supo descifrar. Ella quería decirle que no se atrevía a volver a terapia, pero que además de eso, le incomodó que, durante la consulta odontológica, él la mirara de una manera que le resultó extraña y que no fue hasta que comenzó a contarle sobre lo sucedido con Clemente, que él paró de hacerlo.

—¿Qué te sucede? —preguntó el médico, interrumpiendo sus cavilaciones.

—Nada.

—¿Por qué me mientes?

—Cambié de opinión, no podré ayudarte con ese artículo, ni con tu investigación sobre lo que sea que quieras. Gracias de todas maneras por ofrecerte.

Bel se apresuró a sacar dinero de su bolso para pagar su parte de la cuenta y poder marcharse. Juan Pablo la tomó del brazo por instinto, para evitar que se levantara de la silla y le habló despacio, pidiéndole que le explicara el motivo, incomodándola más sin querer. Logrando que, al otro lado de la calle, Clemente apretara el ceño por los celos.

—¡No me toques! —exclamó nerviosa.

Juan Pablo la soltó de inmediato, notando que las cosas comenzaban a escapársele de las manos. Cuestión por completo atípica e incongruente con su forma de ser, tanto en lo personal, como en su profesión de psiquiatra.

—Solo quiero ayudarte, Bel.

—¿En serio? Porque a veces me miras de una manera...

Se calló de golpe y negó con la cabeza, era preferible no decir nada, porque si resultaba que todo era producto de su imaginación, se abochornaría delante del médico.

—¿A veces te miro de una manera...?

—Nada, nada, olvídalo.

—¿Te miro como si me gustaras? ¿A eso te refieres?

Bel lo miró atónita, sorprendida de su pregunta.

—Sí —admitió incomoda.

—¿Desde cuándo lo notaste?

Bel se encogió de hombros, sin entender si debía tomarse aquella pregunta cómo una admisión categórica.

—¿Desde siempre? —Juan Pablo hizo una mueca de asombro—. Yo que pensaba que estaba haciendo un buen trabajo disimulando. —Suspiró y continuó hablando—. Bel, ante todo soy un profesional y, a decir verdad, tampoco quiero ser tu psicoterapeuta, pero como ya te dije, tu caso me interesa mucho.

Juan Pablo le habló de forma honesta sobre la necesidad de comenzar a brindar información a los usuarios y pacientes sobre disfunciones sexuales, explicándoles de forma fácil, que los problemas sexuales podían y debían ser tratados desde la óptica de tres enfoques: el biológico,

psicológico y social. Le pidió la oportunidad de hacerlo con un caso como el de ella, que resultaba en demasía interesante, ya que en el mismo se fusionaban muchos factores.

Sumado a eso, estaba la temática de lo sucedido una semana atrás, al descubrir que el responsable de su trauma fuera su pareja actual. Lo que solo conseguía que fuese más importante brindarle asistencia. Le habló sobre la importancia de la psicoterapia para eliminar traumas y sobre cómo podía ayudarla. Juan Pablo habló y habló. Podía ser muy persuasivo cuando quería, sentía que tenía que salvar de alguna manera aquella situación vergonzosa. Se reprochó el haber permitido que ella se diera cuenta de su interés, era algo que nunca le había sucedido. Se preguntaba incluso cómo era posible tal cosa, planteándose la posibilidad de que Bel poseía una percepción agudizada o que, de alguna manera, ambos compartían una especie de atracción tácita.

—Si no te sientes bien hablando conmigo, entonces puede atenderte Flavia. Ella es psiquiatra, estudia sexología en el postgrado en el que soy docente los sábados, es mi mano derecha y una excelente doctora. Yo supervisaría tu caso, pero tus sesiones serían con ella y no conmigo, si es que tanto te incomoda.

—Doctor, yo... —Bel se llevó las manos al rostro, en ese gesto tan suyo, arrepentida de haber sacado el tema a colación, porque todo se tornó mucho más difícil de manejar—. No debí decir que usted... —Lo miró enmudecida sin poder continuar.

—Es que sí me gustas. Tanto, que no sería profesional de mi parte seguir tratándote, al menos no como terapeuta principal.

Bel abrió mucho los párpados, mostrando sus hermosos ojos azules, en un gesto de asombro, enmudecida. De ninguna manera esperó que él fuese a decirlo con todas las letras.

—¿Me crees si te digo que es primera vez que me pasa esto con una paciente? —Bel permaneció callada, incapaz de responderle, seguía perpleja—. De verdad, lo siento mucho... Discúlpame si te hice sentir incomoda, no era mi intención. —La miró queriendo transmitirle la honestidad de sus palabras—. En serio, te juro que intenté ser lo más profesional posible.

Bel asintió, al notarlo tan mortificado.

—Sí lo fuiste...

Bel abrió la boca para decir algo más, pero no encontró las palabras.

—En fin, no tenemos que hablar sobre eso. Lo importante es que tienes que cuidarte por ti y para ti, independientemente de que estés o no en una relación amorosa. Debes pensar en tu salud mental primero, cuidar de ti misma, no puedes dejar que una mala experiencia te hunda. Renueva tus citas, habla con Flavia, ella es estupenda, hazme caso. Por otro lado, te reitero mi consejo de hablar con Clemente, es importante que lo escuches. Sí no quieres hacerlo ahora no lo hagas, pero tenlo presente para hacerlo luego. Por lo que me has contado, él siempre ha sido ejemplar contigo, me parece que se merece que le dejes explicarse. Tal vez es justo lo que necesitas para poder comenzar a superar lo ocurrido hace trece años.

—No me siento con fuerzas para verlo...

—Eso es comprensible, entonces no se hable más, ya lo harás cuando estés lista y si nunca llegas a estarlo, eso también está bien. Ve a tu ritmo, obedece a tu instinto.

Luego de pagar, caminaron de vuelta hasta el consultorio. Él ofreció llevarla a casa y ella declinó la oferta diciéndole que le haría bien el ejercicio. La verdad, era que se sentía agotada, aquello era una mera excusa para no seguir prolongando la conversación. Acordaron en que ella recibiría terapia con Flavia, por lo que sus interacciones no serían necesarias, debido a que esta le informaría directamente al doctor. Juan Pablo se despidió disculpándose de nuevo, reiterándole que nunca fue su intención incomodarla.

Clemente siguió observando todo desde lejos, como ajeno a la realidad en donde ella estaba, notando que aquel hombre en cambio sí estaba invitado. Sintió impotencia, como si le estuviesen arrancado una parte de sí, sentía a Bel muy cerca de su corazón.



La tristeza se fue adueñando de todo alrededor de Bel. Conforme pasaban los días, el odio comenzó a aligerarse, seguía ahí, pero al menos, ya no era el protagonista. El asco también pasó a un segundo plano, dejando a la melancolía ganar terreno poco a poco. El desgano impregnaba el ambiente, era una abulia perenne e insoportable. No podía dormir y cuando conseguía hacerlo, muchas veces terminaba soñando con él, circunstancia que le generaba profundos sentimientos encontrados. En el día sufría por Clemente, en las noches lo amaba como si no hubiese pasado nada.

Clemente, tampoco conseguía sosiego, sus aflicciones estaban acabando con su raciocinio. Nada tenía sentido, solo Bel. La amaba tanto, que su ausencia lo estaba enloqueciendo. Henry lo instó a entrenar, porque en algo tenía que quemar tanta energía. De esa manera comenzó a realizar extenuantes rutinas de ejercicio, buscaba con desespero el no pensar, aunque fuera por un par de minutos. No pretendía olvidarla, sabía que estaba grabada a fuego en su mente, solo buscaba unos segundos de tranquilidad, pero ella estaba en todas partes. De repente, en la radio solo había canciones de Ella Fitzgerald, Billie Holiday o Frank Sinatra. A la tienda llegaban niñas con camisetas con motivos de unicornios y la gente comentaba lo ricas que eran las galletas de chispas de chocolate con almendras fileteadas que ella había ideado. Incluso, encontró tres gatitos durmiendo en el garaje y su primer impulso fue querer mostrárselos. Tomó la foto y se la envió sabiendo que no le llegaría nunca, porque lo había bloqueado. Le escribió contándole el suceso y le expresó lo mucho que le gustaría que estuviese a su lado. Segundos más tarde, recibió una respuesta que no esperaba: «cúidalos mucho». El corazón le latió de prisa, al percatarse de que la lo había aceptado de nuevo entre sus contactos.

Buscó una camiseta vieja para arropar a los gatitos en una caja, una bolsa de comida para gatos en la tienda y dejó un bol lleno de comida y otro de agua junto a ellos, para la madre que seguro vendría más tarde. No sabía qué pensar, solo que la extrañaba más que a nada. Decidió que no le escribiría más, quería poder tener esa ventana abierta para cuando quisiera decirle algo más importante. Sabía que ella necesitaba tiempo, que probablemente aún no querría verlo ni por asomo.

Con el transcurso de los días, se encontró a sí mismo mirando la ventana del chat de Bel y cuando esta entraba en línea se emocionaba, así de importante era cualquier señal de vida suya. La amaba muchísimo, no conseguía olvidarla y no importaba qué tanto entrenara o qué tan duro trabajase, el insomnio se lo comía por las noches pensándola, recordándola, amándola en silencio, solo, triste y deprimido.

Bel a su vez, vivía en una perenne contradicción emocional y de eso se trataron sus primeras sesiones con Flavia. A diferencia de Juan Pablo, esta no gozaba de su carisma. En realidad, era de semblante duro, fuerte, que compensaba con un tono de voz dulce y una inteligencia emocional avanzada, haciendo que Bel encontrará las charlas muy reconfortantes.

Juan Pablo quería que las consultas fueran grabadas en video, para poder, tal como le explicó aquel viernes en el café, supervisar su tratamiento. Bel no accedió a dicho requerimiento, informó con mucha tranquilidad a Flavia que las sesiones, únicamente, podían ser grabadas en audio. Le perturbaba imaginarse siendo observada por él una y otra vez sin reparos.

La doctora contaba con muchos menos pacientes y no tenía una vida tan atareada como la de su jefe, por lo que pudo brindarle la posibilidad de dos sesiones por semana, para hacer terapia. Las primeras fueron meramente informativas, aunque ya Juan Pablo la había puesto al día. Bel sentía una abismal necesidad de verbalizar la situación que había vivido hacía casi dos semanas atrás. Extrañamente, la temática que ocupaba la mayor cantidad de cavilaciones de Bel no era lo sucedido entre su madre y su exnovio, eso estaba ahí, como un cuchillo apuñalándole el corazón, no obstante, lo que más la afligía era la confluencia de emociones que experimentaba. Por un lado, tenía ganas de gritar e insultar a Clemente y por otro, estaban los sueños ardientes que tenía con él, que la hacían despertar por completo turbada.

Las primeras dos semanas de diciembre pasaron y en ninguna de sus visitas a la clínica, Bel se cruzó con Juan Pablo. Tal circunstancia le supuso un alivio y conforme pasaron las citas de terapia, hasta olvidó que él estaba ahí, al otro lado de la pared en consulta con algún paciente. Antes de las vacaciones navideñas, Flavia le dejó una serie de tareas, también varias lecturas seleccionadas. Se verían sin falta, la segunda semana de enero.

Las fiestas solo supusieron un ahondamiento en la depresión de Bel. Aunque le encantaba la navidad, no consiguió colocar ni un solo adorno. Ese año se quedaron encerradas sus bambalinas con motivos de unicornios, así como toda su parafernalia navideña de *Star wars*, Pusheen, gatitos, pandicornios, entre otras extravagancias. Tampoco la ayudaba visitar a su padre y encontrarlo desolado en casa. Sus progenitores se habían separado y parecía algo definitivo. En medio del dolor y la rabia, Fernando encontró el coraje de echar a Deborah de la casa que compartían. En un principio pensó en irse él, pero tras varios minutos de reflexión, le pidió que lo hiciera ella, era lo justo al ser quien falló en el matrimonio. Ninguna de sus supuestas amigas le dio cobijo por más de un par de días, terminó quedándose con una conocida divorciada de la que más de una vez se burló en secreto.

Padre e hija pasaron las navidades como un par de huérfanos, sufriendo en silencio, incapaces de discutir lo que ocurrió siquiera entre ellos, mucho menos con otros. Fueron a las respectivas cenas navideñas en casa de las hermanas de Fernando, que calificaron de bendición su separación de Deborah, porque nunca les cayó bien.

Las estancias frente al televisor se prolongaron para Bel. Sin tener que ir a trabajar por las vacaciones decembrinas, podía estar todo el día en casa, sin ninguna excusa que le impidiese hundirse en la tristeza. Pasó de los ejercicios, de las lecturas asignadas por Flavia, ella solo quería vegetar en el sofá, lo que la llevó a hablar seriamente con su amigo Marcelo. Le pidió que no la buscará más, que comprendía su ímpetu de querer ayudarla, sin embargo, solo quería estar sola y él debía respetar su etapa de duelo. Ella no quería que la amistad se resintiese, él no tenía obligaciones de niñera, le reiteró que lo quería muchísimo y no pretendía someterlo a su presencia depresiva, no obstante, también le dijo que el día en que lo llamara pidiendo auxilio, le prestara atención, de seguro era porque se estaba muriendo.

No quería salir, sobrevivía a base de comida a domicilio, lloraba viendo las repeticiones de *Grey's Anatomy* y cuanta serie de corte romántico y doloroso existiera. Cada vez que veía una escena en donde pasaba algo triste, Bel rompía en llanto de manera fácil, mientras se llevaba a la boca cucharadas rebosadas de helado. Para completar el cuadro, comenzó a menstruar, lo que pronunció su llanto.

Luego, en una de esas noches, en la que la inactividad prolongada la fastidió, escaló hasta el techo de su casa. La primera vez le costó horrores, después le agarró el truco bastante rápido. Desde ahí veía la tienda a lo lejos. Solía subir cuando sabía que era la hora de cerrar. Miraba como las persianas metálicas caían y se lo imaginaba adentro contando el dinero, haciendo

cuentas. Solo. En ocasiones, experimentaba ganas de salir corriendo para buscarlo, de llegar a su encuentro e incluso, sentía el impulso de besarlo. Aquel instinto parecía brotar inesperadamente, como cuando un interruptor de luz va a echarse a perder y electrocuta de forma ligera los dedos, para después quemarse y dejar todo a oscuras. El deseo se apagaba, apenas recordaba lo ocurrido hacía trece años atrás, entonces el remanente de odio y asco, tomaban su lugar.

Así como tenía ataques de melancolía en donde lo extrañaba, también le pasaba que cuando lo rememoraba confabulando aquella tarde con su madre, le entraban ganas de ir a darle un par de bofetadas e insultarlo. Otras, solo quería llamarlo y llorar, obligándolo a ser consciente del daño que le causó. Toda ella era una contradicción de emociones, porque sencillamente, así las sentía.

Los días pasaron y cuando cayó la noche del año nuevo, algo se despertó en ella. Tras llegar de cenar en casa de sus tías, a donde fue movida por la obligación de acompañar a su padre y en donde tuvo que soportar el cuchicheo de su familia, con respecto a que su madre se marchó de la casa. Comenzó a desvestirse, tenía mucho tiempo sin mirarse realmente en el espejo y esa noche lo hizo.

Apreció su maravilloso cutis terso, los grandes ojos de un color azul precioso, los bonitos pómulos, los carnosos labios, el elegante cuello, los suculentos pechos y la cintura estrecha. Se miró por delante y por detrás, analizando las líneas de su espalda y de su trasero respingón, convenciéndose del gran atractivo que tenía. Se peinó el cabello que no había vuelto a cortar desde que había comenzado a salir con Clemente, por lo que le caía largo cubriéndole casi todo el escote. Se retocó el maquillaje, ese que le ocultaba las ojeras y el mal semblante. Luego sacó del cajón del armario aquel conjunto de ropa interior roja.

Tomó el teléfono, se hizo una treintena de fotos, en ninguna se le veía el rostro a excepción de la barbilla y los labios que estaban pintados con un tono rojo intenso a juego. Mientras se fotografió se sintió dueña de sí misma, bella y excitante. Tras mirar todas las fotos, desechó todas las que creyó se veía mal. Luego seleccionó la que le pareció más sexy y abrió el chat de Clemente, visualizó la reciente foto que él le había enviado de los gatitos más crecidos. Leyó también el último mensaje que decía: «te extraño». Leer eso, incrementó su rabia, esa que tenía acumulada desde que terminaron. De alguna manera, pensaba que él no tenía derecho a sentir nada con respecto a ella. Creía que todo el monopolio de los sentimientos de dolor y anhelo, le pertenecían de forma exclusiva.

Bel se dejó dominar por ese instinto vengativo que nunca había experimentado y le envió la foto. Esperó el par de segundos que él tardó en entrar en línea, confirmando así que la había visto. En ese momento, le dio a enviar al mensaje que había escrito con odio, que rezaba: «Ojalá que tu familia tenga razón y el rojo me traiga buena suerte para este año entrante, espero que al próximo al que le luzca este conjunto no se haya acostado con mi mamá y además, intente ocultármelo». Se quedó mirando la pantalla y cuando se percató de que él comenzaba a responder, le tembló el cuerpo.

Clemente estaba en casa de sus padres, pensando en marcharse a la suya. Estaba agotado por el trabajo y ya había tenido bastante con aguantar las preguntas constantes que sus familiares le hacían sobre Bel. Era comprensible el desconcierto, apenas el mes pasado estaban en su fiesta de cumpleaños, juntos y felices. Al recibir la inesperada foto se quedó anonadado. Ella lucía hermosa, sensual, provocativa. Por un momento, se alegró de haberse marchado al patio para darse un respiro a solas, habría sido de lo más incómodo recibir semejante imagen delante de la atenta mirada de los demás, aunque, tal vez, nadie se hubiese percatado de su expresión, todos lucían felices ante las expectativas de un año nuevo, a diferencia de él que estaba deprimido.

No había terminado de superar la sorpresa generada por aquella imagen, que le iluminó la

vida por unas décimas de segundos, cuando ella lo golpeó con semejante mensaje. Le respondió con celeridad y sin pensar: «Tú no puedes estar con otro, si lo haces yo me muero».

Las lágrimas empezaron a correr por las mejillas de Bel, se las apartó con fuerza, y con una inmadurez atípica respondió: «Entonces pide que me avisen para enviar flores a tu funeral». Acto seguido, bloqueó el número de Clemente para cortar la comunicación. Segundos después, entraba su llamada, pero la desvió y apagó el teléfono.

Lloró con desaforo, arrastrándose a la ducha y abriendo el grifo, se dejó caer en el piso para que el agua la empapara. Sufría como nunca, por un momento pensó que, destruyéndolo un poco, para que padeciera de la misma manera que ella, le haría bien, pero no fue así, solo consiguió que su dolor aumentara, haciendo más notable que aún sentía algo por él. Llamarlo amor era demasiado, aunque algo había. Abrazó sus rodillas, apoyó la frente en ellas, arrepintiéndose de haberlo lastimado.

Clemente tiró el teléfono contra el piso, desesperado al notar que Bel apagó el suyo. Gritó enfurecido, apretando los puños, sintiendo mucha rabia, pensando en cómo era posible que fuese a decirle semejante cosa. ¿Ella con otro? No podía ser. Caminó agitado de un lado a otro por el patio, su cuerpo pareció bullir preso de la ira, el descontrol, enfermo por los celos.

Entonces sintió que le faltaba el aire...

Que se le hacía un nudo en la garganta...

No podía respirar, se sintió mareado...

Antes de poder procesar lo que le estaba pasando, cayó arrodillado al piso, notando que algo iba mal, muy mal.

CAPÍTULO 29

El agua tibia consiguió tranquilizarla. Bel se envolvió en una toalla y se acostó mojada en la cama. Tomó el teléfono, volvió a aceptarlo entre sus contactos de mensajería instantánea y comenzó a escribirle una disculpa en donde admitía que todo aquello había sido infantil, explicándole sobre su estado actual, uno en donde se sentía mal y lo extrañaba más que nunca. Describió la ambivalencia en la que vivía a perpetuidad, entre querer insultarlo y al mismo tiempo besarlo hasta quedarse sin aire. Le contó que no podía más, que sentía que estaba perdiendo la razón, que por más que trataba de calmarse y de seguir los consejos de su terapeuta, no podía, sencillamente no podía. Admitió que no pensaba en otros hombres ni por casualidad, que, en cambio, él ocupaba todo en su vida y cada uno de sus pensamientos y que, justamente, eso era lo que la tenía tan desesperada, porque entender que era incapaz de olvidarlo, era desolador.

Movió el pulgar, pero se detuvo a milímetros del botón de enviar mensaje, se dijo así misma que pedirle disculpas era algo que carecía de sentido. Comprendió que no debió mentirle de esa manera, sin embargo, recordó que él no titubeó para confabular con Deborah para intentar engañarla, entonces, ¿por qué debía ella sentirse tan culpable? Analizó bien el problema y pensó que decirle todas esas cosas solo podrían complicar más, su ya tumultuosa relación. No volverían nunca, ¿qué sentido tendría decirle sobre sus sentimientos? Eso solo lograría que él creyese que había alguna posibilidad entre ambos.

Borró el chat, eliminando así el contenido del texto redactado. Se colocó de medio lado y abrazó una almohada para no sentirse tan solitaria en la cama. El llorar tanto en la ducha la agotó, al punto de quedarse dormida cuando apenas cerró los ojos. En sueños, era el único lugar en donde conseguía ser feliz.



Olivia gritó cuando desde la ventana de la cocina, vio a su hermano caer, corrió a socorrerlo, alertando a toda la familia de que se encontraba mal. Tan solo le faltó el aire un par de segundos, pero para Clemente, el tiempo se dilató de una manera que hizo que aquello se sintiera eterno. El no poder respirar, le pareció una tortura, pensó que iba a morir.

Sus primos lo tomaron en peso entre todos y antes de darse cuenta, iba rumbo a emergencias. Uno de ellos era amigo de una residente y la llamó mientras iban en camino, consiguiendo que lo atendiera con prontitud, porque en la noche de año nuevo era difícil —con la cantidad de casos que solían concurrir los centros médicos—, obtener asistencia médica inmediata.

Aunque Clemente dijo que ya podía respirar, la enfermera le dijo que se relajara y se recostará en la camilla, colocándole una mascarilla para que respirara oxígeno. La doctora, una mujer asiática, entró a examinarlo. Saludó al primo con un beso en la mejilla y les pidió a todos que salieran del cubículo para comenzar a revisarlo.

—¿Qué sucedió? —preguntó, quitándole la mascarilla para que Clemente pudiera hablar.

Él le explicó el suceso, relató sus síntomas mientras la doctora le pedía que se abriera la camisa. Le hizo el chequeo médico de rutina. Le revisó la laringe en busca de algún cuerpo

extraño, le auscultó el pecho, le midió la saturación de oxígeno en la sangre, la glicemia capilar, la presión arterial, entre otros.

La doctora explicó que parecía estar bien y así era, Clemente tenía una salud excelente. Entonces, pasó a explicarle que, probablemente, todo aquello había sido de índole emocional, por lo que le preguntó si había vivido alguna circunstancia que le hubiese generado estrés y él contestó afirmativamente.

Tras ponderar la información de los síntomas descritos, la residente expresó que todo aquello la hacían concluir que había hiperventilado de forma momentánea y que la falta de oxígeno ocasionó que se mareara perdiendo el equilibrio. Le explicó sobre los ataques de pánico y cómo estos eran, en muchos casos, confundidos con infartos. Ella lo instó a tomarse las cosas con calma, aconsejándole que se relajara y evitara estresarse. Antes de irse a elaborar el alta, le comentó que toda ruptura amorosa era difícil, por lo que lo instó a buscar ayuda psicológica, porque podía volver a ocurrirle.

Fiorella, al ver que su hijo estaba bien, suspiró aliviada. Se angustió demasiado al creer — como el resto de los presentes en la reunión—, que estaba sufriendo un paro cardíaco. Clemente era demasiado joven y sano como para que su corazón sobreviviera un infarto. Al llegar a la casa, este quiso irse al apartamento, pero ella se lo prohibió haciéndolo quedarse a dormir.

—*Mamma*, estoy bien —refutó en tono cansado.

—No me interesa, te quedas a dormir aquí donde yo te pueda ver, porque te vas a quedar es por mí, para que yo pueda estar tranquila. —Su hijo asintió derrotado, aceptando lo que le pedía —. ¿Cuándo vas a decirme que pasó? ¿Qué te hizo esa mujer cómo para que te pusieras así?

—Nada —respondió tajante.

—¿Cómo que nada? Dime qué te hizo, ¿por qué terminaron? —Fiorella estaba harta del hermetismo de su hijo.

—No quiero hablar de eso.

—Entonces pídele a Dios que no me la cruce, porque me va a oír, algo te hizo para que te pusieras así.

—Fui yo quien le hizo a ella, ¿ya? Fui yo quien le hice daño —contestó de mala gana.

Clemente sabía a la perfección que su madre sería incapaz de insultarla, cuando mucho la ignoraría en toda norma, pero, aun así, decidió confesarle eso para que lo dejara en paz.

—¿Qué hiciste, Vincenzo?

—Me voy a dormir. Bendición —dijo cortante, no quería discutir.

—Vincenzo... —Fiorella vio cómo su hijo se alejaba en dirección a su habitación—. Dios te bendiga —agregó suspirando molesta, como siempre, no le contó nada.



Los días siguientes, fueron un mutismo total. Bel se dio cuenta de que lo que había hecho de alguna forma movilizó algo en Clemente, este no volvió a llamarla, ni a escribirle y descubrió que eso le sentaba aun peor. No paró de hablar de eso en su primera consulta de enero con Flavia. Caminaba de un lado a otro disgustada. La psiquiatra le hizo ver el nivel de contradicción en la que estaba, la instó a analizar su conducta y a visualizar lo que quería en la vida, preguntándole de forma concisa si quería restablecer su relación con él.

—Obvio que no, yo no puedo estar con él —dijo en tono cortante.

—Entonces, ¿por qué te molesta tanto no saber de él? Deberías aprovechar esta falta de comunicación entre ambos para rehacer tu vida.

—¿Rehacer mi vida? —Se rio irónica—. ¿Qué vida? Yo no tengo vida. —Se dejó caer en el sofá llorando.

Flavia, haciendo uso de su tono de voz dulce, le habló de manera reflexiva. La instó a seguir verbalizando sus sentimientos, a expresar cómo se sentía por ese cambio de circunstancias. Entonces, Bel le relató todo lo ocurrido en la noche de año nuevo, explicándole que el silencio de su ex era producto de aquel suceso.

La doctora escuchó de forma paciente, aún estaba en proceso de crear un vínculo de confianza con Bel, uno que le permitiera que esta le suministrase más información. Hablaron sobre la aparente necesidad de venganza que sentía. Flavia tomó notas, comprendiendo que era probable que se tratase de una respuesta a lo sucedido en su adolescencia, pero cuando quiso elaborar preguntas para adentrarse más en sus pensamientos y ponderar que tan arraigado estaba esto en la paciente, esta no quiso hablar más del tema, porque estaba muy avergonzada.

Cuando Bel se calmó, la instó a hablar sobre las tareas y las lecturas que le había dejado para las vacaciones de diciembre, por lo que a esta no le quedó más remedio que confesar que no había cumplido con ninguna. La consulta terminó, no sin antes acordar que para la próxima cita sí haría los ejercicios propuestos.

A Flavia le preocupó no estar haciendo avances significativos, estaban comenzando su tercera semana de terapia y Bel parecía solo querer hablar, no estaba realizando ninguna de las tareas asignadas, cuestión que confirmaba su teoría de que ella en realidad no tenía deseo de querer superar a Clemente. Se planteó un cambio de enfoque, si bien, la paciente solo quería hablar de eso, tal vez era necesario orientarla para que conversara sobre lo sucedido en su adolescencia. Trabajar con esa problemática, mientras ella se decidía sobre qué hacer con su relación amorosa. Juan Pablo tenía una opinión diferente, le había hecho especial énfasis en que debía dejar ir a Bel a su ritmo, que no la presionara, era obvio que la paciente necesitaba empoderarse acerca del manejo de su vida y sus sentimientos, sin la presencia dominante de su madre. Además de que tenía un historial de no hablar sobre lo que le sucedía, por lo que, en realidad, el que lo hiciera era todo un avance.



Bel encontró alivio en volver al trabajo, a la rutina, a sus pacientes, a pedalear hasta el consultorio, a conversar con Alice que había salido con la barista y estaba muy feliz. Le gustaba hablar con André antes de comenzar el turno sobre sus clases de postgrado, e intercambiar lecturas de artículos de revistas odontológicas. Poco a poco, consiguió sentirse en paz durante esas horas. Al llegar a casa, las cosas cambiaban de forma drástica. A pesar de que seguía con su rutina —el yoga por la mañana, las lecturas y los videos juegos por las noches—, había cosas que la deprimían demasiado.

Cenar sola era una de ellas, lavar los platos también, a veces dejaba que se acumularan hasta formar una montaña insoportable, un monumento que hacía oda a lo desdichada que se sentía. Se cuestionó si tal vez era momento de comprarse un lavavajillas para liberarse de esa actividad torturante, donde lo recordaba, enjabonando los vasos con una sonrisa en los labios o manoseándola cuando lo hacía ella.

Lo peor, era recordar que ya no había a quien despedir con un apretado beso por las noches o quien la acompañara en algunas ocasiones a la cama. Encontrarse a solas entre las sábanas, era algo que la afligía, la quebraba por completo, por más que intentaba, no conseguía olvidarlo durmiendo sobre su pecho. Extrañaba acariciarle el cabello o dormirse sintiendo su abrazo, ese

con el que le decía que la amaba mucho y con el que, de pasadita, le rozaba el trasero con su erección. Ya no había viernes por las noches para irse a dormir en su apartamento, ni sábado por las mañanas en donde él la despertaba para desayunar. Estaba sola.

Hacia principios de febrero, en una noche en donde no soportaba estar sin saber de él, lo llamó por teléfono. No se dio tiempo para pensar en las repercusiones de sus actos, solo quería escucharlo, eso era todo. Escuchar el tono ronco y sensual de su voz, engañarse a sí misma por un par de minutos, fingiendo que era una llamada cualquiera, como las que tenían hacía casi dos meses atrás, en donde ella le preguntaba por su día y él siempre terminaba haciendo un chiste.

Clemente no contestó y ella lloró pensando que la había ignorado. En realidad, estaba ocupado, era el final de su jornada laboral, por lo que estaba cerrando las cajas y supervisando a los empleados que decoraban la tienda con motivos del día de los enamorados. Cuando vio la llamada perdida en su teléfono, en primera instancia no supo qué hacer. Había hecho un esfuerzo por alejarse de Bel por cuatro semanas, dejándola tranquila, tanto por su bien, como por el suyo. No había vuelto a espiarla al salir del trabajo, aunque seguía muy pendiente de ella, al punto de tener una alerta para cuando Marcelo publicaba una nueva fotografía en sus redes sociales. Se desesperaba cuando era algún moño o maquillaje de una clienta, pero cuando posaba con Bel en alguna foto, el corazón le latía rápido, la seguía queriendo igual que siempre, a pesar de lo sucedido en año nuevo.

Luego de cerrar la tienda, subió a su apartamento, se quitó la ropa y se recostó en el sofá en calzoncillos. El que viera a Clemente, podía notar que había perdido peso, varios kilos menos que se le reflejaban en la cara y en el abdomen. El semblante ojeroso también persistía, porque seguía durmiendo mal. Tenía mucho tiempo sin ir al barbero, el cabello le había crecido mucho y lo ocultaba con una gorra, que usaba con la visera hacia atrás. La barba había corrido con la misma suerte, luciendo también descuidada.

Marcó el número de Bel y esperó que esta contestará el teléfono, pero no lo hizo. Permaneció acostado en el sofá con una sensación de vacío, como de tener los brazos y las piernas amputadas, por no poder hacer nada para cambiar la realidad que vivía, que lo sofocaba dolorosamente. Volvió a marcar y rogó a los cielos poder escuchar su voz. Cuando Bel contestó, el estómago se le encogió e hizo que se sentara de golpe, buscando una postura adecuada para poder hablar.

—Hola —dijo con la voz ronca, logrando que a ella le temblara el cuerpo al escucharlo.

—Hola —contestó Bel, intentando ahogar un sollozo.

—No llores, mi amor, no llores por favor —rogó compungido.

Clemente escuchó cómo Bel hacía lo opuesto a lo que le había pedido. La escuchó llorar un par de segundos y eso le desgarró el alma, haciéndolo sentir culpable. Cuando quiso volver a hablar ella colgó el teléfono, dejándolo con un te amo, un perdóname, un déjame explicarte tantas cosas en los labios. Dejó caer la cabeza entre las rodillas, sintiendo que no podía seguir amándola tanto. Ella iba a destruirlo.

La sensación de pérdida era algo que lo acompañaba día y noche. Nunca se iba la apatía, el desgano generalizado por vivir, respirar, seguir. Ya podían darlo por muerto. Lo estaba desde finales de noviembre, el Clemente que abría y cerraba la tienda era otra persona, una especie de autómatas que imitaba sus movimientos, que hacía creer a las personas que lo rodeaban que seguía vivo.

Roció el perfume de Bel en el aire, en busca de su aroma como todas las noches, pero no lo encontró, no era lo mismo. Abrió el libro que ella había dejado a medio leer, señalizado con un marca libros de gatitos y leyó un rato, a pesar de no entender nada de la trama, lo hacía solo por

recordarla, como si pudiera encontrarla entre esas páginas. Se lavó los dientes y miró su cepillo dental morado en el vasito. Esa noche no durmió nada. La extrañó a morir, no hizo más que pensar en ella. Aquella llamada le dio algo que no sentía desde hacía mucho tiempo, un poco de esperanza, al comprender que ella aún pensaba en él.

Marcelo estaba agotado, aun así, llegó gritando a casa de Bel, cerca de las siete de la noche para buscarla. Ella insistió en que le parecía súper triste arruinarles el día de los enamorados a sus amigos, explicándole en que podía estar por su cuenta, perfectamente sola.

—Bel, si vuelves a ver cómo se muere Derek en *Grey's Anatomy*, te va a dar un derrame cerebral.

—Estoy bien aquí sola, vayan a tener sexo apasionado, no tienen que hacerme su mal tercio por lástima. No moriré.

—Hoy no solo es el día del amor, también es de la amistad, Bel y nosotros tenemos sexo apasionado todas las noches. Créeme, que por dejar de hacerlo una noche no va a pasarnos nada —dijo Esteban en tono de broma.

—Ay, sí mi amor, que yo lo que estoy es muerto del cansancio, tengo todo el putito día haciendo lucir a mis clientas como reinas y princesas, incluso a unas cuantas que Dios no las llenó de bendiciones cuando nacieron, pero que, gracias a mí, hoy se ven regias —dijo con suficiencia—. De verdad, no tengo fuerzas para nada más. Ven, comamos algo rico, veamos una peli, anda, cámbiate que ese pijama tuyo me da ganas de llorar, anda.

Bel se dejó convencer, a fin de cuentas, era uno de esos días en los que sentía que se moría de la melancolía, solo que, por ser precisamente San Valentín, evitó llamar a su amigo para no arruinarle la noche. Se fueron de compras, tras abastecerse de todo lo necesario para hacer uno de esos tragos extraños que le gustaba preparar en la licuadora a Esteban, fueron por pizzas. Llegaron a la casa devorando la comida, el pobre Marcelo no consiguió ni siquiera espacio de tiempo para almorzar. Sentados en la mesa, tomó una foto a su amiga junto a Esteban, mientras comían, la cual posteó con el mensaje: «con la mejor compañía en este día especial».

Luego de comer y conversar un rato, se echaron en el sofá a descansar. Esteban se palmeó el estómago recrecido por tanto comer, entretanto, Marcelo anunciaba que había llegado la diva que iba a ponerle sabor a la noche, iba a cantar a pesar de su dolor de pies. Tenía predilección por la legendaria Whitney Houston, así que colocó el karaoke y comenzó a cantar *I wanna dance with somebody* con alegría. A diferencia de la cantante, Marcelo bailó e hizo una coreografía de lo más divertida, que se vio interrumpida cuando escucharon el timbre de la casa.

—Yo voy, yo voy —dijo Esteban, animándolo a seguir cantando.

Al abrir la puerta, se encontró con Clemente que le hizo entrega de una caja y con cara de súplica le dijo:

—Por favor, entrégaselo.

Esteban no pudo negarse, le partió el alma verlo, ni siquiera consiguió saludarlo, porque apenas recibió la caja, el barbudo le dio las gracias para luego darse media vuelta y macharse con prontitud. Cerró la puerta de la casa estudiando la caja, la cual tenía un bonito estampado de gatos. La colocó sobre la mesa del comedor y llamó a Bel, que estaba distraída bailando con Marcelo sin hacerle caso.

—¡Bel! Ven —insistió.

—¿Qué pasa? ¿Quién era? —Esteban dio un paso a un lado dejándola ver el contenido que estaba a su espalda—. ¿Qué es eso?

—Un regalo, para ti.

—¿De quién? —preguntó perpleja, aunque intuyendo la respuesta.

—De Clemente.

Esteban dio un paso hacia atrás para darle espacio a Bel y se abrazó a su novio que había llegado a la estancia.

—No tienes que abrirlo si no quieres —dijo Marcelo.

Bel estudió la caja por varios segundos, hasta que, con dedos trémulos, decidió levantar la tapa. Al ver el contenido que guardaba, un escalofrió le reptó por la espalda. En su interior, había un hermoso ramo de rosas moradas —su color favorito—, en compañía de un frasco lleno de las galletas de chispas de chocolates con almendras fileteadas que ella había ideado y, por último, una caja de terciopelo. Al abrirla, se llevó los dedos a la boca, por completo enmudecida. Era una cadena de oro blanco con un dije en forma de cuerno de unicornio. Era el *cornicello* que Clemente le había prometido, una versión exclusiva para ella, que había mandado a elaborar con un joyero, como regalo de navidad y que, debido a su separación, no tuvo oportunidad de entregar.

Después, tomó la nota que acompañaba todo aquello que decía: «Te amo. Siempre seré tuyo, no importa si tú ya no quieres ser mía». Bel soltó el papel y comenzó a llorar como si le hubiesen dado un golpe, por lo que sus amigos conmovidos, la abrazaron con fuerza, mientras ella sentía que no podía más. A simple vista, parecía una frase que hablaba de posesión, pero ella sabía que él no era así, su verdadero significado era la entrega. Le explicaba que la iba a querer siempre, aunque ella ya no lo quisiera. Lloró un rato hasta que se sintió cansada, se desasió de los brazos que la sostenían y abrió el frasco. Se movió hasta el sofá en donde se atiborró de galletas, viéndose como una caricatura triste que tragaba grandes bocados en busca de confort.

—Anda Marce, sigue cantando a Whitney, pero algo corta vena. Esteban, sírveme un vaso de leche, para mojar las galletas, por favor.

—Déjame te preparo un poco, es que solo tengo leche en polvo.

—No, no me gusta la leche en polvo, déjalo así.

Esteban se sentó junto a Bel, pasando el brazo por su hombro para abrazarla, mientras se comía una galleta y miraba en dirección a su novio quien comenzó a cantar *Run to you*, pero haciendo playback de forma artística, imitando cada una de las expresiones faciales de su ídolo Whitney. En ese momento, se preguntó si había escogido la canción a propósito, miro de soslayó a su amiga que parecía escuchar atenta la letra.

Bel tragó con dificultad, para después comenzar a tararear la canción, repitiendo el coro entre sollozos ahogados. Algo sucedió, fue como si no pudiera seguir ahí sentada, por lo que de repente, se levantó.

—Préstame tu auto, por favor.

—¿A dónde vas? —preguntó Esteban para confirmar sus sospechas.

—¡A comprar leche! —dijo tomando las llaves sin siquiera esperar que su amigo le dijera que sí.



Bel manejó hasta la tienda, sin tener muy claro qué estaba haciendo. Tal vez se había dejado suggestionar por Whitney cantando «quiero correr hacia ti», por el sabor familiar de las galletas, las rosas moradas, el regalo que le hizo recordar todas las veces que mientras le acariciaba el pecho a Clemente después del sexo, miraba el cuernito que pendía de su cadena o tal vez fue la nota diciéndole algo tan... doloroso. En definitiva, no sabía qué hacía, solo tenía claro que necesitaba verlo. Al llegar, se sintió observada por cada uno de los empleados, a los cuales saludó con movimientos de mano y una sonrisa a medias en los labios. Estaba muy nerviosa, así

que caminó hasta el área de los lácteos y tomó un bidón de leche. Respirando profundo, tocó la puerta de la oficina, pero Carmen, la encargada, de forma amable le indicó que el jefe estaba arriba, en su apartamento.

Asintió y se dirigió al segundo piso, subiendo las escaleras de prisa. Al llegar, tocó con los nudillos la puerta, se escuchaba música adentro por lo que asumió que sería difícil que él se percatara de su llamado, así que intentó abrir, pero la cerradura estaba pasada. Volvió a tocar, esa vez con más ímpetu, hasta que escuchó cómo la música cesaba y los pasos de Clemente se acercaban, provocando que se le apretaran las entrañas por la ansiedad. Cuando finalmente él abrió la puerta, se miraron incapaces de hablar. Ambos se quedaron estupefactos ante la presencia del otro. En el caso de Clemente, porque al fin la veía de nuevo, preciosa como siempre, en el de Bel, porque él iba sin camiseta, solo con unos *shorts* de deporte. Estaba todo sudado, a causa de hacer flexiones para aniquilar un poco la angustia por la expectativa que se generó después de entrarle el regalo, porque no sabía si obtendría algún tipo de respuesta al respecto. Lo notó desarreglado, también más delgado, con el abdomen un poco marcado y los brazos más hinchados. No supo qué decir, solo se quedó ahí, de pie, sin saber qué hacer, mientras que la piel parecía erizarse...

—Hola, Bel —saludó y su rostro se iluminó por el mero hecho de poder hablarle.

—Vine por leche —explicó segundos después nerviosa, mostrándole el bidón—. Leche para las galletas.

Clemente asintió y movió su cuerpo para que ella pudiera pasar. El corazón le latía de prisa y ya no era por el esfuerzo del ejercicio físico, era porque el amor de su vida había ido a verlo, llenando con su maravillosa presencia todo el vacío que le había dejado. Detalló cada parte de su anatomía, miró cada uno de los movimientos que hizo al dejar el bidón de leche sobre la mesada de la cocina, en compañía de las llaves del auto, hasta que finalmente se giró hacia él. Se llevó uno de los mechones de cabello que se le desprendía de forma descuidada de la coleta, detrás de la oreja, señal inequívoca de su nerviosismo. La observó respirar agitada para después negar con la cabeza.

Tras entrar, Bel comprendió la precariedad en la que se encontraba, el impulso visceral que la había llevado a su encuentro comenzó a mutar, convirtiéndose en temor. Sintió miedo de no ser capaz de guardar la compostura, porque, aunque no lo quisiera, su cuerpo reaccionaba de manera instintiva al de Clemente, cuyo aroma flotaba en el ambiente, embriagándola. Verlo semi desnudo, con esa mirada oscura que siempre le dedicaba, tampoco era de ayuda. Si seguía ahí, iba a besarlo.

—Esto ha sido un error, no sé a qué he venido, perdóname —dijo con voz temblorosa, al darse cuenta de que solo sentía deseos de abrazarlo. Cuando quiso caminar para tomar las llaves y el bidón de leche, él le cerró el paso.

—Por favor, no te vayas. —La expresión suplicante de Clemente la desarmó—. ¿Sabes todas las veces que he fantaseado con verte llegar? —explicó afligido—. Hablemos.

Bel suspiró, le costaba concretar ideas.

—¿Por qué todos esos regalos, Clemente? —Lo miró a los ojos, en tono de reclamo.

—Porque te amo. ¿Por qué otra cosa podría ser? —Bel negó con la cabeza al oírlo decir eso—. Las cosas no tienen por qué ser así entre nosotros. No deberían... ser así —continuó él cabizbajo, hablando con mesura y mucha dulzura.

—¿Y cómo deberían ser? —preguntó intentando mostrarse irónica.

—Tú, desnuda en mi cama, conmigo encima. Así deberían ser —contestó tajante, sin quitarle los ojos de encima.

Una extraña energía recorrió el cuerpo de Bel. Escucharlo decir eso tuvo un efecto efervescente en su sangre. Las ganas de besarlo, de lamerle el pecho sudado, tomaron fuerza por un par de segundos, hasta que desvió la mirada en busca de claridad. No tardó en recordar a su madre ahí, en medio de la estancia, hablando con él, logrando que la rabia se instalara en su mente. La atenazaba una ambivalencia entre el odio y el amor, muy difícil de manejar.

—No puedes decir cosas así, Clemente, no puedes, tampoco puedes andar dándome regalos. Además, ¿cómo sabías en donde estaba?

—Iba a dejarlo en tu puerta, pero Marcelo posteó una foto contigo, te vi y...

—Como sea —interrumpió—, no me compres más nada. Tienes que permitirme olvidarte.

—Es que yo no quiero que me olvides —dijo con firmeza—, yo te pienso día y noche. No puedo vivir sin ti, no puedo. Me estoy muriendo sin poder tenerte —agregó desesperado, haciendo gestos con las manos.

—¿Tú te estas muriendo? ¿Tú? —replicó Bel con sorna—. ¿Qué vas a saber tú de morirte de tristeza?

—¡Lo sé todo!

La ira le nubló el entendimiento a Bel, provocándole de nuevo esas ganas de vengarse. Era ella la que sufría, a la que él había querido engañar vilmente. Caminó hasta estar a pocos centímetros de su cuerpo y lo abofeteó.

—Esto es por haberte acostado con una mujer casada. —Lo abofeteó de nuevo, pero en la otra mejilla—. Esto es porque esa mujer casada era mi madre, y esto —dijo abofeteándolo una tercera vez—, es por haber intentado ocultármelo.

La cara de Clemente se contrajo de la ira, sus ojos parecían centellar fuego.

—No me importa que me golpees, si eso hace falta para que me escuches, lo aguanto, pero es la primera y la última vez que lo haces, a mí no me vas a estar tratando así —dijo muy molesto mientras se sobaba las mejillas adoloridas. De no haber sido por la barba, Bel le habría dejado los dedos marcados en la piel—. Tienes que dejar que te explique, yo sé que...

—No quiero escucharte, así que ahórrate tus malditas palabras.

—No, estás muy equivocada, me escuchas —vociferó molesto.

—No me da la gana —gritó ella también, intentando pasarle por un lado para tomar las llaves del auto.

—Deborah era...

—¡Que te calles! —exclamó furiosa, girándose hacia él—. No la nombres, ¡no la nombres! —Le tapó la boca con los dedos, mirándolo a los ojos con rabia—. ¿Acaso no entiendes la profunda rabia, el asco, los malditos celos que me produce oírte decir su nombre? Cállate, no quiero oír nada de lo que paso entre ustedes. No quiero. —Reiteró a punto de llorar de la rabia. La desdicha la obnubilaba.

Clemente se quitó los dedos de la boca y la atrajo contra sí.

—Pues bien, no hablemos una puta mierda —dijo besándola.

—Suéltame —murmuró Bel, apretando los dientes, sin poder separar su boca de la suya. Él la sostuvo en un apretado abrazo que no le dejó escapatoria—. Suéltame, Clemente. —Logró girar un poco el rostro para hablar bien—. Suéltame o no respondo —agregó exaltada al sentirse dominada.

Él, por supuesto, no le hizo caso, la apretó más contra su cuerpo. Planeaba besarla hasta recordarle cuánto la amaba. La conocía y sentía que, en lo más profundo, su rechazo era solo verbal, que en realidad había ido a verlo porque también lo extrañaba. Le buscó la boca de nuevo, inmovilizándole los brazos con una mano y con la otra la atrajo por la coleta del cabello,

obligándola a recibir el beso acelerado que anhelaba darle, no obstante, a cambio, solo recibió un fuerte mordisco. De repente, el exquisito sabor de los turgentes labios de Bel se vio ensombrecido por un gusto a metal.

Clemente la soltó de inmediato, ante la punzada dolorosa. Se llevó el dedo a la boca para comprobar lo que ya sospechaba, le había roto el labio inferior. Se pasó la lengua por la herida sangrante, sintiendo el escozor, siseó sin poder evitarlo. La miró molesto, como diciéndole con la mirada que aquello era innecesario.

—No vuelvas a hacer eso —dijo amenazante.

—Y tú qué coño crees, ¿qué a mí me gusta tener que sostenerte para darte un beso? —Hizo una pausa, estaba muy alterado—. Dime, ¿para qué coño viniste? ¿Qué esperabas que pasara? ¿Qué pensaste, que ibas a venir aquí y yo no te iba a comer besos?

Bel lo miró enmudecida. No quería ceder a esa parte de sí que le rogaba, que la instaba a olvidarlo todo y besarlo. Se negaba, rotundamente, a sucumbir a esos instintos.

—¡Contéstame!

Clemente estaba alterado porque sentía que una vez más perdía la oportunidad de explicarse, había pasado meses dándole espacio sin que ella le diera una oportunidad para hablar. Desesperado por hacerla entender, de hacerla escuchar, comprendió que debía cambiar la estrategia, no más espacio. Su carácter se volvió rápidamente trasgresor, avasallante y le cerró el paso cuando ella quiso marcharse. Bel lo evadió, dándole la vuelta a la isla de la cocina, desplazándose en dirección al sofá. Caminó detrás de ella alcanzándola con prontitud. Esta retrocedió, hasta que su espalda chocó con la pared.

—No te vas a ir hasta que hablemos —dijo serio, casi como si fuera un regaño—. ¡Tienes que oírme! Si me dejaras explicarte...

—¡No tengo que hacer nada de lo que tú digas, yo hago lo que me da la gana! Y no quiero oírte decir nada sobre lo tuyo con esa mujer. Déjame pasar —contestó ella en tono altisonante, interrumpiendo sus intentos de explicarse.

Estaba molesto, harto de que ella no le dejara hablar, que no le dejara arreglar las cosas. Solo existía lo que ella quería ver, mientras que a él le tocaba conformarse con una realidad con la que no estaba de acuerdo de ninguna manera. Colocó el brazo en la pared para que ella no pudiese irse y se le acercó rogándole que lo escuchara. Esa era su principal motivación, hablar, pero cuando sus miradas se encontraron de esa manera en que le resultaba tan familiar, no dudó en acercarse más, buscándole la boca de nuevo. Bel respiró agitada y correspondió el beso de Clemente que iba lleno de ruegos, de suplicas, hasta que de nuevo recordó lo sucedido con su madre y recobró la compostura apartando el rostro.

Aquel beso le confirmó a Clemente que ella seguía queriéndolo, por lo que la cercó con su cuerpo. Necesitaba hacerse oír, pero cuando lo intentó de nuevo, ella gruñó molesta y forcejeó con él para que la dejara pasar sin lograrlo, por lo que le dio la espalda en protesta.

—Amor, por favor... —rogó con tono conciliador, besándole el cuello.

Bel cerró los ojos al caer en cuenta de su error, si algo sabía, era que nunca debía darle la espalda a Clemente, era una acción peligrosa, por naturaleza le excitaba asediarla y esa vez no sería diferente, pues lo notaba pegado a su espalda. El problema, era que a ella siempre le había gustado ese jueguito al que estaban acostumbrados y antes de darse cuenta, lo dejó seguir besándole el cuello. Intentó separarse de él sin demasiado ímpetu, el deseo que sentía por él la traicionaba.

—Suéltame —rogó bajito.

—Si te suelto te iras y sé que, en el fondo, no quieres hacerlo —dijo agitado, haciendo que a

ella le temblara el cuerpo—. ¿Verdad? —preguntó sin obtener respuesta, por lo que siguió besándola.

Bel jadeó cuando la tomó por la coleta con firmeza y volvió a hacerlo cuando sintió la lengua de él recorrerle rauda la nuca. Se maldijo, el orgullo, la rabia, le decían que recordara que lo odiaba, pero ni eso fue capaz de evitar que ese deseo que se arremolinaba en su vientre bajo, se volviera líquido de forma impetuosa.

Escucharla jadear, enloqueció a Clemente. Tomó las muñecas de Bel y sin más dilaciones, las inmovilizó sosteniéndolas encima de su cabeza, contra la pared, entretanto le mordisqueaba el cuello a placer, llenándola de saliva y sangre. Bel gruñó aniquilada, lo odiaba por hacerle eso, por atraparla de esa manera, le dolía demasiado vivir una realidad en donde el hombre que amaba había estado con su propia madre.

Clemente le apretó un pecho con su mano libre y ella jadeó en respuesta, de forma gutural. Luego la dejó caer, serpenteando por su abdomen y antes de que Bel pudiera procesarlo se estaba colando entre la cinturilla de sus jeans. Se mordió los labios, al tiempo que intentaba encontrar la fuerza para pedirle que no siguiera. Su lucha era tanto interna como externa, incluso luchaba más consigo misma, por no sentir, por no desear esos dedos, ese aliento caliente junto al lóbulo de su oreja, pero lo deseaba, el sexo se le apretaba ansioso, sobre todo porque ya lo sentía duro contra su trasero.

—Suéltame —dijo con la respiración entrecortada por mero orgullo, cuando sintió los dedos deslizándose por los labios de su vulva.

—En serio, ¿quieres que te suelte?

—No... maldita sea —dijo excitada, dejándolo continuar.

De repente, había perdido las fuerzas para resistirse a su toque, lo deseaba demasiado, lo deseó desde que le abrió la puerta del apartamento por mucho que lo negara. Cerró los ojos y gimió ante aquel toque que siempre la llevaba al borde del éxtasis.

A Clemente, la adrenalina le corría libre por las venas, estaba excitadísimo, con el miembro palpitante, tenso, queriendo hundirse en ella de golpe. No quería invadirla así, pero la necesitaba más que a nada, él también se encontraba en medio de una vorágine de sentimientos, entre el deseo y la desesperación por hacerla entender. Encontrarla caliente y húmeda, solo hizo que el poco raciocinio que le quedaba se esfumara. Respiró acelerado, sintiendo el corazón arrítmico.

Bel jadeó de nuevo al sentir los dedos largos de Clemente recorriéndola, casi rogó para que no parara, se relamió los labios que sentía secos, mientras respiraba acelerada en busca de aire. El pie de él se escurrió entre los de ella, abriéndole las piernas, buscando espacio para hundir dos dedos con celeridad, encontrándola, exageradamente, apretada y suave. Bel dejó caer la frente contra la pared, derrotada, mientras recostaba su trasero contra la erección de Clemente. Se reprochó, por una parte, lo rápido que se había abandonado a su tacto, mientras que, por otra, no consiguió las fuerzas para instarse a no hacerlo. Giró la cabeza hacia atrás buscándole la boca y él la besó ansioso, ella, en cambio, le succionó los labios con alevosía. Escucharlo gemir del dolor, solo consiguió pronunciar la excitación que sentía.

Clemente le soltó las manos, la giró hacia él por completo y atrayéndola por la nuca la besó en toda norma, abriéndole los labios con la lengua, acariciándole la suya de forma violenta, compartiendo el sabor a sangre que lo invadía todo como una sustancia lúbrica, que los unía ante el deseo apabullante. Solo quería besarla, por eso se sorprendió tanto cuando sintió que Bel lo acariciaba, introduciendo la mano entre sus calzoncillos, deslizándolos hacia abajo en compañía de los *shorts* deportivos, haciéndolo jadear excitado, por sentir sus manos recorriéndolo con impaciencia.

Lo empujó contra el sofá, logrando que Clemente cayera sentado. Bel, giró sobre sus talones, se abrió los jeans con rapidez, mientras él la ayudaba a bajarlos en compañía de su ropa interior. Comenzó a descender, sentándose sobre él, dándole la espalda. Tomó su miembro con una mano para dirigirlo a su interior y al sentir el glande rozándola, se mordió los labios, intentando tomarse las cosas con calma. Sin embargo, él la obligó a sentarse deprisa, entrando en ella de forma firme. Estaba ansioso por sentirla, necesitaba estar en su interior más que el aire que respiraba. Bel gritó, quedándose inmóvil por varios segundos, notándose colmada. Luego, apretó los muslos y se movió de adelante hacia atrás, con los ojos cerrados, disfrutando de aquella sensación que por meses estuvo olvidada. Se dejó llevar ante el ansia de tenerlo adentro, de sentir su piel ardiente, el roce de sus manos y los besos deliciosos que le daba en el cuello. Lo extrañaba tanto, que ni siquiera le hacía falta moverse demasiado, hasta el más efímero roce le resultaba exultante.

Los gemidos de ambos rompieron el silencio del lugar, estaban mojados, calientes y deseosos. Solo necesitaban estar así, juntos, no necesitaban nada más. Bel se sintió superada, como si no fuese capaz de asimilar lo que sucedía, se movió en busca de su propio placer, jadeante, hambrienta. Sus movimientos se volvieron impetuosos, violentos, bestiales, haciendo círculos con la cadera primero, para después levantar la pelvis, dejándose caer de golpe una y otra vez. Jadeó al sentir las manos de Clemente colándose entre su camiseta, recorriéndole el abdomen en dirección ascendente, acunándole los pechos, apretándoselos con descaro, escurriendo los dedos entre el brasier, pellizcándole los pezones para hacerla gritar. Se sentía como drogada, como si su cuerpo estuviese en automático y su mente no tuviera control sobre nada, hasta que no pudo más, la excitación la hizo romper en llanto llevándola a detenerse. Segundos después, abrió las piernas —lo más que le permitieron los jeans arremolinados en sus tobillos—, y apoyó los codos en las rodillas, dejando caer la cabeza hacia delante. Lloró, lloró por todo, por estar con él, por querer estarlo y por sentir que no debía hacerlo.

Clemente la recogió, abrazándola contra su pecho, besándola justo detrás de la oreja. Sin esperar a que Bel se calmará, siguió moviéndose, levantando la pelvis, hasta que hizo que los jadeos de llanto se transforman en unos de excitación. La emoción de tenerla no le permitió parar, se sentía pletórico por sentir su calor, su humedad, por poder hundir la nariz en su cabello y ser uno de nuevo con ella. La tocó, buscándole el clítoris hinchado para acariciarla con vigor, queriendo hacerla acabar con celeridad, porque se sentía al borde del orgasmo.

Bel alcanzó el clímax de forma brutal, gritando exaltadísima. Tal vez fue la rabia, la excitación, o toda la situación en conjunto, pero sintió el orgasmo como algo explosivo que le recorrió el cuerpo de una manera increíble. Él se corrió segundos después, de manera parecida, recordando lo bien que se sentía aquello. Apoyó el rostro contra la espalda de ella y comenzó a llorar sin poder evitarlo.

—Por favor, no me dejes —dijo sollozando de felicidad por tenerla, abrazándose a ella como si se le fuese la vida en ello. La amaba demasiado.

Entonces, Bel abrió los ojos, el orgasmo se le disipó con rapidez, dando paso a una extraña incomodidad. Instintivamente, se quitó los brazos de Clemente de encima y se puso de pie, subiéndose los pantalones de un tirón. Se giró hacia él, no hizo falta que dijera nada, solo negó con la cabeza para después darle la espalda, alejándose. Aturdida por todo lo ocurrido, tomó el bidón de leche y las llaves del auto, de la mesada de la cocina y salió del apartamento. Cruzó la tienda a grandes zancadas, la alarma de la puerta se disparó cuando esta salió, pero ninguno de los empleados quiso ir detrás de ella para decirle que no había pagado la leche.

En ese momento, Clemente lo supo, no había vuelta atrás. Ella jamás lo perdonaría, nunca

podrían estar juntos de nuevo. Verla caminar lejos de él, termino de fracturar todo, de romperle el corazón, de clavarle un puñal que le generaba un dolor cáustico, corrosivo, que se alojó aprisionándole el pecho, que subía y bajaba precipitadamente. Boqueó en busca de aire, al tiempo que gritaba desesperado de la rabia, lloró por el desconsuelo, la ira, la frustración, maldiciendo a Deborah y a ese asqueroso día trece años atrás.

CAPÍTULO 30

El sabor de ese beso sangriento, se le quedó grabado en las papilas gustativas a Bel. Se acarició el paladar con la punta de la lengua, de forma distraída una y otra vez, refregándosela contra los dientes, en un instinto de raspar aquel gusto. Encontró absurdo que, hasta ese sabor metálico, le resultase exquisito si provenía de él.

Se preguntó por qué la vida era tan macabra como para hacerla sentir tanto, justo con el hombre por el que no debía sentir nada. Había una tónica de culpa, de sentirse mal por no poder resistir la... ¿tentación? Ni siquiera sabía cómo llamarlo. La realidad, por muy atroz que fuese, era que nada se sentía tan bien como tenerlo adentro, resbalando entre las paredes húmedas de su sexo. Tener ese tipo de claridad, era lo que hacía que concluyese que estaba perdiendo la razón. Clemente la había hecho pasar de ser una mujer racional, a ser una demente.

Contarle lo sucedido a Flavia, supuso una vergüenza, está la instó a continuar con el relato en donde por un ataque de no sé qué, había ido a buscarlo. La pregunta obligada por parte de la doctora no se hizo esperar. «¿Y cómo te sentiste al respecto?». A lo que Bel no supo qué contestar.

—¿Quieres retomar tus sesiones con el doctor, Juan Pablo?

—No —contestó Bel con rapidez—. ¿Por qué dices eso?

—Porque siempre que te pregunto cómo te sientes, no sabes que decirme y si con el doctor Juan Pablo, se te hace más fácil hablar...

Bel apretó los labios, una mueca de desacuerdo.

—Estoy enamorada de Clemente, aunque también lo detesto. Lo odio por haberla besado a ella primero, por haberla querido primero, por decirme las mismas cosas que le dijo a ella durante el sexo. Lo odio demasiado —dijo, interrumpiendo a Flavia, obligándose a hablar, mientras tocaba distraídamente el cuerno que pendía de su cuello—. Así me siento.

—Está linda tu cadena —agregó Flavia, tras notar que no dejaba de tocarla. Bel apoyó los codos en las rodillas, hundiendo la cabeza entre las manos, gruñó molesta, sintiéndose desesperada, rabiosa, con ganas de golpear algo—. ¿Dije algo malo? —preguntó la psiquiatra preocupada.

—Me lo regalo él, este pasado día de los enamorados, por eso fui a verlo...

Bel le contó todo lo sucedido en la discusión, la maldita excitación, los besos sangrientos, el sexo rápido, violento y confuso. También le dijo lo mucho que lloró, luego de que se le pasara el aturdimiento que todas aquellas emociones le produjeron, reparando por horas en ese instante en el que Clemente le rogó que no lo dejara, porque comprendió que él también sufría. Odió hacerle daño, por ese motivo no le había escrito, ni llamado desde entonces, porque sabía que no podían volver a relacionarse, si lo hacían, volvería a lastimarlo. Aún lidiaba con ese rencor que la hacía creer que él merecía padecer igual que ella. Lo mejor para ambos, era tomar caminos separados.

A pesar de tener ese entendimiento, le era inevitable volver a sentirse contrariada porque le molestaba que él tampoco la buscase. Antes de que Flavia comentara algo al respecto, admitió que sabía que era una actitud muy inmadura de su parte. Luego de todo lo ocurrido, una parte de sí creía en que era verdad que Clemente no sabía quién era su madre. Aun así, eso no hacía ninguna diferencia, no podían rehacer su relación, porque el rencor provenía de muchas partes. De solo imaginarlo viviendo con Deborah cosas como las que vivieron juntos, se ponía enferma de los

celos. También le molestaba recordarlo siendo tan cínico, como para querer engañarla para que nunca se enterara de lo sucedido y, por último, por su padre, ¿qué se suponía que le dijera?

—Mira papá, ¿recuerdas al tipo que se cogió a tu esposa sobre el escritorio del estudio? Sí, ese mismo incidente que te conté y por el que te separaste, bueno, es que yo lo quiero y le perdono todo —expresó Bel, sardónica—. Mi papá no me lo perdonaría nunca. Es una cuestión de lealtad.

—No puedes tomar decisiones basadas en lo que opinen los demás. Es tu padre, pero es tu vida y tu felicidad.

—Pero es que no puedo, no puedo. Yo siento que me lo cambiaron, ¿sabes? O sea, el Clemente que yo conozco no podía haber hecho algo así, no...

—Bel, ¿cuántos años tiene, Clemente? —interrumpió la doctora, para no perder el punto de la sesión, porque ya la paciente había expresado lo mismo con anterioridad.

—Treinta y cuatro.

—¿Entonces lo estas juzgando por algo que hizo cuando tenía veintiuno? Han pasado trece años, más de una década, él maduró, cambió. Son muchos los jóvenes que se sienten atraídos por relacionarse con mujeres mayores y experimentadas. No estoy diciendo que lo que hizo estuvo bien, es obvio que debió respetar el matrimonio de tus padres, pero recordemos que para que exista una relación hacen falta dos partes...

—Lo sé, lo sé —dijo Bel interrumpiendo a la doctora—. Pero usted no vio lo que yo vi. Esa imagen se ha vuelto más nítida, más presente, ahora que sé que fue él. Clemente era... —se llevó las manos al pecho para aliviar la presión que notaba ahí—, yo sentía lo nuestro tan... recíproco, tan... yo lo sentía tan mío. Nosotros nunca tuvimos eso de la posesión en la pareja, era otra cosa que no sé cómo explicar, solo sé que ahora, es como si nunca lo hubiese sido, como si yo hubiese estado reemplazando a... esa mujer.

—¿Durante la relación sentiste que reemplazabas a otra mujer? —Bel negó con la cabeza—. Entonces lo sientes es ahora —Flavia hizo una pausa—, aunque sabes que Clemente no sabía quién era tu madre, en el fondo no puedes dejar de pensar en lo que ella dijo, eso de que él estaba contigo porque le recordabas a ella, ¿cierto? —Bel asintió—. Creo que estás transfiriendo emociones a Clemente, que en realidad sientes es por tu madre. Quien le falló a su familia, a su matrimonio, quien te manipuló y te trató mal fue tu madre, no él.

—Los dos tienen culpa, estuvieron juntos.

Flavia miró su cuaderno de notas, notándose pensativa por unos segundos.

—Bel, yo puedo sentarme aquí a escucharte todo lo que necesites, pero me preocupa que parece que estas acostumbrándote mucho a este limbo en el que estás. —Bel la miró confundida, sin saber a qué se refería—. Tienes que decidir qué quieres hacer para que podamos avanzar en la terapia conforme a eso. Si resuelves superar a Clemente, trabajaremos acorde a ello, si quieres volver con él, entonces haremos terapia de pareja y superaran lo que tengan que superar.

—Yo no puedo volver con él.

—Espera, esto no va sobre lo que crees que puedes hacer o no, yo quiero que te lo pienses bien. Tu tarea para esta semana, va a ser precisamente eso, visualizarte con Clemente y sin él. Vas a buscar un lugar tranquilo y vas a pensar por cuarenta y cinco minutos en cómo sería tu vida con él, para después tratar de apartarlo de tu mente por el resto del día. Al siguiente, vas a repetir el ejercicio, pero pensando, en cómo sería tu vida sin él por cuarenta y cinco minutos también y de nuevo, trataras de no pensar más en Clemente. Al finalizar, debes escribir cómo te sientes al respecto. Vas a hacer esta tarea hasta el próximo martes, es decir, cuatro días.

—No quiero hacer eso, no quiero pensar en nada, ¿cómo hago para no pensar en nada? —preguntó cansada de sentirse tan mal.

—Por favor, realiza la tarea.

—Lo intentaré.

—Además de eso, quería preguntarte sobre tus hábitos masturbatorios.

Flavia pensó que cambiar de tema le vendría bien, porque la notaba demasiado triste. Bel puso cara de circunstancias. Sin Clemente sosteniéndole la mano, se le hacía muy difícil hablar de ese tipo de cosas.

—Es algo completamente natural, no tienes por qué ponerte así, es importante que hablemos de eso porque... —Flavia se vio interrumpida por el suave bip que avisaba que había pasado el tiempo de la sesión.

Bel se puso de pie de inmediato y tomando su bolso, comenzó a caminar hacia la puerta.

—Nos vemos la próxima semana, adiós doctora.

—Bel —Flavia la llamó poniéndose de pie, abriendo la puerta del consultorio para alcanzarla—. ¡No se te olvide hacer los ejercicios! —agregó amistosa.

—Sí, sí —dijo Bel con amabilidad, parada frente a la puerta del consultorio de Juan Pablo, que se abrió justo en ese momento, ya que un paciente iba de salida.

El médico la miró y la saludó con la mano, pero a ella no le dio tiempo de responder, porque el hombre que iba saliendo cerró la puerta. Se dio la vuelta y no logró avanzar demasiado, porque escuchó la voz de Juan Pablo llamarla. Se paró en seco y maldijo entre dientes, girándose para saludarlo.

—Hola, pasa un minuto, por favor —pidió el médico con amabilidad, señalando el interior de su consultorio.

—¿No tienes más pacientes? —Sonrió, intentando disimular su incomodidad—. No quiero restarle tiempo a nadie.

—Sí, pero aún tengo cinco minutos libres —aclaró mirando el reloj—. Cuéntame, ¿qué tal todo con Flavia?

El médico se apoyó contra su escritorio de forma casual. Vestía pantalones grises y una camisa con un suéter de tonos azules complementarios. Llevaba las gafas para leer y el cabello castaño peinado hacia un lado un poco al descuido, lo que le confería un look intelectual muy atractivo.

—Bien. —Movi6 la cabeza en un movimiento afirmativo, cosa que Juan Pablo ley6 como señal inequívoca de su incomodidad hacia 6l.

—A mí no me lo parece, usted señorita, es muy rebelde y no hace las actividades que su doctora le pide.

—Es que se me hacen absurdas esas cosas de los reforzamientos y no sé qué...

—Entiendo, pero son técnicas para ayudarte a modificar tu forma de pensar. Queremos que dejes de asociar lo sucedido entre Clemente y tu madre con el placer sexual durante el coito...

—Ya, ya sé, no menciones sus nombres —interrumpió ella.

—Entiendo que aún estás en negación, sin embargo, creo que...

—Ya, Juan Pablo, ya, ya entendí —dijo tuteándolo e interrumpiéndolo de nuevo. Estaba muy frustrada.

—Yo sé que entiendes, eres una mujer muy inteligente, pero a veces, entender no significa comprender por completo todo. De todas formas, recuerda lo que te dije, ve a tu ritmo, obedece a tu instinto, pero ojo, haz los ejercicios que te coloca Flavia, ¿de acuerdo? —indicó, ofreciéndole la mano.

—De acuerdo —contestó Bel, estrechándose para cerrar el trato.

Él la miró de forma breve, evitando hacer contacto directo con sus ojos azules, era su forma de disimular que le era muy grato verla.

—Es bastante grosero que me digas ya, en especial cuando usas ese tono tan tuyo, medio insolente, yo solo quiero ayudarte.

—Perdóname, lo sé, es que creo que me estoy volviendo loca.

—Ah mira, entonces viniste al lugar adecuado —dijo gracioso y ella no pudo evitar reírse—. No te estas volviendo loca —aclaró segundos después—. En muchas ocasiones, cuesta adaptarse a los cambios y en tu caso, es hacer terapia. Con el tiempo, las cosas se van a solucionar, pero para eso, tienes que hacerle caso a Flavia.

—Está bien —acordó fastidiada y el médico se mordió la lengua para no decir nada indebido. Le gustaba que ella fuese un poco rebelde.

—Por cierto, después volveré a tu consulta, quiero que me cambies los otros dos empastes que me dijiste que ya tenían mucho tiempo.

—¿Y tu odontólogo de siempre?

—¿No me quieres como paciente? —preguntó ávido.

—No es eso. —Era exactamente eso—. Es que no quiero que me acusen de robar pacientes.

—Que se joda, tú me tratas mejor. Además, contigo no me duele ni cuando me colocas la anestesia.

—De acuerdo, llama y mi asistente te buscara un hueco en la agenda.

—Muchas gracias, mi estimada odontóloga. —Le hizo una seña para que se marchara, caminando para abrirle la puerta, porque debía seguir trabajando.

Se despidieron con rapidez, Juan Pablo quería mantenerse profesional con ella, así, cuando terminara su terapia, si esta seguía soltera, podría invitarla a salir. Él, desde hacía un mes, había dado las cosas por terminadas con Patricia.



Clemente, sabía que no era una persona perfecta. Luego de intimar con Bel y conocer de primera mano lo dulce, cariñosa y poco egoísta que era, sintió una mayor motivación para superarse, convirtiéndose en un mejor hombre para estar a su lado. Durante los meses que estuvieron juntos le dio todo: amor, ternura, compañía, risas y lidió lo mejor posible con sus problemas sexuales amándola sin importar nada. Por eso se preguntaba perplejo: ¿por qué recibía tan mal trato de su parte? Bel, parecía no guardar ningún tipo de afecto por él, de la noche a la mañana se convirtieron en un par de extraños, o al menos eso sintió cuando ni siquiera lo dejó hablar aquel día de los enamorados. Se comportó distante, resistiéndose a sus acercamientos, no obstante, en el fondo, todo fue una gran farsa. Una vulgar mentira, porque Clemente solo necesitó abrazarla, pasarle la lengua por el cuello y besarla un par de veces, para que ella olvidara todo lo malo, todo el odio, todo el rencor, todo el asco. Cuando sus cuerpos se unieron, no hubo vuelta atrás, por esos minutos coexistieron, atrapados dentro de una burbuja en donde se anidaba el deseo, las ganas de comerse, de lamerse, de amarse. Estaba claro que podían superar lo que fuera, entonces, ¿por qué no lo dejó borrarle aquel trauma a besos?

Sentía que se merecía que lo escuchará, que le dejara explicarle tantas cosas que, aunque no quisiera saber y que para él eran difíciles de contar, porque, a fin de cuentas, estaba hablando de Deborah, era importante que Bel conociera. Que no le diera oportunidad de dialogar le dolió muchísimo, tanto, que decidió alejarse de ella definitivamente. Aún seguía expiando la culpa, pues, así como ella sentía aquel día como una desgracia, él también. Clemente no se victimizaba, al contrario, se responsabilizaba de sus actos, a pesar de ello, sintió que ya no podía seguir

arrastrándose más y dio por terminada la relación.



Para Bel, imaginarse con Clemente era sentirse plena, sin él, la vida seguía, pero como a cámara lenta y lo que en un pasado la hizo feliz, en ese momento le resultaba poco, así de simple, no le hacía falta hacer ningún ejercicio para saberlo. Estaba clara que nunca había sido tan dichosa o afortunada como con él y era algo palpable, porque desde su separación ella no estaba bien. El rencor podía más que las ganas de salir corriendo a besarlo. No importaba cuánto chocolate devorara, cuánto ejercicio hiciera, cuántos videos de gatitos viera en internet, nada le generaba las suficientes endorfinas como para hacerla superar su enojó, su frustración, estaba muy jodida.

Los días pasaron y la depresión se asentó. Bel seguía trabajando, eran las únicas horas en donde conseguía estar bien. Al mismo tiempo, experimentaba la misma fatiga que en un pasado le generaba ir a terapia, aun así, se recordaba que debía continuar por su propio bien. Para Flavia, fue obvio que aquel encuentro con Clemente supuso un retroceso en el camino avanzado en el tratamiento, por lo que preocupada, se lo contó a Juan Pablo. La paciente solo quería hablar de lo que le provocaba sin importar qué tanto insistiese la doctora en guiar las sesiones, había una negativa definitiva para hablar acerca de tópicos sexuales y tampoco realizaba a cabalidad los ejercicios o tareas.

—Creo que hay que medicarla, un antidepresivo suave.

—Yo creo que necesita tiempo, Bel es fuerte, solo necesita recomponerse, aun no la mediques —insistió Juan Pablo.

—No siento que estemos avanzando.

—Eso no importa, Flavia, no puedes pensar solo en resultados, eso ya te lo he dicho antes. Necesita ir a su propio ritmo. Intenta otro enfoque.

—Ya lo he intentado. —Flavia rio irónica—. Y se ha dado cuenta. Me estoy quedando sin ideas, Juan Pablo, creo que mejor la tratas tú.

—No, ella es tu paciente, no mía.

—¿Por qué? No entiendo cómo pasa de ser un caso que te interesa tanto, al punto de querer escribir sobre lo que le ocurre, a después no querer trabajar con ella directamente.

—No quiero tratarla, hazlo tú.

—Pues no lo pienso seguir haciendo hasta que me cuentes que es lo que sucede, porque...

—Me gusta —interrumpió el médico—. Me gusta mucho, por eso no puedo tratarla.

—¿Qué? —Flavia lo miró incrédula—. ¿En serio?

—Sí.

—Ya va. No entiendo nada, ¿por qué te gusta?

—No lo sé, solo me gusta y ya. —Su colega lo miró de manera insistente para que hablara—. Es una mujer auténtica, inteligente, agradable, una excelente profesional, es muy...

Juan Pablo se controló y prefirió no dar más detalles. Sobre todo, en lo referente a lo atractiva que la encontraba.

—¿Me estás jodiendo? ¿Te parece todo eso? Yo creo que es intransigente. Sabe que ama a su exnovio, pero el orgullo, el no querer fallarle al padre, el sentir que esta con alguien que fue primero de su madre, hace que no vuelva con él. Me pongo en su lugar y entiendo que todo es muy duro de enfrentar. Aun así, yo seguiría los consejos de mi psicoterapeuta, en cambio, ella no parece querer seguir adelante. Han pasado tres meses.

—Sí sigue adelante lo olvida y no quiere hacerlo. Así de enamorada está. Debes tener

paciencia Flavia, sé más objetiva. Para mí no es intransigente, lo que sucede es que no tiene las herramientas emocionales para manejar todo lo que le ocurrió. De hecho, creo que para la madre que tiene, es muy cuerda. Incluso, pienso que es fuerte, muchas mujeres se habrían abandonado a su necesidad de afecto y habrían vuelto con el tipo solo porque se sienten solas, en cambio, ella se mantiene firme en sus decisiones, eso requiere mucho coraje y autodeterminación. No te niego que me preocupa que esté optando por no rehacer su vida con él, por todo lo que siente por la madre.

—Es que no le da la oportunidad al hombre para que se explique.

—Tienes que entender que hay un componente visual importante, Flavia, ella los vio. Te ha dicho que nada de lo que él diga va a eliminar lo que sucedió.

—No sé, aunque volviendo al tema, ¿no será que te gusta porque no puedes tenerla? ¿Tan básico eres, Juanpa?

—El que ella me guste, no implica que vaya a hacer algo al respecto, es meramente platónico. Pero si mañana, más tarde, Bel decidiese seguir adelante con su vida, ¿qué tendría de malo que yo intentara algo?

—No respondiste a mi pregunta.

—No es porque no pueda tenerla, es porque ella es perspicaz, se dio cuenta de que me gustaba y me lo dijo. Por eso ya no soy su médico —explicó, omitiendo de nuevo decir algo sobre su belleza.

—¿En serio?

—Sí, la verdad fue bastante bochornoso. —Flavia se burló de él sin siquiera disimular—. Me gusta conversar con ella, no dudo que si pudiéramos hablar de otras cosas sería increíble.

—Eso sí, cuando quiere, puede ser muy perceptiva para algunas cosas, mientras que para otras ni se entera. Como, por ejemplo, no entiende que ese instinto vengativo hacia su exnovio, es porque se siente culpable por no haberle dicho a su padre lo sucedido con la madre hace trece años atrás. Siente que tiene que lastimar al ex por lealtad, como para resarcirse con el padre...

—Ya sabes que, hasta cierto punto, es normal ciertas resistencias al tratamiento, ten presente que además de los traumas subyacentes, hay uno muy fresco, la herida está muy lejos de sanar y tú te estas parcializando para que hable con Clemente y no entiendo el motivo.

—Porque tú los viste, ellos no eran la típica pareja con problemas. El cariño que se tenían era... visible. Para mí está más que claro que se merecen...

—Tu deber es con ella y su salud mental —interrumpió tajante—. Si ella no se siente preparada para hablarle en este momento, toma otro enfoque. Hazme caso, ten paciencia, todo retomará su curso, en el fondo, ella odia estar mal y comenzará a ser más presta para la terapia. Recuerda que, para ella, terminar esta relación ha sido como si se le hubiese muerto alguien. Está de luto y no debes perturbar este proceso porque puede ser contraproducente.

Las semanas pasaron y tal como predijo, Juan Pablo, todo volvió a su cauce. Bel comenzó a realizar las tareas, a hablar de forma más abierta sobre Deborah, permitiéndole entender a Flavia que muchos de los problemas de la paciente con su madre se debían a sus personalidades opuestas. Deborah fue abandonada por su padre siendo pequeña y su madre tuvo que criarla sola, recordándole constantemente todos los sacrificios que hacía para mantenerla. Su abuela, Isabella, era una mujer poco cariñosa y exigente, que anhelaba que su hija tuviese todas las cosas que ella no pudo lograr: un buen esposo y una carrera profesional. Para Bel, fue importante comprender que su madre emulaba a su abuela, era lo único que conocía y por eso, siempre se la llevó mal con su suegra, que era de carácter dulce, porque pensaba que esta apartaba a su hija de los valores que ella consideraba necesarios inculcarle, para que fuese una mujer exitosa.

Flavia, le explicó que estaba en todo su derecho de alejarse de su madre y de todo lo que

consideraba dañino. El hecho de que fuesen familia no implicaba que tuviese que aguantar sus maltratos. Conforme Bel era más comunicativa, más avanzaba el tratamiento para que esta superara su trauma, haciendo uso de técnicas de terapia cognitiva y conductual, para modificar poco a poco esa forma de pensar en donde asociaba el placer con algo doloroso o indebido.

Para cuando ya tenían un poco más de un mes trabajando así, Flavia volvió a sacar el tema de la masturbación. La doctora le explicó que esta era una herramienta necesaria para la terapia, quería que Bel se estimulara mientras se imaginaba teniendo un coito muy placentero en donde alcanzaba el orgasmo sin llorar y aunque la paciente escuchaba atenta, para Flavia quedaba claro que sucedía algo.

—En el cuestionario que llenaste al principio, marcaste que te masturbabas en pareja. ¿Te gusta hacerlo sola?

—Nunca he sido de masturbarme...

—Entiendo, ve poco a poco, la masturbación es muy placentera y te ayudará a conocer tu cuerpo y lo que te gusta.

—El problema es que me pides que mientras me masturbe piense en mí, yo nunca hago eso, nunca me masturbé pensando en mí.

Bel le explicó que mientras estuvo con Carlos, sus fantasías se basaban en imaginarse a otras personas teniendo relaciones, mientras que con Clemente todo giraba en torno a imaginarlo a él.

—Podrías intentar estimularte de la manera en que lo haces usualmente, recreándote en lo que encuentres más excitante, hasta que te acostumbres a masturbarte más, pero te aclaro que es necesario para la terapia, que intentes la masturbación cómo te estoy explicando. Tienes que verte a ti misma como un ser sexual, tienes que fantasear que sostienes un coito en donde alcanzas el orgasmo sin llorar.

Bel respiró profundo.

—¿Y con quién se supone que fantaseé que tengo ese coito?

—Con quien te provoque fantasear.

Bel negó con la cabeza.

—Voy a terminar pensando en él, en Clemente y no puedo estar imaginándolo de esa manera, yo necesito olvidarlo. Aun sueño de vez en cuando las cosas que hacíamos juntos y luego me paso medio día bloqueando esas visiones. Desde que terminamos, no me toco para nada.

—Está bien, escucha. —La doctora habló con lentitud para que la paciente no siguiera alterándose—. Quiero que hagas una lista de todas las experiencias que encontraste placenteras durante el sexo con todas las parejas que tuviste, quiero que seas consciente de todo lo que te da placer. Luego vas a intentar recrear todas esas experiencias pensando en que compartes con un hombre atractivo, dulce, tierno, cariñoso que te acaricia, que te besa de la manera en que te gusta y...

Para Bel fue inevitable que un par de lágrimas le corrieran por las mejillas, porque al oír a Flavia describir a ese hipotético hombre, recordó a Clemente.

—Él era mi hombre dulce y cariñoso. —Se secó el rostro con celeridad, con las mangas de su suéter—. Él era todo eso.

Flavia se vio interrumpida por la suave alarma que le avisaba que la consulta había finalizado, así que, en vez de seguir conversando con la paciente se puso de pie, caminó hasta su escritorio y llamó a Juan Pablo. Habían acordado en que, si llegado ese punto, ella no conseguía ningún avance, él intervendría.

—Juan Pablo, quiere que pases a su consultorio.

—¿Para qué?

—Quiere hablar contigo sobre esto.

Bel bajó los hombros derrotada, lo menos que quería, era hablar de sus hábitos masturbatorios con Juan Pablo. Para colmo, se percató que eran las doce del mediodía, tanto Flavia como él pasaban consulta hasta esa hora, lo que indicaba que no había otro paciente que le salvara de tener que pasar más de cinco minutos hablando con él. Al entrar al consultorio, se lo encontró trasteando algo en un closet, sobre el escritorio estaba encendida una tetera eléctrica, mientras que él de espaldas buscaba una caja de té y un par de tazas limpias.

—Hola —saludó incomoda.

—Pasa —dijo Juan Pablo con una sonrisa en los labios—. ¿Cómo está mi odontóloga favorita?

—Solo tienes una.

—Cierto. —El médico levantó las cejas al escuchar esa respuesta tan cortante—. ¿Quieres té de manzanilla o de caramelo? —agregó sin dejar de ser amable.

—Caramelo.

Juan Pablo preparó las infusiones y le indicó a Bel que se sentara en el sofá. Le entregó una taza y con toda calma, se sentó a su lado, comentándole sobre cómo Flavia esperaba reconducir sus pensamientos, a través de técnicas de masturbación guiadas. Le explicó paso por paso, con mesura, sin dejarse ningún detalle fuera, para que pudiera entender la importancia del tratamiento. Bel asentía mientras se tomaba el té pensando en que sabía muy bien. De repente, la hostilidad de compartir con el médico comenzó a bajar, había algo reconfortante en su tono de voz monocorde y en la manera en que exponía todo con una naturalidad, que su doctora no conseguía emular por más que lo intentase.

El rechazo constante que sentía Bel por Juan Pablo, se debía a que a un nivel subconsciente quería permanecer fiel a Clemente, pero la conversación amena logró que bajase las defensas. Dejó de ser brusca y comenzó a contestar las preguntas que el médico le hacía, dejándose ayudar por él, hasta que este consiguió adentrarse más en su intimidad.

—¿Esto significa que vas a volver a ser mi médico?

—No, tu psicoterapeuta es Flavia, yo solo soy un refuerzo, solo por hoy.

—Si no eres mi médico, entonces, ¿cómo te hablo de todo esto?

—De acuerdo, lo seré por hoy.

—Tal vez sea mejor que vuelva a consultas contigo, creo que Flavia ya no me soporta.

—No, qué dices, Flavia está encantada de trabajar contigo y yo no puedo ser tu médico, ya conoces la razón —expresó Juan Pablo con toda tranquilidad, trayendo a colación algo que Bel, en ese preciso instante, había dejado de lado.

—¿No te parece raro?

—¿Qué?

—Tú escuchas todas mis grabaciones, sabes lo jodida que estoy, ¿cómo te puedo seguir...

—¿Gustando? —dijo él completando la frase que ella había dejado a medias. Bel solo cerró los ojos, mientras bebía un sorbo de té, en una especie de gesto afirmativo—. Primero que todo, no estas jodida. Segundo, eres humana, lo que te pasa es algo que podría pasarle a cualquiera y tercero, eres una mujer muy interesante, inteligente, perspicaz, muy atractiva. Bellísima —pronunció esa palabra con especial énfasis, logrando que Bel se sonrojara sin remedio—. Cualidades que le gustarían a más de una persona, pero no nos desviemos del tema. El hecho es que Flavia me comentó que tienes meses sin masturbarte, ¿por qué?

A Bel le costó hablar de momento, luego de escucharlo decir todas esas cosas. Suspiró, obligándose a retomar la conversación y le comentó lo mismo que a Flavia, y él asintió

comprendiendo todo lo que le narraba.

—Escúchame, a las mujeres se les enseña que no hay sexualidad sin el hombre y eso no es así, tienes que aprender a gozar por ti misma. Estuviste con individuos con los que no te sentiste con el derecho de buscar tu propia satisfacción y te adheriste a la de ellos, buscando no interferir de ninguna manera, dejando de lado tus necesidades.

»Te sentaste a esperar a que otra persona te enseñará lo que te gusta. —Bel frunció el ceño—. No te estoy regañando. Pasó así. No todos los individuos son capaces de notar sus propias necesidades y a veces requieren de ayuda, eso no tiene nada de malo. Lo preocupante, es que, si Clemente hubiese sido como tú exnovio, tal vez hubieses adoptado con él tus viejas conductas y habrías seguido teniendo una vida sexual insatisfactoria. Tal vez tu próxima pareja no sea como Clemente...

—¿Tienes que nombrarlo?

—Sí, sí tengo... porque quiero que identifiques todos estos patrones para que puedas tomar las riendas de tu vida sexual, para sanarte, conocerte a ti misma y lo que te genera placer. Necesitas cuidarte.

Juan Pablo le explicó que era preciso que empezara a sexualizarse a sí misma, reconociéndose como un ser pasional, erótico, sexual, que merecía sentir placer. Para el médico, este era un derecho fundamental del ser humano y uno que ella no se podía seguir negando.

También le habló sobre la necesidad de reeducar sus sentidos: su mirar, su oído, su olfato, su tacto, su gusto, en pro de erotizarlos. Le comentó que debía tener como prioridad conocerse a sí misma y sus deseos sexuales. Le explicó que no podía pensar en la masturbación, como algo que solo podía hacer si estaba en pareja o como algo innecesario y mucho menos, hacerlo de manera mecánica. La masturbación era un momento para conectar consigo misma y su pensamiento erótico, por lo que debía dejar de imaginar escenas en donde los protagonistas fueran otras personas, al menos, mientras estuviese dentro de un tratamiento terapéutico.

—Tu fantasía sexual tienes que ser tú misma —argumentó enfático.

Juan Pablo comprendió que Bel no se veía a sí misma en sus propias ensoñaciones por la problemática sexual que la afligía, así que le explicó que con lo primero que tenía que aprender a excitarse, era con ella y por ella. Desterrar esos viejos hábitos en donde se masturbaba pensando en otra mujer con otro hombre y en donde ella permanecía ajena como una mera espectadora. También le dijo que dejara de lado las fantasías con Clemente, porque, aunque no tenían nada de malo, era momento de que se enfocara en ella, pues era lo que necesitaba para que la terapia avanzara, luego podría pasar a otro tipo de fantasías.

—Busca un momento tranquilo del día y consiéntete, dedícate a darte placer. Por ejemplo, podrías colocar música relajante, darte un largo baño y luego hacer algo que te guste para sentirte muy bien contigo misma, no sé, maquíllate, péinate... —dijo encogiéndose de hombros.

»Haz las cosas que te hagan sentir bella, sensual. Ponte lencería si es que eso te gusta, un vestido, tacones o camina desnuda por la casa al natural, haz lo que tú quieras, lo que te haga sentir bien. Si te gusta ponerte jeans y zapatillas, haz eso... Repito, lo que tú quieras y te haga sentirte cómoda, a gusto y cuando estés así, hazte el amor a ti misma, Bel, para ti y por ti.

»Desnúdate frente al espejo, mírate, sedúcete, tócate pensando en ti, en lo bella que eres. En lo sensual que es tu boca, en lo hermosa que es la curva de tu cuello, en cómo se ven tus pechos, tu ombligo, tu vientre. Mírate, abre las piernas y explórate, ¿cómo tiene tu sexo los labios?, ¿de qué color son?, ¿a qué sabes cuando estás mojada? Respóndete todas esas preguntas, mientras te tocas pensando en lo bien que se sienten tus dedos sobre tu cuerpo. No vayas directo al grano, no, acaríciate con pausa, sin apuro, amándote poco a poco. Tócate pensando en lo bien que se siente

tu piel, en lo delicioso que hueles y cuando estés a punto de alcanzar el clímax, piensa en lo satisfactorio que es. Internaliza lo bien que se siente, lo placentero que es y, sobre todo, en lo mucho que te mereces ese regocijo, ese orgasmo, piensa en que mereces todo el placer del mundo.

Bel tragó hondo mientras un sudor frío le recorría la espalda, su atractivo psiquiatra le había dicho todo aquello mirándola justo a los ojos, con un tono voz que se fue enronqueciendo levemente conforme hablaba, logrando que a ella se le secaran los labios y le temblara el cuerpo. Abrió la boca para hablar, pero se percató que no podía, que no le salía la voz. Demudada, tomó un sorbo de té para aclararse la garganta.

—Lo haré, lo intentaré.

—De acuerdo, en la próxima sesión le cuentas a Flavia qué tal te fue. Cuando consigas hacer eso, ella te va a indicar más y más ejercicios. A mí de verdad me gustaría mucho que lo lograras, poco a poco. Si llega un punto de la masturbación en que te frustras y sientes que no puedes alcanzar el orgasmo, pues entonces, vamos a ir cambiando la estrategia, pero de entrada inténtalo así. ¿De acuerdo? —dijo con dulzura y un especial brillo en sus ojos verdes.

—Sí —contestó Bel a secas, sintiendo sus mejillas arder.

—Quiero que te conozcas a ti misma en todos los aspectos y sentidos, deja de tenerte miedo. Además de que los orgasmos te van a hacer mucho bien, el placer también puede sanar, Bel, es un excelente antidepresivo. Quiero que te veas como la mujer que entró por primera vez a mi consulta hace meses, luciendo resplandeciente —agregó tomándose el atrevimiento de tocarle el hombro en un roce tenue, muy sutil que la hizo dar un respingo—. Perdona, no quise incomodarte.

—¿Cómo va tu artículo? Ese que escribes sobre mí —preguntó Bel para cambiar el tema, su incomodidad hacia él había vuelto.

—Ya no es un artículo, he comenzado a escribir un libro cuyo único tema son las disfunciones sexuales femeninas. Incluiré tu caso, por supuesto.

—Pero me cambias el nombre para que nadie me reconozca. Me pones algo exótico, por favor.

Juan Pablo se rio de la ocurrencia y sonriéndole le dijo:

—No pensaba poner nombres, pero tal vez haga una excepción con usted señora... Clotilde.

—Perfecto —dijo poniéndose de pie, estrechándole la mano para despedirse, dando por terminada la sesión—. Gracias por todo doctor —agregó muy formal, muy seria, para marcharse.

Bel sabía que, si seguía con él, podía darle una falsa percepción de coqueteo y quería evitar eso a toda costa. No obstante, aquello era innecesario, Juan Pablo sabía de sobra que no le gustaba, mientras que, para él, en cambio, era cada vez más difícil no sentirse interesado por ella. Aunque intentó ser profesional, no lo consiguió del todo, porque, inconscientemente, le dio una declaración tacita sobre los atributos físicos que más le gustaban de ella.

CAPÍTULO 31

Bel estaba desnuda, sus largas y torneadas piernas, pendían del borde de la mesa de madera del comedor del apartamento, haciendo una oscilación reiterada. Una gotita de leche le cayó sobre la barbilla cuando se llevó la galleta empapada a la boca, se la quitó con la punta de los dedos, conduciéndolos hasta su lengua para lamerlos, mientras colocaba la taza a un costado de su cuerpo. Clemente le dirigió una mirada magnética, mordiéndose el labio inferior, deseoso. Ella disfrutó provocándolo, jugando con sus sentidos, por lo que, con premeditada picardía, abrió las piernas y se tapó el sexo con una galleta.

—¿Quieres comerte mi galletita?

Lo observó moverse con pausa, saliendo de la cocina, dirigiéndose hacia la mesa. Bel se relamió los labios ansiosa, se le hacía agua la boca verle la erección marcada en los calzoncillos blancos, que no dejaban nada a la imaginación. Clemente se arrodilló entre sus piernas, mirándola de manera libidinosa, haciendo que el coño se le contrajera ante la expectativa de sus caricias. Bel quitó la galleta, lentamente, impaciente por sus avances.

—Déjame ver qué tan rica está tu galleta —dijo pasándole la lengua por todo el sexo.

Bel cerró los ojos y abrió la boca jadeando de manera incontenible. Excitada, le jaló el cabello, haciendo surcos con los dedos, atrayéndolo hacia su coño que ardía, palpitando caliente. La reiterada succión vibrante sobre su clítoris la encendió de tal manera, que no quiso esperar más y le rogó para que la penetrara. Clemente se irguió, ayudándola a ponerse de pie, luego la giró recostándola sobre la mesa y se adentró en su interior con firmeza, clavándole los dedos en las caderas... una y otra vez, logrando que la leche de la taza se derramara sobre la superficie lisa de madera, embadurnándola en la sustancia láctea con cada vigorosa acometida.

Bel gimió, aferrándose a los bordes de la mesa para mantener el equilibrio, hasta que a Clemente se le antojó cambiar de posición. La giró hacia él, sentándola en la mesa y se llevó a la boca, con apremio, sus pechos que goteaban leche. La lamió con arrebató, succionando sus pezones hasta hacerla jadear excitada... y justo ahí, cuando notó que él se reconducía a su interior, Bel despertó.

Pestañeó varias veces, hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra de la habitación. Pataleó en la cama llena de rabia, de frustración, maldiciendo al percatarse de que todo había sido un sueño. Extendió la mano y tomó su teléfono para ver la hora, eran las seis de la mañana, aún era demasiado temprano.

Bufó, cuando al moverse, sintió toda la humedad que la invadía y notó los pezones dolorosamente endurecidos. Se destapó quitándose el edredón, porque le pareció que en cualquier momento se consumiría ardiendo en combustión espontánea. Se giró colocándose boca abajo, ahogando un grito en la almohada. Mandó a la mierda la terapia, las indicaciones de Juan Pablo y a sí misma. Jadeó sin pudor cuando dejó que sus dedos se escurrieran entre los pliegues de su sexo caliente y mojado. Cerró los ojos para recrearse en él abriéndole las piernas, enterrándose en su interior con lujuria.

De todos los sueños que había tenido con Clemente, ese fue el primero en el que ella tuvo un protagonismo real. Se tocó imaginando cómo él la lamía toda, limpiando la leche de su piel,

haciéndola gemir una y otra vez, hasta que lo obligó a sentarse en una de las sillas del comedor y lo montó con apremio... corriéndose de gusto.



El sonido de la música envolvía el bar, Esteban se movía con seguridad por el escenario con la sensualidad que le caracterizaba. Bel estaba un poco achispada y al observar a Marcelo comerse con los ojos a su novio, recordó lo bien que se sentía mirar con ilusión al hombre que le gustaba. Se preguntó, ¿cuánto tiempo era necesario que pasara para olvidarse de un amor? Por lo que terminó verbalizando la pregunta en el oído de su amigo, para que pudiera escucharla. Él se giró, abriendo muchos los parpados, dándole su característica mirada de lechuza.

—No es tanto el tiempo, nena, es querer olvidarlo.

Bel lo miró indignada.

—¡Claro que quiero olvidarlo!

—Sí por supuesto, por eso estas bebiendo whisky. —Marcelo hizo una mueca con los labios con actitud soberbia, antes de girarse a mirar a su novio de nuevo.

Bel observó su vaso, poniendo mala cara al percatarse de que su amigo tenía razón, el único motivo para beber ese licor, era porque le recordaba a los besos con sabor a whisky que Clemente le daba cuando salían juntos. Sacó su teléfono, tenía meses sin verlo, sin hablar con él, sin enviarle un mensaje. Comenzó a teclear, era algo que hacía siempre, le escribía mensajes larguísimos, para luego cerrar el chat sin enviarle nada. A veces, le contaba sobre su día o sus avances en la terapia, otros, le decía que lo odiaba, que cada vez que lo recordaba con su madre sentía náuseas y en algunas ocasiones, le confesaba que no hacía más que pensar en él... desnudo... encima de ella. Admitiendo que, en efecto, así debían ser las cosas.

—¿Y si le das enviar para variar? —dijo Marcelo, odioso, tomando su trago de la mesa, para luego volver a mirar hacia el escenario, antes de que su amiga tuviera la oportunidad de mirarlo con displicencia.

«Estoy en el bar, recordando todas las veces que te traje aquí y las veces que te manoseé mientras bailábamos. Tengo ganas de ir a manosearte como tanto te gusta justo ahora, pasarte la lengua por el cuello. ¿Has notado que ambos hacemos eso? Nos gusta lamernos justo ahí, en fin, tengo ganas de meter las manos en tus pantalones, hacer que te pongas duro y ponerme de rodillas para después...»

Bel cerró el chat suspirando con fuerza, cerró los ojos negando con la cabeza, pensó que su locura iba en ascenso. Miró a Esteban tocar la guitarra, coreando la canción *Fuera de mi* de La ley, logrando que el ambiente se sintiera melancólico y depresivo.

—¿Qué harías si fueras yo?

Marcelo se giró hacia ella y se encogió de hombros.

—No sé, la verdad no sé, creo que hagas lo que hagas podría entenderlo. Si volvieras con él te apoyaría, si sigues con tu vida y sales con otro hombre, también. Por cierto, ¿qué pasa con el doctor bello que te echa ojitos? ¿Por qué no sales con él? Digo, si estas decidida a no volver con el señor Barba nunca más, pues un clavo saca otro clavo, ¿no?

—¿Estás loco? Él no me gusta.

—¿No te gusta? ¿O no te gusta cómo Clemente? Porque nadie te va a volver a gustar como él, nena, ese tipo de amores se viven una sola vez en la vida —dijo de lo más sincero, porque estaba borracho—. Y mira, con el doctorcito podrías rehacer tu vida. No digo que ahora, pero luego, cuando estés mejor.

—Yo no tengo cabeza para nadie más que no sea mi señor Barba. Esa es la triste y trágica realidad de mi existencia.

—Entonces perdónalo ya... Yo te apoyo, ya sabes que soy *team* Barba.

Era uno de esos días en donde Bel se sentía sin fuerzas para seguir el ayuno de Clemente, pues con eso lo asemejaba. Estaba hambrienta y lo único capaz de saciar su famélico ser necesitado de afecto, de amor, de compañía, de felicidad, de sexo, era él. Le parecía que no podría haber otro hombre nunca. Respiró profundo y se instó a recordar todo lo malo que él tenía, consejo de Alice, su asistente, que decía que, al terminar una relación, siempre se tiende a recordar lo bueno cuando se extraña, algo muy contraproducente a la hora de superar.

Bel pensó y pensó... pensó en esa silla llena de ropa usada que Clemente mantenía como si fuese una montaña de cosas por hacer. El lavamanos lleno de pelos cuando se afeitaba el cuello, el jabón también lleno de vello, entonces se rio al recordar que su novio era una especie de bestia peluda y segundos después, la sonrisa se le escurrió de los labios al recordar que ya no era su novio. Intentó concentrarse de nuevo: Clemente no lee casi, trabaja demasiado...

—Joder...

—¿Qué dijiste? —preguntó Marcelo girando a mirarla, pero ella negó con la cabeza.

Estaba pensando que Clemente podía ser intenso por ratos, demandante, peleón, pero que nada de esas cosas eran infranqueables. Tenía defectos, pero ella lo aceptaba con ellos. Se llevó las manos al rostro, estresada, notando ese vacío en el pecho que se le había instalado de manera perpetua desde ese fatídico día de noviembre. No importaba el tiempo que pasara, era como si hubiese ocurrido hacía un par de horas, todo lo sentía desmesuradamente doloroso.

—Ven, vamos a bailar antes que te explote la cabeza. —Marcelo le ofreció la mano para que se pusiera de pie y se distrajera un par de minutos—. A ver si dejas de estar tan triste, mira que después me lo pegas y no mi amor, que va, esa mierda arruga y yo tengo que estar divino —dijo solo para hacerla reír—. Ah ves, así es que tienes que estar, ríete Bel, ríete mucho, que la vida es un ratico nada más.



Desde hacía un mes atrás, la secretaria del consultorio odontológico estaba de licencia por maternidad, la chica que la suplía, era bastante eficiente, pero desconocía muchas cosas. Con una sonrisa, le entregó a Bel la lista de pacientes que tenía confirmados para ese día y que irían llegando durante la tarde. Al leer el nombre de Carlos Montalbán seguido de Juan Pablo Artiaga, pensó que, definitivamente, no era su día. La secretaria anterior le habría avisado de Carlos y así habría podido negarse.

Llegado el momento, vio entrar en el consultorio a su exnovio y no pudo hacer otra cosa que saludarlo de forma afable. Tenía mucho tiempo sin verlo y no esperaba que, al cruzar miradas, la invadiese la claridad, reiterando ese pensamiento que tuvo en algún punto meses atrás: todo lo que había sucedido entre ellos, fue algo sin importancia. Esos cinco años que estuvieron juntos eran algo sin mayor transcendencia en su vida, al punto que le daba fastidio gastar energía tratándolo mal.

—¿Cómo estás, Carlos? Admito que me sorprende bastante tenerte por aquí.

—En un principio no sabía cómo te lo ibas a tomar, pero ya sabes que soy muy quisquilloso para los odontólogos y tú eres mi odontóloga de siempre, pero si no quieres atenderme, puedo hacer una cita con André.

—No, yo te atiendo, tranquilo.

Bel se tomó un minuto para hablar con él, notando que su figura, típicamente esbelta, se veía un poco más robusta. Carlos le contó que después de recuperarse, le quedó el hábito de ejercitarse, así que iba al gimnasio con regularidad. También le comentó que se había convertido en el gerente del banco y le iba de maravilla. Ella por su parte, le habló de lo obvio, del consultorio y de todas las mejoras profesionales. Él le sonrió con los labios y con los ojos color miel, que hacían juego con esa piel morena tan bonita que tenía. Estaba recién afeitado y llevaba el cabello más rapado de lo normal, lo que le confería un estilo mucho más joven, además, vestía unos pantalones color *kakhi* con una camiseta blanca, luciendo muy diferente a su acostumbrada prolijidad de traje y corbata.

Bel, fue de lo más profesional, le revisó la boca y extrajo la carie que lo estaba aquejando. Le colocó el empaste dental, lo modeló, lo pulió y le hizo una limpieza dental. Mientras trabajaba en su dentadura, no pudo evitar pensar que para ella era como cualquier otro paciente, un conocido, incluso un extraño. Se preguntó cómo pudo pasar tantos años a su lado, comprendiendo que, pasado los primeros meses de cariño inicial, aquello fue más por costumbre, amor verdadero nunca existió, o tal vez sí lo hubo, solo que todo parecía diminuto si lo comparaba con lo que vivió con Clemente en pocos meses.

—¿Y sigues con el tipo de barba? —preguntó tras finalizar la consulta.

Carlos aún pensaba en Bel, extrañaba la vida que solían tener. Se había dado cuenta de todo lo que había perdido y al verla tan hermosa, anheló volver a tener.

—No, ya no.

Él asintió con tranquilidad, tampoco esperaba detalles, aunque le complació oír de su boca que aquello no había prosperado, porque Deborah ya se lo había contado. Bel optó por hablar con su asistente, indicándole que agregara todo el tratamiento de ese día a la historia de Carlos. Lo hizo para disimular, no quería continuar hablándole, porque su mirada inquisitiva la hizo sentir incomoda, como si él fuese capaz de leerle la mente. Una sensación de ahogo se le instaló en el pecho, al pensar que su exnovio lo había predicho, que ese hombre la haría sufrir y tuvo razón después de todo. Clemente la hizo llorar como ningún otro, por la simple razón de que a él sí lo amó. Era un amor profundo, verdadero, cierto, de esos que duelen, que lastiman de tanta felicidad, porque de solo pensar en perderlo, resultaba aterrador y sus miedos se habían hecho realidad.

Su incomodidad aumentó al encararlo de nuevo y percatarse de que Carlos había cambiado su semblante, mirándola como cuando estaban empezando a salir, con cierta dulzura y un ligero toque de seducción. Él estaba muy arrepentido, con el tiempo comprendió que necesitaba justamente de lo que tanto renegó en un pasado. Ya no le parecía aburrido ir al cine a ver películas extranjeras, o las cenas con música tranquila, ni verla jugando videojuegos mientras él leía algún libro. De repente, todo eso le pareció óptimo. Quería volver a esa cama de sábanas suaves y tenerla desnuda debajo de él. Lo que Carlos no se imaginaba, era que Bel estaba mucho de ser esa mujer con la que compartió, ella había cambiado mucho, había evolucionado.

—¿Tus padres cómo están? —Bel se percató de algo raro en él, pero no supo qué.

—Están bien. —Justo ahí notó que la miraba confundido, aunque intentó disimularlo, confirmando lo que ya suponía, él sabía de su separación—. Claro, cada uno por su lado, se han separado —Carlos asintió con tranquilidad—, aunque supongo que por tu vago asombro ya lo sabías.

—Ehhh sí, tu madre me lo contó hace poco cuando me la he encontrado.

—¿Ah sí? ¿Entonces para qué preguntaste si seguía con Clemente? Es obvio que eso también te lo contó.

—Bel, baja la voz —susurró al notar que ella se alteraba, mirando en dirección a Alice,

indicándole que no estaban solos. Con ese gesto, la hizo recordar su necesidad de mantener siempre las apariencias, de ser exageradamente comedido, un fastidio total—. Yo solo vine a saludarte, a saber de ti y bueno... a invitarte a cenar, tal vez podamos...

—Tal vez nada —dijo interrumpiéndolo, alzando la voz, harta de que quisiera decirle cómo comportarse incluso en su propio consultorio—. Lárgate y no vuelvas a venir nunca por aquí.

—Pero Bel... —Carlos la miró incrédulo ante su respuesta violenta—. Yo solo quiero que hablemos.

—¿Para qué? Y no pongas esa cara de idiota, habla Carlos, a Alice no le importa nada de lo que digas.

La asistente decidió salir del consultorio hacia la sala contigua, donde se guardaba el material odontológico, para darle privacidad a su jefa.

—Pensé que podríamos retomar lo nuestro dónde lo dejamos, tu madre dice que...

—Mira, no pierdas tu tiempo, mejor lárgate. En serio, evitémonos problemas y sí ves a mi madre, dile de mi parte que se puede ir al infierno que de seguro allá se va a sentir entre colegas.

Bel abrió la puerta de su consultorio y miró a Juan Pablo, que leía un libro esperando su turno, para ignorar a Carlos que abandonaba la sala. Al entrar, respiró hondo para tranquilizarse, le resultaba increíble que su madre pretendiese continuar metiéndose en su vida. Se levantó los lentes de seguridad para masajearse los párpados y luego se obligó a prestarle atención a Alice, que le preguntaba si todo estaba bien. Asintió, aunque seguía furiosa.

—¿Dejo pasar al próximo paciente?

Bel asintió, aunque no tenía ganas de ver a Juan Pablo, su último paciente de día. Decidió que, una vez más, sería profesional e intentó saludarlo como si no le hubiese sucedido nada minutos antes, pero algo de lo que dijo cuando subió la voz hablando con Carlos, se filtró hacia afuera por las paredes delgadas del consultorio, por lo que el médico al verla, se percató de inmediato que no estaba bien.

—Si te encuentras mal, puedo reprogramar la cita.

Bel, negó con la cabeza, esbozando una sonrisa pequeña y lo invitó a recostarse. Trabajar era lo que necesitaba para tranquilizarse, así que eso hizo por más de una hora en la boca de Juan Pablo, colocándole los nuevos empastes y dejando todo a la perfección. Al finalizar la consulta, le indicó a Alice que no elaborara la nota de pago en el sistema, no le cobraría, la vez pasada él no lo había hecho, así que le pareció lo justo.

—No, cóbrame, es tu trabajo.

—Tú no me cobraste la última consulta.

—Eso es diferente, tu médico es Flavia y esa sesión la pagaste, yo solo fui un apoyo.

—Bueno, sea como sea, esa charla me hizo avanzar en la terapia con ella, así que no se hable más, no vas a pagar nada.

—Gracias. Ahora déjame invitarte a comer algo en el café de la esquina.

—No, Juan Pablo, no hace falta.

—Vamos, nos comemos algo y me dejas contarte algunas novedades.

Bel no encontró una excusa a tiempo, así que aceptó, caminando con él hasta la esquina. El médico se había quitado el saco y la corbata, se había doblado las mangas de la camisa hasta los codos y no llevaba los anteojos de pasta, lo que le confería una apariencia juvenil, muy atractiva. Se sentaron en una mesa disponible al fondo del local, a diferencia de la última vez se animaron a pedir algo de comer, ella una ensalada con pollo, mientras que él ordenó una hamburguesa.

Juan Pablo le comentó entusiasmado que había estado conversando con una amiga editora, que se encontraba muy interesada en la propuesta de su libro. Hasta la fecha, había participado en la

publicación de algunos textos dirigidos a la comunidad médica, por lo que era su primera vez escribiendo un libro de índole comercial para todo público. Con este buscaba tener una aproximación más amena a los usuarios, con un lenguaje sencillo. La editora le sugirió que dividiera el libro en dos, uno sobre las disfunciones sexuales masculinas y el otro sobre las femeninas, en donde iría relatado el caso de Bel. Secretamente, el médico esperaba que el tratamiento avanzara lo suficiente o mejor aún, que Bel superara su trauma, para poder agregar todos los detalles del caso al manuscrito. Sin embargo, le preocupaba un detalle sobre el éxito de la terapia y era que Bel no tenía pareja.

Flavia le había hablado para introducir la ayuda de un terapeuta sexual al tratamiento, pero esto a Bel le pareció demasiado difícil de procesar. Juan Pablo sacó el tema a colación por mera curiosidad.

—No sé, yo sé que quieres incluir mi caso en tu libro, pero no creo que esté preparada para hacer uso de un sustituto...

—Estas malinterpretando las cosas, tu caso estará en el libro estés o no curada, como siempre te he dicho, ve a tu ritmo, escúchate a ti misma. Olvídate del libro, apenas estoy escribiendo la primera parte, aún queda muchísimo tiempo, yo solo pregunto es para entender tu negativa de que te asista un terapeuta sexual. —Bel se rio como si se le hiciera una pregunta absurda—. De acuerdo, entiendo, es tener sexo con un desconocido, pero es un profesional que ayudaría a Flavia a entender lo que te sucede al momento del orgasmo y el llanto, por ende, te ayudaría a ti.

—No puedo, Juan Pablo, créeme, es una decisión irrefutable, no puedo. Además de las implicaciones éticas... Estaría pagando por tener sexo.

—Espera, no es prostitución, los terapeutas sexuales solo están con personas con disfunciones sexuales que necesitan ayuda. En la mayoría de los casos, pueden pasar meses antes de que puedan completar el acto sexual con el paciente o incluso lograr que exista una erección, o que una mujer supere un trauma. En serio, es terapia, pero solo fue una sugerencia de Flavia, yo no lo habría mencionado. —Hizo una pausa mirándola con cierta reserva—. Esperaremos a cuando vuelvas a relacionarte o estés en pareja para proseguir con esa parte del tratamiento, no hay problema.

Ante esa afirmación, ella alzó las cejas, aquello era lo último en lo que pensaba, imaginar que otro hombre la tocara se le hacía francamente imposible. Solo quería a Clemente, era un sentimiento que conforme pasaba el tiempo, comenzaba a estar más a la par con ese odio que sentía al pensarlo en compañía de su madre.

—Te puedes volver a enamorar, hay muchísimos hombres que se sentirían afortunados de salir con una mujer como tú. Inteligente, agradable y... bella, además de muy peculiar.

—Gracias por decirme siempre que soy rara, Juan Pablo.

Él se sonrió ampliamente.

—Me gusta que me llames por mi nombre, no me gusta cuando me dices doctor.

—Ok, doctor.

—Y no eres rara, lo que intento decir es que te encuentro muy interesante.

Bel hizo una mueca de incredulidad para restarle peso a la afirmación y luego sonrió de medio lado, en un intento de ser simpática. Agradeció que en ese momento se aproximara la mesera a entregarle sus platillos, evitando que tuviese que agregar algo más a esa conversación que no sabía cómo manejar. Tomó los cubiertos, dispuesta a comer y al ver la ensalada, no pudo evitar fruncir el ceño. La estudió un par de segundos hasta que se obligó a enterrar el tenedor y llevarse un bocado a la boca.

—¿Pasa algo con tu comida? —preguntó Juan Pablo llevándose una patata frita a la boca.

—No, no pasa nada, es solo que en el menú decía que tenía almendras, pero no especificaba que eran almendras fileteadas.

—¿Y eso es un problema?

—No. Claro que no, solo me llamó la atención, eso es todo. Por cierto, la mesera no hace más que mirarte, estoy que le digo que esto no es una cita para que te de su número telefónico —agregó para cambiar el tema y olvidarse de las malditas almendras.

—No lo hagas, déjala que crea que eres mi novia.

—Pero está bien bonita... —Él se sonrió mirándola de esa manera con la que ella no sabía cómo lidiar, así que cambió el tema. —¿Y Cuánto te van a pagar por ese primer libro?

Juan Pablo le explicó que sería un porcentaje de las ventas, aunque aún no habían hablado sobre ese tema y siguió conversando animadamente con ella, que se fue relajando poco a poco, cuando dejó de ser el objeto principal de la charla. Bel, comenzaba a ver al médico como un amigo, aunque sabía que no podía llamarlo de esa manera. Comprendía que le gustaba. Estaba en una rara posición, él no parecía querer hacer ningún avance, para poder explicarle que ella no estaba para relaciones amorosas. La velada avanzó y por un rato, olvidó lo malo de los últimos meses, hablaron por casi dos horas, hasta que él miró su reloj y tuvo que cortar la idílica noche, porque tenía un vuelo que tomar por la mañana hacia la capital.

Al volver al estacionamiento del consultorio, se dieron cuenta que todo estaba bastante solitario por allí, por lo que Juan Pablo insistió en llevarla. Bel aceptó y colocaron su bicicleta en la maletera de la camioneta. Al sentarse adentro, reconoció una de sus canciones favoritas sonando en estéreo, *For me formidable* de Charles Aznavour, por lo que comentó que nunca había conocido a alguien que le gustara también Charles y resultó que ambos compartían los mismos gustos musicales. Coincidieron en decir que en ocasiones los tildaban de aburridos y Juan Pablo incluso habló de que su exnovia detestaba su música, cosa con la que Bel se sintió familiarizada, porque lo mismo le sucedió con Carlos.

Siguieron intercambiando anécdotas y antes de darse cuenta, habían llegado a la casa de Bel. Él sacó la bicicleta de la maletera, acompañándola a la puerta de la entrada, para entregársela. Bel le agradeció que la llevara y le deseó buenas noches. Juan Pablo volvió a mirarla de esa forma con la que no sabía lidiar y cuando sintió que le tocaba un mechón del cabello, colocándosele detrás de la oreja, no supo qué decir. Su primera reacción fue de rechazo, pero en vez de exteriorizarlo, el corazón le latió de prisa y se paralizó por alguna razón desconocida. Al ver que él se acercaba, pensó en un primer momento que iba a darle un beso en la mejilla, segundos después, se percató de que estaba equivocada, al sentir el roce de los labios del médico sobre los suyos.

Bel reaccionó echando la cabeza hacia atrás, un par de centímetros y lo miró enmudecida, aún paralizada por su atrevimiento. Juan Pablo volvió a acercarse, tomándola por las mejillas y en vista de que ella no rechazó su avance, le buscó la boca de nuevo. Bel cerró los ojos abandonándose ante el contacto, el médico tenía labios gentiles, que acariciaron los suyos sin prisa, con un beso dulce. No pudo evitar equipararlo con los besos arrebatadores de Clemente. En comparación, aquel beso, aunque agradable, no logró movilizar nada en su interior.

Tras separarse, permaneció calmada, una reacción inusual si pensaba en lo que acababa de suceder. Juan Pablo no consiguió agitarla ni por casualidad. Sus labios no tenían un efecto flamígero como los del señor Barba. Nada la consumió, ni le produjo excitación, e inclusive, la invadió una sensación parecida a la repulsión, reforzando así su creencia de que no podría estar con ningún otro hombre, ni siquiera con uno tan agradable o apuesto como el médico. Lo peor de todo, fue que sintió que traicionaba el amor que le profesaba a Clemente, al punto de que se le

humedecieron los ojos. Por muy absurdo que resultase, era como si le fuese infiel. Reafirmó que no quería a otro que no fuera a Clemente, sin él, todo le resultaba desesperante.

—¿Cuándo vas a perdonarlo? —dijo Juan Pablo sacándola de sus cavilaciones. Ella lo miró impactada ante aquellas palabras, era lo último que esperaba que le dijera—. Creo que deberían darse otra oportunidad. Tú lo amas y estoy seguro de que él te ama muchísimo, no dejes que algo que pasó hace trece años atrás, decida el rumbo de tu vida. Nacemos para ser felices, para amar, no te engañes, pueden superar esto.

Al escucharlo decir todo eso, Bel no pudo evitar comenzar a llorar y él la abrazó con fuerza para consolarla.

—Búscalos y arreglen las cosas. Si yo tuviera lo que ustedes tienen, lucharía con todas mis fuerzas para no perderlo. —Juan Pablo le dedicó una sonrisa bonita.

—¿Tan mal estuvo el beso? —preguntó Bel entre sollozos, riendo un poco.

—Te besé para que te dieras cuenta de que, hasta besando a otro hombre, piensas en él.

Aquella era una verdad a medias, la besó para constatar que tan presente seguía estando Clemente en su vida, pero también para saber si tendría alguna oportunidad con ella, le gustaba muchísimo. Al besarla, sintió que nunca le correspondería, sobre todo porque al mirarla después del beso, ella parecía estar muy lejos, haciéndolo sentir como un intruso que se entrometía en lo que no debía.

Bel lloró entristecida, ya que no había aseveración más cierta. Lo extrañaba demasiado, aquellos meses sin Clemente habían sido una completa tortura.

—Lo lamento, sí pensé en él. Te mereces una buena mujer, Juan Pablo, en serio, una que te bese y no piense en otro.

—Sí, yo sé, ya vendrá. En serio, Bel, hagan terapia, con Flavia eso sí —dijo él riendo—, esta crisis la pueden superar.

Bel asintió y lo vio partir. Cerró la puerta y se dejó caer contra la misma hasta el piso, el corazón le latía de prisa de pensar en estar de nuevo junto a Clemente. El problema, era que una parte de sí misma le recordaba que iba a tener que ser muy madura para soportar el hecho de que él había querido primero a su madre y eso era algo con lo que aún no sabía cómo lidiar. No podía evitar auto torturarse con la imagen nauseabunda de Deborah sobre el escritorio, pensando en que era él quien tenía sexo con ella. Se preguntó cómo podría superar aquello y como siempre, no encontró respuesta.

CAPÍTULO 32

El sábado por la mañana, Bel caminó en círculos por toda la sala intentando armar un discurso coherente para hablar con Clemente. Quería explicarle que lo amaba, aunque una parte de sí le guardaba rencor, odiándolo y que no quería vivir sin él ni un minuto más. Giró los ojos hacia arriba, al darse cuenta de lo mal que eso sonaba. Se tocó el cuernito de unicornio que le pendía del cuello, un nuevo tic que había desarrollado cuando estaba ansiosa.

El teléfono sonó y corrió a tomarlo como si fuese él, solo para llevarse la decepción de que obviamente no lo era, tenían casi tres meses sin hablarse. Saludó a su padre que estaba furioso, se acababa de ver con su madre y como siempre, terminó muy frustrado. Deborah insistía en que no le daría el divorcio de ninguna manera y que sí tanto lo quería, tendría que cederle la totalidad de la propiedad de la casa, así como una buena suma de dinero, además de otros bienes de la comunidad conyugal. Fernando, que en cambio le ofrecía la mitad de todo, amenazó con demandar el divorcio por adulterio. Deborah se rio en su cara al explicarle que él podía hacer lo que quisiera, no tenía pruebas para hacer ver en la corte que eso era cierto, ilustrándole de manera explícita el ridículo que haría.

—Papá, tranquilo, esto lo soluciono yo, no te preocupes.

—¿Cómo?

—Tranquilo, papá, te llamo en un rato —dijo finalizando la llamada.

Bel llamó a su madre sintiendo cómo se le retorcían las tripas de la rabia, una sensación aborrecible, un veneno parecía recorrerle las venas cuando pensaba en ella. Era increíble que fuese la misma mujer que la había gestado, que la había criado y que fuese responsable en buena parte de lo que era como persona. En ese momento, Bel recordó a su abuela, miró al cielo dándole las gracias por haber estado con ella, de lo contrario, sería un ser despreciable igual que Deborah.

—Hija —dijo ella en un tono de voz dulce impostado.

—Mami, ¿podemos hablar? —respondió siendo igual de falsa.

—Claro, Isabella, si quieres ven a mi nuevo apartamento, así lo conoces.

Bel odiaba que la llamara así y su madre lo sabía, le pareció que debía estarla probando, por lo que optó por permanecer calmada, prefería tenerla frente a frente cuando le dijera todo lo que necesitaba. Deborah le dictó la dirección por lo que partió sin más dilaciones, era tanto su rabia, que olvidó por completo sus ganas de hablar con Clemente.

Al llegar al edificio, que estaba en una de las zonas más caras de la ciudad, Bel recordó la gran necesidad de aparentar de su madre. Sabía que no tenía tanto dinero como para pagar un apartamento ahí, por lo que presumió, debía ser rentado. Acomodó su bolso sobre su hombro y llamó a la puerta.

Deborah la saludó de lo más cordial y Bel quiso decirle que cortara el rollo de madre dulce, pero se tranquilizó, pensó que era momento de mantener la cabeza fría si quería hacerse entender. De lo contrario, perdería la razón como la última vez que se vieron, cuando la abofeteó para después mirarla con odio ante su padre. Aunque en ese momento se esforzó por mantener un semblante impasible, la realidad era que por dentro ardía de la rabia. Su madre comenzó a mostrarle la sala y hablar del apartamento hasta ella la interrumpió.

—He venido para que hablemos de papá.

—¿De tu padre? ¿Y por qué? Lo vi hace rato y estaba perfectamente bien.

—Quiero que le des el divorcio, él no se merece sufrir más, haz lo correcto.

—¿Lo correcto? Mira bien cómo me estás hablando, Isabella, te recuerdo que él es mi marido y que, en problemas de dos, el tercero sale sobrando.

—Bel, sabes que odio que me llames, Isabella.

—Pero yo te puse Isabella —respondió Deborah, tajante—. Que tu abuela se empeñara en decirte Bel no es mi problema, te llamas Isabella y me cansé de seguirte el jueguito de llamarte por otro nombre. Eres «mi» hija y te llamo como me dé la gana.

—Yo he decidido llamarme Bel porque no quiero parecerme en nada a «tu» madre. Y se te agradece que me respetes, porque soy una mujer adulta y si me da la gana, me cambio el nombre.

—Si es que eso es obvio, no te pareces ni a mí, ni a mi madre, al contrario, eres una blandengue igual que tu difunta abuelita. Vieja fastidiosa esa, menos mal que se murió.

—No hables de esa manera de ella —dijo Bel molesta, alzando la voz—. Ella fue más madre para mí que tú, porque ella si me dio cariño y afecto, a diferencia de ti.

Deborah rio sarcástica.

—Tú no me vas a decir que puedo decir o que no...

—¡Ahórrate el drama! —gritó Bel para hacerse oír por encima de la voz de su madre, que seguía hablando y comenzaba a insultarla—. Dale el divorcio a mi papá, de lo contrario, te vamos a demandar por adultera y te juro, que voy a hacer que todos tus amigos idiotas, cuya opinión tanto te importa, se enteren de lo que hiciste.

—Serás tonta, es que no puedo creer que seas mi hija. Que yo espero más de ti, no puede ser que años y años de crianza no sirvieran para nada. A ver, bruta, piensa muchachita, ¿cómo vas a comprobar una infidelidad que ocurrió hace trece años atrás? ¿Vas a declarar? ¿Tú? Que eras una adolescente rebelde y volátil, además de que estabas deprimida por la muerte de tu abuela y no sabes ni que vistes y que en la actualidad vas a terapia por un trauma que te inventaste, ¡que nunca pasó! Mira lo fácil que te desmonto el argumento, allá tú si quieres ir a pasar semejante bochorno frente a un juez.

—Pues pensaba decir que a finales de noviembre te encontré en el apartamento de mi novio confabulando para no decirme nada, eso lo oí con veintiocho años, además de eso, Clemente también va a rendir declaración, va a decir que tuvo un romance contigo y te va a exponer —mintió.

—¡Bravo! —Aplaudió—. Esa sí es mi hija, coño, estas progresando niñita. Pero un detallito, ¿cómo va a probar tu novio que tuvimos un romance?

—Pues contando todo lo que pasó entre ustedes —dijo Bel muy segura de sí.

Deborah entrecerró los ojos, preguntándose de qué hablaba su hija, hasta que lo comprendió y comenzó a reírse, ella no tenía ni idea de lo que había sucedido entre Clemente y ella.

—Buena suerte con eso entonces también, porque romance nunca hubo, por cierto, ¿volviste con él? —dijo con semblante de asco—. Digo, como dices mi novio, aunque tu padre me dijo que estás yendo a terapia porque estas muy deprimida porque terminaron, así que aprende a mentir hija.

—No, no volví con él, pero ya me aseguró que declararía por mí lo que fuera —mintió otra vez, tratando de no verse nerviosa.

—Pues, habría que ver a ese bueno para nada, a ver si da la talla al menos de mentir en un estrado como es debido, porque si no lo sabes el perjurio, es un delito.

—Yo te vi con él hace trece años y hace seis meses cuando discutían de eso, ¿pretendes negar que tuviste algo con él?

—¿Por qué tienes que ser tan fastidiosa? ¿A quién saliste así de temática? ¿En serio vas a hacer que tu padre y yo nos divorciemos por un desliz pésimo de cinco minutos hace trece años atrás? Hija, yo amo a tu padre, déjame resolver las cosas.

—Espera... ¿cinco minutos? —preguntó consternada.

—Bueno, ¿dos minutos? No recuerdo... Todo fue muy rápido, no sé, dime tú que lo recuerdas todo tan vívidamente como para demandarme.

—Yo sé lo que vi. Le fuiste infiel a papá.

—Sí lo fui, ¿ya? Sí le fui infiel, ¿acaso tú nunca le fuiste infiel a Carlos? Bueno, mira con quien hablo, se me olvidaba que eres igual que tu abuela de santurrona. Fue una sola vez. Una sola vez, pregúntale a Clemente.

—¡No digas su nombre! —exclamó Bel enferma de los celos, mientras su mente aún procesaba lo que su madre acababa de decir: una sola vez.

—Deja que tu padre y yo nos arreglarnos. No te metas.

—Tiene derecho a divorciarse de ti, no importa si fue una sola vez, si fueron cientos, le fuiste infiel y yo lo vi, Clemente estuvo contigo. Estas advertida, o le das el divorcio de mutuo acuerdo y recibes la mitad de los bienes, que es más de lo que te mereces por ser tan... —Bel se quedó callada haciendo una mueca de asco—. O te demandamos por adultera y créeme que te voy a exponer delante de toda esa gente que tanto te interesa, sí, tus malditas apariencias, con eso te voy a joder, todo el mundo se va a enterar de la clase de mujer que eres, ¿crees que me importa pasar vergüenza? No, con tal que dejes a mi papá, lo hago.

—¡Ay, mi papá, mi papá! —gritó Deborah sarcástica, imitando el tono de voz de su hija—. ¿Tú qué te piensas? ¿Qué te parió la vecina? Te parí yo, aunque te joda yo soy tu mamá. No puedes hacer eso.

—Puedo y lo haré, no me tientes, ya ves, lo que se hereda no se hurta y cuando me toca puedo ser igual o más maldita que tú. Déjalo en paz.

—Ay, sí, vienes aquí a pretender ser fuerte, pero mírate, haciendo terapia por el pendejo de Clemente, porque sufres mucho. ¡Qué vergüenza! Al menos Carlos era banquero, pero este tipo, ¡por Dios! Es tan idiota que tiró por la borda todo su potencial. No tiene carácter, nunca lo tuvo, ni lo tendrá. No tiene lo que se necesita para ser un hombre de verdad.

—Voy a terminar pensando que es cierto y que lo de ustedes fue cosa de una sola vez, porque se nota que no lo conoces.

—Claro que lo conozco, fui su jefa por varios meses, es un llorón, ineficiente, quejón. Ja, aún recuerdo cuando lo hice trabajar de más y se tuvo que perder su cumpleaños. ¿En serio quieres un tipo que sufre por cosas tan básicas? Da pena ajena.

Luego de escuchar a su madre decir eso, a Bel se le trasfiguró el rostro, de repente las piezas encajaron. Se quedó mirando a la nada un par de segundos y rememoró a Clemente diciendo que recordar sus días trabajando en su profesión, lo ponían de mal humor, que había sido una muy mala experiencia y que alguien le había dicho que los cumpleaños eran una pérdida de tiempo.

—¿Qué carajos le hiciste? ¿Qué le hiciste a Clemente? —vociferó acercándose peligrosamente a su madre, llena de rabia.

—Nada, intentar hacer algo útil de él, pero ya lo ves, no aguantó la presión, así de débil es. Créeme, hija, lo mejor que te pudo pasar en la vida es terminar lo que tenías con ese tipo.

—No me llames hija. No quiero ser más tu hija, desde hoy te niego como madre y si alguien me pregunta si te conozco negaré toda consanguinidad. Te odio, eres un ser aborrecible y te quiero bien lejos de mi papá, ¡lejos! Dale el divorcio porque si no te juro que lo hago viudo —mintió con la cara contraída de la ira, al punto de que Deborah se asustó de verla así.

—Tomémonos las cosas con calma. Entiende, la única razón para que ese bueno para nada estuviese contigo fue para vengarse de mí. Me odia y para hacerme daño te buscó. Lo mejor fue lo que sucedió, no podías seguir con él.

«¿Venganza?», pensó Bel confundida.

—¡No me tomo con calma una mierda! ¿Qué le hiciste? ¿Dime qué le hiciste a Clemente?

—Nada, nada que una persona normal no pueda sobrellevar, los verdaderos ejecutivos nacemos para aguantar el estrés, la presión y ese pobre niño no pudo, por eso me odia. Es mejor así, aléjate de él. Mira esto como una oportunidad, aun no estás tan vieja, puedes conseguirte un tipo decente.

—Mamá, ¿por qué eres tan perra desgraciada? ¿Qué coño te pasó en la vida para que seas tan maldita? —gritó con fuerza.

—A mí no me ha pasado nada y ni se te ocurra volver a hablarme así —dijo Deborah, entre dientes—, lo que pasa es que a diferencia de ti y del pendejo ese que tenías por novio, yo sí me he tenido que ganar las cosas a pulso, con empeño y esfuerzo.

»No como ustedes niños de papi que no saben lo que es trabajar por las cosas en la vida, que lo han obtenido todo en bandeja de plata, que han tenido todas las oportunidades del mundo y se conforman con ser unos mediocres. ¿Qué vas a saber tú de sufrir? Mírate, das vergüenza, terminas con tu novio y te vas de estúpida a hacer terapia como una perra llorona.

—Entonces, ¿es solo eso? ¿Es porque eres una resentida de mierda? ¿Es porque antes de casarte con mi papá eras pobre? ¿Eso? —La cara de Deborah se contrajo de rabia.

—Tú no conoces nada acerca de mí o de todo lo que tuve que sufrir para estar en donde estoy, así que no vuelvas a insultarme o te juro que te saco los dientes a bofetones y ni tú, ni nadie con tu maldita carrera de cuarta, los va a poder arreglar.

—¡Es eso! Eres una maldita resentida.

Deborah quiso abofetearla, pero Bel le sostuvo la mano y la empujó con fuerza hasta hacerla caer sentada en un sofá.

—Quédate ahí, Deborah. No quiero oírte más, desde hoy dejo de ser tu hija.

—¡Cómo me arrepiento de haberte tenido! La peor decisión de mi vida fue quedarme embarazada de ti por complacer a tu padre. Eres la peor hija del mundo.

—Para ti, para mi papá soy lo mejor —respondió Bel sarcástica, aunque por dentro quería llorar—. Fíjate, me lastimaste y te dejó. Yo siempre voy a estar primero para él, nos tenemos el uno al otro. ¿Tú a quien tienes, Deborah? ¡Ni amigas de verdad tienes!

Deborah la miró afectada con los ojos húmedos por la rabia y a Bel se le arrugó el corazón. Le dolía lastimarla, porque en el fondo, le costaba ser mala como ella, era de corazón bondadoso como su padre.

—Mamá. —La llamó de esa manera sin percatarse—. Yo... yo no quiero tratarte así, pero...

—¡¿Entonces por qué lo haces?!

—Porque te lo has ganado con esa forma de ser prepotente, altanera, autoritaria, no puedes decirle a los demás qué hacer y cómo ser. Cada uno es como es. Tienes casi veintinueve años intentando moldearme a tu semejanza, ¿y qué has logrado? Hacerme infeliz por no ser como tú, mientras estas insatisfecha porque nunca lo seré. A mi papá no haces más que manipularlo a tu antojo, no más, quiero que le des el divorcio.

—¡No le voy a dar nada! —gritó Deborah molesta.

—No voy a seguir teniendo esta conversación, ya estas advertida.

—¿Y si no qué? ¿Crees que te tengo miedo? A ti y al... idiota ese de Clemente. ¿Qué carajo le ves? Porque ni coger sabe... —dijo ella sardónica con semblante de autosuficiencia.

—Supongo que lo mismo que le viste tú, ¿o es que le abres las piernas a hombres que no te gustan por deporte? O peor aún, a un simple chico, porque eso era, ¿no? Un simple chico de veintiún años y tú una mujer adulta. Una vieja verde asquerosa.

Deborah se quedó perpleja ante el ataque, hasta que segundos más tarde consiguió hablar.

—Clemente podría ser joven, pero se veía como un hombre adulto —admitió entre dientes, ante las implicaciones de su hija—. Y lo que sea que le vi, queda claro que fue un error, sin embargo, a él si le guste yo, fíjate que te buscó porque le recuerdas a mí.

Bel sintió aquellas palabras como un bofetón, le dieron mucho asco. Aun así, sacó fuerzas y contestó con altanería.

—Siempre dices que no me parezco a ti, en realidad, soy todo lo opuesto, porque no tengo necesidad de que la sociedad valide lo que soy, no requiero de amistades que solo están conmigo por cómo me veo, por cuanto dinero tengo, por mi puesto exitoso en una gran empresa. Tampoco manipulo a mi familia para que dejen de ser como son, para adaptarse a lo que yo quiero que sean, no traumatizo a la gente con comentarios despectivos, no soy una perra arrogante, un ser que esta tan inconforme con su vida, que tiene que intentar ahogar a los demás para que sean igual de miserables que ella. Tampoco tengo la necesidad de ser siempre el centro de atención como una gran ególatra... No, no soy así. Además, no tengo el cabello castaño claro, ni tengo los ojos pardos como tú y heredé las curvas de las mujeres de la familia de mi papá, no, nunca tendré tu figura espigada y no me importa, porque lo que más me gusta de mí es que no me parezco en nada a ti. En cuando a Clemente, te juro que es jodidamente eficiente en todo lo que hace. Te lo aseguro.

—No le voy a dar el divorcio a tu padre —dijo molesta, sintiéndose muy lastimada.

—Estas advertida... mamita —dijo Bel imitando el tono condescendiente con el que Deborah siempre le hablaba, abriendo su bolso, mostrándole el teléfono celular que había grabado toda la conversación—. Aquí está grabado cómo admites serle infiel a mi papá. Sé una persona decente una vez en tu vida y dale el divorcio por mutuo acuerdo.

Abandonó el apartamento con sentimientos encontrados. Por una parte, estaba satisfecha de haberle dado una lección a Deborah, por otra, no pudo evitar llorar cuando entró al elevador, recordando que después de todo, ella era su mamá. Cuando salió a la calle miró al cielo, el sol iluminaba todo, entonces procesó todo lo ocurrido y sintió cierta esperanza después de saber que Clemente y ella no habían tenido una relación amorosa, aquello había sido otra cosa. De repente quería comprender, necesitaba hacerlo. Sin pensarlo demasiado, decidió que no dilataría más ese asunto e iría a hablar con él.



Respiró profundo antes de entrar a la tienda, en donde como siempre, la saludaron los empleados con movimientos sutiles de cabeza. Se acercó a la oficina y tras tocar la puerta, una voz masculina le dijo que podía pasar... Encontró a Henry sentado trabajando en la computadora.

—Henry, ¿cómo estás? —Él se puso de pie con rapidez y le devolvió el saludo de forma afectuosa, dándole un beso en la mejilla—. Supongo que Clemente está arriba...

—No, no está.

—¿Esta en casa de sus padres? —Lo miró confundida—. Espera, ¿qué haces tú aquí?

—Veo que no estas enterada, Clemente lleva más de dos meses fuera de la ciudad. Olivia y yo nos hemos estado encargando de la tienda, ahora mismo estoy revisando unas cuentas.

—¿En dónde está?

—De viaje.

—¿A dónde? —preguntó Bel con auténtica desesperación.

—No sé si puedo darte esa información.

—¿Qué?

—Ustedes terminaron... ¿recuerdas?

Bel lo miró atónita y decidió remediar las cosas. Se levantó de la silla, sacó el teléfono del bolso y llamó a Clemente. Entonces escuchó el sonido de su teléfono en la oficina. Se giró hacia Henry, quien balanceó el dispositivo entre sus dedos.

—¿Dónde está Clemente?

—Se ha ido. Tuvo que irse, no soportaba estar aquí, decía que todo en el apartamento, en la panadería, la oficina, incluso, el garaje por los gatos que ahora viven ahí, le recordaba a ti.

—Los gatitos... Necesito hablar con él, Henry yo... yo... Necesito hablar con él.

—A ver... Clemente ha sufrido mucho, no lo atormentes más.

—Yo también he sufrido mucho —dijo con tristeza—. Necesito verlo, necesito saber... tantas cosas... ¿Clemente te contó lo que paso entre nosotros? Digo, te contó... ¿por qué nos peleamos?

—En parte, lo demás ya la sabía —Henry hizo una pausa y frunció el ceño—. Bel discúlpame por lo que voy a decir, pero tu mamá es de lo peor...

—Lo sé, lo sé. Tú... ¿tú sabes lo que pasó entre ellos?

—Ehhh algo...

—Cuéntamelo. Cuéntamelo por favor.

—No, no, no, eso a mí no me corresponde.

—Henry —dijo Bel tomándole la mano que reposaba sobre el escritorio—. Sería más fácil para mí oír esas cosas de ti, que de Clemente. De él no lo soporto... Y me estoy muriendo, yo lo amo... Pensé que había tenido un romance con ella y hoy sé que no fue así... —A Bel se le hizo un nudo en la garganta—. Yo... fui tan tonta, él intentó tantas veces explicarme, me escribió tantos mensajes pidiéndome hablar y yo... Es que no podía, no podía, te lo juro Henry, que no podía escucharlo ni siquiera decir su nombre porque hervía de la rabia, de la frustración, de los celos... Me daban ganas de vomitar, de gritar, de...

—Esto no me corresponde. En serio.

—Lo sé, pero por favor —rogó—, dime qué pasó, cómo se conocieron, mi mamá me dijo que fue su jefa, es lo único que sé... Por favor.

—Clemente me va a matar. —Suspiró, negando con la cabeza—. Ambos hicimos las prácticas profesionales en la misma empresa, esa en donde trabaja tu mamá. Nos conocimos ahí el día que a todos los internos le daban el recorrido por las instalaciones. Trabajábamos en áreas diferentes, yo en contabilidad, él en administración. Nos reuníamos a la hora de almuerzo para conversar. En un principio, estaba asignado para trabajar con un hombre, Ricardo, si no mal recuerdo se llamaba, se la llevaba excelente con él. Conforme pasaban las semanas, le asignaba más trabajo y Clemente estaba bastante contento porque el tipo era de esas personas que te explican, que te enseñan. Incluso, diría que se hicieron amigos.

—¿Y qué más? —preguntó ávida.

—Tu mamá tenía algo con el tipo... y no sé qué pasó, un buen día la dejó, sin explicaciones. Simplemente, la dejó, eso era un secreto para la empresa, pero no para Clemente, que era el que todos los días se tenía que inventar una excusa para explicarle porqué su jefe no la podía atender o por qué no le había devuelto las llamadas.

»Tu mamá es bien intensa, se la pasaba acosando al tipo. —Henry hizo una pausa al ver la cara de horror de Bel, pero esta le hizo una seña con la mano explicándole que continuara.

»Un día, después de almorzar, como aún teníamos tiempo, bajamos a la recepción. Clemente

fue a comprar chocolates a una tienda cercana, mientras que yo, que en aquella época fumaba, encendía un cigarrito. Estábamos ahí, cerca del estacionamiento hablando estupideces, yo fumando, él comiendo, la verdad... conversación de hombres, Bel, para hacerte el cuento corto, yo dije que tu mamá era una fastidiosa buscona, en realidad dije algo peor, pero dejémoslo así y Clemente me secundó diciendo cosas de ese tipo también y algo como que de seguro su esposo no le daba lo que necesitaba en casa... —Henry hizo una mueca de pesar—. Claro, todo esto de forma vulgar y...

—Ya entendí, Henry, continúa.

—Tu mamá escuchó todo... Estaba detrás de nosotros. La cara que pusimos de espanto cuando nos pasó por un lado no fue normal. Éramos jóvenes y estúpidos, Bel... —dijo Henry como queriendo disculparse.

—¿Y entonces?

—No sabemos qué pasó, pero a la semana siguiente, a Ricardo lo habían despedido y tu madre absorbió parte de su trabajo, por lo que Clemente pasó a ser su interno. Él no sabía en qué hueco meterse de la vergüenza, ella nos había oído, aun así, siguió adelante. Me dijo que intentó pedirle disculpas y que tu madre lo insultó. Yo, por supuesto, le dije que pidiera cambio en recursos humanos, él lo intentó con la excusa de que quería cambiar de área para aprender otras cosas y le dijeron que ya todas las vacantes estaban tomadas.

»Creo que la empleada de recursos humanos era amiga de tu madre, no sé Bel. Lo que ocurrió fue que le tocó pasar el resto de sus prácticas con ella como jefe y tutor. Dejó de comer conmigo, tu madre lo llenaba de trabajo, al punto de que no le daba ni un solo respiro. Se estaba vengando de él.

»Lo cierto, es que Clemente empezó a tener problemas, era tanto el trabajo, el estrés que ella le generaba, que no le estaba dando tiempo de estudiar para las materias que aún tenía, ni para su tesis de grado que tenía que presentar, el pobre prácticamente no dormía. Esto te lo podrá explicar mejor él, pero sé que comenzó a tener roces con ella todo el tiempo, por lo mal que lo trataba. No sé porque aguantó todo eso, yo la habría mandado a... —Henry hizo una pausa para no decir lo que tenía en mente—. En fin, le hizo la vida cuadros. Bel, tu madre lo acosaba, tal como hacía con Ricardo, creo que se enamoró de él, qué sé yo.

—¿Qué?

—No sé qué pasaría por la cabeza de tu mamá. Llegado el último día de las prácticas, ella debía entregarle a Clemente un sobre sellado con la evaluación sobre estás. Ella no se lo entregó, le dijo que había olvidado llenarlo, que fuera al día siguiente. Ese día, Clemente tenía su defensa de tesis en la tarde... Cuando fue a buscar la evaluación, tu madre se reportó como enferma... ¿Entiendes hacia donde voy con todo esto? —dijo Henry al que se le hacía cada vez más difícil contarle.

—Sígueme contando —dijo Bel apretando los puños de la rabia, con semblante de asco.

—Básicamente era «eso» a cambio de la evaluación... No quiero contarte lo que él me contó... Pero sí puedo decirte que ese día Clemente no aprobó su defensa de tesis. Perdió unas prácticas que tenía pensado hacer en el extranjero con un amigo empresario de su padre, también el ingreso a la facultad de economía... No se pudo graduar con sus amigos. Hizo quedar mal al resto de compañeros que exponían con él la tesis de pregrado... Fueron muchas cosas, todo por tu mamá...

Bel acomodó los codos sobre las rodillas y escondió la cara entre las manos, sentía muchísima vergüenza con Henry, con Clemente, tenía pena ajena. Su madre era un ser despreciable, ruin y repugnante. Tenía ganas de volver a su apartamento, olvidar que la había

parido y abofetearla. Sintió impotencia, rabia, angustia, una vorágine de sentimientos que la sacudían llevándola por los rincones del odio y la amargura.

—¿Dónde está? Necesito verlo, por favor.

—Solo sé que está con su familia materna, allá en el pueblo. Dejo su teléfono porque los proveedores llaman ahí, no se llevó ni *la tablet*, ni la laptop, nada. Tengo este número —explicó, copiándolo a un papel—, que es de la casa donde vive, pero solo está ahí por las noches, por lo general me llama él a mí para saber de la tienda.

Bel recibió el papel con manos temblorosas, sentía que se desmoronaba, quería correr hasta él, pedirle perdón, decirle que había sido una tonta. Tenía ganas de llorar, pero se aguantó.

—Llama a su mamá, por favor, pídele detalles, necesito ir a verlo. No le digas que son para mí, invéntate algo... no sé... dile que tienes que enviarle algo para que lo vea, que se yo... por favor.

—Ok, lo intentaré.

—Pide la dirección, pero no le adviertas de que voy, solo déjame llegar ahí. Por favor, pídeselo y me avisas.



Bel tomó un taxi, tenía que hablar con su padre y no sabía cómo hacerlo. Intentó mantenerse tranquila, no sabía ni por dónde empezar. Había comenzado a encajar cosas en las que ni siquiera se había detenido a pensar en todos esos años, como que esa mañana su madre al igual que todos los días, la llevó al colegio e iba vestida para laborar, luciendo perfectamente bien. Ella nunca faltaba al trabajo ni por el peor catarro, era adicta a este. Bel concluyó que todo había sido premeditado.

Cuando tocó la puerta de la entrada de la casa de su padre, este le abrió de inmediato.

—Pensé que era el repartidor, pasa Belita, así almuerzas conmigo. —Fernando tenía semblante de abatimiento, cuestión que la hizo cavilar de si ese era el mejor momento para hablar. Tenía que serlo, no podía esperar más—. ¿Hablaste con tu madre?

—Sí, le he dicho que tiene que darte el divorcio o de lo contrario la demandaríamos por adulterio y que tanto yo, como Clemente, declararíamos sobre eso.

—No nombres a ese hombre.

—Papá, de eso precisamente quiero hablarte, necesito hablarte de él. Las cosas no sucedieron como pensamos...

Fernando dejó caer la cabeza sobre sus manos tras escuchar todo lo que su hija le contó, estaba furioso y lo peor era que sabía que todo era verdad. Entonces tuvo que contarle a su hija que él se enteró sobre el romance con Ricardo, su madre tuvo que confesarlo cuando le encontró un mensaje en el teléfono, con la cita pautada para verse en un hotel. Fernando ya venía sospechando y cuando se enteró, duró tres días durmiendo en casa de una de sus hermanas. En ese punto, ellos le mintieron a Bel inventando un viaje de trabajo, porque en aquella época, él aún trabajaba en una importante trasnacional.

Le contó que su madre lo convenció de que aquellos mensajes, eran insinuaciones por parte del hombre, pero que ella no le correspondía. Que lo que había ocurrido entre ambos fue cosa de una sola vez. Convenciéndolo de que lo amaba, que aquello había ocurrido durante una fiesta de la empresa en donde se había pasado de copas. Le juró que no volvería a repetirse y él ingenuo le creyó, peor aún, la perdonó. Luego volvió a casa y las cosas retornaron a la normalidad con el paso de las semanas.

Cuando el repartidor de la comida llegó, Bel tuvo que salir a recibir la comida, su padre estaba enfermo de la rabia, gritaba diciendo que no iba a darle un centavo a Deborah, que iba a dejarla sin nada. Estaba rabioso, histérico por completo. La odiaba, se preguntaba cómo había sido tan iluso, tan cabrón... Incluso, sintió culpa, preguntándose que si de no haberla perdonado, le habría evitado tanto sufrimiento a su hija. Entonces Bel le contó cómo había acosado a Clemente, logrando que sintiese mucha indignación, al igual que ella.

—De todas formas, estuvo con ella, hija.

—Lo sé, pero necesito que entiendas que estoy enamorada de él.

—¿Qué? Pero Belita... —Fernando se quedó sin saber qué decir.

—Lo amo, papá, incluso antes de saber todo esto, ya había pensado en buscar la manera de estar con él. Te juro que es un hombre bueno y no consigo olvidarlo. No puedo... Siento que te traiciono a ti por quererlo, pero papá, él no tuvo un romance con ella, él...

Bel comenzó a llorar al entender que no sabía expresar todo lo que sentía. Sus emociones se apilaban unas encima de otras, enmudeciéndola. Quería decir tanto, explicar que lo amaba, que no hacía más que soñar con él y anhelar estar a su lado como antes. Su padre la abrazó reconfortándola, porque a pesar del rencor que le guardaba al muchacho, admitía que nunca vio tan feliz a su hija como cuando estuvo con él. Analizó que, así como en un pasado pudo perdonarle tantas cosas a su esposa, quien resultó ser una mentirosa, ¿cómo podía juzgar a su hija por querer perdonarle algo a su novio, que ocurrió cuando ni siquiera se conocían?

—Si lo amas tanto, búscalo, Belita. Si vas a ser feliz con él, búscalo, no te pares por mí.

Bel sintió que el alma le volvió al cuerpo, cuando escuchó a su padre decirle aquello, porque, en ella, persistía esa necesidad de validación paterna. No quería decepcionarlo bajo ningún concepto, lo amaba muchísimo. Tras secarse las lágrimas y hacer lo mismo con las que descendían por las mejillas de su padre, lo instó a tranquilizarse. Pasaron un buen rato juntos, comieron sin hambre, hablando sobre contratar un mejor abogado para lidiar con su madre y elaboraron una estrategia para ello.

Al finalizar aquel mal rato, en donde planearon cortar todo lazo con esa mujer que había compartido con ellos media vida, se sintieron mal. Era extraño, el odio se mezclaba con reminiscencias de afecto por ella, aun así, sabían que no podían seguir dejándose devastar la vida por alguien tan tóxico, desalmado y egoísta como Deborah. Debían dejar el agua correr.

En ese momento, el teléfono de Bel sonó, Henry le pasó la dirección y las indicaciones sobre cómo llegar a donde estaba Clemente en un mensaje.

—Papá, necesito que me prestes tu camioneta.

Eran casi las dos y media de la tarde y aunque su padre trató de convencerla para que aguardara hasta el día siguiente, para salir temprano por la mañana, Bel dijo que no, sabía que no podía esperar más. No tenía la paciencia para estar otro minuto sin verle, desde la noche anterior no hacía más que pensar en él, ese beso con Juan Pablo terminó siendo determinante, esclarecedor. Se negaba a esperar, se había controlado para no salir corriendo a primera hora de la mañana, eran demasiados meses sin él y pasar otro día sin estar a su lado, hacía mucha diferencia.

—¿Y qué le digo a tus tías por lo de mañana?

Bel se encogió de hombros, dándole un beso en la mejilla a su padre, lo único que le importaba, en ese momento, era ver al señor Barba.

CAPÍTULO 33

Bel tenía idea de que el trayecto hasta el pueblo en donde vivía la familia materna de Clemente, era de una hora, pues se lo oyó decir en una ocasión, pero ella tardó casi dos en llegar. La carretera a través de la montaña era en extremo empinada, llena de curvas fuertes y al no estar acostumbrada a conducir demasiado, lo hizo más lento de lo normal. Llegado al pueblo, tuvo que pedir indicaciones varias veces, hasta que se encaminó por un camino solitario, rodeado de maleza alta y arboles silvestres. No había ni una sola casa alrededor, por lo que comenzó a asustarse, le dio gracias al cielo que aún había luz solar, porque aquello de noche de seguro era solo para valientes. Condujo por más de quince minutos aquel sendero, espantando los pensamientos en donde se imaginaba perdida en ese lugar, sin llegar a ninguna parte.

Cuando, finalmente, arribó a un gran portón de hierro forjado con enormes letras que rezaban: hacienda Conti, respiró aliviada. Comenzaba a atardecer y estaba muy nerviosa por verlo y por no saber qué diría. En ese momento, alguien le tocó el vidrio de la ventana, haciéndola dar un respingo, gritando muerta de miedo. Era un hombre de unos sesenta años mal encarado, que le preguntaba qué se le ofrecía.

—Hola, buenas tardes, vengo a hablar con Clemente o la señora Constanza —dijo Bel con voz temblorosa, aun recuperándose del susto.

—Pues a mí no me avisaron que venía nadie —contestó el hombre que miró al interior de la camioneta—. ¿Viene sola?

—Sí. —Bel, miró su teléfono asustada, dándose cuenta de que no tenía señal.

—¿Nombre?

—Bel Olivero.

El hombre llamó por radio, dando las indicaciones de la visita y segundos después, abrió el portón. Bel recibió las indicaciones sobre cómo llegar a la casa principal y avanzó. Tras recorrer un kilómetro, el paisaje cambió de forma drástica, todo estaba lleno de árboles frutales y flores silvestres. Más adelante, comenzó a ver los sembradíos que parecían infinitos hasta el horizonte, llenos de vegetales como repollos, coliflores, lechugas, entre otros, propicios por el clima frío, montañoso, del pueblo. Cuando llegó a la casa principal, se quedó anonada con la belleza del jardín, así como de toda la arquitectura del lugar que era de estilo colonial. Todo se le hizo precioso. Se estacionó, curiosamente, junto a la vieja *pickup* de Clemente, al bajar, pasó los dedos por la carrocería llenándose los dedos de polvo en un gesto de añoranza.

Se cerró el abrigo a causa del frío y se encaminó a la entrada de la casa, en donde la esperaba la tía Constanza, que la saludó de forma afectuosa, comentando que Fiorella no le había avisado de su visita. Bel se excusó, explicando que había sido algo de último minuto y procedió a preguntar con premura por Clemente.

—Ya debe estar por llegar —dijo mirando la hora—, antes de que oscurezcan están aquí.

Bel entró al baño e intentó recomponerse, se miró varias veces al espejo, comprobando verse bien. Estaba muy nerviosa, no sabía qué hacer. Cuando salió, Constanza la estaba esperando con una taza humeante de chocolate caliente, que en cierta forma la reconfortó, conversó con ella y pasó a la cocina, en donde estaba reunidas las esposas de los primos de Clemente, así como varias empleadas de la hacienda, preparando la cena. Saludó a los niños que estaban cerca

jugando y se dejó enseñar los alrededores de aquel lugar tan bonito. Mientras esperaba, divisó a lo lejos, en una mecedora, al abuelo que dormitaba tranquilo, el lugar era, sin duda alguna, un remanso para los sentidos de todos los presentes, menos para ella, a quien los minutos se le hicieron eternos mirando al sol, preguntándole si no pensaba terminar de largarse de una buena vez.

Escuchó que llegaba un vehículo, por lo que salió para observar cómo se estacionaban un par de camionetas y bajaban varios hombres de estas, entre esos Clemente. Bel permaneció en la entrada de la casa, inmóvil, sin saber qué hacer, lo miró absorta, percatándose de que la luz del crepúsculo que pintaba el cielo de naranja infinito, bañaba con su brillo toda su estampa. No pudo evitar mantener la mirada fija, detallando cómo se quitaba un gorro negro, guardándose en el bolsillo, para luego limpiarse el sudor de la frente con el dorso de la mano, ensimismado en sus pensamientos. Estaba sucio, con ropa de trabajo y se veía muy diferente a la última vez que se vieron en el apartamento. Clemente llevaba el cabello muy corto y su barba frondosa no estaba, la que tenía, parecía no tener más de unos cuantos días. Aun así, le pareció que nunca lo encontró más guapo.

Escuchó a la señora Constanza llamar a todos para que entraran a cenar y justo ahí, Clemente alzó la vista percatándose de su presencia. Dejó de caminar por lo que sus tíos y primos lo rebasaron, adentrándose en el sendero hacia la casa, apremiados por el hambre. Todos saludaron a Bel de forma breve y esta contestó con un simple hola o una sonrisa sin mayor reparo, no podía dejar de mirar al objeto de sus deseos. Al percatarse de que este no pensaba acercarse, ella comenzó a caminar en su dirección, entendiendo que era su deber acortar las distancias.

Clemente se quedó desconcertado, era tanto su asombro por verla allí, que no pudo evitar quedarse paralizado. Bel, por su parte, se sintió angustiada y cómo no estarlo, tenían casi tres meses sin verse, sin hablarse, sin un ápice de comunicación, así que verlo en medio del camino, sin avanzar ni un centímetro hacia ella, le indicó un posible rechazo, el cual tenía claro que se merecía. Por ello, depuso el orgullo y recorrió los pasos que lo separaban, hasta estar cara a cara con su amor.

—¿Qué haces aquí? —dijo Clemente con un tono de voz indescifrable.

Para Bel, la pregunta fue como un balde de agua congelada que enfrió sus esperanzas, enmudeciéndola. No sabía qué contestar, estaba ahí por él, porque necesitaban aclarar las cosas, sin embargo, creyó que no era conveniente decirlo sin más, porque no quería sonar exigente. Conocía su posición de desventaja.

Se dejó llevar por su instinto, estiró la mano y le tocó la mejilla, notando la expresión de sorpresa que se hizo evidente en el rostro de Clemente. Con dedos trepidantes, le acarició todo el contorno de la mandíbula e incluso, tuvo la audacia de recorrerle con el pulgar los labios, palpando, de forma especial, el inferior más carnoso. Los encontró resecos, un tanto agrietados, aun así, se le seguían antojando, tal como en esa primera cita, cuando se quedó inmóvil anhelando sus avances. Clemente la miró estupefacto, sin saber cómo reaccionar ante el contacto, así que solo la dejó hacer. Luego Bel deslizó los dedos por sus brazos, en un toque levísimo, dulcísimo, que tuvo como destino sus manos. Las estudió con detenimiento, estaban sucias, se notaba que se las había lavado solo con algo de agua en pro de quitarse la mayor cantidad de suciedad, dejando el lavarlas bien, seguramente, antes de la cena. Tenían partículas de tierra entre las grietas de la piel y estaban más aperas y rasposas que de costumbre. Las acarició sosteniéndolas entre las suyas, bajo la atenta mirada de Clemente que seguía cada uno de sus movimientos sin comprender nada, o, tal vez, sin querer hacerlo.

Bel abrió los brazos de Clemente y buscando espacio entre los mismos, dio un paso hacia

delante, arropándose a sí misma con ellos, colocando las manos masculinas alrededor de su cintura, como si les estuviese mostrando el camino a casa. Le acarició el cabello con ternura y escondió la cara en el espacio entre el hombro y el cuello. Luego hundió la nariz contra la piel húmeda por el sudor, cerró los ojos, aspirando con fuerza aquel aroma cuya reminiscencia buscó reiteradas veces entre prendas de ropa o en la almohada que él solía usar. Le encantaba el olor de su sudor, aunque en ese momento se le hizo más pesado que de costumbre, porque se entremezclaba con la esencia ambiental, la humedad y la tierra del campo. Sacó la lengua para recorrer pausadamente toda la extensión del cuello, en donde se sentía su pulso desenfrenado. Se llenó los oídos con el gruñido natural, que brotó de inmediato de los labios masculinos y lo paladeó despacio, encontrándolo exquisitamente salado.

La reacción de Clemente fue tomarla por el cuello y restregar sus labios contra los suyos en un beso desmesurado, en donde sus lenguas se juntaron de forma immoderada y vehemente. Bel jadeó al sentirlo así, le tembló el cuerpo, ambos se excitaron de forma automática sin poder evitarlo. Cuando Clemente notó cómo se le ponía dura en los pantalones tan bruscamente, se separó de ella con apremio, preguntándole de nuevo con la respiración entrecortada, qué hacía ahí.

—¡Que vengan a comer!

Ambos giraron el rostro en dirección a la dulce voz que los llamaba, era una de las hijas de los primos de Clemente.

—En un momento vamos —contestó él cortés y la niña volvió a entrar dejándolos solos.

—Estoy aquí por ti, ¿por qué más podría ser?

Bel lo miró a los ojos intentando transmitirle la honestidad de sus palabras, llevándose la mano a los labios que sentía hinchados y lastimados. Clemente la había raspado con su barba corta que estaba muy áspera. Él la miró enmudecido y antes de que pudiese responder algo, apareció su tía Constanza.

—Vengan a comer que se enfría.

Bel caminó en dirección a la casa y a Clemente no le quedó otra opción que seguirla. Respiró profundo, porque una cantidad inmensurable de pensamientos y emociones se agolparon en su mente de forma contundente, dejándolo sin saber qué hacer o qué decir. Bel lo torturó con su ausencia noche tras noche, así que verla aparecer justo cuando comenzaba a tener un poco de paz, era difícil de procesar. No pudo evitar recordar ese día que llegó a su apartamento, respondiendo a todas sus fantasías y anhelos. Solo que, en ese momento, su presencia le generó un estímulo indescifrable en donde convergía la felicidad y el miedo. Este último estaba presente, porque sabía que no podía ilusionarse cómo en esa ocasión, cuando ella lo tomó todo, usándolo, para después dejarlo moribundo a su suerte.

Fueron muchas semanas intentando no pensarle, pretendiendo que no lo acompañaba en cada paso, porque parecía llevarla tatuada en la piel. Demasiados días de darse sonrisas impostadas frente al espejo, emulando a su antiguo yo. Fingiendo delante de su familia, durante la jornada laboral estar mediamente bien, para después refugiarse en la oscuridad de su habitación a pensarla sin reparos. Antes de dormir, no conseguía hacer otra cosa que fantasear con ella: riéndose, mirándolo, besándolo y acostándose encima de él desnuda, llevándolo a su interior para después moverse sinuosa y jadear con los labios entreabiertos.

Fueron incontables las veces que se instó a mantener la mente en blanco, que se forzó a prestarle atención a las conversaciones que le daban sus primos y tíos con el fin de alejarla, aunque fuese, momentáneamente, de sus cavilaciones o que trabajó por horas sin descanso con el único propósito de agotarse y lograr dormir.

Hacía meses atrás, Fiorella quedó anonadada al verlo, ya Olivia la había puesto al corriente, sin embargo, jamás imaginó que el estado de su hijo sería tan lamentable. Tenía muchos días sin verlo, este no había vuelto a visitarla, por lo que apenas entró al apartamento de Clemente y lo vio, sintió muchas ganas de llorar. Reprimió las lágrimas tratando de parecer calmada, aunque la angustia en realidad la estuviese consumiendo.

Qué clase de maldición le había echado esa mujer a su hijo, cuyos ojos se veían apagados y tristes. Estaba delgadísimo, había perdido varios kilos, eso era seguro. No era el hombre rozagante que ella con tanto esfuerzo había criado. Se veía apático, débil, no tenía ese ímpetu o ese aplomo tan propio de la familia que siempre vio reflejado en él. Ese que había heredado de ella.

—Normalmente te doy tu espacio y lo sabes. Siempre ha sido así, pero esta vez debes contarme qué pasó, necesito saberlo —dijo preocupada.

Pensó que su hijo se negaría a hablar, que le saldría con una de sus respuestas altisonante, pero al verlo romper en llanto, se preocupó en serio. No lo veía llorar desde hacía muchísimo tiempo. Estaba quebrado, abatido, no le gustó verlo así.

—*Mamma* yo la amo, pero la lastimé y ahora no sé qué hacer.

Clemente se limpió las lágrimas con rabia, dejándose abrazar por su madre, a la que como siempre, le negó información. No quería preocuparla, pero, sobre todo, le daba vergüenza contarle todo lo sucedido con Bel. Se sentía culpable por haberle arruinado la vida a la mujer que amaba.

Su madre lo instó a irse una temporada con su tía al campo, a la que le encomendó alimentarlo, así fuese a la fuerza, hasta devolverle su peso normal y a sus primos, a no dejarlo solo, él necesitaba compañía y salir del encierro en el que se había sumido de forma voluntaria. Así que ahí estaba, en medio de la montaña, siguiendo la estela de su exnovia, mirando el movimiento de sus caderas, que se balanceaban hipnotizantes con cada paso que daba hacia el interior de la casa familiar.

—Lávense las manos, los esperamos en la mesa —señaló Constanza, con ese tono de voz sosegado que le caracterizaba.

Bel pensó en caminar hasta el baño, pero en cambio, siguió a Clemente, que caminó hasta el patio de la casa en donde había un lavamanos grande y rústico que parecía tener muchas décadas. Lo observó alzarse las mangas del horrible suéter azul marino que llevaba y enjabonarse desde los codos hasta las manos, frotándose las uñas con un pequeño cepillo, para sacar todo residuo de tierra, en absoluto silencio. Bel se mordió el labio, ansiosa, hasta ponerlo blanquecino, a diferencia de ella que lo observaba con devoción, él parecía no querer ni mirarla. Cuando él terminó de lavarse las manos, le hizo una seña para que ella lo hiciera también, cuestión que hizo en un par de segundos. Luego le pasó la toalla con la que se había secado las manos y ella la tomó buscándole la mirada, encontrando rechazo. Bel quiso tocarlo, pero él se apartó esquivo.

—¿Por qué no me dejas tocarte? Ese beso de hace rato me dice que todavía...

No consiguió seguir hablando, se quedó a medias ante la expresión seria de Clemente.

—No te confundas, Bel, yo anhelo tu tacto, pero eso no implica que merezcas que te deje tocarme —dijo rotundo y autoritario—. Ahora ven a comer que nos están esperando.

Bel sintió como su corazón dejó de latir, muriéndose de la pena y no le quedó más remedio que obligarse a caminar, cuando Clemente giró a mirarla con semblante displicente. Lo siguió porque su cerebro no consiguió procesar hacer otra cosa, se mordió de nuevo el labio, solo para obligarse a no llorar, a no soltar ni una sola de las malditas lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos. Se sentó en la mesa junto a él y se instó a disimular, recibiendo la cena que agradeció

con una sonrisa a medias.

Clemente, comenzó a comer como si nada y Bel comprendió que había algo peor que estar lejos de él: su indiferencia. Todo indicaba que al tomarlo desprevenido este la había besado, pero al retomar la compostura, le dejó claro su desinterés... O algo así. «Yo anhelo tu tacto, pero eso no implica que merezcas que te deje tocarme». Recordó cada una de las palabras que había pronunciado segundos atrás. Desglosó las frases en su cabeza una por una, «yo anhelo tu tacto», «pero eso no implica que merezcas que te deje tocarme». Decidió quedarse solo con la primera parte del discurso, por lo que se dedicó a mirarlo con todo el cariño del mundo, sin importarle si él la miraba de regreso. Lo amaba tanto, que haría lo necesario para ganarse su corazón, empezando por irradiarle todo el amor que sentía. Decidió unirse a la conversación que hacían en la mesa, contestando las preguntas que le hizo la señora Constanza y obligándose a comer, aunque la ansiedad la hubiese dejado sin apetito. Cuando finalizó la cena, Clemente se puso de pie recogiendo su plato para llevarlo a la cocina, así que ella lo siguió. Sabía que lo próximo que saliera de su boca tenía que ser algo inteligente, pero su mente no estaba muy cooperativa.

—¿Van a dormir aquí o se irán a la casa de tus padres? —preguntó la tía Constanza quien comenzaba a retirar los residuos de los platos.

—A la casa, de hecho, ya me voy tía.

—¿Tan pronto? —Clemente asintió—. Bueno, se me cuidan mucho, vienen a almorzar mañana, ¿verdad?

—No sé tía, bendición.

—Dios te bendiga, mi amor. —Clemente se inclinó, aceptando el beso afectuoso de su tía.

—Te espero afuera —dijo a Bel de forma tajante.

—Muchas gracias por la cena, señora Constanza, disculpe que no puedo ayudarla a limpiar.

—No hija, tranquila. —Constanza hizo un gesto restándole importancia—. Escúchame —susurró apartándola a un lado—, ten cuidado con Vincenzo. —Bel asintió sin saber a qué se refería la mujer—. El susto que nos dio el treinta y uno de diciembre fue muy feo.

—¿El susto?

—Sí, se puso mal y lo tuvimos que llevar a la clínica de emergencia. ¿No sabías?

Bel negó con la cabeza.

—¿Qué le pasó? —preguntó preocupada.

—Hija, yo no sé qué pasó entre ustedes, pero la doctora dijo que había sido algo emocional. Nosotros nos asustamos muchísimo pensando que era otra cosa, un infarto o algo así. Tengan cuidado.

—Pero, ¿qué le paso ese día? —preguntó de nuevo Bel, asustada.

—Se mareó, no podía respirar. En la clínica nos dijeron que de salud estaba perfecto, pero de todas formas lleven las cosas con calma, no discutan tanto —insistió Constanza con dulzura.

El pecho de Bel se apretujó al darse cuenta de lo que estaba insinuando la tía de Clemente, ella había ocasionado aquello, se sintió terrible de solo pensar en que pudo haberle hecho algo peor.

—Sí, no se preocupe. —Bel le sonrió apenada, luego se despidió de ella y del resto de la familia.

Al salir, lo vio cruzado de brazos en el sendero que daba hacia la casa. Se le veía mal humorado, contrariado, logrando que Bel se sintiese peor y perdiera las esperanzas de recuperarlo.

—¿Podemos hablar? —dijo con tono dulce.

—Sí, pero aquí no —respondió brusco—. Sígueme —agregó caminando hacia su *pickup*,

abriéndole la puerta.

—Mejor te sigo. —Bel continuó hasta su camioneta y él cerró la puerta asintiendo.

Bel prefirió irse por cuenta propia, así, en el camino, podría reagrupar ideas, pensar en alguna estrategia. El trayecto se le hizo mucho más corto, él la guiaba por la vía que parecía conocer palmo a palmo. Al cabo de diez minutos, salían de ese sendero solitario para encaminarse al pueblo, tras subir una empinada colina, llegaron a una casa en lo alto. Clemente abrió un portón eléctrico y ambas camionetas pasaron.

El clima había cambiado en los últimos minutos, el cielo que se cernía oscuro, se vio iluminado por un rayo, seguido de un ruido estruendoso que hizo a Bel gritar. Clemente le tocó la ventanilla, volviendo a asustarla. Él abrió la puerta del conductor hablándole con tranquilidad.

—Es solo un trueno. ¿Trajiste equipaje? —Ella asintió sin poder hablar, en la vida había escuchado un trueno así. Apagó la camioneta y tomando su bolso salió de esta, mientras que Clemente sacaba del asiento trasero el bolso de viaje—. Ven, vamos a la casa.

Bel se limitó a seguirlo, todo estaba bastante oscuro, excepto por un farol en una esquina del porche, dándole una sutil iluminación que hacía ver el lugar rodeado de árboles y vegetación, muy tenebroso. Justo cuando estaban por llegar a la entrada de la casa, algo la empujó, haciéndola gritar del susto y trastabillar, por lo que tuvo que agarrarse de Clemente para no caerse.

—Hola, Sombra, ella es Bel —saludó él, con mucha tranquilidad, a un perro azabache que lo recibía ladrando—. Es el perro del vecino, a veces viene a jugar conmigo —explicó al notar cómo ella se aferraba a su brazo aterrada, el perro buscaba acercarse—. No te va a hacer nada, es manso —agregó palmeándole la cabeza al animal.

—Pues no parece, se ve muy malo.

—No, créeme, es inofensivo, igual no te dejes llevar por las apariencias, quien parece más dulce es quien puede hacerte más daño. —La miró con expresión irónica y siguió caminando hacia la casa.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Bueno, que a veces las personas que creemos...

—No, dime si estás hablando de mí de frente, no me salgas con estas estupideces —dijo interrumpiéndolo, molesta.

—Sí, estoy hablando de ti —admitió abriendo la puerta, haciéndola pasar a la acogedora casa. Dejó el bolso en la sala y pasó a la cocina, se lavó las manos y se sirvió un vaso de agua, tras beberlo le ofreció, pero ella solo negó con la cabeza—. Supongo que si viniste hasta aquí fue para decirme algo, ¿no?

—Admito que maneje mal las cosas... —Bel quería pedirle disculpas, pero la molestia por lo que acababa de decirle estaba demasiado reciente—. ¿Por qué me dijiste eso? No tienes porqué ser pasivo agresivo conmigo.

—A ver, será porque la última vez que nos vimos básicamente me cogiste y te fuiste, ¿te suena eso? —preguntó adusto.

—Tú te cogiste a mi mamá, ¿te suena eso? —respondió irónica.

—Sí, por desgracia, sí. ¿Algo más que quieras decir?

—¿Por qué estas actuando así? —Bel estaba sorprendida con el Clemente mal encarado que le respondía en tono grosero.

—Porque... no sé. Perdóname —dijo arrepentido, negando con la cabeza.

Bel bajó las defensas al escucharlo hablar sincero.

—No, perdóname tú a mí, yo me equivoque...

Clemente caminó hacia Bel y la tomó de las mejillas interrumpiendo sus palabras. La asió

contra él, aplastando su cuerpo contra la pared, sintiendo toda su anatomía delicada, mullida, que olía a flores. Disfrutó de la tibieza de su aliento contra sus labios, quiso besarla, lamerle el alma, pero no lo hizo, se separó de ella de forma brusca y caminó al otro extremo de la habitación dándole la espalda, se le veía una vez más contrariado, molesto, aunque también compungido. El corazón le latía en el pecho desesperado y no sabía por cuál de tantas razones era, si por verla, por desearla, por la rabia que sentía, por cómo terminaron las cosas la última vez o por la culpa de haberle hecho tanto daño y que, aun así, ella estuviese de vuelta.

—Clemente, cálmate. —Notó la pequeña mano, en su omoplato, que lo acariciaba—. Hablemos por favor.

—¿Y cuándo yo te quise hablar? —Giró enfrentándola, molesto.

—Me equivoqué en eso, estuvo mal, creo que está de más recordarte que estaba muy lastimada.

—Yo sé, yo sé que te hice daño y por eso tendré que pedirte perdón por toda la vida, pero no fue justo cómo me trataste la última vez.

—Estaba confundida, ¿sí? Creo que tenía todo el derecho a estarlo, pero ya no. Clemente... —Hizo una pausa, porque entendió que necesitaba decir algo contundente—. Yo te llevo en la punta de la lengua, tu sabor es un regusto que no se va nunca... que no quiero que se vaya nunca. Solo quiero tu tacto, tus manos, tu cuerpo sobre el mío, ya no me importan las circunstancias de nuestro pasado. Yo solo sé que te necesito a mi lado, porque solo tú me haces sentir. El corazón se me ensancha, las piernas me tiemblan, solo contigo duermo en paz. Te quiero en mi cama... Ese día me dijiste que yo pertenecía a la tuya, desnuda, contigo encima... pues, tenías razón —expresó con total honestidad, mirándolo a los ojos, por lo que cuando él le desvió la mirada se sintió morir.

CAPÍTULO 34

El Clemente que le rogó a Bel por una oportunidad para explicarse, meses atrás, había desaparecido. Quedó el hombre lleno de dolor y rabia, que hablaba impulsivamente sin sutilezas, se sentía en conflicto por tanto sentimientos encontrados.

—¿En dónde estabas tú cuando yo estaba solo, cuando yo sufría? ¿Acaso no dijiste que era el hombre de tu vida y que me amabas? ¿En dónde estuvo todo ese amor? Yo puedo entender, claro que puedo entender que en un primer momento te sintieras confundida, por eso te di espacio, pero, ¿dónde estuvo el voto de buena fe... de confianza? Me pasé meses amándote, adorándote, besando el puto suelo que pisabas y, ¿ni siquiera me merecí que me dejaras explicarte? ¿Ni siquiera me merecí tu respeto? Porque entraste a mi apartamento, me abofeteaste como te dio la gana y luego me usaste como si yo no fuese de carne y hueso, como si no sintiera, para dejarme tirado largándote sin mirar atrás. —Tomó aire profundamente, todo lo dijo aguantando la respiración, como si decir todo aquello fuese la única manera para poder respirar de nuevo—. Y ahora, tres meses después, tengo que escucharte y hacer todo lo que tú no hiciste por mí.

—¿Y por qué no te escuché? Sera porque te oí decirle a mi madre que no pretendías contarme nada —gritó molesta.

—Estaba en shock, fue un pensamiento estúpido producto del miedo, pero eso te lo expliqué luego y de todas formas me trataste como a un perro.

—Pero, ¿tú qué crees? Para mí fue terrible tratarte así y sufrí al estar sin ti... entiende que...

—Ajá. —Alzó la voz y abrió los brazos gesticulando su enojo, interrumpiéndola—. Sufrías mientras me pasabas fotos en ropa interior, hablando de estar con otros hombres. —Bel se llevó las manos a la cara abatida, la atacó la culpa al estar al corriente del malestar que le ocasionó esa noche—. Te comportaste como...

Clemente se detuvo y arrugó la cara en una expresión de repugnancia.

—¿Cómo qué? —preguntó molesta, frunciendo el ceño.

Bel estaba segura de que le diría que como una puta o como una zorra, pero en cambio, le dijo algo mucho peor.

—Como Deborah.

Clemente se calló y negó con la cabeza... Una parte de sí, se creía con derecho a decir todo aquello, mientras que la otra, sentía que debía aguantar todo lo que ella quisiese decirle, sufrir porque se lo merecía por el trauma que le había ocasionado en la adolescencia.

—Perdóname —agregó bajando la cabeza, al ver la expresión de estupefacción de Bel.

—Veo que estas muy decidido a hacerme sentir mal, la venganza te sienta —comentó irónica abrazándose a sí misma, tenía mucho frío.

—Perdóname, coño... es que... no quise decir eso.

—No, al contrario, yo creo que sí querías decirlo. Está bien, lo que hice ese día no estuvo bien, fue una manifestación inmadura de mi rabia por ti, pero nunca vuelvas a compararme con ella a menos que quieras hacerme daño y eso no te importe.

—Perdóname, me dolió demasiado que me trataras así...

—Todos cometemos errores, Clemente —dijo interrumpiéndolo, con la mandíbula apretada para no llorar.

—Exacto Bel, todos cometemos errores, la diferencia es que yo, pacientemente, escuché todo lo que tenías para decirme, yo sí te di esa oportunidad. Mientras que tú ni siquiera me diste el beneficio de la duda. No me diste oportunidad de darte mi versión de los hechos, incluso, sigues sin preguntarme que pasó.

—Hable con mi... con ella. Ya conozco parte de lo que sucedió.

Clemente abrió los ojos sorprendido, preguntándose qué podría haber dicho aquella mujer. De Deborah, solo podía creer que diría cosas que lo hicieran quedar mal, entonces, ¿qué hacía Bel ahí?

—De todas maneras, sigues sin querer saber de mis labios que sucedió, como si todo lo que te dijese tu madre fuese santa palabra... como si lo que yo necesito decirte fuese menos, como si no te hubiese amado más que todo lo bueno de este mundo ¡Yo sí Bel, yo sí te amé! A ti en cambio, se te murió el amor por mí, rapidísimo.

—¡Ya, maldición ya! —gritó herida por sus reproches—. Que sí, que la cagué, sí coño, pero ponte en mi lugar, yo pensé que... —Se quedó callada, tenía un frío que le quitaba el habla. Se instó a guardar la calma, no quería gritarlo, ambos estaban alterados, por lo que comprendió que debía mantener la compostura por los dos—. Pensé que lo tuyo con mi madre había sido de índole romántico...

—¿Qué? ¡No! —vociferó Clemente, tajante, viéndose ofendido.

—Pensé... pensé que tuviste con ella lo mismo que conmigo y de solo pensarlo yo... —Bel se quedó a medias por un par de segundos—. Yo no podía asimilar la idea de un mundo en donde tú la hubieses amado como a mí.

—No, Bel, no...

—Y esta mañana cuando me levanté, a pesar de que creía eso, ya había decidido hablar contigo y tenía esta sensación en el estómago de ansiedad, de alegría, porque iba a verte de nuevo. Esta mañana hice las paces conmigo misma, me dije que te amaba y que eso estaba bien, que todo lo demás carecía de sentido. Me di permiso de amarte. Luego hablé con ella y supe que estuve en un error todo este tiempo. —Hizo una pausa y lo miró con honestidad—. Claro que quiero escucharte, solo quería contarte esto primero.

El pecho de Clemente subió y bajó con rapidez. Sintió ese dolor cáustico que le invadía el alma revuelto con la culpa, esa que le taladraba el cuerpo, haciéndolo creer que no se merecía ni una gota del manantial de pureza que era Bel.

—Cálmate, cielo. —Se acercó hasta él para acariciarle el pecho—. Ya sé lo que te pasó en año nuevo por mi culpa —Clemente la miró asombrado—. Tu tía me lo dijo, así que respira.

—Siento que no te merezco, en serio... —dijo en un hilo de voz, cabizbajo—. Parezco un loco. Te grito todas esas cosas lleno de rabia, pero... la verdad es que te jodí la vida, tienes un trauma por mi culpa...

—Solo dime qué pasó entre ustedes.

—Estás helada. —Clemente la abrazó y Bel cerró los ojos dejándose embargar por el calor de su cuerpo, respirando aquel aroma que adoraba, mientras escuchaba la lluvia comenzar a caer—. Déjame encender la calefacción. Creo que me he acostumbrado al clima y ya no siento tanto frío.

—¿A cuántos grados estamos?

—Doce —dijo él, mirando el termómetro—. Ven.

Clemente la arropó con una manta y le hizo tomar asiento en el sofá de la casa. Depositó un beso en su frente, que consiguió despertar en Bel las ganas de besarlo y luego, tomó asiento frente a ella a menos de un metro de distancia. Suspiró con fuerza, no sabía por dónde empezar.

—Odio a tu mamá. —Fue lo primero que consiguió expresar haciendo una mueca.

—Bienvenido al club. —Bel se encogió de hombros—. Solo habla, cielo.

—No te va a gustar lo que voy a decirte.

—Lo sé, pero igual debes decírmelo. Puedo soportarlo.

Clemente comenzó su relato hablando sobre sus planes de la época, se había esforzado mucho por sacar la carrera de administración y finanzas, aprobando todas sus materias. Había conseguido plaza para estudiar economía en una importante universidad de la capital conocida por sus difíciles pruebas de admisión, así como una práctica en el extranjero por dos meses, en la empresa de un amigo de su padre. Después, aspiraba conseguir un trabajo en la administración pública, realizar varios posts grados, era ambicioso y tenía todo milimétricamente planeado. Le contó sobre su último semestre que estaba organizado para hacer sus prácticas laborales por las mañanas, clases por las noches y los fines de semana estaban destinados para terminar la tesis de grado, en compañía de su grupo de amigos. Todo iba bien, se sentía dichoso al casi poder saborear el éxito.

Le contó sobre cómo consiguió hacer dichas prácticas en una importante empresa, le habló de los primeros días en compañía de Ricardo, su jefe, del cual aprendió muchísimo. Entonces, hizo una pausa, ya Bel sabía lo que iba a contarle, así que lo animó a continuar. Le habló del romance que Deborah había tenido con su jefe, cosa que a ella le volvió a caer fatal, Clemente le contó detalles que Henry no, también le explicó lo sucedido en el estacionamiento, cuando su madre los escuchó hablando y que luego de que despidieran a Ricardo de la empresa, él pasó a su cargo como su interno.

—Henry era de otro departamento, así que me dijo que tendría que pagar por él también.

—Clemente, no debiste soportar todo aquello.

—Intenté cambiar de departamento, cuestión que me negaron... y, ¿sabes qué? —dijo suspirando—. En aquella época, yo tenía muy en mente eso de que los hombres de verdad se definen en la adversidad. —Hizo una mueca, negando con la cabeza—. Yo quería probar mi valía, solo que nunca me imaginé que estaba lidiando con una persona de tan malos sentimientos.

—¿Qué te hizo?

—Qué no me hizo, Bel... —dijo golpeándose los muslos con las palmas de las manos, poniéndose de pie—. Me hizo trabajar como un esclavo, cuestión que pude soportar, el problema fue que era demasiado... No tenía respiro. Además, constantemente era despectiva conmigo, usaba adjetivos descalificativos y cuando me quejaba, me decía que corriera a lloriquear a recursos humanos... Yo no le prestaba atención, seguía trabajando. En aquel tiempo, yo lo veía como un reto, poder más que ella.

»Hasta que en una reunión, todo cambió. A tu madre le pidieron unas predicciones de mercado que no tenía. Entonces, yo le acerqué una carpeta, las había hecho sin que me lo pidiera. Desde ahí, todo se puso raro, dejó de tratarme tan mal y empezaron las insinuaciones.

—¿Insinuaciones? Por supuesto, le gustaste. —Bel negó asqueada, siguiendo a Clemente con la mirada, que caminaba por la estancia.

—Pero ella a mí no, nunca y ahí fue cuando la situación se hizo difícil. Hice todo lo posible por pretender que no me daba cuenta de estas, pero eran cosas muy obvias, que de todo corazón no te quiero contar... No quiero, no me hagas contarte eso, por favor.

—No, yo tampoco quiero que me las cuentes, de hecho, dame la versión rápida de todo esto, por favor —dijo Bel que, a fin de cuentas, ya conocía muchos detalles por Henry.

—Yo solo pensaba que faltaba poco para terminar la pasantía y que podía seguir haciéndome el desentendido. Además de que no podía hacer nada al respecto. Nadie iba a creerme. Vamos, se

pone en tela de juicio cuando una mujer acusa a un jefe acosador, qué podría ocurrirme a mí que era el interno de una mujer tan respetada. En mi caso, era probable que incluso se burlasen de mí, porque una buena cantidad de hombres en esa empresa querían llevarse a tu madre a la cama... Si yo hubiese dicho algo, habría quedado como el idiota que no se aprovechó y tu madre lo habría negado todo, excusándose en que yo era un inútil que no tenía lo necesario para lidiar con una jefa exigente, como bien decía siempre.

Bel soltó una maldición, asqueada de todo.

—Luego, llegó mi cumpleaños, ese día le avisé que me ausentaría en mi hora de almuerzo, que bien, dicho sea de paso, era mi tiempo y estaba en mi derecho de gestionarlo como quisiera. Mi abuela que aún estaba viva, estaba hospitalizada por una neumonía que nadie supo cómo contrajo, así que mi madre me dijo que pasara por la clínica, ella quería cantarme cumpleaños. Tenía que ser en ese momento, porque al salir de la universidad por la noche, ya la hora de visita en la clínica había terminado. No llegué, la dejé plantada con el pastel y todo lo demás... Tú madre no me dejó ir, me salió diciendo que tenía que acompañarla a unas reuniones, que me acostumbrara, que los cumpleaños eran festejos inútiles, el problema fue que no era por mí, era por mi abuela con quien yo era muy apegado... Y desde ese momento, no pude evitar comenzar a tratar mal a tu madre.

»O sea, yo seguía trabajando para ella, pero la amabilidad se me agotó, la tolerancia también, lo que creó un ambiente muy tenso entre nosotros... Los últimos días de noviembre pasaron, solo me faltaban dos días en la empresa, me las arreglé para que, a pesar del tren de trabajo, no me quedaran materias ese semestre, no bajé las notas, todo iba de acuerdo con el plan. Ella tenía que entregarme mi evaluación el viernes, era mi último día en la empresa y yo estaba dichoso, al fin la pesadilla había terminado.

»El problema fue que ella no la había llenado, me dijo que la fuese a buscar el lunes. Eso me molestó muchísimo, le había entregado ese maldito sobre un mes antes. El lunes en la tarde, tenía mi defensa de tesis, sin embargo, no quise decir nada pues sabía que ella con su veneno, iba a echar las cosas a perder... Asentí y me despedí de todos en la oficina, recogí mis cosas y salí feliz de ahí. Pasé el fin de semana estudiando, preparando todo para mi presentación. Bel... todo iba bien... Mi error fue ser impaciente, fui a la empresa el lunes en la mañana a buscar la evaluación porque me estresaba tener eso pendiente.

—¿Y entonces? —dijo ella, infundiéndole ánimo ya que lo veía a punto de resquebrajarse—. Solo dilo.

—La secretaria me dijo que tu madre estaba enferma, que no había ido a trabajar, sin embargo, le indicó que me dijera que podía pasar a buscar la evaluación a su casa... ¿Y sabes que me da rabia? Haber sido tan ingenuo.

—Eras joven...

—Era pendejo, Bel. Creía que lo tenía todo precisado, que era yo contra el mundo y contra todo... Era prepotente, ególatra, testarudo... Miro atrás y me doy cuenta de que no me gusta como era antes. Me faltaba humildad. —Clemente hizo una mueca de arrepentimiento—. Yo no era bueno, Bel —negó con la cabeza—, no lo era. Era egoísta, primero yo, segundo yo...

—Pero eso no implica que te merecieras algo de lo que te pasó... —Arrugó la cara—. Ya... No quiero que me cuentes más nada —dijo ella levantándose del sofá, sabía lo que seguía en la historia y le daba vergüenza volver a escucharlo. Miró por la ventana la lluvia caer, que corría como un río hacia abajo, por la empinada colina sobre la que estaba la casa.

—Lo que pasó ya lo sabes... Pero lo que no sabes es como me sentí. No sabes lo agradecido que estuve de tu intromisión, es la verdad —expresó con los ojos húmedos—. Una desgracia para

ti y una salvación para mí. Tu madre insistió, me dijo que le había sacado copia a la evaluación, que una la había llenado haciéndome ver como un mediocre y otra como un excelente pasante. Cuál obtendría, dependía de mí. Tu madre, disfrutó hacerme sufrir... Supo cómo jugar con mi mente, insinuándome que yo era poquita cosa, que no tenía lo necesario para actuar como un hombre de verdad.... ¿Qué ganó con eso? No lo sé, creo que simplemente le excitó dominarme. Fue un polvo de odio, de rabia, de no sé. Una parte de mí quería humillarla también, no sé... —Negó con la cabeza—. Luego de lo ocurrido, comprendí que de seguro tu madre tuvo algo que ver con el despido de Ricardo, en venganza por dejarla... ¿Qué me podía esperar a mí un simple interno? —Bel se llevó la mano al rostro, sintiéndose aún más avergonzada por los actos de su madre—. En fin, solo sé que cuando me fui de tu casa, me sentía asqueroso y muy mal, verte me hizo sentir horrible.

—¿Qué? ¿Tú me viste? —Bel giró para encararlo, con el labio tembloroso por las ganas de llorar.

—Tú gritaste. —Bel lo miró confundida, no recordaba haber hecho eso—. No pude verte bien, tu madre salió detrás de ti y se escucharon gritos, sollozos. Luego cuando ella me empujaba para que me fuera, te vi. La puerta del baño estaba abierta, estabas arrodillada, con el uniforme de falda a cuadros, las piernas pálidas y el suéter color vino. No te vi la cara, tu cabello largo la tapaba, pero sí te escuché llorar y vomitar. Esa imagen se me quedó grabada por mucho tiempo... Perdóname, Bel, perdóname por haberte hecho tanto daño, te juro que no fue mi intención —explicó acercándose a ella quien bajó el rostro apesadumbrada...

—Perdóname tú, por no escucharte —dijo, rompiendo en llanto.

—No, no estás entendiendo nada... Aquí el imbécil soy yo. —Bel lo miró confundida—. Por años te recordé, pero ni una sola vez me paré a pensar en lo que significó para ti ver aquello, siempre pensaba en la escena desde mi perspectiva, desde la vergüenza que me supuso que alguien me viera con esa mujer... Nunca paré a pensar en lo que significaba para ti, ver a tu mamá de esa forma... Y, aun así, vienes aquí a hablar conmigo y te grito reclamándote cosas, porque soy un egoísta de mierda. Yo no tengo nada que perdonarte, nada, no tienes la culpa de nada.

—Pero es que no puedes culparte así por haber cedido a las pretensiones de mi mamá...

—Fui yo el que vio como salida fácil darle a tu madre lo que quería. Un polvo más. Esa es la verdad, Bel, además, no era la primera mujer casada con la que tenía sexo. —Bel sollozó con más fuerza cuando escuchó eso—. Y aunque a partir de ese día no lo hice más, la verdad es que me tomó tiempo madurar, entender tantas cosas... Esa tarde no pude exponer nada, mi cerebro estaba descompuesto, no aprobé mi tesis... No me pude graduar con mis amigos, perdí oportunidades. Me deprimí y fue fácil hacer lo que ya acostumbraba, con las mujeres mayores todo era sencillo...

—Ambos cometimos errores. Ya. Tú en el pasado, yo en el presente. Es verdad, debí escucharte, en eso tienes razón, porque tú en un pasado pudiste ser de mil maneras, pero conmigo nunca fuiste así. Nunca. Si algo he aprendido en estos meses de terapia, es que tenemos derecho a cambiar. —Hizo una pausa mirándolo—. Tú me dijiste que odiabas hablar sobre tu época trabajando en tu carrera y nunca te pregunté el motivo. Siempre decías que no querías hablar de eso y pensé que hacía bien dándote espacio, pero cuando discutimos en mi casa, debí escucharte. Cuando fui a tu apartamento, debí escucharte.

Clemente suspiró audiblemente e hizo una mueca, quería hablar, le costaba concretar ideas.

—Pero, Bel... Igual te jodí la vida, te mereces algo mejor que yo. ¿No lo entiendes?

—Cielo, ¿de qué hablas? Primero me gritas diciéndome que soy una desalmada que te lastimó, que no te dejé explicarte y ahora me sales con que no me mereces. Te recuerdo que, en esta relación, la que tiene problemas emocionales soy yo, a ti te toca ser el cuerdo y congruente.

—Te hablé así porque no sabía que pensabas eso... de que yo había tenido un romance con tu mamá... Ahora entiendo que pensaste eso, por lo que te dijo Sarah, de que yo salía con mujeres mayores... Por supuesto que no querías ni verme. —Bajó los hombros derrotado—. Razones para excusarte tienes varias... En cambio, yo no, lo primero en lo que pensé fue en mentirte... —Clemente la miró desconsolado—. Ni siquiera comprendo qué coño haces aquí. Tú deberías estar olvidándome, saliendo con un tipo decente.

—Tú eres un tipo decente y yo no quiero estar con nadie más. ¿Me puedes imaginar con otro? —Clemente negó con la cabeza, muy serio—. Ninguno de los dos es perfecto. ¿Y sabes qué? Lo siento, pero tú te jodes. Te jodes conmigo, tengo... Puta madre, tengo meses intentando no pensarte. ¿Crees que es fácil tener sueño e irte a la cama y no poder dormir?

—Ah Claro, es que yo no sé qué es eso, seguramente, yo no pase por lo mismo —respondió irónico—. Me quedé seco, triste como el peor de los desgraciados, con el sueño en vilo y sin poder descansar porque tu cuerpo no encajaba contra el mío en las noches.

—¿Ves? Me estás dando la razón. Me pase días y días durmiendo mal, teniendo unos sueños húmedos contigo que te juro que las pornos se quedaron cortas —dijo histriónica—. Sintiéndome terrible conmigo misma por no poder olvidarte, porque mis ojos se abrían en la mañana y tú cara se me aparecía ahí como iluminada, como una estampita de la virgen. ¡Hey, eso no es normal! Se suponía que te tenía que odiar y lo hacía, pero con todo el amor del mundo, ¿Cómo odias amando?

—Pues yo también te amé, te amé tanto que te odié. Te odié por no escucharme, por echarme a un lado.

—Está bien, estabas en tu derecho, estaría bien jodido que te dijera lo contrario, pero ya. Sacudamos eso, porque yo no voy a dejar que tu expiación de culpa te aparte de mí, porque escúchame bien, Clemente, tú eres mío. Yo te atrapé. Que tú llegaste con tu onda de hombre seductor y crees que me conquistaste, pero no, fui yo quien te enamoró. Que tú pudiste lograr que me gustaras, ganarme con todas tus atenciones, pero fui yo quien te enseñó a querer, fui yo quien te dio intimidad y eso, no lo puedes borrar. Maldita sea que no.

—Bel... —Clemente dudó por un momento, ante esa vorágine de cosas que ella le decía, parecía diferente, como si no la conociera—. Nunca me habías hablado así...

—Porque, estoy harta, harta de no tenerte. En estos meses todo ha sido raro, la terapia, yo pensando todo mil veces. Cambié, en tu ausencia evolucioné, pero sigo siendo el amor de tu vida, no lo dudes.

—Porque me enseñaste a amar, es que me dolió tanto cuando me dejaste, no fue justo. No puedes dármelo todo y dejarme así... desvalido por tu ausencia.

Clemente arrugó la boca y un par de lágrimas le corrieron por las mejillas.

—Lo sé, ese fue mi error, uno que no pienso cometer de nuevo. —Bel se acercó secándole las lágrimas con los dedos.

—No te odie, mentí, solo te amé dolorosamente —admitió sollozando—. Lo siento, no debí pensar en mentirte.

Sí algo comprendió Bel, en la ausencia de Clemente, fue que el roce era algo fundamental para la vida. El acto amoroso de juntar piel con piel era necesario, sin ello, carecía de sentido o propósito. Por eso no dudó en dar un paso adelante y lo jaló por el cuello, atrayéndolo con premura hacia sus labios para sellar aquel encuentro como un trato, uno en donde decidieron nunca más estar separados, con un beso apasionado. Clemente la besó consonante, mordiéndole los labios para que no pudiera escapar de la lujuria que le corría por las venas. Ella lo asíó, jalándole el cabello, besándolo con ansias. Luego se separó de él un segundo, lo escrutó con atención, como si viese sus facciones por primera vez y le dijo que lo amaba de una manera

intensa, contundente, para después exigirle más. Quería más besos, más caricias, todo el roce de su cuerpo.

—Bel... te amo, perdóname, mi amor, perdóname... —pidió él, que cortó aquel beso de tónica salvaje a escasos centímetros de sus labios, juntando la frente con la suya—. ¿Estás segura de poder amarme a pesar de todo? Yo te juro que te adoro.

—Estoy segura —respondió seria, volviendo a juntar los labios con los suyos, callándolo a mordidas.

Se abrazaron ansiosos. Bel le abrió los pantalones y lo manoseó, metiendo la mano entre sus calzoncillos, encontrándolo húmedo, caliente y duro. Clemente jadeó sobre la boca de Bel al percibirla tan demandante, la tomó por la mandíbula besándola con fuerza, imprimiéndole en los labios todos los besos que no pudo darle en todo ese tiempo. Estaba alterado, se sentía como enredado entre las pretensiones de esa mujer que era la fuente de sus tormentos, pero también de cada una de sus pasiones. Advirtió que la piel le ardía en donde lo acariciaba, solo ella conseguía hacerlo sentir así, como si todo fuese un rompecabezas que encajaba solo cuando Bel lo ordenaba, cuando lo tocaba.

La levantó en peso, cruzó la sala, llevándola hasta la cama de su habitación. La depositó con delicadeza, le abrió los pantalones arrancándoselos en un movimiento certero en compañía de la ropa interior y las botas. Le abrió las piernas, mesmerizado por esos muslos níveos, lechosos, cuya visión se reprodujo en cada uno de sus pensamientos cuando estuvo sin ella, sabía que estar entre ellos era la máxima expresión de plenitud para él. Se adentró entre aquellas carnosas paredes de perdición, mientras se bajaba los pantalones lo suficiente para poder sacar su miembro endurecido.

Estaba desesperado, le dolía cada segundo en el que no la tenía. Solo quería fundirse con ella, sentirla toda, aun así, logró hacer acopio de la poca calma que poseía y la penetró de forma suave, tal como ella le rogó, haciéndola jadear cuando llegó hasta el fondo. Bel estaba empapada y las contracciones de su precioso coño lo arrebujaaron de una manera que tuvo que cerrar los ojos y concentrarse en no correrse. Pudo haberlo hecho con un solo movimiento, porque el éxtasis no provenía de la fricción de partes erógenas, el placer venía de un lugar más sublime. Procedía de la necesidad de hacerse uno con la mujer que amaba más que a nada, uniéndose a Bel en una dulce promesa de nunca separarse de nuevo, porque el amor que sentían el uno por el otro era inmensurable, pero por sobre todas las cosas, era genuino e irremplazable.

Se arrancaron las prendas de ropa restante en movimientos sincronizados y apremiantes, rasguñándose, mordiéndose en el proceso. Ella lo abrazó con brazos, manos, muslos, pantorrillas y pies. No había división entre sus cuerpos, el acople se presentó como siempre, perfecto, no había otra forma para ellos. Él se movió en su interior, cambiando el ritmo, penetrándola de golpe, como solía hacer cuando estaba muy excitado, de manera fuerte, rígida. Bel comenzó a llorar casi de inmediato, no supo si por la excitación, por la culpa de haberle hecho daño, por la felicidad de tenerlo de vuelta o porque su cuerpo no sabía cómo procesar tantas emociones por lo que solo consiguió darle llanto. Pero ahí estaban esas lágrimas que brotaban de sus ojos entre jadeos, porque ninguno de los dos dejó de amarse, queriendo que ese momento idílico se eternizara.

Sentirlo encima y adentro, era para Bel lo correcto. Cuando estaban así, se le olvidaba todo, las dudas, el sufrimiento y toda la tristeza que se ocasionaron todos esos meses. Sentía que necesitaba implicarse con cada parte del cuerpo de Clemente, lo lamió saboreando el sabor de su piel salada, olía a sudor seco y algo en todo eso le fascinó. Le ordenó echarse a un lado, quería estar encima. Se sentó sobre él a ahorcajadas, montándolo al ritmo que quiso, con movimientos sinuosos y contracciones pronunciadas. Entrelazó los dedos de ambas manos con los suyos,

apoyándolos sobre el colchón, imposibilitándole el movimiento.

Se dedicó a besarlo, a lamerlo entre jadeos y a sentir el roce delicioso de la piel de él contra la suya. El contacto la enloquecía, la excitaba toda la textura del cuerpo masculino: el vello del pecho, el abdomen duro, las piernas tensas, los dedos apretando los suyos, pero, sobre todo, le encantaba el sexo duro en su interior colmándola como solo él podía. Los movimientos frenéticos de ambos se acompasaron en una danza, en donde ella se estimuló haciendo círculos contra el hueso púbico de Clemente que, al notarla tan impaciente, se deshizo de su agarre para acariciarle el clítoris con el pulgar. Bel no tardó en correrse con un poderoso orgasmo, que lo empujó a él hacia el suyo, al percibir cómo ella lo apretaba contrayéndose insistente a su alrededor. Se derramó a borbotones en su interior, enterrando la cara en su cuello, oliendo su cabello.

Segundos después, aun jadeantes, se miraron sabiendo que no había mejor sensación, que la de estar finalmente juntos.

CAPÍTULO 35

Un resuello la hizo abrir los ojos, Clemente, estaba roncando junto a su oído. Bel se removió entre las sabanas, estirándose, logrando que él, en el proceso, se moviera soltándola, acostándose sobre su espalda. Tras darse un baño con agua caliente, entre dulces besos, él la vistió con una de sus camisas de pijama para el frío, porque el camisón de unicornios que ella empacó era de tela tan fina, que no habría hecho nada por darle calor. Le puso dos pares de calcetines y la metió a la cama, se abrazó a su espalda mimándola, hasta que ambos cayeron en un profundo sueño. Al fin, después de tantos meses, conseguirían dormir en paz.

Bel estudió el perfil de Clemente, que se notaba un poco distinto sin tanto vello facial, estaba tan agotado por el día en los sembradíos, la discusión con ella y el sexo, que no pudo evitar roncar. Gracias al cambio de posición, dejó de hacer ruido, por lo que ella aprovechó para apoyar la cabeza en su pecho, sobre la tela suave de la camiseta, aspirando el aroma que emanaba de ese cuerpo tibio que la acompañaba en la cama, e instintivamente, cerró los ojos dichosa porque al fin estaba en casa.

Cuando volvió a abrir los ojos, la luz de la mañana se colaba por la ventana. Estaba sola en la cama y un delicioso aroma provenía de la cocina. El estómago le rugió en señal de protesta, por lo que se apresuró a lavarse los dientes para ir a satisfacer la apremiante hambre que la mortificaba, tanto de alimentos, como de ganas de manosear a cierto hombre.

—¿Por qué estás despierta? Te iba a llevar el desayuno a la cama.

Bel se acercó y lo abrazó desde atrás, restregando su rostro contra su espalda, aspirando con fuerza.

—Hueles tan rico. Me hacía falta olerte.

—Dame un beso —pidió Clemente girando hacia ella.

Bel posó ambas manos en sus mejillas y le dio un par de besitos suaves y al terminar frotó su nariz con la suya.

—Aliméntame, por favor, necesito mucha energía, hoy es un día importante.

—Sí, lo sé.

—Hoy haremos maratón de sexo y comida, hasta que desfallezcamos.

—¿Qué? —preguntó Clemente riendo—, creo que no estamos pensando en lo mismo.

—Cielo te voy a dar durísimo... prepárate. —Bel subió y bajó las cejas para provocar que Clemente riera, excepto que el gesto en realidad lo hizo sonrojarse—. ¡Ay, te pusiste rojo!

Bel lo fastidió, punzándolo con la punta de sus dedos índices en las costillas y él no pudo evitar reírse, estaba demasiado feliz de tenerla al fin de vuelta. Se giró hacia ella y la levantó, dándole una nalgada para después depositarla en la silla junto a la barra de la cocina.

—Por favor, compórtate cinco minutos mientras te sirvo el desayuno.

Se había esforzado mucho, había buscado una receta de panquecas en internet y se las había ingeniado para obtener una tanda decente. Hizo una torrecita y las sirvió en compañía de huevos revueltos y tocino crujiente. Todo el desayuno americano, cuyos ingredientes salió temprano a comprar mientras ella dormía. Enterró una velita en medio de las panquecas y la encendió dándole la espalda.

—Feliz cumpleaños, mi amor —dijo, cuando puso el plato frente a ella.

Bel abrió la boca de par en par, no esperaba aquello, ni siquiera que él recordara su cumpleaños. Se sintió emocionada y suspiró muy enamorada.

—Gracias.

Bel sopló la vela y cerró los ojos cuando notó como él le rodeaba la cintura desde atrás. Clemente le apoyó el pecho sobre la espalda, para después hundir la nariz en su cuello, besándola con el propósito de provocarla. Ella jadeó al sentir los labios masculinos recorriéndole despacio la piel y se relamió los suyos excitada, dejándose llevar, hasta que una nalgada la sacó de su ensoñación.

—Desayuna, que necesitas energías para que me manosees y me des durísimo como prometiste.

—Malvado.

—Te debo el regalo.

—No, tú eres mi regalo, ya tengo todo lo que quiero —enfaticó dándole un beso, repitiendo aquellas palabras que él le dijo el noviembre pasado.

Tras comer, él lavó los platos, mientras ella, graciosa, no paraba de toquetearlo de forma impúdica, haciendo que Clemente no pudiera evitar reírse. Todo habría alcanzado niveles de desfachatez sexual, si no fuese porque justo en ese momento, el teléfono de Bel sonó en su bolso.

—Anda contesta, amor, seguro tu familia quiere felicitarte.

Clemente estaba en lo cierto, era su padre el que la estaba llamando para desearle un feliz cumpleaños y, además, preguntarle si regresaría a la ciudad o debía avisar a sus tías para que no prepararan nada para agasajarla. Bel contestó sin pensárselo, no volvería a la ciudad esa noche, lo haría el día siguiente por la mañana para ir a trabajar por la tarde. Fernando no preguntó nada, se limitó a felicitar a su pequeña, porque se le hizo obvio por su tono de voz, y por su estadía prolongada fuera de la ciudad, que había arreglado las diferencias que tenía con Clemente. La escuchó tan feliz, que no le quedó más remedio que aceptar la reconciliación.

—Te comunico que vamos a almorzar a casa de mi tía, pero a eso de las dos de la tarde, para que te alistes con tiempo.

—Y entonces, ¿cuándo te voy a manosear?

—Tienes el resto de la vida para hacerlo. —La abrazó con fuerza—. ¿O es que piensas dejarme?

—No, pero yo te quería manosear ahorita —respondió haciendo un puchero.

—Aún te quedan un par de horas —dijo mirando el reloj, sonriente.



El Clemente que entró a la hacienda, no era ni por asomo el que la había dejado el día anterior. El de esa tarde, estaba feliz e incluso iba arreglado, cosa que fue percibida de inmediato por su tía, quien no dudó en llamar a su hermana para contarle las buenas nuevas. Mientras la belleza de Bel permaneció imperturbable durante, los casi seis meses de separación, él en cambio, tuvo un ataque de locura, en donde se cortó el cabello, se afeitó la barba, perdió peso y andaba por la hacienda viéndose como un andrajoso.

Ese día, en contraste, vestía jeans limpios, una camiseta y una chaqueta bonita. Llevaba lentes de sol, un gorro gris, e inclusive, el reloj que Bel le había regalo en su cumpleaños, ese que hizo girar entre los dedos con melancolía, tantas noches sin poder dormir. Todo parecía indicar, que le había vuelto el sentido de la orientación para combinar prendas de ropa de forma exitosa. Si bien,

era un tipo muy básico, de colores sobrios, en las últimas semanas siempre parecía ir con ropa manchada, salida de la basura. Se excusaba diciendo que era porque estaba trabajando, pero los fines de semana, la realidad no cambiaba demasiado.

La tía Constanza, al teléfono, también describió a Bel, que llevaba el cabello suelto, algo no tan usual en ella. Le había crecido bastante, un detalle que tenía fascinado a Clemente. Le encantaba tenerla encima y sentir como la cabellera suave se desparramaba por su pecho, acariciándolo con el sutil aroma que desprendía.

Decidió dejar el chisme que reportaba desde la cocina, viendo a los susodichos por el resquicio de la puerta y salir a saludar a su sobrino, quien la besó afectuoso. Le avisó que su madre le enviaba la bendición y los invitó a pasar a la cocina con ella, pronto almorzarían. Los primos de Clemente llegaron haciendo escándalo, venían del pueblo y traían consigo vino y un gran pastel para Bel.

—Mira preciosa, tiene almendras fileteadas.

—¿No te gustan las almendras? —preguntó el primo de Clemente, preocupado de no haber escogido bien.

—Me encantan. Amo las almendras fileteadas.

—Sí, sí, son sus favoritas —aseguró Clemente sonriéndose ladino, mientras veía a su novia sonrojarse.

—Te estás pasando —susurró a su oído apenas estuvieron solos.

—Te encanta que te de almendras fileteadas. —Rio con picardía, manoseándole el trasero impudicamente.

Todos en la casa, fueron testigo de lo bien que le hacía la presencia de Bel a Clemente. Lucía enérgico, feliz y le había vuelto el buen semblante tras pasar una sola noche a su lado. Sus primos, por más que trataron de levantarle el ánimo en las últimas semanas, no consiguieron una mejoría significativa, mientras que ella apareció con simpleza, como el sol por la mañana, revitalizándolo.

La familia celebró el cumpleaños de Bel como si se tratase de un miembro más y a ella todo aquello se le hizo precioso. Volvió a percibir ese calor de hogar que no sentía desde que su abuela vivía y pensó que, de haber estado en compañía de su padre, todo habría sido más perfecto. Comió pastel, conversando de forma animada con una de las nietas de la señora Constanza, que estaba muy entusiasmada intentando trenzarle el cabello.

A eso de las cuatro y media de la tarde, Clemente invitó a la cumpleañera a tomar un paseo. Quería mostrarle un poco los alrededores de la hacienda, específicamente, un viejo sauce a cuya sombra le gustaba descansar. Le pidió que se sentara en sus piernas y condujo así, mostrándole las hectáreas de hortalizas y los diferentes tipos de cultivos. Le señaló lugares en donde solía jugar con sus primos de pequeño y le contó diversas anécdotas familiares, pero Bel detallaba más en la manera en que él describía todo, que en los puntos que le señalaba. No podía parar de mirarlo. Le parecía mentira que estuviesen juntos de nuevo. Sin más, se abrazó con fuerza a su novio que le señalaba unos bonitos arboles de flores rojas.

—¿Qué pasa, preciosa? —preguntó al notar que su novia no estaba bien.

—Fui muy testaruda, si te hubiese escuchado antes.

—Amor... ¿Quién sabría qué hacer en una situación así? No le des más vueltas. —Bel asintió y lo abrazó de nuevo—. Mejor no hablemos de eso, no es que quiera negar lo que pasó, es que no tengo ganas ahora.

—Yo tampoco, es más —se incorporó mirándolo—, no tenemos que hablarlo en lo absoluto, ¿qué me decías?

—No importa, mira, ya llegamos a lo que te quiero mostrar.

Clemente sacó un par de mantas de la camioneta y tomando a Bel de la mano, la condujo hacia ese lugar especial para él. A los pocos metros, se divisaba la bonita laguna de la hacienda, era poco profunda y estaba circundada por un prado verde con hermosos árboles de distintos tamaños. Él abrió una de las mantas bajo las frondosas ramas del árbol, se sacó los zapatos y se acostó indicándole que hiciera lo mismo.

Bel reposó la espalda sobre el pecho de Clemente que la abrazó con cariño desde atrás, para después arroparla con la otra manta. Se sentía mesmerizada por todo aquello, el cielo estaba despejado, el sol brillaba calentando el ambiente con una agradable temperatura de unos dieciséis grados. El bonito ruido ambiental los envolvía, logrando que la visión de la superficie apacible del agua de la laguna, le proveyeran una sensación de sosiego y bienestar.

Él le acarició el cabello en lentas pasadas, que la relajaron al punto de sentir un ligero adormecimiento del cual salió, cuando notó el aliento caliente de Clemente en el cuello, seguido de su lengua húmeda recorriéndole la piel. Se removió inquieta, mientras una deliciosa descarga eléctrica le recorría el cuerpo, haciéndola estirar las piernas y doblar los pies.

—Bel, ¿cómo eran esos sueños que tenías conmigo? Dijiste que las pornos se quedaron cortas, cuéntame uno.

—No —rio avergonzada—, eso es personal.

—Anda, cuéntame uno, por favor —agregó, besándole el cuello.

—Te vas a burlar.

—No, te prometo que no, solo cuéntame que me da mucha curiosidad.

—Está bien, ¡te voy a contar el último! Estábamos en tu apartamento y yo... —Se quedó a medias, cuando recordó aquella visión.

—¿Tú qué?

—Yo estaba desnuda... sentada en la mesa del comedor.

—Interesante, continúa —dijo él, levantándose para dar la vuelta y acostarse sobre Bel.

—No, si me estas mirando no puedo hablar, me da mucha pena.

—Está bien, mira, no te miro. —Enterró la cara entre sus pechos, abriéndole el abrigo, comenzando a desabotonarle la camisa.

—Bueno, en qué iba.

Bel cerró los ojos al sentir el primer contacto de la barba sobre sus pechos y se mordió los labios dejando de hablar.

—Continúa, quiero saber.

Clemente miró fascinado la preciosa visión de esas montañas carnosas y succulentas, maravillado de que el cuerno que le había regalado, pendía cayendo justo entre los pechos.

—Entonces yo estaba comiendo galletas de chispas de chocolate y tú estabas en la cocina mirándome.

Bel se volvió a morder los labios, haciendo una nueva pausa, cuando notó cómo Clemente le bajaba las copas del brasier con los dedos.

—Me encantan tus pechos, son divinos. —Se metió uno a la boca, mirándola con semblante licencioso, luego succionó el pezón que ya estaba en punta y cerró los ojos haciendo un gesto que demostraba el auténtico placer que sentía—. Sigue hablando, amor —pidió antes de cambiar de pecho, haciéndola jadear.

—Yo abría las piernas y colocaba una galleta entre ellas... ¡Ay, joder!

Bel gimió ante los ligeros mordiscos que él le propinaba en los pezones sensibles, consiguiendo que su excitación aumentara.

—Así, cielo, no pares, sigue.

—Solo si me dices el resto del sueño. —Clemente le abrió los demás botones de la camisa y le besó el abdomen, hizo círculos alrededor del ombligo, encantado de poder saborear aquella piel nívea cuyo aroma lo volvía loco—. ¡Dios! ¡Cómo había extrañado hacer esto! Poder besarte y manosearte a mi antojo.

—La galleta... la galleta la tenía entre las piernas...

Bel respiró profundo, le faltaba el aire. El ritmo cardíaco le iba en aumento, al notar como él le abría los pantalones y pasaba la lengua de forma pausada por su vientre bajo, estremeciéndola.

—Continúa, amor.

Clemente tomó el borde de la ropa interior color azul claro, para deslizarla hacia abajo y acariciar su pubis, con su mejilla barbada. Disfrutó de escuchar los preciosos jadeos que se desprendían de aquellos labios rosas entreabiertos. Le gustaba enrojecer aquella piel de alabastro y tentarla de a poco, hasta hacerla perder el control.

—Anda, dime, ¿qué pasó con la galleta?

—Tú te acercabas y yo te preguntaba si... —Bel negó con la cabeza entre risas—. Te preguntaba... ¿quieres comerte mi galleta? —Clemente alzó el rostro, dedicándole una mirada lasciva que la excitó y la hizo continuar con el relato—, entonces tú te agachaste y... me comiste, me lamiste toda.

Él apoyó el codo en la manta y colocó la mejilla contra su mano, para mirarla ladino, con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Me gusta la Bel de tus sueños.

Ella se tapó el rostro sonrojado, muerta de la vergüenza y él aprovechó de erguirse para quitarle los pantalones.

—Cielo, ¿qué haces?

—Lo que me pediste, me voy a comer tu galleta.

—Nos puede ver alguien.

—No, por aquí no, relájate.

Clemente la desvistió de cintura para abajo con la habilidad que lo caracterizaba. Arrastró las manos tibias por sus piernas, abriéndolas y rozó la parte interior de los muslos, raspándolos con su barba hirsuta. Bel arqueó la espalda en reflejo, al placer que aquella caricia le ocasionó, gimiendo ante el contacto brusco, diferente al que estaba acostumbrada a cuando el vello largo la estimulaba, ese en cambio, le raspó la piel haciéndola gritar deseosa por más. Con impaciencia, jaló el gorro gris y enterró los dedos en su cabello para atraerlo hacia sí, apresurándolo ante el anhelo de sentirlo justo ahí, donde tanto lo necesitaba. Él, gustoso se mojó los labios y la lamió de arriba abajo como a ella le gustaba, recogiendo toda la liquidez de su coño, la cual paladeó como un auténtico manjar exquisito.

—Cómo te extrañé, galletita —dijo haciéndola reír—. Me encanta tu coño, me encanta la cara que pones cuando me lo como.

Clemente le acarició los muslos, logrando que los abriera más. Le besó los labios, lamiéndolos con auténtico ensimismamiento, dedicándose a mordisquearla despacio, mirando cómo cerraba los ojos, escuchó su respiración agitada. Succionó su clítoris con fuerza, solo para oírla gritar de golpe y después penetrarla con los dedos, que movió sinuosos en su interior para provocarla. Le encantaba hacerla gozar de esa forma, observar sus miradas desenfocadas, las mejillas rubicundas, como el pecho le subía y bajaba alterado y escuchar cómo pedía más entre gimoteos.

Luego pasó las manos en lentos roces por las caderas, apretando el succulento trasero. Le alzó

la pelvis para devorarla mejor, llevándosela a la boca con brusquedad, disfrutando de acariciar los pliegues húmedos y de hacer un movimiento oscilatorio con la lengua sobre la piel sensible, para después hundirla en ese resquicio caliente. Bel, excitadísima, balanceó las caderas contra él, raspándose el coño con la barbilla de Clemente, al que se le tensaba el miembro en los pantalones, desesperado, solo quería clavárselo muy duro. Ella abrió los ojos para encontrarse con los de él, velados por el deseo, lucía salvaje, animal.

Clemente la dejó caer con suavidad sobre la manta y sus dedos volvieron a resbalar adentro y afuera de su sexo dilatado, mientras seguía succionándole el clítoris. La combinación de estímulos no tardó en hacer efecto, porque verlo entre sus muslos le provocaba un tipo de lujuria que la hacía correrse, gritando con desaforo.

A Clemente, le encantó verle el rostro trasfigurado, contorsionado por el deleite del orgasmo. Ascendió, lamiendo la curva su cadera, succionándole la ingle, haciéndola gritar una vez más. Besó zigzagueante el abdomen hasta llegar a sus pechos primorosos, los juntó con las manos y enterró la nariz entre ellos. Se llevó cada uno a la boca, otorgándole lamidas particulares: a uno con la punta de la lengua, al otro recorriéndolo con toda la extensión de aquel musculo, en rápidas pasadas. Al izquierdo lo mordisqueó, mientras que al derecho lo succionó alternando con ligeros soplidos de aire tibio, que secaban la saliva espesa con la que lo mojaba. Quería hacer sentir a cada uno especial, único, como Bel, que respiraba con dificultad excitada.

—Métemelo en la boca, por favor.

Clemente que estaba por completo concentrado, abrió los ojos sorprendido ante aquella declaración. No se hizo de rogar, se levantó con rapidez abriéndose los pantalones y se tocó recorriendo toda la longitud de su pene erecto, dándose alivio, ya que estaba muy excitado. De rodillas frente a Bel, que se irguió en sus codos, se lo metió en la boca tal como pidió, palpitando contra su lengua, soltó un gemido ronco, cuando ella cerró los labios alrededor de su glande hinchado.

Bel lo acarició, masturbándolo con una mano y succionando con delicadeza, alternaba la intensidad de sus lamidas. Le gustaba mirarlo con semblante libidinoso con el único propósito de incitarlo. Adoraba sentir el sabor de Clemente y paladearlo en su boca. Mordisqueó el glande con premura, para después recorrer con la lengua cargada de saliva, toda la extensión de su miembro.

—Esa carita que me pones... Dime que te gusta tenerme en tu boca.

—Me fascina —respondió Bel con prisa para reponer sus acciones.

—¿Sabes qué? —dijo echándose hacia atrás, para luego tumbarse sobre ella—, ¿sabes qué le hace falta a tu galletita? —preguntó jalándole el cabello para descubrirle el cuello y lamérselo en una rápida pasada, haciéndola gritar.

Bel negó con la cabeza, inocente, sabiendo que fuese lo que fuese que él dijera, aceptaría gustosa.

—Date la vuelta —ordenó demandante, dándole espacio.

Clemente se acomodó sobre ella, encajando el pecho sobre la espalda femenina y la pelvis sobre el carnoso y precioso trasero, hasta deslizar su erección entre sus pliegues, para penetrarla de a poco mientras le decía con voz ronca al oído:

—Le hace falta leche.

Bel, gimió al notar cómo su novio la colmaba, dándole movimientos de pelvis violentos y salvajes, desbordando carnalidad sin límites. Lo escuchó jadear descontrolado junto a su oído, así que cerró los ojos disfrutando de notarlo así de excitado en su interior. Cuando las lágrimas aparecieron cortándole la respiración, le pidió que no parara. No quería que se detuviera, quería seguir sintiéndolo así, mientras la penetraba rudamente para su placer y no el de ella.

Clemente se dejó llevar, porque tenía demasiado tiempo deseando tomarla duro, tosco, sin miramientos, escuchándola resoplar jadeante ante la excitación que la embargaba. Bel se le enterraba en los sentidos, en lo más profundo de su ser, la amaba demasiado.

—Adoro cómo se siente tu coño alrededor de mí, cómo late, cómo te aprietas, eres perfecta.

—Más... —rogó Bel que comenzaba a ver borroso.

Clemente gruñó apretando los dientes y aceleró sus movimientos, pronunciando el sonido de golpeteo que se producía cuando su pelvis chocaba con el trasero de su novia.

—Me... me vengo, me vengo —gritó Bel, notando cómo sus fibras se estremecían.

Clemente, disfrutó de las contracciones reiteradas de su coño, a intervalos vertiginosos, que lo hicieron perder el control, embebido por completo en la humedad, en el calor que desprendía esa fuente de perdición. No tardó en alcanzar el orgasmo, dejándose caer exhausto encima de ella. Todo había ocurrido muy rápido, estaban demasiado deseosos de tenerse.

Los minutos trascurrieron, mientras ambos abrazados, disfrutaban del profuso arrobo producto del clímax delicioso que experimentaron.

—Bel, tuviste un orgasmo sin tocarte —dijo Clemente cuando consiguió salir del letargo—. ¿Qué tal se sintió?

Ella que descansaba la cabeza sobre su pecho, lo miró percatándose de ese hecho tan particular, aún estaba tan atontada por el placer que no lo había procesado. Había tenido un orgasmo sin estimularse manualmente y muy rápido a pesar del llanto. Caviló en que tal vez, la terapia sí funcionaba.

—Sí. —Sonrió—. Estuvo... increíble. Muy diferente... ¡quiero más de esos!

—Los tendrás amor, los tendrás...

Permanecieron abrazados mucho rato, arrebujados en la manta, disfrutando la tibieza proveniente del contacto de sus pieles febriles, descansaban tras aquel encuentro acelerado.

La tarde comenzó a caer, haciendo que la temperatura bajara, por lo que se vistieron en busca de abrigo. Bel caminó hacia la laguna abrazándose a sí misma, satisfecha tras la plenitud del momento post orgásmico. Dejó a su vista divagar por la superficie del agua, que comenzaba a pintarse reflejando los colores del cielo, que ofrecía un espectáculo de azules, naranjas y rojos en una sincronía esplendida. Sin duda alguna, era el escenario perfecto, eso supo verlo Clemente de inmediato, que arrancó una hoja del árbol que los acobijaba y retiró la lámina, dejando solo el peciolo.

Caminó hasta Bel, enrollando el pequeño tallito en una circunferencia y la llamó con dulzura. Todo sucedió muy rápido, ella no tuvo tiempo para sospechar de sus intenciones. Lo miró desconcertada cuando apoyó una rodilla en el suelo, mirándola a los ojos, hasta que él dejó salir las palabras de sus labios.

—Bel, ¿te quieres casar conmigo? —Ella abrió la boca enmudecida, pestañeando anonada, como si ese gesto pudiera devolverle el habla—. Di que sí, dame el honor de ser tu esposo, por favor.

—Sí —contestó sin más, emocionada.

Clemente tomó la circunferencia verde y la deslizó en su dedo.

—Te prometo que tendrás un anillo precioso cuando volvamos a la ciudad.

—Este es perfecto —dijo mirándose la mano aun incrédula—. Te amo.

—Yo te adoro.

Clemente se puso de pie con celeridad y recibió el beso más dulce que ella jamás le había dado. Le mojó las mejillas de lágrimas, pero él suspiro al ver que estas eran de pura felicidad y no pudo evitar llorar también, mientras la besaba emocionado.

CAPÍTULO 36

La relación de Bel y Clemente avanzó, así como la terapia con Flavia, que percibió el cambio inmediato en su paciente, que se veía dichosa. Ambos se perdonaron todo lo que se tenían que perdonar, después de aquella tarde bajo el viejo sauce a mediados de mayo, porque comprendieron que no había nada más importante, que estar juntos. Ningún evento sucedido en el pasado, era lo suficientemente fuerte como para antagonizar con el profuso sentimiento de amor que se profesaban, logrando que todo lo demás resultase intrascendente en comparación. Habían decidido tener una relación consonante al cariño que se juraban.

Clemente, la acompañó a cada una de las citas de terapia sexual, para tratar su problema con el llanto. Realizaron los ejercicios juntos, siguiendo el tratamiento al pie de la letra. Las pocas veces que Bel y Juan Pablo se cruzaron, intercambiaron miradas cómplices, de índole amistoso, ella, porque le agradecía todos sus consejos y ayuda. Él, porque Bel le había enseñado el tipo de persona que quería en su vida. Hasta conocerla, nunca se permitió inmiscuirse con mujeres emocionalmente complicadas para evitarse problemas, dejando así a un lado la magia de desarrollar sentimientos por una persona, que no, necesariamente, llenase todos los parámetros de lo que él creía, debía ser su pareja ideal. Por eso, Bel figuró en los agradecimientos de sus libros de divulgación sobre disfunciones sexuales.

Con el paso de las semanas, Bel se las ingenió para que su padre se hiciera a la idea de su noviazgo. Le explicó que confiaba en Clemente y que necesitaba que hiciera el esfuerzo por hacer lo mismo. El que el novio de su hija se ganará a sus hermanas, no ayudó mucho a que su reticencia por no tolerarlo perdurara. Estas lo adoraban, mientras que de Deborah nunca tuvieron nada bueno que decir.



La boda tuvo lugar a finales de noviembre. Bel y Clemente decidieron casarse en la misma fecha en que tuvieron aquella catastrófica pelea, para, de esa manera, exorcizar cualquier mal recuerdo de ese amargo día. Tiñéndolo todo de gozo y alegría.

No hubo detalle más hermoso en la boda que la novia, que lució radiante en un vestido romántico y sofisticado, que dejaba a la vista su preciosa espalda. Lo único que compitió brevemente con su belleza, fue la cara que puso Clemente cuando la vio entrar en la iglesia. La miró por completo embobado, los ojos negros brillaron refulgentes y se sonrió de una manera casi infantil. Para la fecha, el novio lucía su acostumbrada barba, en combinación con un traje de corbatín blanco, que maximizaba su encanto natural.

La ceremonia fue acogedora, solo para la familia, unas sesenta personas por parte de Clemente y unas escasas veinte por la de Bel. No hubo dama de honor, en cambio, el ramo de flores de la novia fue sostenido y el velo fue arreglado con ahínco, por Marcelo que lucía muy elegante, ataviado en un traje de tres piezas color lila oscuro, a juego con la decoración de toda la boda.

A la salida de la iglesia para ver a Bel, aguardó Deborah, quien lloraba en un torbellino de emociones indescifrables. Sentía algo parecido a la felicidad por ver a su hija tan bella con su vestido de novia y tristísima por ver a su futuro exmarido, Fernando, en compañía de otra mujer.

Una muy simpática, que le habían presentado hacía dos meses atrás sus hermanas.

La relación entre madre e hija siguió siendo complicada y prácticamente inexistente. Dejaron de hablarse después de que Bel le reclamase lo que le había hecho a Clemente, tildándola de acosadora sexual y echándole en cara cómo se había aprovechado de su posición de poder para presionarlo. Mientras que sus tías paternas criticaban constantemente a Deborah por ser una mala madre o esposa, Bel había llegado a la conclusión de que su progenitora se había sentido obligada a cumplir con ambos roles, tras haber sido educada para esto, aunque quedaba claro que nunca los quiso y que, tal vez, por eso, no supo gestionarlos. Comprendió que ambas compartían la desdicha de tener madres demasiado controladoras, que pretendían doblegarlas sin importar lo que las hacía felices, por lo que, en cierta forma, no le resentía nada de eso. A Bel, le dolía era que su propia madre le guardara tan poco cariño y le daba vergüenza lo vil que era, por lo que verla llorando afuera de su boda, la sorprendió muchísimo, porque nunca pensó que pudiese ocurrir algo así.

Bel, se quedó mirando a su madre que no se acercó. La felicidad le ablandó el corazón, repeliendo los rencores, momentáneamente, por lo que le dedicó una sonrisa que Deborah recibió antes de marcharse sin decir nada. Clemente, se mantuvo al margen de todo aquello. Se limitó a esperar por ella a un par de pasos, dándole vueltas a la alianza matrimonial sobre su dedo.

—¿Nos vamos, señor Barba de Olivero? —dijo lista para irse a la recepción.

—Yo voy a donde tú quieras —contestó dándole un beso en los labios.



Se fueron de luna de miel a una isla del Caribe. Les sentaba bien el clima caliente. Se la pasaron en grande al degustar platillos y bebidas. Aprovechando de bailar, nadar y manosearse en medio del mar, lamiéndose la sal el uno del otro.

Una noche, sin advertirlo, Bel jadeó de una manera contundente y diferente, mientras hacían el amor. Clemente la tenía encima, sintiendo el calor que emanaba la extinta piel de alabastro, que, en ese momento, exhibía un sutil color dorado. Disfrutó del roce de los pezones rosas endurecidos contra su pecho, de las pulsaciones de su dulce coño a su alrededor y de toda la fragancia que ella expelía cuando estaba excitada. La apretó contra sí, recibiendo los más deleitosos sonidos que brotaban de aquellos labios que eran su perdición. Eran gemidos nuevos, exultantes, maravillosos.

Bel, alcanzó el orgasmo, enterrando los dedos en el cabello de su esposo, aferrándose a su cuerpo, jadeando de forma convulsa, mientras cerraba los ojos. Clemente se quedó muy quieto tras escucharle alcanzar el clímax, aguardando el glorioso momento en que su esposa abriera los parpados. Ella le regaló una mirada clarísima, preciosa, porque de los maravillosos ojos azules, por primera vez durante el sexo, no brotó ni una sola lágrima.

UN AÑO DESPUÉS

Bel suspiró con pesadez, gesto que enojó más a Clemente, que no paraba de discutir un asunto que, para ella, resultaba bastante innecesario. Le desesperaban las maneras de su esposo. Por norma, era de recordarse que no había ningún obstáculo infranqueable y que todo se arreglaba dialogando, pero en ese momento, lo que menos deseaba hacer era escucharlo cuando estaba celoso.

Si bien, Clemente era un tipo muy seguro de sí mismo y confiaba a plenitud en su esposa. Eso no constituía razón suficiente, para no sentirse molesto al saber que algún hombre la importunaba con sus avances.

El atractivo de Bel parecía haberse multiplicado. Tal vez aquello se debía a su reconfiguración sexual. Pasó de ser una chica apesadumbrada, que vestía de cualquier manera, a ser una mujer de semblante tierno, llena de seguridad que exudaba satisfacción. La mirada le cambió y la luminosidad de su piel aumentó. El cabello que dejó crecer más, se convirtió en una voluptuosa melena que le enmarcaba el rostro de una manera, que a su esposo lo volvía loco. Su figura permaneció casi igual, las mismas piernas torneadas a causa del ciclismo. El trasero respingón y esos pechos que Clemente adoraba, parecían haberse vuelto el objeto de deseo de otros hombres. Quizás era algo en su expresión. Ella emanaba esa vibra de ser plena y feliz siempre. Bueno... casi siempre. La excepción venía precisamente de situaciones como aquella, en donde se cuestionaba si había sido lo mejor, contarle todo lo sucedido con ese hombre.

—¿Qué puedo hacer? —dijo mirándolo con el ceño fruncido.

—No vayas, no hagas nada.

—¡Clemente por Dios! —Se quejó ofuscada—. No puedo dejar de lado una labor social tan bonita, por semejante tontería. Además, ¿no te parece que estás exagerando?

—No —contestó tajante—, si te vuelve a poner un dedo encima, le voy a entrar a golpes.

—No digas eso ni en broma...

—No es una broma. Si a ese tipo no lo han enseñado a respetar a las mujeres que le dicen que no, pues se lo puedo enseñar yo. —indicó molesto.

—Cielo... —dijo Bel en tono dulce, caminando hacia su esposo para acariciarle el pecho desnudo—, solo serán unos días, dudo mucho que se repita lo del año pasado, si intenta cualquier cosa lo denuncié por acoso, pero por favor, no pelees conmigo por esto.

Clemente bajó los hombros y apartándose de Bel, caminó hasta la cómoda para sacar unos calzoncillos. Tras despojarse de la toalla, se los puso, entrando a la cama, en donde ella ya lo esperaba con un camisón de gatitos con gorritos navideños, que le quedaba muy grande y dejaba al descubierto uno de sus hombros. Se dejó caer sobre la almohada dedicándole una mirada de obstinación, no estaba para nada contento con la situación. Sin embargo, sabía que tenía que dejarla ser.

Todo comenzó el año pasado, tras volver de la luna de miel, cuando una de las profesoras de la facultad de odontología le pidió a Bel ser voluntaria en unas jornadas de servicios para los más necesitados, para trabajar en conjunto con los estudiantes del último año.

Las jornadas eran largas, agotadoras y sin ninguna remuneración más que la satisfacción de

ayudar a otros. En un principio, a Bel le costó adaptarse. Aquello distaba mucho de su consultorio perfecto, con su asistente dental eficiente y con todo ordenado a su disposición. La situación era difícil, tuvo que lidiar con estudiantes que no entendían sus requerimientos, otros que, sí la entendían, pero parecían estar demasiado nerviosos cómo para hacer lo que le indicaba y casos de personas que parecían que nunca en la vida se habían cepillado los dientes.

Tras estar doce horas seguidas trabajando, le tomó gusto. Estaba haciendo cosas que normalmente no hacía en su consulta, por lo que aquello se le hizo estimulante. Además de que ayudar a las personas necesitadas le alegraba, aunque también le generaba una profunda depresión. Lidiar con la pobreza y no poder hacer algo más que darle un tratamiento de conducto al paciente, la apelmazaba. Sentía que se quedaba corta. Así fue como decidió comentarle a su profesora, que de repetirse las jornadas contara con ella para ser voluntaria de nuevo.

Fue ahí en donde conoció a Elías, un colega amable y muy conversador. Durante esos días se sentaron juntos a comer, disertando sobre casos y pacientes sin parar. Al finalizar la jornada, intercambiaron números telefónicos. Nada extraño dada la naturaleza de la amistad, además de que era probable que coincidieran de nuevo en una situación similar. Días después, llegó el primer mensaje. Hablaba sobre un curso de actualización en el colegio de odontólogos en enero, que Bel encontró muy interesante, por lo que no dudó anotarse. Así, a mediados de ese mes tuvieron el primer reencuentro. Él le habló de su esposa, de sus dos hijos y ella hizo lo mismo, le gustaba compartir con alguien que tuviera su misma profesión, aparte de su jefe André y los otros odontólogos del consultorio. Todo parecía estar bien, hasta que intentó besarla.

Tal parece que Bel confundió sus intenciones, con amabilidad y compañerismo. Lo que pensó era el nacimiento de una bonita amistad, para Elías en realidad era una situación perfecta. Ambos estaban casados, podían tener algo casual sin que ninguna de las partes se viera afectada. Tras explicarle que amaba a su esposo y que no era una persona infiel, él insistió dándole argumentos de lo más cínicos e intentó volver a besarla. Bel se marchó y posteriormente lo bloqueó, siendo esa su última interacción. Once meses después, a Clemente no le gustaba para nada la idea, de que su esposa tuviera que estar en el mismo lugar que ese tipo de nuevo, con la repetición de la jornada de servicio odontológico.

—Siento como si no confiaras en mí —dijo ella de mal humor, apagando la luz de la lámpara, arrojándose y girándose en dirección contraria a su esposo.

—No es eso, te lo juro que no. Es solo que no soporto la idea de otro hombre queriendo algo de ti... Bel... amor... no me des la espalda —dijo tocándole el hombro desnudo—, amor, por favor, no quiero que durmamos así, dame un beso.

—No quiero... me molesta que te pongas así, cuando no tengo la culpa de que ese tipo quisiera algo conmigo. La verdad es que me sentí bastante estúpida e ingenua. Ya sabes que no tengo muchos amigos y pensé que él podía ser uno. Sobre todo, porque me habló mucho de su esposa. Recuerdo que incluso, estaba pensando en decirle para conocerla y que comiéramos los cuatros juntos.

—Lo siento, amor —expresó cariñoso a su oído—, ven dame un besito, estos días me vas a tener abandonado, anda...

Bel se giró hacia su esposo. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra de la habitación, por lo que le analizó la expresión, que le decía que estaba arrepentido de discutir así. Le dio un beso simple en los labios sin muchas ganas.

—Así no, amor, bésame en serio.

Lo miró irguiéndose en la cama. Se mordió los labios sacándose el camión y la ropa interior, desvistiendo con rapidez. Se acostó encima de su esposo, que la recibió gustoso pasando las

manos por los muslos, ascendiendo por la curva de su mullido trasero, acariciándole con mimo toda la tersura de su piel lechosa, en lentas pasadas por toda la espalda. Ella a su vez le acarició los pectorales con los pechos, deslizándose sinuosa por todo su cuerpo. Bel lo besó de forma arrolladora, haciéndolo jadear cuando introdujo la mano entre su bóxer.

—Eso fue rápido —dijo al sentirlo duro entre sus manos—, ¿tanto te pongo? —preguntó incitadora con semblante lúbrico.

—Me la pones dura siempre, eso ya lo sabes —respondió complacido de verla así—, deja de perder el tiempo... Anda, clávatelo todo.

Jadeó cuando irguiéndose, se sentó sobre su esposo haciéndolo entrar despacio. Disfrutó de cómo se abría paso en su interior centímetro a centímetro, gozando hasta del más efímero roce.

—¿Te gusta así?

—Sí, me encanta, Isabella.

Bel cerró los ojos y comenzó a moverse para su placer. El día de su boda, ella descubrió algo maravilloso. En el altar, cuando él la miró a los ojos antes de deslizar la alianza matrimonial en su dedo, diciendo su nombre completo para aceptarla como esposa, entendió que, en los labios de su esposo, aquel nombre que nunca le gustó, se escuchaba hermoso. Aquella situación se repitió en la fiesta, cuando él volvió a decirlo mientras bailaban con un tono ronco, anunciándole que ya era tiempo de retirarse. Con la diferencia de que, en esa ocasión, le produjo una súbita excitación que le encantó y, por consiguiente, solo él tenía permiso de llamarla de esa forma.



Cuando Clemente abrió la puerta de la casa, se encontró con su esposa acostada en el sofá, profundamente dormida, con la boca abierta, babeándose el cojín y haciendo ese ruidito nasal que solo le escuchaba hacer cuando estaba extenuada. Cerró la puerta con cuidado de no despertarla. Se desplazó hacia la cocina, donde dejó la bandeja de lasaña de berenjenas que le había regalado su hermana Olivia y que, ese día, le caía del cielo.

Por norma, cuando llegaba a casa a esa hora, Bel lo estaba esperando para comer juntos. No obstante, ella estaba muy agotada por las jornadas. Por suerte, ese era el último día, comenzando al fin sus vacaciones decembrinas hasta mediados de enero. Clemente la despertó acariciándole el cabello, bajando la palma de la mano en lentas caricias por la espalda.

—Despierta, preciosa —susurró dulce a su oído.

—Mmm —murmuró ella cansada—. Me quedé dormida cielo y no hice la cena.

—No te preocupes, la traje yo.

Clemente la ayudó a girarse, porque había estado durmiendo boca abajo. Le sacó los zapatos y se sentó a su lado masajeándole los pies, Bel jadeó en respuesta y él sonrió con picardía. Clemente amaba todos los tipos de gemidos de su esposa.

—¡No pares! Me duelen muchísimo. —Bel dejó caer el brazo sobre su rostro, en señal de abatimiento—. Mmm —volvió a gemir cuando él hizo presión con los pulgares en los talones adoloridos—, al fin terminé de trabajar por este año —expresó aliviada—. Gracias por el masaje, te lo devuelvo el veinticuatro y el treinta y uno.

Él sonrió. El diciembre pasado, fue Bel quien le dio un masaje esos días, apenas podía permanecer en pie. Estaba exhausto, eran los días del año con más trabajo en la tienda. Siempre se le hacía difícil después de todo eso, tener que ir a pasar la noche con su familia, pero era la norma. En enero se dedicaba a descansar.

Caminaron hasta la cocina. Él colocó música, algo suave y bonito, escogiendo algo de las

listas de reproducción de su esposa, para cenar. En ese caso, el disco navideño de Dean Martin y Frank Sinatra. Bel sacó de la nevera una bolsa de esas ensaladas listas para comer, la colocó en un bol y aderezó para acompañar la lasaña de berenjenas.

—Mmm —dijo llevándose el primer bocado a la boca—, le quedó muy buena a tu hermana.

—Sí, está muy rica —concordó él colocándole más queso pecorino encima.

Como todas las noches, comenzaron a contarse el día que tuvieron. Ella, sobre los casos que había atendido y él, sobre la jornada laboral, que, en ese mes, incluía grandes filas de compras, clientes impacientes, empleados estresados y cansados. Sobre todo, en el área de panadería, que, aunque por ese mes se solía contratar personal extra, por alguna razón, nunca parecían dar abasto y no podían contratar más, por cuestiones de espacio. Los planes expansionistas de Clemente seguían en pie para el venidero año, aunque a Bel le preocupaba que otra tienda significaba que su esposo trabajaría más.

—No quiero que trabajes tanto —dijo, acariciándole la mejilla barbada.

—Tranquila preciosa, contrataré un administrador. Eso sino logro convencer a Henry de que abandone su trabajo en la firma de contadores y trabaje conmigo.

—Sí, tú dices eso y luego trabajas más. Se supone que, eventualmente, vamos a tener bebés.

—Cuando eso pase, buscaré el tiempo, no te preocupes tanto, amor —expresó él, restándole importancia a sus quejas—. Además, se supone que eres tú la que tiene que gestarlo. —Bel abrió la boca y lo miró de mala gana y él comenzó a reírse—. No lo agarres a mal. —Intentó rectificar.

—Claro, claro, en dado caso va a ser de los dos, no solo mío.

—Obvio, obvio. Solo digo que tú eres la que debe tener más energía para que se desarrolle el bebé, ya cuando nazca, nos repartiremos su cuidado —explicó en un tono dulce, esperando que Bel desfrancara el ceño.

—Se, se, se... —Lo miró fingiéndose molesta.

Él se levantó de la silla, ya había terminado de comer, la tomó por las mejillas y le estampó un beso solo para fastidiarla.

—Yo te voy a cuidar cuando estés embarazada y los voy a cuidar a los dos luego. No voy a trabajar tanto —agregó recogiendo su plato, llevándolo a la cocina—. Me tengo que ir, debo hacer el cierre de sistema, nos vemos en un rato.

—El que te vayas a trabajar de nuevo, no ayuda a tu argumento. —Bel se rio, llevándose un trozo de lechuga a la boca.

—Cuando vuelva te ayudo a lavar los platos. —Clemente le guiñó un ojo, sonriendo—. Por cierto, ¿todo bien?

De esa manera, Clemente preguntaba por Elías tácitamente, sin tener que entrar en detalles, para no amargarse la noche.

—Sí, todo bien. Como te dije ayer, me dediqué a ignorarle y él siguió tonteando con esa estudiante bonita. Cuestión que no es mi problema, aunque no puedo evitar sentir pena por su esposa —explicó, obviando el detalle de que Elías no paró de mirarla.

Bel decidió no compartir aquello para no inquietar a Clemente, pues, a fin de cuentas, era probable que no le viera de nuevo. Entraría en vigor un programa odontológico permanente para el año entrante.

—Qué mal... Bueno, ahora sí me voy. ¿Necesitas que te traiga algo de la tienda? ¿Almendras fileteadas? —dijo con tono insinuante.

Bel se rio de aquello. Tenían un año de casados y cada día, se le sumaban más cosas a esas frases y códigos secretos con los que jugueteaban siempre.

—Deberías traer del helado que te gusta.

—No, aún queda todavía.

—No, no hay. —Bel se rio bajito.

—Pero si acabo de ver el envase cuando saqué el hielo —dijo caminando hasta el refrigerador para rectificar, sacando el helado para mostrárselo a Bel—. Mira, sí hay —expresó abriéndolo para luego fruncir el ceño—. Joder con Olivia... y tú la dejas que lo haga. —Se quejó al ver que estaba lleno de hielo.

—Al menos te estoy avisando. Peor sería que te diera por comértelo luego, cuando la tienda está cerrada y te consiguieras que está vacío quedándote con el antojo. Que, en todo caso, es lo que persigue tu hermana.

—Pero no la dejes hacer estas cosas.

—Ay, no —Bel se quejó—, ustedes resuelvan sus problemas, a mí no me metan.

Clemente, tenía la mala costumbre de comerse las cosas de su hermanita cuando esta era pequeña. Olivia gritaba enfurecida cuando abría el envase del helado, consiguiéndose una naranja congelada en su lugar o alguna otra trastada de ese tipo. Así que años después, esta se había hecho muy amiga de Bel, obteniendo como beneficio extra, acceso a las cosas de su hermano para vengarse.

—Ok, traeré helado. Te amo, nos vemos en un rato. En la tarde llegó un pedido grande de frascos de aceitunas, tengo que verificar que lo ingresen al sistema —dijo despidiéndose, cerrando la puerta de la casa para caminar hasta la tienda.

Tras lavar los escasos platos y guardar la lasaña en el refrigerador, Bel subió a su cuarto. Diciembre era el mes del año más difícil, pero pronto volverían a la normalidad, a estar menos cansados y tener más tiempo para estar juntos.

Como solía acostumbrar, se dio un baño antes de dormir. Se metió a la cama en uno de sus camisones que tanto le gustaban. En ese caso, era uno de un unicornio con motivos navideños y ropa interior de algodón. Notó que la siesta le había caído bien porque no tenía sueño. Abrió el libro que tenía en la mesa de noche, retomando la lectura de una historia entre dos escritores que pasaban de tratarse mal a enamorarse.

Tenía más de una hora de lectura, cuando escuchó la puerta de la casa abrirse. Acto seguido, dejó el libro en la mesa de noche, apagó la lámpara y se fingió dormida, tapándose bien con el edredón. Escuchó los pasos de su esposo en la escalera, luego la puerta de la habitación abrirse. Clemente se movió despacio para hacer el menor ruido posible, abrió la puerta del baño, encendió la luz para iluminarse, comenzando a desvestirse. Bel lo observó quitándose la ropa en la penumbra. Le gustaba hacer eso, mirarlo cuando no era consciente de ello. Se sacó la camisa, dejando ver el pecho masculino lleno de vello oscuro. Los jeans, los calzoncillos, quedando por completo desnudo, colocó todo en la cesta de la ropa sucia, algo que hacía por complacer a su esposa que odiaba que dejara la ropa tirada sobre alguna silla. Caminó hasta la cómoda, tomó un bóxer y fue a darse una ducha.

Apenas cerró la puerta del baño, ella se incorporó en la cama. Se sacó el camisón doblándolo sobre la mesa de noche y luego se quitó la ropa interior quedándose desnuda por completo. Se metió con rapidez bajo el edredón, porque sintió un poquito de frío. Escuchó el agua caer varios minutos, a ambos les gustaba bañarse antes de acostarse, meterse a la cama frescos para dormir... o hacer otras cosas. Cuando escuchó que su esposo volvía a la habitación, se dio la vuelta dándole la espalda.

Bel y Clemente tenían un jueguito muy simple. En realidad, era un jueguito de ella, le gustaba fingirse dormida mientras él la manoseaba, no obstante, a veces estaba en realidad cansada. Así que desarrollaron un código, si lo esperaba dormida y desnuda, significaba que quería jugar, si

estaba en pijama, no. Si, por el contrario, sucediese que él estuviese demasiado cansado para retozar, la abrazaría y le daría un beso en el cabello, pero eso nunca había ocurrido, por lo que esperaba que ese día no fuese a ser diferente.

Clemente se metió en la cama arropándose. Por el estado en que se encontró a su esposa temprano en el sofá, por completo agotada, no se imaginó que cuando se girará en su encuentro, para encajar la mano en su cintura para asirla contra sí y dormir un rato abrazados, le encontraría desnuda.

—Pero qué tenemos aquí —dijo en ese tonito lujurioso que a Bel le ponía muchísimo—, alguien olvidó ponerse el pijama para dormir —agregó, adhiriéndose a la curvatura de su espalda, encajando el pecho contra esta.

Bel no dijo nada. Seguía en su papel de fingirse dormida, aunque muy atenta a los toques de su esposo, quien le acariciaba el abdomen con la punta de los dedos, dibujando espirales. El roce reiterado de la barba de Clemente en su cuello, hizo que apretara los muslos, porque una sensación eléctrica se le repartió por el cuerpo, detalle que no pasó desapercibido para él, que le apoyó la reciente erección contra el trasero. Solo los separaba la tela de sus calzoncillos.

Ella estaba receptiva y muy lista para que él la despertara.

Le retiró la melena que caía grácil sobre el hombro, repartiendo dulces besos sobre este. No tenían sexo desde hacía días, el cansancio de ella así lo había impedido, por lo que Clemente comenzó a mordisquearle la piel con ímpetu. Había una tónica de necesidad de su parte, de inmensurable deseo, el cual quedó por completo expuesto, cuando se bajó la ropa interior para apretarse contra ella desnudo.

Se rio por lo bajo al ver que seguía fingiéndose dormida. A Clemente le gustaba ese jueguito tanto como a ella. Le encantaba manosearla impúdico, recorriendo cada recoveco del cuerpo de su esposa, con las manos y con la boca. Toda ella le fascinaba, si algo tenía Bel, era que lo mantenía estimulado al demostrarle que no había nada que le gustara más, que él la tocara, porque solo él la hacía gozar. Aquello le alimentaba las fantasías y le aumentaba el apetito sexual, volviéndolo irrefrenable. Le encantaba sentirla así, entregada, colocándose en una posición en la que le pedía que le hiciera el amor.

Deslizó los dedos por todo el abdomen, rozando el monte de venus, pero sin llegar más allá. Con solo eso, la respiración de Bel cambió, volviéndose sonora. Se mordió los labios instándose a permanecer fingiendo que dormía lo más que pudiese. Todo aquello se frustró al sentir como Clemente le acariciaba el muslo derecho hasta llegar a la rodilla, para levantarlo con cuidado, llevándolo hacia atrás, encajándolo sobre la pierna de este, dejándola por completo expuesta. Rozó con alevosía la piel aterciopelada del interior del muslo izquierdo, ascendiendo con un toque delicado que le repartió una sensación de placer por todo el cuerpo.

La caricia se perpetuó provocativa y sosegada hasta alcanzar la ingle, en donde los dedos de Clemente rozaron con levedad, generando un intolerable hormigueo, que consiguió que Bel rogase mentalmente que llegara a más y así pasó. Su mano se fue deslizando hacia aquellos primorosos labios húmedos.

—¿Dormida y así de mojada? Qué incongruente amor.

Bel, jadeó cuando aquellos dedos se deslizaron sigilosamente por toda la piel de su coño. El toque en su clítoris le repartió una agradable vibración, logrando que una sensación de ardor se instalase entre sus piernas.

—Demasiado mojada... —reiteró con voz ronca—. Tal vez te dormiste así y te estoy perturbando, tal vez deba parar...

—No seas malo, cielo —respondió, cerrando la mano sobre la muñeca de su esposo,

impidiendo que la retirara.

—Si fuese malo no te haría esto —susurró, hundiendo un dedo en su interior despacio—. Qué calientes estás...

Bel gimió, permitiendo que Clemente le acariciara como gustase. Padecía de esa necesidad perpetua de ser tocada por él. Su piel era adicta al contacto de esas manos, de esos dedos, al roce de ese cuerpo, de esa barba.

—Mmm —jadeó excitada.

—Este es mi lugar favorito. Aquí, en donde tienes la peca —dijo, rozándole el clítoris reiteradas veces—, justo aquí me gusta sentir lo mojada que estas.

Bel, soltó una risita pícaro por el comentario, una de esas risas frescas, deliciosas. Eran las favoritas de Clemente, porque tras reír, ella volvía a gemir. No había nada mejor que escucharla y sentirla así, tan jodidamente impaciente, anhelante por sus avances. Moviéndose sinuosa contra él, instándolo, estimulándolo, para que sus toques se volvieran transgresores, al no ser capaz de aguantar. Esa noche, Bel sentía que no podría soportar esos jueguitos de su esposo, en donde postergaba el placer solo por capricho, llevó la mano hacía atrás, tomándole el miembro erecto. Lo acarició con firmeza, tal como sabía que le encantaba, haciéndolo jadear en su oído y lo dirigió a su interior, porque no quería esperar más, lo quería adentro con desesperación.

Gimió alto, como siempre, cuando lo notó empujar, penetrándola hasta el fondo. Se movió de nuevo, ondulada contra él, juntando los muslos, haciendo la penetración más apretada. Los dedos de Clemente se movieron a sus pechos, dedicándose a manosearlos una y otra vez, mientras ella giraba el rostro para besarlos con ansia, con desbordante pasión, disfrutando del roce continuo del pecho masculino sobre su espalda.

—Así, cógeme así —murmuró complacida, dejándose llevar—, tócame, tócame mucho, me quiero correr rápido.

Escucharla así, solo lograba una cosa, que a él se le subiera más la libido. A Clemente, su esposa lo ponía lascivo y escucharla rogar, siempre le generaba un efecto vigorizante. Sobre todo, porque ya no tenía que moderarse, como le ocurría en un pasado, durante sus explosiones lujuriosas. La realidad había cambiado, a una en donde su esposa no sufría, solo gozaba...

—Pídeme que te coja duro.

—Por favor, Clemente —ya Bel lo sabía, lo excitaba escucharla suplicar—, por favor, cógeme duro.

Obediente, le concedió lo que pidió, enterrándole los dedos en las caderas, señal inequívoca de que estaba excitado. Encajó su pelvis contra el trasero de Bel, penetrándola con brío una y otra vez, sucumbiendo al placer que le generaba sentir a su esposa así: caliente, húmeda, presta para sentir lo que quisiera brindarle con sus caricias y besos. La tomó de la barbilla, obligándola a permanecer con el cuello contorsionado. Necesitaba acceso a esos labios que adoraba. Le gustaba mordérselos, mientras la penetraba.

—Así, así —rogó—, así Clemente, así, por favor... joder, me voy a venir —expresó tensándose, haciéndolo aumentar el ritmo.

Bel gimió de nuevo, le encantaba sentirlo tan adentro, tan duro, tan suyo. Llevó la mano derecha hacía atrás, apoyándola en el muslo de su esposo, clavándole las uñas cuando sintió que se quemaba. Se ahogó por un par de segundos, quedándose sin voz y tras una inhalación profunda, jadeó corriéndose. Los dedos de Clemente hicieron presión en sus caderas, asiéndola contra sí, no quería separarse de ella, era su parte favorita, cuando la sentía contrayéndose reiteradas veces alrededor de su miembro, gimiendo acelerada.

Segundos después, Bel rogaba por un respiro, porque no podía seguir. Clemente se echó a un

lado, con el pecho sudado por el calor generado durante la fricción del acople. Ella encendió la luz de la lámpara de noche, girándose a contemplarlo. Le gustaba verlo así, con el cabello húmedo y despeinado, con ese brillo simétrico en ambas pupilas, los labios entreabiertos, el pecho ligeramente enrojecido y el miembro erecto esperando por ella.

—¿Quieres más? —Bel se irguió, acostándose sobre su esposo—, mira nada más qué carita tienes, me gusta verte así.

—¿Sí?

La nalgueó con fuerza, cuando el sexo de su esposa se posó sobre el suyo, embadurnándolo con su humedad. A Clemente le encantaba sentirse impregnado por su néctar. Bel se movió en una ondulación suave, apretando sus pechos contra él, besándolo con profusa saliva, enroscando la lengua con la suya.

—Quiero que te lo metas en la boca, Isabella. Anda, hazlo como sabes.

Bel se irguió, tomó una liga de la mesa de noche y se hizo una cola en el cabello, muy dispuesta de complacer a su esposo. Repartió besos por las clavículas, por los pectorales. Lo tomó de las manos, tirando de éstas para estirarle los antebrazos, asegurándose de acariciarlos con la punta de lengua con insistencia, logrando que Clemente se retorciera de gusto. Repitió la caricia de nuevo, esa vez en el costado de los pectorales, ahí en la curva del brazo. La sensación era eléctrica, entre el placer y las cosquillas, algo que a él lo enloquecía. Se acarició los labios con el vello oscuro del pecho, recogiendo entre los dientes, uno de los pezones marrón claro, pasándole la lengua con apremio, mordisqueando con alevosía.

—Jadea más —exigió Bel, antes de mordisquearle el otro pezón.

Clemente respondió obediente a las órdenes que le dictaba, a ella la dejaba hacerle lo que le placiera. Le gustaba que fuese demandante, por ratos, indescifrable. Percibió sus besos bajando por toda la línea de su abdomen lentamente, estimulándolo con la punta de su lengua que jugueteaba a milímetros de su miembro, que la esperaba impaciente. Bel lo acarició con la mano, brindando al fin algo de alivio, haciéndolo respirar ruidoso con la boca abierta una vez más.

Le lamió el hueso de la cadera, logrando que esas respiraciones se convirtieran en jadeos otra vez. Le recorrió todo el vientre de extremo a extremo, con la punta de la lengua zigzagueante, succionando finalmente el otro hueso de la cadera. Se dedicó a masturbarlo despacio mientras le mordisqueaba la piel en donde se le marcaban las venas del vientre bajo. Disfrutando del semblante impaciente de su marido, que no tardó, como siempre, en tomarla por el cabello y conducirla ahí, a donde necesitaba.

—Abre la boca —ordenó y ella se lamió los labios para introducirlo poco a poco entre ellos—. Mírame, sabes que me gusta que me mires mientras lo tienes en la boca.

Lo lamió con ahínco, así como tanto le gustaba. Era consciente de que a su esposo siempre lo volvería loco de esa manera. Alzó el rostro para complacerlo, mirándolo libidinosa para provocarlo. Lo lamió de arriba abajo repetidas veces, para luego succionarlo de forma resuelta, pasando la lengua en lentas pasadas alrededor del glande hinchado. Empuñándolo con firmeza, entretanto se dedicaba a hacerlo delirar con su boca.

—¿Quieres más?

—¡Aghr! —gruñó excitado—, sí, sí quiero más.

Bel cambió el ritmo, acelerándolo todo, propinándole profundas succiones inmoderadas, llenándolo de saliva espesa como tanto le gustaba. Lo miró con intensidad, le encantaba hacerlo, le calentaba mucho ver como se le brotaban las venas del cuello, como se le enrojecía el pecho y el rostro se le crispaba hermoso. Lo conocía tanto, que consiguió aprender cuál era el ritmo que necesitaba emplear, para conseguir que su esposo se corriera con sexo oral. Así que usó todas las

técnicas, lamerlo de arriba abajo, mientras lo empuñaba acariciándole los testículos. Lo tenía a punto y antes de que se le pasara la mano, se detuvo en seco, dejándolo perplejo.

—¿Qué haces? —preguntó con la respiración entrecortada, cuando la vio besarle el abdomen en dirección ascendente—. Bel, quiero que termines lo que comenzaste —dijo obligándola a alzar el rostro, jalándole el cabello.

—No —respondió insolente.

—Estás muy impertinente, Isabella.

—Ja, como si no te encantara que sea exactamente así.

—Demasiado impertinente, creo que tengo que darte una lección para que se te bajen los humos.

—Sí te portas bien, más tarde te dejo dármele —dijo divertida, irguiéndose sobre él, quien aprovechó para propinarle un fuerte azote en el glúteo derecho en venganza, pero sin resistirse a los avances de su esposa, que trepó por su pecho hasta situar, finalmente, una rodilla a cada lado de su cara—. Abre la boca, Clemente —dijo imitándolo y cuando este no obedeció, le jaló el cabello en reprimenda—. No seas rebelde.

Por naturaleza, a él le gustaba sublevarse, era osado. No obstante, abrió la boca dejando que su esposa descendiera sobre su rostro, colocándole el coño a la altura de la boca. La apretó por las caderas y le dio otra nalgada hostigándola. Iba a complacerla, pero a su manera. Así que lo primero que hizo fue mordisquearla y pasarle la lengua de arriba abajo, haciéndola gemir sin reparos como tanto le fascinaba.

Bel se mordió la palma de la mano desesperada, por la excitación que experimentó cuando la lengua de su esposo jugueteó sobre su sexo, haciendo estragos en su raciocinio. Se movió instintiva, pronunciando el roce porque la barba le propinaba cosquillas deliciosas. Gimió impudorosa, jalándole el cabello con fuerza a Clemente, para que aumentara el ritmo y este la complació succionándole el clítoris.

—Haz que me corra... —rogó entre jadeos—, por favor, cielo.

Clemente la azotó de nuevo, sabía que las nalgadas le ponían, mientras se enfocaba en succionarle con esmero el coño húmedo y ardiente. La apretó por las caderas, ayudándola a seguir el ritmo de sus ondulaciones. Ella se movía y él la seguía consonante. Minutos después, la escuchó gritar corriéndose.

Bel jadeó en busca de aire, por completo estremecida por el clímax que le embargó el cuerpo. Aún sentía los vestigios del orgasmo recorriéndole la piel, en exceso sensible, cuando se dejó caer en el pecho de su esposo, al que miró enamorada.

—Joder, me dejas extasiada —expresó pasándole los dedos por la boca, para apartarle el exceso de humedad que se presentaba sobre ellos y sobre toda la barba empapada.

Se acomodó una vez más sobre él, succionándole el labio inferior, compartiendo en un beso, ese sabor que ambos conocían tan bien. Bel tomó con firmeza el miembro de su esposo y lo condujo a su sexo, gimiendo cuando este se abrió paso en su interior. Estaba muy sensible, el más efímero roce la enloquecía. A Clemente le encantaba escucharla así, amaba todas sus vocalizaciones en estado de fuga por el placer. También le fascinaba advertir que estaba increíblemente apretada, a causa del orgasmo que le había hinchado las paredes del coño. Le acarició el abdomen y luego hundió los pulgares lado a lado de los huesos de la cadera de Bel, incitándola a moverse con mayor ímpetu, para que trazara círculos con la pelvis, pronunciando los más delirantes roces una y otra vez.

Después, estiró los brazos, alcanzando sus pechos. Los manoseó con brusquedad y ella le apartó las manos fingiéndose molesta. Cerró los ojos, moviéndose ondulada por completo

ensimismada. Notó los dedos de nuevo ahí, apretándole los pezones, logrando que gimiera inmoderada una vez más. No obstante, volvió a apartarle las manos solo para provocarlo.

Clemente se irguió, llevándole los brazos hacia atrás, apresándola por las muñecas, para así poder llevarse los pechos a la boca con avidez, o más bien, con absoluto desespero.

—Déjame, son míos, solo míos —dijo mordisqueando los pezones.

—Mmm, sigue... sigue... —rogó Bel, victoriosa de que sus provocaciones tuvieran éxito.

La lengua de Clemente se enroscó reiteradas veces en aquellos pezones color rosa que tanto adoraba. Le encantaba succionarlos y escuchar cómo los decibeles de sus gemidos aumentaban salvajemente. Pasó la lengua por el resquicio de los pechos, ascendiendo por el cuello, degustando el sudor de su esposa, mordándole la barbilla, para luego dedicarse a besarla apasionado, notando cómo ella enroscaba las piernas en su cintura, propiciando un contacto más íntimo.

—Te amo mucho —dijo Bel, abrazándolo, enterrando los dedos en el cabello oscuro de su esposo.

—Yo te amo más, Isabella —respondió besándola—, mucho más.

Clemente la echó a un lado en la cama, de forma delicada, para después penetrarla con apremio haciéndola gritar. Se movió lujurioso con impaciencia, viéndola resoplar en busca de aire y aquella expresión lo llevó a cambiar de posición.

—Vamos, Bel. —Se incorporó, dándole espacio—. De rodillas, te quiero de rodillas —exigió demandante.

Bel se irguió dócil, presta para complacerlo. Se puso de rodillas y dejó caer la espalda, arqueándose, abriendo las piernas. Depositó el rostro sobre una almohada de medio lado para mirar justo cómo, en ese instante, él sonreía libidinoso. Entró en ella despacio, hasta el fondo, permaneció ahí, acariciando su interior con movimientos pausados, rozándola con insistencia.

—Vas a hacer que me venga otra vez...

—Esa es la intención —dijo jalándola por las caderas ansioso por correrse también.

Quería cogérsela duro hasta fenecer y caer agotado. Se dedicó a penetrarla reiteradas ocasiones, cada vez hasta el fondo, complacido de sentir cómo su esposa se contraía contra su miembro, arrebujiándolo de una forma que lo hacía sentir conmocionado. Ella bullía, crepitaba como un fuego ardiente que lo volvía simplemente loco.

Los gemidos de Bel iban en ascenso, empujando a su esposo al punto de no retorno. Verla con el rostro por completo contorsionado, de medio lado sobre la almohada, le producía arritmia. Ella no paraba de jadear con los labios entreabiertos.

—No aguanto —confesó alterado—. Tócate, vente otra vez —dijo penetrándola de nuevo a profundidad.

Bel llevó la mano hacia el clítoris, se tocó de nuevo para apresurar las cosas, aunque, de hecho, sentía un tercer orgasmo acechándola. Clemente conocía el ángulo necesario para hacer que se corriera sin remedio, por lo que hizo todo lo necesario para que eso ocurriera, rozando con insistencia esa área de su sexo que le producía tanto placer. Así que cuando Bel se tocaba, solo terminaba maximizando las cosas, consiguiendo un orgasmo que a él le encantaba escuchar.

Un escalofrió le rectó por la espalda. Su sexo comenzó a contraerse vertiginoso. Se estremeció de pies a cabezas con esa energía que pareció manar directo desde sus entrañas para aniquilarla, pero al mismo tiempo, revitalizarla. Bel se corrió gritando. No solo gemía, cuando estaba extasiada gritaba entre jadeos continuados. Esos eran los momentos favoritos de él, lleno de gemidos, respiraciones pesadas y... silencios. En medio de los orgasmos muy largos, ella hacía silencio por algunos segundos, para luego tomar aire, gimiendo de nuevo a causa del clímax

sulfúreo que la embargaba.

Clemente no tardó en seguirla. Su esposa en ese estado hacía que se viniera de inmediato, en un orgasmo increíble. Se derramó caliente, espeso y abundante, preso entre las paredes húmedas de ese coño que era su absoluta perdición, disfrutando de las profusas contracciones.

Las lágrimas brotaron de los ojos azules, derramándose por las mejillas rubicundas de Bel, por completo estremecida. A veces, cuando el orgasmo se le presentaba demasiado fuerte, lloraba, pero no era un llanto paralizante como el que solía aquejarla, aquel era reflejo del profuso arrobamiento que sentía cuando estaba con su esposo. Era una mezcla entre éxtasis y sentirse muy enamorada de Clemente. Era ese sentimiento de conexión intrínseco de las personas cuya intimidad se encontraba sumergida en una profunda delectación amorosa.

Clemente se dejó caer a su lado y la acunó contra su pecho, mientras ella lloraba eufórica. Le susurró que la amaba, mientras Bel le daba dulces besos en el pecho. Pensando en ese momento, que adoraba a su esposo, quien había aprendido a amar ese llanto, tanto como la amaba a ella.



NOTA DE AUTOR

Si te ha gustado esta novela, me ayudaría mucho que la recomiendes a otros lectores como tú y que me regales una reseña en Amazon o en [Goodreads](#).

Si deseas conocer lugares, momentos y personas que se parecen a los personajes, no dudes en clicar en el tablero de Pinterest: «[El bidón de leche](#)». De igual manera, puedes buscar y disfrutar de las listas de reproducción en [Spotify](#) y [YouTube](#), para escuchar algunas de las canciones que se mencionan en la historia, así como otras cuya letra se relaciona con los capítulos.

Me encuentras en todas las redes sociales como Alex Divaro.

Instagram: [@alexdivaro](#)

Twitter: [@alexdivaro](#)

Grupo de Facebook: [Alex Divaro Book's](#).

AGRADECIMIENTOS

A mis padres.

A mis hermanos.

A Ger, mi amore, por todo su apoyo.

A Marian, por siempre estar a pesar de la distancia.

A Estefanía, por ser una gran amiga.

A Bel Arenas por su hermosa ilustración.

A Alexa C. Pérez, amiga, correctora, cómplice y proveedora de buenas vibras.

A Diana Ledezma, por su compañía y apoyo.

A Sofía Luzardo y Dulce Zúñiga por ayudarme con información sobre terapia.

A todos mis colegas escritores, en especial a Karen Colman y Synkkä, queridas amigas que me apoyaron cuando comenzaba a escribir; a Aura y Paolo por nuestras conversaciones; a Carolina Vivas, talentosa escritora que se tomó el tiempo de leerme; a Diana C Acosta, la primera en reseñar el bidón de leche y regalarme palabras tan alentadoras

A todas las lectoras que participan en el grupo de Facebook que me saca tantas sonrisas: Claudia Cogollo, Lucero, Pollito, Mafe, Sofía, Priscila, Leri, María C, Pearl, Vicky, Carla, María I., Ángeles, Joby, Javiera, Clau Pardo, Idxa, Berlimar, Dougmary, Luisa, Emily, Valeria, Jimena, Patty, Angela, Shaely, Lucitania, Kelly, Gaby, Yolanda, Fabiola, Camila, Daniela, Merxi, Emisellys, Grace, Alejandra, Katherine, Katiuska, Arlette, a todas las Ana, Vanessas, Claudias, Karen, entre muchas otras, gracias.

A Galletita de almendra por tantas publicaciones que me hicieron reír.

A mis lectoras y lectores. Gracias por el impulso constante que me dan para escribir, de lo contrario mis historias no habrían abandonado la seguridad de mi computadora. Gracias por sus mensajes, comentarios y por su ayuda infinita. Sin ustedes nada sería igual, en especial a esas primeras lectoras que leyeron el manuscrito y me convencieron de que les gustaba esta novela.

A todos mis amigos incondicionalmente.